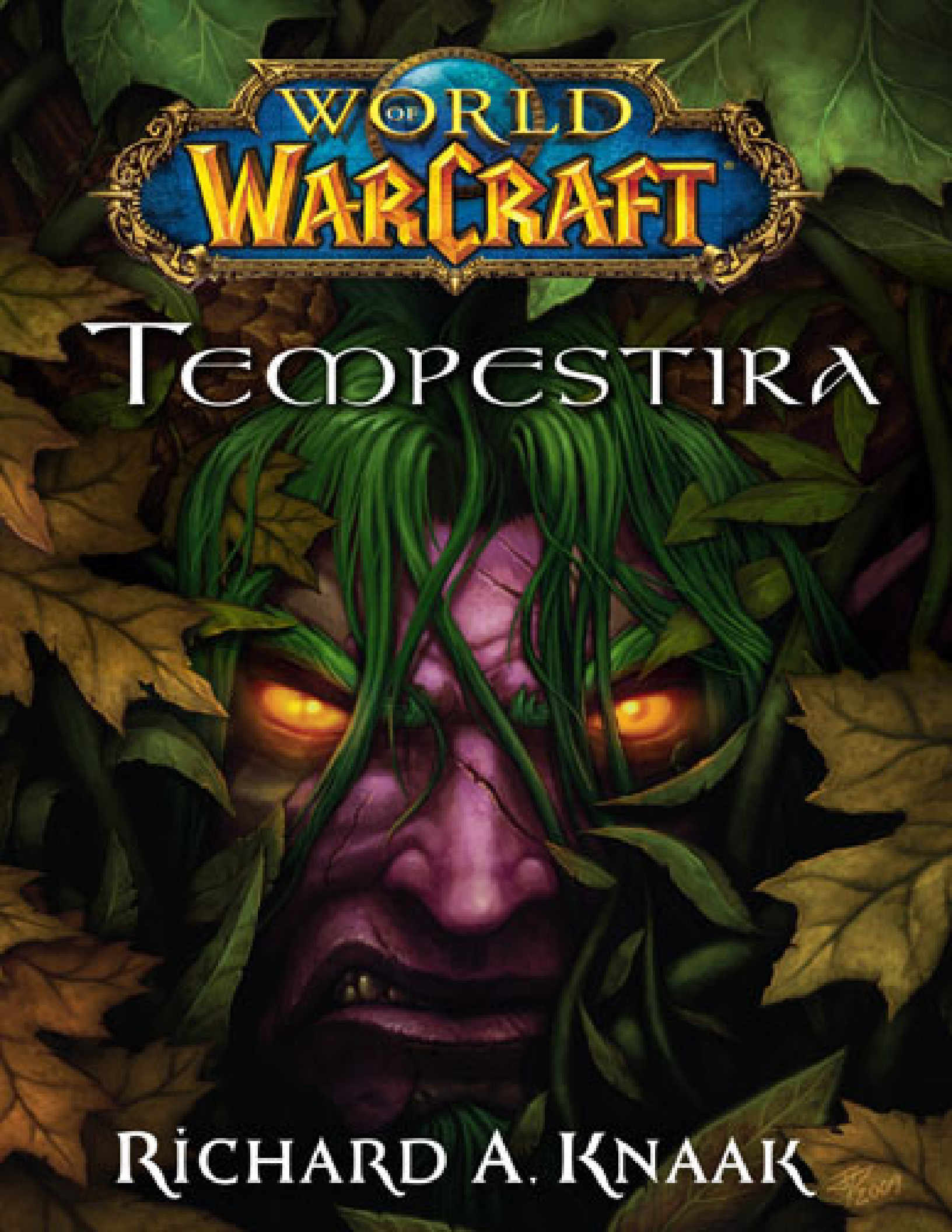
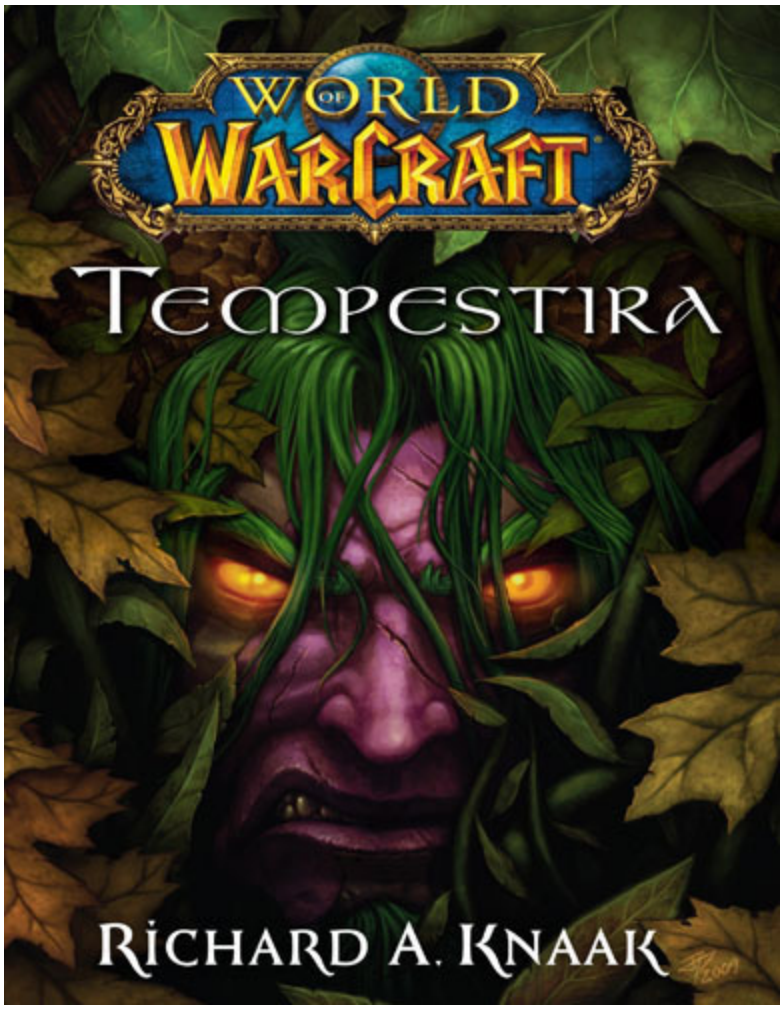

WORLD OF WARCRAFT
TEMPESTIRA
RICHARD A. KNAAK



Tempestira

Algo sucede en las tierras de Azeroth. Muchos de los adormecidos habitantes del mundo sufren terribles pesadillas de las que no pueden escapar. Los pocos que despiertan no encuentran ningún consuelo: visiones espantosas los asaltan mientras brumas que ocultan formas dantescas se extienden por el mundo de la vigilia.

A medida que más seres caen víctimas de esta enfermedad, los druidas de Azeroth luchan por sanar el enfermo Árbol del Mundo de Teldrassil. Uno de los druidas que acuden es Broll Bearmantle, de corazón recio, que sospecha que algo oscuro se oculta tras el debilitamiento de Teldrassil. El druida pronto recibe una llamada de auxilio de la Suma sacerdotisa Tyrande Whisperwind, que acaba de descubrir que Malfurion Stormrage, su compañero que permanece en coma, se muere. Aunque la forma de sueño de Malfurion lleva mucho tiempo perdida dentro del Sueño Esmeralda,

últimamente su estado ha empeorado. Aunque parezca extraño, el declive de la salud de Malfurion parece coincidir con la enfermedad de Teldrassil y la siniestra fuerza que aterroriza a los durmientes de Azeroth…

Junto con el extraordinario humano Lucan Foxblood y la valiente orca Thura, Tyrande y Broll parten en busca de la forma de sueño perdida de Malfurion. En el camino descubren que la Pesadilla Esmeralda, una aflicción tenebrosa que ha echado raíces dentro del Sueño, es la responsable del mal de Malfurion, Teldrassil y los habitantes durmientes de Azeroth. La Pesadilla es tan poderosa que incluso algunos de los majestuosos dragones verdes guardianes del Sueño han caído presa de ella y se han vuelto locos. A medida que la influencia de la Pesadilla crece sin control, a Tyrande y a sus compañeros solo les queda una opción: viajar a las regiones corruptas del Sueño y encontrar a Malfurion ellos mismos.

Richard A. Knaak

Tempestira



¡Un agradecimiento especial a todos los que han tenido que ver con este proyecto y con mis otras incursiones en Azeroth! A la gente de Blizzard, sin ningún orden concreto… Rob, Gina, Evelyn, Micky, Tommy, Jason, Glenn, Samwise… ¡y a todos los que me haya dejado!
A Gallery Books… ¡a mi esforzado editor Jaime, a Anthony, Marco y más!
¡Y, con el mayor reconocimiento, a Chris Metzen, que ha estado ahí desde el principio!
¡Otra vez, gracias a todos!
Para los más de doce millones que le han dado vida a Azeroth.


TELDRASSIL
DARNASSUS
AUBERDINE
FRONDAVIL
MONTE HYJAL
KALIMDOR



«Entiendo que debo encontrar la verdad allá donde me lleve… incluso aunque acabe por costarme mi propia vida…»
Malfurion Stormrage, El pozo de la Eternidad

ÍNDICE

PRÓLOGO
CAPÍTULO UNO
CAPÍTULO DOS
CAPÍTULO TRES
CAPÍTULO CUATRO
CAPÍTULO CINCO
CAPÍTULO SEIS
CAPÍTULO SIETE
CAPÍTULO OCHO
CAPÍTULO NUEVE
CAPÍTULO DIEZ
CAPÍTULO ONCE
CAPÍTULO DOCE
CAPÍTULO TRECE
CAPÍTULO CATORCE
CAPÍTULO QUINCE
CAPÍTULO DIECISÉIS
CAPÍTULO DIECISIETE
CAPÍTULO DIECIOCHO
CAPÍTULO DIECINUEVE
CAPÍTULO VEINTE
CAPÍTULO VEINTIUNO
CAPÍTULO VEINTIDÓS
CAPÍTULO VEINTITRÉS
CAPÍTULO VEINTICUATRO
CAPÍTULO VEINTICINCO
CAPÍTULO VEINTISÉIS
CAPÍTULO VEINTISIETE
CAPÍTULO VEINTIOCHO
CAPÍTULO VEINTINUEVE
CAPÍTULO TREINTA
SOBRE EL AUTOR



PRÓLOGO
BÚSQUEDA DE SANGRE

Thura estaba en pie al borde del gran abismo escarpado. La joven orca apretó instintivamente su recia mano sobre el hacha mientras buscaba en vano un lugar por donde cruzar. De miembros y torso gruesos y musculados, la orca era una diestra luchadora, a pesar de haber llegado apenas a la edad adulta. Pero ahora sus anchos y toscos rasgos expresaban algo más infantil, más temeroso, mientras corría arriba y abajo sin tener éxito en su búsqueda. Frunció su amplia boca llena de colmillos. Thura sacudió la cabeza y farfulló una protesta silenciosa. Su fosca melena castaña, que normalmente llevaba recogida en una coleta pero que ahora llevaba suelta, caía sobre el lado izquierdo de su cara.

Al otro lado estaba teniendo lugar una imponente batalla, que tenía en el centro un solitario y fornido macho de su raza; alguien a quien conocía básicamente de recuerdos infantiles e historias contadas por el gran gobernante orco Thrall. Delante de ella estaba un guerrero canoso de rostro severo y brazos poderosos. Igual que ella, llevaba la falda y el arnés de cuero de un luchador. Su cuerpo estaba cubierto de antiguas cicatrices de otras batallas, otras guerras. Incluso rodeado, el macho gritaba su desprecio hacia sus monstruosos enemigos.

Y ciertamente eran monstruosos, pues eran demonios de la Legión Ardiente… criaturas malignas mucho más altas que el valeroso guerrero solitario. Llevaban armadura y ardían de la cabeza a los pies con un virulento fuego amarillo verdoso cuya intensidad rivalizaba con la feroz determinación que se veía en los ojos marrones del orco. Con espadas malignas y otras armas infames, cortaban el aire una y otra vez buscando atravesar su guardia. Pero siempre los mantenía alejados con su hacha, un

arma asombrosa que resultaba aún más fantástica por el hecho de estar tallada en madera.

No… tallada, no. Thura recordaba que un chamán la había inspeccionado y había declarado que una gran magia habla «dado forma» al hacha de doble filo, una magia que se rumoreaba que pertenecía al semidiós Cenarius. Cenarius había sido guardián de la naturaleza, protector de los bosques.

Pero, fuese cual fuese el origen del hacha, claramente tenía su propia magia, pues cortaba fuertes espadas y gruesas armaduras con la misma facilidad que atravesaba el aire. Grandes destellos de siniestro fuego amarillo verdoso surgían de las heridas mortales provocadas mientras caían uno tras otro ante la firme mano del orco.

Un aura esmeralda profunda, casi nebulosa, que no tenía nada que ver con las llamas de la Legión Ardiente lo cubría todo, incluso al solitario campeón. El aura tenía un ligero tinte azulado que se sumaba a la sensación de irrealidad del momento. Pero Thura le prestó poca atención al aura. Su ansiedad crecía al tiempo que seguía sin encontrar un paso.

Entonces una deslumbrante figura se materializó justo detrás y a la izquierda del orco. Era un ser fascinante cuya raza alta y de piel violeta le resultaba conocida a Thura. Un elfo de la noche. Pero este no era un representante corriente de ese pueblo, pues de su cabeza surgían un par de poderosas y elaboradas astas. Más aún, llevaba una ropa llamativa que lo revelaba no solo como druida, uno de los reverenciados guardianes de la naturaleza, sino obviamente como un druida de gran prestigio, quizás incluso un Archidruida.

El elfo de la noche tenía un rostro ancho y maduro que le daba más personalidad. También tenía una frondosa barba verde. Sus brillantes ojos dorados, casi tan llamativos como sus astas, se veían incluso desde la distancia.

La llegada del elfo de la noche le cortó el aliento a Thura. Desarmado, se inclinó hacia el orco para susurrarle algo, y su mera presencia pareció reconfortar al campeón guerrero. Habiendo vencido ya a muchos demonios en solitario, el orco maduro parecía confiar en que el elfo de la noche sin duda podría aguantar contra la multitud sedienta de sangre que seguía acercándose.

Detrás del orco, en las manos del elfo de la noche apareció de repente una larga vara de madera. Alzó la vara y, al hacerlo, el extremo más cercano

adquirió repentinamente filo. Delante de él, el orco mató a otro impetuoso demonio más, cortándole la larga y estrecha cabeza, con sus cuernos retorcidos y todo.

El elfo de la noche tocó con la punta de la vara la parte de atrás del cuello del orco.

Thura vio la traición demasiado tarde. Gritó en vano, pues sus palabras quedaron ahogadas por la distancia y el ruido de las armas chocando.

En la parte de atrás del cuello del orco creció un pequeño brote. Parecía una hierba, como las que Thura podría haber pisado mil veces al día. Pero esa hierba brotó rápidamente, creciendo y creciendo en un solo latido.

El otro orco finalmente lo notó. Echó la mano atrás, pero varias hojas color verde oscuro se aferraron a su muñeca. La hierba siguió extendiéndose, cubriendo el cuerpo del indefenso guerrero. Al hacerlo, de las hojas empezaron a brotar terribles espinas, todas apuntando hacia dentro. Pincharon al orco y, allá donde lo hacían, hacían salir la sangre.

El orco tembló. Se le abrió la boca y cayó sobre una rodilla. Los tentáculos de hierba cubrieron su cuerpo hasta que lo ataron por completo. De las monstruosas heridas continuaba manando sangre mientras el elfo de la noche observaba divertido.

Thura gritó el nombre del orco, incluso aunque ya era demasiado tarde para salvarlo:

—¡Broxigar!

De repente, los demonios se convirtieron en niebla. Solo quedaban el elfo de la noche, su víctima y Thura. El elfo de la noche dio otro paso hacia atrás, y su mirada burlona se volvió hacia ella.

Los ojos dorados se volvieron completamente negros. Se convirtieron en profundos pozos que tiraban fríamente del alma de la orca.

Entonces, de esos oscuros pozos surgieron monstruosos bichos carroñeros. Escarabajos, ciempiés, cucarachas y otros salían de los ojos del elfo de la noche en terribles corrientes que caían al cielo. Las criaturas se dispersaron por todas direcciones y árboles, y otra flora se materializaba a su paso. Pero las frondosas plantas apenas habían aparecido cuando los insectos las cubrían. Arbustos, matas, incluso los árboles más altos estaban envueltos en bichos.

Y luego se marchitaban. Todo se marchitaba, El mundo de Thura se convirtió en una visión retorcida y horrible.

El elfo de la noche rio. De su boca saltan más repugnantes insectos…

Desapareció.

Thura volvió a gritar el nombre de Broxigar. Con esfuerzo, el moribundo guerrero consiguió mirar hacia ella. Una mano se liberó de la hierba que lo maniataba y estiró el brazo, empuñando el hacha mágica.

Su boca susurró un nombre…

Thura se despertó sobresaltada.

Se quedó tumbada un rato, tiritando a pesar de que en el bosque por el que estaba viajando había una temperatura agradable. El sueño se repetía en su cabeza, tal como ocurría cuando la orca no lo estaba reviviendo en sueños.

Con cierto esfuerzo, Thura acabó por levantarse. La pequeña fogata que había hecho hacía tiempo que se había apagado, y ahora solo quedaban unos débiles hilillos de humo. Soltando por un instante su arma, Thura echó tierra para sofocar lo que quedaba del fuego y luego buscó su bolsa. Agarrando el pequeño saco de cuero, recogió el hacha y se puso en camino.

Siempre era así. Andaba hasta que se agotaba, cenaba y luego dormía hasta que el sueño la despertaba y la dejaba en tal estado que sabía que era mejor seguir adelante. En cierto macabro sentido, eso le parecía bien a la orca. Últimamente era arriesgado dormir, y además cada paso la acercaba más a su meta, la acercaba más a vengar a los suyos.

Y más aún. Se había dado cuenta de que la movía otra misión: evitar una catástrofe que no solo acabaría con su propio pueblo… sino con todo lo demás.

El orco, Broxigar, era el hermano de su padre, aunque los padres de estos eran distintos. Ella sabía de su legendaria defensa junto a sus camaradas contra la Legión Ardiente, una defensa que había terminado con Broxigar, o Brox, como único superviviente. Incluso de niña, Thura podía notar la culpa que él habla sentido por seguir vivo mientras sus amigos habían muerto.

Y entonces Thrall, el gran líder orco, había enviado al veterano guerrero a una misteriosa misión con otro compañero. Ninguno de los dos regresó nunca, pero entonces corrió el rumor de que un viejo chamán había devuelto la maravillosa hacha de madera de su sueño y se la había entregado a Thrall. Aquel chamán también había contado que Brox se había convertido en un héroe que había ayudado a salvar no solo a los orcos, sino también a todos los demás. Hubo quienes dijeron que al chamán le brotaron

alas y se perdió volando en la noche, transformándose en un ave gigante o un dragón.

Thura no sabía si eso último era cierto, solo que, cuando alcanzó la edad guerrera y demostró su destreza, el propio Thrall le entregó la legendaria hacha. Era, después de todo, la única pariente de Brox que quedaba, excepto por su único tío, Saurfang el Viejo, que había perdido recientemente a su hijo en batalla. El hacha podría haber ido a cualquiera de ellos, pero el chamán de mayor confianza de Thrall había visto en un sueño que debía pasar a Thura. El porqué nadie lo sabía, pero Thrall había seguido el consejo.

Thura se sintió honrada de llevar esa arma; una ironía, como sabía bien. Hacía años, bajo la influencia de la maldición de sangre del señor demoníaco Mannoroth, algunos orcos bajo el mando del legendario Grom Hellscream habían invadido los bosques de Vallefresno y habían matado a Cenarius cuando les presentó resistencia. Aquello había ocurrido antes de que Thrall le hubiese devuelto a su pueblo el respeto por la naturaleza. La muerte habla sido lamentable… pero Thura no había tomado parte en aquello, así que, con el sentido práctico de los orcos, asumió que el espíritu de Cenarius también lo habría entendido.

En el momento en que Thura le puso las manos encima, sintió que era como debía ser. Pero el hacha también trata algo más. Al principio no, ni siquiera durante los primeros entrenamientos después de que se la dieran. No, su secreto no se había revelado hasta después, y al principio ella lo había ignorado. Un sueño era solo un sueño…

O no.

A Thura no le hizo falta el chamán para acabar dándose cuenta de la verdad. El espíritu de su fallecido pariente había estado intentando llegar a ella para pedir venganza. El sueño era una insinuación de la verdad, de eso estaba segura. Le había enseñado cómo había muerto Brox en realidad… traicionado por alguien a quien creía un amigo.

El elfo de la noche.

Y, aunque no podía decir cómo lo sabía, Thura también entendía que el elfo de la noche seguía vivo y que podía encontrarlo. Lo único que tenía que hacer era prestar atención al sueño. Cada vez que el sueño la despertaba, sentía la dirección que tenía que tomar.

La dirección en que encontraría al traicionero asesino del valeroso Brox.

Brox había dicho su nombre, que resonaba en su cabeza desde la primera vez que tuvo el sueño a pesar de que nunca se lo había oído decir al orco en voz alta.

Malfurion Stormrage… Malfurion Stormrage…

Thura levantó su hacha… el hacha que había sido de Brox. La orca le había hecho un juramento a su tío muerto. Encontraría a Malfurion Stormrage sin importar lo lejos que tuviese que viajar y sin importar a quién le obligara a enfrentarse su búsqueda de sangre.

Encontraría a Malfurion Stormrage… y entonces el hacha no solo haría una justicia que se había demorado mucho tiempo, sino que quizás Thura podría salvar a Azeroth antes de que fuese demasiado tarde…



CAPÍTULO UNO
TELDRASSIL

Una sensación premonitoria que la elegante sacerdotisa elfa no había sentido desde la caída de Zin-Azshari la sacudió hasta la médula.

Tyrande Whisperwind intentó concentrarse en sus meditaciones. Darnassus, la nueva capital de los elfos de la noche, había sido construida para honrar la supervivencia de la raza, como era lo apropiado, y no para honrar a una reina loca. Aunque era mucho más pequeña que su predecesora, Darnassus era a su propia manera no menos espectacular, en parte debido a su localización en las ramas occidentales más altas de Teldrassil… el Árbol del Mundo. Tan gigantesco y poderoso era que los elfos de la noche habían podido construir sobre él edificios tan imponentes como el Templo de la Luna, hecho de piedra traída del continente y alzado debido a la increíble altura del tronco mediante la magia. Ciertamente, más asombroso incluso que el hecho de que la capital se encontrase instalada entre las ramas de Teldrassil era que se trataba del mayor de los varios asentamientos que existían entre el follaje.

Y mucho de todo aquello se les podía atribuir a los druidas, que habían hecho crecer el árbol.

Tyrande intentó no permitir que ni siquiera el más nimio de los pensamientos sobre los druidas interfiriese con su necesidad de paz. Respetaba su trabajo, pues la naturaleza había sido y siempre sería parte integral de la existencia de los elfos de la noche, pero pensar en ellos, aunque fuese de pasada, siempre le traía pensamientos y preocupaciones acerca de su amigo de la infancia, de su amante Malfurion Stormrage.

La pálida luz de la diosa luna brillaba a través de la vidriera redonda e iluminaba la vasta cámara central, transformándose temporalmente de plateada a púrpura claro. Pero se volvía plateada al cubrir el brillante

estanque que rodeaba a la estatua de Haidene, la primera Suma sacerdotisa que de niña había oído la sagrada voz de Elune. Como era su costumbre, Tyrande se sentó con las piernas cruzadas al borde del estanque, sobre los gigantescos escalones de piedra, ante los brazos levantados de Haidene, buscando desesperadamente, tanto de su predecesora como de su diosa, la bendición del consuelo, guía… y ayuda para sacudirse su creciente sensación de ansiedad. Aunque las sacerdotisas y las novicias acudían a menudo a la cámara en busca de meditación y paz, en ese momento Tyrande se encontraba sola.

Con los ojos cerrados, buscó infructuosamente eliminar de su mente cualquier pensamiento sobre Malfurion. Su tumultuosa relación se remontaba al comienzo de la Guerra de los Ancestros, cuando ella, Malfurion y su hermano gemelo Illidan perdieron la inocencia de la juventud y se convirtieron en luchadores experimentados. Aún recordaba vívidamente las traiciones de Illidan y su propio encarcelamiento en el palacio de Azshara. Y, aunque el relato del traslado de su cuerpo inconsciente fue algo que supo después, de vez en cuando Tyrande revivía lo que se imaginaba que pudo haber ocurrido después de que la capturasen los sirvientes del repugnante consejero de la reina, Xavius, que acabó siendo transformado por el amo de la Legión en un monstruoso sátiro. También había quedado grabado en su memoria el momento en que casi perdió a su querido Malfurion al final, justo cuando había conseguido expulsar a la mayoría de los demonios de su mundo. Le dolía el corazón recordarlo invocando sus últimas fuerzas para salvarla a ella.

Pero, por encima de todo, lo más insistente era el recuerdo de las esperanzas y sueños que habían compartido tras el conflicto. Habían hablado de empezar una auténtica vida juntos, de que Azeroth ya no les exigiría grandes sacrificios.

Pero, para la completa decepción de Tyrande, el trabajo de Malfurion volvió a alejarlo. Comenzó a adiestrar a otros druidas, pues el propio Azeroth necesitaba curarse, y ellos se encontraban entre sus más ardientes cuidadores. Y cuando Malfurion decidió dejar atrás a Tyrande durante años para recorrer el Sueño Esmeralda, ella se preguntó si alguna vez él la había amado de verdad. Mientras, Tyrande se había visto empujada al puesto de Suma sacerdotisa de Elune contra sus deseos y, más tarde, debido a las circunstancias y la necesidad, al de gobernante de su pueblo. Solo en este último papel había podido llevar a cabo grandes cambios en la sociedad de

los elfos de la noche, tales como la disolución del tradicional y a menudo fallido sistema de mando militar basado en el linaje y la creación de los Centinelas, cuyos oficiales lo eran por sus méritos. Convertirse en líder no era un destino que ella hubiese escogido, pero tampoco lo dejaría, de tanto que deseaba ayudar a proteger a la raza de los elfos de la noche.

Madre Luna, dame calma, rezó silenciosamente la Suma sacerdotisa. Aunque había vivido miles de años, la elfa de la noche parecía haber envejecido físicamente poco desde aquel lejano día en que le confiaron el manto del gobierno. Aún le caía sobre los hombros la exuberante melena de pelo azul medianoche y las mechas plateadas que conservaba desde la juventud. Su cara era la de una joven doncella y, aunque habían empezado a dibujarse algunas delgadas líneas en las esquinas de sus ojos plateados, eran más el resultado de los últimos seis o siete años de auténtico envejecimiento que la marca de los diez duros milenios que había vivido.

Pero intentar gobernar sabiamente durante más de cien siglos le había pasado factura interiormente, motivo por el cual la Suma sacerdotisa buscaba alguna que otra vez un descanso mediante la meditación. Tyrande solo quería una hora de vez en cuando, lo que sin duda no era una petición exagerada a Elune. Aquí, bañada en la siempre presente luz de la Madre Luna, solía encontrar fácilmente la concentración. Sin embargo, esta vez la sensación de paz parecía esquivarla. Tyrande entendía los motivos, pero se negaba a ceder. Se concentró más profundamente…

Tyrande dejó salir un grito ahogado. La pálida luz de la luna brilló, volviéndose cegadora… y, por primera vez, dolorosa.

Su entorno se transformó. Ya no estaba sentada en el refugio del templo, La elfa de la noche se encontraba en un lugar oscuro cuyos muros de tierra lo identificaron inmediatamente como un túmulo. Los detalles de la cámara subterránea pasaban ante ella como si fuesen las páginas de un libro. Tyrande vio las bolsas de hierbas, plumas, dientes y otros objetos pertenecientes a la fauna de Azeroth. También había marcas, algunas de las cuales le resultaban conocidas mientras que otras le eran incomprensibles.

Un escalofrío le recorrió la columna. Sabía dónde estaba, pero aún pretendía en vano negarlo.

Entonces apareció otra sacerdotisa de Elune. Tyrande la conocía por su nombre y por su rostro delgado y terso. Merende. Aunque era mucho más joven que la Suma sacerdotisa, era una respetada acolita de la Madre Luna.

Una segunda sacerdotisa, a quien también conocía, seguía a Merende. A esa la siguió una tercera. Todas tenían expresión sombría y mantenían la cabeza gacha. Llevaban sencillas túnicas plateadas con capucha. Llevaban los sencillos ropajes por respeto al lugar en el que estaban, pues esas sacerdotisas no se encontraban en su entorno, sino en un dominio bajo el cuidado de los druidas. Ciertamente, este era el túmulo, el hogar, por así decir, de uno de ellos.

Y, mientras Tyrande pensaba en esto, su visión cambió, aunque no por elección propia. Siguió las miradas de las atribuladas sacerdotisas. Había un cuerpo tumbado sobre una alfombra de hierba tejida, y una débil luz argéntea, la luz de Elune, cubría el inmóvil cuerpo. Se le aceleró el pulso ante esta visión solemne, aunque debería estar acostumbrada desde hacía tiempo.

Incluso en reposo, el orgulloso rostro mostraba las marcas del tiempo y un trabajo incluso mayor que el de ella. Las sacerdotisas habían colocado su larga melena verde sobre su pecho, donde parcela fundirse con su frondosa y larga barba. Tenía unas espesas cejas angulosas que le hacían aparecer serio y contemplativo.

Llevaba ropa más elaborada que la de la mayoría de los druidas, no porque lo hubiese decidido así, sino porque lo pedía su alta posición. Una poderosa armadura de la que sobresalían espinas protegía sus hombros, mientras que unas guardias a juego hacían lo propio con los antebrazos y las espinillas. Aunque hecha de madera respetuosamente conseguida de árboles muertos, la armadura encantada era más duradera y resistente que el metal. La túnica sin mangas llegaba hasta sus pies calzados con sandalias y llevaba a los lados de las piernas el color y el dibujo de hojas. Cerca del borde, una capa de azul marcada por lo que parecían ser lunas en cuarto creciente quizás honraba en cierta medida a Elune.

Malfurion Stormrage miraba fijamente al cielo con ausentes ojos dorados.

Tyrande tragó saliva al verlo a él, a su amante. Se le debilitaban las piernas mientras lo observaba. ¿Cómo un ser tan brillante y rebosante de espíritu podía quedar totalmente sin vida y desesperadamente perdido? Sonrió débilmente al mirar a Malfurion, que parecía tan regio, tan distinguido. Por noble que pareciera el elfo de la noche, un aspecto de él llamaba poderosamente la atención. Surgiendo de su frente, hacia delante, aparecían dos orgullosas astas. De más de cincuenta centímetros de largo,

no eran un defecto de nacimiento, sino el don y la marca de Cenarius. Pocos de entre los druidas llevaban la bendición del cuadrúpedo semidiós de patas hendidas, y de ellos el primero y principal era aquel que allí yacía.

A Tyrande no le había pillado por sorpresa cuando vio por primera vez que las astas empezaban a crecerle. Solo las había considerado como el reconocimiento a la grandeza que siempre había sabido que existía en Malfurion.

—Malfurion… —le susurró al cuerpo, aunque nadie, especialmente él, podía oírla—. Oh, mi Malfurion… ¿por qué has tenido que abandonarme otra vez?

Observó mientras sus seguidoras se arrodillaban ante el cuerpo inmóvil y colocaban las manos sobre su cabeza y su pecho. Tyrande sabía lo que estaban haciendo, dado que ella misma había dado la orden.

Solo gracias a las bendiciones de la Madre Luna Malfurion Stormrage seguía vivo. Sus fieles mantenían con vida y saludable el cuerpo del Archidruida, esperando contra viento y marea que llegase el día en que Malfurion volviese en sí. Esperando contra viento y marea que su forma astral regresara de allá donde se había perdido en el Sueño Esmeralda…

La Suma sacerdotisa deseaba desesperadamente marcharse. ¿A qué propósito servía que Elune le mostrase esta escena? Lo único que hacía era generar más ansiedad, más terribles recordatorios. No podía soportar verlo así, perdido para ella… quizá para siempre.

Las cuidadoras de Malfurion dieron un paso atrás. Parecían sombrías. Llevaban así día tras día y conocían bien su deber.

La piel del Archidruida se oscureció de repente.

Las tres sacerdotisas no reaccionaron ante esta transformación, casi como si no pudiesen verla. Tyrande, a su vez, saltó al lado de Malfurion sin prestar atención al hecho de que su cuerpo había atravesado el de sus seguidoras como si fuesen niebla. Lo único que importaba era la espantosa transformación de su amado.

Mientras observaba, indefensa e incapaz siquiera de tocarlo, el cuerpo del Archidruida continuaba su macabro cambio. Al tiempo que se oscurecía, su piel también se resecaba, como la corteza de un árbol. Sus piernas y brazos se volvieron nudosos. Hojas dentadas negras le brotaron por todo el pelo y la barba, cubriéndolos rápidamente. Al mismo tiempo, las hojas comenzaron a moverse lentamente atrás y adelante como si sobre ellas soplase un viento de más allá de este lugar subterráneo.

Los ojos dorados palidecieron y volvieron al color plata de la infancia y luego, de un modo aún más horrible, se le hundieron, convirtiéndose en negros abismos.

El aleteo rítmico de las hojas desvió la atención de la Suma sacerdotisa de aquellos espantosos ojos, aunque al principio no podía saber por qué. En el aleteo había un movimiento familiar. Y entonces un débil sonido empezó a acompañar al movimiento; un ritmo regular, palpitante, que crecía en intensidad al llegar a sus oídos.

Un latido.

Miró a su alrededor, enloquecida… parecía que las otras sacerdotisas no lo oían. Se volvió aún más sonoro y fuerte. El sonido se tornó ensordecedor, las hojas aleteaban al ritmo y, entonces…

El latido comenzó a ralentizarse. Al principio apenas perceptible, pero se volvía más lento, como si el viento hubiese dejado de soplar.

Y como si un corazón estuviera empezando a detenerse gradualmente…

Aterrada, Tyrande alargo su mano hacia Malfurion…

El túmulo desapareció; la oscuridad y un completo silencio acompañaron a la Suma sacerdotisa. Descubrió que tenía los ojos cerrados.

Con un grito ahogado abrió los ojos y acomodó la vista al brillo de Elune. Se encontró de nuevo sentada en el templo. La estatua de Haidene se alzaba elegante sobre ella. Todo era como lo recordaba, y Tyrande supo que lo que había experimentado había tenido lugar quizás en el espacio de un breve aliento.

Pero su propia situación no le preocupaba en absoluto. Solo importaba la visión. En miles de años solo había recibido de su señora un puñado escaso de tales dones, y todos ellos habían sido mensajes de gran importancia, Pero este… este era el más inquietante de todos.

A pesar de todos los esfuerzos y vigilancia de sus cuidadores, estaba claro que Malfurion se moría.

* * *

Las amplias y poderosas alas del cuervo de tormenta batían con fuerza mientras el ave se acercaba a la isla. De color marrón madera con salpicaduras plateadas en los bordes de las plumas, era grande, incluso para un ejemplar de su especie. Una mecha plateada inclinada coronaba su cabeza, y dos copetes iguales de plumas del mismo color colgaban de ambos lados de su cráneo, dándole un aspecto mayor, casi sabio. Unos

profundos ojos plateados se asomaban por debajo del ceño, observándolo todo.

Aunque una densa niebla amortajaba el cielo nocturno, el cuervo de tormenta se alzaba por el aire con una rapidez que sugería que conocía el entorno. Acierta distancia en el mar centelleó un relámpago, y el pájaro se aprovechó de la momentánea iluminación para buscar la isla.

De repente, el solitario viajero se vio obligado a resistir una curiosa ráfaga de viento frío que parecía decidida a echarlo atrás, como si le avisara de que solo un necio seguiría adelante. Pero eso fue justo lo que hizo el cuervo de tormenta, luchando contra la helada borrasca. Notaba que estaba muy cerca de su meta.

Y, de hecho, como si se abriesen unas cortinas, la niebla finalmente cedió. Por fin apareció la isla, empequeñecida bajo aquello por lo que se le conocía y cuyo nombre llevaba. Desde la distancia, aquellos que tuvieran delante por primera vez la esplendorosa visión habrían creído que estaban viendo una enorme montaña con lados marcadamente perpendiculares. Pero, si pudieran observarlo a la luz del día y con un clima más benigno que aquél que sobrevolaba el cuervo de tormenta, descubrirían que aquello no era una montaña, ni siquiera, quizás, un gran edificio construido por alguien, sino que era algo mucho más asombroso.

Era un árbol.

Ocupaba casi toda la isla, que no era pequeña. En las propias raíces del árbol estaba el puerto, llamado Rut'theran por los elfos de la noche que lo habitaban. Estaba claro que la isla existía simplemente para albergar al leviatán cuyo nombre llevaba y por el que todos la conocían.

Era el hogar de Teldrassil… el segundo Árbol del Mundo.

Diez mil años antes habían plantado sobre el Monte Hyjal el primer Árbol del Mundo, Nordrassil, tras la destrucción de la fuente original de poder de los elfos de la noche, el Pozo de Eternidad. Montado sobre el segundo Pozo creado por la traición de Illidan, Nordrassil había servido a dos propósitos. No solo evitaba que otros abusaran de la magia del nuevo Pozo, sino que también impedía que la segunda fuente de poder creciese demasiado con el tiempo. Bendecido por tres de los grandes Dragones Aspectos, Alexstrasza la Protectora, Nozdormu el Atemporal e Ysera la Soñadora, el vasto árbol no solo protegía Azeroth, sino que estaba conectado a la inmortalidad y al poder de los elfos de la noche.

Pero, hacia menos de una década, el venerable Nordrassil había sufrido terribles daños durante la titánica batalla contra los mismos demonios, la Legión Ardiente, cuya invasión inicial había causado que lo plantasen. Su estado debilitado había privado a los elfos de la noche de su muy pregonado poder y, peor aún, de su propia inmortalidad. Y, aunque las raíces de Nordrassil estaban volviendo a crecer lentamente, la inmortalidad no había vuelto aún.

Y así, los druidas, cuyas aprensiones había calmado su nuevo líder Fandral, habían plantado a Teldrassil, su sucesor.

El cuervo de tormenta se ladeó mientras el árbol continuaba mostrándose ante su vista. Si bien Teldrassil no era tan majestuoso como lo había sido su antepasado en su máximo esplendor, nadie podía negar que el nuevo Árbol del Mundo era una maravilla, un extraordinario ejemplo del cultivo de la naturaleza mediante la misma magia de Azeroth tal como la manejaban los druidas. La anchura del tronco de Teldrassil superaba en tamaño a algunos países. Pero, por increíble pareciera, era poca cosa computada con su gigantesca corona verde, que parecía extenderse hasta el infinito.

Algo llamó por un instante la atención del pájaro, que giró levemente la cabeza para observarlo. Entre las enormes ramas, el cuervo de tormenta vio movimiento entre lo que parecían ser no una sola estructura de piedra, sino varias. De hecho, alzándose sobre las ramas, se veía la parte de arriba de varios edificios.

Mientras volaba, otros asentamientos más pequeños pasaron ante su vista. De tan grandes y accidentadas que eran las gigantescas ramas, incluso se veía un lago brillar con luz trémula entre las hojas. Y, más adelante, sobresalía la cima de una montaña.

El cuervo de tormenta se acercó a las ramas más altas. Allí vio otra maravilla sobre la más alta de las grandes ramas. Desde aquel prodigio llegaba luz no solo de las antorchas, sino de lo que parecían ser fragmentos de luz de luna viva.

La magnífica ciudad de Darnassus, capital de la raza que habitaba en el árbol, lo atraía. Incluso desde la distancia estaba claro que Darnassus rivalizaba con lugares legendarios como la Ciudad de Ventormenta de los humanos o la Orgrimmar de los orcos.

El Árbol del Mundo recogía suficiente rocío como para crear y alimentar muchos ríos, corrientes y lagos entre sus ramas, uno de los cuales

era tan grande que parte de Darnassus había sido construida sobre él. Los elfos de la noche habían usado el agua para conservar el esplendor de los jardines del templo y el impresionante canal que cruzaba la ciudad. Más al norte, al otro lado del canal, los druidas habían construido su propio santuario, el Enclave Cenarion, envuelto en el bosque.

Pero el pájaro se desvió, no solo de Darnassus, sino del resto de las increíbles ciudades anidadas sobre la copa del árbol. Por tentadora que resultase, el destino del cuervo de tormenta estaba mucho más abajo.

El enorme pájaro bajó hasta unos doce metros del suelo y luego, con habilidad innata, arqueó las alas para frenar su descenso. Extendió sus garras al prepararse para aterrizar.

Justo antes de que el cuervo de tormenta tocase el suelo, aumentó de tamaño, creciendo en apenas un segundo hasta alcanzar una altura mayor que la de cualquier humano. Sus patas y garras cambiaron de forma; las primeras volviéndose más gruesas y largas, y las otras convirtiéndose en pies calzados con sandalias. Al mismo tiempo, ambas alas se alargaron, y de ellas surgieron dedos. Las plumas desaparecieron, reemplazadas por espeso pelo de color verde boscoso recogido por detrás y que caía por delante en forma de espesa barba que llegaba hasta lo que ahora era un pecho envuelto en una capa.

El pico había desaparecido, convirtiéndose en una nariz prominente y una amplia boca torcida en lo que era un ceño perpetuamente fruncido. Las plumas negras habían dejado paso a carne de color violeta oscuro que marcaban al metamorfo como miembro de la raza que vivía en esa tierra y sobre ella.

Broll Bearmantle, siendo elfo de la noche, se parecía mucho a la mayoría de los otros druidas. Sí, era más musculoso y tenía más aspecto de guerrero que los demás. Su atribulada existencia, nada pacífica, le había dado rasgos más llenos, más castigados, pero el resto de los druidas todavía lo consideraban uno de ellos.

Miró a su alrededor. No vio a ningún otro druida, aunque los sentía cerca. Le pareció bien. Quería un momento de soledad antes de unirse a los demás.

En su cabeza se amontonaban muchos pensamientos, la mayoría concernientes a su shan’do, su maestro. Cada vez que Broll regresaba a Teldrassil, el corpulento elfo de la noche pensaba en su shan’do, sabiendo que sin él no sería quien era, incluso aunque Broll se consideraba a sí

mismo un druida lamentable. De hecho… ninguno de aquellos reunidos para aquel repentino cónclave, ni siquiera Fandral, estarían aquí de no ser por el legendario Malfurion Stormrage.

Malfurion no solo había sido su líder, sino que había sido el primer druida mortal de Azeroth y había sido adiestrado por el semidiós Cenarius personalmente. La deidad del bosque había visto en el joven elfo de la noche una cualidad única, un nexo único con mundo y lo había alimentado. Y, antes de que Malfurion hubiese terminado su adiestramiento místico, se vio arrojado a su primera batalla titánica contra los demonios y los miembros traidores de su propia raza… incluyendo a la mismísima reina de los elfos de la noche, Azshara, y su desleal consejero Xavius. Muchos creían que, de no haber sido por los esfuerzos de Malfurion, el propio Azeroth habría dejado de existir.

Los relatos de sus extraordinarias hazañas se extendían en el tiempo. Malfurion se había sacrificado durante muchos siglos de su vida por el bien del mundo y de su pueblo una y otra vez. Cuando otros cayeron, él continuó con sus batallas y las hizo suyas. A pesar de ser un maestro en los misterios de la naturaleza, Malfurion también se había convertido en un campeón guerrero.

Pero recientemente, ahora que una paz duradera parecía posible, Malfurion había reorganizado a los druidas y había intentado devolverlos a su camino original, a su vocación primera. El pasado quedaba atrás, el futuro era un fascinante enigma que explorar reposadamente. Ciertamente, Malfurion había dicho que estaban mejor ahora, sin su inmortalidad, pues eso los obligaba a convertirse en parte de la vibrante vida de Azeroth en lugar de ser un elemento formal e inalterable que simplemente observaba el paso del tiempo…

—Malfurion… —murmuró. Exceptuando a otras dos personas en su vida, nadie había afectado a Broll como su shan'do. Le debía mucho a Malfurion… y aun así, al igual que los demás, se sentía incapaz de hacer nada por salvar al Archidruida de su temible destino.

Broll parpadeó, regresando al presente. Había notado que alguien más aparecía tras él. Incluso antes de darse la vuelta, el elfo de la noche supo quién era. Ya solo el olor marcaba a ese druida en particular.

—Recibe la bendición del bosque, Broll Bearmantle —rugió el recién llegado—. Te sentí cerca. Esperaba verte.

Broll asintió. Aunque no había esperado ver al recién llegado, se alegraba.

—Archidruida Hamuul Runetotem… has tardado poco desde la Cima del Trueno.

Mientras que Broll se parecía a los otros druidas, su nuevo compañero no se asemejaba en nada. El torso del recién llegado recordaba en cierto sentido al de un elfo de la noche o un humano, aunque era aún más ancho de hombros que el fornido Broll. Al contrario que otros druidas, llevaba los ropajes sueltos y de color terroso de su tribu. Dos tirantes largos de color rojo unían la armadura de piel de sus hombros a su falda de cuero rojiza. Unas pulseras de color rojo, dorado y azul adornaban cada antebrazo hasta la muñeca.

Pero lo que marcaba como distinto a Hamuul, no solo de Broll sino de los demás elfos de la noche, es que era un tauren. Unas pezuñas hendidas soportaban su enorme cuerpo, y su cabeza era semejante a la de un toro, algo característico de la raza tauren, aunque ninguno se lo podría decir a la cara sin arriesgarse a perder algún miembro. Tenía un gran hocico en el que llevaba un anillo ceremonial y unos largos cuernos que se curvaban hacia los lados y hacia delante.

Hamuul medía casi dos metros y medio, incluso con la característica joroba de su raza. Su fino pelaje marrón grisáceo últimamente tendía más al gris que cuando Broll lo había conocido. Hamuul llevaba dos gruesas trenzas, también encanecidas, que colgaban sobre su pecho. La vocación druida le había llegado tarde y, en gran medida, naturalmente, animada por Malfurion Stormrage. El tauren había sido el primero de su raza en unirse a las filas de los druidas en casi veinte generaciones y, aunque ahora había más, ninguno era tan hábil como él.

—El viaje ha sido extrañamente tranquilo —declaró el tauren.

Entrecerró los ojos de color verde claro bajo su poblado ceño como si quisiera añadir algo, pero decidió no hacerlo. El elfo de la noche asintió, y sus pensamientos volvieron brevemente a cómo lo recibirían los demás. Se había esperado tanto de Broll desde su nacimiento… y todo debido a un rasgo singular que compartía con Malfurion, un rasgo singular que para Broll era un recordatorio siempre presente de sus carencias.

Las astas que sobresalían de sus sienes tenían casi cincuenta centímetros y, aunque no eran tan impresionantes como las que adornaban al famoso Archidruida, ciertamente eran dignas de verse. Desde la infancia

habían marcado a Broll y eran consideradas una señal de distinciones futuras. Incluso de niño le habían dicho que un día, algún día, sería legendario.

Pero, mientras los demás habían visto en las astas un don de los dioses, Broll rápidamente había acabado por considerarlas una maldición. Y, a sus ojos, su vida hasta el momento le había demostrado que tenía razón de sobra.

Después de todo, ¿de qué le habían servido cuando había necesitado ayuda en el momento más importante de su vida? Cuando Broll se había enfrentado a un ataque de demonios y no-muertos dirigidos por el vil señor del foso Azgalor, parecía que al fin todas las predicciones se harían realidad. Llevando el ídolo de Remulos, sus poderes druídicos habían aumentado. El enemigo se vio obligado a replegarse mientras los camaradas de Broll habían aprovechado su sacrificio para retirarse hacia el ejército principal.

Pero, una vez más, demostró no estar a la altura de la tarea. El agotamiento lo asaltó. La malévola espada de Azgalor, Maldad, manejada expertamente, acabó venciendo a las debilitadas defensas de los elfos de la noche. Broll dejó caer el ídolo cuando el filo de Maldad lo alcanzó.

El poder de la espada del demonio corrompió al instante las energías de la figura, y de ella brotó una fuerza mágica distorsionada que envolvió al último defensor que quedaba junto a Broll.

Había habido muchas veces, especialmente desde entonces, en que el elfo de la noche se había planteado cortarse las astas y cauterizar las protuberancias para evitar que creciesen de nuevo en el futuro… pero nunca había acabado por dar el paso final.

Broll se dio cuenta de que Hamuul había estado observándolo silenciosa y pacientemente.

—Ella estará siempre contigo. Los espíritus de nuestros seres queridos siempre velan por nosotros —dijo el tauren.

—No estaba pensando en Anessa —murmuró, mintiendo, el elfo de la noche.

Las orejas de Hamuul se doblaron.

—Mis más humildes disculpas por recordártela.

Broll minimizó las disculpas del tauren.

—No has hecho nada malo —masculló—. Vamos a movernos. Los demás ya se estarán reuniendo en el portal como es costumbre…

Hamuul frunció el ceño.

—Pero no vamos a subir a Darnassus ni al Enclave Cenarion. Fandral quiere que la reunión tenga lugar aquí abajo… ¡De hecho, al lado contrario de donde ahora nos encontramos! ¿No lo sabías?

—No… —Broll no cuestionaba la decisión del Archidruida. Después de todo, como líder de los druidas, Fandral Staghelm lo hacía con la mejor intención. Si creía que era mejor reunirse ahí abajo que en Darnassus, pues muy bien. Sin duda habría un buen motivo para…

Y entonces se dio cuenta. Quizás Fandral había encontrado un modo de salvar a su shan'do.

—Vámonos —le dijo a Hamuul, repentinamente impaciente por llegar. Alentado por la profunda y férrea esperanza que lo consumía cada vez que regresaba a Teldrassil, Broll estaba seguro de que Fandral tenía alguna respuesta a la grave situación de Malfurion.

Y, si no… el elfo de la noche temblaba al pensar qué otro curso de acción, si es que había alguno, les quedaría a los druidas…



CAPÍTULO DOS
CÓNCLAVE

Hacía días que Lucan Foxblood no dormía. Tanto por elección como por necesidad. Incluso intentaba mantener al mínimo sus momentos de descanso, pues cada pausa en su interminable huida significaba correr el riesgo de dormirse. Sin embargo, siempre llegaba el momento en que el cartógrafo de pelo rojizo no podía seguir adelante, en el que las piernas le cedían y caía al suelo, a menudo ya inconsciente y soñando.

Y sufriendo pesadillas… las mismas pesadillas que habían acosado a tantos otros en lugares por los que había viajado como Villadorada, los Páramos de Poniente y su propia ciudad de Ventormenta…

Lucan tenía el aspecto de alguien que podría haber sido soldado en otro tiempo y, ciertamente, lo llegó a ser brevemente, aunque nunca llegó a luchar en ningún conflicto. Pero ahora, con poco más de tres décadas de edad, parecía como si estuviese en medio de una guerra. La túnica y los pantalones que una vez fueron de color marrón oscuro se habían vuelto del color del barro, y el delicado bordado de las hombreras y los costados de los pantalones había empezado a deshilacharse. Sus botas de cuero estaban manchadas y cuarteadas.

El cartógrafo no estaba en mucho mejor estado que sus ropas. Aunque aún quedaba evidencia de sus rasgos patricios, la palidez de su piel y el tiempo que hacía que no se afeitaba le hacían parecer casi como una de las criaturas en lento estado de descomposición de la plaga de los no-muertos. Solo sus ojos, casi tan verdes como los de un gato, mostraban algún brillo.

Había perdido casi todas las herramientas de su profesión durante su febril éxodo, e incluso la mochila en la que había guardado sus magras reservas y una manta para dormir. Lucan no recordaba el nombre del último asentamiento en el que había encontrado alojamiento. Apenas podía

recordar su vida antes de que los sueños y pesadillas lo poseyeran, a veces ni siquiera estaba seguro de si esos recuerdos eran reales… o recordatorios de las propias pesadillas.

La región por la que viajaba estaba densamente arbolada, pero, para el caso que le hacía, tanto le hubiese dado que le rodeasen montañas de diamantes. Lucan Foxblood solo quería seguir moviéndose.

Parpadeó por primera vez en varios minutos.

El paisaje a su alrededor se tornó abruptamente verde esmeralda con tonos azul pálido, y el aire brumoso parecía envolver a la tambaleante figura como una gruesa manta. Muchos de los puntos de referencia se desvanecieron, haciendo que el entorno del cartógrafo pareciese un dibujo incompleto. Pero, a pesar de este llamativo cambio, Lucan siguió adelante sin mostrar interés.

Volvió a parpadear. A su alrededor, la tierra recuperó su color normal… pero los detalles habían cambiado. Ya no era la región por la que había estado viajando. Cierto, aún había árboles, pero en la distancia ahora se alzaba un asentamiento que no había estado ahí antes. Además, ahora le llegaba a la nariz el olor del mar, aunque pasó tan desapercibido como la adusta sombra que cubría todo el paisaje.

Lucan pasó por un hito que tenía un grabado que le hubiese resultado ilegible si se hubiese dado cuenta de que estaba allí. Pero el escrito le habría resultado perfectamente legible a un elfo de la noche que, al leerlo, hubiese sabido con toda certeza dónde estaba a punto de llegar.

Auberdine…

* * *

Un viento más frío y violento encaró a Broll y al tauren mientras ponían rumbo hacia donde Hamuul había dicho que tendría lugar el cónclave. Ambos druidas agacharon las cabezas, empujando contra el viento como si fuese un enemigo. Hamuul no dijo nada, pero el tauren dejó salir un gruñido que pareció reflejar la creciente inquietud del elfo de la noche.

Se escuchó un gran crujido de hojas. Broll levantó la mirada con curiosidad.

El druida se quedó pasmado. Los ojos se le abrieron como platos por el terror.

Teldrassil había cambiado. Sí, las grandes ramas superiores estaban llenas de hojas, pero muchas se habían secado y arrugado repentinamente

mientras que otras ahora eran de color negro y rizadas. Todas, incluso las que aún seguían verdes, estaban cubiertas de agudas espinas.

Broll oyó la voz de Hamuul, pero era como si el tauren estuviese a kilómetros de distancia. Las hojas seguían retorciéndose y ennegreciéndose, y ahora los frutos del gran gigante también estaban cambiando. Entre las nudosas ramas habían brotado bayas redondas de una palidez mortal del tamaño de su cabeza e incluso mayores, y emitían un hedor de descomposición. Ningún druida, ningún elfo de la noche, se habría atrevido a alimentarse de tales frutos, incluso aunque morir de hambre fuese la única alternativa. La espantosa metamorfosis no dejó nada incólume. La corteza de Teldrassil se había agrietado en muchos puntos, y a través de las grietas se podían ver venas palpitantes de savia negruzca. La savia brotó primero como un goteo y luego fluidamente. Bichos diminutos salieron del Árbol del Mundo, ciempiés y otras criaturas saliendo y entrando del tronco en un número que indicaba una corrupción interior aún mayor.

—No… —murmuró Broll—. No…

Una sombra surgió desde Teldrassil, extendiéndose rápidamente más allá de los dos druidas. Aunque el elfo de la noche no se volvió para observar su crecimiento, supo inmediatamente que ya se había extendido más allá del alcance de Teldrassil hasta el continente, infectando las tierras con la enfermedad del gigante.

Entonces estalló un ruido parecido al de una lluvia torrencial. Apartando la mirada del tronco enfermo, Broll volvió a mirar hacia la copa.

Lo que había tomado por lluvia demostró ser en realidad un crujido de hojas aún más violento. Las ramas se movían atrás y adelante con una fuerza tal que parecían querer liberarse de las siniestras hojas.

Y lo estaban consiguiendo. Miles de macabras hojas empezaron a caer. Ciertamente llovía, aunque las gotas no eran de agua.

Las hojas que caían también se habían transformado. Se volvieron pequeñas criaturas negras y esmeralda vagamente semejantes a elfos de la noche, pero con patas de animal y espaldas encogidas como los tauren. Solo eran siluetas espantosas, sin rasgos distintivos en sus estrechas cabezas, excepto unos cuernos retorcidos. Emitían inquietantes siseos y caían en interminables columnas hacia los dos druidas…

—Broll Bearmantle, ¿estás bien?

Sorprendido, el elfo de la noche trastabilló hacia atrás. Pero, cuando recuperó la compostura y abrió los ojos, vio que el Árbol del Mundo había

recobrado su estado normal. Las ramas estaban quietas, y las hojas de un verde lozano seguían en el árbol.

Hamuul se inclinó sobre él con expresión preocupada. Broll asintió con retraso y, cuando se oyó un cuerno, se sintió agradecido por no tener que entender o explicar lo que acababa de ocurrir.

—Tenemos que seguir adelante —urgió Broll—. El cónclave está a punto de empezar.

El tauren parpadeó y siguió al elfo de la noche. Unos momentos después, los dos alcanzaron el lugar donde Fandral había decidido convocar la reunión.

Había más druidas de los que Broll había visto en cualquier otro cónclave reciente, y aún venían más desde la dirección opuesta. Dos en particular le llamaron inmediatamente la atención. Una adusta joven estaba hablando con otro que, aunque parecía confiado y ciertamente irradiaba mucho poder, apretaba constantemente los puños como si estuviera ansioso por algo. Tanto Elerethe Renferal como Naralex se estaban lamentando, aunque los motivos de cada uno eran distintos. Elerethe se había dedicado a salvar la flora y la fauna del Valle de Alterac durante la última guerra entre la Alianza y la Horda, pero había sido incapaz de evitar la carnicería provocada no solo por los dos ejércitos en conflicto, sino por un chamán orco. Después de la guerra había jurado restaurar el valle. Varios años después, aún seguía intentándolo.

Naralex había sido víctima de unas ambiciones mayores al buscar devolverle la vida a un lugar en el que hacía tiempo que no la había. Acompañado por un pequeño grupo de compañeros con la misma idea, había entrado en los Baldíos y, con astutos hechizos, se las había arreglado para hacer aparecer agua desde las profundidades del reseco paisaje y crear un puñado de pequeños oasis. Pero entonces algo malévolo se había hecho con el control no solo de su trabajo, sino del desprevenido Naralex y de muchos de sus compañeros. Los atrapados se habían vuelto corruptos… versiones distorsionadas y malignas de ellos mismos sin más deseo que extender la oscuridad. El propio Naralex había caído en la locura, luego recuperó la cordura para de nuevo caer en la locura y así sucesivamente, recuperándose solo mediante la inesperada ayuda de una partida de aventureros.

Desafortunadamente, aunque su mente estaba más o menos recuperada, Naralex no podía recordar nada de lo que le había poseído a él

y a los demás. En cuanto a los Baldíos, aunque por el momento estaban tranquilos, Fandral había ordenado que ni él ni ningún otro druida volvieran allí. El Archidruida veía absurdo arriesgar vidas y energía en un lugar que el Gran Cataclismo al final de la Guerra de los Ancestros había convertido en un desierto. Tal como lo veía Fandral, incluso las tierras áridas tenían su lugar en Azeroth.

Sus miradas y las de varios más se fijaron en los recién llegados… y a Broll le recordaron aún más su vergüenza. Cuanto más sintonizaba un druida con la naturaleza y su vocación, más posibilidades había de que sus ojos tomasen el brillo dorado de la vida de Azeroth. Así estaban marcados los grandes druidas.

Pero los ojos de Broll Bearmantle seguían siendo plateados con un ligero brillo azulado que hasta ahora aparentemente había significado muy, muy poco.

Sacudiéndose la frustración, Broll se dirigió hacia la pareja, pero entonces sonó un segundo cuerno. Los druidas reunidos se giraron al unísono hacia la dirección del sonido. Un solo druida con una pulsera verde en su antebrazo bajó un cuerno de cabra y luego se volvió hacia Teldrassil.

La rugosa corteza en la que se concentraba aquel que acababa de tocar el cuerno se onduló. Broll tembló recordando su extraña visión. Entonces la corteza se rajó, abriendo un hueco lo suficientemente grande como para que entrase un elfo de la noche… o, como en este caso, para que saliese.

Los druidas inclinaron la cabeza en señal de respeto cuando Fandral Staghelm caminó entre ellos con el porte de alguien que controla cuanto le rodea. Sus ojos brillaban con un fulgor dorado mientras saludaba con la cabeza a muchos de los allí reunidos. Fandral iba vestido con más sencillez que la mayoría de los druidas elfos. De su torso solo estaban cubiertos los hombros con una armadura de madera modelada con cabezas de animales, incluyendo los deslumbrantes ojos. Sus manos estaban cubiertas por mitones protectores tejidos que llegaban hasta el codo, donde acababan los remates de madera.

Fandral caminaba descalzo por elección propia para mostrar su unión con la naturaleza. La única señal de extravagancia por su parte se encontraba en su cintura: un adornado cinturón que tenía un cierre color rubí y un anillo decorativo segmentado que colgaba debajo. A lo largo de cada lado llevaba una larga serie de fragmentos de corteza.

—El bosque es la sangrevida del mundo —entonó Fandral.

—El bosque es la sangrevida del mundo —repitieron Broll y los otros druidas.

—Teldrassil es la sangrevida del mundo…

Broll y los demás repitieron su oración.

—Me alegro de que tantos hayan respondido a la llamada tan rápidamente —dijo después el Archidruida—. Debo confirmarles lo peor. Teldrassil está enfermo…

La noticia hizo que los druidas se mirasen los unos a los otros con cierta ansiedad. En realidad, lo que Fandral les había dicho no era una gran sorpresa, pero resultaba pasmoso que el Archidruida lo dijese sin rodeos. Aunque casi todos los druidas habían tomado parte en su creación, plantar Teldrassil había sido sugerencia de Fandral, y él por encima de todos se encargaba de su cuidado.

Fandral Staghelm había sido el primero en sugerir el segundo Árbol del Mundo, pero Malfurion siempre había bloqueado que la sugerencia pasara a más. Pero, a pesar de la oposición de Malfurion, la lealtad de Fandral permaneció intacta. Tras el descubrimiento del terrible destino del gran Archidruida, Fandral dio un paso adelante y, con pocas protestas de los demás, asumió el puesto de líder.

Su primera misión, proclamó solemnemente, era salvar a su amado shan'do.

Bajo su guía, los druidas del Círculo Cenarion habían determinado que el cuerpo de Malfurion debería permanecer en su túmulo, localizado en el reverenciado Claro de la Luna. Allí, rodeado por las energías naturales del mundo y los cuidados mágicos de las hermanas de Elune, el cuerpo, considerado perfectamente sano en cualquier otro aspecto por las hermanas, no pasaría hambre ni sufriría por la falta de agua. Con esta decisión llegó la esperanza de que, con lo poderoso que era, quizá Malfurion aún pudiera recuperarse.

Pero Fandral no había confiado solo en la esperanza. El Círculo había hecho intentos no solo por restaurar el cuerpo, sino también para atraer al espíritu de Malfurion de regreso. Todos los intentos fallaron. Incluso habían recurrido a la Señora del Sueño Esmeralda, la gran dragona verde Ysera, pero hasta aquello había sido inútil. La Soñadora, como también la llamaban los druidas, no había conseguido tampoco contactar con él.

Hasta hacía poco todo esto se les había ocultado a los elfos de la noche e incluso a la mayoría de las sacerdotisas y de los druidas. Sin embargo, las

crecientes preguntas habían acabado por forzar a un reacio Fandral a alertar a los demás druidas, aunque no al resto de su raza, de la gravedad de la situación, lo que era el motivo principal de que hubiesen respondido tantos a esta repentina convocatoria. Broll creía que todos los druidas habían adivinado, como había hecho él, que la reunión tendría que ver con el rescate de Malfurion.

Pero Teldrassil era un motivo al menos tan importante, si no aún más, para los elfos de la noche como raza. El propósito original para plantar el nuevo Árbol del Mundo era recuperar su inmortalidad y aumentar sus poderes. Pero Fandral había señalado que el árbol mágico podría ser también su única oportunidad para encontrar el cuerpo astral de su fundador e iniciar su rescate.

Pero si Teldrassil está tan enfermo… Broll frunció el ceño y vio su aprensión reflejada en los rostros de Hamuul y los demás.

Fandral caminó entre ellos. Su aguda mirada se posó brevemente sobre Broll. Aunque obviamente no era la intención del Archidruida, la mirada volvió a recordarle a Broll su terrible fracaso. Pero, por otra parte, ese recuerdo no estaba nunca lejos de su mente.

El Archidruida sonrió, como un padre a sus hijos.

—Pero no desesperemos, amigos míos —dijo—. No los he llamado solo para hablarles de desastres…

—¿Hay alguna esperanza? —exclamó otro de los druidas.

—¡Hay más que esperanza! —proclamó Fandral—. ¡Los he llamado a este lugar, aquí, junto a las raíces de Teldrassil, para que podamos ayudar a sanar al Árbol del Mundo! —sonrió animadamente—. Y, cuando Teldrassil vuelva a estar sano, podremos volver a concentrarnos en nuestra búsqueda de Malfurion Stormrage…

—Pero ¿cómo podemos ayudar a Teldrassil? —preguntó alguien más.

—Con esto —el Archidruida extendió la mano. En ella se encontraba un objeto que todos reconocieron… y que hizo que de los labios de Broll saliera un grito ahogado de consternación y sorpresa.

Fandral sostenía el ídolo de Remulos.

El nombre quizás pudiera confundir, pues el ídolo no se parecía en nada a aquel cuyo nombre llevaba. Remulos, el inmortal hijo de Cenarius, que en sí mismo ya componía una llamativa figura, había tallado la efigie con la forma de un dragón verde erguido sobre dos patas. El tren inferior del cuerpo de Remulos era el de un orgulloso corzo, pero allí donde la paletilla

de las patas anteriores debería alcanzar el cuello, se alzaba un poderoso pecho humanoide. Sus pezuñas estaban hendidas y eran fuertes. Como su padre, Remulos era medio animal del bosque, mientras que la parte superior recordaba sobre todo a un druida de los elfos de la noche. Pero ahí terminaban los parecidos. Sus manos acababan en garras de madera y hojas, y su pelo y barba estaba compuesto de hojas, matas y musgo.

Remulos también era el guardián del Claro de la Luna. Broll se había preguntado si el druida inmortal aparecería aquí, aunque hacía tiempo que Remulos no había aparecido por los cónclaves. Se rumoreaba que había llevado a cabo su propia búsqueda de Malfurion…

Pero Fandral no había enseñado el ídolo por sus méritos artísticos. Era un poderoso objeto mágico capaz de ayudar a los hechizos de los druidas… si no provocaba más daños antes.

De hecho, Broll no pudo contenerse. Se atrevió a decir:

—Archidruida, con el mayor de los respetos… ¿eso debería formar parte de nuestros esfuerzos?

Fandral se giró y miró severamente a Broll.

—Tu preocupación es comprensible, buen Broll. La pérdida de Anessa no fue culpa tuya. Hiciste lo que pudiste para salvar muchas vidas y derrotar a los demonios.

Broll luchó por no horrorizarse al oír las palabras de Fandral, incluso aunque estas habían sido dichas con la intención de tranquilizarlo. Un rostro humano apareció en los recuerdos de Broll, el de un hombre decidido de pelo oscuro cuya mirada hablaba de más pérdidas de las que había sufrido el elfo de la noche que se había hecho su amigo. Varían Wrynn había permanecido al lado de Broll cuando el druida había ido a recuperar la maldita figura de las manos de un fúrbolg enloquecido. Ambos habían forjado una profunda amistad anteriormente, siendo esclavos y gladiadores. Varian lo había hecho, incluso aunque no tenía ninguna noción de su propio pasado, ningún recuerdo de que a todo un reino le faltaba el hombre que había sido su monarca…

Fandral volvió a apartarse de Broll. Sostuvo la figurilla y luego señaló al Árbol del Mundo.

—¡En su momento lo alimentamos para que de una semilla creciese hasta convertirse en el leviatán que es ahora! El esfuerzo nos costó caro, pero las recompensas han sido múltiples… un nuevo hogar, comida y agua en abundancia, y protección ante nuestros enemigos…

Los druidas asintieron. Broll se dio cuenta de que Fandral no había mencionado la inmortalidad que su pueblo seguía sin recuperar, pero dado que Teldrassil aún no la había devuelto, pensó que quizá fuera un asunto delicado para el Archidruida.

El Archidruida empujó el ídolo hacia uno de los otros druidas reunidos. El elfo de la noche dio instintivamente un paso atrás.

—¡Pero, al darnos tanto, el propio Teldrassil ha quedado abierto a la enfermedad! ¡Ahora nos necesita otra vez! A cambio… ¡sin duda nos mostrará el camino para encontrar a nuestro shan'do!

El entusiasmo de Fandral era contagioso. Los otros murmuraron su aprobación.

—El Sueño está siendo devorado rápidamente por la Pesadilla… —continuó solemnemente, verbalizando el temido conocimiento que todos compartían—. Dado que no hemos sabido nada recientemente de su señora, he prohibido la entrada a nadie más después de los últimos insensatos intentos… —Fandral miró a su audiencia, como si los desafiase a que alguno le desobedeciese—. Pues sin duda Malfurion no quiere que se pierdan más vidas por su causa…

Se llevó la mano al pecho y dibujó la silueta de un círculo en el que añadió dos rayas verticales curvadas. Las rayas representaban las astas de Cenarius. El símbolo completo representaba el Círculo Cenarion.

Los druidas unieron sus manos, preparándose para comenzar su trabajo. Broll despejó su mente de preocupaciones y mezquinos pensamientos mortales, y empezó a entrar en trance meditativo. A su lado, Hamuul hizo lo mismo.

Volviéndose hacia Teldrassil, Fandral tocó el gran tronco con su mano libre. Sus dedos recorrieron la rugosa corteza.

Algo se movió dentro del Árbol del Mundo, algo que todo druida podía sentir como si fuese algo propio. Incluso en su estado de meditación, Broll sintió una tremenda presencia uniéndose al cónclave… la esencia de Teldrassil tocando a todos los que habían ayudado a hacerlo crecer.

El Árbol del Mundo era más que el hogar de los elfos de la noche. Estaba unido a la salud de Azeroth. Enfermo, afectaba no solo a su entorno inmediato, sino a las tierras más allá de la isla. Ni siquiera el aire ni los mares enfurecidos eran inmunes. Como poco, un Teldrassil enfermo no podría mantener el equilibrio entre la naturaleza y la corrupción.

El suelo tembló, pero ni Broll ni ninguno de los otros sintieron miedo alguno, ni siquiera cuando lo que parecían ser tentáculos surgieron de debajo de ellos.

Pero no eran tentáculos. Eran las mismas raíces de Teldrassil. Una raíz se movió hacia cada uno de los druidas, arrastrándose hacia ellos como si estuviesen a punto de atacarlos. Pero ninguno se movió. Sabían que Teldrassil no pretendía hacerles daño, sino que les pedía ayuda…

Una gigantesca raíz ya se había enroscado en Fandral. De la raíz brotaron diminutas extensiones. Estas, a su vez, se enroscaron alrededor del Archidruida como viñas hasta que estuvo medio cubierto por ellas.

Era una variación, formidable, por supuesto, de una de las maneras en que los druidas entraban en comunión con la flora de Azeroth. Lo que no se podía ver era que las raíces impregnaban sus mismos cuerpos, casi fundiendo en uno a los elfos de la noche y la planta. Fandral sostuvo el ídolo de Remulos. Ahora brillaba con una débil luz verde; no solo el color del dragón al que representaba, sino el del auténtico animal conectado con la figura. Ni siquiera Remulos sabía con cuál de los dragones verdes estaba conectada su creación, pues esa elección la había hecho Ysera en secreto. Fuese cual fuese el dragón elegido, había sido sin duda uno muy poderoso.

Broll sintió cierta inquietud cuando la magia de la figura los tocó a él y a la raíz de Teldrassil, pero su confianza en el Archidruida venció a sus recuerdos de lo malvado del objeto. La magia se filtraba en la mente y el alma del druida…

Se convirtió en Teldrassil, y Teldrassil se convirtió en él.

Broll no podía contener la euforia que lo llenaba. Se sintió como si todo Azeroth se abriese a él, de tan profunda y lejanamente que se habían extendido las raíces del Árbol del Mundo. Vio más allá de la isla, más allá de las aguas que la rodeaban…

Pero, antes de que su consciencia pudiese extenderse más allá, Broll sintió un tirón. Una ligera debilidad lo alcanzó. Pero los pensamientos de Fandral llenaban su mente, garantizándole a él y al resto que su plan era seguro.

El poder de los druidas fluía hacia Teldrassil, alimentándolo. Dándole fuerzas. Con tanta voluntad y deseo tras su ofrenda, Broll estaba seguro de que, fuese lo que fuese lo que afectaba al Gran Árbol, sería derrotado y que entonces, como el Archidruida había indicado, podría ayudarlos a rescatar a Malfurion…

En cuanto pensó en su shan'do, Broll sintió algo discordante en su conciencia. Una sombra se extendió por sus pensamientos, y sintió la misma intranquilidad que le había asaltado cuando se había imaginado a Teldrassil monstruosamente corrompido. Broll intentó ignorar esa intranquilidad, pero ésta crecía…

Broll Bearmantle…

Oír su nombre hizo pedazos hasta el último rastro de calma del druida. ¿Conocía esa voz? ¿Era…?

El enlace entre Teldrassil y él se rompió. Broll dejó escapar un grito ahogado y cayó sobre una rodilla. Sentía vagamente a los otros a su alrededor, incluido Hamuul. ¿Era Hamuul quién lo había llamado, como había hecho antes? No, casi no parecía real; el sonido se había desvanecido de sus pensamientos sin dejar rastro.

Era difícil concentrarse; era como cuando en un sueño su mente se deslizaba hacia la inconsciencia…

Hamuul le puso la mano en el hombro. Broll miró hacia arriba. Un puñado de druidas lo habían rodeado, básicamente amigos suyos.

—Estoy bien —les dijo sin aliento—. Perdónenme por romper el hechizo…

—Tú no has tenido nada que ver con eso —comentó con perplejidad Naralex, agachándose junto a Broll—. Hamuul llamó la atención sobre ti, y los que estábamos más cerca acudimos rápidamente, pero tú no interrumpiste nuestros esfuerzos…

Naralex y Hamuul ayudaron al druida a ponerse en pie. Broll estaba ruborizado por la vergüenza.

—Si no han sido mis carencias, ¿entonces qué ha sido?

Pero, mientras hablaba, sintió a través de la tierra que lo rodeaba que los druidas ya no estaban solos. Una presencia se acercaba rápidamente.

Broll miró hacia Fandral, que estaba en pie, dándole la espalda a Teldrassil, mirando hacia el camino de su izquierda. Ahora le resultaba evidente que el Archidruida había detenido el hechizo porque se acercaban forasteros.

Un grupo se dirigía hacia el cónclave con seguridad. Quienes venían por detrás se abrieron para proteger a su líder. Aunque eran elfos de la noche, no se los podría tomar nunca por druidas.

Eran todas hembras y obviamente de una orden religiosa. Llevaban fundas vacías en los costados y carcajes en la espalda. Broll pensó que

debían de haber dejado sus armas atrás por respeto a los druidas. Por sus cuerpos delgados y su gracilidad se podía ver que estas hembras no solo eran expertas en el uso de varias armas, sino también en el combate cuerpo a cuerpo.

En esta partida eran once, aunque el número de miembros de su orden era mucho mayor. Llevaban túnicas plateadas brillantes que les llegaban a los tobillos. El cuerpo del vestido estaba adornado hacia la mitad por elegantes gotas de plata encapsuladas en unas esferas azules. También llevaban cinturones arqueados de eslabones con cierres decorativos. Las túnicas eran muy sueltas, lo que permitía libertad de movimientos a las que tenían conocimiento de artes marciales. Incluso sin las espadas o los arcos, las once suponían una fuerza bélica preparada.

Su líder rápida, casi impacientemente, observó a los druidas. Extendió las manos… y por todo el cielo cubierto brilló repentinamente la mayor de las dos lunas de Azeroth iluminando la zona.

—Nuestra presencia no causa problemas, ¿verdad? —preguntó educadamente Tyrande Whisperwind—. Después de todo, no es aquí donde se suele reunir el Círculo…

—La Hermandad de Elune es siempre bienvenida —respondió Fandral —. Aunque seguramente un cónclave de druidas no tiene mucha importancia para la Suma sacerdotisa de la diosa luna y gobernante de todos los elfos de la noche…

—No sería importante, incluso aunque su localización sea desacostumbrada —replicó mientras su expresión se endurecía de un modo que hizo que Fandral frunciese el ceño y los demás druidas se inquietasen —, si Elune no me hubiese revelado la terrible verdad.

Hubo murmullos entre los druidas. Fandral hizo gesto de que guardasen silencio. Frunciendo el ceño, preguntó:

—¿Qué «terrible verdad», Suma sacerdotisa?

Tyrande tragó saliva, la única señal de que la noticia la afectaba personalmente.

—Malfurion se muere…

—¡Imposible! Hemos conservado su túmulo seguro, y tus propias sacerdotisas cuidan a diario de su cuerpo. No hay motivo para tan horrible circunstancia…

—Sin embargo, existe —respondió—. Su situación ha cambiado. Malfurion se muere, y debemos actuar con toda la rapidez posible.

Antes de que Fandral pudiese responder, Broll se sorprendió a sí mismo diciendo:

—¿Y qué haremos, Suma sacerdotisa?

La voz de Tyrande sonó cortante como el acero.

—Primero, debemos viajar hasta el Claro de la Luna.



CAPÍTULO TRES
EL ÁRBOL

El dolor lo desgarraba una y otra vez… Sentía cómo su cuerpo seguía retorciéndose lenta, espantosamente. Hacía tiempo que los brazos se le habían contorsionado alrededor de la cabeza y los dedos se le habían separado y estirado en varias direcciones. De sus piernas no quedaba más que un grueso tronco porque los dos apéndices se habían fundido en uno y parecía que había sido hacía toda una vida.

¿Cuánto tiempo había estado allí, rígido y sin moverse? ¿Cuánto tiempo había pasado desde que había caído prisionero del Señor de la Pesadilla? ¿Qué estaba ocurriendo en el plano mortal?

¿Qué le había pasado a Tyrande?

Como había hecho muchas veces ya, Malfurion Stormrage luchó contra la agonía. Habría gritado debido al terrible esfuerzo que le suponía… si todavía tuviese boca. Su monstruoso captor solo había dejado intactos sus ojos, pues el diablo deseaba que viese su propia transformación para que comprendiese lo desesperado de su destino.

Malfurion el elfo de la noche había desaparecido. En su lugar había un árbol macabro y esquelético, un fresno. En lo que habían sido los brazos y dedos, y que ahora eran ramas, ya crecían unas hojas con agudas espinas. El tronco se torcía en ángulos extraños allí donde antes el torso se encontraba con las caderas. Los pies se le habían abierto formando lo que ahora eran retorcidas raíces.

Intentando alejar su mente de esta tortura, Malfurion se imaginó el rostro de Tyrande recordando el momento en que los dos se habían manifestado silenciosamente su amor, cuando ella lo prefirió por delante de su ambicioso hermano Illidan. En secreto, él creía que ella prefería a su gemelo pues, aunque era temerario, Illidan había avanzado mucho en su

aprendizaje de la hechicería. Más aún, sus esfuerzos en la lucha contra la Legión Ardiente lo habían hecho aparecer como un salvador… al menos en los corazones de muchos elfos de la noche y a veces también en el del propio Malfurion. Pero Tyrande, por entonces aprendiz de Elune, aparentemente había visto algo mejor en el entonces bisoño druida, algo especial. Él todavía no sabía qué había sido.

El mismo Malfurion recuperó algo de fuerza gracias a su visión, pero los pensamientos sobre Tyrande también venían acompañados por un tremendo sentido de culpa. Había sido decisión de él que ella se quedase sola para proteger Azeroth durante muchos siglos mientras él y los druidas recorrían el Sueño Esmeralda. No importaba que la decisión la hubiese tomado por el bien de su mundo y hubiese demostrado ser la correcta. Así y todo, la había abandonado.

El Archidruida de repente quiso chillar. Los pensamientos y emociones eran los suyos propios, pero ¿estaban influidos por su captor? No sería la primera vez. La insidiosa presencia se había infiltrado ya muchas veces en su mente, causando estragos entre los recuerdos y pensamientos del elfo de la noche. Esta, en contraste con la espantosa transformación, era la parte más sutil de su tortura.

No había habido dolor. Después de todo, se encontraba en el Sueño Esmeralda y había entrado con su cuerpo astral, no el físico. El dolor habría sido imposible bajo esas circunstancias.

Como para llevarle la contraria, su cuerpo se retorció aún más. Y, de nuevo, no pudo liberar su agonía gritando.

¿Malfurion?

La voz atravesó su dolor. Se aferró a su existencia como si fuese un salvavidas. Era distante… apenas un susurro… pero sonaba como… sonaba mucho como…

¿Malfurion? Soy… Tyrande… estás…

¡Tyrande! Si su llamada hubiese sido audible, estaba seguro de que podría haberse escuchado desde kilómetros de distancia. *¡Tyrande!*

¿Malfurion? La voz tomó fuerza. Malfurion sintió crecer sus esperanzas. La conocía desde hacía más de diez mil años y durante más de diez mil años la había amado. Ella debería haberlo odiado por todas las ausencias que él se había tomado siguiendo su vocación, pero al final siempre había estado allí. Ahora… ahora, una vez más, Tyrande había demostrado que nada se interpondría entre ellos.

¿Malfurion? Su llamada era más enérgica, más inminente. Casi como si estuviese cerca…

Una forma sombría tomó cuerpo delante de él. Todo el dolor había abandonado ahora su cuerpo astral. El Archidruida se sintió como si fuese a llorar al ver acercarse la silueta de Tyrande.

El resplandor que la rodeaba la diferenciaba de él o de cualquier otro druida viajero, pues era de un sutil, aunque poderoso, color plateado que indicaba el poder de Elune. Malfurion habría sonreído de tener boca. Cómo había llegado hasta ahí, no tenía ni idea… pero allí estaba.

Tyrande habló, pero las palabras tardaron un momento en llegar a su mente. *¿Malfurion? ¿Eres… eres tú?*

Empezó a responder, pero la siguiente reacción de Tyrande lo dejó aturdido. Ella se echó hacia atrás claramente asqueada.

Qué… ¡repugnante!, oyó el Archidruida.

Tyrande se retiró aún más. Sacudió la cabeza.

Tyrande… Tyrande… Pero sus llamadas quedaron sin atender, como si ella ya no pudiese oírlo. La Suma sacerdotisa alzó una mano como si quisiera mantenerlo apartado.

No…, dijo finalmente. *Esperaba algo mejor de ti…*

El Archidruida estaba confuso. Sin embargo, antes de que pudiese intentar decir algo, una segunda forma se materializó al lado de ella.

Te lo advertí, mi amor, dijo la segunda figura, más grande. *Te advertí de que él no era lo que tú esperabas…*

Malfurion se quedó sin habla. Conocía esa voz. Temía esa voz. Le recordaba a otro fracaso más, quizá el mayor de todos.

Vio a Illidan, pero no el Illidan gemelo de Malfurion, sino la monstruosidad en la que se había convertido.

Illidan Stormrage era un demonio. Sobre su cabeza había unos enormes cuernos retorcidos como los de un gigantesco carnero y grandes alas membranosas que le brotaban desde los omóplatos. El aspecto de Illidan era una distorsión de su antiguo yo, con la mandíbula más pronunciada y la boca llena de dientes afilados. Los pómulos eran más altos. Una melena de desordenado pelo azul medianoche le cubría la cara.

Una tela cubría lo que habían sido los ojos mortales de Illidan. Ojos que el Titán Oscuro Sargeras había quemado durante la Guerra de los Ancestros, la marca de la lealtad de Illidan hacia el Señor de la Legión Ardiente. En su lugar, un abrasador fulgor verde que distinguía al fuego

demoníaco permitía al hermano de Malfurion no solo ver el mundo que lo rodeaba, sino todas las energías místicas inherentes a él.

Illidan, murmuró Tyrande con afecto. Con la mirada fija en Malfurion y con no menos asco añadió: *Illidan, solo míralo…*

El demonio avanzó hacia delante con sus pesadas pezuñas. Era mucho mayor de lo que había sido cuando era elfo de la noche. Su pecho era ancho, ciertamente más ancho de lo normal. El torso de Illidan estaba desnudo, excepto por unos arcanos tatuajes que también brillaban con la luz verde del poder. Su única vestimenta eran unos pantalones rajados, recuerdo de su pasado mortal.

Cálmate, mi amor, respondió Illidan, y sus labios se movieron asincrónicamente. Para horror de Malfurion, su gemelo colocó un musculoso brazo sobre el hombro de Tyrande, cubriéndolo con unas manos que se estrechaban formando retorcidas garras.

Y, para mayor horror del Archidruida, Tyrande encontró consuelo en el abrazo de Illidan.

¡No puedo soportar verlo! ¡No es lo que creí que era!

Illidan sonrió a su transformado hermano desde detrás de Tyrande.

¡Tú no tienes la culpa, Tyrande! La culpa es de él… él te abandonó… me abandonó a mí… les exigió a todos que siguieran sus dictados, incluso aunque eso supusiera una tragedia para ellos… Solo se está llevando lo que se merece…

¡Mentira!, insistió Malfurion, pero ninguno le prestó atención. En lugar de eso, Tyrande le dio la espalda a Malfurion, devolviéndole fervorosamente el abrazo a Illidan.

¡Tantos siglos malgastados en él!, dijo amargamente la Suma sacerdotisa. *Siempre le pareció bien hacerme esperar… sus propios deseos siempre eran más importantes que yo…*

El demonio la miró y le alzó la barbilla con una de sus garras. *Yo nunca te haría eso, amor mío… haría que tú y yo fuésemos uno…*

Tyrande se enfrentó a su terrible mirada. Sonrió. *¡Entonces, hazlo!*

Amor mío… Puso sus dos garras sobre los hombros de ella.

De sus ojos brotó una llama que envolvió a Tyrande. Malfurion gritó, pero no sirvió de nada. La Suma sacerdotisa estaba rodeada de fuego.

Y entonces… Tyrande cambió.

De la frente le surgieron cuernos, cuernos que se elevaban y se curvaban. De su espalda germinaron dos pequeños bultos que rápidamente se hincharon y crecieron. Unas alas membranosas se extendieron. Las uñas de sus delgadas manos crecieron y se ennegrecieron mientras Illidan las sujetaba.

¡No!, intentó gritar de nuevo Malfurion. *¡No!*

Tyrande volvió la mirada al Archidruida… pero ahora sus ojos eran unos orbes de abrasador color verde. Frunció el ceño ante el indefenso Malfurion.

Tú me has hecho esto…, dijo ella. *Tú…*

El Archidruida dejó escapar una silenciosa plegaria… y se despertó. Seguía en su cuerpo astral, seguía atrapado y dolorosamente retorcido. Pero había descubierto que el desgarrador dolor que acababa de sufrir no era real… al menos, todavía no.

Pero Malfurion no sintió ningún consuelo en ello. No era la primera vez que sufría una pesadilla tal, y cada vez le resultaba más difícil distinguir cuándo dormía y cuándo estaba despierto. Su torturador jugaba malévolamente con él, un juego que el Archidruida sabía que iba perdiendo lentamente.

E incluso aunque solo hubiese sido una pesadilla, lo dejó más agotado, más susceptible.

Tyrande…, pensó Malfurion. *Lo siento tanto…*

Quizás ya ni siquiera piensa en ti, dijo una nueva voz dentro de su cabeza. *Después de tanto tiempo, después de que la abandonases tan a menudo, después de que le dejases a ella el destino de tanta gente mientras tú te escondías del mundo y de tu responsabilidad…*

Malfurion intentó sacudir la cabeza, pero ya no tenía cabeza que sacudir.

La voz volvió, muy parecida a una venenosa víbora que se arrastrara por el alma de Malfurion. *Igual que abandonaste a otro tan importante para ti; lo abandonaste a la traición, al encarcelamiento, a la condenación…*

Illidan. Malfurion había intentado salvar a su gemelo, pero al final la ambición de Illidan lo había convertido en aquello mismo contra lo que había luchado. Un demonio. Si Malfurion hubiese actuado de otro modo desde el principio, quizá buscando ayudar a su hermano en lugar de encarcelarlo… podría haber salvado a Illidan.

¡No!, consiguió pensar el capturado Archidruida. *¡Intenté ayudarlo! Fui a su cárcel una y otra vez con la esperanza de apartarlo de su fatal camino…*

Pero fallaste… siempre fallas… te fallaste a ti mismo y por eso le fallarás a tu Azeroth…

En el Sueño Esmeralda… la Pesadilla… lo que había sido Malfurion Stormrage se retorció una vez más. Ya no relucía con la brillante luz verde que toman los cuerpos astrales cuando entran en ese reino mágico. En vez de eso, un tono más oscuro y sombrío de verde lo envolvía ahora.

Una oscuridad aún mayor rodeaba al Archidruida preso, la única evidencia visible de lo que se hacía llamar el Señor de la Pesadilla. De esa penumbra infecta surgían docenas de tentáculos que entraban en Malfurion no solo alimentando la alteración de su cuerpo, sino buscando penetrar más allá en la mente del elfo de la noche mientras este se transformaba lenta pero inexorablemente en un árbol.

Un árbol que sufría un inconcebible y agónico dolor…

* * *

El túmulo de Malfurion estaba como Tyrande Whisperwind lo había visto en su visión y en visitas anteriores. Había pocas cosas que hablasen de la persona que había tras la leyenda. Consistía en una serie de pasajes subterráneos que nunca habían visto la luz del sol, pero los elfos de la noche eran criaturas de la oscuridad y, además, tenían poderes místicos. En lugar de lámparas de aceite, la fría y suave luz de la luna mantenía iluminada la cámara principal por la interpelación de las devotas oradoras de la Hermandad.

El Archidruida yacía como si durmiese, lo que, en cierto sentido, estaba haciendo. Solo sus ojos abiertos daban la primera señal de que había más de lo que parecía.

La sacerdotisa de turno se había apartado. Uno a uno llegaron todos al cuerpo inmóvil, los druidas se arrodillaron como señal de respeto hacia su fundador mientras que las recién llegadas Hermanas de Elune simplemente se inclinaron. A Broll la escena le recordó más a un funeral o al menos a una familia reunida alrededor del lecho de muerte de un ser querido, pero se guardó para sí esos sentimientos, especialmente teniendo tan cerca a la amada de Malfurion.

Cuando le tocó el turno a la Suma sacerdotisa, se inclinó tanto que al principio parecía que iba a besar a Malfurion. Sin embargo, en el último

momento, Tyrande se echó atrás y le acarició brevemente la frente.

—Fría… —murmuró—. Más de lo que debería estarlo…

—Hemos sido constantes con las oraciones —respondió inmediatamente Merende con un rastro de sorpresa en su tono—. No debería haber cambiado nada…

Cuando replicó, no había ira en la voz de Tyrande.

—Lo sé… pero está más frío… la visión de Elune es cierta. —Se quedó mirando fijamente—. Y sus ojos están perdiendo el dorado… como si estuviese perdiendo su vínculo con Azeroth…

Se echó atrás, dejando sitio al Archidruida. Fandral pasó aún más tiempo con Malfurion del que había pasado la Suma sacerdotisa. Murmuró para sí y pasó ambas manos sobre el cuerpo. Broll le vio lanzar una pizca de polvos sobre el pecho y se preguntó por las intenciones de Fandral. Las sacerdotisas y los druidas habían llevado a cabo docenas de hechizos para ayudar a Malfurion no solo en la conservación de su cuerpo, sino en su posible regreso.

Quitándose una solitaria lágrima, el Archidruida dio un paso atrás. Broll rezó a los espíritus del bosque para que lo que fuese que estaba intentando hacer Fandral funcionase. Necesitaban a Malfurion más que nunca, especialmente si la enfermedad de Teldrassil demostraba ser algo que estaba fuera del alcance de sus poderes curativos.

—Mis Hermanas intensificarán sus esfuerzos —dijo Tyrande tras una breve conversación con Merende y la pareja de sacerdotisas que atendían a Malfurion—. Sin duda, Elune las ayudará a mantener el cuerpo vivo… al menos un tiempo… pero esto hay que resolverlo pronto.

—Aquí no podemos hacer nada más —observó Fandral con una respetuosa mirada al cuerpo de Malfurion Stormrage—. Regresemos fuera…

Mientras los druidas y las sacerdotisas obedecían, Broll se dio cuenta de que Tyrande había regresado para tocarle la mejilla a Malfurion. Luego su expresión se endureció y caminó detrás de Fandral como si estuviese a punto de marchar a la guerra.

La penumbra de la cámara de Malfurion dejó paso a la exuberante belleza de la tierra, una accidentada región forestal puntuada por incontables montes bajo los que se encontraban los santuarios de otros druidas. Entre los túmulos, había arcos de piedra y madera cubiertos de

vegetación viva y exuberante que le daban un aspecto exótico al Claro de la Luna.

Pero era más que el aspecto físico lo que hacía al Claro de la Luna ser lo que era. Como druida, Broll en particular podía notar la paz inherente a este lugar. No era nada extraño que hubiese sido escogido como lugar sagrado para aquellos que compartían su oficio.

—Qué lugar tan apacible —comentó la Suma sacerdotisa.

—El espíritu de Cenarius es gran parte de ello —replicó Fandral, aparentemente complacido por el halago de Tyrande—, y también está presente en su guardián, su hijo…

—Ojalá yo fuese mi padre —se oyó una voz que trajo con ella una sensación primaveral—. Ojalá lo fuese…

Los druidas no habían oído aproximarse a la figura, puesto que sus pasos no provocaban sonido alguno. Inmediatamente se arrodillaron en señal de respeto, e incluso las sacerdotisas saludaron la aparición de Remulos con una inclinación formal. Sin embargo, no parecía demasiado complacido con los saludos.

—¡Levántense! —conminó a los druidas mientras el aire que lo rodeaba se llenaba del olor de las flores, y la hierba crecía más frondosa bajo sus pezuñas—. No necesito que me honre ninguno de ustedes —añadió agriamente sacudiendo su melena de hojas—. ¡Soy un fracaso abyecto!

Fandral extendió la mano en protesta.

—¿Tú, oh grande? ¡Sin duda tales palabras no podrían utilizarse para describir al Señor del Claro de la Luna!

El rostro, semejante al de un elfo de la noche, miró hacia los reunidos, mientras las ventanas de su nariz se dilataban como le ocurriría a un corzo furioso. Se concentró brevemente en Broll, que inmediatamente bajó la mirada y luego se volvió hacia Fandral.

—Son palabras adecuadas, Fandral, puesto que mis esfuerzos por buscar ayuda para Malfurion no han servido de nada. Sigue dormido… y ahora ha empeorado, supongo. ¿Por qué otro motivo iba a venir al Claro de la Luna un grupo como este?

—Se está… muriendo —admitió Tyrande.

El rostro de Remulos reflejó conmoción. Sus cuatro veloces patas dieron un paso atrás sin hacer ruido, y unas coloridas flores silvestres brotaron de sus huellas.

—Muriéndose… —la conmoción se desvaneció dejando paso a algo más sombrío—. Tiene sentido… ¡porque la Pesadilla está creciendo más deprisa que nunca, y su locura farfulladora es ahora más audible por la mayor parte del Sueño Esmeralda! Peor aún, también se mueve más deprisa, atrapando desprevenidamente a más defensores del Sueño… y corrompiéndolos en cuerpo y en espíritu…

Oír a Remulos hablar también de este modo añadía más credibilidad a los temores que sentían Broll, Tyrande y los demás. Broll apretó los puños deseando por un momento volver a la simplicidad de sus años como gladiador.

A pesar de lo breve que fue su movimiento, eso u otra señal notoria de emoción hizo que Remulos volviese a mirarlo. Pero las palabras de Remulos fueron para Fandral, no para Broll.

—¿Sigues teniendo el ídolo, Archidruida?

—Sí, oh grande.

Remulos miró a Fandral.

—No lo utilices. Escóndelo. Que su poder no toque a Azeroth… al menos por ahora…

Varios de los druidas, Broll incluido, miraron a su líder. Fandral no mencionó su reciente decisión, limitándose a asentirle a Remulos y responder:

—Está a salvo en mi morada. Y así permanecerá.

—Ten en cuenta lo que he dicho. Por ahora no puedo dar más motivos… pues yo tampoco estoy seguro…

—Te lo juro —dijo Fandral.

La deidad asintió y se retiró aún más. Al hacerlo, su cuerpo se fundió de algún modo con su entorno, el cercano y el lejano.

—Esta noticia, aunque temible, me mueve a hacer otra cosa. Suma sacerdotisa, tienes mis simpatías…

La respuesta de Tyrande fue cerrar brevemente los párpados. Pero para entonces Remulos ya se había convertido en su entorno, desvaneciéndose como si se tratara de una ilusión creada por las hojas y la flora del claro místico.

Pero su voz permaneció:

—Una última advertencia, amigos míos… ha habido rumores… de que han aparecido durmientes en distintos reinos, durmientes de todas las razas… Se dice que son aquellos que no pueden despertarse a pesar de

todos los intentos de sus seres queridos… Presten atención a las historias que oigan, tal como yo haré… pueden ser importantes…

Y entonces desapareció.

—Durmientes… que no pueden despertar… —murmuró Tyrande—. ¿Qué puede querer decir?

—Puede que no quiera decir nada —señaló Fandral—. Como ha dicho Remulos, solo son rumores. Es probable que no sean más que eso.

Hamuul gruñó.

—He oído… de un orco de cuya palabra me fío… que hay una aldea en la que cinco fuertes guerreros no pueden despertarse.

El Archidruida no parecía nada convencido.

—La palabra de un orco…

El tauren se encogió de hombros.

—No tenía motivos para mentir.

—Malfurion está atrapado en el Sueño Esmeralda —indicó pensativamente Tyrande—. ¿No suena esto como si tuviese algo que ver con aquello?

Inclinándose, Fandral sacudió la cabeza.

—Suma sacerdotisa, cometes un error razonable. Aunque lo llamamos Sueño Esmeralda… o Pesadilla, lo que ahora es… la proyección druídica y el sueño mortal corriente son dos cosas totalmente distintas.

—Sí… supongo que tienes razón. —Una sombra amarga regresó a su rostro—. Nunca debería haber ido solo. No después de haber advertido a otros de tu oficio que tuviesen cuidado de los cambios en el Sueño Esmeralda.

Broll observó que Tyrande cerraba los ojos por un momento y su furia se transformaba en tristeza.

—Sabía que ya habían encontrado a druidas en el estado en el que él se encuentra ahora —continuó Tyrande—, pobres desgraciados que no tenían fuerza ni voluntad para mantener sus cuerpos vivos después de que sus cuerpos astrales hubiesen estado ausentes demasiado tiempo…

Que la Suma sacerdotisa supiese tanto sobre el oficio de los druidas no le sorprendió a nadie. Había estado presente desde el principio, desde que su shan'do había empezado su adiestramiento. Siendo su amante, sin duda habría compartido sus experiencias con ella.

—Hizo lo que debía hacer, Tyrande Whisperwind, tal como nosotros haremos lo que debemos hacer —respondió el Archidruida. Fandral parecía

más tranquilo—. Y el Árbol del Mundo Teldrassil sigue siendo nuestra mejor esperanza para salvarlo.

La Suma sacerdotisa no parecía confiar tanto en las palabras del Archidruida, aunque asintió. Miró a Broll, a quien conocía mejor que a la mayoría de los demás druidas. Él le ofreció lo que esperaba que fuese una expresión de seguridad.

Fandral comenzó a decirle algo más a la Suma sacerdotisa, pero un ruido llamó la atención de Broll, alejándolo de la conversación.

Al antiguo esclavo se le erizó el pelo de la nuca cuando reconoció el ruido. Su mirada voló hacia los árboles y el resto de la vegetación, donde las hojas se movían como si las sacudiese un aire violento.

Como había ocurrido antes con Teldrassil, las hojas de los árboles y los arbustos de todo el Claro de la Luna salieron volando, dejando mortalmente desnudos los tallos y las ramas. Las hojas se alzaron al cielo… y luego cayeron con mortal puntería hacia los reunidos. Según caían, volvieron a cambiar de forma para convertirse en las crecientes siluetas de criaturas con rastros de pezuñas hendidas y extremidades más de animal que de elfo de la noche.

Pero entonces tuvo lugar un cambio con respecto a la visión anterior. Entre los elfos de la noche y los monstruosos atacantes se formó una figura que fulgía con la luz del Sueño Esmeralda. Broll pensó instintivamente en Malfurion, pero su cuerpo era más pequeño y no estaba en absoluto formado como el de uno de los suyos. Más bien se parecía cada vez más a…

—Broll! —una voz áspera susurró en su oído—. ¡Broll Bearmantle!

El elfo de la noche se sacudió. Los demonios volvieron a tornarse hojas, y las hojas, repitiendo la visión que había tenido de Teldrassil, volvieron a sus lugares entre la vegetación.

Broll miró al preocupado Hamuul. Se dio cuenta de que el tauren y él estaban solos. Los demás ya estaban distantes, alejándose de la zona.

—Broll Bearmantle, algo te aflige —Hamuul dio unos pasos para colocarse delante de su amigo—. Los demás no se han dado cuenta, pues cuando te vi envararte me coloqué de tal modo que pareciese que estábamos hablando. Incluso entonces, la falsa conversación que mantenía contigo parecía no afectarte. Estabas… estabas como está nuestro shan'do.

Sintiendo cómo se le debilitaban las piernas, Broll tomó a Hamuul del brazo para apoyarse. Cuando respondió, fue con una voz ronca que lo

asustó.

—No…. no estaba como Malfurion. He tenido… he tenido una visión…

—¿Una visión? ¿Cómo puede ser?

El elfo de la noche pensó.

—No. Una visión no. Era como si… como si Azeroth… u otra cosa… intentase advertirme…

Dándose cuenta de que ahora tenía que confiar en alguien, Broll rápida y calladamente le contó al tauren lo que había experimentado. Las ventanas de la nariz de Hamuul se dilataban a menudo según escuchaba el relato. Como era habitual entre los de su raza cuando se encontraban inquietos o excitados, el tauren resopló más de una vez.

—Deberíamos contarles esto a los demás —sugirió Hamuul cuando Broll hubo terminado.

Broll sacudió la cabeza.

—Fandral no verá nada más que ansiedad… o quizá locura. Para él, Teldrassil es la clave… y probablemente tenga razón.

—Pero tus visiones… que, como dices, ya son dos… deben de tener algún significado, Broll Bearmantle.

—No estoy tan seguro… si hay algo de verdad en lo que he visto… fuese lo que fuese… ¿por qué soy el único que lo ve?

El tauren reflexionó sobre esto por un momento y luego replicó:

—Quizá tú eras el más indicado…

—¿El más indicado para qué?

—Aunque he tenido el honor de llegar a ser Archidruida, Azeroth todavía contiene muchos misterios cuyas respuestas no conozco. La respuesta a tus visiones es algo que sospecho que descubrirás tú solo cuando Azeroth lo desee…

El elfo de la noche frunció el ceño y luego asintió. Sin nada más que añadir a la secreta conversación, se apresuraron para alcanzar a los demás. Sin embargo, mientras caminaban, Broll miró furtivamente al tauren mientras lo cubría un gran sentimiento de culpabilidad.

Había omitido una cosa de sus visiones… o de la última, para ser precisos. Justo antes de que Hamuul lo despertase del siniestro panorama, Broll había reconocido por fin la figura que aparecía casi como un guardián contra el mal que caía sobre él…

Era el ídolo de Remulos.



CAPÍTULO CUATRO
LAS SOMBRAS SE MUEVEN

—Esos perros sarnosos deben de estar en los pozos más hondos— gruñó el mariscal Dughan a sus hombres mirando por las rendijas de su casco hacia una profunda galería de la Cantera de Jaspe. Una nube de polvo se le atragantó, y se volvió para escupir en el suelo—. Creo que es prudente hacer una parada momentánea.

Los sonidos metálicos de las armaduras resonaron por todas las paredes de la galería mientras los quince hombres del mariscal relajaban sus posturas de alerta. Pero Zaldimar Wefhellt, un mago mediocre de Villadorada que había acompañado al grupo en su búsqueda, mantuvo su posición con la mirada fija en el oscuro túnel.

—Te he dicho que descanses —dijo bruscamente Dughan.

El canoso y barbudo mago caminó hacia los demás. Aunque en Villadorada se le respetaba, Zaldimar no se habría hecho famoso en una de las capitales. Aun así y aunque el grupo que Dughan había reunido era lo bastante fuerte como para derrotar solos a esos bastardos, estaba seguro de que los hechizos del mago ayudarían a llevar a cabo una ejecución rápida y despiadada.

Localizada en las estribaciones norte del Bosque Elwynn, la cantera de Jaspe había sido uno de los puntos clave de donde se extraía el metal que se necesitaba para construir armas y armaduras. Pero con tantas presiones sobre Ventormenta, el número de fuerzas militares que protegían las minas del bosque había quedado reducido a nada, y la Cantera de Jaspe y las demás estaban horriblemente infestadas.

Sin enemigos, los kobolds, humanoides de morros largos y peludos que normalmente eran más molestos que peligrosos, habían regresado a la zona. No eran luchadores hábiles, ni tampoco particularmente inteligentes,

pero se reproducían como conejos y existían en gran número… aunque no por mucho tiempo si el mariscal Dughan se salía con la suya. Había hecho grandes progresos las últimas semanas; entre la Cantera de Jaspe y la Mina Abisal que se encontraba más al suroeste, había pedido la cuenta de los kobolds que ya había matado, tan constante que se había vuelto la cacería.

Dughan se quitó el casco. Tenía la cara ancha, el pelo corto, un bigote espeso con perilla y había luchado bastante cuando era joven. Elegido mariscal tras la misteriosa muerte de su predecesor, Dughan, durante los últimos años, había traído el orden y la paz a Villadorada, eliminando no solo a los kobolds, sino a los lobos, los osos, los bandidos, a los múrlocs, que parecían peces, y a otros.

Pero ahora los kobolds habían regresado.

—Esas alimañas van a luchar con dientes, clavos, martillos y hachas cuando los ataquemos —dijo Dughan—, pero también estarán metidos en sitios estrechos… y ahí es donde entras tú, Zaldimar…

El mago, con su túnica púrpura y azul inmaculada a pesar del polvo que cubría a los demás, asintió gravemente.

—Una serie de hechizos arcanos sería el curso de acción más efec…

Dughan lo cortó con un gesto.

—Ahórrame las explicaciones. Mata, hiere y asusta a todos los que puedas antes de que tengamos que entrar. ¿Puedes hacerlo?

Zaldimar asintió. Dughan se volvió a poner el casco y luego le indicó al grupo que siguiera adelante. Cortó varias telarañas gruesas que estorbaban parte de su camino, restos de las enormes arañas de mina que solían alimentarse de cualquier cosa que fuese lo bastante estúpida para entrar y, sobre todo, de kobolds. De hecho, al cortar una tela, un viejo cráneo de kobold cayó al suelo. El traqueteo resonó por toda la mina.

Dughan maldijo. Puede que los kobolds sospechasen de la presencia de los hombres, pero ahora lo habían confirmado.

Varios hombres tosieron por el polvo, que parecía más espeso de lo normal. Y no tardaron en descubrir por qué. Una de las galerías laterales, un pasillo que habría llevado a una salida secundaria para los mineros, se había venido abajo. La mirada del mariscal se topó con varias toneladas de rocas, tierra y vigas de madera destrozadas.

—Un accidente —dijo Zaldimar—. Les advertí que estaban acumulando demasiada tensión en esa zona la última vez que vinimos a deshacernos de los kobolds.

—No importa —señaló Dughan—. Lo que importa ahora es que hace que nuestra tarea sea más sencilla.

Zaldimar asintió. Los kobolds tenían un número limitado de direcciones por las que moverse. Ahora las únicas salidas estaban cortadas.

La confrontación estaba cerca…

Toparon con un cuerpo, pero no el que esperaban. Era una araña de mina del tamaño de un perro grande. Con su veneno y otras armas, era más que capaz de atrapar a un kobold… y posiblemente a un humano. Esta había sido hecha pedazos. A la débil luz el mariscal pudo ver varias huellas.

—Parece que los kobolds se están haciendo más listos. Atacan en grupo a las arañas para matarlas.

—Eso da que pensar —comentó Zaldimar.

Asintiendo ásperamente, Dughan apretó la mano con la que sostenía la maza con pinchos. Con su mano libre el mariscal se limpió instintivamente el tabardo. La feroz cabeza de león dorada y azul de su pecho brilló llamativamente una vez más. Volvió a dar la orden de seguir adelante…

A lo lejos, en la oscuridad, una voz áspera susurró y otra, airada, respondió.

Una pequeña llama, como la de una vela, se materializó algo más allá… y luego la apagaron repentinamente.

—Zaldimar… —susurró Dughan.

El mago se colocó en vanguardia. Levantó las manos e hizo gestos. Una luz púrpura relampagueó acompañada por un sonido vibrante. El rayo arcano recorrió el túnel hacia abajo, donde había estado la pequeña llama.

Un momento más tarde explotó… y volvió a explotar… y una vez más. La mina tembló. Sobre los soldados cayeron pequeños fragmentos de roca y polvo, y el mariscal maldijo la negligencia del mago.

La galería quedó brevemente iluminada por un aura púrpura tan brillante que Dughan tuvo que taparse los ojos. Del otro extremo llegó un coro de gruñidos.

El mariscal parpadeó mientras su mirada se ajustaba a la luz.

—¡Por el Rey! —gritó Dughan.

La galería estaba repleta de kobolds, había más demonios de cara de rata de lo que se indicaba en los informes, muchísimos más. De repente los adiestrados soldados de Dughan parecían muy poca cosa.

Los kobolds en vanguardia de la manada soltaron unos gritos bestiales y blandieron sus armas. Movían las colas adelante y atrás, indicando su

creciente agitación. Ninguno de ellos parecía herido por el ataque de Zaldimar.

—Prepárense para una retirada ordenada —los conminó Dughan. Los soldados estaban poco preparados para eso. En lugar de limpiar la mina, él y sus hombres estaban ahora en peligro de que los matasen.

Delante de él, Zaldimar permanecía en silencio mirando a las criaturas mientras los efectos luminosos de su rayo arcano comenzaban a disiparse.

—¡Haz algo, mago! ¡Dispara otro!

El hechicero se volvió. La expresión de Zaldimar era de total asombro.

—D-debo descansar un minuto… estos hechizos me agotan…

Aunque no era mago, el mariscal sabía que Zaldimar necesitaba recobrar todas las fuerzas… y deprisa. Agarró a Zaldimar por el brazo y lo apartó del resto de la partida.

—¡Debes intentarlo, Zaldimar! ¡Es muy probable… que nuestras vidas dependan de ello!

Antes de que el mago pudiese responder, los kobolds se lanzaron hacia delante. Lo que había parecido algo cómico y una amenaza solo para los niños pequeños (los kobolds no medían más de un metro veinte como mucho) era ahora una aterradora y peligrosa amenaza para todos.

—¡Atrás! ¡Atrás! ¡Ustedes tres! ¡Mantengas las espadas delante, junto a mi maza!

Dughan empujo a Zaldimar detrás de él. Aunque el mago resultase ahora inútil, el mariscal no iba a dejarlo para que lo matasen.

El primero de los kobolds llegó hasta los defensores. Dughan golpeó a uno y luego se enfrentó a otro mucho más grande.

—¡Tú no quitar vela! —rugió.

La vela en cuestión estaba sobre una pequeña palmatoria. Los kobolds veían bien en la oscuridad, pero en la mina todavía necesitaban iluminación en las zonas más profundas.

—¡No… quiero… tu… maldita vela! —le gritó Dughan.

Golpeaba una y otra vez. Aparecía una cara de rata tras otra solo para ser derribadas por la experta mano del mariscal. A su alrededor sus hombres demostraban su habilidad aplastando, cortando y apuñalando a los kobolds sin piedad.

Las tornas habían cambiado. Las numerosas docenas de enemigos kobold se convirtieron en montones de cadáveres. Una sonrisa cruzó el rostro de Dughan.

Al final, los soldados de Villadorada se encontraron hundidos hasta las rodillas en sangre y cadáveres. El hedor de los kobolds muertos demostró ser cien veces peor que cuando estaban vivos, pero los hombres estaban dispuestos a sufrirlo, tan completa había sido su victoria. Incluso hasta la última de las velas de los kobolds se había apagado.

El mariscal Dughan contó a sus hombres. Estaban todos presentes. Algunos tenían heridas leves, sobre todo arañazos, pero seguían presentes y sanos.

No… había uno que no estaba presente.

—¿Dónde está el mago?

Los otros sacudieron la cabeza. Dughan buscó entre los cuerpos allí donde había visto a Zaldimar por última vez. No había rastro había rastro de la presencia ni de la del hechicero.

Dughan supuso que el indefenso Zaldimar probablemente habría huido antes de la batalla. Sin duda volverían a encontrar al cobarde en Villadorada.

—Vámonos de aquí —decidió el oficial—. Asegúrense de que las otras galerías estén despejadas.

Dudaba en que fuesen a encontrar más de un par de kobolds después de la pelea, pero incluso aquellos tenían que ser erradicados.

Empezaron a regresar, con Dughan tomando la delantera. El mariscal se cubrió la nariz; el olor a kobold muerto era cada vez peor, aunque los hombres dejaban los cadáveres cada vez más atrás. *La próxima vez, los sacaremos fuera, donde el viento ayudará…*

De repente, la Cantera de Jaspe tembló como en sus profundidades hubiese tenido lugar una explosión.

Las vigas que había delante de la partida crujieron alarmantemente.

Dughan señaló hacia delante con su espada.

—¡Muévanse!

Pero, según se adelantaba el grupo, una de las vigas más distantes se partió. Las dos mitades quedaron colgando.

—¡Cuidado! —rugió el oficial.

El techo de la mina se vino abajo en el punto más débil. Peor aún, provocó una reacción en cadena. Otras vigas se partieron.

Masas de tierra y piedras cayeron al suelo.

Los hombres se echaron hacia atrás, pero entonces el techo se desplomó. El polvo y la oscuridad cegaron a Dughan y a sus hombres, que

se empujaban unos a otros buscando escapar.

Entonces el mariscal oyó un grito que le heló la sangre.

Topó con una zona despejada justo cuando el derrumbamiento remitía. Tosiendo, el mariscal Dughan intentó forzar la vista y pudo ver las formas de al menos tres hombres.

Cuando se hizo el silencio suficiente como para que le oyesen, gritó:

—¡Recuento!

Once voces respondieron, algunas de ellas doloridas. Once, no quince.

La devastación hacía que fuese inútil comprobar si los otros cuatro seguían vivos. Dughan tenía que llevar a lugar seguro al resto de sus hombres. Solo había una elección, volver a donde habían luchado contra los kobolds. A veces los kobolds excavaban madrigueras secretas en las minas; salidas. Al menos había esperanza.

—¡Síganme!

El sendero resultó ser más oscuro y largo de lo que recordaba. Solo el fuerte hedor le indicaba a Dughan que se estaba acercando al área. Pero, al llevar al grupo rápidamente por el pasillo, chocó con un muro de roca.

—¿Qué es esto?

El muro indicaba que debían de haber pasado de largo el sitio donde se habían encontrado con los kobolds… pero ¿dónde estaban los cuerpos?

Dughan buscó a tientas en sus bolsillos algo con lo que iluminar la zona, pero no encontró nada.

Repentinamente un fulgor púrpura apareció a su lado. El mariscal se giró con la masa preparada.

Zaldimar lo miró desde detrás de la luz. Dughan no pudo ver más que su cara. El mago tenía una expresión demacrada e intensa.

—¿Te ayuda esto? —dijo ásperamente.

—¿Dónde demonios te habías metido? ¿Has visto alguna salida? ¡La zona por la que hemos entrado es impenetrable!

Zaldimar asintió.

—Lo sé. Yo me he asegurado de ello.

—¿Que tú… qué?

El brillo creció. A Dughan se le abrieron los ojos como platos.

El ropaje del mago. Ahora llevaba una armadura negra con cráneos en las rodillas y el pecho. Llevaba una capucha alta tras la cabeza. Los ojos le brillaban con un monstruoso fulgor de color púrpura oscuro.

—En cuanto a una salida, un hechizo sencillo me permitirá salir de aquí.

El mariscal Dughan puso la afilada punta de su maza bajo la barbilla de Zaldimar.

—¡Pues entonces nos llevarás contigo!

Algo se movió al borde de la luz. Golpeó el arma del mariscal. Al luchar por retener la maza, vio un hocico que le resultó conocido.

—Kobold…. —pero la palabra murió en sus labios cuando Zaldimar aumentó la insidiosa luz.

No era solo un kobold… sino un kobold muerto. El vientre de la criatura estaba abierto, y los órganos putrefactos medio colgaban de la herida. El kobold agarró su arma y se quedó mirando al oficial con ojos ciegos.

Y, según iba iluminando más, el mariscal Dughan vio que había muchos, muchos más… todos los que él y sus hombres habían matado y aparentemente muchos más.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó.

—Ahora me sirven a mí… igual que yo sirvo a nuestro auténtico amo… —dijo ásperamente Zaldimar con una expresión sonriente que daba a su cara el aspecto de un cráneo—. Y como harás tú, buen mariscal …

Los kobolds se adelantaron. El mariscal Dughan y sus hombres estrecharon las filas.

—No les dolerá mucho tiempo…

Totalmente silenciosos, los kobolds avanzaron. Dughan le machacó el cuello a uno, lo que no tuvo ningún efecto. Desesperado, golpeó más fuerte y le arrancó la cabeza.

Pero el cuerpo siguió atacando.

—Debo dejarlos por un tiempo —murmuró Zaldimar—. Ahora tengo que prepararme para Villadorada… una labor a la que tú y tus soldados ayudarán una vez hayan sido… convertidos.

—Maldito seas…

Pero el mariscal Dughan calló cuando el nigromante desapareció… y, con él, la luz.

El aire se volvió espeso, desagradable. El fétido olor a kobold muerto estaba por todas partes. Sin la iluminación mágica no podía ver a quienes se le acercaban.

Un hombre chilló. Un momento después el monstruoso sonido de algo húmedo siendo hecho pedazos resonó por la galería.

—¿Mariscal? —rogó el hombre que estaba junto a él.

—¡Sigan luchando!

Pero entonces Dughan casi cayó de lado cuando algo arrastró al soldado. El desventurado soldado volvió a llamarlo… y luego lanzó un grito escalofriante mientras el familiar sonido de las armas clavándose en la carne resonó por las paredes.

El choque de armas se volvió más débil… y más débil…

El mariscal Dughan sabía que era su última carga. Sintió a los no-muertos kobolds lanzarse sobre él. Por primera vez les brillaron los ojos con un aura de un blanco mortal que le provocó escalofríos.

Y entre ellos vio la luz en los ojos de figuras más altas… figuras desgarradas y golpeadas, por lo que podía ver.

Sus propios hombres, ahora parte de la impía masa.

Se lanzaron hacia delante. El mariscal Dughan movió alocadamente su arma. La maza golpeaba carne una y otra vez, pero los kobolds y los mutilados soldados empujaban sin cesar. Ahora estaban por todas partes, aferrándolo con sus garras, mordiéndolo o golpeándolo con sus armas. Gritó mientras lo no-muertos lo sepultaban…

El mariscal Dughan yacía en su cama, aunque ya había salido el pueblo de Villadorada. Se movió intranquilo. Tenía el ceño fruncido, y el sudor le bañaba el cuerpo. Movió ligeramente los labios, como si quisiera hablar o gritar, y tenía las manos tan apretadas que los nudillos estaban blancos.

De repente Dughan se incorporó y chilló. Pero el mariscal no despertó, sino que volvió a caer sobre la cama, donde de nuevo se movió y sudó como si estuviese luchando contra algo en sueños.

Su chillido había sido agudo, lo bastante como para que se oyese en gran parte del pueblo. Pero nadie, ni familia ni sirvientes, acudieron para saber qué le ocurría al mariscal. No podían. En toda Villadorada no había nadie que pudiese… pues todos estaban en sus camas. Todos estaban durmiendo.

Y todos estaban sufriendo pesadillas.

* * *

Aunque era Suma sacerdotisa de la diosa luna, a Tyrande el amanecer siempre le pareció una visión hermosa, si acaso algo molesta para un ser

nocturno como ella. Cuando era joven, muy joven, no le había parecido tan doloroso. De hecho, ella, Malfurion e Illidan a menudo cabalgaban durante el día, cuando la mayoría de los demás dormían, explorando el mundo de la luz. Malfurion incluso había comenzado sus lecciones con Cenarius durante el día.

Quizá me esté volviendo vieja al fin, pensó. Entre los elfos de la noche, Tyrande era una de las que más había vivido. Había sobrevivido a muchos amigos y a todos sus seres queridos, excepto a dos.

La distancia para llegar al Claro de la Luna significaba que la Suma sacerdotisa, su guardia personal, el Archidruida Fandral y los demás druidas que lo acompañaban tenían que dormir allí durante un día antes de regresar a Darnassus. Aunque muchos de los druidas se encontraban cómodos usando los túmulos, las cámaras subterráneas le recordaban demasiado a Tyrande otros lugares su pasado que deseaba olvidar, como las mazmorras del palacio de Azshara.

Como reina, Azshara había decidido sacrificar a su pueblo por pura vanidad y obsesión, y le había abierto voluntariamente las puertas a la Legión Ardiente. Su principal consejero Xavius la había aguijoneado, y los dos contribuyeron en gran medida a las incontables muertes causadas por los demonios. Tyrande deseó no volver a pensar nunca más en Azshara, pero quedaban muchos recordatorios que la obligaban a evocarla.

Y, saliendo de los túmulos, ella, sus seguidoras y unos cuantos druidas usaron tiendas creadas con lianas y hojas criadas por sus anfitriones.

En su tienda, montada a una respetuosa distancia de donde Fandral y sus compañeros druidas descansaban, la gobernante de los elfos de la noche practicaba sus habilidades en la lucha. La tienda tenía tres por tres metros y estaba tejida con tiras de hojas tomadas del propio Teldrassil. Expertos tejedores habían creado en la tienda diseños específicos para las Hermanas de Elune, especialmente el símbolo de la luna, que se repetía una y otra vez. Bendecida por la Madre Luna, la tienda también emitía un ligero brillo plateado.

Dentro había poca decoración, a Tyrande le importaban solo las cosas básicas. Una pequeña mesa de madera y un taburete suponían el único mobiliario y habían sido provistos por los druidas. Había dejado su guja de luna junto a las mantas que le servían de cama, que también estaban tejidas con hojas de Teldrassil. La antigua arma de tres filos era una de las favoritas de su raza, y especialmente de los Centinelas de élite. Consciente de las

muchas amenazas que se cernían sobre mundo, Tyrande practicaba a menudo con la guja.

Ahora, sin embargo, solo quería practicar su habilidad en el combate cuerpo a cuerpo, en gran parte por la necesidad de estirar los músculos. Tratar con Fandral le había provocado suficiente tensión, pero tener que viajar con él para ver el cuerpo de Malfurion le había hecho mucho más daño de lo que se hubiese imaginado.

Fandral… aunque los respetaba a él y a su puesto, sus planes no la contentaban. Por el momento había cedido, pero la larga espera que el trabajo de él sugería iba cada vez más en contra la tendencia natural de ella de actuar rápida y decididamente, actuar como una guerrera…

Enfrentándose a sus propios deseos. Tyrande se dedicó con más ánimo al entrenamiento. La Suma sacerdotisa arqueó los brazos y lanzó una patada. Había llegado lejos desde sus tiempos de novicia; en cierto sentido, más lejos que Malfurion, quien durante los últimos diez milenios había abandonado Azeroth demasiado a menudo por la aparente perfección del Sueño Esmeralda. Había habido veces durante sus desapariciones en que había llegado a estar enfadada con él por abandonarla… pero su amor siempre había vencido esas emociones más oscuras.

Tyrande giró y golpeó con la mano izquierda con los dedos formando una curva capaz de aplastar una tráquea. Se elevó sobre los dedos del pie derecho y lanzó hacia arriba la mano derecha… y de repente notó algo detrás de ella.

La Suma sacerdotisa se giró ferozmente sobre los dedos de los pies y lanzó una patada a su atacante. Nadie debería haber entrado sin avisar. ¿Dónde estaban sus centinelas? Aun así, Tyrande atacó solo para incapacitar, no para matar. A cualquier intruso lo necesitaría vivo para que respondiese a preguntas.

Sin embargo, en lugar de golpear algo sólido, Tyrande observó cómo su pie atravesaba una opaca figura negra y esmeralda. El sombrío asesino se disolvió en mil fragmentos de niebla y luego recuperó la forma.

Pero la elfa de la noche ya se había movido para coger la guja lunar. Al hacerlo vio a dos figuras pesadillescas más. Sus formas borrosas hacían que fuese imposible identificar cualquier rasgo, pero a Tyrande le pareció que eran medio animales. Por algún motivo, eso despertó un miedo irracional en ella.

En ese breve lapso, las otras dos sombras demoníacas se lanzaron. Tyrande blandió la guja justo a tiempo, y los curvados filos los atravesaron a ambos.

Pero la guja hizo que las mitades inferior y superior se separasen momentáneamente. Recuperándose inmediatamente, los demonios se lanzaron a cortarla con unas largas zarpas que les brotaron repentinamente de las manos.

—¡Unngh!

Tyrande se retiró como mejor pudo, intentando recuperarse del ataque. No había cortes ensangrentados donde las zarpas habían cortado, pero la elfa de la noche se sentía como si tuviese aún clavados unos cuchillos de hielo. Una parte de ella quería soltar el arma y lanzarse al suelo.

Pero hacerlo significaría sin duda la muerte. La Suma sacerdotisa blandió furiosamente la guja, más para obligar a sus atacantes a continuar recuperando sus formas que porque confiase en herirlos.

Un segundo grito, más terrible, salió de su boca cuando sintió unos puñales helados clavarse en su espalda. Distraída por los demás, no había notado a otro atacante detrás de ella.

La guja se le escapó de la temblorosa mano. Tyrande se preguntó por qué, con sus dos gritos, nadie había aparecido para investigar. Quizá los demonios habían hecho que desde fuera todo pareciese silencioso dentro. Los asesinos la matarían, y nadie lo sabría hasta que alguien entrase en la tienda por otro motivo.

No… eso no va a pasar…, insistió para sí Tyrande. *Soy sacerdotisa de la Madre Luna… la luz de Elune es parte de mí…*

Y, como si esta idea la recorriese, fundió el hielo en su interior y acabó con el miedo que buscaba dominar su voluntad.

—Soy la Suma sacerdotisa de la Madre Luna… —declaró a sus sombríos adversarios—. Sientan su luz…

El brillo plateado llenó su tienda. Las figuras negras y esmeralda se encogieron ante su gloria.

A pesar de esta prometedora reacción, la elfa de la noche no se relajó. Se abrió a Elune. El suave consuelo de la Madre Luna la envolvía. Elune protegería a su hija.

La luz plateada se intensificó mil veces más. Con un siseo, los monstruosos asesinos se disolvieron como si en realidad no estuviesen hechos de nada más que de sombras.

De repente, todo se volvió negro como la boca del lobo. Tyrande dejó escapar un grito ahogado. La luz de Elune había desaparecido, y de algún modo ella se encontraba sentada en el suelo en postura de meditación. La Suma sacerdotisa miró hacia la guja, que seguía sobre las mantas, donde había estado antes de que entrasen los intrusos. ¿O no lo habían hecho? El dolor helado de su espalda regresó, o quizás era un escalofrío que le recorría la columna. Tragó. Tenía la boca seca y el corazón desbocado.

Mientras Tyrande se levantaba, una guardiana entró de repente en la tienda. Enmascarando sus emociones, Tyrande se enfrentó a la confusa mirada de la centinela. Por la expresión de la otra sacerdotisa se dio cuenta de que no sabía nada del intento de asesinato de su señora.

—Perdóname —murmuró la guardiana—. Oí un grito ahogado y temí que hubiese pasado algo…

—Simplemente me he pasado con el entrenamiento y me he quedado sin aliento.

La otra elfa de la noche frunció el ceño y luego asintió. Se inclinó mientras al mismo tiempo comenzaba a retirarse.

Algo se le ocurrió a Tyrande. Esta extraña y siniestra visión había decidido el asunto para ella, pero, si pensaba hacer algo independientemente de las intenciones del Archidruida Fandral, entonces Tyrande necesitaba asegurarse de una cosa.

—Espera.

—¿Señora?

—Tengo una misión para ti… concerniente a uno de los druidas…

* * *

Habiendo sido esclavo, Broll Bearmantle encontraba los túmulos demasiado pequeños, por eso dormía como hacían otros, al raso, en un lugar escogido del Claro de la Luna. Hamuul dormía a poca distancia, a su derecha. Existía una amistad especial entre ellos, como si ambos fueran únicos en un sentido u otro entre todos los de su oficio.

Ciertamente, aparte de Varían Wrynn y la joven Valeera Sanguinar, una elfa de sangre pícara, ni más ni menos, Hamuul era quizás el amigo más íntimo del elfo de la noche. Era una extraña y, para muchos, inquietante colección de personajes, pero a Broll ya no le importaba lo que pensaran los demás.

Varias reflexiones turbadoras asaltaban al elfo de la noche mientras estaba tumbado. Demasiadas como para permitirle dormir. Mientras el

tauren roncaba a su lado, Broll pensó durante un tiempo en Valeera, que se había convertido casi en una hija para él. Como elfa de sangre la joven era adicta a la absorción de energía mágica arcana, un camino al que su raza se había abocado tras la destrucción de la fuente de poder de los elfos nobles, la Fuente del Sol. Broll casi se las había arreglado para ayudarla a vencerla… pero entonces las circunstancias habían obligado a Valeera a volver a las costumbres de su raza. Se habían separado, al menos por un tiempo, poco antes de la convocatoria al cónclave. Esperaba que estuviese mejor, pero se temía que su adicción hubiese vuelto a empeorar.

Gruñendo, Broll intentó calmar su mente. En ese momento no podía hacer nada por Valeera, a menos que tuviese ayuda… y eso lo llevó a pensar de nuevo en su shan'do. Por primera vez se le ocurrió algo o, más bien, intentó que se le ocurriese. La parte principal de la idea permanecía fuera del alcance de su agotada mente. El druida intentaba una y otra vez concentrarse lo suficiente, pero la verdad parecía escapársele cada vez más lejos. Casi…

Oyó un ruido entre los árboles que había detrás de él, un rastro como de un grito ahogado.

Padre…

El elfo de la noche se envaró. ¿La había oído… a ella?

Broll se incorporó silenciosamente.

Padre…

Ahí estaba otra vez. Conocía esa voz mejor de lo que conocía la suya propia. Broll tembló. No podía ser ella.

Miró a Hamuul, cuyos ronquidos seguían siendo regulares. El agudo oído del tauren no había captado nada. Para Broll, eso confirmaba que solo había imaginado que oía…

Padre… te necesito…

¡Anessa! Broll dio un grito ahogado. ¡Sí que la había oído!

El druida reaccionó instintivamente, levantándose y mirando hacia los árboles buscando a su hija. No la llamó, temeroso no solo de alertar a los demás, sino de que su amada hija se fuese corriendo.

Pero…, una parte de su mente le recordaba, *Anessa está muerta… y yo soy el responsable…*

A pesar de ser consciente de ello, Broll sintió cómo se le aceleraba el corazón. Dio un paso inseguro hacia la dirección de la que creía que había salido la llamada.

Padre… ayúdame…

Las lágrimas llenaban los ojos del habitualmente imperturbable druida. Recordaba su papel en la muerte de ella. La vieja agonía volvió a azuzarlo. Regresaron los recuerdos de la batalla.

Sí, Anessa estaba muerta.

¡Pero ella me llama!, insistía la parte más básica de él. *¡Esta vez puedo salvarla!*

Una sombra se movía entre los árboles delante de él, a lo lejos. Broll se dirigió hacia la forma. De repente, el mundo del druida formó ondas. Los árboles se retorcían como si estuviesen hechos de humo. La indistinta figura era cada vez más distante. El cielo se volvió el suelo, y el suelo el cielo. Broll se sintió como si sus huesos se hubiesen licuado.

Intentó llamar a su hija.

Algo se movió hacia él viniendo desde el bosque. Al acercarse crecía hasta alcanzar proporciones espantosas. Incluso entonces, el druida no fue capaz de distinguir rasgos concretos. Casi parecía…

Broll intentó gritar… y se despertó.

Comenzó a recuperar la concentración. Lentamente, el elfo de la noche se dio cuenta de que había varias cosas que no encajaban con lo que recordaba de lo que le rodeaba. No se encontraba al borde del bosque, sino que estaba tumbado en el suelo como si siguiera durmiendo. Entrecerrando los ojos, Broll miró hacia arriba. Por la posición del sol, debían de haber pasado varias horas.

El canto de los pájaros y el susurro del viento le llegaron a los oídos, pero faltaba otro sonido. Miró sobre su hombro derecho y vio a Hamuul devolviéndole una mirada solemne. El Archidruida estaba apoyado sobre una rodilla sobre su tembloroso amigo.

—Estas despierto, sí —dijo el tauren interpretando la pregunta que se le ocurría a Broll—. ¿Ocurre algo? Pareces…

El elfo de la noche no le dejó terminar…

—Era un sueño. O más bien una pesadilla…

—Un sueño… como dices…

Hamuul se quedó en silencio un momento y luego añadió:

—Me he despertado antes que tú, porque siendo de día y no siendo yo un elfo de la noche, apenas he dormido una pequeña siesta. Te oí decir algo. Murmuraste un nombre —continuó el tauren con ciertas dudas—. Un nombre que te resulta cercano.

—Anessa…

Fragmentos de la pesadilla regresaron. Broll tembló. Ya había soñado otras veces con su hija, pero nunca de esta manera. El tauren inclinó brevemente la cabeza de nuevo a la mención de la hija fallecida de Broll.

—Anessa, sí —levantó la mirada hacia el elfo de la noche—. ¿Pero estás bien ahora, Broll Bearmantle?

—Ya estoy bien. Gracias.

—Eso no ha sido natural, Broll Bearmantle… tan poco natural como tus visiones anteriores… aunque distintas en todos los demás sentidos, creo.

—Solo ha sido una pesadilla, Hamuul. —El tono de Broll le indicó al otro druida que no discutiese—. Ni eso ni lo otro significa algo.

El tauren parpadeó y acabó por encogerse de hombros.

—No te insistiré, amigo mío, pues solo agravaría tu dolor… pero ambos sabemos que no es así…

Antes de que se pudiese decir algo más, llegó del bosque un débil crujido de hojas. Broll se tensó inmediatamente, y Hamuul abrió los ojos.

De detrás de los árboles apareció una figura. Sin embargo, no era una sombra de Anessa que hubiese regresado al plano mortal. Era una de las sacerdotisas que habían acompañado a Tyrande hasta el Claro de la Luna.

—Mi señora desea hablar contigo, druida —le murmuró a Broll la delgada figura. Su mirada pasó al tauren—. Querría que acudieses solo… con el debido respeto, Archidruida…

La sacerdotisa no se quedó esperando respuesta de ninguno de los dos, desapareciendo en el bosque de los túmulos. Como druida, Broll podría haberla seguido fácilmente, pero su precavida postura y su breve y en cierto sentido misterioso mensaje habían dejado claro que una reacción así hubiese sido imprudente. Tenía que acudir solo, como si la decisión la hubiese tomado él.

—¿Irás? —le preguntó Hamuul.

—Sí —respondió inmediatamente el elfo de la noche—. Iré.

—No se lo contaré a nadie

La promesa del tauren significaba mucho para Broll. Asintiendo agradecido, el elfo de la noche siguió el rastro de la sacerdotisa. Ya estaba pensando en los posibles motivos por los que la Suma sacerdotisa de Elune y gobernante de los elfos de la noche buscaba un encuentro secreto con él. Tyrande Whisperwind tenía algo en mente que deseaba que supieran pocos… incluso el Archidruida Fandral Cordelada.

Y por, inquietante que fuese, Broll tenía la terrible sensación de que sabía lo que ella quería.



CAPÍTULO CINCO
LA TRAICIÓN DEL DRUIDA

—Ha venido —le murmuro la guardiana a Tyrande desde la entrada de la tienda.

—Dile que entre y vigila por si se acerca alguien —le ordenó la Suma sacerdotisa.

Asintiendo, la guardiana se retiró. Un momento después, entró respetuosamente Broll Bearmantle. El druida hizo una profunda reverencia como la que haría un súbdito ante su gobernante. En voz baja dijo:

—Suma sacerdotisa, me has llamado…

—No seas tan formal conmigo aquí. Broll. Nos conocemos desde hace tiempo.

El druida asintió, pero no dijo nada.

—Por favor —empezó a decir la Suma sacerdotisa señalando una alfombrilla de hierba con intrincados dibujos de luna—, siéntate.

Broll sacudió la cabeza.

—Prefiero estar de pie, gracias… sin ánimo de faltarte al respeto.

Ella asintió.

—Muy bien. En cualquier caso, esto será breve… y desde este momento te digo que tienes todo el derecho a rechazar mi petición.

Broll alzó sus espesas cejas. Tyrande podría, si de verdad quisiera, complicarle la vida ordenándole que hiciera lo que se antojara.

Pero ella no solía hacer así las cosas.

—Broll… tú eres el único presente aquí al que podría pedir esto. Malfurion confiaba mucho en ti y por eso pongo mi fe en tus manos. Después de todo, llevas la marca de la grandeza, y tus actos durante la Tercera Guerra han demostrado tu capacidad. —miró sus astas.

—Me halaga, mi señora… —El druida bajó la mirada—. Y exagera. El tiempo que he pasado lejos de mi puesto difícilmente me habrá mantenido en su alta estima… —Su mirada se giró hacia la guja, que ahora estaba sobre la mesa.

Tyrande lo observaba atentamente. La había colocado cerca del campo de visión, considerando la posibilidad de que la primitiva arma le recordara a Broll su pasado como gladiador. Contaba con él para esta tarea, confiando en que sus recientes aventuras en el exterior hubieran azuzado su lealtad personal por Malfurion lo suficiente como para que fuese más allá del curso de acción decidido por el Círculo Cenarion.

—No exagero. Antes de desaparecer, Malfurion lo dejó muy claro. Entendía el dolor y la ira que sufrías y sabía que tenías que solucionarlo tú solo. —Entrecerró los ojos—. Permíteme ser directa, Broll. El cuerpo astral de Malfurion debe regresar a su cuerpo. La visión de Elune era clara; ¡se muere, y se muere rápidamente! ¡No sobrevivirá al plan de Fandral! De eso estoy segura. Sé que tiene buena intención, pero está claro que Fandral es inflexible, ni siquiera yo puedo hacerlo cambiar de idea. Tú y yo debemos rescatar a Malfurion de la prisión que lo retiene.

Él dudó.

—¿Estás totalmente segura? ¿Tu visión no puede ser equivocada?

—Era la Madre Luna —dijo con total confianza—. Elune no engaña a sus fieles.

Para su alivio el druida asintió por fin. La decisión de Broll le demostró que había escogido correctamente.

—Te conozco a ti. Conozco a Elune. —Como la mayoría de los elfos de la noche, Broll había crecido adorando a la Madre Luna. La llamada a seguir el camino de los druidas había llegado después, pero de ningún modo había borrado el respeto que sentía por la deidad—. Y, aunque la decisión de Fandral es sensata, han ocurrido cosas que me llevan a pensar más como tú. Si tienes un plan, mi señora, me inclino por él, debe hacerse algo y, con el debido respeto al Archidruida Fandral, temo que Teldrassil sea más una distracción que un camino. ¿Qué tienes en mente?

Su decisión de estar de acuerdo con la Suma sacerdotisa era abrupta, pero no le faltaba razonamiento. Sí, al principio Broll se había mostrado satisfecho, incluso esperanzado, con el plan de Fandral; pero oír el ruego de Tyrande había llevado al primer plano la incertidumbre que se daba cuenta de que había estado alimentando desde la última y más terrible de sus

visiones. Algo espantoso estaba ocurriendo… algo que sin duda era la Pesadilla. Que esas visiones se le presentasen de repente y que la última tuviese que ver con su fallecida hija había añadido importancia a las preocupaciones de la Suma sacerdotisa. Algo horrible era inminente, y lo más probable es que fuese la muerte de Malfurion.

No… sanar a Teldrassil sin duda tomaría demasiado tiempo, pensó el druida. *Pero Fandral no lo entendería…*

Seguía sin haber respuesta a su pregunta, así que la repitió.

Ella apartó la mirada. Mucho de lo que pretendía Tyrande estaba basado en lo que había averiguado sobre los druidas a través de Malfurion. Era muy posible que la Suma sacerdotisa hubiese hecho suposiciones falsas y, si era así, su plan había fallado incluso antes de empezar.

—Quiero que vayas a Talloumbrío…

El druida se envaró al oír el nombre. La intención de la sacerdotisa le quedó clara en el acto.

—Talloumbrío —murmuró el corpulento druida—. Entiendo lo que quieres. Es lo que más sentido tiene… especialmente si el tiempo es tan valioso como creo…

Sus esperanzas aumentaron.

—¿Crees que podría funcionar?

—Mi señora… puede que sea la única oportunidad que nos queda… pero no será fácil… a menos que…

Ella esperó, pero como Broll parecía seguir reflexionando, tuvo que preguntar al fin:

—¿A menos que qué?

Sacudiendo la cabeza, el druida murmuró:

—Mejor será que no lo sepas. —Con expresión más decidida, Broll continuó—. Pero iré.

—Aún queda la pregunta sobre el cónclave y los planes de Fandral —continuó la Suma sacerdotisa—. Tendrás que esperar a que todo se decida… pero me temo que no tenemos tiempo que perder.

—Solo necesito solucionar una cosa, Suma sacerdotisa, y, si el Archidruida Fandral no me atrapa, me iré inmediatamente después. —Frunció el ceño—. Pero requiere que antes regrese con el resto al Enclave Cenarion…

De nuevo Tyrande se quedó esperando más explicaciones y de nuevo Broll no le dio ninguna. Acabó por asentir, confiando en que, fuese cual

fuese el secreto que le ocultaba, fuese por su propio bien. Y el de Malfurion.

—Te lo agradezco —murmuró Tyrande. Su expresión se tensó—. Pero hay una cosa más. No irás solo. Mandaré a Shandris contigo… supongo que Auberdine te resulta familiar.

—He estado allí. No es un lugar que propicie el trabajo de los druidas… y, como mis hermanos, prefiero otra manera de viajar. ¿Es allí donde nos encontraremos?

—Sí, y luego los dos podrán seguir hacia Vallefresno.

La expresión de él no ocultó el desagrado por incluir a una acompañante en su viaje.

—Con el debido respeto a la general y su considerable talento, preferiría ir solo.

Ella se mantuvo firme.

—No viajarás solo. Si debo ordenarte…

Broll gruñó.

—No hace falta si de verdad crees que es lo mejor para Malfurion, entonces… confiaré en ti, Suma sacerdotisa.

A Tyrande le mejoró el humor. Estiró repentinamente el brazo para tocarle el hombro. Al hacerlo un leve fulgor de luz de luna se extendió y envolvió brevemente a Broll antes de desvanecerse dentro de él.

—Tienes la bendición de la Madre Luna… y también mi gratitud.

El elfo de la noche se inclinó.

—Ambas me honran profundamente, mi señora.

—Para ti soy Tyrande.

El druida se inclinó y comenzó a retirarse de su presencia.

—No… para Malfurion lo eres… para mí… eres mi Suma sacerdotisa, la encarnación de las esperanzas de nuestro pueblo…

Se deslizó fuera de la tienda. Tyrande apretó los labios, preguntándose si había hecho lo correcto.

Luego volvió la mirada a la guja… y su determinación se fortaleció.

* * *

Al regresar, Broll no le dijo nada a Hamuul, y el corpulento tauren no le preguntó. Ese día el elfo de la noche no durmió mucho y, cuando los druidas se prepararon para marcharse del Claro de la Luna, solo se dirigió a la Suma sacerdotisa con una respetuosa inclinación no más íntima que la que le habían dirigido sus hermanos.

Las Hermanas de Elune tenían su propio modo de viajar, a lomos de fuertes hipogrifos, para regresar a Darnassus. Tras intercambiar unas pocas palabras con Tyrande Whisperwind, Fandral Staghelm llevó a los druidas hasta un claro.

—He decidido que la situación requiere que retomemos inmediatamente nuestros esfuerzos por sanar al Árbol del Mundo —anunció el Archidruida mientras se preparaban para irse—. Retomaremos el trabajo esta misma noche…

—¿Esta misma noche? —preguntó un druida—. ¿Tras un viaje tan largo?

—Naturalmente, primero tendrá lugar un periodo de meditación, y yo me replantearé cómo usar mejor nuestro poder, dado que después de todo no contaremos con el ídolo de Remulos. —Fandral hizo un gesto para evitar discusiones—. ¡Está decidido! Ahora, por el bien de Malfurion, partamos rápidamente…

Fandral levantó los brazos.

Unánimemente, los druidas se agacharon. Se inclinaron hacia delante, y de su piel violeta brotaron plumas. Sus narices y bocas se distendieron, convirtiéndose en picos.

La pequeña bandada de cuervos de tormenta salió volando, casi invisible en el cielo nocturno.

Fandral, un ave más grande con líneas plateadas en cada ala, impuso a los druidas un ritmo rápido, deseoso de llegar a Teldrassil. La visión era poco común, dado que solo los druidas más hábiles y poderosos podían aprender los misterios del vuelo. Ciertamente, con la excepción de Broll, los demás eran Archidruidas reputados. Era otra pista de poder que Broll tenía, aunque le faltaba la concentración para ocupar su verdadero lugar entre sus hermanos. Que estuviese allí era cosa de Fandral, y eso hacía que Broll se sintiese aún más culpable por lo que tenía intención de hacer.

Broll volaba más retrasado de lo habitual en la bandada. Hamuul volaba a cierta distancia más adelante. El tauren era la otra preocupación que inquietaba a Broll aparte de Fandral, pero Hamuul estaba concentrado en conservar su lugar. El tauren era poderoso, pero también era bastante mayor para su raza y, por tanto, tenía que esforzarse más que la mayoría de los elfos de la noche.

Tras largas horas, el Árbol del Mundo apareció delante de ellos. Fandral se inclinó, y la bandada descendió… y Broll, sigilosamente, se

quedó atrás, dirigiéndose hacia arriba. Batiendo sus alas tan fuerte como podía, el transformado elfo de la noche se alzó cada vez más alto. El gran tronco de Teldrassil se erguía como una imposible bañera ante él, pero el druida persistió.

Y entonces… la enorme corona apareció ante él. Broll el ave penetró entre sus amplias ramas.

Parte de lo que parecía ser follaje se movió. Aunque solo lo avistó un segundo, los largos y afilados colmillos, el gigantesco cuerpo semejante a la madera y el manto de hojas le bastaron al druida para reconocerlo como uno de los antiguos y primitivos seres que no solo protegían al Árbol del Mundo y el reino de los elfos de la noche, sino que también les enseñaba a los guerreros de Darnassus el rostro más oscuro de la naturaleza y cómo usarla en combate.

El ser no pareció percatarse de la presencia de Broll, que era lo que prefería el druida. Aunque no era un peligro físico para él, se temía que el ser alertase involuntariamente a Fandral de su presencia. Aunque el Archidruida acabaría por enterarse del motivo, Broll deseaba que fuese más adelante. Para entonces, él ya se habría ido.

Y si las cosas no salían como quería Broll, muy probablemente estaría muerto.

El druida ajustó su camino para evitar a otros centinelas más avezados ocultos entre las ramas. Los centinelas, la fuerza armada de Darnassus, protegían la corona de Teldrassil. Los dirigía la ferviente Shandris Feathermoon, que era totalmente devota de su gobernante.

Había pocos más capaces o experimentados que Shandris, a quien Tyrande había rescatado en el campo de batalla durante el primer conflicto contra la Legión Ardiente hacía tanto tiempo. Shandris era huérfana, una de tantas. Bajo la tutela de la Suma sacerdotisa, había llegado a convertirse en una de las guerreras más habilidosas de su raza.

Era perfectamente lógico que Shandris hubiese sido la sirviente escogida por Tyrande para esta misión crucial. La Suma sacerdotisa no le confiaría a nadie más una misión tan desesperada. Ciertamente, Broll se sentía honrado de encontrarse entre sus sirvientes elegidos.

Notando que estaba cerca de su destino, Broll apartó cualquier otro pensamiento. Apenas un aleteo después, el cuervo de tormenta atravesó el follaje… hacia la zona de la capital conocida como el Enclave de Cenarion.

Como ocurría con gran parte de Darnassus, era imposible ver que este lugar sagrado era parte de una ciudad construida sobre el propio árbol. Árboles altos, robles y fresnos particularmente, rodeaban el Enclave. Cada árbol tenía runas místicas grabadas en la corteza. Dentro del claro circular creado, un puñado de estructuras únicas moldeadas de los mismos árboles y piedras cuidadosamente esculpidas daban forma al lugar habitual donde se celebraban los cónclaves. La mayor de las estructuras le servía de nueva residencia a Fandral Staghelm.

El cuervo de tormenta no se dirigió directamente al sagrario del Archidruida, sino que se posó sobre una rama que le permitía ver toda la zona. Aunque el Enclave de Cenarion irradiaba una sensación de calma, y ciertamente era un lugar de descanso, no le faltaban sus guardianes, especialmente los que había colocado el propio Fandral.

Broll aleteó hasta otra rama lo bastante oculta para evitar que lo viesen desde dentro del Enclave, pero lo suficientemente cerca del sagrario del Archidruida. Su incursión tenía que ser rápida pero cauta.

Todo parecía en calma, pero, mientras Broll estudiaba el edificio verde y carmesí, notó las finas cuerdas de liana que lo cruzaban. Inclinando la cabeza, vio los diminutos brotes en las lianas. Eran una sutil indicación de qué clase de plana decoraba el edificio… y la única pista de la astucia de Fandral. A la mayoría de los otros druidas les habría costado identificarla.

Girando la cabeza, el cuervo de tormenta arrancó una pluma de su cuerpo. Ignorando la ligera punzada de dolor, Broll emprendió el vuelo sobrevolando las lianas. Dejó caer la pluma.

La pluma cayó flotando sobre un brote que se abrió inmediatamente. De este fluyó una sustancia pegajosa que encapsuló la pluma, lo que hizo que cayese al suelo como una piedra. La sustancia se había endurecido rápidamente.

Había cientos, quizá miles de esos brotes. En tal número podrían cubrir a Broll en una prisión semejante, dejándolo atrapado hasta el regreso de Fandral.

Broll inspeccionó las lianas. Unas pocas abejas pasaron cerca de los brotes sin peligro.

El cuervo de tormenta dejó escapar un breve pero triunfante sonido y luego descendió hasta el suelo. Se aseguró de hacerlo lejos del sagrario del Archidruida.

Una vez en el suelo, Broll recuperó su forma auténtica. No perdió el tiempo y murmuró para sí. Pero el druida no pronunciaba palabras, sino sonidos de un tono agudo y zumbador.

Un momento después, Broll oyó más zumbidos. Siguió emitiendo sus propios sonidos y observó a las abejas reuniéndose delante de él. Volaron a su alrededor más con curiosidad que otra cosa.

El druida cambio el ritmo de su tono, y el enjambre reaccionó inmediatamente. Las abejas volaron en masa hacia el edificio cubierto de lianas.

Broll se volvió a transformar en un cuervo de tormenta y siguió a las abejas, cuyo número seguía creciendo hasta ese momento. Todas habían acudido como respuesta a su llamada, que él había entonado como una invitación. Las abejas se congregaban allí donde indicaba ahora el elfo de la noche; una zona cubierta de lianas que rodeaba una ventana.

A Broll le habría resultado imposible atravesar la ventana, incluso aunque hubiese volado a toda velocidad que le permitiesen las alas.

Sin embargo, ahora las abejas se amontonaban sobre los brotes buscando en vano los capullos que les habían comunicado que se encontraban allí. Broll lamentó el subterfugio, pero no tenía otra elección.

En el momento en que todos los brotes parecían ocupados, el druida se lanzó hacia la ventana. Entonces vio moverse a algunos de los brotes. Sin embargo, la presencia de las abejas impidió que le lanzasen su sustancia pegajosa.

Su tamaño apenas le permitió pasar, pero acabó pasando. Broll se posó sobre el suelo y luego volvió a su forma normal. Sabía dónde guardaba Fandral lo que buscaba y sabía que el Archidruida no consideraría a nadie lo bastante audaz como para cometer el delito que ahora planeaba Broll.

Sin prestar atención al resto de lo que lo rodeaba, Broll se dirigió directamente a un baúl tejido de bambú. Aunque por fuera parecía blando, cuando se tejía de esa manera el bambú era resistente como el metal. Un elfo de la noche corriente habría sido incapaz de cortarlo o de abrir la tapa, pero Broll estaba familiarizado con los métodos de Fandral porque ambos habían aprendido a manos de Malfurion. Ciertamente, Broll había aprendido algunas cosas que creía que incluso Fandral ignoraba.

Uniendo las manos, el druida probó el tejido del baúl. Notó los hechizos de cierre que había usado Fandral y el modo en que el Archidruida le había dado forma al bambú.

Las tiras que sellaban la tapa se desataron. Broll dudó y luego abrió el baúl.

El ídolo de Remulos estaba allí. La figurita del dragón parecía impaciente por su llegada.

La batalla estalló de nuevo en su cabeza. Vio de nuevo a los demonios de la Legión Ardiente y a su comandante, el señor del foso Azgalor. Broll volvió a ver indefenso cómo el ídolo se escapaba de sus manos, y la espada del demonio lo cortaba.

Y de nuevo vio aquellas fuerzas desatadas y corruptas rodear la única persona que quedaba a su lado. A su hija. La muerte de Anessa no había sido rápida. Se había quemado horriblemente, y su carne se había agostado ante su mirada…

Broll apretó los dientes al forzar al dolor a desaparecer. No se atrevía a permitir que sus emociones lo controlasen. Tenía la estatuilla, eso era lo que importaba ahora… eso y el destino de Malfurion.

Existía la posibilidad de que Fandral hubiese desobedecido a Remulos y hubiese vuelto a usar la estatuilla. Pero Fandral había hecho caso al guardián del Claro de la Luna y había permitido así que Broll consiguiese su propósito. El elfo la noche tomó cuidadosamente la figura, admirando no por primera vez su irreal majestuosidad. Por un momento se maravilló de que una obra tan exquisita hubiese sido también la fuente de un mal tan grande. Por supuesto, el ídolo había sido «limpiado» desde aquello, quizás eso marcaba la diferencia.

El elfo de la noche pensó en la advertencia de Remulos, pero no veía otra elección, considerando el plan que había ideado. Broll necesitaba el ídolo. Tendría que tener un cuidado especial.

Acabando con sus dudas, el druida volvió a sellar rápidamente el baúl.

Y ahora he añadido el robo a la lista de mis logros, pensó amargamente Broll. *Cómo se reirían Varian y Valeera…*

Ocultó la estatuilla dentro de su capa. Igual que el resto de sus ropas y efectos personales, pasaría a ese lugar mágico al que iban cuando se transformaba.

Pero cuando el druida volvió a recuperar el aspecto de un cuervo de tormenta, oyó un fuerte golpe. Girando la cabeza, Broll encontró el ídolo junto a sus patas.

Dejando salir un graznido de frustración, Broll aleteó y cogió la estatuilla con las garras. Cuando por fin sostuvo el ídolo, se vio obligado a

ir con mayor velocidad. Puede que los demás no le prestasen mucha atención a un cuervo de tormenta volando, pero un cuervo de tormenta llevando una estatuilla sin duda provocaría peguntas que preferiría evitar.

Aleteando, Broll se dirigió hacia la ventana. Al hacerlo, su mirada recayó sobre una figura colocada sobre una rama que hacía las veces de mesa o balda. La estatuilla tenía runas grabadas, pero lo que le llamó la atención al druida por un momento fue a quién representaba el ídolo. La figura era un elfo de la noche joven que se parecía mucho a Fandral. Sin embargo, no era Fandral.

Valstann… Broll inclinó la cabeza, saludando al elfo de la noche que representaba la figura. Igual que Broll, Fandral había perdido a su único descendiente, en este caso un hijo. Aunque las circunstancias habían sido muy distintas, dado que el Archidruida no había sido responsable de la muerte de Valstann, ambas pérdidas siempre habían sido un motivo de unión para ambos elfos de la noche.

Una unión que el acto de Broll cortaría para siempre.

Podía notar que las abejas empezaban a perder el interés. Con gran esfuerzo, Broll se dirigió hacia la ventana. Fuera, el druida sentía a las primeras abejas marchándose. Aleteó con más fuerza y plegó sus alas al atravesar la ventana.

Las abejas se apartaron a su paso. Demasiadas. Eso significaba que algunos de los brotes estaban ahora libres.

Algo lo golpeó en el ala cerca de la punta. Broll se vio empujado hacia un lado. Esa acción involuntaria fue lo único que evitó que su cabeza acabase encapsulada en la pegajosa sustancia.

Volvió a sentir un golpe en la pata derecha antes de ponerse al fin fuera del alcance de los brotes. Ni siquiera entonces se frenó. Había hecho lo impensable, y su única esperanza era que su loco plan marcase la diferencia.

Malfurion estaba perdido en el Sueño Esmeralda. No había contacto con el Gran Aspecto Ysera ni con ninguno de los otros dragones verdes que vigilaban el plano mágico. La sugerencia de Tyrande de acudir a Vallefresno era lo que más sentido tenía, pero, para tener una auténtica posibilidad de éxito, necesitaría una ayuda mayor que la le podían prestar un druida solitario de dudoso talento y unas cuantas sacerdotisas de la diosa Luna.

Y, mediante el ídolo de Remulos, Broll esperaba poder contactar con esa ayuda… si el intento no lo mataba antes.

* * *

Thura se abrió camino a través de la espesa vegetación sin que su mente práctica de orca viese motivo alguno para no poder usar el hacha mágica para una tarea tan mundana. Después de todo, ¿para qué servía un arma si una no podía llegar hasta su enemigo?

Sentía que se acercaba a su meta. Puede que el viaje durase días aún o que acabase al día siguiente, pero la clave para encontrar al traicionero elfo de la noche estaba ya cerca.

El bosque dejó paso al fin a un campo más abierto y al comienzo de una cordillera de colinas altas. La orca vio varias cuevas de distintos tamaños entre ellas. Thura agarró de nuevo el hacha como un arma. Las cuevas podrían suponer peligros, especialmente en forma de animales hambrientos o trolls.

Al entrar en la zona de colinas, Thura notó que un extraño silencio cubría la región. ¿Dónde estaban los pájaros? Unos pocos insectos anunciaban su presencia, pero no había ningún animal grande que graznase o que volase. Eso sugería que la caza no sería buena por allí… y que quizás ella se convertiría en la presa.

Sin embargo, apenas adentrada unos minutos en el nuevo terreno, el descanso acabó por exigirle toda su atención a Thura. No tenía más elección que arriesgarse a dormir. Miró las oscuras bocas de las cuevas que la rodeaban, escogiendo al fin una que parecía demasiado pequeña como para albergar a un gran depredador, pero lo bastante grande como para acomodarse a sus necesidades.

La cueva se extendía solo unos pocos metros antes de acabar en una pared curvada. Tras asegurarse de que no había aberturas ocultas que pudiesen albergar alguna amenaza, la guerrera se colocó en un rincón que le proporcionaba visión de la cueva y de su entrada.

Le quedaba poco alimento y lo dividió valiosamente. Tres pedazos de carne seca de cabra, unos tubérculos que se estaban pudriendo lentamente y media cantimplora de agua. Thura se comió uno de los pedazos de carne y un tubérculo, y luego se permitió dos pequeños tragos de agua salobre. Ignoró las protestas de su estómago, que llevaba días sin ser saciado. La carne y el agua dulce eran muy escasas desde que había entrado en esa región. En alguna parte encontraría lo suficiente como seguir adelante hasta

que hubiese cumplido su juramento de sangre. Solo entonces, si sobrevivía a eso, se preocuparía de sus necesidades mundanas…

Un siseo reverberó por toda la cueva.

A la orca le llevó un momento darse cuenta de que el sonido había llegado desde fuera. Luchando contra su agotamiento, Thura se levantó y se dirigió hacia la boca. Agarraba con fuerza el hacha. El siseo no venía de una serpiente o un lagarto normales sino de algo mucho, mucho mayor.

La falta de pájaros y animales en la zona ahora tenía mucho más sentido.

Thura esperó, pero no volvió a oír el sonido. Por fin dio un paso adelante, preparada para enfrentarse a cualquier enemigo.

De repente empezó a soplar un fuerte viento, tan fuerte que casi empujó a la corpulenta orca dentro de la cueva. La zona oscurecida se volvió aún más oscura, como si algo quisiera bloquear las estrellas y la luna.

Y, por un breve momento, algo lo consiguió. Una gran sombra atravesó el lugar donde se encontraba Thura. Pasó más allá de ella, penetrando aún más en la zona.

La orca salió aún más de la cueva, intentando ver mejor. En la distancia, el enorme cuerpo bajaba más allá del horizonte.

Tras esperar a ver si volvía a salir volando, Thura regresó a la cueva. Se sentó, pero mantuvo el hacha aferrada. Un débil brillo se veía ahora en sus ojos.

Esto era una señal. La última vez que había dormido, había habido diferencias en el repetitivo sueño. Al final había aparecido una señal de algo, una forma vaga, apenas avistada, que solo había podido identificar después.

Una forma muy parecida a la que acababa de ver Thura.

Había aparecido un dragón.



CAPÍTULO SEIS
DRAGONES Y ENGAÑO

Malfurion sintió la sombra cerca de él y supo lo que significaba. Estaba cerca una nueva tortura.

Las líneas de color esmeralda oscuro se extendieron más aún sobre él, y al principio parecían formar dedos irregulares y huesudos que después se convirtieron en la silueta de un gran árbol macabro que empequeñecía el árbol en que se había convertido el druida. Pero por limitado que fuese su campo de visión, el elfo de la noche sabía que había una sombra… no había otro árbol.

¿Puedes saborear sus sueños?, se burló el Señor de la Pesadilla. *¿Puedes saborear sus miedos? Ni siquiera tus seres más queridos son inmunes a ello.*

Malfurion no contestó, sabía que su captor aún podía sentir sus emociones. En ese aspecto el Archidruida buscaba constantemente concentrarse en su interior. Cuanto más calmado pudiese estar, más esperanza habría para los demás.

Y era mejor que el Señor de la Pesadilla no supiese de sus auténticos esfuerzos. Su captor creía que los hechizos que rodeaban al elfo de la noche evitaban que Malfurion alcanzase a su amada Tyrande o a nadie más y, básicamente, era cierto. Pero el Archidruida no había estudiado por más de diez mil años para estar completamente derrotado. No podía y no se atrevía a llegar hasta Tyrande o a unos otros; pero había métodos de comunicación, aunque requerían delicadeza y complicados planes. Si el Señor de la Pesadilla sospechase, aunque sea solo una vez… entonces Malfurion estaría completamente perdido y, con él, quizá todo lo demás.

La sombra creció y se retorció, casi como si se deslizase para ver mejor a su presa. El propio Malfurion de repente se retorció y el doloroso

árbol en que el que se había convertido tomó un nuevo aspecto más vil. De las hojas de sus ramas brotaron flores negras. Cada flor que germinaba era una aguja clavada en los ojos del elfo de la noche. Había cientos que pronto cubrieron la mayor parte del torso.

En cada capullo apareció de repente un huevo esmeralda. Malfurion quiso gritar, pero, por supuesto, no podía.

De uno de los huevos surgió una cosa con tentáculos y alas. Y, al moverse, rezumaba puro terror.

Un segundo demonio se liberó, seguido por un tercero y luego más. Se arrastraron sobre Malfurion, arañando y mordiendo a su paso.

Por fin las espantosas criaturas dejaron al Archidruida. Se movieron por el pequeño espacio que él podía ver, como si esperasen órdenes.

La sombra se acercó como acariciándolos. *Forjados por tus propios miedos, azuzados por mi deseo… son una preciosidad, ¿no?*

Como respondiendo a una señal silenciosa, el enjambre se dispersó en diferentes direcciones. Se desvanecieron rápidamente en la espesa y fría niebla verde que lo rodeaba todo, excepto las cercanías de Malfurion.

Cada vez hay más y más durmientes, amigo mío, más y más susceptibles a estas mascotas y aquellos que las ven… Sus pesadillas me alimentan a través de ti y de los demás…

Malfurion hizo cuanto pudo por no admitir esa verdad, que sus propios poderes estaban ayudando a extender la Pesadilla más allá del Sueño Esmeralda, pero sí que se preocupó. Una preocupación que afortunadamente su captor pudo notar.

Sí, amigo mío, has traicionado a tu pueblo, a tu mundo y a tu amada… tú sabes la verdad…

El cuerpo del Archidruida se retorció más. Otro silencioso grito resonó en la mente del elfo de la noche, pero no bastó para acallar el dolor. A pesar de sus estudios, a pesar de sus conocimientos, Malfurion no podía resistirse completamente a la tortura.

Enloquece, Malfurion Stormrage… enloquece… pero tampoco habrá refugio en la locura… Lo sé… Yo estaré allí esperándote… No hay lugar donde puedas esconderte.

La sombra del monstruoso árbol se apartó de la vista de Malfurion, pero el Archidruida podía sentir su presencia cerca. Incluso cuando unas retorcidas ramas nuevas brotaron de lo que había sido sus brazos, Malfurion siguió siendo consciente de que el Señor de la Pesadilla solo había

empezado a utilizarlo. El elfo de la noche era clave en el plan de la criatura, pues Malfurion era un nexo poderoso entre ese reino y Azeroth.

Pero no era la única clave. Malfurion lo sabía demasiado bien. El mal de la Pesadilla había atraído a otros más poderosos, a su manera, que él… y, aunque el elfo de la noche había sido condenado a un destino particularmente espantoso, aquellos otros lo habían servido de un modo más miserable. Ahora eran seguidores voluntarios de la oscuridad y ayudaban a extenderla, deseosos de ver cómo engullía el plano mortal.

El Señor de la Pesadilla tenía dragones que seguían sus órdenes. Dragones verdes…

* * *

Hay algo innombrable que busca dominar el mundo, pensó la figura encapuchada mientras ojeaba una serie de esferas flotantes que tenía delante. Sentado en una silla excavada de una estalagmita, la delgada, alta y casi élfica figura estudiaba la imagen que se veía dentro de cada esfera. A su voluntad reflejaban imágenes de todos los lugares de Azeroth.

Llevaba la túnica violeta del Kirin Tor, aunque su actual curso de acción era decisión propia. Ciertamente, muchas de sus actividades les resultaban desconocidas, incluso a su líder, que había sido pupilo suyo y que entendía la verdad sobre él. La figura, que a menudo observaba a las razas más jóvenes, tenía que concentrarse ahora en los vuelos, pues tras muchos siglos de consistencia, las grandes criaturas aladas se encontraban en estado de cambio. Esa era una preocupación que a muchos les habría resultado importante, pero especialmente a Krasus.

Después de todo, él era uno de ellos.

Era de aspecto desgarbado, de rasgos aquilinos y tenía tres largas cicatrices irregulares que le bajaban por la mejilla derecha. El pelo era casi todo plateado con mechones negros y carmesíes. Pero las canas no indicaban su verdadera edad. Para saber más sobre eso había que mirar sus refulgentes ojos negros, ojos que no eran de una criatura mortal. Los ojos y las cicatrices eran las únicas muestras de su verdadera identidad, la del gran dragón Korialstrasz.

También era el principal consorte de la reina del vuelo rojo y el Aspecto de Vida, la gloriosa Alexstrasza, y como tal era su principal agente cuando se trataba de proteger Azeroth.

Y ese era su papel ahora, pues había surgido un problema que afectaba a sus dos grandes preocupaciones: Azeroth y su raza. Un mal se estaba

extendiendo no solo por el mundo mortal, sino que también había alcanzado en gran medida al Sueño Esmeralda. Había intentado ponerse en contacto con Ysera, pero no había podido encontrarla. Y no pudo localizar a ninguno de los dragones verdes, excepto a uno… y Krasus no querría tener nada que ver con ese en concreto.

No tenía que preguntarse quién era el auténtico responsable. Para los demás, la pregunta no tenía una respuesta definitiva, pero Krasus lo sabía. Conocía con toda su alma la maldad que llevaba detrás.

—Te conozco, Destructor —susurró mientras veía otra esfera—. Tu nombre es Deathwing…

Solo podía ser el dragón negro, el Aspecto enloquecido que una vez se llamó Neltharion el Guardián de la Tierra. Krasus se levantó. Tendría que actuar inmediatamente…

Una risa familiar resonó por su sagrario de la montaña, un lugar oculto situado no muy lejos de donde había estado la fantástica Dalaran, ciudad de los magos. Sin embargo, ahora un enorme cráter marcaba lo que incluso Krasus se había visto obligado a admitir que era uno de los hechizos más asombrosos, aunque potencialmente catastrófico, que se habían formulado. La ausencia de Dalaran significaba que había pocos motivos para ir a ese desolado lugar… a menos que buscasen al propio dragón mago.

Krasus se puso en pie. Instintivamente, movió la mano para despejar las imágenes de las esferas y luego vio con temor que todos tenían una visión. Era un ojo, el ojo ardiente del Destructor…

—Deathwing…

Al decir el nombre del dragón negro, las esferas explotaron. Los restos volaron en todas direcciones por la cámara, golpeando las paredes de piedra, los salientes calizos y, sobre todo, a Krasus. El hechizo que formuló para escudarlo demostró ser inútil y la fuerza de los cristales mandó volando a Krasus contra la silla de piedra.

Aunque tenía aspecto mortal, su cuerpo era más resistente que el de cualquier elfo o humano. La piedra se agrietó, y tanto Krasus como la silla cayeron rodando. Sin embargo, Krasus le prestó poca atención al choque porque el dolor provocado por los muchos cristales que tenía clavados era mucho peor.

Aun así, se esforzó por ponerse en pie y preparar un contraataque. Aunque no era tan poderoso como un Aspecto, Krasus se encontraba entre los más versátiles y astutos de su clase. Además, Deathwing se había

atrevido a atacarlo en su sagrario, donde había varios elementos que le servirían al consorte de Alexstrasza.

Pero, en el momento en que reunió las energías que necesitaba para su hechizo, los cristales brillaron. Una sacudida recorrió su cuerpo.

Los fragmentos que habían golpeado en otras partes por todo el sagrario se desclavaron. Viéndolo, un dolorido Krasus se agachó. Su cuerpo comenzó a hincharse, y sus brazos y piernas se retorcieron, volviéndose más reptilescos. De su espalda brotaron los vestigios de dos alas membranosas que comenzaron inmediatamente a crecer.

Las risotadas de Deathwing llenaron el sagrario. De nuevo los cristales comenzaron a brillar. Krasus, a medio transformarse en Korialstrasz, el dragón rojo, titubeó.

Los otros cristales lo alcanzaron. Sin embargo, en lugar de enclavarse en Krasus como antes, comenzaron a pegarse en su cuerpo. Krasus intentó quemarlos, incluso sacudírselos, pero no sirvió de nada.

Entonces los cristales empezaron a empujar contra su carne. El dragón mago no podía moverse. Para su horror descubrió que los cristales lo estaban comprimiendo. Lo aplastaron haciéndolo cada vez más pequeño, como si no tuviese huesos ni sustancia.

Y, cuando los cristales lo encapsularon por completo, Krasus se vio atrapado no en una esfera, sino en un disco dorado.

Se le abrieron los ojos.

—No…

Una cara monstruosa lo miraba desde fuera. El rostro marcado y quemado de Deathwing.

—Korialstrasz…

En respuesta, el dragón mago atacó su prisión con todo su poder mágico. Pero en lugar de debilitar el disco, sus esfuerzos solo provocaron que brillase con más fuerza.

—Sí —se burló Deathwing—. Alimenta a mi creación… es justo… Tú destruiste la anterior…

Krasus movió la cabeza.

—Esto no es posible…

—Oh, sí —replicó el gigante negro, mostrando cada vez más dientes en su sonrisa—. Alimentarás eternamente a mi creación… serás el corazón de mi nueva Alma de Demonio…

El temible disco despidió destellos. Krasus se encogió de dolor…

Y entonces, por un breve momento, se vio a sí mismo, o más bien a su verdadero ser, Korialstrasz, dormido en el sagrario de la montaña. Abrumado por el dolor, la visión desapareció en un instante, pero Krasus tuvo una revelación. Se había preguntado cómo podía haber esperado tan poco este enfrentamiento. Más concretamente, dudaba de que Deathwing pudiese recrear el espantoso objeto de ese modo.

Krasus supo la verdad.

Estaba soñando.

Su auténtico yo era el dragón que dormía. Estaba atrapado en una pesadilla como nunca había experimentado.

Sabiéndolo, Krasus luchó contra lo que estaba ocurriendo. Su prisión no era real. Deathwing no era real, todo era una ilusión.

Pero no ocurrió nada.

Deathwing rio, su cara contorsionada por la superficie del disco.

—¡Conquistaré a tu reina y la haré mi pareja! ¡Mis hijos gobernarán los cielos y Azeroth arderá hasta las cenizas, erradicando esas alimañas de cortas vidas que tanto aprecias!

¡Esto es solo un sueño, una pesadilla!, insistía Krasus. *¡Una pesadilla!*

Pero, aunque lo sabía, aunque empezaba a entender el motivo, Krasus no se despertaba…

* * *

Los hipogrifos esperaban intranquilos cerca de la orilla. A las bestias aladas el terreno les resultaba desconocido. Estaban acostumbrados a volar a Auberdine, pero la gravedad de la situación había hecho que las sacerdotisas tuviesen que aterrizar cerca del Claro de la Luna.

Uno de los machos, un plumacalma de rico plumaje azul y verde turquesa, se levantó sobre sus equinos cuartos traseros. Bautizados por las tierras altas de las que provenían, los plumacalma eran excelentes voladores. Una sacerdotisa que se encontraba cerca del hipogrifo murmuró rápidamente sonidos tranquilizadores. El macho recuperó la postura, y las garras de sus patas delanteras, como las de un ave, se posaron en el suelo. Inclinó los mechones de plumas de la cabeza, semejantes a los de una enorme ave rapaz, para que lo acariciara.

Las Hermanas de Elune estaban solas, los druidas se habían adelantado usando su milagroso talento metamorfo. Tyrande no había

insistido en que esperasen, ya que sabía que Fandral estaba deseando marcharse. Eso le convenía.

Estudió el Claro de la Luna por un momento y les dijo a sus siempre fieles guardianas:

—Querría caminar sola un momento. Por favor, espérenme aquí.

Obviamente la sugerencia no les hizo gracia, pero obedecieron. Tyrande les dio la espalda y regresó hacia la zona arbolada de la que había salido hacía poco. Se metió entre los árboles, saboreando la luz de la luna y la calma del bosque.

A pesar de la serenidad de su entorno, la Suma sacerdotisa seguía añorando la paz del templo. Nunca se había sentido cómoda en el papel de gobernante de su pueblo, especialmente cuando se trataba de tomar decisiones que podían poner en peligro la vida de los demás. Para ella toda vida era preciosa. Sin embargo, recordaba cómo la anterior gobernante de los elfos de la noche había permitido por voluntad propia que su pueblo muriese para su propia gloria. Para Azshara, el pueblo solo existía para vivir o morir a su capricho.

—Pero yo no soy Azshara… Nunca seré Azshara… —gruñó la Suma sacerdotisa para sí no por primera vez.

—Nunca podrías ser ella, señora… eres una gobernante mucho más digna.

Tyrande se volvió con el ceño fruncido

—¿Más digna? Sus más devotos seguidores probablemente le dedicaron alabanzas similares, Shandris.

La recién llegada llevaba una armadura hasta el cuello incluyendo una placa pectoral que marcaba sus formas, hombreras y guardas de metal acolchado y cuero en las piernas que iban desde las caderas hasta las botas a juego. Casi toda la armadura era de un tono verdoso, aunque ribeteado de un color violeta semejante al color de la piel de la mayoría de los elfos de la noche.

—Al menos tú te ganas las alabanzas.

Shandris Feathermoon se quitó los guanteletes. Se acercó desarmada hasta la Suma sacerdotisa, como era costumbre en Darnassus… una costumbre que la propia general de los elfos de la noche hacía cumplir vigorosamente. Sus rasgos eran incluso más afilados que los de la mayoría de los de su raza y en sus ojos, siempre entrecerrados, se veía una determinación casi fanática. Tyrande sabía que esa determinación fanática

se debía a ella, que en muchos sentidos Shandris Feathermoon creía que solo existía para servir a la Suma sacerdotisa.

Tyrande se acordó de la huérfana a quien había salvado durante uno de los terribles avances de la Legión Ardiente durante aquella espantosa guerra hacía unos diez mil años. Aquellos temerosos e inocentes ojos eran ahora muy distintos. Shandris se había convertido en la hija que Tyrande nunca tuvo… y no se parecía a la que hubiese esperado.

Shandris estiró el cuello, que estaba protegido por un collarín de cuero y metal. Bajo los ojos, los irregulares tatuajes que marcaban un antiguo rito de pasaje parecían ahora burlarse de Tyrande, pues incidían en el temible aspecto de la joven elfa. La Suma sacerdotisa nunca había querido convertir a la joven huérfana en una máquina de guerra, pero lo había hecho.

—No discutiremos el tema, Shandris —dijo amargamente la Suma sacerdotisa refiriéndose a la alta opinión que tenía sobre ella.

—Bien, porque tengo razón. —Aunque respetaba en todos los sentidos a su salvadora, Shandris era la única persona que le hablaba sin rodeos a Tyrande.

Cambiando de tema, la general preguntó:

—He venido a solas y en secreto a este lugar, como me ordenaste antes de salir de la isla. Ahora quizá puedas contarme por qué. Por nuestra proximidad al Claro de la Luna, supongo que tiene algo que ver con los druidas.

La elfa de la noche más joven caminaba adelante y atrás mientras hablaba. En muchos sentidos sus movimientos recordaban a los de un sable de la noche, uno de los grandes gatos que las Centinelas usaban como medio de transporte de tierra y como arma pesada.

—Sí, tiene que ver con los druidas… y con Malfurion en particular.

Shandris asintió con una expresión indistinguible.

—Debemos encontrar un modo de traerlo de vuelta con nosotros, Shandris. Por muchos motivos. Sea lo que sea lo que está pasando en el Sueño Esmeralda, no solo involucra a los druidas, sino que creo que está alcanzando a Teldrassil… y quizás también a otras partes de Azeroth…

Los ojos de la general se convinieron en diminutas hendiduras.

—Ha habido informes imprecisos… al principio pocos y vacilantes… que venían de las tierras de humanos y enanos. Mencionan en parte algo sobre unos que no pueden despertar. Algo parecido a la situación de Malfurion, ahora que lo pienso…

Tyrande miró la luna buscando consuelo. Luego, poniendo una mano el hombro de la general, murmuró:

—Elune me ha indicado que Malfurion se muere. Espero que ya lo sepas.

La general la miró a los ojos.

—Lo sé. Lo siento. Lo siento mucho.

Tyrande sonrió tristemente.

—Gracias. Pero Elune también me ha dicho que esto va más alto mis inquietudes personales y que debo hacer todo lo que sea necesario por el bien de Azeroth… y por eso te he llamado.

Shandris Feathermoon cayó inmediatamente sobre una rodilla.

—¡Ordéname lo que necesites, señora! Haré lo que tú me digas, iré donde tú digas. Mi vida es tuya… ¡siempre!

La vieja culpa regresó.

—Tengo que pedirte un favor grandísimo. Un favor, no una orden…

—¡Pídemelo!

—Conoces a Broll Bearmantle.

—Ese es más guerrero que druida, señora —ofreció Shandris a modo de respuesta.

—Broll se dirige a Vallefresno con la esperanza de rescatar a Malfurion. ¿Lo entiendes ahora?

En su deseo por ser la mejor general posible, Shandris había creado una red de recopilación de información que alcanzaba más allá de Darnassus y las tierras de los elfos de la noche. Así, Vallefresno parte de esas tierras, caía fácilmente en su zona de influencia. La expresión de Shandris se envaró, pero también tenía un tinte de aprobación.

—Es osado. Peligroso. Y yo diría que a estas alturas es la única esperanza.

—No tengo la intención de que vaya solo.

—¡Sospechaba que tenías algo en mente, así que me he preparado con antelación para un viaje largo! —Los ojos de la soldado brillaban con ilusión. Shandris se puso en pie con el puño sobre el pecho—. ¡Puedo salir inmediatamente de aquí! ¡Soy consciente del peligro y de lo necesaria que es esta misión! No se le puede confiar a cualquiera…

—Exacto —Tyrande se envaró, decidida a hablar ahora como gobernante—. Y por eso seré yo la que viaje con él.

Sus palabras cayeron como un rayo. Shandris se trastabilló hacia atrás. Miró a la Suma sacerdotisa con la boca abierta.

—¿Tú? ¡Pero Darnassus te necesita! Soy yo la que debe ir…

—Elune me ha mostrado que, como su Suma sacerdotisa soy la que mejor preparada está. Esta tarea requerirá todas las enseñanzas de la Hermandad y, como su dirigente, no puedo pedirle a nadie esto. Además, nadie conoce a Malfurion como yo… nadie está tan conectado a él como yo. Si se puede encontrar su cuerpo astral, soy yo la que debe ser capaz de hacerlo. —Su mirada era dura—. Y, aunque salvar a Malfurion es mi mayor deseo personal, puede que él también sea la única esperanza de Azeroth. Como Suma sacerdotisa, debo ser la que acompañe a Broll…

Shandris asintió al fin. Pero, aunque estaba de acuerdo, la general todavía tenía preguntas.

—¿Qué piensa Fandral sobre esto?

—Yo no respondo ante Fandral.

—A veces parece no entenderlo.

Hubo un breve momento de humor en la mirada de Shandris. Era una de los pocos que sabía que el druida y su señora no siempre estaban de acuerdo en cuanto al modo de gobernar de Tyrande, especialmente cuando sus decisiones afectaban a los druidas y su esfera de influencia. Luego, poniéndose seria de nuevo, continuó:

—¿Y Darnassus?

—A Darnassus debes protegerla tú, Shandris, como has hecho cuando he tenido que irme por otros asuntos de estado.

—Esto no es lo mismo… —Una vez más la guerrera se arrodilló—. Pero protegeré la ciudad y nuestro reino como siempre hasta tu regreso.

Su énfasis en la última palabra era casi una exigencia para que Tyrande se asegurase de volver. La gobernante de los elfos de la noche estiró el brazo y tocó la mejilla de Shandris.

—Hija mía…

Al oír esas palabras, la endurecida guerrera saltó hacia delante y envolvió con sus brazos a la Suma sacerdotisa. Shandris enterró la cara en el cuello de Tyrande.

—Madre… —susurró con una voz que sonaba exactamente como la de la asustada huérfana de hacía años.

Luego, igual de rápidamente, Shandris se apartó. Aparte del rastro de una lágrima que le corría por la mejilla derecha, volvía a parecer la

experimentada general de las Centinelas. Saludó a Tyrande.

—Tengo la montura justo para ti —dijo Shandris—. Como he dicho está preparada para un largo viaje. Y no la hay mejor. No está lejos, sígueme.

Shandris se giró bruscamente y se internó más profundamente en el bosque. Ninguna de las dos habló, pero ambas estaban enfrascadas en sus pensamientos.

Después de casi cinco minutos, Tyrande oyó el arrastrar de patas de una gran criatura. Como Shandris no mostró preocupación alguna, la Suma sacerdotisa hizo lo propio.

Un momento después estaban delante de un gran hipogrifo macho atado a un gigantesco roble. Su plumaje era más llamativo que el de los animales que llevaban las demás, sus plumas eran más oscuras y espectaculares, con líneas carmesí que cruzaban las alas de ébano y ligeras marcas turquesa en los bordes superiores. Unas plumas carmesíes también delineaban la cabeza de color azulado. El hipogrifo llevaba un casco protector y algo de armadura. Aunque todos los hipogrifos eran poderosos, este era de una especie particularmente buena en la guerra.

—Él y yo hemos volado juntos en batalla a menudo. Puedes confiar en él como confías en mí —dijo tranquilamente la general—. Se llama Jai'alator.

—Noble Espada de Elune —tradujo Tyrande—. Un nombre orgulloso.

El hipogrifo agachó su gran cabeza. Las criaturas aladas no eran simples animales. Tenían inteligencia y eran consideradas aliadas, no sirvientes. Permitían que las montasen.

—Me siento hornada de volar contigo —le dijo Tyrande al hipogrifo.

Shandris tomó las riendas y se las dio a su señora.

—Responde a «Jai». Si vuelas justo por encima de los árboles, las demás no te verán marcharte. Me uniré a la partida en unos minutos, y luego las retrasaré un poco más.

Asintiendo, la Suma sacerdotisa tomó las riendas.

—Gracias, Shandris.

Tyrande recordó algo más.

—Shandris… estate alerta.

La general entrecerró los ojos.

—¿A qué?

¿Cómo explicarle aquellas criaturas contra las que había luchado?

—De aquello que la luz de Elune debe hacer desaparecer.

Shandris frunció el ceño ante la explicación, pero no dijo nada. Saludó una vez más, se giró y se encaminó hacia las otras sacerdotisas.

La Suma sacerdotisa se quitó una lágrima de los ojos y luego volvió sus pensamientos hacia el viaje inminente… y el menor de sus problemas no iba a ser precisamente convencer a Broll Bearmantle de que la llevase a Vallefresno.

Al Gran Árbol.

Y al portal por el que se entraba al Sueño Esmeralda.



CAPÍTULO SIETE
AUBERDINE

Broll aterrizó justo más allá de Auberdine, ya impaciente por alejarse de sus inmediaciones. Aunque oficialmente era parte del reino de los elfos de la noche, la región en general, llamada Costa Oscura debido a la extraña niebla que tendía a cubrirlo todo, era evitada por casi toda su raza. Había habido intentos de colonizar esa tierra, algunos de ellos por parte de otras razas, pero todos habían fracasado. Había ruinas desperdigadas por los campos, y ahora muchas de ellas albergaban amenazas para los viajeros dispuestos u obligados a pasar por la zona.

Auberdine era la única fortaleza, si podía llamarse así. Era un lugar sombrío no solo para los estándares de los elfos de la noche, sino incluso para los humanos o enanos. La zona parecía estar perpetuamente cubierta por nubes de tormenta y un viento helado que atravesaba el alma. Auberdine existía más por necesidad que por otra cosa, pues Darnassus necesitaba un lugar cercano en el continente donde tuviesen lugar sus tratos con el mundo exterior.

Los que habitaban la ciudad eran generalmente menospreciados por los habitantes de la capital, un defecto que incluso Broll había sufrido a veces. La población de Auberdine consistía en marginados e inadaptados. Cierto, había una guarnición de Centinelas e incluso algunos druidas, pero permanecían tan apartados de la gente de la ciudad como les era posible.

Broll recuperó su verdadera forma y maldijo mientras sacudía el pie. En su forma de cuervo de tormenta sus brazos se convertían en sus alas y sus pies en garras. Desgraciadamente, algunos de los brotes le habían alcanzado, dejando al druida con el ídolo pegado a ese pie.

Broll extrajo unas hierbas de la bolsa que llevaba a la cintura y las espolvoreó sobre la sustancia. Como la nieve tocada por el sol, la sustancia

se ablandó y luego se fundió. El ídolo de Remulos se cayó ignominiosamente al suelo.

Tras recuperarlo, Broll miró hacia adelante; el camino estaba oscuro y, aunque eso no molestaba mucho al elfo de la noche, se preguntó por qué no había ninguna luz en el horizonte a pesar incluso de la niebla. De hecho, no recordaba haber visto ninguna luz mientras descendía. Auberdine debería haber estado lo suficientemente iluminada como para poder verla desde donde se encontraba, aunque solo fuese por las otras razas que frecuentaban el asentamiento.

Con un gruñido, el druida siguió adelante. Podría haber aterrizado más cerca de la ciudad, pero no quería llamar la atención sobre su presencia más allá de lo necesario.

Tras ocultar el ídolo en un lugar recóndito de su capa, Broll comenzó a caminar. Esperaba que Fandral no se diese cuenta de su robo durante un tiempo. No había motivo para que el Archidruida quisiera la figurita… pero Broll nunca confiaba en su suerte.

Al alcanzar la cima de la colina, el druida se volvió más cauto. Seguía sin ver luces en Auberdine y, estando tan cerca, la niebla no debería haber sido impedimento alguno.

Un cierto temor creció dentro de él. Broll se replanteó su decisión anterior de no volar directamente hasta la ciudad. Volvió a sacar el ídolo y lo colocó bajo su pie.

Pero al levantar los brazos, se dio cuenta de que no estaba solo. El aleteo inmediatamente le inspiró imágenes de Fandral persiguiendo al druida errante, pero lo vio Broll en el cielo no era un cuervo de tormenta, sino la borrosa imagen de un hipogrifo.

Y el animal tenía un jinete, aunque no podía distinguirla, no dudó ni por un momento de que se trataba de Shandris Feathermoon.

La figura volaba bajo, justo por encima de los árboles. Y desapareció de su vista antes de que pudiese hacerle una señal. Broll dudaba de que Shandris fuese a aterrizar directamente en Auberdine; igual que él, encontraría un lugar más allá de la ciudad. Ambos estaban siendo extremadamente cuidadosos, pero era un rasgo que a Broll le había sido muy útil en el pasado y sin duda también a la general… y tenía más sentido ante la extraña falta de luz.

Broll terminó rápidamente su transformación y luego, agarrando la figurilla, alzó el vuelo. Como la jinete del hipogrifo, voló justo por encima

de los árboles. El druida siguió su rastro lo mejor que pudo, pero Shandris no aparecía por ninguna parte, eso posiblemente significaba que ya había aterrizado.

Auberdine no estaba muy lejos. Los edificios bajos de madera se alzaban ahora como tumbas amortajadas. Como poco, los puentes y senderos debían haber estado iluminados, pero lo único que Broll podía distinguir eran las siluetas en forma de arco de lo que debían de haber sido un par de edificios.

¿Qué ha pasado en Auberdine? Ninguno de los druidas del cónclave había mencionado que pasara nada raro y, sin duda, al menos algunos habían atravesado la región. Si había ocurrido algo, había sido durante los dos últimos días.

El druida descendió. Volviendo a su verdadero cuerpo, ocultó el ídolo y se dirigió hacia las afueras de la ciudad. Un silencio mortal fue lo único que recibió a Broll. Hasta los bosques carecían de los gritos de las criaturas nocturnas, incluso los insectos.

Broll tocó un roble esperando averiguar alguna cosa, pero descubrió algo inquietante. El árbol estaba dormido y ni siquiera el roce del druida pudo despertarlo. Se dirigió a un segundo árbol, un fresno, y lo encontró del mismo modo.

Más inquieto, Broll decidió entrar a la ciudad envuelta por la niebla. Curiosamente, la niebla se espesó cuando entró. Incluso la aguda vista del druida solo podía penetrar el velo unos pocos metros.

El druida olfateó el aire. Para su alivio, no había rastro de carne descompuesta. Se había temido que algún desastre, una peste o un ataque, hubiese eliminado a los habitantes, pero por el momento ese no parecía ser el caso. La humedad en el aire de Auberdine, debida en gran parte al mar cercano, debería haber bastado para causar la rápida descomposición de cualquier cuerpo muerto. Varios cientos de cuerpos provocarían un hedor considerable.

La arquitectura de Auberdine tenía las típicas curvas de la cultura de los elfos de la noche, y en general eso habría supuesto algún consuelo para Broll, pero en la niebla los edificios con arcos comenzaron a parecer macabras estructuras hechas no de madera, sino de hueso. Broll incluso fue tan lejos como para tocar uno y asegurarse de que no había tenido lugar una temida metamorfosis. La madera seguía siendo madera…

Algo se movió más adelante. El ruido fue breve y repetido, pero Broll lo había oído. Unos reflejos formados por su oficio y perfeccionados por sus años de luchador permitieron al corpulento elfo de la noche saltar inmediatamente y ocultarse tras un edificio. No creía que el otro le hubiese oído, lo que le daba ventaja al druida.

Un breve gruñido surgió de la niebla. No era un ruido hecho por un elfo de la noche ni ninguna raza similar. El sonido tenía origen animal. Algo muy grande acechaba las calles de piedra y tierra de Auberdine.

Metiendo la mano en una bolsa, Broll extrajo un polvo que le picaba ligeramente en los dedos. Ignorando la irritación, se asomó inclinándose.

Una forma gigantesca se acercó a donde estaba. Fuese el animal que fuese, lo había olido.

Broll le lanzó los polvos directamente.

La bestia dejó escapar un furioso graznido y saltó hacia delante. Broll se agachó confiando en que la criatura no aterrizaría sobre él. Sin embargo, no solo no cayó sobre el elfo de la noche, sino que la bestia ni siquiera cayó en el camino que tenía detrás.

En lugar de eso continuó hacia arriba, saltando por encima de uno de los edificios cercanos. Una vez allí se posó y empezó a estornudar y gruñir.

Al mismo tiempo una luz plateada despejó la niebla que rodeaba a Broll. Este se giró a la su derecha.

La luz emanada de arriba, y bañada en su gloria se veía claramente a una sacerdotisa de Elune. Broll empezó a decirle que apagase la luz, y entonces vio quién se le acercaba.

—Mi señora… ¡Tyrande! ¿Qué haces aquí?

—Reunirme contigo, aunque no como había planeado en principio.

Sus ojos se movieron de un oscuro rincón a otro, como si esperase que se uniesen a ellos otros acompañantes menos deseados.

El druida abrió la boca.

—¡Me dijiste que era Shandris la que se reuniría contigo! Esperaba que viniese ella…

—También Shandris. Pero esta tenía que ser mi misión… y cuanto más veo de esta ciudad más entiendo que mi decisión ha sido la correcta. Si te hubiese dicho entonces que vendría yo, podrías haberte negado y no podía permitirlo. Mis disculpas por el engaño.

—¡Suma sacerdotisa, no deberías estar aquí! Algo terrible está teniendo lugar en Auberdine…

Asintió con gravedad.

—Ven conmigo y verás lo terrible que es.

Sobre ellos, el animal, el hipogrifo, como Broll había sospechado incluso antes de atacarlo, dejó escapar un graznido grave y enfadado.

Tyrande le susurró algo a su montura. El hipogrifo descendió a desgana, aterrizando cerca de su jinete. Le echó una mirada torva al druida.

—¿Qué le has hecho a Jai? —preguntó la sacerdotisa en voz baja pasando una mano por el pico de la criatura.

—Unas hierbas que provocan picores…

La Suma sacerdotisa sonrió brevemente.

—Has tenido suerte. Me atrevería a decir que si lo hubieses intentado en otra parte Jai no habría volado por encima de ti sino a través de ti. Pero él sabía que yo quería un prisionero si era posible. Vivo.

Tyrande continuaba pasando la mano por la cara del animal y Broll comentó:

—Los efectos de las hierbas se pasarán en unos momentos.

—No tenemos tiempo para eso.

Un débil brillo cayó desde el cielo sobre los ojos del hipogrifo. Jai sacudió la cabeza y luego pareció mucho más contento. Asintiendo satisfecha, la Suma sacerdotisa volvió a mirar al druida. Su expresión permanecía seria.

—Ven conmigo. Tengo que enseñarte algo.

Con el hipogrifo siguiéndola, Tyrande llevó a Broll hasta la casa más cercana. Sorprendió al druida entrando en el domicilio sin dudarlo, señal de que las cosas estaban aún peor de lo que había imaginado. Temía lo que podrían encontrar dentro.

El interior tenía algunas de las características del hogar de un elfo de la noche, pero las plantas parecían enfermas, débiles. La niebla que cubría Auberdine había penetrado dentro de la casa, lo que añadía una nota a la sensación de desastre inminente.

Jai, demasiado grande para entrar por la puerta, miraba inquieto. Broll observó a Tyrande asomarse a los dormitorios. Apartándose, le indicó a Broll que mirase también.

Con mucha cautela, el druida lo hizo. Los ojos se le abrieron como platos.

Dos elfos de la noche, un hombre y una mujer, yacían sobre alfombras tejidas. El brazo de ella estaba sobre el pecho de él. Estaban completamente

inmóviles, lo que le indicó a Broll lo peor.

—Es igual en todas las otras casas donde he mirado —dijo solemnemente su compañera.

El druida quería acercarse a la pareja, pero se contuvo por respeto.

—¿Sabes cómo han muerto?

—No están muertos.

Él la miró. Cuando Tyrande no añadió nada más, el druida se arrodillo ante la pareja. Se le abrieron los ojos.

Ambos respiraban de manera silenciosa pero regularmente.

—¿Están… dormidos?

—Sí… y no he podido despertar a los otros que vi antes.

A pesar de lo que ella había dicho, Broll no pudo resistirse a mover ligeramente al elfo. Cuando no lo despertó con eso, hizo lo mismo con la elfa. Como último intento, Broll los cogió a cada uno por el brazo y los sacudió. Apartándose el druida gruñó:

—¡Debemos encontrar el origen de este hechizo! ¡Debe de haber un mago loco suelto!

—Haría falta uno ciertamente muy poderoso para hacer todo esto —dijo la Suma sacerdotisa. Señaló la puerta—. Ven conmigo. Quiero enseñarte otra cosa.

Salieron de la casa y, con Jai siguiéndolos, Tyrande guió a Broll por un puente que conectaba con las zonas más comerciales de Auberdine. La niebla ocultaba gran parte de los detalles de la ciudad, pero Broll vio un cartel escrito en darnassiano y en lengua común que decía «Taberna Último Refugio».

Broll sabía que la taberna, sobre todo, debería haber estado iluminada y animada. Junto a la posada local, la taberna era uno de los pocos lugares públicos de reunión en la ciudad.

Jai se colocó fuera de la entrada, mirando entre la niebla en busca de cualquier enemigo en potencia. La Suma sacerdotisa entró sin decir palabra, y su silencio volvió a advertir a Broll de lo que se avecinaba.

La taberna no era como la casa, que estaba en orden a pesar de la extraña escena que se encontraron dentro. Había sillas desperdigadas por todo el suelo de madera y algunas de las mesas estaban volcadas. La barra del fondo estaba manchada no solo por años de clientes ebrios, sino por varias botellas y barriles destrozados.

Y por toda la taberna se encontraban los cuerpos de los elfos de la noche, un puñado de gnomos y humanos y un enano.

—Aterricé no lejos de esta zona y me inquieté al no ver vida o luces —explicó la Suma sacerdotisa—. Este era el lugar público más cercano, y entré.

—¿Están también… dormidos?

Tyrande se inclinó junto a un humano. Estaba caído sobre una mesa y parecía que se había desplomado allí de puro agotamiento. Tenía desarreglados el pelo y la barba, pero su ropa, a pesar de tener algo de suciedad, era claramente la de una persona pudiente. Cerca de él yacía un elfo de la noche, alguien de la ciudad. Aunque el elfo estaba de costado sobre el suelo, sus manos seguían señalando al humano. Como el humano, el elfo de la noche parecía extrañamente desmañado. Eran los que tenían peor apariencia, pero todos los que dormían en la taberna tenían el aspecto de haber peleado.

—Aquí hubo una pelea —decidió Broll.

Tyrande se puso en pie.

—Una pelea muy educada, si es que fue así. Los únicos cardenales que he visto los provocaron las caídas. Creo que estos dos se vinieron abajo. —Hizo un gesto señalando al enano y a algunos de los otros parroquianos —. ¿Ves cómo están colocados los demás?

Tras estudiarlos un momento, Broll frunció el ceño.

—Parece que están descansando. ¡Todos!

—Ahora están dormidos, incluso esta desesperada pareja. Mira a tu alrededor. Parece que la taberna estaba preparada para la defensa.

—Debería haberme dado cuenta. —Y sí, el druida ahora veía que las mesas y las sillas creaban una especie de barrera que miraba a la entrada y las ventanas—. ¿Pero para defenderse de qué?

Tyrande no tenía respuesta.

Broll entrecerró los ojos. De hecho, se había visto obligado a hacerlo más a menudo estos últimos minutos a pesar de que tras la puesta de sol su vista debía haber sido más aguda.

—La niebla se espesa… y es más oscura.

Fuera, Jai dejó escapar un graznido de aviso.

Tyrande y Broll se apresuraron hacia la puerta. Fuera, el hipogrifo se movía con ansiedad. Sin embargo, no había rastro de nada cercano, y la niebla limitaba cada vez más la distancia a la que se podía ver.

Se oyó un gemido que venía desde dentro, y Broll pasó junto a la Suma sacerdotisa para investigar de cuál de los cuerpos tumbados en la parte de atrás de la taberna había procedido. Luego se oyó otro gemido que venía de otra dirección. Broll lo identificó como proveniente del elfo de la noche que estaba junto al humano. Se agachó junto a él.

Tyrande llegó hasta él.

—¿Qué ocurre? ¿Está despierto?

—No… —Broll le giró la cabeza ligeramente al elfo dormido—. Creo que está soñando…

Un tercer gemido acompañó a los otros dos. De repente, a su alrededor, las figuras dormidas aullaron. A Broll se le erizó el pelo de la nuca al identificar lo que todas las voces tenían en común: el miedo.

—Sueños no —se corrigió, levantándose y mirando hacia la entrada —. Están teniendo pesadillas. Todos.

Jai volvió a lanzar un sonido de advertencia. Volviendo hacia el hipogrifo, la pareja no vio nada… pero oyó mucho.

Por toda Auberdine se oían gemidos.

—Esto está relacionado con Malfurion —dijo Tyrande con total confianza.

—Pero ¿cómo?

Jai dio un paso adelante, ladeando la cabeza para escuchar.

Una turbia figura pasó brevemente por delante y desapareció de su vista. Era más bajo que un elfo de la noche, más de la altura de un humano. El hipogrifo empezó a perseguirlo, pero Tyrande lo llamó quedamente por su nombre. El animal se detuvo.

La Suma sacerdotisa volvió a tomar la delantera. Broll se colocó rápidamente a su lado, preparado para usar sus artes en su auxilio. Jai mantenía el ritmo detrás de ellos.

—¡Ahí! —siseó la elfa, señalando hacia la derecha.

Broll apenas había tenido tiempo de ver la figura antes de que volviese a desaparecer entre la niebla.

—Parece que está tropezando. Puede que sea un superviviente.

—La niebla parece espesarse más alrededor de nuestra presa. —Tyrande unió las manos—. Quizá la Madre Luna pueda remediarlo.

Desde el cielo encapotado que estaba directamente sobre la Suma sacerdotisa, un fulgor plateado descendió en la dirección de la misteriosa figura. Atravesó la niebla mostrándolo todo a su paso. Broll arqueó las cejas

al ver cómo la luz se movía como si estuviese viva en su intento de encontrar al extraño.

Y allí estaba: un humano. Su ropa hablaba de tiempos mejores, pero obviamente había sufrido un largo declive en su situación. Los miró con una mirada vacía que parecía provocada por la falta de sueño. El humano tenía un aspecto más zarrapastroso de cualquiera que habían visto en la taberna. Pero de algún modo seguía moviéndose.

—¡Por Nordrassil! —exclamó Broll.

El humano no solo seguía moviéndose, sino que, ante los ojos de ambos elfos de la noche, acababa de desaparecer.

—Un mago —gruñó Tyrande—. Entonces él es la causa, no la víctima…

—No lo sé, mi señora.

Broll no podía explicarse más, pero había habido algo en el modo en que el hombre había desaparecido que le había parecido… familiar.

El druida se concentró en lo que había visto. El humano los había mirado, luego había empezado a dar un paso…

—Atravesó algo… se metió en algo —murmuró Broll para sí mismo.

Y cuando había ocurrido, el druida había sentido… ¿qué?

—Si se ha desvanecido, ha entrado o ha atravesado algún portal… ¿qué importa? —discutió Tyrande, y su aspecto era aún más adusto. Rápidamente se volvió hacia el hipogrifo y de un lateral de la silla sacó su guja—. Puede que sea la clave para Malfurion…

Antes de que Broll pudiese detenerla, la Suma sacerdotisa se lanzó hacia el punto en el que había estado el humano. Broll no podía negar que quizás el extraño fuese el culpable como había dicho Tyrande, pero hasta él sabía que se necesitaba más cautela, especialmente si su presa era un auténtico hechicero.

Al llegar al punto donde había estado el humano, Tyrande sostuvo la guja, preparada para atacar mientras murmuraba una oración. La luz de Elune la rodeaba y se extendía varios metros en todas las direcciones.

Pero del humano no había ni rastro.

Broll se unió a ella.

—Gran señora, yo…

Ella le hizo un gesto.

—No soy la Reina Azshara. Por favor, no me llames con títulos como «Gran» y demás…

Más gemidos atravesaron la espesa niebla tan claramente como había hecho la luz de Elune, el miedo que se oía en ellos era palpable….

—¡Debemos despertarlos de algún modo! —gruñó Broll—. Debe de haber algún modo de…

Jai soltó un graznido de aviso. Sospechando que el humano había reaparecido, ambos elfos de la noche se giraron hacia el sonido…

Y allí, oscurecidos por la misteriosa niebla, varias figuras se tambaleaban hacia ellos mientras la niebla transportaba un espeluznante gemido colectivo.

Broll experimentó una ansiedad creciente. De repente sintió la necesidad de huir o esconderse. Quería encogerse, formar una bola y rezar para que las sombrías figuras no le hiciesen daño. Un sudor nervioso cubrió al druida.

¿Qué me está pasando?, consiguió preguntarse. Broll no era dado al miedo, pero la necesidad de rendirse era fuerte. Miró a Tyrande y vio que la mano en la que sostenía la guja le temblaba y no debido al peso del arma. La boca de la sacerdotisa estaba tirante. Hasta Jai mostraba señales de nerviosismo, y la respiración del poderoso hipogrifo se agitaba más y más.

Tyrande miró hacia la izquierda.

—¡También están allí!

—Y a nuestra derecha —añadió Broll—. Y si miramos detrás de nosotros, estoy seguro de que también estarán ahí.

—¡No caeré de rodillas llorando como una niña asustada! —declaró Tyrande bruscamente a las figuras que medio podía ver. Las manos le temblaban más a pesar de sus palabras, lo que sirvió para alimentar la ansiedad creciente de Broll.

Por encima de la Suma sacerdotisa, emanaba una luz plateada que envolvía a ambos elfos de la noche y al hipogrifo. Se extendía hacia las sombras, iluminando la primera figura tambaleante.

Y a la luz de la luna vieron algo que estaba podrido y descompuesto. Miraba con ojos vacíos y ciegos, y el rostro estaba desencajado por el dolor incluso en la muerte. Era un rostro que Broll de repente identificó como idéntico al del elfo de la noche que yacía sobre el suelo de la taberna.

Pero si bien la cara era la del durmiente, el cuerpo no lo era. Más bien era la sombría silueta de algo que Broll había esperado no volver a ver. El elfo de la noche tenía el cuerpo de un demonio de la Legión Ardiente.

Mientras la masa se acercaba, se mostró un segundo ser que llevaba la atormentada cara del humano, pero su cuerpo también era la de un demonio.

—Han… —murmuró Broll para sí—. Han vuelto…

—No… ¡no pueden ser ellos! —murmuró Tyrande—. Sátiros no… por favor… sátiros no…

Los dos elfos de la noche se quedaron helados. Querían defenderse, pero las monstruosas figuras que se acercaban los habían dejado a ambos tan abrumados que sus cuerpos estaban paralizados.

En ese momento una nueva figura apareció justo delante del druida y sus acompañantes: el andrajoso humano que habían estado persiguiendo. Se tambaleó, dirigiéndose hacia ellos con la mirada perdida.

Broll parpadeó intentando ajustar su vista, pero parecía que la niebla se había espesado… ¿o es que había desenfocado la vista? Las diabólicas formas con las caras de los desafortunados habitantes de Auberdine eran de nuevo solamente formas borrosas. De repente, el druida tuvo la sensación de estar cerca del suelo… y al palpar con las manos descubrió que estaba de rodillas. Entonces se dio cuenta de que había estado soñando, que los demonios solo habían existido en su subconsciente.

—¡Por la Madre Luna! —le oyó gruñir a Tyrande, pero solo en un débil eco—. ¿Qué…?

El humano de mirada vacía que había aparecido de la nada habló por fin entre la oscuridad antinatural.

—No vuelvas a dormirte… No duermas… —susurró.

Broll notó un brazo alrededor de su hombro, y él y Tyrande, arrodillados uno junto al otro, se vieron sostenidos débilmente por el desaliñado humano que se había agachado junto a ellos.

El mundo se desvaneció. No desapareció. Se desvaneció, como si fuese más recuerdo que sustancia.

Y, además, se volvió de un color verde intenso.

Auberdine no estaba. Solo era un paisaje apenas visto. Broll intentó concentrar sus pensamientos el tiempo suficiente para comprender dónde estaban, pero entonces el paisaje cambió como si estuviesen corriendo junto a él a un ritmo imposible para cualquier criatura mortal.

Igual de repentinamente, su nuevo entorno perdió su tono verdoso. A su alrededor surgieron formas muy distintivas. De nuevo era de noche y, aunque había niebla, no era tan espesa como en Auberdine.

Broll descubrió que se estaba moviendo. Esa revelación lo hizo reaccionar e intentó controlar su movimiento cuando aparentemente no debería haberlo hecho. El druida cayó hacia adelante.

El suelo era duro, pero afortunadamente estaba cubierto por cierta vegetación. Broll se las arregló para caer sobre una rodilla. Junto a él, Tyrande había tenido mejor fortuna y había seguido dando varios pasos hasta poder controlar sus movimientos.

Fue la Suma sacerdotisa la que se las arregló para hablar primero. Sobre unas piernas obviamente inestables, pero capaces de sostenerla, observó su entorno.

—¿Dónde… dónde estamos? ¡Esto no es Auberdine!

No era Auberdine y, a primera vista, no era ningún lugar que le resultase conocido al druida. Sacudió la cabeza, intentando concentrarse mejor. Algunas cosas que acababan de pasar empezaban a tener sentido… aunque no el que deseaba.

—No es Auberdine… —graznó la causa de su confusión. El harapiento humano chocó con Broll. Miró al druida y a la Suma sacerdotisa con expresión suplicante—. Me han despertado lo suficiente para eso… Me las he apañado para andar…

Levantándose, Broll sostuvo al hombre por el brazo. Aunque el extraño no le recordaba físicamente nada a Varían Wrynn, su angustia despertó los recuerdos del elfo sobre su amigo. Sufriese lo que sufriese este humano, era al menos tan terrible como la larga pérdida de memoria de Varían.

—¿Qué has hecho? —preguntó Broll—. ¿De verdad nos has llevado a través de…?

El extraño se apoyó sobre él, mirando febrilmente a Broll.

—¡Estoy tan cansado! ¡No puedo permanecer despierto! Por favor, no me dejes dormir… —Dejó escapar un ruido gutural y luego se desplomó sobre el elfo de la noche.

Tomado por sorpresa, Broll tuvo que sujetarlo rápidamente. Posó gentilmente al humano sobre el suelo.

—¡Tenemos que despertarlo! —declaró Tyrande—¡Ya has oído lo que ha dicho! ¡Ya has visto Auberdine!

Broll miró atentamente a su nuevo acompañante.

—Ahora no podríamos despertarlo ni reuniendo todos nuestros poderes. Está profundamente dormido.

—¡Es nuestra única pista para encontrar a Malfurion! —La Suma sacerdotisa se agachó como si fuese a sacudir al humano y luego dudó. Su expresión se calmó repentinamente—. Perdóname…

—No hay nada que perdonar. —Broll miró al hombre—. Lleva unas ropas que indica que alguna vez estuvo en la corte, pero aparte de eso, no puedo identificar nada.

—A mí me parece muy poco probable que sea un mago.

El druida asintió.

—En eso estoy de acuerdo… y ningún mago podría haber hecho lo que ha hecho él. —El antiguo gladiador resopló—. Ni tampoco ningún humano, enano o, ya que estamos, tampoco muchos elfos de la noche… a menos que esté equivocado sobre lo que nos ha ocurrido.

Ella frunció el ceño.

—¿Qué otra cosa ha podido ser si no magia? ¡Vieja magia, pero sin duda magia! Nos llevó a todos… —Tyrande se detuvo—. A Jai no…

Broll ya había pensado en el hipogrifo.

—Duerme, mi señora. Jai es ahora parte de Auberdine.

La Suma sacerdotisa se entristeció.

—Pobre criatura… tantas pobres criaturas…

Recuperando las fuerzas, preguntó:

—¿Y qué ocurre con este? Si no ha sido un hechizo, ¿cómo nos ha traído desde Auberdine hasta aquí?

—Solo hay un camino. —El tono de Broll no podía ocultar su propia incredulidad acerca de lo que estaba diciendo—. Creo… creo que quizá, por un instante… nos hizo atravesar el Sueño Esmeralda.



CAPÍTULO OCHO
LUCAN

Algo distinto se movió cerca del amortajado lugar donde se encontraba Malfurion, algo que era a la vez familiar… y desconocido.

El Archidruida se preguntaba qué nueva tortura tenía en mente ahora el Señor de la Pesadilla. La agonía de su constante transformación aún lo asaltaba, pero Malfurion se las había arreglado para mantener esa parte de su mente escudada. Sabía que su captor era consciente de eso y quería romper ese escudo. Por eso creía que lo que ocurría ahora era su nuevo esfuerzo por acabar con su resistencia.

Malfurion no estaba seguro de su propia capacidad para aguantar mucho más. Hacer lo que había hecho y seguir sufriendo esa tortura le había pasado una factura muy, muy alta. El Señor de la Pesadilla sabía bien cómo atormentarlo, golpeando justo con quien el Archidruida amaba más o con aquello que más temía.

La forma era enorme, aunque no tanto como la sombra de un árbol gigantesco que era lo único que Malfurion conocía de su enemigo.

La nueva forma se movía con una confianza y ligereza que molestaba al elfo de la noche. Deseó que la espesa e inquietante niebla que rodeaba su diminuta prisión se dispersara solo por un momento para poder ver mejor y entender qué nuevo mal iba a aparecer.

Estoy aquí…, dijo una voz en su cabeza. Sin embargo, no era el Señor de la Pesadilla, sino la nueva forma. Tampoco le hablaba a Malfurion, este sencillamente la había oído cuando hablaba con otro.

Y ese otro apareció. La sombra del árbol se inclinó sobre el cuerpo retorcido de Malfurion, y las ramas del Señor de la Pesadilla se estiraban como tentáculos hacia el recién llegado.

Hubo silencio. Malfurion se dio cuenta de que su captor le hablaba a la forma, pero, al contrario que esta, el Señor de la Pesadilla mantenía sus deseos ocultos a su prisionero. El elfo de la noche se preguntó por qué era eso necesario.

La nueva sombra dejó escapar una risa burlona. *Sí… así se hará… qué broma va a ser.*

De haber podido, el Archidruida habría fruncido el ceño. Esto no era una nueva tortura para él… al menos no directamente. Más bien, su torturador tenía algunas tareas para aquella otra sombra.

Entenderlo le inyectó determinación a Malfurion. Dejó que su dolor concentrase sus poderes. Seguía en el Sueño Esmeralda… o Pesadilla ahora… y, aunque hasta el momento sus esfuerzos por atravesar la niebla y ver cómo el mal que lo barría había cambiado aquel reino habían fracasado, quizás… quizás Malfurion podía arreglárselas para algo más concreto.

El velo no se iba a apartar. La forma seguía siendo solo una forma. Pero el Archidruida se concentró usando los mismos métodos que utilizaba para mirar dentro de sí durante la meditación que precedía al abandono del cuerpo por parte de la forma astral. Notar todo lo que provenía de esa inquietante visita se convirtió en la única misión de Malfurion. Lo había intentado con el Señor de la Pesadilla y había fracasado, pero, si no esperaban que lo volviese a intentar con el recién llegado…

¡Eres un bichejo demasiado curioso!

La mente de Malfurion se vio golpeada por una fuerza mental tan grande que lo aturdió momentáneamente. Eso tuvo el curioso efecto de aminorar su dolor, aunque solo por un segundo.

Me voy…, le dijo la sombra al silencioso torturador del elfo de la noche. El Archidruida se las arregló para volver a concentrarse lo suficiente como para ver cómo la forma se desvanecía entre la densa niebla.

La sombra del árbol que conformaba la presencia del Señor de la Pesadilla se retorció para flotar sobre Malfurion. *Aún te queda demasiado espíritu, pero no por mucho tiempo… cuánto esfuerzo ¿verdad? ¿Cómo va tu corazón mortal, amigo mío?*

El elfo de la noche lo entendió inmediatamente. Sintió cómo aumentaba la debilidad que tenía origen no en su forma astral, sino en su verdadero cuerpo. Su intento de averiguar algo más le había costado valiosas energías.

Las ramas de sombra pasaron sobre sus ojos casi como si quisieran arrancárselos. Pero Malfurion era consciente de que sus ojos eran probablemente la parte que más a salvo estaba de su cuerpo astral. El mal que lo retenía quería que viese, incluso aunque no hubiese nada que ver… o quizá porque no había nada.

¿Quieres ver? Pero si solo tenías que pedirlo, amigo mío… es lo menos que puedo hacer por alguien que cede tanto ante nuestros deseos…

Las ramas se estiraron hacia delante, separándose en dos grupos que a su vez actuaban como manos monstruosas que apartaban la niebla… revelando por primera vez en qué se había convertido el reino esmeralda.

De haber podido, Malfurion habría gritado, aunque no de dolor.

Las ramas se apartaron. La niebla se volvió a cerrar una vez más en tomo al atrapado Archidruida.

La voz burlona llenó su cabeza. La alegría que denotaba era como puñales que constantemente zaherían la mente del elfo de la noche. *Y estamos en deuda contigo por tanto de esto, Malfurion Stormrage… por tanto…*

El árbol de sombra se desvaneció. La voz se detuvo. Por el momento, Malfurion se quedó solo, ponderando el horror que había visto. Era tan solo la última tortura planeada para aquella parte de él que aún no se había rendido.

Pero lo que su captor no sabía era que el elfo de la noche también había descubierto algo que deseaba saber. De hecho, dos cosas significativas. Una era la identidad del sirviente del Señor de la Pesadilla. La respuesta debería haber sido obvia, pero el sufrimiento constante de Malfurion había hecho necesaria la repentina furia de la criatura para que se mostrase.

Ciertamente un dragón verde servía al mal… pero no cualquier dragón verde. Rezó para que Ysera lo supiera, no fuese a ser tomada por sorpresa. Si la Señora del Sueño Esmeralda era capturada, entonces sí que todo estaría perdido.

Y lo segundo, que había llegado con la revelación de lo que de verdad rodeaba a Malfurion, sirvió para confirmar una decisión que el Archidruida había tomado hace tiempo.

Si había una posibilidad de que salvase a Ysera y al Sueño Esmeralda, entonces Malfurion tenía que morir.

* * *

A pesar de lo que habían visto, a pesar de lo que aquello podría suponer para ellos, Tyrande y Broll sabían que también tenían que dormir. La terrible lucha en Auberdine los había agotado más de lo que habían creído.

No tenían ni idea de dónde estaban con respecto a Auberdine o Vallefresno, pero el druida le había dicho a ella que creía que estaban cerca de su meta. Desgraciadamente, ella ahora no tenía a Jai, lo que significaba que no podrían volar. Por poderoso que fuese el cuerpo de cuervo de tormenta de Broll, no podía llevarla a ella y a su enigmático acompañante.

Tyrande siguió estudiando al humano dormido. Parecía inofensivo y no sintió ninguna abrumadora presencia mágica a su alrededor, aunque debería haber notado algo no solo como Suma sacerdotisa de Elune, sino como alguien que se había pasado siglos estudiando distintos casos de magia. Tenía algo que hablaba de alguna clase de magia, algo muy sutil, como una parte inherente de su ser más básico y no algo aumentado mediante el estudio de las artes místicas.

Miró al cielo, que pasaba de gris a negro. Había pasado un día, un valioso día mientras esperaban que el humano despertase. Aunque murmuraba entre sueños, no actuaba como los habitantes de la ciudad. Puede que sus pesadillas fuesen vívidas, pero no habían cobrado vida.

Al volver a recordar Auberdine, la Suma sacerdotisa se estremeció. Ella y Broll habían estado cerca de convertirse en víctimas como el pobre Jai. Tyrande revivió las pesadillas que había sufrido, unos infernales sátiros sonrientes que habían aparecido para llevarla ante su amo y dio gracias por que el humano hubiese aparecido cuando lo hizo. Broll le había hablado de sus propios monstruos, espantosos demonios de la Legión Ardiente. Para ambos elfos, las criaturas eran espantosos remedos de los habitantes dormidos de Auberdine.

No por primera vez, Tyrande quería despertar a su nuevo acompañante. Malfurion caía cada vez más en el olvido o algo peor con cada día que pasaba. Sin embargo, ella y el druida habían acordado que era inútil volver a intentar algo tan fútil. El humano había permanecido inconsciente a pesar de sus primeros y enérgicos intentos. Parecía que no se despertaría hasta que él lo decidiese así.

¡Pero volveré a perderlo!, insistió Tyrande, endureciendo su expresión. *No lo perderé, ni siquiera aunque haya sido culpa suya acabar en este…*

Una sensación de vergüenza la apabulló. Malfurion había partido en busca de una posible amenaza. Lo había hecho por el bien no solo de los druidas, sino de todo Azeroth… igual que tantas otras veces antes…

Tyrande sacudió la cabeza intentando eliminar su remordimiento. Dio las gracias cuando oyó moverse a Broll.

Este no se dio cuenta del cambio de su expresión, pues fijó su atención en el humano.

—Veo que sigue durmiendo.

—Tengo mis dudas de que vaya a despertar.

—También yo. No actúa como los otros, pero dormir el día entero y la mitad de la noche anterior…

La Suma sacerdotisa jugó con su guja. Se alegró de haberla sacado de la montura de Jai. De no haberlo hecho, el arma se habría quedado en Auberdine. Que Tyrande llevase en su interior los dones de la Madre Luna no la hacía invencible. La guja era un arma sólida y necesaria.

—¿Lo dejamos aquí? No querría hacerlo, considerando cómo nos ha ayudado.

—Pienso lo mismo. Pero tenemos que llegar a Vallefresno y, aunque podría llevarlo durante un tiempo, nos retrasaría aún más.

Ella acabó por decir lo que había estado pensando casi todo el tiempo que había estado despierta.

—Deberías ir solo. Es lo que habías planeado cuando te sugerí lo de Vallefresno.

Broll pareció horrorizarse.

—¡No te abandonaré aquí! ¡Especialmente después de lo de Auberdine! Iremos a Vallefresno juntos. —Señaló con un grueso pulgar al humano—. Y con suerte con él…

—¿Entonces qué hacemos?

El druida parecía sentirse culpable.

—Algo que había planeado hacer más allá de Auberdine de todos modos. —De su capa extrajo lo que había tomado de la vivienda de Fandral —. Es hora de que intente que mi robo sirva de algo, si es posible.

Ella no podía creerse lo que estaba viendo.

—¿Es… es el ídolo de Remulos?

—Sí.

—Había oído que lo habías dejado al cuidado del Archidruida Fan…

—Y ahora lo he tomado prestado.

Su expresión le pedía a la elfa que no insistiese en el tema. Cuando Tyrande asintió, Broll pareció aliviado y añadió:

—Puede que sea nuestra mejor esperanza si conseguimos usar bien el portal.

—¿Cómo?

—Remulos dijo que estaba conectado con un dragón verde de un gran poder. El Aspecto Ysera no le quiso decir quién cuando añadió su influencia en su fabricación. Remulos sospecha quién es, igual que yo, pues lo vi brevemente cuando quise limpiar la corrupción el ídolo. Aunque no sabía el nombre, sentí su gran poder. Debe de ser uno de sus consortes.

Lo que para la Suma sacerdotisa significaba un dragón con un conocimiento y poder que muy pocos tenían. Tyrande entendió el razonamiento de Broll.

—¿Crees que puedas entrar en contacto con él a través de la figurilla?

—Merece la pena haber mancillado mi honor por esa esperanza, sí.

A ella no le gustó como había sonado eso.

—¿Qué hará Fandral cuando descubra que te lo has llevado de su casa?

Broll se encogió de hombros.

—No tengo ni idea, pero, si sobrevivo a esto, lo sabré.

Tyrande estudió la figurita rezando para que al druida le mereciera la pena el precio que iba a pagar… y también a los demás.

—¿Qué esperas hacer… y cómo puedo ayudarte?

—No puedes ayudarme en nada. Esto tengo que hacer yo.

Broll colocó la figurita en el suelo delante de él y se sentó con las piernas cruzadas. Los ojos del dragón miraban directamente a los ojos del druida.

—Estoy intentando algo distinto. No quiero usar el propio ídolo. —De repente se interrumpió—. De hecho, nunca pensé que volvería a ver este maldito objeto…

La Suma sacerdotisa no dijo nada, consciente del dolor que le había causado a Broll su anterior encuentro con la figurilla. Conocía la angustia que había sufrido cuando, debilitado, no pudo salvar a su hija de las retorcidas fuerzas del ídolo. Él hablaba más para sí mismo que para ella.

Colocando las palmas de las manos frente al ídolo, Broll comenzó a murmurar. El ídolo seguía conectado con el dragón, allá donde estuviese. El druida esperaba entrar en ese enlace y tocar la mente del dragón. Tyrande

sabía exactamente por qué. El dragón verde podría darle una pista de qué era lo que estaba ocurriendo, pero, aún más importante, era posible que pudiese ayudarlo a pasar hacia el Sueño Esmeralda. Antes, el ídolo podía hacerlo. Broll lo había utilizado de ese modo cuando luchó contra su propia furia al manifestarse su forma de oso. Pero eso había sido antes de que la Pesadilla hiciese que hasta los lugares intactos fuesen difíciles de alcanzar. Sin duda tener a uno de los guardianes de ese reino de su lado aumentaría las posibilidades no solo de supervivencia, sino de éxito.

Un débil fulgor de luz esmeralda bañó al ídolo, y una marchita corriente de energías surgió de la figurita.

La magia que unía al ídolo con el misterioso dragón.

De repente, Broll llamó la atención de la Suma sacerdotisa. A su alrededor se alzaba ahora un débil fulgor de un verde más oscuro. Curiosamente, no emanaba de él, sino del suelo cubierto de hierba en el que se sentaba. Como druida, Broll recibía gran parte de su poder de la flora y la fauna de Azeroth, y por primera vez Tyrande lo estaba viendo. También había poder dentro de él, ella era muy consciente de eso a través de Malfurion, pero ese era un aspecto del oficio de su amado que no había tenido muy en cuenta. En cierto sentido, era semejante a su conexión con la Madre Luna.

Quizás Malfurion y yo no somos tan distintos ni siquiera en eso, pensó la Suma sacerdotisa. *Y quizá por eso nos hemos alejado tanto…*

Era un recordatorio de lo que ella debería haber sabido bien, pues había experimentado las enseñanzas de Cenarius y había luchado junto a su amado y otros druidas. Azeroth formaba gran parte de un druida, los afectaba constantemente. Malfurion, tan compenetrado, sin duda lo sentía todo mucho, mucho más que Broll.

No puede apartarse de su vocación como yo no puedo apartarme de la mía… pero estas vocaciones se entrecruzan igual que nuestras vidas… Si sobrevivimos a esto… descubriremos cómo hacer que ambas se crucen… y al fin estar juntos…

Si sobrevivimos…

El verde oscuro empezó a crecer hasta la corriente mágica que surgía a través del plano de Azeroth, hasta allá donde ahora se encontrase el dragón. Pero apenas había empezado a hacerlo cuando pareció fallar. Había resistencia.

Broll murmuró algo.

La resistencia se debilitó.

—¡No! ¡No debes!

El humano estaba entre ellos, con la mirada tan enloquecida como antes. Estaba medio de rodillas, intentando alcanzar desesperadamente el ídolo.

Mientras se acercaba a la figurilla, Tyrande vio a su alrededor un paisaje que era y no era allí donde se encontraba el trío. Una parte parecía tan simple.

La otra parte…

La Suma sacerdotisa lanzó una patada. Sin embargo, su objetivo no fue el humano, sino el ídolo de Remulos.

La figurita del dragón salió por los aires. Rebotó contra una elevación y luego cayó sobre una piedra pequeña.

Broll, con su hechizo destrozado, miró a la pareja con una mezcla de frustración y confusión.

—Por el Árbol del Mundo, ¿qué estás haciendo? —le preguntó a Tyrande. El druida se puso en pie y agarró al humano por el cuello—. ¿Qué maldad tramas? ¿Qué le has hecho a ella?

La boca del hombre se movió, pero de ella no salió ningún sonido. Las imágenes que Tyrande había visto a su alrededor desaparecieron y, aunque se esforzó por grabarlas en su memoria, se desvanecieron en el olvido… igual que los sueños, tanto alegres como oscuros, suelen hacer.

Pero se acordaba de una cosa. Saltando al lado de Broll, lo contuvo para que no asustase más al harapiento humano.

—¡Suéltalo! ¡Quería ayudarnos!

—¿Ayudarnos? ¡Te engañó para que rompieses el hechizo justo cuando empezaba a funcionar! —Pero respetando claramente su opinión, Broll aflojó su presa.

—No funcionaba, no funcionaba —balbuceaba el hombre, su vista fija más allá de ellos—. Solo funcionaba para ellos, atrayéndolos…

—¿Quién? —preguntó Tyrande, colocando una mano en su hombro para calmarlo.

Por fin concentró la mirada. Posó su vista en ella.

—Yo… no lo sé… ellas… las pesadillas… —El hombre miró al suelo —. He dormido… no puedo dormir… no dormir…

—¿Quién eres? —preguntó Broll con un tono mucho más amable—. ¿Cuál es tu nombre?

—¿Nombre? —Por un momento su concentración se desvaneció. Pestañeando, su acompañante pareció recuperar un poco la compostura—. Lucan… Lucan Foxblood… —Cierto resto de orgullo le hizo estirarse—. ¡Tercer ayudante cartógrafo de Su Majestad el Rey Varian! En misión cartográfica a… a… —Su expresión se volvió la de un niño perdido—. Eso ya no lo recuerdo…

—No te preocupes por eso —le urgió calmadamente Tyrande—. Dinos, ¿cómo sabías que corríamos peligro?

—Yo… solo lo sabía. Tiene… tiene que ver con ese lugar en mis sueños… Los sentí entonces… sentí algo cerca…

Broll recuperó la figurilla.

—Podría ser aquel a quien intentábamos llegar.

Aunque aquello tenía sentido, Tyrande todavía se acordaba de como se había sentido tras ver lo que había visto detrás de Lucan Foxblood.

—No… tiene razón, Broll. Había algo siniestro acercándose a nosotros, por eso hice lo que tenía que hacer. En esto, confío en sus palabras.

Lucan la miró como si acabara de salvarlo del verdugo.

—¡Gracias, gloriosa dama! ¡Gracias!

—Cálmate, Lucan. Estás entre amigos… y no me des las gracias. Puede que tu reacción instintiva nos haya salvado.

—¿De verdad lo crees? —preguntó el druida, mirando todavía la estatuilla—. Quizás… quizás… —Dejó la figurita—. En ese caso, queda una cosa por hacer.

Broll miró a Lucan:

—¿Sabes dónde estamos?

—No… no… solo sigo adelante… solo sigo adelante…

—Lo que pensaba. —Broll dio un paso atrás. A Tyrande le dijo—: No te lo había dicho antes, pero, mientras dormías, he hecho un breve vuelo. No he reconocido dónde estamos, pero pensé que, si lo volvía a intentar, podríamos tener una idea mejor de qué hacer ahora.

A Tyrande no le molestó la revelación, consciente de que Broll no los habría puesto en peligro ni a ella ni a Lucan. Asintió ante su nuevo plan.

—¿Y el ídolo?

Broll se encogió de hombros.

—¿Qué pasa con él? Si no usamos la maldita figura, no será peligrosa. Puede quedarse aquí hasta que vuelva.

Estirando los brazos se transformó en cuervo de tormenta. Lucan soltó un grito ahogado y se tambaleó en dirección a Tyrande, que sentía cierta culpa. Ella y Broll estaban mucho más acostumbrados a la magia que la mayoría de los humanos.

—No es nada —le dijo a Lucan—. Nada de lo que preocuparse.

—Mi… mi primo siguió la vocación… o sea, la hechicería —murmuró Lucan, casi sonando complacido al recordarlo. Luego volvió a fruncir el ceño—. Ahora está muerto.

Como tantos otros, pensó la Suma sacerdotisa recordando las vidas perdidas en la última batalla. *Y ahora… ¿qué viene a provocar el caos en Azeroth esta vez?*

Broll salió volando, interrumpiendo sus pensamientos. Ella y Lucan miraron con admiración al enorme pájaro alzarse en el cielo. Tyrande envidiaba este poder en concreto del oficio de Malfurion. Poder volar así…

Pero apenas había alcanzado el cuervo de tormenta una altura respetable cuando bajó inmediatamente de regreso hacia sus compañeros. Lucan simplemente miró, quizá sin entender, pero Tyrande sabía que Broll no habría regresado tan pronto si no fuese por algo importante.

Agarró el ídolo antes de que Broll llegase hasta ellos, segura por algún motivo de que tendrían que irse. El rostro del druida cuando retomó su forma era la confirmación de que su idea estaba, al menos, muy cerca de la verdad.

—¿Has descubierto dónde estamos? —preguntó inocentemente Lucan.

—¿Qué has visto? —terció Tyrande—. ¿Estamos cerca del territorio de la Horda?

—La Horda es el menor de nuestros problemas —gruño Broll—. Tenemos que ponernos a cubierto y deprisa…

Agarró a Lucan por el brazo y empezó a tirar de él hacia una de las zonas más accidentadas. Tyrande se puso a la altura del druida con el ídolo bajo el brazo.

—¿Qué ocurre? ¿Más de esas criaturas de pesadilla, como en Auberdine?

Broll resopló.

—No… posiblemente una pesadilla aún mayor. —Señaló con un dedo hacia arriba y al este—. Tenemos un dragón ahí… y es negro.

* * *

Thura observó a los desconocidos desde una colina al oeste de donde estos se encontraban. Dos elfos de la noche y un humano.

Dos varones y una hembra. Inmediatamente descontó al humano, porque a pesar de estar en la flor de la vida, no parecía un guerrero. Los dos elfos, por otra parte, parecían ser oponentes más dignos. El varón era probablemente un druida. Thura respetaba el poder de aquellos que estaban conectados a la naturaleza.

La hembra intrigó más a la orca, porque siempre había deseado comparar su habilidad con aquellas de su género de otras razas. La elfa de la noche se movía con impresionante gracilidad, y la guja que llevaba requería fuerza y mucho entrenamiento. Thura confiaba, por supuesto, en su hacha, pero se preguntaba cómo sería la pelea de no ser así.

Pero la realidad de su situación anuló rápidamente su curiosidad. Lo que importaba era que esos tres estuviesen allí donde ella estaba. Tenían que ver de algún modo con su búsqueda, y el motivo más obvio era la presencia de los dos elfos de la noche. Su presa era un elfo. Estos probablemente eran camaradas de guerra. La hembra bien podía ser su compañera.

La ancha boca de la orca se abrió en una amplia sonrisa entristecida. *Estoy aquí por ellos*, decidió. *Me llevarán a él… me llevarán hasta el tal Malfurion… ese traidor de camaradas y destructor de vidas…*

Había visto al druida usar la magia, convertirse en un ave que podía volar alto. Todavía más que la hembra, tendría que morir deprisa cuando llegase el momento de combatir contra ellos. Podía ser poderoso, aunque obviamente no tanto como el druida asesino de sus sueños. Aun así, supondría un buen entrenamiento para el duelo con su auténtico enemigo.

Entonces Thura vio por qué el druida había volado tan poco tiempo, la gran forma oscura que se alzaba en el cielo era el que antes solo había visto como sombra. Ahora volaba hacia la zona donde había estado el trío y, aunque caminaban deprisa, hasta el humano, sin duda estaban condenados. La orca maldijo, dándose cuenta de que la mejor pista que tenía sobre el paradero de su presa iba a ser comida.

Luego ocurrió algo asombroso.

Las presas del dragón simplemente se convirtieron en nada. Iban corriendo y de repente habían desaparecido. Solo una momentánea luz verdosa le dio una indicación de lo que había pasado. Supuso que uno de los elfos de la noche había lanzado un hechizo que llevó lejos de ahí al trío.

Pero lo que la sorprendió más aún ocurrió al volver a mirar al dragón. El gigantesco leviatán se giró inmediatamente y se marchó aleteando con fuerza. No había habido duda alguna, el dragón se había marchado a toda prisa.

Y lo que le pareció aún más curioso a Thura fue que, aunque la oscuridad no le permitía ver perfectamente al titán… habría jurado que el dragón había huido repentinamente asustado.



CAPÍTULO NUEVE
PERSIGUIENDO A UN DRAGÓN

Los druidas estaban agotados. Habían dado de sí mismos tanto como podría haber dado cualquier ser vivo y, aunque Fandral les dijo que sus esfuerzos no estaban siendo en vano, a muchos seguía resultándoles difícil creerlo. Teldrassil no parecía haber cambiado… y, ciertamente, para Hamuul Runetotem el Árbol del Mundo tenía algo que ahora lo inquietaba más.

Peor aún, su preocupación aumentaba por la repentina curiosidad de Fandral por la ausencia de Broll. Con tantos druidas reunidos y tanta urgencia, la desaparición había pasado desapercibida hasta después del hechizo. Pero ahora el Archidruida principal parecía estar dándole una importancia especial.

Hamuul había prometido buscar a Broll, pero solo lo había hecho para tranquilizar a Fandral. Desgraciadamente, no había mucho que Hamuul pudiese hacer al respecto de una promesa que sabía, con mucha sensación de culpa, que no tenía grandes esperanzas de cumplir.

Había intentado alejarse del cónclave, pero sabía que también acabarían por darse cuenta de su ausencia. Con la esperanza de evitar más preguntas, se mantuvo cerca del grupo, moviéndose aquí y allá como si siguiese buscando.

Hamuul se acercó a Naralex. Aunque tan agotado como el resto, el elfo de la noche estaba en pie, observando una semilla que tenía en mano. Cuando el tauren se acercó, Naralex pasó la otra mano sobre la semilla al mismo tiempo que murmuraba como si hablase con un bebé.

La semilla se abrió. Un diminuto zarcillo brotó de él. Cuando alcanzó más de diez centímetros, Naralex movió la mano libre hacia la izquierda. El brote se arqueó en esa dirección.

El elfo de la noche hizo un movimiento en curva hacia la derecha. Conservando el arco hacia la izquierda la nueva planta empezó a crecer ahora en la dirección contraria.

—Así es como debemos ser —le dijo Naralex solemnemente a Hamuul—. Cultivadores de vida. Jardineros del paraíso.

—Si Azeroth fuese perfecto, sí —se mostró de acuerdo el tauren—. Pero no lo es.

—No… no lo es.

Inclinándose, Naralex colocó la semilla en el suelo. Dibujó un círculo alrededor de ella.

El suelo que abarcaba el círculo se revolvió. La semilla se hundió hasta que solo quedó en la superficie el brote.

Naralex limpió la zona que rodeaba la planta y volvió su atención hacia Hamuul.

—¿Y has encontrado a nuestro hermano Broll?

El tauren se esforzó porque no le aleteasen las aletas nasales.

—Aún sigo buscándolo.

El elfo de la noche entrecerró los ojos.

—Ambos sabemos que no volvió con nosotros, hermano Hamuul.

Hamuul ni lo confirmó ni lo desmintió.

—Le prometí al Archidruida Fandral Staghelm que buscaría a Broll. Debo continuar.

En lo que bajo algunas constancias hubiese sido un acto peligroso, Naralex levantó un brazo para detener al tauren.

—El Archidruida Fandral ya está con otras cosas. Ni siquiera está aquí en este momento, hermano Hamuul.

—¿Que no está aquí? —De nuevo, el tauren intentó ocultar su cautela.

—Mientras estabas… en otra parte… sugirió que hiciéramos lo que pudiéramos para despejar nuestra mente para que, cuando vuelva, podamos comenzar otro hechizo para Teldrassil.

—¿Y dónde ha ido mientras tanto?

Naralex miró hacia arriba… y más arriba.

—Al Enclave, naturalmente. Dijo que estaría buscando orientación en el aislamiento de su sagrario.

Hamuul resopló antes de poder evitarlo. Tenía sus sospechas sobre dónde había volado Broll Bearmantle, aunque cuáles eran las intenciones

del elfo de la noche era cuestión de conjeturas. El tauren podía imaginarse algo concreto, pero Broll no habría sido tan audaz… ¿verdad?

Naralex bajó el brazo.

—Pensé que te gustaría saberlo. ¿Crees que quizás nuestro hermano Broll haya podido tener una idea parecida…? Me refiero a buscar orientación en el Enclave.

Completamente recuperado, Hamuul replicó:

—Dudo que encuentren a Broll Bearmantle ahí arriba.

El elfo de la noche asintió levemente.

—Yo también lo pensé. Me alegro de que estemos de acuerdo.

Dejando a Naralex, Hamuul pensó. Naralex había intentado advertirle, por si hubiese algún motivo por el que Broll estuviese en el Enclave. El elfo de la noche probablemente se preguntaba por qué Broll no había vuelto al cónclave y llegó a lo que creía que era la respuesta más plausible.

Y eso significaba que probablemente Fandral habría hecho lo propio.

Frunciendo el ceño, el tauren se echó hacia atrás para mirar en la dirección de Darnassus. Esperaba tener razón en una cosa, en que Broll Bearmantle no estuviese en el Enclave. En realidad, el único motivo por el que habría ido allí sería para buscar algo en el sagrario del Archidruida Fandral. Hamuul se temía que fuese el ídolo de Remulos. El tauren no sabía qué otra cosa se le podría haber ocurrido a Broll que le resultase útil. Después de todo, estaba unido al Sueño Esmeralda, donde había desaparecido el cuerpo astral del Archidruida Malfurion Stormrage.

Y también estaba unido al único método que alguien tan impetuoso como Broll podría usar para encontrar a su perdido shan'do.

Él no… Broll no se arriesgaría a…

Hamuul pestañeó. Sí, Broll lo haría.

Una sombra pasó por encima de él. Al girarse vio un enorme cuervo de tormenta que descendía. Solo podía ser Fandral de regreso. Esta vez el Archidruida había escogido la rapidez de su cuerpo de ave antes que la entrada más ingeniosa que había utilizado al principio de la invocación.

Cuando el cuervo de tormenta se posó, se transformó. Sus alas se convirtieron en brazos, las patas crecieron. Las garras se convirtieron en pies. Las plumas salieron volando o se convirtieron en pelo y ropa. El pico se retiró, convirtiéndose en una boca y una nariz…

Una vez recuperada su forma, Fandral se estiró. De entre todos los druidas reunidos, sus ojos se fijaron en el lejano Hamuul. Una seria

decepción llenaba la mirada del elfo de la noche. Era todo lo que Hamuul necesitaba ver para entender que Fandral sabía todo lo que Broll había hecho.

El tauren rezó para que su amigo supiera lo que estaba haciendo.

* * *

Habían vuelto a moverse. Broll lo sabía, incluso aunque de nuevo había sido incapaz de concentrarse el tiempo suficiente en el lugar por el que habían atravesado. Estaba seguro de que había sido el Sueño Esmeralda… pero entonces, ¿por qué sus recuerdos de aquellos momentos eran tan borrosos como la niebla que cubría Auberdine?

Y, más importante aún, ¿cómo un humano (¡Un humano!) era capaz de cruzar físicamente el reino místico sin apenas darse cuenta?

Sin embargo, no había tiempo para pedirle respuestas a Lucan Foxblood. Los tres seguían moviéndose, pues el repentino acto de Lucan no los había alejado del dragón… sino que más bien casi los había colocado por debajo de él.

—¡Al suelo! —susurró Tyrande.

La sombra los sobrevoló como si le estuviera echando una carrera al viento. La corriente creada por el dragón casi consiguió que la sugerencia de la Suma sacerdotisa se hiciese realidad. El trío quedó sacudido y cayó de rodillas.

Pero… el dragón no se volvió. No giro y se lanzó sobre ellos. En lugar de eso, se adentró hacia las montañas más allá de donde se encontraban ellos… y no volvió a aparecer.

Broll fue el primero en decir en voz alta lo que los otros sin duda estaban pensando.

—A esa velocidad, debería haber ascendido o haberse estrellado…

—¿Qué hace aquí un dragón negro? —preguntó Tyrande—. Sea donde sea este lugar…

—No era negro.

Los elfos de la noche miraron a Lucan. Aún con los ojos como platos, repetió:

—No… no era negro… era verde…

—Un humano que no distingue los colores —gruñó Broll.

—Si no los distinguiese, no vería verde en lugar de negro —señaló la Suma sacerdotisa.

Con un tono tranquilizador, le dijo a Lucan:

—Dinos por qué dices que el dragón era verde.

Él se encogió de hombros.

—Estaba lo suficientemente cerca para verlo.

El druida sacudió la cabeza.

—Bueno, esa es una respuesta. No la correcta, dado que nosotros estábamos igual de cerca, y era negro.

Tyrande estudió al humano. Finalmente, dijo:

—Pero es una respuesta que siento que tiene cierta verdad potencial, Broll… al menos como Lucan la entiende. —Miró su guja—. Creo que deberíamos investigar a este dragón que podría ser negro o podría ser verde. Podría haber una razón para que acabásemos tan cerca de él.

—¿Y si resulta ser un dragón negro?

Ella miró en la dirección hacia la que habían visto volar a la bestia. Tyrande preparó la guja para lanzarla.

—Entonces, lo matamos.

Lucan miró a Broll como esperando que le dijese que la Suma sacerdotisa no hablaba en serio. Pero, en lugar de eso, el druida sujetó al cartógrafo por el brazo y se lo llevó, diciendo:

—Estás mejor con nosotros que solo…

Lucan no parecía tan convencido.

Retomaron su camino sobre las montañas, moviéndose tan deprisa como les permitía la presencia de Lucan. No era lento, pero tampoco estaba en perfecto estado de salud ni era un elfo de la noche. Pero mantenía el ritmo mejor de lo que Broll había esperado, considerando por todo lo que había pasado el humano.

Se detuvieron solo una vez, cuando Broll sintió un picor en el cuello. Miró detrás de él.

—¿Qué pasa? —preguntó Tyrande con voz queda.

—Me parecía que alguien nos estaba siguiendo… pero me equivocaba.

Poco después, la Suma sacerdotisa se detuvo. Lucan aprovechó el momento para recuperar el aliento mientras los elfos de la noche hablaban.

—Si el dragón ha aterrizado… ha debido de ser muy cerca de aquí —dijo Tyrande.

—Cierto. Hemos visto unas cuantas cuevas, pero ninguna lo bastante grande para una criatura de ese tamaño… y este es mayor que muchos, sea cual sea su color.

—Pero no lo vimos en el aire, y el paisaje, aunque sea montañoso, también obligaría al dragón a salir a campo abierto si intentase andar.

Broll pensó.

—Quizás haya algo de razón en lo que dijo Lucan. Si el dragón es…

Tyrande le miró fijamente.

—¿Dónde está Lucan?

El druida se giró. El humano ya no estaba donde lo había dejado.

Por un momento los elfos de la noche se miraron el uno al otro como si estuviesen pensando lo mismo… que Lucan había vuelto a desaparecer en lo que Broll sospechaba que era parte del Sueño Esmeralda. Luego, un ruido de piedras le contó a la pareja una verdad más sencilla. Lucan simplemente se había apartado.

O más bien… estaba trepando por la ladera de una colina a un ritmo impresionante, considerando su agotamiento.

—¡Lucan! —llamó el druida tan prudentemente como pudo—. ¡Lucan!

Pero el cartógrafo lo ignoró. Broll se dirigió a seguirlo con Tyrande solo un paso por detrás. Tan cerca de una posible guarida de dragón, no podían permitirse quedar al descubierto.

Lucan se lanzó hacia la cima. Broll se las arregló para agarrarlo por el tobillo justo antes de que el humano hubiese empezado a bajar por el otro lado. El druida se puso a su altura.

—¿Te has vuelto loco…? —Broll pensó por un momento que ya tenía su respuesta, porque Lucan lo miraba fijamente, como si lo que le quedaba de su sentido común lo hubiese vuelto a abandonar.

—Está ahí abajo —murmuró finalmente Lucan. Señaló hacia una de varias cuevas que se veían abajo—. La que tiene la entrada puntiaguda. Ahí es donde está el dragón.

—¿Y tú cómo lo sabes?

Por toda respuesta, Lucan solo pudo encogerse de hombros.

Tyrande llegó hasta ellos.

—¿Lo he oído bien? ¿El dragón está ahí abajo?

—De eso está seguro, aunque de nada más. —Un ruido llamo la atención de Broll. Miró hacia el camino por el que habían llegado—. Hay algo o alguien detrás de nosotros…

—¡No importa! ¡Lucan se va!

Broll se giró para ver que, ahora que el druida ya no lo sujetaba y ambos elfos de la noche estaban distraídos, el hombre estaba bajando por el otro lado de la colina. Consciente de que dejaban a algún perseguidor detrás, Broll saltó a por Lucan de todos modos. Se las arregló para alcanzar al cartógrafo casi en la base de la colina. Girando a Lucan para que lo mirase, Broll vio la misma mirada casi ausente.

—¿Quieres morir? —le preguntó al humano.

—No… —Lucan pareció darse cuenta al fin de dónde estaba. Se quedó aún más pálido—. Es que… es que fui donde tenía que ir.

Rindiéndose a la imposibilidad de entender a su acompañante, Broll empezó a tirar de Lucan hacia Tyrande, que estaba justo detrás de ellos.

Un siseo reptilesco, débil y lastimero, salió de la cueva.

Los tres se quedaron helados. La Suma sacerdotisa dio un paso hacia la cueva.

—¡Debe de haber otra entrada! —murmuró—. Eso es demasiado pequeño para un dragón.

Broll hizo un gesto ante lo que se le había ocurrido.

—Entonces… ¡es una buena entrada para nosotros!

Tyrande asintió. Lucan tragó saliva y no dijo nada.

Preocupado por el humano, que ciertamente no era un luchador experimentado como Varian Wrynn, Broll dijo.

—Hay unas rocas grandes allá. Puedes ocultarte entre ellas. Si no volvemos en más o menos una hora sigue por el camino que estábamos llevando. Creo saber vagamente dónde estamos, y es más cerca de Vallefresno de lo que pensaba.

Para sorpresa de ambos elfos, Lucan se envaró y replicó:

—No. Iré con ustedes. Me han ayudado… y yo los he traído aquí.

No había tiempo para discutir. Broll asintió, Tyrande sacó un puñal de su cinturón y se lo dio a Lucan. Este lo tomó, aunque claramente entendía lo inútil que era contra un dragón. Aun así, el arma le daba cierto consuelo… y era probable que el humano supiera que también podría usarlo en sí mismo si era necesario.

Broll intentó ir primero, pero Tyrande ya se había adelantado Parecía casi deseosa de enfrentarse al dragón, como si eso le devolviese de alguna manera a Malfurion.

¿O llevarla a ella con él si mueren ambos?, se preguntó el druida repentinamente preocupado.

Tyrande sostenía la guja preparada para arrojarla al entrar en la boca de la cueva. Estaba oscura, pero, aunque eso podría inquietar a Lucan, no le preocupaba a ninguno de los elfos de la noche. Aun así, la Suma sacerdotisa emitía un débil fulgor, quizá para el humano o quizá para atraer la atención del dragón.

—Quédate cerca —le recordó Broll al cartógrafo. No dudaba de que esa fuese la intención de Lucan, pero, con el hábito que tenía el humano de desaparecer, era buena idea recordárselo.

La cueva giraba de un lado a otro y se estrechaba según iban avanzando. Ahora era apenas lo bastante grande para que dos caminasen juntos. Que un dragón acechase en alguna parte cerca de allí significaba que tenía que haber otra entrada. Eso era algo a recordar si esta quedaba bloqueada.

Por supuesto, esa otra entrada también le permitiría al dragón perseguirlos.

La temperatura de la cueva bajó. Los dragones negros tienden a preferir moradas más cálidas, lo que añadía verosimilitud a la sugerencia de Lucan de que Broll se había equivocado. Pero el druida y la Suma sacerdotisa habían visto a una criatura de ébano. Si no era un dragón negro, ¿por qué se disfrazaría así un dragón de otro color?

Broll recordó de repente algo que sus problemas presentes habían hecho que olvidase. Una vez en el pasado, se había enfrentado a la terrible hija del dragón negro Deathwing. Onyxia era un monstruo, pero lo que ahora recordaba Broll era que había sido capaz de adoptar otras formas… incluso algunas más pequeñas.

Tocó a Tyrande en el hombro. La Suma sacerdotisa se giró en silencio.

—Cuidado —susurró Broll—. Puede que estos túneles sean lo bastante grandes para el dragón después de todo.

Ella entrecerró los ojos. Tyrande Whisperwind también conocía esa capacidad de los dragones, aún más que Broll, que no conocía sus lazos con el dragón rojo Korialstrasz.

—Sí —murmuró—. Debemos tener mucho cuidado.

Oyeron un ruido, un ligero movimiento, procedente de un lugar más profundo. Los tres se envararon inmediatamente. Broll mantuvo a Lucan detrás de Tyrande y de él. La Suma sacerdotisa siguió adelante antes de que Broll pudiese retenerla.

Unos pocos metros más adelante llegaron a una cámara más amplia llena de huecos lo bastante grandes como para parecer pasillos. La cámara era quizá diez veces más alta que el druida, y las rugosas paredes mostraban caminos, algunos de ellos precarios, que podían servir para llegar a muchos de los posibles pasillos.

Pero lo más importante era que, entre las estalagmitas que salpicaban el suelo de la cámara, Broll vio huellas. Se arrodilló para investigarlas.

—Parecen de uno de los nuestros —le comentó el druida a Tyrande—, o son quizá de un humano. Y están una encima de otra. Sean de quien sean, son de alguien que ha caminado por aquí a menudo.

—Noto una corriente —dijo ella. Bajó la guja—. Hay al menos otra entrada cerca.

—¿La buscamos?

—¿Hacia dónde se dirigen la mayoría de las pisadas?

Broll las estudió más de cerca y señaló hacia su derecha.

—Hacia allá…

Cuando Broll se levantó, Lucan pestañeó y comenzó a hablarle a Tyrande. Al notarlo, la Suma sacerdotisa colocó su mano libre en la muñeca del humano y le apretó suavemente.

—La dirección de la corriente encaja con lo que dices —señaló la Suma sacerdotisa soltando la muñeca de Lucan—. Podemos seguirlas o…

Tyrande se calló, su mirada repentinamente concentrada.

La luz de Elune bañó la cámara.

Y en su luz apareció una figura invisible para ellos hasta entonces, pero a quien Lucan obviamente había notado con su peculiar talento. Tyrande se había dado cuenta de lo que estaba a punto de decir y lo acalló para sorprender al espectador.

Llevaba una túnica larga con capucha que recordaba una combinación de la ropa de un mago y la de algunos sacerdotes humanos. La figura era unos pocos centímetros más alta que Broll, que no era precisamente bajo con sus más de 2 metros, pero era más ligero de forma. Sus manos eran parecidas a las de los elfos de la noche, pero, aunque su rostro también tenía ciertas similitudes a los suyos, era de un color mucho más pálido que no se parecía en nada a ninguna raza de elfo que ninguno conociera.

Hasta ahí es lo que les permitió ver, pues la figura encapuchada inmediatamente dirigió la mano hacia la amenaza más obvia, la Suma sacerdotisa.

Fue un error que Broll aprovechó con gusto.

El druida se lanzó hacia el misterioso mago, pero no como un elfo de la noche. Broll había desaparecido, reemplazado por una figura enorme y peluda de más del doble de su envergadura. La boca y la nariz del druida se alargaron creciendo al mismo tiempo para crear unas salvajes fauces. Unas garras enormes agarraron al hechicero. Broll era ahora un feroz oso.

Su enemigo se tambaleó hacia atrás bajo el peso y el impulso. Por un momento pareció que iba a caerse. De repente, un aura verde rodeó al adversario de Broll. El druida salió volando hacia un lado y acabó chocando con dos duras estalagmitas, destrozando una de ellas. El oso se desplomó, momentáneamente aturdido.

Tyrande mantuvo la guja preparada, pero no atacó. La Suma sacerdotisa se enfrentó a la mirada del hechicero.

Y solo entonces, al ver aquellos ojos, la Suma sacerdotisa pensó que debería reconocer a quién se estaba enfrentando. Su aspecto había cambiado, pero Tyrande estaba segura, de otro modo su identidad le hubiese resultado conocida inmediatamente. Intentó recordar su nombre…

Entonces para sorpresa de los tres, dejó escapar un grito de angustia. Colocó un brazo por encima de su cara… y comenzó a transformarse.

—¡Espera! —gritó Tyrande—. ¡Espera! ¡A menos que seas uno de los dragones del Vuelo Negro, buscamos tu ayuda, no luchar contra ti!

La transformación, que apenas había comenzado como para que su verdadera forma pudiese ser perceptible en lo más mínimo, se detuvo. Dejando caer el brazo, el hechicero la miró con lo que parecía ser compasión.

—¡Más te valdría estar enfrentándote a uno del linaje de Deathwing, pequeña elfa de la noche! ¡Uno de ellos sería menos monstruoso para ti que tener que enfrentarte a mí!

—¿Eres un monstruo? —rugió Broll volviendo a su forma auténtica. Miró a su alrededor buscando lo que en su cuerpo de oso no podía llevar con él.

Se encontraba a los pies de su enemigo, que ahora lo recogió del suelo de la cámara.

—¡Ah! ¡Este maldito objeto! ¡Sentí su presencia! ¡Ojalá ella nunca me hubiese pedido que le diese mi poder!

El druida se alzó.

—¡Entonces tú eres el dragón verde ligado al ídolo de Remulos!

—¡Ligado es la palabra adecuada!

La figurita voló en dirección a Broll. Cuando el elfo de la noche la tomó con una mano, el dragón siseó:

—Atado a ella con toda mi esencia… aunque hay que reconocer que ni siquiera mi Ysera podría haber previsto las cosas terribles que ocurrirían por ello. Cuando lo hizo, nos permitía acudir inmediatamente en ayuda de Remulos o de aquellos que él considerase dignos de portarla. —Miró al druida—. Y, hablando de portarla… ¡te conozco por la firma de tu magia, si no por tu nombre! Usaste la figura hace tiempo con resultados terribles…

Broll hizo un gesto.

—Sí, terribles y entonces, cuando lo creí perdido, resultó que se había corrompido.

La forma encapuchada soltó una risotada áspera.

—Esa corrupción no era nada comparada con el auténtico peligro, druida… Tienes suerte de que yo sea una ruina en lugar de la maldad que podría haber alcanzado a tu corazón hace poco…

El druida se preparó para volver a atacar, aunque era lo bastante inteligente como para contenerse por el momento. Había más cosas que averiguar… y quizá la oportunidad de evitar un derramamiento de sangre.

—¿Qué quieres decir con eso?

Su adversario le miró incrédulo.

—¿Estás ciego ante la Pesadilla? ¿No la has notado?

—¡Sí, la he notado, como la mayoría de los míos! Puede que no seamos dragones, pero también hemos luchado por el Sueño Esmeralda…

—¡Tonterías! —El delgado «elfo» creció de tamaño al gritar, y sus palabras acabaron en un rugido—. ¡No sabes nada! ¡No entiendes nada! ¡Yo, yo que estaba a su lado, no lo entendía! La traicioné, traicioné al Sueño y ayudé al Señor de la Pesadilla a empezar su invasión no solo de ese reino… ¡sino también de este plano mortal!

Ahora Broll al menos entendía a qué se enfrentaban. Mientras el dragón se hacía menos «elfo» en forma y más fiel a su naturaleza, el druida se movió hacia Tyrande. Iban a necesitar todo su poder para tener la esperanza de escapar de este dragón.

—Ahora te conozco —dijo tranquilamente al leviatán en proceso de transformación—. ¡Eres uno de los corrompidos! Eres uno de aquellos que la Pesadilla volvió contra Ysera…

Unas grandes alas membranosas se extendieron por toda la cámara. Cuernos largos y afilados brotaron de su cabeza. La cintura del dragón llenaba más de dos tercios del espacio. Los verdes eran más delgados que la mayoría, más etéreos, pero este era un gigante que tenía que arquear su largo cuello para poder estar en pie. Los ojos… Broll se dio cuenta de que había estado mirándolos en todo momento cuando en general los ojos de un dragón verde estaban cerrados, pues las bestias vivían a todas horas en parte en el Sueño. Los miraba con una fiereza que superaba incluso a la de Lucan en sus peores momentos.

—«Uno de los corrompidos»… Qué manera más simplista de expresarlo, pequeño elfo de la noche… ¡apenas entiendes lo que eso significa! Apenas entiendes lo que es tener tu mente, tu corazón, tu alma… «alma» como la entendemos los dragones… ¡arrancada de ti, devorada por la oscuridad y vuelta a colocar en tu vacía cáscara aullante!

De nuevo surgió la áspera risa, sacudiendo tanto la cueva que algunas de las estalactitas se soltaron. El trío pudo evitar aquellas que cayeron más cerca, y el dragón no se distrajo en absoluto por las toneladas de piedra caliza y rocas que chocaron con su piel escamosa.

—«Uno de los corrompidos» —repitió el leviatán en tono de burla—. ¡Ojalá hubiese sido simplemente «uno»!

El gran reptil inclinó la cabeza hasta colocarla a unos pocos metros de los elfos y el humano. Broll y Tyrande mantuvieron su posición, e incluso Lucan blandió su diminuto puñal.

—¡Yo era más que eso, pequeñas criaturas! Era uno de los que ella más se fiaba, uno de los más queridos… ¡y por eso mi traición fue mucho peor y mucho más terrible en sus consecuencias! ¿Han visto a los durmientes? ¿Han visto sus sombras? Todo eso empezó con mi ayuda…

Tyrande se atrevió a hablar, y su voz era tranquila y consoladora.

—Ahora te reconozco, aunque lleves otra forma desconocida. Pero obviamente, ya estás libre de la corrupción… obviamente, la venciste…

—Mediante otros… y lo que no sabía entonces era que me volvería a llamar… ¡A cada momento me llama! Quiere de mí más que de los demás, pues soy… fui… al que ella más favorecía… su consorte…

—¿«Consorte»? —Broll apretó los dientes—. Eres…

El dragón rugió silenciándolo. Los fríos ojos esmeralda se fijaron en el druida y en Tyrande.

—Sí… soy Eranikus, primer consorte de Ysera… —Sus fauces se abrieron de par en par—. Y, sabiéndolo, sabiendo que existo aquí… deberán morir todos…



CAPÍTULO DIEZ
UNO A UNO

Ventormenta era la más fuerte de las fortalezas humanas que quedaban, un reino que había sobrevivido a la destrucción de gran parte del continente e incluso se había reconstruido tras la primera Guerra. Varian Wrynn ahora gobernaba Ventormenta, o más bien la volvía a gobernar, puesto que había sido rey, había desaparecido durante un tiempo y había vuelto recientemente. Desde el Castillo de Ventormenta, en la capital que también llevaba el nombre del reino, el feroz líder de pelo castaño buscaba mantener tanto sus tierras como la Alianza intactas. Varian era un hombre decidido, más aún desde la muerte de su amada esposa Tiffin durante unos tumultos hacía casi trece años. Su único consuelo era su hijo Anduin, que era solo un bebé en los brazos de su madre en el momento de su trágica muerte y que había sufrido como rey durante la larga ausencia de Varian.

Y, con tanta tragedia y luchas a sus espaldas, no era sorprendente que el Rey Varian tuviese problemas con sus sueños. Últimamente prefería dormir usando pociones aturdidoras que alejaban esos sueños, pero solo como último recurso. Hasta que el agotamiento le exigía dormir, era más probable que a Varian se lo viese caminando por las almenas.

Varian era un hombre alto de mediana edad, con una belleza tosca y el pelo castaño que se negaba a que lo amansaran; era para su gente epítome de un campeón. Pero ahora llegaba una amenaza que Varian no sabía cómo enfrentar.

Su pueblo no se despertaba.

Más aún, cada día el número de durmientes crecía. Había empezado con uno o dos, luego cinco, diez más. Con cada durmiente que aparecía, el pueblo se desconcertaba más. Algunos lo creían una enfermedad, pero los estudiosos con quienes conferenció el rey estaban seguros de que era mucho

más. Alguna fuerza estaba atacando Ventormenta, en concreto mediante una curiosa dolencia… y Varian sabía exactamente quién era.

La Horda.

No tenía pruebas, pero a Varian le parecía que tenía sentido. Había demasiados elementos en la Horda en quienes no se podía confiar para que respetasen la paz. Orcos aparte, y ellos se encontraban entre aquellos de los que sospechaba Varian, el rey no podía ver motivo alguno para creer en el honor de los elfos de sangre, elfos nobles que habían recurrido a absorber magia demoníaca tras la pérdida de su alabada fuente de poder, la Fuente del Sol, y se habían vuelto adictos a las energías viles. Tampoco tenía ninguna fe en los no-muertos Renegados, que decían estar libres del mando del Rey Exánime. De toda la Horda, los tauren eran los únicos que no provocaban inmediatamente en el gobernante de Ventormenta ganas de desenvainar su arma, pero el hecho de que se hubiesen alineado con los orcos los había vuelto también poco dignos de confianza.

Varian decidió escribir una misiva dirigida a Lady Jaina Proudmoore, archimaga y gobernante de la Isla Theramore en el sureste del continente de Kalimdor, que a su vez se encontraba al oeste, al otro lado del Mare Magnum. Llevaba días pensándolo, pero iba posponiéndolo una y otra vez. Ahora el rey sospechaba que debería haberlo hecho desde el momento en que se le había ocurrido.

Una centinela del muro, con casco y armadura y el orgulloso león de Ventormenta en su coraza, lo saludó diligentemente. Era la primera centinela con la que Varian se había tropezado en un tiempo. Incluso el contingente del castillo se había reducido a un tercio de lo normal.

—¿Todo despejado? —preguntó.

—¡Sí, señor! —dudó la centinela, añadiendo—: Todo despejado excepto por esa maldita niebla que va creciendo más allá…

Varían se asomó por encima de las almenas. Sí que era más espesa que la noche anterior… y que la anterior a esa. Los centinelas lo habían notado por primera vez hacía una semana… justo antes de la mañana en que habían encontrado a los primeros durmientes.

Se acordaba en la última vez en que Ventormenta se había visto envuelta en una niebla así. Había sido para encubrir el avance de la Plaga de los no-muertos. Los necrófagos la habían utilizado para acercarse a la capital. Pero, aunque existía ese parecido, había algo más etéreo e incluso

más siniestro. Esta niebla parecía estar viva… y afectaba a la mente además de al cuerpo. Ciertamente, parecía tanto un mal sueño como realidad.

El rey parpadeó. Por un momento hubiese jurado que había visto algo moviéndose en la niebla. Varian se inclinó hacia delante, pero no pudo distinguir nada. Y no era un hombre que tendiese a imaginarse cosas.

—Mantente alerta —advirtió a la centinela—. Díselo a los demás.

—Sí, Majestad.

Al irse, Varian no pudo evitar un bostezo. Pronto iba a tener que descansar, pero no hasta que se tomase la poción que le habían preparado los alquimistas. Entonces al menos no habría sueños…

Varian frunció el ceño. La poción parecía ayudarlo a dormir. ¿También lo ayudaba a protegerlo de aquello que alcanzaba a los que no podían despertar? No se lo había planteado. El rey sabía que ni mucho menos estaba versado en alquimia, pero parecía más descansado que los demás. ¿Había una conexión entre las pesadillas que todos los durmientes parecían sufrir y el hecho de que él no tuviese sueño alguno?

La idea parecía tener sentido para Varian, y aceleró el paso. Aún debería ser posible reunir a los alquimistas y a otros que pudiesen entenderlo mejor y presentarles su argumento. Si le creían, quizá sería posible dejar que otros probasen las pociones y evitar más víctimas…

Casi se chocó con un guardia al que le faltaba el aliento y que surgió de entre las almenas. Varian, asumiendo que el hombre llegaba tarde a su puesto, pero sin tiempo para regañarlo, rodeó al soldado.

—¡Mi señor! ¡Me han enviado a buscarlo! —dijo el hombre—. ¡Malas noticias, mi señor!

Varían pensó instintivamente en el movimiento que creía haber visto en la niebla.

—Ahí fuera…

El casco ocultaba la mayoría de los rasgos del soldado, pero su tono revelaba su gran confusión.

—¡No, mi señor! ¡Lo… lo hemos encontrado sobre una silla en la gran sala! ¡No… no estaba fuera!

Un miedo intenso aferró al rey. Agarrando al soldado por los hombros, Varian rugió:

—¿Quién? ¿Quién?

—El… ¡el príncipe! El Príncipe Anduin…

Varian notó cómo la sangre huía de su rostro.

—Anduin… mi hijo… ¿está muerto?

Prácticamente lanzó al hombre a un lado mientras bajaba las escaleras hacia el castillo. Todo era un borrón para Varian. ¡Hacía nada que había recuperado la memoria y a su hijo! ¿Qué cruel asesino se había llevado a Anduin?

Corriendo hacia la gran sala, esa amplia cámara de altos techos donde antaño la tarea más importante había sido confirmar la lista de invitados a los bailes que allí tenían lugar, Varian se topó con un ansioso grupo de guardias, sirvientes y otros trabajadores.

—¡Apártense! —gritó el rey—. ¡Abran el paso!

La gente se separó. Varian vio a su hijo. El joven era una mezcla perfecta de su padre y su madre, con un pelo algo más claro que el de Varian y un rostro más suave, no solo debido a la herencia de Tiffin, sino a que estaba menos azotado por las inclemencias de la vida. Aun así, para no tener todavía trece años, Anduin parecía mucho mayor.

En aquel momento también parecía, al menos a ojos de Varian, desangrado.

Anduin tenía medio cuerpo sobre la silla. El capitán de la guardia, un encallecido veterano con una barba castaña recortada, parecía querer colocar al príncipe en una postura más cómoda, pero con miedo de tocar al heredero real.

Varian solo vio a su hijo y, con nada más en su mente, pasó por delante del capitán y se acercó a Anduin.

Vio como el pecho del joven subía y bajaba. La esperanza del rey creció… hasta que oyó a Anduin dejar escapar un gemido.

Su hijo se había unido a las filas de los durmientes.

—No… —susurró el señor de Ventormenta. Sacudió a Anduin, pero el chico no se despertaba—. No…

Levantándose al fin, Varian gruñó.

—Llévenlo a la cama. Con delicadeza. Iré pronto.

Dos de los guardias cumplieron sus órdenes. El rey añadió para el capitán:

—¡Llama a los alquimistas! Quiero verlos inmediatamente…

Se oyó un cuerno. A la vez, los presentes miraron hacia arriba. Varian supo por la señal desde dónde venía: las almenas de donde acababa de venir.

—¡Cuiden de Anduin! —les recordó a los guardias—. ¡Y llama a los alquimistas, capitán!

Sin molestarse en esperar respuesta, el rey volvió corriendo hacia donde había estado paseando. En las almenas un puñado de soldados miraban fijamente en dirección a la niebla. Cuando uno miró hacia atrás y vio al rey, avisó inmediatamente al resto. Los centinelas se colocaron en postura firme.

—¡Dejen eso! —Varian pasó cerca de ellos para mirar más allá del límite de la ciudad de Ventormenta—. ¿Qué están…?

Se quedó helado. Ahora sí que había figuras muy claras moviéndose dentro de la niebla. Cientos de ellas… no… tenía que haber miles…

—Traigan a todos los soldados disponibles a… —De nuevo Varian se detuvo, pero esta vez por otro motivo. Aunque la niebla y aquellos que estaban dentro estaban todavía lejos, por algún motivo el rey estaba seguro de reconocerlos a todos. En cierto sentido eso no era tan asombroso, pues eran las mismas dos personas una y otra vez.

Eran Anduin… y su madre.

Pero esa no era la amada Tiffin de los recuerdos de Varian. Cada una de las dobles se tambaleaba en dirección a la ciudad sobre unas piernas que eran medio de hueso y de carne verduzca putrefacta. La antaño hermosa cara de Tiffin estaba destrozada por los gusanos y otros insectos carroñeros. Las arañas se movían por los mechones de pelo, y el vestido con el que había sido enterrada estaba manchado y desgarrado. La monstruosa escena se repetía una y otra vez.

En cuanto a Anduin, aunque estaba entero permanecía cerca de su madre, permitiendo que una mano esquelética se aferrase a su cuello en un gesto más posesivo que amoroso. Para Varian era como si la horrorosa aparición le estuviese diciendo que su hijo ahora era de ella.

—No… —Varian quería que eso fuese una pesadilla. Quería descubrir que se encontraba entre los durmientes. Había pocas cosas que lo conmoviesen, pero esta era una escena tenebrosa que jamás podría haber imaginado. Tenía que ser una pesadilla… tenía que serlo.

Pero Varian se dio cuenta de que, al contrario que su hijo, estaba viviendo algo real, incluso aunque a su manera también fuese una pesadilla. El rey había estado tomando las pociones antes de que apareciese el primero de los durmientes; estaba seguro de que eso lo había protegido de algún modo, consiguiendo que no tuviese sueños. Desgraciadamente, Varian no

había conectado una cosa con otra a tiempo para evitar que su hijo cayese víctima de ello.

Y ahora, lo que fuese que acechaba tras los durmientes, tras sus inquietos sueños, se infiltraba en la capital mostrándole sus peores miedos.

Eso le dio cierta fuerza a Varian. Se volvió al guardia más cercano, la mujer con la que había hablado antes, y le preguntó:

—¿Ves algo en la niebla?

Su voz temblorosa le bastó para decirle lo terrible que la visión era para ella.

—Veo… a mi padre… muerto en batalla… a Tomas… un camarada de armas… Veo…

El Rey Varian miró a los demás guardias.

—¡No ven nada más que su imaginación! ¡Nada más que sus miedos! ¡Ellos conocen sus miedos y se alimentan de ellos! Son pesadillas, lo que significa que no son lo que creen…

Los soldados obviamente se animaron por la fuerza de su voz. Varian ocultó su propia ansiedad por pensar en Anduin y Tiffin. Si incluso consciente de que eran visiones falsas lo afectaban, ¿cómo les iría a lo demás?

Desde más allá de la muralla de la capital y cerca del borde de la niebla se oyó otro cuerno. Una de las patrullas de guardia nocturna. Por el momento Varian se había olvidado de ellos. Esa noche eran una media docena…

—¡Llámenlos! —ordenó al corneta más cercano—. ¡Toca ya! ¡Los quiero a todos dentro!

El soldado dio la señal. Varian esperó.

Una patrulla hacia el oeste respondió. Otra más al sur también. Del noroeste llegó otra respuesta.

La cuarta llegó de los que estaban cerca de la niebla. Varian lanzó un suspiro de alivio al oír el cuerno…

Y entonces el sonido se cortó demasiado pronto.

Peor aún… no había respuesta alguna de las otras dos.

—¡Otra vez!

El corneta tocó. El rey y los soldados esperaron.

Silencio.

Varian miró a las figuras que se movían en la niebla. De nuevo, fue como si las estuviese viendo desde mucho más cerca. Sabía que no era por

azar, sino que era obra de lo que se acercaba a su ciudad. Quería dejarle ver lo que estaba pasando, ver y temer…

Y lo que el monarca de Ventormenta vio lo hizo temblar, pues respondía más preguntas. Los muchos Anduins y Tiffins ya no estaban solos. A sus filas se habían unido figuras tambaleantes con armaduras que llevaban el orgulloso león en el pecho. Pero Varian también podía ver los cuerpos tirados de los mismos hombres en el suelo, incluso con sus monturas caídas a su lado. Muchos de los pálidos soldados llevaban monturas con ojos sin pupilas y cuerpos retorcidos.

—¡Es la Plaga que vuelve por nosotros! —gritó alguien.

Sin mirar a quien lo había dicho, el rey ordenó:

—¡Silencio! ¡Es un truco de magia, nada más!

Entonces la niebla… y su ejército se detuvieron delante de la muralla. Los Anduins y Tiffins miraron hacia arriba con su mirada sin alma fija en Varian. Detrás de ellos, las otras figuras también miraron hacia las almenas.

Sin previo aviso, los Anduins y Tiffins miraron por encima de sus hombros a la impía muchedumbre. Varian no pudo evitar seguir sus miradas.

Al principio solo vio a los soldados mezclados con ellos. Luego otras figuras se volvieron más claras. Aunque sus formas no se distinguían del todo… eran como oníricas… sus rostros eran terribles parodias de gente normal.

Y entonces… entre ellos vio a alguien más conocido. A una mujer de hermoso rostro con largo pelo rubio. Si no hubiese estado vestida como una maga, Varian la habría ignorado como una sombra más.

Era Lady Jaina Proudmoore.

Su expresión era tan temible como la del resto, atrapada entre el horror y la muerte. Varian dio un paso atrás, comprendiendo que la situación era aún más terrible de lo que había imaginado. Como para confirmarlo, a la derecha de Jaina se formó otra figura a partir de la misma niebla. La cara le resultaba desconocida al rey, pero eso no importaba. Vio otra y otra tomando forma.

—¿Por qué no atacan? —preguntó la centinela con la que había hablado al principio—. ¿Por qué?

No respondió, aunque sabía el motivo. Estaban atacando. Poco a poco. El desgaste en el que había estado pensando antes tenía un segundo propósito. El enemigo no solo estaba reduciendo el número de defensores,

los añadía al suyo. Con cada nuevo durmiente, especialmente aquellos como Anduin, atrapados inesperadamente por el agotamiento, su número crecía.

El Rey Varian comprendió que todo lo que tenían que hacer por el momento era esperar… y la victoria sería suya.

* * *

Tyrande rezó… y Elune respondió a su sirviente.

Como si una luna llena y plateada hubiese llenado repentinamente la cámara, la luz de la diosa se amplificó mil veces, bañándolo todo con su gloria. Pero a la Suma sacerdotisa, Broll y Lucan la luz los consolaba. No les hacía daño a los ojos, sino que los calmaba.

No era así para Eranikus. El leviatán verde se echó atrás, y su delgado pero gigantesco cuerpo chocó con la pared y el techo que tenía detrás. La cámara tembló, y grandes pedazos de roca se rompieron en las paredes de la cueva. Sin embargo, la luz de la Madre Luna evitó que ninguno alcanzase al trío.

El dragón dejó escapar un siseo furioso, pero, en lugar de volver a atacar, Eranikus se echó más atrás. Al hacerlo, comenzó a encogerse y transformarse.

—¡Considérense afortunados! —rugió—. Más afortunados de lo que yo nunca seré…

El dragón ya había regresado a su forma de falso elfo. Solo aquí y allá quedaban rastros de lo que era en realidad.

Broll ya había entrado en acción, pero esta vez su ataque no fue físico. En lugar de eso, lanzó un hechizo.

Eranikus dejó escapar un suspiro gigantesco. El falso elfo pestañeó. Miró a la Suma sacerdotisa.

—Un poderoso intento —le halagó—, y casi con éxito… pero nunca se me puede calmar totalmente, incluso por la tranquilizadora y cariñosa luz de Elune… Mi corazón está demasiado torturado…

Pero la figura encapuchada ni renovó su ataque ni huyó. En lugar de eso, cayó contra la pared y cerró los ojos. Un escalofrío recorrió a Eranikus.

—He fracasado tanto. Le he fallado a ella y a todo lo demás…

Tyrande le pidió a Elune que disminuyese su luz, dejándola a un nivel que aún sirviese para que Lucan lo viese todo.

Eranikus se dejó caer y acabó sentado en una parte de la pared que sobresalía como una silla.

—Oh, grande —murmuró Tyrande—, si estuviste corrompido, obviamente ya no es así. Cualesquiera que sean los fracasos que crees haber cometido, ahora tienes la posibilidad de corregirlos.

A cambio de su sugerencia, Tyrande recibió otra risa amarga.

—¡Que ingenuidad! ¿Cuánto has vivido, elfa de la noche? ¿Mil, cinco mil años?

Ella se alzó orgullosa.

—¡Luché contra la Legión Ardiente la primera vez que apareció en Azeroth! ¡Me enfrenté a Azshara! ¡Estaba allí cuando destruyeron el Pozo de la Eternidad!

—Más de diez mil años, entonces —respondió Eranikus y su tono no sonaba impresionado—. En tiempo y experiencia, no es más que una mota comparada con las de mi raza y desde luego con la de alguien de mi edad. Pero aun así tienes una ligera medida de mi miseria, ¿puedes pensar en tus más terribles fracasos?

—Soy muy consciente de ellos, sí…

—Entonces multiplícalos por una magnitud tan grande como la altura del Árbol del Mundo y posiblemente apenas podrás entenderlo… —Frunció el ceño Eranikus, pero su humor se dirigía hacia sí mismo—. He hecho cosas terribles… ¡y lo peor de todo es que podría volver a hacerlas!

Broll y Tyrande se miraron el uno al otro. La Suma sacerdotisa dijo al fin:

—Pero estás libre de la corrupción… Yo estuve allí… ¡De hecho fue la luz de Elune, a través de mí misma y de varias sacerdotisas, la que finalmente te limpió! ¡Te hubiese reconocido de inmediato de no ser porque habías cambiado de forma!

—Eso creí yo también… ¡pero cuando la Pesadilla creció descubrí la verdad! La sombra siempre estará conmigo mientras exista… y por mi culpa existe en el reino de mi señora… —gruñó—. ¡Y por eso no adopto la forma de elfo de la noche que conoces y por eso me disfrazo como dragón negro cuando me veo obligado a volar en busca de sustento! ¡No quería que nadie supiera que era yo! ¡No quería que nadie me buscase!

—Pero Ysera y el Sueño Esmeralda… —empezó a decir la Suma sacerdotisa.

—¡Llámalo como debería ser! ¡Llámalo como será! ¡Llámalo la Pesadilla Esmeralda! ¡Nuestra Pesadilla!

Mientras gritaba, Eranikus se puso en pie. Su forma cambió, volviéndose otra vez parte elfo, parte dragón. También tenía un aspecto más etéreo, como si fuese parte onírico.

Entonces la figura encapuchada se solidificó. Eranikus se quedó mirando al espacio con expresión horrorizada.

—No… casi… no debería haber hecho eso… La línea entre los dos reinos se desvanece… pero no debería ser tan malo aún…

Detrás de Tyrande, Lucan se movió hacia las sombras. Broll se dio cuenta, y Eranikus se dio cuenta de que Broll miraba.

—Humanooo…

El dragón verde, aún en una extraña mezcla de sus dos yo, se acercó hacia Lucan. La cara élfica tenía un morro y dientes demasiado afilados para la forma mortal. Unas pequeñas alas se movieron agitadas y lo que deberían haber sido manos eran garras salvajes de largas uñas.

—Viene del humanooo…

La Suma sacerdotisa adoptó una postura defensiva delante del cartógrafo.

—Con el debido respeto, él está bajo la protección de Elune.

Broll se acercó a ella.

—Y también bajo la protección de este druida.

Eranikus movió una mano.

Los dos elfos de la noche se vieron arrojados en direcciones opuestas dejando a Lucan delante del dragón verde.

Envarándose, el hombre dio un paso adelante.

—¡Mátame y acaba con esto si quieres! He sufrido demasiado como para preocuparme por que me devore un monstruo.

—Prefiero algo más sencillo —respondió con acritud Eranikus. Su rostro volvió a ser algo más élfico mientras estudiaba al desharrapado mortal—. Solo quiero verte más profundamente…

Tyrande se puso en pie, preparando su guja para lanzarla. Sin embargo, Broll, que también se había levantado, le hizo un gesto de que se contuviese. Podía notar que el dragón no quería hacerle daño… al menos por el momento.

Y, si eso cambiaba, Broll ya tenía un ataque en mente.

Eranikus se agachó en dirección a Lucan, que no era un humano muy bajo. El cartógrafo miró valientemente al dragón a medio transformar, que acercó un dedo con garra hacia su pecho.

—Los humanos siempre son los soñadores más fascinantes —murmuró Eranikus, sonando más tranquilo—. Qué diversidad de imaginación, de deseo. Sus sueños pueden crear belleza y horror en el mismo momento.

—No me gusta soñar —dijo el hombre.

Esto le provocó una inesperada risa al dragón.

—Ni tampoco a mí últimamente, tampoco a mí.

La garra se quedó a milímetros de Lucan… y de repente, ambas figuras emitieron un fulgor esmeralda.

Eranikus sacudió la cabeza.

—¡Esto no puede ser posible! ¡Es humano! ¡No hay druidas humanos!

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Tyrande al dragón.

—El otro reino lo toca, es parte de él, puede abrirse a él —replicó maravillándose Eranikus. Retiró el dedo—. ¡Te conozco, aunque no de nombre! Te he visto, aunque apenas habías salido del cascarón entonces…

Lucan Foxblood tragó saliva, pero por lo demás se mantuvo impávido.

—Solo soy un cartógrafo.

—Un creador de mapas, estudiante de paisajes. Lo más cerca que tu mente humana podría llegar a comprender, recordar y aceptar una parte de ti que no fue obra tuya…

—Eranikus siseó—. Ni tampoco ella.

—¿Ella? —repitió el humano.

—¡La que te dio a luz, pequeño! ¡Tu madre, llevada al Sueño muy vilmente por una abyecta criatura que sedujo a una joven cuyo hombre la había abandonado justo cuando estaba a punto de dar a luz! Me tropecé con esa cosa mientras esperaba a la cría para reclamarla para cualquiera que fuese el oscuro propósito que tenía en mente. La criatura huyó al verme, dejando a una madre muriéndose por sus grandes esfuerzos, y a un niño solo y débil…

Lucan miró a Broll y a Tyrande como esperando que aquello tuviese más sentido para ellos. No era así.

—No eras un sueño, así que no debías estar allí. Mi Reina te entregó a alguien que conocía mejor a los humanos, aunque era uno de los nuestros, un dragón rojo llamado Korialstrasz…

—¡Conozco ese nombre! —exclamó la Suma sacerdotisa.

—¡Deberías! Es el consorte jefe de la Reina de la Vida, Alexstrasza —Eranikus frunció el ceño con ira—, y un compañero más competente y

digno de confianza de lo que yo fui para mi amada…

Tyrande empezó a comprender algunas cosas.

—¿Lo sacaste del Sueño Esmeralda?

—¡Tras usar un hechizo para curar su debilidad! A petición de mi reina, aunque me pareció una petición extraña, le di una diminuta parte de mí para que viviese…

—Lo que explicaría por qué vio cómo eras de verdad cuando nosotros vimos como el dragón negro que querías que otros creyeran que cazaba por aquí.

Eranikus siseó.

—El hambre me obligó a salir cada vez más lejos. Parecía el mejor disfraz… para todos, excepto para él. —Miró a Lucan dubitativo—. Nunca pensé que hubiera creado un vínculo entre nosotros con ese acto tan temprano…

—¿Y por eso entra y sale del Sueño casi sin darse cuenta? —preguntó Broll.

Para sorpresa de los dos elfos de la noche, su pregunta pareció llenar al poderoso dragón con un temor renovado.

—¿Lo hace? ¿Sí? —Eranikus le mostró los dientes a Lucan, haciendo que el hombre y los elfos de la noche se preparasen para lo peor—. ¿Entra en la Pesadilla?

—Eso creemos —replicó Broll con su hechizo preparado—. Y sale limpio, aunque no sin verse afectado.

—No debería ser… pero nació allí, y la llamada es de allí… pero Azeroth también lo llama… —Eranikus dio un paso atrás sin perder de vista a Lucan—. ¿Y cuánto tiempo llevas sufriendo eso, pequeño mortal?

—Me llamo Lucan Foxblood.

Habiendo descubierto que podía enfrentarse a un dragón, el cartógrafo también había descubierto que no le gustaba que lo llamasen «pequeño mortal».

—El derecho de corrección es tuyo en ese caso —respondió Eranikus en un tono que decía que el humano no tenía razón en mucho más.

Por razonablemente que un dragón hablase con una criatura que no era de su clase, la mayoría lo seguía haciendo con la sensación innata de que su raza era la primera y principal de los hijos de Azeroth.

—¡Dime! ¿Cuándo lo sufriste por primera vez? ¿Lo recuerdas?

—Siempre he soñado con una tierra idílica, libre de la interferencia del tiempo y la gente —declaró Lucan, casi nostálgico. Pero su expresión se oscureció después—. Pero las primeras pesadillas… los primeros malos sueños… —se detuvo para pensar y luego se lo contó.

Eranikus frunció el ceño.

—Hace apenas unos años. Un parpadeo para los dragones, pero mucho tiempo para los mortales, lo sé…

—Demasiado tiempo —replicó el cartógrafo.

—¡Y demasiada coincidencia! —gruñó Broll haciendo que el resto lo mirase. Miró sombríamente a Tyrande—. Por lo que he entendido, las pesadillas de Lucan comenzaron justo antes de que tú encontrases el cuerpo de Malfurion…

* * *

A pesar de su tamaño, los orcos pueden ser extremadamente sigilosos. Thura era una de esos orcos sigilosos. Había conseguido seguir al trío sin ser vista e incluso lo bastante como para oír sus voces. No todas las palabras tenían sentido y algunas habían resultado ininteligibles, pero una palabra en particular la inquietó.

El nombre del malvado. El vil elfo de la noche. Malfurion.

Thura no oyó la palabra anterior al nombre o se habría preguntado si su presa estaba ya muerta. Por lo tanto, solo sabía… o creía… una cosa. Pronto se enfrentaría al asesino de Brox y a quien asolaba Azeroth…

La orca se echó atrás, aún asombrada. El dragón no estaba allí ahora, sino un mago, o eso parecía. Tampoco había oído lo suficiente como para saber la verdad. Thura no tenía a los magos en gran estima, eran cobardes que luchaban en la retaguardia de la batalla usando métodos que ningún guerrero honorable aceptaría. Que considerase de otro modo a los chamanes e incluso a los druidas era simplemente un prejuicio basado en las decisiones de su pueblo. A sus ojos solo significaba un obstáculo más al que tendría que enfrentarse para vengar a su pariente.

La orca se arrastró por el paisaje en busca de un lugar desde el que ver la colina entera. No importaba por donde salieran, los vería. Entonces, como siempre había hecho, Thura seguiría el rastro que le proporcionaran, fuese mediante sueños o rastreando a los compañeros de Malfurion.

Un ruido desde arriba hizo que se tirase al suelo junto a una estribación cercana. Al mirar hacia arriba, Thura gruñó. Ahora podía ver a

todos sus enemigos. El último había aparecido, aunque la orca todavía no sabía cómo se había ido antes sin que ella lo viese.

La forma de un dragón sobrevoló la zona. Thura lo observó flotar por encima de las colinas donde había creído que anidaba. En el cielo nocturno, el dragón era una gran silueta negra. Era difícil de distinguir al dragón de la oscuridad. Era una suerte que Thura hubiese visto a la bestia en mejores condiciones o, si no, en ese momento hubiese dudado de sus ojos. El dragón parecía mucho, mucho más grande que antes, enorme en comparación. De hecho, era tan grande que no era posible que fuese el mismo que había visto antes. Ese era en verdad un gigante entre gigantes.

Thura agarró el hacha, lista para usarla si era necesario, pero el dragón dejó de flotar y se volvió a poner en movimiento. Batiendo con fuerza sus alas, se alejó.

Y, si Thura hubiese conocido mejor el terreno, se habría dado cuenta de que el dragón se dirigía hacia Vallefresno.



CAPÍTULO ONCE
HACIA TALLOUMBRÍO

Poca luz se filtraba desde fuera. La mayoría de la luz que se veía en la cueva aún se debía a Tyrande. Aun así, la débil luz del exterior parecía poner todavía más nervioso al dragón.

—Esto no es natural —murmuró—. El cielo debería brillar más.

Eranikus cerró los ojos un momento. Su expresión se endureció, los volvió a abrir y les dijo:

—¡No deberían haberse quedado! He visto el exterior. No hay tantas nubes bloqueando el sol sino una niebla que a estas alturas tendría que haberse disipado. No es natural… siento… siento la Pesadilla más cerca que nunca…

El dragón verde rara vez llamaba al reino por el nombre por el que se conocía desde tiempo inmemorial. Para él allí solo existía el horror en que se había convertido.

No hizo mención tampoco al destino de su señora Ysera, lo que a Broll no le dio buena espina. Pero, a pesar de estar tan obviamente preocupado por su reina y compañera, Eranikus se negó a acompañarlos a Vallefresno… un tema que se había convertido en una discusión que había durado toda la noche.

Eranikus permaneció en su forma de falso elfo, como si ser él mismo durante un breve periodo de tiempo fuese arriesgarse a volver a corromperse. El dragón les había dicho que se fueran más de una vez, pero ni el druida ni la Suma sacerdotisa se habían movido, ni siquiera cuando los había amenazado. A ambos les resultaba obvio que, siendo la situación tan grave en el reino del sueño, iban a necesitar la ayuda de alguien que lo conociese mejor aún que Broll. Afortunadamente, había quedado muy claro

que por sus propias razones Eranikus no tenía ninguna intención de hacerles daño.

—He sido muy paciente —gruño el dragón dándoles la espalda—. Márchense antes de que los eche de este lugar.

—Podrías haberlo hecho más de una vez —señaló Broll—, y no lo has hecho.

—¡No confundas mi dolor por debilidad! —replicó Eranikus, volviéndose hacia el elfo de la noche—. ¡Ni mis remordimientos! He hecho grandes maldades y lo sé, pero mi paciencia tiene límite…

* * *

Lucan oía todo esto con una sensación de fatalidad inminente. Lo que se discutía lo superaba, pero sí entendía que la cosa estaba empeorando y que, a pesar de que deseara que no fuese así, de algún modo estaba vinculado a ellos.

Un deseo de tener al menos un poco de silencio había ido creciendo gradualmente en él. El cartógrafo finalmente cedió. Con los elfos de la noche todavía discutiendo con el dragón, Lucan decidió separarse de ellos. No muy lejos. Solo lo suficiente como para tener un poco de paz.

Eranikus bloqueaba el camino por el que habían entrado, así que Lucan se encaminó en dirección opuesta. Escogió un pasillo al azar, ya que le importaba solo que fuese lo bastante largo como para escapar de las voces. Cada vez deseaba más alejarse.

Aunque no era ni mucho menos tan sigiloso como el druida o la Suma sacerdotisa, el humano salió de la cámara sin que se dieran cuenta. Respirando ya con mayor facilidad, Lucan tastabilló por el desigual y estrecho pasillo.

Las voces lo seguían. Insatisfecho, Lucan siguió adelante. La discusión se convirtió en meros sonidos, pero seguía sin ser suficiente.

Lucan había dejado de la zona iluminada, pero un débil rayo de luz delante de él le permitía al menos cierta visibilidad. Instintivamente se dirigió hacia él.

Al fin encontró una salida al exterior. Afuera apenas había más luz que allí donde estaba y unos tentáculos de niebla entraban por el pasillo, pero, a pesar de su cautela, Lucan sintió la necesidad de continuar. No había nada de malo en dar un solo paso fuera. Si le parecía mínimamente peligroso, lo único que tenía que hacer era volver a entrar.

Convencido por esa lógica, el humano salió del pasillo. Vio un desdibujado paisaje que al principio le hizo pensar en el prístino paisaje esmeralda con el que siempre había soñado y en el que aparentemente había entrado y ahora temía.

Aun así, salir después de una noche en la cueva le resultó de cierto alivio a Lucan. *Solo me quedaré aquí un momento*, prometió. *Quizás… quizás para entonces ellos ya sabrán qué hacer.*

Lo único de lo que estaba seguro era de que no tenía ningún deseo de ir a Vallefresno. Ya se había dado cuenta de que en cierto sentido aquel lugar estaba relacionado con el reino del sueño. Lucan no les había dicho a los elfos de la noche que, cuanto más cerca estaba de cosas que estaban vinculadas con lo que el dragón llamaba con razón la Pesadilla, más crecía la sensación de estar constantemente deslizándose entre Azeroth y aquello. Todo lo que estaba relacionado con el reino del sueño lo llamaba.

Por eso, entendió al fin Lucan, era por lo que había acabado ahí. Se había visto atraído hacia el dragón desde el principio, pues Eranikus no era solo parte de su increíble y terrible pasado, un pasado que Lucan todavía estaba intentando comprender, sino que el dragón había sido, al menos en el pasado, parte integral de la Pesadilla. Lo que fuese que hubiese espoleado esta parte de Lucan parecía decidido a colocado en el camino hacia el otro reino… algo que él quería evitar desesperadamente.

El cartógrafo caminó hacia delante y hacia atrás. Durante toda la noche, mientras los otros discutían por llegar a algún acuerdo, había estado intentando entender por qué se lo tenía que forzar a hacerlo. Era un huérfano criado por buenas gentes de Ventormenta y había esperado que su vida empezase y acabase como le ocurría a la mayoría. La magia y los monstruos no eran para él. Su sed viajera se concentraba solo en cómo podría mejorar los mapas que su señor firmaría con su propio nombre. Lucan no tenía más deseos por encima de esos.

No era un cobarde, ni mucho menos, pero tampoco era un aventurero soñador.

Este último pensamiento le provocó una mueca. *¡Son mis sueños los que me dan problemas!*

Un ruido de piedras le hizo mirar a su alrededor. Solo entonces Lucan se dio cuenta de que se había alejado más de lo que pretendía. El pasillo era ahora una forma dibujada a cierta distancia detrás de él.

Girándose se dirigió a toda prisa haca allá.

Una fornida figura lo agarró desde atrás. Olió un cuerpo menos limpio que el suyo. Lucan vio las manos que sujetaban el mango del hacha que le arrebataba el aire de los pulmones, lo que también evitaba que pudiese pedir ayuda, y notó sobre todo que eran grandes y verdes.

—Orco… —dijo entrecortadamente, apenas un susurro. Lucan lo volvió a intentar, pero esta vez no tenía aire. Comenzó a marearse, y la vista se le nubló.

También se le volvió… verde.

Cuando eso ocurrió, la presión de su pecho desapareció. Sin embargo, una fuerza poderosa lo empujó al suelo. Lucan cayó de cara y notó el suelo mucho más blando y agradable de lo que sabía que tenía que haber sido

—Sí… —rugió una voz que, aunque profunda, era de una hembra—. Estoy cerca… el lugar de las sombras esmeralda…

—¿Es-esmeralda? —consiguió decir Lucan.

Miró hacia arriba y, para su horror, vio que la voz había dicho la verdad. Estaba en el otro reino… pero esta vez no solo lo había atravesado.

Antes de que el cartógrafo pudiese ver algo más, se vio arrastrado hasta ponerse en pie, y luego lo dieron la vuelta.

Sí que era un orco y era una hembra, aunque con una cara que Lucan esperaba por el bien de ella que fuese atractiva para los de su raza. La boca era ancha y la nariz corta y aplastada. Los ojos tan odiosamente fijos en él eran los únicos rasgos que podría llamar atractivos. De hecho, habrían resultado hermosos en una humana.

El filo de un hacha se colocó bajo su barbilla. La orca gruñó:

—¡Llévame hasta él!

—¿Hasta… hasta quién?

—¡Aquel que no tiene honor! ¡El vil asesino! ¡El mal que lo amenaza todo! ¡El elfo de la noche que se hace llamar Malfurion Stormrage!

Lucan intentó levantar la barbilla, pero el hacha la siguió. Con los dientes apretados respondió:

—¡No sé… no sé dónde encontrarlo!

Esto no le sentó bien a su captora. Lucan se preguntaba por qué no volvía a Azeroth como siempre había hecho otras veces. Se concentró… pero no ocurrió nada, excepto que la orca le apretó el hacha contra el cuello con más fuerza.

—¡Lo sabes! ¡La visión me lo dijo anoche! Te vi allí cuando él mató al gran y leal Brox…

—No… no tengo ni idea de qué… —se detuvo cuando una dolorosa sensación bajo su barbilla le informó de que el filo del hacha había provocado sangre.

—¡Era distinto otra vez! ¡Siempre me dice qué hacer! ¡Estoy cerca, humano! Vengaré a mi pariente… ¡y tú me ayudarás o compartirás el destino del elfo de la noche!

Lucan sabía que hablaba en serio. Murmuró cautelosamente:

—Sí… te llevaré allí.

El hacha bajó. La orca se inclinó hacia él; su aliento era casi tan fuerte como el olor de su cuerpo. Miró más allá de él con su mente en otra parte.

—Mi venganza está escrita… ¡Soñé que saldrías y por dónde, y ha ocurrido! Malfurion morirá…

Lo volvió a girar de nuevo para que la guiase. Solo entonces vio Lucan por primera vez el lugar a través del que, en otras ocasiones, solo había pasado medio muerto o a toda velocidad.

El paisaje que tenían más cerca era idílico, un lugar inmaculado de belleza natural. Una hierba larga y suelta se extendía por campos moteados por colinas y frondosos árboles. Había señales de vida animal, sobre todo pájaros, en la distancia. Pensó que ciertamente era algo como salido de un sueño.

Entonces el cartógrafo se dio cuenta de que no había pájaros cerca de ellos. Todos estaban lejos. Al no ver nada en la dirección en que estaba, miró por encima de su hombro.

Lucan se quedó boquiabierto. Aunque la visión estaba a gran distancia de donde se encontraban, afectó de tal modo al humano que instantáneamente intentó regresar al plano mortal para huir de lo que veía… pero no sirvió de nada.

Como si ella no viese lo que cualquier criatura viva podía ver… y lo que ninguna criatura viva quería enfrentar… la orca usó el mango del hacha para empujar a Lucan bruscamente hacia delante… hacia la Pesadilla.

* * *

Eranikus se estremeció.

—¡El portal fue abierto! —Miró a su alrededor—¿Dónde está el humano?

Toda discusión quedó olvidada mientras el trío empezó a buscar a Lucan. Broll captó su rastro primero.

—¡Ha ido por aquí!

Tyrande siguió al druida, pero Eranikus se giró en dirección contraria. Ninguno de los elfos de la noche tenía tiempo para preocuparse del dragón, que parecía decidido a no ayudarlos.

Broll salió a cielo abierto momentos después. La niebla era más espesa y le recordaba demasiado a Auberdine.

—¿Lo ves? —preguntó la Suma sacerdotisa.

—No, pero con esta niebla puede que solo esté a unos metros de aquí.

Tyrande colocó una palma delante de ella y comenzó a rezar para sí. La niebla empezó a disiparse, como si la empujase una mano invisible.

Pero en la zona que se mostraba no había rastro del cartógrafo. El druida volvió a estudiar el terreno, encontrando rápidamente las huellas apenas visibles de Lucan.

—Se fue por aquí, pero parece que caminaba de un sitio a otro. Él… —Broll se detuvo, luego presionó su cara contra el duro suelo mientras captaba otros detalles—. Hay otras huellas… y por su forma yo diría que de un orco.

—¿Un orco? ¿Aquí?

Un ruidoso batir de alas hizo que los dos elfos de la noche mirasen hacia arriba y detrás. Por encima, la inmensa forma del dragón verde aparecía en toda su majestuosidad. Era enorme en comparación con la mayoría de los dragones que había visto, aparte de los Grandes Aspectos. Pero Eranikus también era más delgado, más largo que muchos. Se quedó flotando con sus enormes alas membranosas extendidas a cada lado. De su coronilla surgían hacia atrás dos largos cuernos. Sus estrechas mandíbulas se abrieron mostrando unos inquietantes dientes afilados tan largos como un brazo de Broll. Bajo la barbilla, un menudo mechón de pelo le daba al consorte de Ysera un aspecto más intelectual.

Lo más increíble era que Eranikus titilaba ligeramente, como si no estuviese totalmente en sintonía con el plano mortal. Añadía cierta cualidad etérea al leviatán y demostraba los lazos que todavía tenía con el Sueño Esmeralda a pesar de sus problemas anteriores.

Eranikus observó la zona.

—¡No hay rastro del pequeño humano en ninguna parte, aunque sinceramente soy casi ciego cuando uso mis ojos como una criatura mortal! —siseó por fin el dragón.

Lo que no dijo fue que, dadas las circunstancias, no se atrevía a mirar el mundo con la Visión del Sueño. Eso suponía arriesgarse a contactar con

el Sueño Esmeralda… y con la Pesadilla.

—¡Y el portal se ha vuelto a cerrar!

—Se lo han llevado —explicó Broll—, un orco, por lo visto.

El gigante mostró sus afilados dientes.

—Ha debido de intentar escapar usando su talento único.

—Si lo ha hecho… se ha llevado al orco con él —señaló Tyrande.

Aún flotando, Eranikus inclinó la cabeza a un lado.

—He olido a orco aquí, pero era un olor débil, lo que quizás significa uno solo, y ningún orco sería lo bastante necio como para buscarme… —Volvió a sisear—. ¡Al contrario que los elfos de la noche!

A Broll no le gustó cómo había sonado lo primero.

—¿Por qué el orco se quedaría aquí por días? ¿Qué podrían querer de este lugar?

—Podría ser coincidencia —sugirió la Suma sacerdotisa—, pero más bien creo que alguien quería al orco aquí. La presencia del orco, junto con la de Lucan y su pasada relación con Eranikus hacen que sea demasiado difícil creer que nada de esto se deba al azar…

Un siniestro rugido escapó del dragón verde. Miró fijamente a los elfos de la noche.

—¡Estaré con ustedes el tiempo suficiente como para llevarlos a Vallefresno y asegurarme de que tengan el camino despejado! ¡Nada más!

Aunque ambos estaban agradecidos, Broll tenía que preguntar:

—¿Pero por qué cambias de idea? ¿Por qué acercarte tanto cuando lo temes de esa manera?

Eranikus se quedó mirando al aire como si estuviese pensando, al fin dijo:

—Porque no me gusta la idea de que quizás algo haya estado maquinando todo este tiempo… ¡solo para que este orco pueda llegar hasta la Pesadilla!

El druida se mostraba incrédulo.

—¿Pero con qué motivo?

El gran dragón parecía preocupado, tanto que la inquietud de los elfos de la noche aumentó grandemente.

—Bien podríamos preguntarlo, pequeño druida… bien podríamos preguntarlo.

Descendió al suelo y, con una inclinación de cabeza, les indicó que subiesen sobre su cuello. Tyrande ya había montado en dragones, así que

obedeció sin dudarlo. Broll frunció el ceño, pero la siguió inmediatamente. Su forma de pájaro no podría seguirle el ritmo a un dragón.

En cuanto estuvieron preparados, Eranikus se elevó. Trazó un círculo y luego se dirigió hacia donde el druida había supuesto que se encontraba Vallefresno.

—¿Cuánto tiempo tardaremos en llegar? —gritó Tyrande—. ¿Cuánto tiempo tardaremos hasta Vallefresno?

—¡No mucho, pero quizás demasiado! —le gritó a su vez el dragón—. ¡Apriétense contra mi cuello y sujétense bien!

Surcaron el cielo a una velocidad que casi les quitó la respiración a los elfos de la noche. Las ráfagas de viento podrían haber sido más difíciles de resistir, pero Eranikus arqueó el cuello para ofrecerles cierta protección.

Broll se atrevió a inclinarse a su derecha lo suficiente como para ver algo del suelo. Lo que vio lo dejó más preocupado. Había niebla por todas partes. No era una extensión continua y espesa, pero había separaciones. Ciertamente, el dibujo le recordaba a algo.

Como druida, por fin se le ocurrió. *Ramas… los tentáculos de niebla parecen ramas de un árbol maléfico.*

El parecido se veía acentuado por zonas que recordaban a hojas con bordes aserrados. Eso le recordó las visiones había tenido antes y se preguntó por su relación con todo eso.

Volaron y volaron. Las colinas se convirtieron en bosques. El aire se enfrió un poco. Los árboles pasaron a ser un frondoso bosque verde que Broll conocía de viajes anteriores.

—Lo veo… —les informó Eranikus—. Talloumbrío se encuentra justo delante…

«Justo delante» para el dragón seguía significando para sus pasajeros que no lo verían hasta pasados unos minutos. Entonces…

—¡Lo veo! —gritó Tyrande.

Broll le tocó en la espalda en señal de reconocimiento. Él también podía ver al fin el Gran Árbol.

Quedaba empequeñecido por sus más poderosos parientes, pero aún se alzaba sobre la región como un monarca por derecho propio. Desde la distancia el árbol parecía estar bien, incluso aunque su base estuviese cubierta de niebla. Sus vastas ramas se extendían más de un kilómetro y entre ellas se podía encontrar a una multitud de criaturas, incluyendo a muchas de aquellas que servían a los guardianes. Era uno entre un puñado

de árboles como él mismo. Los otros se encontraban en el asombroso bosque Canto de Cristal, un lugar místico en el helado Rasganorte donde además de los fascinantes árboles normales crecían formaciones de cristal; en las Tierras del Interior al este de Pico Nidal, el hogar de los enanos Martillo Salvaje, que montaban grifos; en el tenebroso y peligroso Bosque del Ocaso, y en la profundidad de la fría y húmeda jungla de Feralas.

Había portales en todos esos lugares, pero para los druidas y para Broll en particular Vallefresno era el más seguro. Hasta ahora.

Sin embargo, al acercarse, el dragón dijo:

—La zona está vacía. No veo a nadie, ni elfos de la noche ni nadie…

—Eso no puede ser —replicó Broll—. ¡Los druidas fueron convocados en otra parte, pero debería haber otros aquí!

—Ya veremos.

Eranikus trazo un círculo y luego descendió.

Cuando el dragón se posó, los elfos de la noche vieron por primera vez la enorme base del árbol… y el portal que representaba su mejor esperanza.

Columnas onduladas cubiertas de lianas con amplios capiteles marcaban su lugar de destino. Entre ellas se encontraba un camino compuesto por piedras que llevaba al árbol.

El portal era redondo. Las raíces vivas del árbol le daban forma a su exterior. Se enroscaban una alrededor de otra formando un arco. En el arco había un segundo borde de color violeta que irradiaba energía.

Pero era el centro lo que llamaba más la atención. Dentro del portal, un torbellino de energía esmeralda cambiaba constantemente. A veces destacaban líneas que parecían relámpagos verdes en miniatura.

La clave a sus esperanzas de llegar hasta Malfurion, el motivo para buscar este lugar, era el portal. El camino físico al Sueño Esmeralda y a la Pesadilla, el único camino que podía ser todavía de fiar, estaba ante ellos. Y eso presentaba otra preocupación.

—Es como decías —se dirigió Tyrande al dragón—. No hay nadie, aunque debería haber muchos guardianes.

—¿Podrían estar en el este? —sugirió Broll—. La Horda ha estado muy arrogante en su intención de trabajar en aquella parte del bosque. Era algo que a Malfurion le preocupaba ya hace años.

—Podría ser —concedió el dragón—, pero aquellos que sirven aquí sirven sobre todo a mi reina… no se irían sin su consen…

Eranikus dejó escapar un temible rugido de dolor cuando una enorme roca cayó contra su espalda. Desprevenido y cansado por haber transportado a los elfos de la noche, no había levantado sus defensas contra un ataque tan primitivo como enérgico.

Mientras el dragón trataba de recuperarse, un segundo proyectil le cayó encima. Eranikus trastabilló hacia el portal, derribando varias columnas.

Los elfos de la noche se giraron para enfrentarse al enemigo, Broll transformado en un feroz oso y Tyrande esgrimiendo la guja.

Del bosque salió una gigantesca figura que parecía surgida de los mismos árboles. Su cuerpo estaba cubierto por una gruesa corteza y tenía una gran barba de hojas. Dos colmillos surgían de su boca, y tenía los ojos llenos de una furia dorada concentrada no en los elfos de la noche, sino en el dragón.

—Corrupto —gruñó, y su voz era como el raspado de madera contra madera—. No pasarás…

—¡Un anciano de la guerra! —gritó la Suma sacerdotisa.

Tan rápidamente como se había transformado, Broll recuperó su auténtica forma. Corrió hacia la enorme figura, sin miedo a las tremendas zarpas que parecían enormes y afiladas astillas capaces de hacer pedazos a un simple druida.

—¡Gnarl! —gritó con todas sus fuerzas Broll—. ¡Gnarl, anciano de la guerra, protector de Vallefresno y de Canción del Bosque! ¡Me conoces! ¡Me conoces!

El anciano dudó. La poderosa criatura llevaba solo unos fragmentos de armadura que parecían más ornamentales que protectoras. Rostros temibles y patrones místicos los decoraban. En verdad, el anciano necesitaba poca protección. No había muchas cosas que pudiesen herir a un anciano de la guerra. Se encontraban entre las primeras criaturas de Azeroth, los primeros guardianes de su vida.

Gnarl inclinó la cabeza a un lado mientras estudiaba al druida. Se veía un cierto parecido a un sabueso en la aserrada cara, pero los ojos hablaban de una inteligencia mucho mayor. Ciertamente, los ancianos de la guerra enseñaban a los elfos de la noche guerreros muchas de sus habilidades.

—¡Te conozco, sí, elfo de la noche! Eres el errante y amigo llamado Broll Bearmantle… —Gnarl inclinó brevemente la cabeza—. Mis condolencias por la muerte de tu joven hija…

El comentario hizo que Broll apretase los puños, aunque se los ocultó al anciano. Con vidas que hacían que las de los elfos de la noche pareciesen cortas, los ancianos a menudo veían los años como segundos. Para Gnarl la muerte de Anessa había sido un incidente que acababa de ocurrir y que recordaba bien. Gnarl no pretendía recordárselo a Broll… aunque el druida no lo iba a olvidar nunca.

Pero Gnarl volvió su atención a Eranikus, que finalmente se había recuperado. El dragón extendió sus alas y siseó al anciano, pero, aunque Gnarl era más pequeño, el guardián no pareció temer enfrentarse directamente a Eranikus.

—¡Corrupto! Se te advirtió…

—Solo he venido para traer a estos dos a ayudar a mi Reina y a su amigo… ¡también amigo tuyo!, ¡Malfurion Stormrage!

—Stormrage… —Gnarl parecía inseguro—. Hemos sentido mucho su ausencia… también su presencia…

Sus ojos miraron fijamente a Eranikus.

—Como hemos sentido tu presencia acercarse… y la corrupción que traes contigo…

El dragón empezó a encogerse. Por su reacción estaba claro que lo que había dicho el anciano había tocado una fibra sensible.

—¡Está libre de su corrupción! —lo corrigió Broll, defendiendo a Eranikus—. ¡Es de nuevo un aliado y amigo! ¡Deberías saberlo!

—¡No! —Gnarl levantó una poderosa mano—. ¡Lo vi regresar a su maldad! Él… —La enorme figura parpadeó—. No… eso fue una pesadilla… una de muchas últimamente. No parece corrompido… pero…

Aprovechando las dudas del gigante, Broll le hizo una pregunta que había estado inquietándolo.

—Gnarl… ¿dónde están los otros guardianes?

La expresión del habitante del bosque se volvió más adusta.

—Algunos en el este, otros en el norte, otros en el sur. Los demás… aquellos que se quedaron conmigo… los otros duermen y no se despiertan… —Sacudió la cabeza—. Los he puesto a salvo… pero me he cansado mucho… puede que pronto me una a ellos.

—¿Qué ha pasado?

Gnarl les contó que los guardianes, incluyendo ancianos, elfos de la noche, dracos verdes, dríadas y especialmente aquellos del Vuelo Verde, llevaban mucho tiempo sin órdenes de Ysera. Se habían preocupado. Esa

preocupación había aumentado cuando una dríade llamada Shael'dryn había llegado a ellos tras huir de su poza de luna. Las pozas, conectadas a la magia de la naturaleza y a la luz de Elune, eran lugares de sanación tanto para la tierra que la rodeaba como para aquellos que bebían de sus aguas. Magos y otros hechiceros podían incluso renovar el maná, un don de la Madre Luna a los otros defensores de Azeroth. Shael'dryn era la que vigilaba la poza que se encontraba más al norte.

—La conozco —dijo Broll con una débil sonrisa irónica—. Es una bromista, una enamorada de los juegos de palabras…

Gnarl sacudió su irregular cabeza.

—No había nada de humor en ella cuando vino. Nos avisó de atacantes en la oscuridad que buscaban las pozas. La dríade solo los llamaba sombras, aunque dijo que le recordaban a otra cosa.

Nadie oyó a Tyrande tomar aire. Esta preguntó:

—¿Dónde está? Sería buena idea hablar con ella.

—Eso es imposible —respondió el anciano—. Lleva dos días dormida.

Siguió contándoles cómo, tras oír las palabras de la dríade, los ancianos y otros guardianes se habían separado para dirigirse a las pozas de la luna y otros lugares estratégicos. Habían dejado a Gnarl y a los demás a cargo de proteger el portal.

—Éramos más de una docena… todos fuertes, especialmente los dragones y los dracos… y en ese momento no sabíamos nada de los durmientes que no despertaban. Eso solo ocurrió después de que nos separásemos y nos despidiésemos…

—Jugaron con nosotros como con piezas de ajedrez —señaló Eranikus, a quien no le faltaba cierta satisfacción ante los errores de los demás—. ¡Hmpfff!

Aunque a Gnarl obviamente no le hizo gracia el comentario del dragón, no se defendió. En lugar de eso, el anciano señaló al portal.

—No me interpondré en su camino… Ve, si crees que servirá de algo.

—¡No soy lo bastante tonto como para entrar ahí! ¡Eso es para estos dos!

Ahora Gnarl sí mostró su desprecio, aunque Eranikus lo ignoró. Olvidando al dragón, el guardián del bosque le dijo a Broll:

—Hermano del bosque, iría contigo… pero debe haber alguien aquí además de él.

—Lo comprendo. Iré solo…

—Iremos juntos —interrumpió cortante Tyrande.

Como siempre, era inútil discutir con la Suma sacerdotisa. Broll se encogió de hombros.

—Entonces vamos allá.

Eranikus se hizo a un lado. Los elfos de la noche se dirigieron hacia las brillantes energías.

Tyrande exhaló.

—Parece tan… hermoso.

—Una vez lo fue.

—¿Cómo entramos?

—Simplemente pasa —replicó el druida—, y estate preparada para cualquier cosa.

—Siempre lo estoy.

—Que les vaya bien —dijo Gnarl, levantando una pesada mano—. Aún hay cerca una sensación de corrupción.

—La Pesadilla cubre gran parte del Sueño —señaló impacientemente Eranikus. Ahora que aquellos dos estaban a punto de entrar se mostraba más ansioso—. Siento su malevolencia más que nunca. ¡Una vez hayas pasado, me iré!

Broll, que iba primero, miró por última vez al dragón.

—Pero te agradecemos tu ayuda.

—¡No me agradezcas que te haya traído a un posible desastre, pequeño elfo de la noche!

Tyrande, mirando el portal, los interrumpió.

—Broll, hay algo…

El portal llameó. Las energías esmeralda se oscurecieron, luego se hincharon, extendiéndose para abarcar a la pareja.

Cuando los elfos de la noche intentaron entender lo que estaba ocurriendo, una risa burlona resonó en sus oídos y una terrible cabeza que parecía tanto niebla como realidad se lanzó hacia ellos. Como las energías del portal, la criatura era de un espantoso color verde.

—Los estábamos esperando… —dijo el dragón.



CAPÍTULO DOCE
SIRVIENTES DE LA PESADILLA

El dragón verde no era tan grande como Eranikus, pero sí era de gran tamaño y estaba decidido a acabar con los elfos de la noche. Broll lanzó el hechizo de calma que había funcionado al menos en parte con el consorte de Ysera con la esperanza de frenar a la bestia que los atacaba.

Pero sus esfuerzos solo se vieron recompensados con más risotadas malévolas. El dragón habría caído sobre ellos de no ser por Tyrande, que empujó al druida a un lado y lanzó su guja.

Brillando con la majestuosidad de Elene, el arma de tres filos giró certera hacia su objetivo. La punta hizo un corte en el hocico del dragón, justo sobre la zona de color rojo que casi parecía una barba y, aunque el monstruo parecía semiinsustancial, un relámpago de oscura energía esmeralda salió del corte. El dragón cornudo arqueó el cuello, más furioso que herido. Desplegó completamente las alas, mostrando una membrana roja que contrastaba llamativamente con su color verde. Los demoníacos ojos de Lethon estaban abiertos por la furia, y estaba claro que, al contrario que Eranikus u otros pertenecientes al vuelo verde, que generalmente mantenían los ojos cerrados y lo observaban todo a través de un estado semidormido, el corrupto gigante veía muy bien.

—Hay que enseñarles cuál es su sitio… —siseó la bestia cuando la guja regresó a Tyrande.

—¡Aléjate del portal! —ordenó Broll—. ¡Retírate de él!

La pareja se echó hacia atrás, intentando regresar a Vallefresno, pero las energías del portal se extendieron para seguirlos. No importaba cuánto empujaban, no podían alcanzar el plano mortal.

Entonces una poderosa figura intentó alcanzarlo. Gnarl, medio sumergido en las energías del portal, agarró a Tyrande con una enorme mano y a Broll con la otra mientras el siniestro dragón se lanzaba hacia delante.

—No pueden escapar… ¡la Pesadilla los rodea y está en su interior!

Al decir eso, del mismo aire que rodeaba a los elfos de la noche se formaron criaturas de sombra que hicieron que Tyrande dejase escapar un grito ahogado. Aunque solo eran siluetas, tenían el aspecto de sátiros. Sus musculadas patas eran semejantes a las de las cabras, acabando en unas pesadas pezuñas hendidas, y en sus cabezas había afilados cuernos que caían hacia atrás. Había rastros de otros rasgos de los sátiros, como las largas colas y las barbas, mientras que los torsos y las cabezas recordaban a los de los elfos de la noche. La silueta de sus salvajes garras estaba bastante definida. El hecho de que fuesen sombras añadía una nueva dimensión al horror de aquellos que se habían enfrentado a los auténticos demonios en el pasado.

Su número creció rápidamente, amenazando con aplastar al trío. Gnarl empujó a los elfos de la noche detrás de él y luego se enfrentó a las sombras de los sátiros. Estos saltaron contra el anciano con feroz despreocupación. Arañaron, arrancaron y mordieron con sus colmillos y garras de ébano. Atravesaron la dura corteza. Una savia de color marrón oscuro goteaba por los cortes del anciano, pero Gnarl no parecía impresionado por las heridas que había recibido.

El anciano agarró a una de las sombras y apretó. La silueta se hizo mil pedazos. Gnarl cogió a otra e hizo lo mismo.

Pero los pedazos de la primera se volvieron a unir en diferentes lugares. De la sombra que había destruido nació media docena más. Lo mismo ocurrió con los fragmentos de la segunda.

Pero el anciano les había conseguido tiempo a sus dos compañeros para planear sus propios contraataques. La Suma sacerdotisa lanzó su guja. El arma se convirtió en una muerte voladora cortando sombra tras sombra. La luz de la luna que rodeaba los filos quemaba luego las siluetas cortadas.

En cuanto a Broll, se transformó, tomando de nuevo forma de oso. El enorme oso oscuro cayó sobre las sombras de los sátiros. Las garras destrozaron y atravesaron a las siluetas mientras brillaban con llamas de color púrpura. Las sombras caían a docenas mientas Broll dejaba que su instinto animal se hiciese cargo de la situación.

La insidiosa risa del dragón ahogó todos los demás sonidos. Se acercó a Broll.

—¡Tus llamitas no me harán daño!

El leviatán abrió la boca y exhaló. Una gran nube de oscuridad total emergió de ella y envolvió al druida. Broll no podía ni ver ni sentir nada. Gruñendo, cortó y mordió, pero no encontró nada sólido.

¡Padre! ¡Padre!

El gigantesco oso enseñó los dientes, desconfiado y ansioso. Broll reconoció la voz de su hija.

¡No, padre, no!

Sabía que no era real, que era una pesadilla provocada por el dragón… pero el grito parecía tan real.

Por un momento Broll vio a una elfa de la noche. Eso reforzó su melancolía por Anessa. El druida recuperó su forma normal…

Las sombras lo presionaban… pero de ellas también apareció la figura que había visto. Lo agarró con fuerza y tiró de él.

—¡Broll! ¡Despierta!

Pestañeó, sin saber cuándo había cerrado los ojos.

—¿A-Anessa?

—¡No! ¡Tyrande!

—Tyrande…

El druida recuperó el sentido. Estaba junto a la Suma sacerdotisa, que tenía un brazo alrededor de su cintura mientras en la otra mano esgrimía la enorme guja reluciente. La luz de Elune aún estaba en arma, dándole poder contra las sombras de los sátiros.

—¡Aquí viene otra vez! —le advirtió.

Broll no tenía que preguntar quién, pues el monstruoso dragón ya se encontraba sobre ellos. De Gnarl no había ni rastro, y el druida también se preguntaba qué le había pasado a Eranikus. ¿Los había traído hasta aquí para que este otro dragón acabase con ellos? *No… ¡eso no tiene sentido! ¡Si fuese así, también él estaría aquí asegurándose de nuestras muertes!*

Pero lo que importaba más en ese momento era sobrevivir. El dragón se lanzó hacia abajo con la boca abierta. Broll se temió otra niebla de oscuras pesadillas.

Entonces, con un rugido gutural, Gnarl volvió a la escena. Del cuerpo del anciano colgaban pedazos de su corteza, y savia caía por todas partes,

pero Gnarl no mostró debilidad alguna mientras agarraba al monstruoso reptil.

—¡No serán tuyos, Lethon! —gruñó.

—Todos serán nuestros… —se burló el dragón corrupto—. Azeroth y el Sueño han estado inexorablemente unidos desde la creación del mundo… y por lo tanto están unidos al Sueño y todo lo que es… No pueden esconderse de lo que está en su interior…

Lethon… Broll conocía ese nombre.

—¡Fue asesinado! —le dijo el druida a Tyrande mientras luchaban por escapar de las energías del malévolo portal—. ¡Lethon debería estar muerto!

—¿Entonces cómo existe aquí?

El druida lo entendió de repente. Explicaba por qué las energías habían seguido a la pareja.

—¡Solo su cuerpo astral sigue vivo! ¡Es un dragón verde, uno de los más conectados al Sueño! ¡Lo que lo haya corrompido debe de ser capaz de mantener esa parte suya «viva», pero solo mientras esté lejos del plano mortal!

—¿Y qué ocurre si no lo hace?

—Deberíamos intentar averiguarlo —murmuró Broll—. ¡Maldito sea Eranikus! Si lo sabía… si por esto nos dejó para que nos enfrentásemos solos a la Pesadilla…

No había tiempo para decir más, pues las formas de color verde oscuro volvían a centrarse sobre ellos y, peor aún, Gnarl ya estaba perdiendo terreno ante Lethon. Aunque el guardián era gigantesco y encarnaba el poder y la resistencia del enorme árbol al que se asemejaba, Lethon también era poderoso. El dragón tiró al anciano herido y alzó una zarpa que acababa en unas enormes garras.

Los elfos de la noche no podían ayudarlo. De hecho, no solo el anciano los había lanzado hacia atrás, sino que ahora estaban separados el uno del otro por las demoníacas siluetas.

—¡Lejos de mí! —rugió Tyrande intentando recuperar terreno. Esgrimiendo la guja y con la luz de Elene, se abrió paso entre las filas infernales. Las sombras de los sátiros que tenía delante se fundieron como rocío tocado por el sol de la mañana.

Broll recuperó su forma de oso usando el fuego púrpura mágico para fortalecer sus poderosos golpes. Pero las pesadillas parecían no tener fin.

Lethon, mientras tanto, había vuelto su atención hacia Gnarl. El anciano se las había arreglado para levantarse sobre una rodilla, pero seguía sin poder defenderse de su gigantesco adversario.

—¡Ya te tengo! —gritó Lethon con una salvaje sonrisa que mostraba muchos, muchos dientes.

—He vivido mucho… no le temo a la muerte…

Esto hizo que el dragón riese aún más duramente.

—Muerto no nos sirves de nada…

Con una poderosa garra, lanzó a Gnarl hacia la niebla.

El anciano se las arregló para detenerse en el mismo borde. Obviamente aturdido, se levantó desafiante para continuar su batalla.

De la niebla surgió una mano oscura. Era pequeña, pero agarró la pierna de Gnarl con una ferocidad que hizo que el anciano mirase hacia abajo. En ese momento, una segunda mano idéntica a la primera lo agarró de un brazo.

Otras manos surgieron de la niebla. Estaban juntas, como si fuesen parte de un mismo dueño. Gnarl gruñó e intentó quitárselas de encima, Pero ya eran demasiadas las que lo sujetaban.

Broll le rugió una advertencia a Tyrande. Los dos elfos de la noche intentaron abrirse camino hacia su rescatador.

A pesar de sus titánicos esfuerzos, el anciano no podía liberarse ni de una sola mano. Cada vez lo agarraban más. Lo sujetaban como un animal hambriento se aferraría a su comida. Lentamente empezaron a arrastrar a Gnarl hacia la niebla.

Lethon se interpuso entre el gigante y el druida. Giró ante Broll y las risas del dragón le provocaron un escalofrío involuntario al gran oso. Broll le rugió al dragón mientras intentaba encontrar un modo de sobrepasarlo. Más atrás, Tyrande luchaba con las sombras que habían redoblado el ataque contra su posición.

—Malgastas el aliento… Nadie puede escapar… Nadie puede huir… Nos perteneces…

Gnarl estaba medio sumido en la niebla. Todavía más y más manos le agarraban los brazos, luchaban contra sus piernas y se aferraban a su torso. Otras tiraban de la cabeza del valiente guardián e incluso buscaban ahogar su voz.

Pero Gnarl consiguió lanzar un grito.

—¡Huyan a través del portal! ¡Huyan a través del…!

Las manos, parecidas a las de elfos de la noche, humanos, orcos, tauren y otras criaturas de Azeroth, ahora cubrían prácticamente al anciano. Había tantas que el propio Gnarl apenas podía moverse. Arrastraron un pie hacia la niebla. A eso se le unió un hombro, luego el brazo entero. La cabeza de Gnarl desapareció en la impenetrable niebla.

El anciano tembló. Luego pareció quedar sin fuerzas.

Las manos arrastraron el resto de su cuerpo dentro de la niebla.

Tyrande había estado buscando un camino al otro lado de Lethon, pero no se abrió hasta que no desapareció Gnarl. Tan desesperada estaba por alcanzar a su aliado que la Suma sacerdotisa dio unos pasos hacia delante antes de darse cuenta de que no solo era demasiado tarde para Gnarl, sino que Lethon había dejado que se pusiera ella sola en un compromiso para hacer de ella su siguiente víctima.

Aparecieron las primeras manos, tan hambrientas como antes.

Obligada a salvarse del destino de Gnarl, la Suma sacerdotisa desvió su atención de Lethon para combatir con las manos, con la luz de Elune y con su guja.

Un aullido titánico sacudió a los tres combatientes. Una forma brillante apareció entre ellos. Eranikus.

Los ojos cerrados del dragón esmeralda estaban fijos en Lethon. El corrompido leviatán rugió de repente. Se giró y gritó:

—Los arboles… ¡se me acercan!

Al decir esto, Broll y los otros vieron lo que parecían ser unos inofensivos árboles reunirse alrededor del dragón corrompido. Para el druida parecían ser inocuos, sanadores… pero para Lethon era como si su mero roce fuese venenoso.

Pero entonces Lethon sacudió la cabeza. Los árboles de niebla desaparecieron.

Lethon miró a Eranikus con expresión asesina.

—¡Estoy más allá de esos nimios ataques del sueño! Ciertamente, tú sueñas demasiado, querido Eranikus… Sueñas demasiado y entiendes muy poco de en qué me he convertido mediante el poder creciente de la Pesadilla…

Las zonas quemadas se curaron. Lethon se inclinó hacia delante y, aunque no era tan grande como Eranikus, era temible.

—Pero volverás a entenderlo cuando vuelvas a ser uno de nosotros…

Lethon abrió los ojos de par en par… y cambiaron, revelando que lo que habían visto antes había sido una ilusión. Ahora llegaba la temible realidad.

Eran pozos, pozos tan oscuros que parecían querer tragarse a aquellos a los que miraban. En ellos había la misma hambre y el mismo horror que los que habían exhibido las manos. Pero en el dragón se habían convertido en una maldad distinta, una maldad personal.

—¡Ahora solo soy corrupción, Eranikus! Me ha consumido, y saboreo ese consumo…

—Entonces… entonces no hay motivo para que sigas viviendo…

El compañero de Ysera miró enfurecido a Lethon.

Broll se dio cuenta de que el dragón corrompido no se había atemorizado ni había luchado. En lugar de eso, Lethon aguardaba… expectante.

—¡Eranikus! —gritó el druida—. ¡Cuidado! ¡Hay otro!

Lethon giró la cabeza, y sus ojos vacíos quisieron atravesar el alma de Broll. El druida dejó escapar un grito ahogado, pero luchó contra la terrible sensación.

La niebla que rodeaba a Eranikus se fundió en una espantosa forma que era la Pesadilla encarnada. Era uno de los de la raza de Eranikus, pero apenas. La gran majestuosidad de un dragón verde había sido remplazada por algo tan enfermizo que su carne estaba podrida. Era hembra, pero ahora apenas reconocible. Las membranas violetas de las alas estaban hechas jirones, y un hedor a putrefacción envolvió a los elfos de la noche.

Tyrande tembló, reviviendo la primera guerra contra la Legión Ardiente, cuando la tierra quedó cubierta de muertos inocentes. Broll dejó escapar un gemido de dolor al ver a Anessa morir de nuevo junto a tantos otros en la batalla, mucho más reciente, contra los demonios en Monte Hyjal.

El nuevo terror tenía unos siniestros ojos negros cuyo centro era de un escalofriante blanco hueso. Se acercó a un sorprendido Eranikus, hundiendo unas garras esqueléticas en sus patas delanteras.

—¿Te has olvidado de la querida Emeriss? —pregunto el macabro dragón con una voz que literalmente provocaba escalofríos—. Estamos deseando tenerte otra vez con nosotros, Eranikus…

—¡No! ¡No permitiré que la Pesadilla me vuelva a arrastrar! —dijo, volviendo la mirada hacia ella.

Esta escupió. Una pútrida sustancia verduzca cubrió los ojos de Eranikus.

Eranikus rugió e intentó quitarse la repugnante baba, pero ella lo sujetaba con fuerza. Peor aún, Lethon se había unido a su ataque.

—Te hemos echado tanto de menos… —susurró Emeriss—. No te resistas a nuestro abrazo… Acepta lo inevitable…

—¡No! ¡Nunca! ¡No puedo! ¡No lo haré!

Pero, a pesar de sus protestas, Eranikus no podía evitar que la pareja empezase a arrastrarlo hacia la niebla. Allí, las manos volvieron a aparecer, agarrando el aire y esperando con anticipación al leviatán.

Ni Broll ni Tyrande podían hacer nada, apenas podían defenderse contra las sombras de los sátiros que habían reemprendido su ataque.

Un fuego carmesí desde detrás del consorte de Ysera bañó a Emeriss y a Lethon. Sorprendidos y enfurecidos, lo soltaron y se retiraron hacia la niebla. Inmediatamente, Eranikus se dirigió hacia el portal, olvidando por completo a sus dos compañeros en su ansiedad.

Pero otra ayuda llegó hasta ellos. Dos grandes manos hechas de suave energía roja barrieron las sombras y luego levantaron con dulzura al druida y a la Suma sacerdotisa como si fuesen juguetes. Las manos se retiraron, poniéndolos a salvo más allá del portal.

Las fuerzas de color esmeralda oscuro volvieron inmediatamente después a su estado normal.

Eranikus yacía resoplando a un lado. Su mirada estaba apartada de donde se encontraban los elfos de la noche y su salvador. Su salvador… otro dragón. Un dragón rojo.

Un dragón rojo muy, muy grande, que empequeñecía incluso a Eranikus.

Dos enormes cuernos surgían de una orgullosa cabeza reptilesca. Casi todo el cuerpo del gigante era de un carmesí esplendoroso, pero el pecho tenía una gran mancha plateada, al igual que las garras. Unos pequeños parches membranosos se extendían a cada lado de la cabeza.

Pero lo que diferenciaba al dragón de todos los demás, aparte de su inmenso tamaño, eran los ojos. No eran los ojos brillantes del vuelo de Eranikus, sino una ardiente luz dorada que les trajo calma y esperanza a los elfos de la noche.

Cuando el dragón habló, su voz era imperiosa pero tranquilizadora.

—Han huido. No me esperaban. Es triste decir que yo tampoco los esperaba a ellos o sino habría estado lista para ayudarlos desde el principio.

—Eres… un Aspecto… —declaró solemnemente Tyrande—. Eres…

La gigantesca dragona inclinó la cabeza.

—Soy… Alexstrasza. Y yo te conozco, Tyrande Whisperwind, tanto de aquella lejana lucha ahora llamada la Guerra de los Ancianos como de la posterior bendición de Nordrassil.

—Alexstrasza… —La Suma sacerdotisa se agitó al pensar en otro nombre relacionado con el Aspecto, el de un segundo valioso aliado—. ¡Krasus! ¿Está también aquí? ¿Sigue vivo? Él tendría respuestas para nosotros…

La dragona sacudió la cabeza. Su mirada parecía preocupada.

—Hay muchos durmientes, Tyrande Whisperwind… y él está entre ellos.

La elfa de la noche frunció el ceño.

—Lo lamento por ti.

El Aspecto inclinó la cabeza, asombrada.

—¿Lo lamentas por mí?

Alexstrasza miró a Broll, que ocultaba su curiosidad lo mejor que podía. Como la mayoría de los druidas, había oído hablar de los dos magos Krasus y Rhonin, muy activos en aquellos tiempos, de los que se decía que habían tenido su papel en la maduración de Malfurion como druida hacía diez mil años. Cómo podía ser eso posible, su shan'do nunca se lo había dejado claro.

—¿Y él también lo lamenta?

—Él no lo sabe. Yo lo sé por Malfurion.

—Y es lo justo, considerando tu papel en tantas cosas, Tyrande Whisperwind.

A Broll le dijo:

—Y es justo que tú también lo sepas. Mi consorte Korialstrasz y el mago Krasus son el mismo.

—¿El mismo? —Explicaba muchas cosas, pero Broll sabía que él nunca habría hecho la conexión por sí mismo.

El gran dragón se alzó sobre sus patas traseras y plegó las alas. Al hacerlo, comenzó a encogerse. Las alas se empequeñecieron, convirtiéndose rápidamente en brotes y desapareciendo luego. Las patas delanteras de

Alexstrasza se convirtieron en brazos y las piernas se arquearon hacia fuera, pareciéndose más a las de un elfo de la noche.

Ahora que era apenas el doble de grande que Broll y solo una fracción de su tamaño anterior, el Aspecto continuó su maravillosa transformación. Las fauces se retiraron hacia su cara, convirtiéndose en una nariz y una boca. Los cuernos encogieron, y le brotó una espesa mata de pelo. En otro parpadeo el cambio estaba casi terminado, y una figura que era y no era alguna clase de elfo estaba en pie ante el druida y su acompañante.

Espesos mechones de pelo llameante caían sobre sus delgados hombros; de hecho, pequeñas llamas surgían constantemente de la melena. Alexstrasza iba ataviada como una doncella guerrera, con largas botas protectoras que le llegaban hasta los muslos y un peto que acentuaba las curvas de su cuerpo femenino. Las manos estaban protegidas por ornados guanteletes que llegaban casi hasta los codos, y una capa carmesí que parecía un ala membranosa se agitaba tras ella. Lo que habían sido cuernos eran, ante la asombrada mirada de Broll, o bien un intrincado casco bien colocado sobre su cabeza… o unos pequeños cuernos.

El carmesí, el violeta y toques de negro azulado, todo bordeado por una tira dorada, eran los colores de sus ropas, y su piel era de un ligero rojo castaño. Su cara era más redonda que la de Tyrande o cualquier otro elfo de la noche, casi como si estuviese mezclada con rasgos humanos. Su nariz era más pequeña y su boca estaba perfectamente curvada. Su pelo acababa en punta sobre la frente y enmarcaba ambos lados de la cara.

Solo los ojos del Aspecto no habían cambiado, excepto para ajustarse a su nuevo tamaño. Broll y Tyrande se arrodillaron instintivamente y agacharon la cabeza como saludo. Aunque servían a otros, todos honraban a la Vinculadora de Vida.

—Levántense —ordenó—. No busco súbditos, sino aliados…

Alzándose, Tyrande declaró solemnemente:

—¡Si Elune lo concede, te ofrezco el poder que tengo tanto en mi guja como en mis oraciones! ¡Estuve con los tuyos contra los demonios hace diez mil años y si, como creo, nuestras preocupaciones coinciden, lo volveré a hacer!

—Así es. —La gloriosa figura miró a Broll—. ¿Y tú, druida? ¿Qué dices tú?

—Ya te debemos nuestras vidas, señora, y eres la hermana de la Soñadora. No se me ocurre otro motivo para que estés aquí aparte de los

nuestros, y no se puede discutir a quién prestaré mi apoyo…

Ella asintió agradecida.

—Mi Korialstrasz, mi adorado compañero, yace en un sueño inquieto del que no puede despertar, aunque noto que lo intenta. No es ni mucho menos el único, hijos míos, como ya saben. No solo están afectados otros de los de mi clase, aunque menos, dado que los dragones no necesitan dormir tanto como la mayoría de las razas, sino que este sueño terrible ha alcanzado a todas las razas. Peor aún, encuentra un interés particular en aquellos prominentes y poderosos: magos, reyes, generales, filósofos y otros.

—¡Shandris! —exclamó Tyrande.

—Si ella es una de los tuyos, hija mía, entonces tiene más posibilidades. Los elfos de la noche no lo han sufrido en el mismo grado que otras muchas razas. Lo encuentro curioso. Creo que tenemos otro aliado, aunque me sorprende si es quien creo que es…

Antes de que pudiese decir más, oyeron un gemido. Broll miró furioso a Eranikus, que yacía donde había caído tras escapar de sus corruptos congéneres.

—¡Espero que un mejor aliado que ese! Huir por su vida después de dejar que otros entrasen primero a un lugar que él sabe que…

El dragón verde levantó la cabeza. Sus rasgos reptilescos estaban retorcidos en una mueca patética.

—¡Ni siquiera ahora lo entiendes, pequeño druida! ¿No los has visto? ¿No comprendes en lo que se han convertido Lethon y Emeriss? ¿No has querido huir tú también?

—No sin mis amigos.

Con otro gemido, el dragón se volvió.

—No lo entiendes…

Alexstrasza se volvió hacia la gigantesca bestia. Aunque su expresión no denotaba ira, su tono no era de perdón.

—Tampoco yo, Eranikus… y eso en sí mismo dice mucho de tus actos. —Cuando el dragón verde empezó a protestar, el Aspecto lo interrumpió—. Y sí, sé lo que es ser esclava de la oscura voluntad de otros, una esclava responsable de actos abominables.

Eranikus la miró y finalmente asintió.

—Lo sabes.

—Y también sé más sobre lo está pasando que tú. —Se puso delante de sus inmensas mandíbulas y, aunque en su forma actual era mucho más pequeña que él, destacaba—. Sé que Ysera conocía tu redención y supervivencia… y era consciente de que en el último momento decidiste no volver a su lado por temor a que la Pesadilla pudiera hacer que un día volvieses a traicionarla.

La poderosa mirada de Eranikus no era nada para ella. Al principio Broll se había preguntado por qué no había cerrado los párpados y la había mirado como lo hacían los de su raza. Solo ahora se le ocurrió al druida que volver a hacerlo significaba para Eranikus abrirse a la Pesadilla, lo último que deseaba.

—Ella… ¿lo sabía? —preguntó al fin el gigante a Alexstrasza—. ¿Sabía que mientras volaba hacia ella en el Sueño noté a la Pesadilla llamándome a pesar de haber sido limpiado de mi corrupción, llamándome con tal fuerza que entendí que mi renovada confianza no era más que una falsa esperanza?

—Lo supo inmediatamente. Pero te ama tanto que aceptó tu decisión con la esperanza de que aun así acabarías volviendo a ella.

—Y ahora… y ahora es demasiado tarde… también se la han llevado…

Los asombrosos ojos del Aspecto se entrecerraron.

—No… aún no.

Eranikus la miró con desesperada esperanza.

—¿Está a salvo?

—No precisamente. —Alexstrasza extendió una mano para incluir a los dos elfos de la noche—. Conozco más sobre la Pesadilla de lo que ustedes tres han averiguado hasta ahora. Es un peligro contra el que Ysera lleva un tiempo luchando…

Ysera, según la dragona roja les informó, había notado que sus sueños eran oscuros, incluso a pesar del control absoluto que ejercía sobre ellos. Al principio les había echado la culpa a sus propias preocupaciones, pero descubrió la verdad demasiado tarde. Las pesadillas que ella experimentaba afectaban a Azeroth, tomaban vida y alcanzaban las mentes de los mortales.

Fue entonces cuando Ysera cometió un terrible error. La Señora del Sueño Esmeralda había mirado en las mentes dormidas, buscando la fuente de lo que se había infiltrado incluso en su propio subconsciente. Lo hizo sin saber que eso era justo lo que la fuente de la amenaza deseaba de ella.

—Lethon llegó a ella mientras su mente estaba ocupada en su búsqueda —les contó Alexstrasza—. Lo acompañaban sombras, los sátiros contra los que estos elfos de la noche acaban de luchar. Cayeron sobre su forma astral mientras él tomaba lo que más deseaba… el Ojo.

Eranikus se puso en pie. Su mirada se volvió algo que ni Broll ni Tyrande pudieron resistir.

—¿Se han llevado el Ojo de Ysera? ¡Eso temía! ¿Cómo puedes decir que mi amada reina no es prisionera?

—El Ojo está donde Ysera y su vuelo se congregan más a menudo en el Sueño —informó quedamente Broll a Tyrande—. Se dice que es un lugar idílico. Malfurion lo ha visto y sé que también Fandral, pero pocos más, incluso entre los druidas. Me han dicho que es un valle entre grandes montañas. La tierra es fértil y está cubierta de hierba y flores, pero el nombre viene de la magnífica cúpula dorada en su centro, donde la propia Ysera vive… vivía…

El gran dragón resopló.

—¡Una pálida, aunque aceptable descripción, pequeño druida! ¡No hay un lugar más perfecto en toda la creación! —gimió de repente—. ¡El Ojo robado! ¿Dónde, entonces, está mi reina si no está capturada?

Ahora Alexstrasza movió tristemente la cabeza ante la continuada furia del dragón verde.

—No. Ysera evitó ser capturada. Está luchando. Ella, los consortes que le quedan y un puñado más que luchan no solo para salvarse ellos, sino para encontrar la verdad en el oscuro corazón de la Pesadilla. ¡No tiene ninguna intención de permitir que ni su dominio ni Azeroth caigan ante esta monstruosidad!

—¡Está loca! ¡Si cae presa, todo habrá terminado! ¡La Pesadilla es tan poderosa que creía que ya la habían capturado, pero, si busca su verdad y su poder, hará de ella algo peor que lo que ha hecho con Lethon o Emeriss, y a través de ella alterará ambos planos y los convertirá en un horror mucho peor que cualquier cosa que hayamos experimentado!

—Ella hace lo que debe hacer —replicó tranquilamente Alexstrasza—. Y yo busco ayudarla como puedo. Sumo mi fuerza a la suya desde lejos, observo todos los avances de la Pesadilla en este mundo, busco a aquellos que pueden ayudar… y observo a los corrompidos, a los que no despiertan.

El dragón verde miró hacia abajo. Con tono de autodesprecio, murmuró:

—Tú haces todo eso por ella mientras ella se arriesga, y yo… ¡me meto en una cueva, escondiéndome del fin del mundo! ¡Ocultándome de la defensa de mi amor y mi reina! ¡Conozco a tu Korialstrasz desde hace tiempo igual que te conozco a ti, Vinculadora de Vida! No soy digno de estar en tu presencia ni en la de mi Ysera…

Alexstrasza casi habló, pero Eranikus sacudió la cabeza.

—¡Pero si hay esperanza de volver a ser digno de ella, solo me queda un camino!

El gran dragón verde giró para encarar el portal. Sus energías latían suave, inocentemente.

Eranikus se dirigió hacia allá.

—Ya no siento la Pesadilla cerca. La maldita corrupción ha vuelto a cambiar. Por el momento es seguro entrar… pero más allá… —Miró a los elfos de la noche—. Su papel termina aquí.

—No, iremos contigo —replicó Tyrande—. No creo que nuestra reunión fuese debida al azar. Alguien busca reunir a aquellos que mejor pueden servir a Azeroth y a su supervivencia. Nada ocurre sin un motivo…

—¡Por supuesto que sí! —respondió bruscamente el consorte de Ysera, cambiando su expresión a la de desesperada esperanza—. ¡Debe de ser mi reina! ¡Incluso con tantas preocupaciones, trabaja y planea para nuestra salvación! Debería haberlo visto…

—Ysera no. No mi hermana —interpuso sabiamente Alexstrasza. Miró a Tyrande y a Broll—. Creo que otro busca guiarlos… y creo que es el propio Malfurion Stormrage.

* * *

Está pasando, se atrevió a confiar Malfurion, intentando hacer cuanto podía por ocultarle esos pensamientos a su captor. *Puede que ellos sospechen… pero está bien mientras él no…*

Las temibles sombras de repente se estiraron sobre el árbol de dolor en que se había convertido el elfo de la noche. La insidiosa presencia del Señor de la Pesadilla rodeaba a Malfurion y llenaba su mente y su alma.

¿Has llegado a amar la agonía? ¿Forma ya tanta parte de ti que no puedes distinguirla de ti mismo?

Malfurion no contestó. Era absurdo contestar. Hacerlo solo le servía a su captor.

¿Sigues buscando consejo en tus propios pensamientos, Malfurion Stormrage? Los esqueléticos tentáculos del árbol de sombra rodearon al

Archidruida. *¿Hablamos de esos pensamientos… esos sueños… esas esperanzas?*

Muy a su pesar, el elfo de la noche no pudo evitar crisparse por la última frase. ¿Ese ser despreciable lo sabía?

Compartamos algunas consideraciones… compartamos algunas ambiciones…

El Archidruida enterró sus pensamientos lo más profundamente que pudo. Su plan estaba a punto de dar frutos. Había una posibilidad…

El Señor de la Pesadilla se rio en su cabeza. *Y, sobre todo, Malfurion Stormrage, hablemos de insensatos sueños de fuga…*



CAPÍTULO TRECE
EN EL MARGEN DE LA PESADILLA

Los druidas estaban agotados. Se habían vaciado tanto que muy probablemente varios de ellos no iban a ser de ninguna ayuda para lanzar más hechizos en días. Sus esfuerzos combinados habían alimentado a Teldrassil, pero sin un éxito visible… al menos, hasta donde podía ver Hamuul.

En cuanto al tauren, se había convertido en un paria para casi todos los demás, aunque oficialmente no había habido censura alguna ni condena por parte del Archidruida Fandral al respecto de lo que había hecho Broll. Fandral ni siquiera había informado a Hamuul de lo que había hecho el druida desaparecido. Simplemente había mirado con desaprobación al tauren, y lo había hecho el tiempo suficiente como para que los demás entendiesen que Hamuul había perdido su favor.

Naralex y algunos otros desafiaban el desprecio, pero Hamuul hacia cuanto podía para apartarse de ellos, no fuesen a sufrir ellos también. El tauren estaba dispuesto a aguantar su parte de responsabilidad al permitir que Broll pasara desapercibido el tiempo suficiente. Confiaba en su amigo. Pero Fandral tenía derecho a estar furioso.

El Archidruida principal había insistido en que quedaran junto a la base de Teldrassil, lejos de Darnassus. Hasta ahora, solo él había regresado a la ciudad. Cada vez que volvía, Fandral apremiaba a los druidas con algo nuevo. Les aseguraba que estaban haciendo progresos, que el Árbol del Mundo estaba sanando.

Hamuul tenía que asumir que no era un Archidruida suficientemente adepto como para sentir lo que sentía Fandral.

El tauren se sentó con las piernas cruzadas, algo distante de los demás. Los druidas estaban meditando, intentando recuperar sus fuerzas para el siguiente hechizo de Fandral. Hamuul no se había sentido tan agotado en toda su vida, ni siquiera durante la caza de una semana que había formado parte de su rito de pasaje de niño a adulto. Aquello había requerido que ayunase durante toda la semana.

Me estoy haciendo viejo… fue su primer pensamiento. Pero ninguno de los elfos de la noche parecía mucho más fuerte que él. Hasta ahora parecía que los planes del Archidruida principal habían hecho poco más que llevar a casi todos los druidas al borde del agotamiento.

Pensando de nuevo en Fandral, Hamuul lo buscó. Sin embargo, no estaba por ninguna parte. El tauren solo podía suponer que Fandral quizá hubiese vuelto al Enclave de Cenarion para consultar algún texto antiguo. Hamuul esperaba que eso les diese resultados más tangibles que los que habían conseguido hasta el momento.

Viendo que le resultaba imposible meditar, el tauren se levantó. Y, como ninguno de los otros le prestaba ninguna atención, se acercó al Árbol del Mundo.

Incluso aunque Hamuul no había estado a favor de un segundo árbol gigante, no solo apreciaba su majestuosidad, sino también el efecto de Teldrassil en el mundo. Siendo un tauren, Hamuul creía en el equilibrio entre la naturaleza y las vidas de las distintas razas de Azeroth. Por eso había buscado a Malfurion Stormrage y le había pedido que lo instruyese en las artes druídicas. Y, aunque Hamuul solo llevaba unos pocos años siendo druida, creía que había demostrado su valía. De no ser así, no habría llegado a convertirse en uno de los pocos Archidruidas y el único de su raza.

El tauren deseaba que hubiese algo más que pudiese hacer por Broll, además de lo que ya había hecho. Seguía sintiendo que la decisión de Broll era la correcta, a pesar de cómo había contrariado a los buenos propósitos de Fandral. De pie ante Teldrassil, miró hacia las nubes donde se encontraba Darnassus. Si el portal hubiese estado cerca, Hamuul podría haberse sentido tentado de atravesarlo. Tal como eran las cosas, su única elección era volar…

Con un gruñido, se inclinó apoyándose en Teldrassil con una mano. Necesitaba hacer más. Si Broll…

Alguien estaba susurrando.

Hamuul se apartó del árbol y buscó a quien hablaba. Sin embargo, el susurro cesó inmediatamente.

Frunciendo sus espesas cejas, el Archidruida se volvió a acercar al tronco.

El susurro volvió a empezar. Hamuul miró fijamente a Teldrassil… luego miró a sus pies. Allí, una parte de su pie derecho tocaba una de las raíces del Árbol del Mundo.

Puso la mano en el tronco.

El susurro llenó su cabeza. Hamuul no podía entenderlo. No era ninguna de las lenguas que hablaban las razas inteligentes de Azeroth. Más bien le recordaba a otra cosa, algo que el tauren debería conocer bien…

—Shakuun, guía mi lanza… —murmuró, soltando un juramento tauren. Shakuun había sido el padre de su padre, y los tauren recurrían a sus venerados ancestros, que los protegían. El juramento no era para ser tomado literalmente, Hamuul le estaba pidiendo a su abuelo que le ayudase a entender lo que había descubierto.

El Archidruida estaba escuchando la voz de Teldrassil.

Todos los druidas conocían el lenguaje de los árboles, aunque algunos lo entendían mejor que otros. Esta no era la primera vez que Hamuul había tocado y escuchado al Árbol del Mundo, pero sí la primera que había oído aquellos susurros. La voz del Árbol del Mundo se oía habitualmente más en el frufrú de sus ramas y hojas y a través del curso de la savia que fluía como sangre por todo el vasto tronco. Se podía oír como un susurro, pero un susurro que se entendía.

Pero Hamuul no entendía lo que estaba oyendo ahora. Los susurros carecían del ritmo adecuado, de forma. Mientras el Archidruida seguía escuchando, continuaban y continuaban como si…

—¿Qué estás haciendo, Hamuul Runetotem? —dijo repentinamente la voz de Fandral.

Ahogando su sorpresa, el tauren se volvió hacia el Archidruida.

No había notado aproximarse al elfo de la noche, lo que hablaba del estado mental de Hamuul. Como tauren, se enorgullecía en creer que los de su raza eran los únicos que podían sorprender a alguien como Fandral.

Hamuul decidió ser sincero. Esto era algo que Fandral debía saber. ¿Pero cómo explicarlo mejor?

—Me temo… Archidruida Fandral, ¿podrías escuchar a Teldrassil por un momento? ¡Me temo que las cosas están peor de lo que creíamos!

Cuando toqué el tronco hace nada…

El elfo de la noche no esperó a que terminase. Fandral colocó la palma de la mano sobre Teldrassil. Cerró los ojos y se concentró.

Unos segundos después, el Archidruida principal miró al tauren.

—No noto nada distinto a antes. Teldrassil no está bien aún, pero hay mejoría.

—¿Mejoría? —Hamuul no pudo evitar soltar un grito ahogado—. Archidruida, he sentido…

Fandral, con expresión comprensiva, interpuso:

—Estás agotado, Hamuul, y yo he sido injusto contigo. Le guardas lealtad a un amigo que debe responder por su imprudencia, me temo. Pero ha sido indigno de mí mostrar tal decepción hacia ti cuando la culpa es de él.

Fandral alzó una mano.

—Escúchame, buen Hamuul. He regresado con ciertos conocimientos interesantes. Será un intento nuevo y más poderoso para curar a Teldrassil de lo que todavía lo aqueja. Tú, con tu espíritu fuerte, serías de grandísima ayuda en ese esfuerzo, pero tienes que recuperar más tuerza. Si temes que haya algo más serio con el Árbol del Mundo, entonces esto es sin duda una buena noticia para ti.

Inclinando la cabeza, el tauren contestó:

—Como tú digas, Archidruida Fandral.

—¡Excelente! Ahora ven conmigo. Te contaré más sobre nuestro próximo encantamiento. Será agotador. Puede que haga falta más de un día de meditación para recuperarse de él…

Fandral empezó a caminar. Hamuul no pudo hacer más que seguirlo. Pero, mientras escuchaba al elfo de la noche comenzar su explicación, miró atrás a la zona que había tocado. Había oído los incoherentes susurros y sabía que era la voz del Árbol del Mundo. De no haber investigado también el Archidruida principal, el tauren habría estado aún más ansioso de lo que estaba. Pero seguía lo suficientemente preocupado como para preguntarse… y preocuparse.

Para Hamuul Runetotem, el susurro solo podía significar una cosa.

Teldrassil se estaba volviendo loco.

* * *

No entraron en el portal inmediatamente, aunque esa había sido su intención. Eranikus y Alexstrasza avanzaron cautelosamente y sondearon

con sus poderes dentro del portal para ver si todavía quedaba alguna trampa tendida por los corrompidos Lethon y Emeriss. Solo cuando estuvieron satisfechos de que no era así, los dragones estuvieron de acuerdo en que era seguro que Eranikus y los elfos de la noche pasaran.

—Ya era hora, caray —murmuró Broll.

Tyrande asintió, reflejando la misma opinión. Ambos estaban deseando encontrar a Malfurion. Algo en particular que los inquietaba a ambos era el desaparecido Lucan Foxblood y el misterioso orco. El orco era probablemente un intruso accidental, pero aun así…

—Todavía no comprenden la amenaza que supone la Pesadilla —dijo el dragón verde con cierta amargura—. No estén tan deseosos de entrar sin haber hecho todos los preparativos.

—El tiempo es esencial.

Alexstrasza agachó la cabeza mostrando estar de acuerdo.

—Así es, Broll Bearmantle, pero, si tengo razón y Malfurion Stormrage ha estado de algún modo ayudando a guiarlos, querrá que todo esté bien pensado antes. —La dragona sonrió sombríamente—. Y eso es lo que hemos hecho ahora.

—Estoy preparado —declaró Eranikus.

—¿Estás seguro? —preguntó el Aspecto.

La amargura se hizo más evidente.

—Lo estoy. Se lo debo a mi Ysera.

La Vinculadora de Vida inclinó la cabeza. Un cálido y reconfortante brillo irradiaba de Alexstrasza. Tocó a los otros. Los elfos de la noche sonrieron e incluso Eranikus pareció agradecido.

—Que mi bendición los guarde y los guíe hacia el éxito —declaró el Aspecto.

—Nos sentimos honrados y agradecidos —replicó Tyrande.

Eranikus tomó aliento y luego desplegó las alas.

—Iré delante… para vigilar el camino.

Las energías de dentro del portal se hincharon según se aproximaban. Para su crédito, el dragón verde no dudó. Entró en el portal. Y desapareció.

Broll y Tyrande caminaron hacia el portal.

—Deberías quedarte aquí —le dijo Broll a la Suma sacerdotisa.

—Ya llevo demasiado tiempo separada de Malfurion —replicó esta.

Antes de que él pudiese decir nada más, ella había entrado al portal.

Broll dejó escapar un ruido de exasperación y la siguió.

La sensación de entrar físicamente al otro reino era semejante a la que se tiene justo antes de quedarse dormido. Broll no había tenido tiempo de pensar en ello cuando Lethon los había atacado, pero ahora la reconocía. Era muy distinto a enviar su forma astral. Cuando lo hacía era como si se hubiese quitado un peso de encima y por fin estuviese libre de todos sus problemas mundanos.

Ahora no era así. Era más consciente que nunca de lo que la Pesadilla podía abarcar, incluso aunque en ese momento solo podía ver la espesa niebla que tenía delante.

—No podemos viajar así —dijo Eranikus.

El dragón sobrevoló por encima de los elfos de la noche batiendo las alas a cámara lenta. Parecía se lo veía a través de las ondas de un río, otra cosa que Broll no había tenido tiempo de ver durante su desesperada lucha. Lo mismo podría decirse de Tyrande e incluso del propio druida.

El dragón arqueó la espalda y luego echó su aliento sobre la niebla. Un suave rociado de lo que parecían ser motas de luz esmeralda tocó todo lo que había por delante.

—¡Elune, protégenos! —exclamó la Suma sacerdotisa cuando se despejó el camino.

En ese momento, Broll hubiese aceptado de buena gana la ayuda de cualquier deidad o semidiós. En aquel momento, ni siquiera la compañía de un dragón parecía suficiente.

Antes, el Sueño Esmeralda había sido cómo se vería el mundo de Azeroth si nunca hubiesen existido razas como los elfos de la noche. Sus colinas y montañas tenían formas perfectas, pues la erosión no existía allí. Hierba alta y hermosos árboles se extendían por un paisaje ondulado. La fauna era pacífica, sin miedo. Para los druidas había sido como el paraíso.

Pero ahora ningún otro nombre era más adecuado, al menos para la zona que tenían delante, que aquel por el que Eranikus la había llamado… Pesadilla.

La tierra estaba envuelta por una sustancia húmeda y supurante que burbujeaba. El hermoso color esmeralda se había convertido en el putrefacto color de la podredumbre. Los árboles que quedaban se habían convertido en deformes parodias de sí mismos. Sus hojas eran negras y afiladas, y estaban llenas de púas venenosas. Unas alimañas pequeñas y oscuras se arrastraban por la costrosa corteza, deteniéndose a menudo para

alimentarse de la espesa y olorosa savia que brotaba de las grietas en los troncos.

—Cenarius, protégenos… —susurró el druida.

Todavía incrédulo, Broll dio un paso adelante. Un crujido bajo sus pies hizo que el druida mirase hacia abajo.

El suelo estaba cubierto de pequeños escorpiones de un verde negruzco, nervudos ciempiés, cucarachas del tamaño de un dedo, arañas con cuerpos como puños y otros. Un espeso y pegajoso alquitrán cubría ahora la suela de la sandalia de Broll, resultado de haber aplastado varias de las criaturas con su pisada.

—Están por todas partes —suspiró Tyrande—. Cubren el suelo hasta donde alcanza la vista…

—No por mucho tiempo —respondió decidido el dragón.

Echó el aliento por el suelo. Fue como si Eranikus hubiese exhalado fuego. El crepitar de miles de diminutos cuerpos abrasándose llenó sus oídos e incluso el dragón se estremeció ante el ruido.

La tierra que Eranikus había arrasado estaba ahora negra. Asintió al ver su obra.

Pero de las formas achicharradas surgió movimiento. Del caparazón de una cucaracha quemada brotaron varias patas segmentadas. Una nueva cucaracha tan espantosa como la anterior emergió de su predecesora.

Y, para consternación de los tres, aquello se repitió en cada bicho muerto. Todo lo que Eranikus había destrozado estaba siendo reemplazado…

Unos tentáculos de niebla pasaron por el macabro escenario, como buscando recuperar el espacio que el consorte de Ysera había despejado. El dragón verde soltó otro soplido, que apartó la niebla… por el momento.

—Es monstruoso… —dijo la Suma sacerdotisa, intentando sin éxito escoger con cuidado dónde pisaba.

Cada pisada se veía seguida de más crujidos y el ruido del espeso alquitrán supurando de los cuerpos destrozados. Y peor aún, en el momento en que apartaba el pie, tenía lugar el repugnante renacimiento de sus víctimas.

—Esto solo es parte de ello… —murmuró Eranikus. El brillo de sus ojos se había apagado en ese lugar—. Siento que la Pesadilla se ha fortalecido, ha empeorado más de lo que yo podría creer…

Y, mientras hablaba, se percataron de un movimiento en el margen de la niebla. Casi se podían ver las formas… pero no del todo.

—Las sombras de los sátiros han vuelto —decidió Tyrande.

Eranikus no dijo nada. En lugar de eso, volvió a soplar, bañando a las más cercanas de aquellas formas apenas visibles. Como con las demoníacas criaturas bajo sus pies, inmediatamente se oyó el ruido del fuego.

Pero entonces unos gritos frenéticos y suplicantes ensordecieron al trio. Aturdido, el dragón verde detuvo rápidamente su ataque. Broll y Tyrande se taparon los oídos ante el terrible sonido. No eran los gritos de unos monstruos vencidos.

—¡Que Ysera me perdone! —consiguió decir Eranikus cuando la niebla se apartó y se revelaron sus víctimas.

Eran… o habían sido elfos de la noche, humanos, orcos, enanos, miembros de todas las razas mortales. Lo que quedaba después del implacable ataque de Eranikus eran cuerpos calcinados que seguían estremeciéndose, que buscaban pedir ayuda o al menos un fin a su sufrimiento.

Ignorando a las alimañas, Broll acudió corriendo a los más cercanos con Tyrande a su lado. Eranikus permaneció donde estaba. El dragón verde estaba claramente asombrado por el daño que había provocado.

—Los durmientes… —se dio cuenta Broll—. Son los durmientes…

—¡Podría haber matado a todo Azeroth como si hubiese ido a la cama de cada uno de ellos y los hubiese prendido fuego! —gruñó el consorte de Ysera—. ¡Incapaces de escapar de sus sueños, habrían sufrido como han sufrido aquí!

—Eso no lo sabes —le discutió el druida—. No…

Los quebradizos huesos del elfo de la noche ante el que se había arrodillado se movieron.

Una mano ennegrecida y sin carne lo agarró de la muñeca y un cráneo con dos ojos destrozados se dirigió a él.

El cuerpo destrozado volvió a chillar su agonía. Lo agarró con más dedos abrasados.

Broll tiró lo más fuerte que pudo.

—¡No puedo liberarme!

Tyrande preparó la guja, pero luego dudó. En lugar de usarla, rezó.

El chillido se detuvo. El esqueleto se desvaneció.

Pero las otras víctimas retomaron sus lastimeros gritos. Tyrande continuó rezando, usando una mano para extender el poder de su diosa por todo el paisaje visible.

Los cuerpos destrozados desaparecieron. Solo cuando lo había hecho hasta el último de ellos, la Suma sacerdotisa dejó de rezar. Para entonces estaba temblando.

Broll y Eranikus no estaban mucho mejor.

—¡Estaban sufriendo! —escupió el druida—. ¡Estaban sufriendo de verdad!

—¡No lo sabía! —replicó el dragón a la defensiva—. ¡Nunca haría daño a un inocente! Es la Pesadilla —les recordó Eranikus—. Sabe lo que más te duele, lo que más temes… y se alimenta de ello…

Tyrande obtuvo cierto consuelo de eso.

—¿Entonces todo a lo que nos enfrentamos es una ilusión?

—No… la mayor pesadilla que nos ofrece la Pesadilla es su realidad creciente.

Eso lo decidió todo para Broll.

—Debemos encontrar a Malfurion y deprisa… —Miró hacia la niebla, dándose cuenta por primera vez de la dificultad de lo que había sugerido—. Pero… ¿en qué dirección?

—Yo descubriré dónde está —declaró con toda convicción la Suma sacerdotisa. Parecía obsesionada—. Nadie, ni siquiera tú, Broll, un compañero druida, lo conoce como yo.

Este no lo negó.

—Pero también tengo una idea de cómo empezar a buscar. Yo…

El paisaje cambió bruscamente. Los elfos de la noche cayeron arrojados al suelo infestado. Eranikus decidió elevarse. Sin embargo, él también se estremeció.

Al fin las cosas se calmaron. Tyrande se puso en pie, quitándose de encima rápidamente los ciempiés y otras criaturas carroñeras que se le habían quedado pegadas. Broll murmuró un hechizo, pero las alimañas no le hacían caso. No eran como la fauna de Azeroth. Se resignó, igual que la Suma sacerdotisa, a quitárselos con la mano.

Eranikus descendió y la Suma sacerdotisa lo miró con tono reprobatorio. Sorprendentemente, el dragón verde apartó la mirada sintiéndose culpable.

—¿Qué ha pasado ahora? —le peguntó Broll a Eranikus.

Se encontraban en una región más montañosa con senderos ominosos y sombríos que desaparecían en la infernal niebla.

—Esto es la Pesadilla, ¡no me preguntes el motivo de lo que ocurre aquí, excepto que no es algo que querríamos que ocurriera!

Tyrande miró hacia delante.

—Ahí delante hay un castillo o un edificio en aquella tercera colina.

Tanto el dragón verde como Broll sacudieron la cabeza.

—No hay edificios en ninguna parte, excepto en el Ojo —dijo el druida.

—Entonces lo que veo debe de ser parte de la Pesadilla.

Antes de que pudiese añadir más, volvió a haber movimiento en la niebla. La Suma sacerdotisa no perdió el tiempo, iluminando los alrededores con la luz de la Madre Luna.

Pero lo que vio no era nada de lo que los otros esperaban.

Era Lucan Foxblood.

—¡Tú! —gritó Broll.

Agarró al humano antes de que nada pudiese separarlos. Lucan se lo quedó mirando con los ojos como platos y tan vacíos como la muerte, pero obviamente no era un fantasma.

—Son reales… —susurró. Una sonrisa débil y algo loca cruzó su rostro demacrado—. Eres tú… —Miró a Tyrande, y su sonrisa se calmó un poco—. Y tú…

Entonces vio lo que volaba tras los elfos de la noche, y su creciente alivio se desvaneció.

—Todos somos tus amigos —lo tranquilizó Tyrande.

Lucan se calmó.

—Reales… todos… —Sus ojos miraron hacia un lado—. Intente irme, pero algo me contuvo aquí… Intenté irme, pero algo quería que ella siguiese adelante…

El druida oyó esto último.

—¿Ella? ¿Te refieres al orco? ¿Era una hembra?

—Sí… sí…

—Sabes tan bien como yo que hay pocas diferencias entre un orco y una orca cuando se trata de luchar —le señaló Tyrande a Broll—. Nunca hay que subestimar a ninguno.

—No estaba pensando en eso. Solo me preguntaba quién podría ser y por qué estaba aquí.

—Se llama Thura —dijo Lucan casi sin entonación—. Ha venido a matarlo. Ha venido a matar a su Malfurion Stormrage.

Esas palabras dejaron asombrado incluso al dragón. Tyrande agarró a Lucan por el cuello, pero Broll consiguió tranquilizarla.

—¡Escúchalo, mi Señora! ¡La culpa no es suya!

—¡Ha dicho que la orca quiere matar a Malfurion! Él la ha traído para que lo haga… —Pero Tyrande por fin recuperó la calma—. Aunque contra su voluntad… lo sé… Lucan… lo siento…

Lucan le dedicó una sonrisa nerviosa. Estaba claro que la Suma sacerdotisa le caía bien.

Broll lo devolvió al asunto.

—¡La orca! Ha venido a matar a Malfurion… ¿por qué? ¿Cómo puede saber dónde encontrarlo? ¿Lo ha dicho?

—Las visiones… balbució algo sobre visiones… dijo que… que la llevaron a mí… que le habían mostrado el camino hacia él paso a paso… Las visiones la ayudaban a vengar a su pariente y salvar Azeroth también, dijo…

—Un juramento de sangre orco —murmuró Tyrande—. Los conozco bien. No se detendrá hasta que muera o lo cumpla.

La Suma sacerdotisa sacudió la cabeza…

—La segunda parte… debe de ser locura…

—Sea cual sea el caso, algo quiere que tenga éxito —añadió el druida —. Pero lo primero… ¿cree que Malfurion mató a uno de los suyos? ¿Y qué? Los orcos entienden la muerte en la batalla —le preguntó a Lucan.

El humano se concentró.

—Dijo… dijo que era un «vil asesino». Que había traicionado a su amigo y lo había matado cuando este le estaba dando la espalda, confiado… creo.

Era más de lo que Tyrande podía soportar. Esgrimió la guja, lo que hizo que Lucan diese un respingo, preocupado.

—¡Mentiras! ¡Todo es mentira! ¿Una amenaza para Azeroth? ¡Ja! ¡Una auténtica locura, como he dicho! E incluso esa supuesta traición… ¡Malfurion nunca haría algo así! ¡Como prueba de eso, rara vez ha tenido la oportunidad, pues el número de orcos que podía llamar amigos se podían contar con los dedos de una mano!

—¡Solo lo mencionó una vez! ¡Dijo un nombre! Bruxigan… Broxigan…

—¿Broxigar? —La Suma sacerdotisa se tambaleó hacia atrás. Soltó la guja. Las lágrimas llenaron sus ojos—. ¡Brox! —les gritó Tyrande a los demás—. ¡Un orco que vino antes de su tiempo! ¡Siendo novicia, me hice amiga suya cuando mi pueblo lo capturó! Luchó contra la Legión Ardiente y los servidores de Azshara a nuestro lado… —tragó—, ¡y murió defendiendo el camino, según afirmó Krasus, contra el propio Señor de los Demonios, Sargeras!

La mirada del druida se agudizó.

—Debe de ser él de quien hablaba.

—¡Pero era amigo de Malfurion! —continuó diciendo la disgustada Suma sacerdotisa—. ¡Nunca lucharon entre ellos, y Malfurion lo honró a mi lado cuando todo había acabado! ¡Debes acordarte, Broll! ¡Nuestro pueblo hizo una estatua de él, es el único orco al que hemos homenajeado!

—Lo recuerdo… ahora. —Broll frunció el ceño—. Entonces, si está hablando de él, la han engañado… y la Pesadilla parece la causa…

—¿Pero por qué razón?

—¿No es obvio, mi Señora? Porque es una amenaza al poder que hay tras ella. Al menos nos da cierta esperanza. Significa que debe de tener cierta capacidad para luchar.

Tyrande se aferró a esa esperanza. Secándose los ojos, dijo:

—¡Entonces debemos darnos prisa en llegar a él! Lucan, cuando escapaste, ¿prestaste atención a qué dirección tomaba? Sé que la niebla está por todas partes, pero está ese… castillo… —la Suma sacerdotisa señaló al edificio distante—. ¿Sabrías guiarnos en relación aquello?

Lucan se estiró, parecía un poco más confiado.

—¡Sí, sí, mi señora! Es… ¡es mi oficio conocer los lugares y las direcciones. —El cartógrafo apuntó hacia la izquierda—. Por ahí…

—Volaríamos —ofreció Eranikus—, pero temo que no pudiera dirigirnos desde arriba. La niebla podría ser demasiada espesa para ver…

Tyrande ya había agarrado a Lucan del brazo.

—Entonces nos movemos ya. ¡Guíanos! —le ordenó al humano.

Asintiendo, Lucan caminaba un paso por delante. Tyrande mantuvo su guja preparada. Broll se colocó al otro lado del hombre, y el dragón se alzaba por encima del trío.

—Esta orca todavía me inquieta —dijo el druida—. No entiendo qué peligro puede suponer para mi shan'do.

El dragón verde sonrió burlón.

—¡Y tienes razón! ¡Un orco no es una amenaza en un lugar así! ¡Incluso aunque la Pesadilla la guíe, su Malfurion Stormrage es el primero entre los druidas! ¡Sus actos son admirados incluso entre mi raza! Ningún arma terrenal sería un peligro para él…

Lucan tragó saliva.

—Tiene un hacha.

Tyrande lo miró con expresión cautelosa.

—¿La orca lleva un hacha? —Se giró para ponerse delante de él—. ¡Descríbemela!

—Era un hacha con dos filos. Un hacha de batalla.

—¿Y de qué está hecha? ¿Es la cabeza de hierro o de acero? ¡Deprisa! ¡Dímelo!

Broll se movió para calmar a la Suma sacerdotisa, pero ella lo rechazó. Tyrande esperaba la respuesta de Lucan conteniendo el aliento.

—Ni de hierro ni de acero —respondió finalmente, concentrándose—. Creo… parecía que estuviese hecha de madera… —El humano asintió—. ¡Sí, madera! ¡Nunca había visto una cabeza de hacha hecha de madera! No parece muy práctica a menos que esté muy afilada, e incluso así es probable que se rompa…

—Hecha de madera —susurró con obvia consternación la elfa de la noche. Miró al otro elfo—. ¡No lo sabes! ¡No estabas allí cuando el mismo Cenarius se la hizo a Brox!

—Me acuerdo de haber oído algo al respecto —replicó Broll. Su expresión reflejaba ahora la de ella—. Forjada de madera bendecida por el semidiós… y tan poderosa que se dice que hasta cortó a Sargeras…

—Y persigue a Malfurion con ella —añadió Tyrande.

La Suma sacerdotisa se quedó mirando fijamente la niebla, especialmente a la estructura que apenas se distinguía… la única estructura.

—Lucan, ¿de verdad escapaste de ella?

—No… dijo que ya no me necesitaba. Estaba cerca…

—Cerca… —Con los ojos como platos, Tyrande agarró su guja… y de repente se abalanzó hacia la niebla.



CAPÍTULO CATORCE
LAS PESADILLAS INTERIORES

¡No!, Malfurion no podía evitar pensar. *No…*

Había sido consciente de que, según iba fructificando su plan, su esperanza secreta correría más peligro de ser descubierta. El Señor de la Pesadilla se había mofado de él hablándole de ser rescatado, e incluso lo había torturado con sugerencias e imágenes de Tyrande perdida y moribunda entre la niebla.

O peor aún… convirtiéndose en parte de lo que el Archidruida sabía que se estaba reuniendo alrededor del centro de la Pesadilla, justo más allá de la niebla que lo rodeaba.

Debo… hacer algo más…

No podía sentir cerca a su captor, lo que no significaba ni mucho menos que no lo estuvieran observando. Por eso Malfurion tenía que actuar de un modo extremadamente sutil.

Con un gran esfuerzo, hizo que las ramas que habían sido sus brazos se moviesen. El elfo de la noche lo había hecho más de una vez, generalmente buscando cierto alivio para su agonía. La agonía permanecía, pero la diminuta parte de su mente que estaba protegida estaba planeando algo distinto. Una posible distracción.

El plan auténtico se encontraba bajo la superficie, allí donde sus raíces lo anclaban al suelo. Casi todo el tiempo servían al propósito del Señor de la Pesadilla, manteniéndolo en su sitio y alimentándolo con el horror que habitaba aún más abajo. Sin embargo, dado que el elfo de la noche estaba atrapado, no era extraño que su captor pudiese confiarse y así ignorar el hecho de que una diminuta raíz se había vuelto de una importancia crucial para Malfurion.

Mediante concentración y voluntad, el Archidruida había conseguido dominarla. Siendo la más pequeña de una multitud de raíces, fue ignorada por el Señor de la Pesadilla. Así Malfurion usó todo su tiempo en fortalecer su poder sobre esa parte para que hiciese lo que necesitaba.

Y ahora necesitaba que se alimentase de más abajo, más allá de las otras raíces. Malfurion usó todo su conocimiento en esto, el vínculo de un druida con la naturaleza. Convenció a la raíz para que creciese, empujándola cada vez más abajo, más allá de las alimañas que horadaban la tierra y que se esforzaban por minar aún más lo que una vez había sido el Sueño Esmeralda.

Entonces, cuando estuvo lo bastante profunda, hizo que girase. Siempre cauteloso ante la presencia del Señor de la Pesadilla, el Archidruida concentró su voluntad en empujar la raíz más allá, hacia la niebla.

Cada vez estaba más cerca de su meta. No tenía más elección que seguir adelante, incluso aunque eso alertase al árbol de sombra. El tiempo era un concepto nebuloso en aquel lugar, pero, al menos para Malfurion, se estaba acabando. O conseguía la libertad… o la condenación se apoderaría de él, y se encontraría sirviendo voluntariamente al horror.

Centímetro a centímetro continuó empujando el druida. La raíz solitaria estaba casi en su meta.

Malfurion sintió que el árbol de sombra se estiraba hacia delante. Las esqueléticas ramas rastrearon la tierra que había delante de él. El Señor de la Pesadilla no habló, lo que no era un buen augurio. Las sombras se extendieron en la dirección en que Malfurion había enviado la raíz.

Una risa grave e insidiosa alcanzó a su mente, pero Malfurion luchó contra el miedo a ser descubierto.

Los necios siguen inútilmente adelante…, se burló el Señor de la Pesadilla. *Incluso aunque su número se reduce… y sus pérdidas suman a la Pesadilla…*

¡Perseverarán!, respondió el Archidruida, esperando alejar cualquier atención de sus esfuerzos. *¡La Pesadilla será destruida! ¡Tú serás destruido!*

Ni siquiera saben lo que significa perseverar…, replicó el árbol de sombra. *Ni siquiera saben lo que significa planear y esperar… y esperar…* Oyó más risotadas espantosas. *Y seremos recompensados por nuestra espera… engulliremos todo Azeroth…*

La sombra se retiró de su vista. Malfurion no se animó por ese detalle. No solo lo estaba observando el Señor de la Pesadilla, sino que el oscuro demonio estaba manipulando constantemente incontables asuntos. El Archidruida sabía mejor que la mayoría lo que estaba ocurriendo. Si su plan no funcionaba…

La raíz alcanzó el punto que deseaba.

Lo único que podía hacer Malfurion ahora era esperar… y rezar.

* * *

Incapaz de detener a Tyrande, Broll no tuvo más elección que ir detrás de la Suma sacerdotisa. Sin embargo, no lo hizo con su cuerpo de druida, sino como un gran felino. Al entrar en la espesa niebla, el druida usó sus sentidos más desarrollados del olor y el oído para compensar la limitada visibilidad.

Inmediatamente localizó su rastro. De hecho, resultó más sencillo de seguir de lo que Broll había supuesto. Aunque ella ponía su amor por Malfurion por encima de su propia seguridad, Tyrande no era tan tonta como para olvidar los peligros a los que se enfrentaban. Broll estaba seguro de que aún no se habían enfrentado a lo peor de la Pesadilla. La Suma sacerdotisa de Elune había dejado un rastro de pasos iluminados por la luz de la luna que despejaba el espantoso flujo de horrendos parásitos. Broll no era tan delicado, sus garras aplastaban a las criaturas a su paso.

Más adelante entrevió una figura, pero no seguía exactamente la ruta que había tomado Tyrande. Dejando escapar un grave gruñido, el druida se desvió para evitarla. Broll no tenía tiempo para enfrentamientos…

El suelo que tenía delante se hinchó. Bichos negros surgieron de la erupción.

¡Padre! ¡Padre!

Anessa se encontraba delante de Broll con los brazos extendidos en desesperación, su cara suplicante. Era más delgada que Tyrande y algo más baja. Sus ojos estaban llenos de inocencia e incomprensión.

Broll clavó las garras en el suelo y se detuvo. *¡No eres real!*, pensó ante la aparición. *¡No eres real!* En su mente la volvió a ver engullida por el poder conjunto del ídolo y la corrupción demoníaca. Así era como había perecido, debido al ataque de Azgalor y su propio fallo. Anessa estaba muerta… muerta.

¡Padre! ¡Por favor, sálvame!, gritó la visión de Anessa.

Y, aun así, a pesar de saber con certeza que no se trataba de su amada hija, el druida empezó a notar que le flaqueaban los nervios. Una parte de él deseaba tanto salvarla…

Unos tentáculos color esmeralda atraparon a Anessa. Chilló e intentó zafarse de ellos, pero la sujetaban con fuerza.

El felino se echó hacia atrás, volviendo a ser elfo de la noche. *Así no es como murió…*

Los tentáculos color esmeralda apretaban más y más. El cuerpo de Anessa crujió. Su cabeza estaba atrapada en un terrible nudo.

El cráneo crujió, pero Anessa seguía pidiendo ayuda. Sin embargo, ahora, de su boca y de cada parte rota de su cuerpo, surgían los ciempiés, cucarachas y otros devoradores de carroña. Con ellos brotaba una sustancia espesa y oscura que tenía el color verduzco de la podredumbre.

Ante los horrorizados ojos de Broll, los últimos rasgos reconocibles de su hija desaparecieron de los tentáculos. Todo lo que quedaba eran las cosas grotescas que habían manado de ella. Cayeron al suelo, extendiéndose entre la basura que ya había antes.

—Tú… eres… real —dijo una voz que un aturdido Broll necesitó un momento para reconocer que no era la suya—. Al contrario que ella, que era una imagen creada para atraerte a la Pesadilla…

Una enorme figura surgió de la niebla. Broll cambió a forma de oso y amenazó a la figura con sus garras.

—No, druida… no quiero hacerte daño. —Era un anciano.

Broll volvió a cambiar.

—¿Gnarl?

Pero casi en cuanto lo hubo dicho, el druida se dio cuenta de que se equivocaba. La figura se parecía a Gnarl hasta cierto punto, pero estaba más doblado a la altura del hombro y sus colmillos eran más largos. Su piel de corteza era de un color más verdoso, incluso teniendo en cuenta dónde se encontraban.

Más aún, este anciano, igual que Gnarl, le resultaba conocido a Broll.

—Me acuerdo de ti —dijo el elfo de la noche—. Arei…

El Anciano de la Guerra inclinó su pesada cabeza. Muchas de las hojas que deberían haber formado parte de su barba y melena estaban marchitas. El anciano parecía muy cansado.

—Ese soy yo… —Su mirada inspeccionó al druida—. Y tú eres Broll Bearmantle. Como yo, has venido a través de un portal… Vallefresno,

diría…

—Sí.

El gigantesco ser frunció el ceño.

—Y, por tus palabras, ¿Gnarl ya no lo protege?

Tragando saliva, el elfo de la noche contestó:

—A Gnarl se lo han llevado… la Pesadilla…

Arei dejó escapar un sonido parecido al de un enorme árbol partiéndose lentamente por la mitad. A Broll le provocó escalofríos, pues era un grito primigenio. Podía sentir la gran sensación de pérdida de Arei ante esa noticia.

—Otro caído —murmuró el gigantesco guardián—. Nuestro número decrece mientras que el de la Pesadilla se multiplica… Libramos una batalla que no podemos ganar…

—¿Quiénes? ¿Qué haces aquí?

—Lo que podemos. —El anciano miró hacia otra parte—. Ven… él tiene que saber que estás aquí…

—¿De quién hablas? —preguntó Broll, pero el anciano ya había entrado en la niebla.

El druida se quedó dónde estaba por un segundo, dudando entre seguir a Tyrande u obedecer al anciano. Sin embargo, la decisión ya estaba tomada, pues el rastro de la Suma sacerdotisa había desaparecido y Broll dudaba de poder seguirla incluso en su forma felina.

Quedaba una esperanza… que Arei o aquel otro del que hablaba conociese el paradero de Malfurion Stormrage. Eso pondría al druida de nuevo en el rastro de Tyrande. Con esa desesperada esperanza en mente, Broll se resignó a seguir al anciano… y a rezar porque no estuviera cayendo en otra terrible trampa de la Pesadilla.

* * *

Tyrande era muy consciente de que había sido excesivamente impulsiva al lanzarse hacia la niebla, pero un miedo imparable por Malfurion la había poseído. Durante los muchos milenios que sus corazones habían estado unidos, se había enfrentado varias veces a la terrible posibilidad de su muerte. Pero desde su primera batalla contra los demonios de la Legión Ardiente, la Suma sacerdotisa no había sentido el terrible miedo que sentía ahora.

El hacha de Brox se lo había provocado. Sabía de su poder, sabía de su monumental fuerza y de su poderosa magia. En manos de Brox había hecho

grandes cosas, cosas importantes…

Y ahora esa fuerza y esa magia estaban en contra de Malfurion. Solo podía asumir que era la última y terrible trampa que la Pesadilla le había preparado a ella y a su amante.

¡No! ¡No morirás!, pensó Tyrande casi furiosa con Malfurion. *¡No te dejaré que hagas eso!*

Por supuesto, su furia estaba mal enfocada, pero la empujaba a seguir. Tyrande solo tenía la vaga forma de un castillo que evidentemente no existía allí para guiar sus pasos. Incluso a través de la niebla más espesa, permanecía apenas visible. De nuevo, era consciente de que podía ser una trampa, pero era su única pista.

Tyrande permanecía consciente de que había algo más acechando en la niebla, algo que deseaba alcanzarla. Sabía que estaba conectado a los durmientes que Eranikus temía haber matado al atacar sus cuerpos astrales, pero sentía que era algo más profundo y oscuro que aquellos.

Y, fuese lo que fuese, se acercaba cada vez más según avanzaba.

El apenas visible castillo no parecía más cerca que antes, lo que también la preocupaba. En el Sueño Esmeralda la distancia y el tiempo no tenían un significado concreto. Malfurion se lo había enseñado. Para él, su cautiverio podría estar durando siglos, no años. Puede que estuviera muy cerca, pero ella podría tener que correr durante días para llegar a donde estaba.

—¡No! —murmuró—. ¡Lo encontraré, y pronto!

No… no… no…, susurró de repente la niebla con mil voces. *No… no… no…*

La Suma sacerdotisa miró con furia hacia el húmedo, prácticamente visible paisaje, buscando los susurros. Le rezó a Elune, y la guja resplandeció. Tyrande iluminó a la izquierda con su arma, pero el espació que había cortado solo mostraba a mas bichos carroñeros.

Pero justo más allá de la luz…

Tyrande se movió hacia ello, pero fuese lo que fuese se retiraba con la niebla. Estaba ahí, apenas visible.

Y esperando a que ella diese un paso en falso fatal.

Madre Luna, guíame ahora… fortalece mi voluntad…, rezó la elfa de la noche.

Voluntad… voluntad…, dijeron los susurros.

No pudo evitar estremecerse. No solo repetían sus palabras, sino también sus pensamientos. ¿No había nada a salvo?

Nada a salvo… nada a salvo… nada a salvo…

Tyrande tenía su respuesta. Sin embargo, ni siquiera se planteó retirarse. Su deseo, su misión, estaba clara. Nunca pensó que podría llegar hasta Malfurion sin ser vista. La Suma sacerdotisa esperaba tener que pelear, y mucho. Por lo tanto, que la Pesadilla supiera que estaba allí y cuáles eran sus intenciones no cambiaba nada.

—Me enfrentaré a todo lo que lances contra mí —le murmuró a la niebla—, ¡y lo derrotaré!

No hubo susurros burlones. Si eso era bueno o malo, Tyrande no podía saberlo.

Siguió adelante. Aunque las alimañas se apartaban de ella, podía oír como volvían rápidamente una vez había pasado. Además, el suelo se volvía resbaladizo con una sustancia verde negruzca que le recordaba a entrañas de los bichos y que lo cubría todo. Tenía que despegar los pies del suelo, un acto al que acompañaba un enfermizo sonido pegajoso. Su avance se ralentizó.

—Tomará más que eso —le dijo a la niebla.

Una risa femenina atravesó la niebla.

La risita horrorizó a Tyrande más que cualquier otra cosa hasta el momento. Conocía esa risa, todavía soñaba con esa risa.

Era la risa de Azshara.

Pero la reina de los elfos de la noche estaba en el fondo del mar que marcaba donde se habían encontrado una vez su ciudad y el Pozo de la Eternidad… al menos por lo que Tyrande sabía. Sin embargo, era esa duda diminuta, el saber que no había sido testigo de la muerte de Azshara, lo que le había provocado las pesadillas que había sufrido frecuentemente durante siglos. Aunque la reina loca, cautivada por el poder de Sargeras y pensando en sí misma como la futura consorte del titán, ciertamente no había tenido la oportunidad de huir de Zin-Azshari, era posible que sí se las hubiese arreglado de algún modo.

¡Así que este es tu plan ahora!, le dijo desafiante a la niebla. *¡Una valiente elección, pero te extralimitas!*

Para enfatizar su desafío, estiró los brazos como si le diese la bienvenida a este nuevo ataque. Sin embargo, no ocurrió nada. No hubo una repentina materialización de la temible reina, ni siquiera otra risita.

—Sigue con tus juegos, entonces —dijo en voz alta la Suma sacerdotisa—. Yo tengo asuntos más serios a los que prestar mi atención.

Una vez más continuó avanzando, apartando a las alimañas y peleando por cada paso. Al fin la elfa de la noche parecía estar más cerca del neblinoso castillo. Tyrande sentía en parte que su absoluta determinación le ayudaba a progresar, que la Pesadilla se doblegaba, al menos en parte, a su voluntad. Sin embargo, tomó la precaución añadida de dedicar una oración silenciosa a Elune para que el castillo ni desapareciera ni retrocediera en el último momento.

El olor a putrefacción, siempre presente, se volvió más fuerte. El suelo, más resbaladizo. A veces Tyrande casi podía jurar que latía, como si fuese un gran ser que respiraba lentamente. La Suma sacerdotisa se dijo que era simplemente la Pesadilla buscando quebrantar su determinación, pero de todos modos se movía con cautela.

Entonces resbaló. Tyrande no pudo hacer nada por evitar caer de cara en la nauseabunda sustancia. Un repugnante moco cubría sus labios y le quemaba la lengua. Rápidamente lo escupió, insegura de si estaba envenenado.

Su guja se encontraba a cierta distancia, con la punta de una de las hojas oscurecida por la niebla. Tyrande logró ponerse de rodillas, aunque el esfuerzo fue mayor de lo que esperaba. El suelo estaba tan resbaladizo que sus manos apenas podían encontrar apoyo.

Un ruido como de arañazo hizo que volviese su atención hacia la niebla. La guja resbalaba por el suelo, desapareciendo cada vez más.

La elfa de la noche se lanzó a por su arma, pero volvió a caerse. Ahora solo se veía la punta de una de las hojas.

Calmándose, invocó la luz de Elune, la dirigió hacia la guja…

Algo reptaba detrás de Tyrande. La elfa de la noche miró inmediatamente en esa dirección, pero no vio nada. Rápidamente volvió su atención hacia la guja. Había desaparecido.

La risita de Azshara volvió a alcanzar los oídos de Tyrande.

Intentando girarse hacia el origen de la siniestra risa, Tyrande solo consiguió enfangarse cada vez más. Finalmente recurrió de nuevo a la luz de Elune, esperando que eso hiciera que el suelo se endureciese.

Pero, al intentarlo, volvió a oír el sonido reptante. Tyrande se negó a cesar en sus esfuerzos, pero no pudo evitar intentar ver también qué se acercaba a ella…

Algo musculoso pero húmedo se enredó en su cuello con la crudeza de un látigo. Tyrande abandonó su hechizo para luchar contra lo que ahora la estaba asfixiando.

Levantó a la Suma sacerdotisa más de un metro sobre el suelo. Al mismo tiempo, el sonido reptante aumentó de volumen.

Y de nuevo regresó la conocida risa.

—¡Que criatura tan simpática y hermosa eres! ¡Se me había olvidado!

Tyrande, todavía luchando por respirar, notó que la giraban hacia la derecha.

Una monstruosa cara de color azul verdoso se burlaba de ella. Era élfica, pero casi semejante a la de un pez monstruoso. Unas extensiones semejantes a aletas surgían no solo de la cabeza, sino que recorrían la escamada espalda. Y unas escamas también cubrían la cara y el curvado pecho.

Las manos eran membranosas y con garras, parecidas a las de un depredador marino. Aun así eran más parecidas a las de un elfo de la noche que la parte inferior del cuerpo de aquel ser. Más que sobre piernas, se movía sobre lo que parecía ser una combinación del resbaladizo cuerpo de una serpiente y una anguila.

Era, de hecho, la larga y espinosa cola de aquel cuerpo lo que buscaba con creciente éxito estrangular a Tyrande.

—Qué guapa —susurró con la voz de Azshara.

A pesar de su batalla casi perdida por recuperar el aire, Tyrande observaba con los ojos como platos a la criatura. Era y no era la reina. En la cara con escamas se podían ver algunos rasgos de Azshara, aunque los ojos eran feroces órbitas rojas que pretendían abrirse paso en la mente de la Suma sacerdotisa.

Y a su alrededor aparecieron otras formas reptantes. Las hembras tenían cierto parecido con elfas de la noche, pero los machos eran más primitivos y salvajes. Sus caras eran como las de los peces carnívoros, y estaba claro por sus ansiosos ojos rojos que no le harían ascos a devorar su carne.

Si esta era Azshara, Tyrande sabía que aquellos solo podían ser los Altonatos, la casta de leales sirvientes que se habían unido a ella en su locura. Nada había para ellos más que servir a la gloria de su reina, incluso aunque significase la muerte de miles de elfos.

Ahora… todavía la servían. Ahora ellos, como Azshara, se habían convertido en un horror que a Tyrande le resultaba familiar. La forma de serpiente era inconfundible.

Eran nagas. Los espantosos habitantes de los mares.

—Una vez te ofrecí un puesto en mi corte —murmuró alegremente la reina mientras con su cola acercaba tanto a Tyrande que solo unos centímetros separaban sus rostros.

Un espeso hedor manaba de Azshara… un hedor asociado al de un cadáver que se pudriese durante días en el agua.

—Habrías sido una estupenda dama de honor…

Tyrande luchó por invocar a Elune. Pero la luz que ya tenía se desvaneció aún más. Mientras se apagaba, los naga se acercaban más y más ansiosos. Se amontonaron sobre ella…

—Y todavía me servirás… —dijo la reina con una sonrisa que mostraba sus colmillos.

Las piernas de la elfa de la noche empezaron a fundirse. Azshara la estaba convirtiendo en una naga.

Tyrande tiró con más fuerza de la cola que rodeaba su cuello. Apenas podía mantenerse consciente y mucho menos pensar.

Pero en su último resto de conciencia, la cara de Malfurion llenó sus pensamientos. Él no dijo nada, solo le dedicó una mirada de ánimo.

Aquello espoleó a la Suma sacerdotisa para que hiciese un esfuerzo más por invocar a su diosa. Aunque Tyrande no podía hablar, movió los labios con el nombre de Elune.

El fulgor plateado de la Madre Luna la bañó.

Perdió la conciencia.

Azshara y todos los naga habían desaparecido. Tyrande se quedó inmóvil en el resbaladizo suelo, y los bichos carroñeros empezaron lentamente a cubrir su cuerpo. La niebla se espesó alrededor de la Suma sacerdotisa.

Pero Tyrande seguía sin moverse. Yacía allí, con las manos en el cuello… alrededor del cuello.

Como si hubiese estado estrangulándose ella misma.



CAPÍTULO QUINCE
DEFENDIENDO EL SUEÑO

Las sólidas murallas de Orgrimmar carecían del «refinado» toque de las de Ciudad de Ventormenta, pero no podía ignorarse su salvaje gloria. Altas y con enormes torres de vigilancia que observaban las tierras adyacentes, advertían a quien fuese lo bastante necio como para atacar del alto precio en sangre que tendría que pagar. Duros guardias orcos patrullaban las pasarelas interiores, y no era extraño ver entre ellos trolls Lanza Negra, tauren e incluso a los no-muertos Renegados.

Y, aunque a un humano el interior podría haberle parecido propio de bárbaros, con su población dividida en pequeños valles más que en barrios y sus edificios rurales más en sintonía con el pasado nómada de los orcos, estaba claro que Orgrimmar era un centro tan importante para aquellos que vivían allí como la capital de Ventormenta. Allí la población se contaba por miles que comerciaban, estudiaban, se preparaban para la guerra…

Situada en la base de la montaña más cercana al valle de Durotar, Orgrimmar era un símbolo de la lucha que el gran libertador Thrall había tenido que librar para darles por fin a sus seguidores un auténtico hogar. Igual que había bautizado al valle con el nombre de su padre asesinado, bautizó la ciudad con el nombre del Jefe de Guerra que había tomado bajo su protección al entonces esclavo y gladiador fugado, y que más tarde lo había escogido como sucesor.

El propio Thrall gobernaba desde el Fuerte Grommash, situado en el Valle de la Sabiduría, zona central de la capital. El Fuerte Grommash desplegaba toda la bárbara belleza del dominio del Jefe de Guerra orco, con grandes edificios redondeados con afiladas agujas en sus tejados, grandes entradas también redondeadas y muestras en muchos de los muros de piedra gris que hablaban de pasadas victorias tanto del Jefe de Guerra como de la

Horda en general. Entre esas muestras se encontraban las temibles cabezas momificadas de las criaturas utilizadas por la Legión Ardiente, armas y armaduras de los propios demonios y, más adelante, armaduras y banderas de otros enemigos, la Alianza. Que estos fuesen ahora aliados no importaba a los orcos. Habían sido victorias y como tales eran festejadas.

Pero la gloriosa victoria no estaba en las mentes de los guardias orcos y el chamán que se apelotonaban en el santuario del Jefe de Guerra. Los guerreros observaban con ansiedad mientras el chamán dibujaba círculos sobre una figura tendida sobre la basta cama de roble cubierta por las amplias pieles de animales que usaban como mantas. Cada vez que el chamán retiraba la mano, los guerreros se inclinaban con expectación… y se echaban hacia atrás derrotados.

La figura sobre la cama se movió repentinamente, luego murmuró algo. Sus manos aferraban en vano el aire. Luego una mano se balanceó como si empuñase un hacha.

Los violentos movimientos no animaban a los espectadores. Los habían visto muchas, muchas veces. Thrall no estaba más cerca de despertarse de lo que había estado tras los anteriores esfuerzos del chamán.

—Sigue teniendo ese terrible sueño —murmuró el entrecano chamán —. Se repite una y otra vez, y nada de lo que hago consigue penetrarlo…

El anciano orco de pelo plateado miró desde unos ojos hundidos un estilizado puñal que había sobre mesa redonda de madera que había cerca. Lo habían utilizado para, con cuidado, pinchar al dormido Jefe de Guerra con la esperanza que un dolor repentino y agudo acabase con la pesadilla.

Eso también había fallado.

—¿Lo ponemos con los demás? —dijo cautelosamente un guardia. Inmediatamente otro orco lo sacudió de un golpe en la cabeza. El primero miró airadamente al segundo y, de no ser porque el arrugado chamán se interpuso entre ambos, hubiese empezado una pelea.

—¡Deberían avergonzarse los dos! ¡El gran Thrall yace hechizado y ustedes se pelean! ¿Es eso lo que él querría?

Los dos guerreros, avergonzados, sacudieron la cabeza. Aunque fueran el doble de corpulentos que el chamán vestido con pieles de osos, temían su poder. No era el más talentoso de su oficio en Orgrimmar (de hecho, ese título pertenecía al propio Thrall), pero de aquellos chamanes que todavía estaban despiertos él suponía la mejor esperanza.

Pero esa esperanza se estaba desvaneciendo.

De un lado a otro de la cámara se oyó un aullido lastimero. Todos los orcos se giraron a la vez para mirar a una enorme loba blanca que aullaba hacia la ventana. El animal era de tan gran tamaño que cualquiera de los guerreros podría haber montado en él como si fuese un caballo. De hecho, el jefe de Guerra usaba a su compañera más fiel con ese propósito. Ambos eran legendarios compañeros de batalla. La loba podía ir y venir por todo el edificio, y ningún guardia se quejó nunca de esa situación.

La gigantesca bestia dejó escapar otro aullido. El sonido estremeció a los guerreros y al chamán más que cualquier otra cosa que hubiesen visto desde que se había descubierto el estado de Thrall.

—Calla, Canción de Nieve —murmuró el chamán—. Liberaremos a tu hermano de caza…

Pero entonces la loba empezó a intentar trepar y salir por la ventana. Sin embargo, el hueco, aunque era grande, no lo era lo bastante para la gigantesca cazadora. Con un gruñido de frustración. Canción de Nieve se giró y se lanzó hacia la colosal puerta.

Al chamán se le abrieron los ojos.

—¡Ábranle! ¡Deprisa!

Uno de los guardias se apresuró a obedecerlo. Apenas había abierto la puerta cuando Canción de Nieve chocó con él. El corpulento orco salió volando como una hoja movida por el viento y acabó por chocar con una pared. La loba continuó su camino.

—¡Síganla! —ordenó el anciano chamán—. Siente algo…

Seguida por los orcos, la loba blanca cargó a través del fuerte. Se detuvo en dos ventanas más que también eran pequeñas y finalmente se dirigió hacia las enormes puertas de la entrada principal.

Los soldados de guardia se envararon ante la sombrosa figura que se abalanzaba en su dirección. Antes de que el chamán pudiese advertirles, uno de ellos tuvo el sentido común de abrir una puerta. Si la loba buscaba salir con tanta urgencia, el guardia asumió que probablemente habría algún peligro fuera.

Canción de Nieve salió. La loba se detuvo solo para reconocer su entorno y luego corrió hacia la parte más cercana de las murallas que rodeaban Orgrimmar.

Aunque era mucho mayor que los demás, el chamán los sorprendió demostrando ser el más rápido. Con ligeros movimientos más parecidos a los de la loba, casi estaba a la altura de Canción de Nieve. Había otros

métodos por los que podría haberse movido más deprisa, pero cierta cautela innata frenaba al anciano orco.

Trolls y orcos que andaban ocupándose de sus asuntos se apartaron del camino de Canción de Nieve. Al recuperarse, la mayoría desenfundó sus armas. Orgrimmar llevaba días en alerta, y a los presentes les pareció que las prisas de la loba señalaban que la hora de la batalla había llegado.

El chamán miraba a su alrededor mientras seguía a la loba. Por muchos que fuesen, había menos defensores de Orgrimmar presentes de los que debería haber habido. Peor aún, según se acercaban a la muralla vio que la niebla había entrado más en la capital. Era casi imposible ver a los guardias de arriba.

El anciano orco deseó, no por primera vez, que aquellos que tenían más conocimiento y experiencia con las artes arcanas que él no se hubiesen contado, junto con Thrall, entre los primeros en no despertar.

Canción de Nieve no corrió hasta los escalones que llevaban a las atalayas. En lugar de eso, la loba blanca se subió a una escalera que llevaba a uno de los niveles inferiores de la muralla. Allí, el astuto animal siguió un paso tras otro hasta que llegó a la parte superior de la muralla.

El blanco pelaje de la loba destacaba incluso en la espesa niebla esmeralda. El chamán subía unos cuantos escalones detrás del animal. Al llegar arriba vio al centinela más cercano de pie, inmóvil.

—¿Qué te aflige? —preguntó el anciano orco. Cuando el centinela no le respondió el chamán le tocó el brazo.

Solo entonces al soldado se le inclinó la cabeza hacia un lado.

El chamán pensó al principio que el guerrero estaba muerto, pero al ponerle la mano en el pecho se dio cuenta de que respiraba. Lo miró a la cara y vio que tenía los ojos cerrados.

Aunque en pie, el centinela estaba dormido.

El chamán miró al siguiente… y vio lo mismo.

Algunos de los guardias que lo seguían lo alcanzaron. Se quedaron mirando a sus camaradas con pasmo.

—¡Avisen! —ordenó el anciano orco—. Encuentren a más para proteger la…

Canción de Nieve volvió a aullar lastimeramente. La loba se irguió sobre sus patas traseras mientras que las delanteras las apoyaba sobre el parapeto para poder ver más allá de Orgrimmar.

Los orcos miraron hacia donde Canción de Nieve observaba.

Había figuras en la niebla. Cientos o más.

Uno de los guardias tomó un cuerno que colgaba de un gancho de madera en la muralla. Sin embargo, antes de que el orco pudiese llevárselo a la boca, este, el chamán y los demás se quedaron paralizados.

Las figuras se habían adelantado hasta el límite de la niebla.

Eran orcos.

—Grago —gruñó sorprendido un guerrero—. Mi hermano duerme… pero lo estoy viendo ahí…

—Hidra… mi compañera, Hidra, ¡marcha con ellos! —dijo otro.

—¡Un truco! —insistió un tercero—. ¡Trucos de mago! La Alianza…

—No es la Alianza —exclamó sin rodeos el chamán. Se inclinó hacia delante—. Son todos los que duermen… todos ellos…

Y, mientras lo decía, su mayor miedo se reveló ante él. De repente, Thrall estaba allí, pero un Thrall que era una grotesca parodia del Jefe de Guerra. La piel le colgaba como pudriéndose y se podía ver el hueso. También tenía los ojos de un rojo llameante… el rojo de la corrupción demoníaca.

Todos los orcos de las sombras tenían esos ojos.

—¡Un truco! —gritó el mismo guerrero con ansiedad—. ¡Nos creen necios! ¡Ilusiones! ¡Digo que es la Alianza!

El chamán no dijo nada, estudiando la figura de Thrall tan de cerca como se atrevía. Intentó no mirar directamente a los ojos de la sombría figura… pero al final no pudo evitarlo.

Ante él pareció abrirse un vasto vacío oscuro con una sombra de inquietante color verde. Solo con un gran esfuerzo pudo el chamán apartar la mirada.

Pero en ese momento había confirmado sus peores miedos.

Sí era Thrall… o al menos cierta esencia de él.

El anciano orco había descubierto algo más en aquel breve y terrible contacto. Esas versiones pesadillescas de los durmientes estaban esperando una señal. Cuando llegase, el malévolo poder que representaban esas sombras barrería Orgnmmar. No sería una batalla física, por supuesto. Las vastas legiones que llevaban los rostros y cuerpos de las familias de los defensores estaban ahí más para inquietar a aquellos que todavía vigilaban. Cuando la oscuridad atacase… atacaría a cada guerrero en su parte más indefensa. Su alma.

Que el ataque no hubiese tenido lugar aún tampoco le daba mucha esperanza al chamán. La señal, fuese cual fuese, era inminente. Muy inminente.

—Debemos alertarlos a todos… —murmuró el chamán alejándose de la muralla—. Tenemos que hacer que todos, jóvenes y viejos, se preparen…

Sin embargo, lo que no dijo mientras se iba era que contra un enemigo así, al que probablemente no se podría tocar con un hacha, había muy poco que los defensores pudieran hacer, excepto caer.

* * *

Broll creía que había perdido a Arei, pero el anciano regresó con él.

—No te alejes. Estamos muy cerca. Él sabe que vienes.

—¿Él?

Antes de que el anciano pudiese responder, una oscuridad esmeralda aún más espesa los cubrió.

Unas voces farfullantes llenaron la mente de Broll. Un escalofrío se le alojó en el corazón. Se sintió como si le estuviesen arrancando la piel de la carne y, peor aún, entre las voces, los gritos de su hija lo abrumaban. El druida estaba siendo arrastrado a un abismo donde unas manos desesperadas lo agarraban y tiraban de él cada vez más… y más…

¡Márchense!, ordenó una nueva y vibrante voz que le dio al elfo de la noche un ancla a la que aferrarse mentalmente. Las voces cesaron. Las manos se retiraron. El hielo en su corazón se fundió…

La oscuridad volvió a la aún ominosa niebla. Broll descubrió que estaba de rodillas, jadeando. Tenía una mano en el pecho.

Una suave luz que se extendía desde delante de él bañó al druida. Broll levantó la mirada.

—¿Remulos? —dijo.

Pero, aunque la brillante figura recordaba al guardián del Claro de la Luna, Broll vio rápidamente que no era él. Más aún, el druida se dio cuenta de que lo que estaba viendo no era, como eran él y el anciano, un ser sólido.

Y cuando el elfo de la noche reconoció al fin quién estaba en pie… no, quién flotaba… ante él, tragó saliva.

La razón de que se pareciese a Remulos era obvia. Se trataba de su hermano… Zaetar.

Pero Zaetar estaba muerto.

Broll se puso en pie. Zaetar se había enamorado de Theradras, una elemental de la tierra. Se decía que con ella había engendrado al primero de

los centauros. Pero los violentos hijos de Zaetar le habían devuelto el favor de que los hubiese traído al mundo asesinando al guardián del bosque. La leyenda decía que una desconsolada Theradras, incapaz de admitirlo, había ocultado sus restos.

¡Detén tu mano!, dijo el gigante. Su boca no se movió, pero oyó claramente las palabras. *Tu preocupación es comprensible, pero la verdad ha cambiado…*

Incluso teniendo en cuenta dónde se encontraba y el hecho de que no era carne sino espíritu, Zaetar era de un color más verde que su hermano pequeño vivo. Aparte de eso, las dos figuras titánicas eran obviamente los hijos de Cenarius. Sin embargo, el rostro de Zaetar era ligeramente más alargado y tenía una constante expresión de tristeza, esto último quizá era lógico, considerando su muerte.

El druida miró a Arei, que asintió. El anciano de la guerra parecía más demacrado que antes del ataque contra Broll, lo que le hizo preguntarse al elfo de la noche si Arei también había sufrido.

A ambos los ha alcanzado la pesadilla, aunque Arei estaba mejor preparado, dijo Zaetar, indicación que había leído los pensamientos de Broll. Eso volvió al druida aún más cauteloso.

Somos aliados, Broll Bearmantle, insistió el espíritu, extendiendo las palmas de las manos abiertas hacia el elfo de la noche. Mientras «hablaba», la forma de Zaetar formaba ondas, como si fuese parte de la niebla.

—Él nos ha dirigido durante estos momentos duros —añadió Arei—. Y es una de las razones por la que todavía resistimos…

Aunque dudo que podamos resistir más tiempo que las pocas semanas que ya hemos resistido…

—¿Semanas? —exclamó Broll—. ¿Llevan semanas luchando contra esto?

La expresión del espíritu se oscureció. Apartó la mirada.

—Cuando los míos y yo entramos, Zaetar y aquellos a los que había reunido creían que llevaban más de un año aquí, aunque solo habían pasado unas pocas semanas —respondió el anciano de la guerra. Su curtido rostro se retorció en una mueca—. ¿Qué día era cuando entraste, Broll Bearmantle?

El elfo de la noche se lo dijo. La sorpresa de Arei era obvia.

—¿Solo once días? Estaba seguro de que llevábamos aquí toda una estación…

La Pesadilla distorsiona cómo se entiende aquí el tiempo, comentó furioso Zaetar. *Aquí nada tiene sentido, excepto la lucha…*

—Hablas de otros que también luchan contra la pesadilla, —dijo Broll pensando que quizás alguno de ellos habría encontrado a Tyrande—. ¡Espero que puedan encontrar a la que venía conmigo! ¿Dónde están?

Ahora el espíritu tenía una expresión lúgubre. Hizo un gesto hacia la oscura niebla. *Druida, están a nuestro alrededor…*

Cuando Zaetar dijo esto, su mano pareció apartar la repugnante niebla a su alrededor. El aire no se despejó del todo, pero Broll pudo ver hasta cierta distancia.

Y lo que vio fue lo más impactante que había visto hasta entonces.

Estaban solos o en pequeños grupos. Estaban desperdigados hasta donde la niebla le permitía ver, y sin duda había más por otras partes.

Eran druidas, ancianos de la guerra, dríades y otros vinculados a la naturaleza de Azeroth y al Sueño Esmeralda. Algunos tenían formas sólidas, otros estaban en su cuerpo astral. Algunos eran como Zaetar.

Entre aquellos que estaban en forma astral se encontraban algunos que Broll pudo reconocer, y el reconocerlos lo llenó de horror. Eran druidas perdidos en Azeroth hacía tiempo, cuando sus cuerpos ya no podían soportar la comida y el agua. Algunos llevaban meses muertos, pero sus formas astrales parecían ignorantes de que para ellos ya no era posible el regreso.

O quizás lo sabían, pues muchos de ellos permanecían en la vanguardia, haciendo cuanto podían para detener a la Pesadilla.

Y la propia Pesadilla llegaba en la forma de la misma terrible oscuridad que había abrumado brevemente a Broll. Parecía más una nube insidiosa o quizás un gigantesco enjambre de hormigas negras. Se movía y ondulaba, y, allí donde flaqueaba uno de los que luchaban, se adelantaba con obvia ferocidad. Unos largos tentáculos se adentraban superando a los compañeros de Zaetar, prueba de que sus esfuerzos no eran suficientes.

Los defensores atacaban a la Pesadilla con un vasto despliegue de hechizos, la única defensa real contra un enemigo así. Como la mayoría eran druidas, luchaban usando su oficio. Enormes osos luchaban al lado de veloces felinos, y cada mordisco o zarpazo iba acompañado de destellos de energía. Pero, aunque esto parecía mantener controlada a la oscuridad, Broll no pudo evitar sentir que los defensores no estaban hiriendo en realidad a aquello contra lo que luchaban.

Por arriba, el cuerpo astral de un cuervo de tormenta sobrevolaba el límite de la Pesadilla. Demostraba cierta desesperación el que, incluso en forma astral, los druidas hubieran recorrido a sus otras formas para añadir fuerza a su pelea. El Sueño Esmeralda había sido un lugar donde su talento no había conocido límites, pero ahora eso había cambiado.

Otros druidas conservaban sus cuerpos originales. Aquellos buscaban manipular el Sueño contra la Pesadilla. Con la guía de algunos de los hermanos de Broll, la frondosa hierba crecía más alta que árboles y luego, como si se mecieran ante una tremenda corriente de viento, cortaban las sombras invasoras en pedazos que luego se disipaban.

Se oyó el grito de un pájaro. Entretenido en su ataque, el cuervo de tormenta no le había prestado suficiente atención a algunos de los tentáculos que había cortado de la Pesadilla. Ahora algunos de esos pedazos sueltos de maldad se habían enredado en sus alas.

Mientras caía en picado hacia la siniestra masa, el espíritu de Zaetar se movió para ayudarlo. Su poder se extendió hacia el druida herido…

Pero antes de que Zaetar pudiese llegar… una forma sombría que recordaba a la cabeza de un gran dragón surgió de la Pesadilla y se tragó al cuervo de tormenta entero. Los espectadores horrorizados observaban mientras el ave caía por la «garganta» del nebuloso demonio. Desesperado, el druida recuperó su forma normal, pero, aunque se encontraba en forma astral, no pudo salir de su monstruosa prisión. La cabeza de dragón regresó dentro de la Pesadilla. Los defensores retomaron sus esfuerzos, pero Broll sintió cómo caía la moral de sus camaradas. Esa no podía haber sido la primera de sus bajas y, ciertamente, no sería la última.

Antes llegamos a ser más del doble de este número, le confirmó con tristeza el espíritu. Zaetar apretó los puños. *Pero, de un modo u otro, se los han ido llevando… y ahora, corrompidos, la sirven…*

—Lethon… —murmuró el elfo de la noche. La sombra le había recordado al malvado leviatán verde.

Hay cosas incluso peores que dragones, pero Lethon y Emeriss han servido bien a la Pesadilla…

Broll había visto suficiente… o demasiado.

—Tengo que encontrar a Tyrande… ¡Va en busca de Malfurion! Hay una orca suelta por aquí y lleva un arma que puede matarlo…

He preguntado a todos si han visto alguna señal de esto, respondió el parpadeante Zaetar, confirmando que había leído los pensamientos de Broll.

Nadie me ha respondido afirmativamente…

—Se dirigía hacia lo que creía que era un castillo…

No existe tal edificio…

—¡Yo mismo vi su silueta! Estaba siguiendo… —Broll miró a Arei, pero el anciano sacudió su enorme cabeza—. Lo vimos…

La niebla empezó a rodearlos de nuevo. Uno a uno, los lejanos defensores desaparecían de la vista del preocupado elfo de la noche. En alguna parte estaban su shan'do y la Suma sacerdotisa. Y una orca con intenciones asesinas.

Zaetar parecía disgustado. *Sé lo que planeas… ¡es una locura! Solo te entregarás a la Pesadilla…*

—¡Si ha de pasar, pasará de un modo u otro! —dijo Broll enseñando los dientes. Pensó—. ¿Dónde está lo peor de la Pesadilla?

Con resignación, el espíritu señaló a su izquierda, a lo lejos. La niebla se despejó lo suficiente para mostrar la ondulante oscuridad verde negruzca. *Eso es solo una muestra de lo que hay dentro… quédate y lucha con nosotros, Broll Bearmantle…*

En respuesta, el druida se transformó en un felino y saltó hacia el punto. Arei empezó a seguirlo, pero Zaetar sacudió la cabeza. *Deja que continúe su búsqueda… puede que él tenga éxito y liberen a Malfurion Stormrage…*

—¿Es eso posible? —preguntó el anciano.

El espíritu se volvió hacia la batalla contra la marea maligna. Aunque se encontraba lejos del alcance visual de la lucha, sus poderes ya estaban atacando al siempre creciente mal. *No… pero igual que nosotros estamos condenados al fracaso y seguimos luchando… también Broll Bearmantle y otros como la amante de Malfurion, la Suma sacerdotisa Tyrande Whisperwind, continuarán buscándolo… incluso aunque al final la Pesadilla los consuma a todos…*

* * *

Casi había llegado. Thura podía oler a su presa… o al menos eso creía. Estaba escondido en alguna parte en el sombrío castillo.

La orca no conocía esta tierra de nieblas, pero la incomodidad que pudiese sufrir mientras la recorría era poca cosa comparada con su impaciencia por acercarse al fin al cobarde asesino. Pronto, muy pronto, vengaría a su pariente.

Algo se movió en la niebla. Hacía tiempo que Thura era consciente de que había otros rodeándola. Eran más que animales, aunque tampoco parecían ningún enemigo que ella conociera. En su mente probablemente sirvieran a Malfurion Stormrage. Por supuesto que tendría a otros para que lo defendieran.

Levantó el hacha. Desde que había entrado al Sueño Esmeralda había adquirido un tono dorado. Thura lo había aceptado como otra más de las propiedades místicas del arma.

Algo justo en el borde izquierdo de su ángulo de visión se movió hacia ella.

La orca movió el brazo. El hacha no encontró resistencia, pero oyó un siseo, seguido de un gemido. Thura pudo ver algo que se sostenía sobre dos patas con pezuñas desvaneciéndose como si de verdad solo estuviese hecha de sombras.

Pero, mientras el hacha atravesaba a esa figura, una segunda llegó desde el lado opuesto. La orca se giró. El hacha encajaba perfectamente en su mano mientras hacía pedazos a otra forma hecha de sombras.

De nuevo escuchó el siseo y el gemido.

No había rastro de su enemigo caído ni del anterior. Las otras sombras en la niebla se habían retirado más lejos, señal de que le temían a ella y al hacha.

Sonriendo burlona ante esa debilidad, Thura se giró para seguir su camino.

El castillo ya no estaba allí.

Thura lanzó una maldición y volvió a mirar. El castillo ya no estaba allí, pero sí había otra cosa.

Un árbol.

Los orcos habían aprendido a buscarse la vida en tierras duras e implacables, de modo que la retorcida, casi dolorosa inclinación del prácticamente oscurecido árbol solo la inquietaba ligeramente. Sin embargo, Thura decidió que un árbol como ese era adecuado para este frio y húmedo lugar.

Pero no era lo que estaba buscando. El castillo la había guiado. Frustrada, la orca empezó a darse la vuelta. El castillo tenía que estar en alguna parte…

Justo antes de que el árbol desapareciese de su ángulo de visión, la orca notó un cambio. Inmediatamente volvió a concentrarse en él.

Solo que… el árbol era ahora la distante y turbia silueta de una figura alta con capa.

Casi tan deprisa como Thura la vio, la niebla la rodeó. Lo que quedaba de la silueta volvía a parecer de nuevo el torturado árbol.

Pero era suficiente para que la tozuda orca se dirigiese hacia él. La silueta había sido reveladora. La había reconocido de tanto verla en sus sueños. Una figura alta con la forma y la pose de un elfo de la noche y astas que adornaban la cabeza. No podía ser nadie más.

Aferrando aún con más fuerza el hacha de Brox, la orca sonrió sin humor. Por fin, Thura había encontrado a Malfurion Stormrage.



CAPÍTULO DIECISÉIS
LA SOMBRA SE MUEVE

Tyrande notó el gentil roce de una mano en su mejilla. Se despertó y vio a alguien arrodillado junto a ella.

Era un sonriente Malfurion. Estaba exactamente tal como lo recordaba la última vez. Alto, de hombros anchos para un elfo de la noche, aunque no tan corpulento como un avezado guerrero como Broll Bearmantle. Su cara y sus ojos mostraban los siglos de trabajo que había llevado a cabo en servicio de su puesto y de Azeroth. Sus astas eran largas y orgullosas, símbolo de su cercanía a la naturaleza, al mundo que amaba.

Con el corazón alterado, la Suma sacerdotisa se puso en pie lo suficiente como para abrazar con tuerza al Archidruida.

—Mal… —susurró Tyrande, sonando por un momento milenios más joven de lo que era—. Oh, Mal… ¡por fin te encuentro! ¡Alabada sea Elune!

—Te he echado tanto de menos —respondió él, abrazándola con igual fuerza. Su tono perdió de repente su alegría—. Pero no deberías estar aquí. Deberías irte. No esperaba que fueses tú la que me encontrase primero…

—¿Irme? —La Suma Sacerdotisa se puso en pie. Su expresión mostraba su tremenda incredulidad—. ¡No te abandonaré ahora!

El Archidruida miró su alrededor como si estuviese inquieto por algo. Tyrande siguió su mirada, pero solo vio el inmaculado y espacioso paisaje del Sueño Esmeralda. Era hermoso tan puro como Malfurion se lo había descrito siempre…

A Tyrande le dolía la cabeza.

—Esto no está bien… hay algo extraño en nosotros.

—Esto solo es una imagen en tu cabeza —respondió el Archidruida cada vez más inquieto—. ¡Quería que me vieras, que supieras que soy yo!

—Malfurion…

—¡Escúchame! Todo está a punto de encajar en su sitio. ¡Necesito que te vayas! ¡Solo estás aquí porque él sospechaba! ¡Debería haber sabido que él iba a prever esto! ¡Ni siquiera debería estar hablando contigo por si nos siente y descubre toda la verdad!

—¿Quién? ¿Quién es «él»?

Malfurion hizo una mueca.

—¡Tienes que escucharme! ¡Si el Señor de la Pesadilla tiene algo en mente para ti, tienes que irte de aquí lo antes posible! Es por él por lo que has podido llegar tan lejos…

—¡He estado cerca de la muerte más de una vez por llegar hasta ti! —respondió la afligida Suma sacerdotisa algo enfadada—. Nadie ha dirigido mis pasos…

—¡Le gusta jugar, torturar incluso a aquellos a los que necesita! Echa raíces en tus sueños… —Malfurion se interrumpió, riendo amargamente—. ¡Raíces! ¡No es el único que puede echar raíces! Él…

El Archidruida se dio la vuelta repentinamente. Mirando algo que Tyrande no podía ver, gruñó:

—¡Regresa, Tyrande! ¡Todo será como debe ser si lo haces! ¡Si no estás aquí, su truco fracasará y el mío tendrá éxito!

—¿Qué truco? ¿Qué…?

Volviéndose para mirarla, Malfurion murmuró:

—¡Puedo sentirlo! ¡Sabe, pero no lo suficiente! ¡No me atrevo a decir nada más, ni siquiera a ti, pues tus pensamientos son un libro abierto para él! ¡Ahora vete! ¡Es tu única esperanza!

Y con eso, rompió el contacto. Tyrande se esforzó por mantener el vínculo, pero fue inútil.

Pero seguía sintiendo que él estaba cerca. Era una sensación que no podía sacudirse. Tyrande miró a su alrededor. La repugnante niebla estaba a centímetros de ella. En su margen se amontonaban las negras alimañas que parecían deseosas de regresar donde ella estaba.

La Suma Sacerdotisa casi ignoró la idea… entonces, por una razón que no pudo entender, miró hacia abajo. A menos de un centímetro de su pie había una pequeña raíz. Era como otras miles de raíces que había cerca… pero no. Había algo, algo invisible, que la atraía hacia a ella. Sintió la necesidad de tocarla. Pero, cuando iba a hacerlo, Tyrande notó que Elune

la bañaba. La Suma Sacerdotisa se envaró mientras la Madre Luna la hacía comprender.

La raíz… estaba de algún modo unida a Malfurion.

Volvió a oír sus palabras, su ruego de que se fuese. Pero, a pesar de la seriedad con la que le había hablado a Tyrande, la Suma sacerdotisa no estaba preparada para retirarse. Si Malfurion tenía alguna falta, era que estaba seguro de que solo él debía llevar todas las cargas del mundo y que solo él debía arriesgarse. Tyrande sospechaba que tenía algo que ver con todas las vidas que había visto perderse tan cruelmente durante la Guerra de los Ancestros, vidas que probablemente creía que de algún modo podría haber salvado.

Ella ya no tenía la guja, pero eso no importaba. La elfa de la noche reemprendió su camino. No había rastro del castillo, solo la pegajosa niebla y las formas semivisibles que siempre acechaban justo más allá del margen.

Eso la hizo pensar brevemente en la advertencia de Malfurion. *¿Me están pastoreando? ¿Tiene razón?*

Pero incluso, aunque fuese cierto, el hecho de que fuese consciente de ello le daba cierta ventaja. Malfurion se había esforzado por ser muy cauto cuando le advirtió. Había trabajado de modo que su captor, el Señor de la Pesadilla, no lo supiera.

Tyrande acabó por ignorar sus preocupaciones. Lo único que importaba era llegar hasta Malfurion.

El paisaje no cambió, la luz que ella proyectaba hacía que las alimañas corrieran a refugiarse a la niebla, y lo que la observaba desde la bruma también se quedaba allí. Complacida con mantenerlos a raya, la Suma sacerdotisa siguió buscando alguna señal de su amado. Estaba cerca, la raíz lo demostraba.

Se permitió una sonrisa sucinta por la astucia de Malfurion. Incluso con su cuerpo astral cautivo, se las había arreglado para hacer crecer y manipular una planta… un árbol… para sus propósitos.

¡La raíz! Tyrande estudió su ángulo y calculó su posible dirección. Segura de haber hecho el cálculo correcto, la Suma sacerdotisa miró hacia la niebla.

Y en la temible bruma pudo atisbar repentinamente un árbol. Aunque podría haber sido uno más entre diez mil árboles, Tyrande sabía que ese era el que buscaba. El que la llevaría a Malfurion.

Era poco más que otra sombra, pero qué sombra. Se alzaba sobre ella incluso aunque estaba a cierta distancia. No había hojas que pudiese distinguir, solo cierto número de ramas retorcidas y esqueléticas que a veces parecían manos gigantes.

La sombra se ondulaba. Tyrande no podía distinguir el árbol propiamente dicho, pero tenía que estar cerca. A pesar de su patentemente horrible aspecto, la elfa de la noche se animó con su sola existencia. Dio un paso hacia él…

Y algo se acercó hacia ella desde la derecha.

Tyrande se giró para enfrentarse a ello.

Un potente golpe la alcanzó con dureza, y un cuerpo muscular chocó con la elfa de la noche con tal fuerza que Tyrande cayó lejos de donde se encontraba. Aterrizó de espaldas entre las alimañas, aplastando varias. El resto se desperdigó ante la luz de la Madre Luna que iluminaba la zona…

La Suma sacerdotisa empezó a levantarse… pero se encontró con el mortal filo de un hacha apretado contra su garganta.

Un hacha que reconoció incluso después de más de diez mil años.

—Elfa de la noche —gruñó la orca que esgrimía el regalo que Cenarius le había hecho a Brox—. Eres su compañera…

No era una pregunta. Que la orca no la hubiese atacado inmediatamente de nuevo por ser la supuesta compañera de Malfurion animó y preocupó a Tyrande. Existía la posibilidad de poder imbuirle sentido común a la orca… pero también estaba la cuestión de por qué la elfa de la noche conservaba la cabeza.

—Me llamo Tyrande…

El hacha presionó más.

—¡El nombre no importa! ¡Lo conoces! ¡Él te conoce a ti! Él vendrá a ti…

—Malfurion no es tu enemigo…

—¡Es el enemigo de todos nosotros! ¡Destruirá Azeroth! —Sus ojos reflejaban odio por el Archidruida—. ¡Y sí, la sangre de mi familia también está en sus manos! ¡Broxigar será vengado! Yo, Thura, tendré la cabeza de ese cobarde… ¡y quizá también la tuya!

A pesar de la amenaza que pendía contra ella, la Suma sacerdotisa no pudo dejar pasar esa acusación.

—¡Malfurion no es ninguna amenaza para Azeroth! ¡Es uno de sus protectores! —La expresión de Tyrande se endureció—. ¡Y Brox era

nuestro amigo! ¡Murió salvándonos! ¡Honramos su memoria!

Su captora gruñó furiosamente. Pero de repente apartó el hacha. Tyrande leyó la confusión en la expresión de la orca. Obviamente Thura no había dormido mucho, y eso le estaba pasando factura. También era posible, consideró la Suma sacerdotisa, que Thura se hubiese dado cuenta de que la estaban engañando para que matase a Malfurion. Pero la orca volvió a acercar el hacha a Tyrande.

—¡Arriba!

La elfa de la noche obedeció. De pie tenía más posibilidades contra Thura, pero no solo respetaba el talento de la guerrera, sino que veía a la orca como a una inocente atrapada en las maquinaciones del Señor de la Pesadilla.

—Creía que lo tenía —murmuró Thura, medio para sí misma—. Lo vi y me acerqué hacia donde se suponía que estaba… pero no estaba allí.

Miró a Tyrande con furia.

—¡Trucos de druida! ¡Los trucos de tu compañero! —La corpulenta orca movió el hacha—. ¡Tú me llevarás a él!

Tyrande se mantuvo firme.

—¿Para que mates a Malfurion? No.

—¡Entonces te partiré por la mitad!

—¿Eso es lo que habría hecho Brox? —replicó la Suma sacerdotisa—. ¿Habría matado a alguien por negarse, alguien que no le presentaría batalla?

Thura miró furiosa y repitió su exigencia.

—¡Llévame hasta él! ¡Ahora!

—No lo haré…

Se detuvo cuando vio a la orca mirar de repente hacia un lado. Tyrande no oyó nada, pero confiaba en el instinto de la guerrera. La orca volvió a enseñar los dientes. Thura miró a su alrededor y sonrió ante algo que había visto.

—¡El árbol! ¡Vuelvo a ver el árbol!

Siguiendo la mirada de la orca, Tyrande vio que la enorme sombra había vuelto. Seguía sin poder ver el árbol que la proyectaba, pero sabía que tenía que estar cerca.

—¡Él estará allí! —Thura murmuró alegremente para sí—. La visión lo dijo…

La Suma sacerdotisa no podía arriesgarse más. Ahora que Thura estaba pendiente de otra cosa, atacó. Tyrande no podía confiar en la magia

de Elune, la luz supondría una advertencia para una enemiga así. Tenía que usar su conocimiento de las artes marciales.

Sus dedos estirados se lanzaron hacia el vulnerable cuello de la orca.

Thura se giró. El extremo romo del hacha se movió hacia la cabeza de la Suma sacerdotisa a una velocidad aún mayor que la del ataque de la elfa de la noche. Tyrande solo tuvo un momento para darse cuenta de que la habían superado antes de que el hacha la golpease en la sien.

Pero los reflejos de la elfa de la noche, afinados por siglos de práctica y batalla, hicieron que el golpe fuese superficial. Mientras Thura movía el hacha para atacar, Tyrande se lanzó bajo ella y le tiró una patada.

Su golpe experto justo debajo de la rodilla de la orca hizo que Thura se cayese de lado. La orca perdió el hacha. La Suma sacerdotisa se lanzó a por el arma…

Tyrande…, sonó una voz en su cabeza.

—¿Malfurion? —No podía estar segura, pero parecía ser él—. Malfurion…

Distraída, no vio el nuevo ataque de Thura. El pesado puño de la orca la golpeó en el cuello.

Con un grito ahogado, cayó de rodillas. Buscando aire desesperadamente, Tyrande pensó en que lo siguiente que haría Thura sería matarla…. y todo por la voz. La Suma sacerdotisa luchó por recuperar el aliento a tiempo de salvarse.

Pero el golpe de gracia no llegó. Capaz por fin de respirar de nuevo, Tyrande pudo mirar hacia arriba.

Thura había desaparecido.

Tyrande se esforzó por ponerse en pie. Vio la gran sombra y supo dónde había ido la orca. Todavía asombrada por el hecho de que Thura no la hubiese matado, la elfa de la noche comenzó la persecución.

Pero allí donde la niebla antes había estado tan dispuesta a apartarse ante la luz de la Madre Luna, ahora se apretaba contra la elfa de la noche como si quisiera asfixiarla. Tyrande se concentró buscando calmarse. Al hacerlo, la luz plateada se hizo más potente, y la niebla retrocedió un poco.

Sabiendo que tendría que contentarse con eso, la Suma sacerdotisa siguió adelante. Se concentró en la vasta sombra. Siempre parecía cercana, pero seguía sin distinguir el árbol que la proyectaba.

Pero sí distinguió otra cosa. Otro árbol más pequeño. A Tyrande le falló el pie al verlo. Su monstruosamente retorcida forma la conmocionó

hasta el tuétano. Sintió a la vez repulsión y tristeza por la obvia tortura por la que debía de estar pasando.

De Thura no había ni rastro, y Tyrande temió haber seguido el camino equivocado. Pero según giraba a su izquierda, algo atrajo su mirada de nuevo al espantoso árbol. Incluso por horrible que fuera, no la inquietaba tanto como la sombra que se proyectaba sobre él, la sombra que todavía se negaba a revelar su origen.

Algo susurró. Tyrande se giró para colocarse en la dirección de la que provenían los susurros. Aunque Tyrande no entendía lo que decían, sentía que estaban rogando. Necesitaban ayuda. Suplicaban ayuda.

Y, a pesar del siniestro aspecto de la niebla, la Suma sacerdotisa supo que los ruegos eran sinceros.

Atraída por ellos por su compasión innata, Tyrande volvió a darle la espalda al torturado árbol. Estiró una mano hacia una de las turbias formas que veía allí. Por primera vez la sombra se movió hacia ella en lugar de retirarse.

Pero de repente algo la agarró de un pie. Creyendo que había caído en una trampa, la Suma sacerdotisa le rezó inmediatamente a Elune y formó una lanza de pura luz. A Tyrande un esfuerzo tal le resultaba caro, pero ya no sentía que tuviese elección.

La lanza cayó sobre lo que le aferraba el pie. La luz lo atravesó como si estuviese hecha de puro acero.

Lo que al principio había tomado por un tentáculo la soltó en el acto. Inmovilizado por la reluciente lanza, se retorcía agónicamente.

Solo entonces se dio cuenta de que no era un tentáculo, sino una raíz.

Y, al darse cuenta, la enormidad de lo que acababa de hacer la golpeó con fuerza. La Suma sacerdotisa rápidamente retiró la lanza de luz. Cuando esta se desvaneció, Tyrande se arrodilló para curar la raíz. No era una druida, pero estaba segura de que Elune se apiadaría del daño hecho accidentalmente por su seguidora a un inocente.

Al tocar la raíz, Tyrande volvió a sentir la presencia de Malfurion. Era tan fuerte que casi podía creer que él estaba allí y no entrando en sus sueños.

Los ojos se le abrieron como platos.

Miró al torturado árbol. Palideció.

—Malfurion…

* * *

Los susurros buscaban volverlo loco, o eso creía Broll mientras corría por el húmedo y oscuro paisaje en forma de felino. Era desafortunado que con esa enorme forma felina su oído fuese más agudo. Eso solo reforzaba los susurros.

Pero su nariz lo reforzaba a él. Había captado el olor de Tyrande, y no era un truco. Estaba cerca.

Sus garras estaban cubiertas por la repugnante sustancia de las entrañas de las alimañas, pero incluso la quemazón que provocaba no era suficiente para frenar al druida. Con cada paso aplastaba más de esas repulsivas criaturas, y lo único que lamentaba Broll es que sabía que detrás de él unas nuevas se formaban a partir de los restos de las muertas.

La niebla seguía amenazando con engullirlo, pero, con un movimiento esporádico de su garra acompañado del fuego púrpura mágico, el felino mantenía a una distancia segura tanto a la niebla como a los que acechaban en ella.

Luego, una tremenda sacudida hizo estremecerse a Broll y a lo que lo rodeaba. A pesar de sus agudos reflejos, el gran felino se vio lanzado de acá para allá. Broll se las arregló para caer de pie y luego clavó las garras en el suelo mientras recuperaba la orientación.

Una enorme forma bajó en picado. Fue seguida de otra y otra y otras más. E incluso a través de la densa niebla, el druida pudo ver que se trataba de dragones. Dragones de color esmeralda. Los súbditos de Ysera seguían defendiendo el Sueño. El druida contó al menos diez y rezó para que fuesen muchos más.

Justo cuando estaban a punto de dejarlo atrás, de repente uno se apartó del grupo. Bajó hacia el druida, que vio que era una hembra.

—¿Qué haces aquí solo, elfo de la noche… y en tu forma mortal?

No reconoció al dragón, pero eso no era necesariamente una sorpresa. Transformándose, Broll se lo dijo.

Ella dejó escapar un grito ahogado de sorpresa.

—¡Eranikus vuelve a volar por el Sueño! Esto… —Miró en la dirección en la que habían ido los otros leviatanes, como si oyese algo. Se le abrieron los ojos.

El dragón gruñó y luego le dijo al druida:

—¡Elfo de la noche, súbete! ¡Te llevaré conmigo!

—Mis amigos…

—¡Te lo explicaré cuando estemos volando!

No añadió nada sobre que fuese a ser más seguro en el aire, y Broll sabía que no sería así. Con seres corrompidos como Lethon acechando y los poderes de la Pesadilla que seguían siendo un misterio, era posible que «en el aire» fuese incluso menos seguro que el suelo.

Por supuesto, con un dragón como montura, el elfo de la noche se sintió un poco más seguro.

Pero al alzarse al cielo Broll vio que la maldad de la Pesadilla se extendía ahora mucho más allá de lo que lo hacía antes. Ya no podía distinguir más que colinas envueltas en la niebla.

No, podía distinguir otra cosa. En lo que parecía ser todas direcciones, incluso más arriba, surgían brillantes destellos de energía mágica como relámpagos de una fantástica tormenta. De nuevo volvió a oírse la sacudida, tan intensa que hasta hizo que el dragón verde titubease un momento.

—¿Qué está ocurriendo? —gritó.

El dragón giró la cabeza para mirarlo directamente a los ojos, aunque los suyos, por supuesto, estaban cerrados.

—¿No has oído su llamada? ¿Tú, que eres de su raza y lo estás buscando? ¡Escucha!

—Su… —Pero, incluso cuando empezó a hablar, el druida oyó la llamada. Era la invocación del último ser que hubiese esperado oír, pero la que más esperaba.

La llamada de Malfurion.

No tenía palabras, pero invocaba a los que luchaban contra la pesadilla a que estuviesen vigilantes. Algo estaba a punto de pasar, algo significativo.

También estaba claro que los advertía. Malfurion no quería que nadie resultase herido o muerto por su causa. Pero el Archidruida, estuviese donde estuviese, también sabía que esto iba más allá de su encarcelamiento. Esto lo amenazaba todo.

—Pero ¿cómo puede ser? —preguntó el elfo de la noche—. ¿Y qué hacemos entonces?

—¿No lo ves todavía? —contestó el dragón verde, batiendo las alas con más fuerza—. ¿No sientes la maldad? ¡Mira adelante… y en el interior!

Broll obedeció… y en la niebla, apenas visible, aparecía una sombra. La sombra de un árbol.

Un árbol tan espantoso que no podía ser producto de la naturaleza.

—Mi shan'do está ahí abajo —gruñó el elfo de la noche.

—Y con él la causa de la Pesadilla —añadió solemnemente su montura.

Desde donde estaba, la Pesadilla era una gran masa verde grisácea que latía como si estuviese viva. Unas formas se movían a través de ella, formas inquietantes que no podía identificar pero que de todos modos parecían cosas que Broll debería poder reconocer. Se preguntaba por qué estaban tan ocultas y qué ocurriría si, y cuando, se revelasen. El druida se estremeció.

Por todas partes de la Pesadilla también se veían poderosos destellos de magia no solo de color esmeralda, sino también de un verde repulsivo, un carmesí sangre y otros. El druida podía sentir que los esmeraldas provenían de los defensores… de los otros solo podía suponer que tenían orígenes más viles. Broll podía sentir unas asombrosas fuerzas en movimiento y supo que lo que había visto era solo una muestra de los monumentales hechizos que estaban en juego. Sin embargo, a pesar de todo eso, el esmeralda negruzco de la Pesadilla no había retrocedido y, de hecho, parecía cada vez más oscuro cerca de donde él y el dragón se dirigían.

Tan oscuro… y, sin embargo, su sombra se distingue mejor que nunca…, pensó el elfo de la noche. ¿Pero dónde está el árbol que la proyecta?

—Una cuestión de gran importancia, creo —respondió el dragón como si Broll hubiese hablado en voz alta. En un tono más preocupado, añadió—: ¡Y que esperemos poder responder pronto!

El druida dio una sacudida como si de repente algo se hubiera vuelto totalmente obvio. Ahora había susurros incluso hacia donde volaban. Denotaban una sensación frenética, hambrienta.

—¡Algo va mal! Será mejor que…

Pero el dragón también había notado el peligro. Se inclinó rápidamente para intentar evitar lo que fuese que estaba a punto de suceder.

Lo que habían sido susurros se invirtieron ahora en gritos. Se oían tantos gritos que por altos que fuesen, y lo eran lo bastante como para que Broll tuviera que taparse los oídos, seguía sin entenderse lo que decían. El druida se encontró temblando incontrolablemente, e incluso al dragón le costaba volar.

Un gran agujero negro se abrió delante de los dos.

El druida parpadeó. No era un agujero.

Era una terrible y profunda boca.

Y desde sus profundidades brotaban los gritos con todavía más fuerza. Aunque no podía distinguir las palabras, notaba su miedo. Pero ese miedo era también un arma que el Señor de la Pesadilla utilizaba contra Broll y el dragón.

El druida se dio cuenta de que el dragón verde había dejado de intentar volar hacia delante. Ahora batía con fuerza las alas en retirada. Pero, aun así, seguían dirigiéndose hacia las malignas fauces.

—Es… es el poder de su miedo… el miedo de las voces que gritan… ¡lo que tira de nosotros! ¡Es el caos y el mal que les arrebata la cordura lo que alimenta la Pesadilla! —Rugió su montura—. ¡Qué fuerza! ¡Es como si estuviese luchando contra miles! Esto es todo lo que puedo hacer… ¡para mantenernos así de lejos de él!

—Un hechizo…

—¡Si intento concentrarme… en eso… estaremos dentro antes de que pueda… pueda terminar!

Pero Broll no se refería a que el dragón lanzase un hechizo. Veía que, a pesar de sus grandes poderes, necesitaba concentrarse totalmente en luchar contra la atracción. El ataque había sido creado de ese modo, notó el druida.

Pero se le había ocurrido una idea al respecto, una idea que le llegó tan repentinamente que Broll tuvo sus dudas. No sabía si funcionaría, pero lo iba a intentar.

Y así, mientras su compañera luchaba contra la furia física de las fauces aullantes, el druida comenzó a canalizar un hechizo poco habitual. Era un hechizo curativo, un hechizo de tranquilidad.

Se concentró, intentando recordar lo que le había enseñado su shan'do. Y ciertamente, al concentrarse, Broll casi podía imaginarse la voz de Malfurion guiándolo.

El secreto del hechizo de tranquilidad es invocar a la parte más pacífica, más bondadosa de la naturaleza de Azeroth… de la naturaleza del Sueño Esmeralda…

Estaban casi junto a la oscura boca. Broll sentía que estaba justo lo bastante cerca como para tener éxito y tan cerca que no se atrevía a esperar más. El druida conectó con lo que quedaba puro en el Sueño.

Lanzó el hechizo.

Era una cosita pequeña comparada con el mal y el miedo al que se enfrentaban. Broll no tenía la más mínima esperanza de destruir las

siniestras fauces.

Solo quería darle al dragón la oportunidad que necesitaba.

—¡Prepárate! —advirtió el druida.

Todo dependía de lo que Broll creía que eran los gritos. Todo lo que había visto hasta entonces indicaba que la Pesadilla tomaba gran parte de sus fuerzas de las crecientes legiones de inocentes que caían presa de ella cuando el agotamiento hacía que acabaran por dormirse. La Pesadilla usaba sus emociones más oscuras para agitar aquellas temibles visiones. Y ese miedo era lo que atacaba ahora.

El hechizo alcanzó las vagas formas que estaban más cerca, los torturados esclavos de la Pesadilla.

Justo por un momento, un momento brevísimo, una parte diminuta del miedo que la Pesadilla ejercía sobre las voces que gritaban disminuyó.

El dragón dejó escapar un rugido al alejarse bruscamente del abismo. Broll se agarró a su grueso cuello luchando por permanecer sobre ella. El leviatán esmeralda batió y batió las alas hasta que las negras fauces fueron solo una pequeña mota.

Pero tan rápidamente como había actuado, el hechizo se hizo pedazos. Los gritos crecieron en volumen y en ansiedad. El espantoso abismo se hinchó, atrayéndolos una vez más.

Entonces una enorme forma esmeralda se materializó entre ellos y la Pesadilla. Extendió sus magníficas alas y de él irradió un maravilloso resplandor que al druida le recordó lo que había sido ese reino antes de la corrupción.

¡Vete!, le dijo al ataque de la pesadilla. *¡Vete!*

Detrás del gigantesco recién llegado aparecieron otros dragones verdes. Por poderosos que eran sus esfuerzos, incluso combinados palidecían ante el tremendo poder del gigantesco dragón.

El abismo retrocedió algo. Aunque no estaban vencidos, el volumen de los gritos descendió a algo mucho más tolerable.

Ysera, Señora del Sueño Esmeralda, había llegado en respuesta a la llamada de Malfurion.



CAPÍTULO DIECISIETE
LA PESADILLA SE MUESTRA

Lucan estaba solo en la niebla con un dragón verde imprevisible. Peor aún, estaba montado sobre el cuello de ese dragón, algo que a Eranikus le gustaba aún menos que a él.

—¡No deberíamos habernos separado! —gruñía el leviatán—. ¡No aquí! ¡Y no ahora!

El cartógrafo no dijo nada. Se sentía inútil. Hasta ahora, había huido de un lugar a otro buscando escapar de sus crecientes pesadillas, siendo manipulado por un ser poderoso tras otro y despreciado por la mayoría y, en el mejor de los casos, tratado como a un niño.

Y ahora estaba en un lugar en el que sin duda el poco talento que tuviese como ayudante de cartógrafo era inútil.

El dragón verde echó un vistazo por el turbio paisaje y su ira continuaba creciendo. Mucha de su amargura estaba dirigida a sí mismo.

—¡Debería haber estado allí con ella, pero no, fracasé! ¡Ahora ella se está enfrentando a la Pesadilla sin mí!

Lucan sabía que no era buena idea hacer ningún comentario. ¿De qué habría servido? Él no era nada… no, menos que nada.

Eranikus dejó escapar otro gruñido, pero este dirigido hacia la pesadilla.

—¿Qué es lo que guarda justo lejos de nuestra vista? ¿Qué insidiosas fuerzas mantiene en reserva la Pesadilla… y por qué?

El humano abrió la boca para hacer una sugerencia, pero la cerró rápidamente. Sus ideas no tenían apenas valor.

Aun así… repentinamente en su mente apareció el destello de una idea, una idea que de repente emocionó tanto a Lucan que apenas pudo evitar gritársela a Eranikus. Lo que lo contuvo era que el dragón nunca le

permitiría hacer algo así, incluso aunque fuese posible… y si fuese una buena idea intentarlo.

Pero Lucan no podía contenerse. Más de una vez lo habían rescatado otros. Ya era hora de que les pagara para variar, usando sus inquietantes habilidades en su beneficio. En el peor de los casos, él les evitaría tener que seguir aguantándolo.

Lucan se concentró. Al principio aparecieron imágenes de Ventormenta. Vio a su enjuto señor, Lord Edrias Ulnur, jefe cartógrafo de Su Majestad el Rey Varían, mirando con desaprobación el trabajo de Lucan… el mismo trabajo que más tarde copiaría con su nombre sin hacer cambio alguno. Vio a los elegantes cortesanos admirar los mapas hechos por la mano de Lucan por los que su superior se llevaba las alabanzas. Y vio a las hermosas damas, especialmente dos de ellas, que habían entrado y salido de su vida sin saberlo.

Fue solo la conversación de Eranikus lo que despertó a Lucan de esos momentos de fallos y lamentos pasados. No prestó atención a las maldiciones del dragón. Eranikus estaba mucho más amargado incluso que Lucan.

Lucan intentó volver a concentrarse. Esta vez el cartógrafo se concentró en la persona que buscaba. La imagen le llegó inmediatamente y con tal claridad que supo que estaba en el camino correcto.

Eranikus estaba gritando ahora a pleno pulmón, pero fuese lo que fuese lo que el gigante alado le quería decir a Lucan, no llegó a sus oidos. El cartógrafo ya había desaparecido.

* * *

Ella está cerca… muy cerca…, pensó con ansiedad Malfurion. *¿Pero lo sabe él y sabe por qué?*

A pesar de su temible prisión, Malfurion se había esforzado para averiguar en secreto lo que pudiera sobre aquellos que estaban luchando contra la Pesadilla. No se había atrevido a entrar en contacto con ellos, sino que había esperado hasta que sus planes diesen fruto. Solo la Señora del Sueño tenía alguna idea sobre lo que había planeado, y eso había ocurrido en un solo pensamiento que le había hecho llegar hasta ella.

Y ahora Ysera había puesto en acción a sus dragones. Ellos, los druidas y otros protectores de Azeroth habían lanzado un ataque a gran escala que aun así fracasaría por completo a menos que él lo hubiese calculado todo a la perfección.

Pero hasta que ella llegase ante él, Malfurion no sabría si había sido así.

Sintió al Señor de la Pesadilla cerca, pero la siniestra sombra parecía concentrada en los dragones y los demás. Malfurion hizo cuanto pudo para enmascarar sutilmente su llegada. Era imperativo que ella llegase hasta él y actuase sin que la sombra lo supiera.

Algo se movió a través de la espesa niebla, algo que el Archidruida rezaba para que solo él pudiese notar. Tan astutamente como podía, Malfurion no solo tenía que evitar que ella viese lo que de verdad acechaba a su alrededor, sino también que la viesen.

Ella apareció en el pequeño claro que lo rodeaba.

La orca sonrió cuando sus ojos hundidos se fijaron en el árbol. Ella no lo veía. Para ella, Malfurion Stormrage el Archidruida, el miserable asesino y corruptor, se encontraba delante de ella con una desafiante sonrisa en la cara. Era una ilusión solo para ella, una ilusión que Malfurion había construido cuidadosamente igual que cuidadosamente había construido cada visión que la había traído hasta este lugar.

Malfurion no sentía ninguna sensación de triunfo por atraer a la orca Thura a ese lugar. Ponía en peligro tanto el alma como la vida de la orca. Pero, en su desesperada búsqueda de lo que mejor podría liberarlo de su prisión, había sentido el hacha mágica de Brox. Malfurion sabía que había acabado entre los orcos, aunque la historia la conoció miles de años después. El dragón rojo Korialstrasz, también conocido por unos pocos como Krasus el mago, se la había dado al Jefe de Guerra Thrall mientras estaba disfrazado como un anciano chamán orco. Lo había hecho para honrar a Brox, por su gran sacrificio cuando contuvo al Titán Sargeras a raya el tiempo necesario.

Pero el hacha era aún más poderosa de lo que creían los orcos, y nadie lo sabía mejor que Malfurion. Su propio shan'do la había imbuido con fuerzas vinculadas al mundo, fuerzas que la hacían parte de Azeroth; igual que los mares, la tierra y el aire eran parte de Azeroth.

Y con esa hacha era con lo que Malfurion esperaba vencer a la Pesadilla y liberarse.

Thura se acercó a él. No se cuestionaba lo que veía. El druida había influido en sus sueños demasiado tiempo. Thura aceptaba lo que él quería. Eso lo llenó de más arrepentimiento; había abusado de su mente, fuese cual fuese su motivo.

—Elfo de la noche —gruñó la orca—, ¡amenazas a mi pueblo, a mi mundo! ¡Y tienes la sangre de mi familia manchando tus deshonrosas manos! ¡He venido a ponerle fin a tu maldad!

¡Golpea!, le ordenó silenciosamente. *¡Golpea!* Malfurion incluso le sugirió dónde apuntar. Era vital que lo golpease certeramente.

Viendo lo que para ella era el estómago del Archidruida y que en realidad era el centro del tronco del árbol, Thura añadió:

—¡Te daré una oportunidad! Te permitiré que hagas las paces…

El Archidruida se quedó asombrado. ¡A pesar de lo que sin duda pensaba de él, ella aún estaba dispuesta a darle una oportunidad de salvar la vida!

¡Golpea!, repitió, mostrando una imagen de desprecio.

Thura lo miró con furia.

—Esa es tu respuesta —gruñó la orca. Echó hacia atrás el hacha—. Te he dado la posibilidad de vivir… y ahora te daré la certeza de la muerte…

Una gran esfera plateada rodeó a la orca.

¡No! ¡No! ¡No!, suplicó el Archidruida. *¡Ahora no! ¡No sabes lo que estás haciendo!*

Pero su amada Tyrande no lo oía incluso aunque Malfurion intentaba con toda su voluntad que lo oyese. La ágil sacerdotisa caminó hacia la orca, que completó su ataque… o lo intentó.

De no ser por la luz de Elune, el hacha habría cumplido su trabajo.

Pero, aunque no alcanzó el árbol, la magia del arma debilitó la esfera.

Dejando escapar un gruñido de sorpresa ante el poder del hacha, Tyrande inmediatamente le tiró una patada a Thura. El pie la alcanzó a la orca en un costado mientras Thura pretendía girar hacia ella. La orca trastabilló hacia atrás.

La Suma sacerdotisa continuó su ataque, lanzando dos patadas más. La primera alcanzó con fuerza el pecho de su oponente, pero la otra guerrera, resoplando, detuvo la segunda con el antebrazo.

Thura se abalanzó con el hacha, obligando a Tyrande a echarse atrás. En respuesta, la elfa de la noche invocó la luz de Elune, pero, antes de poder lanzar el hechizo que tenía en mente, Thura tiró un corte con el hacha. Tyrande se vio obligada a retirarse.

Todo esto ocurría ante un Malfurion cada vez más inquieto. Cuanto más tiempo siguieran luchando, menos posibilidades había de que una de

las dos sobreviviera. Intentó dirigir sus pensamientos hacia ellas, pero no pudo llegar a ninguna.

¿Cómo lo había localizado Tyrande justo en ese momento? Malfurion era muy consciente de lo lejos que se encontraba. También se había esforzado por desviarla, pero había fracasado…

Otra figura entró en la pelea, una presencia inesperada. Era un humano de aspecto desarrapado que en un principio solo llamaba la atención porque era imposible que estuviese allí. Sin embargo, Malfurion sabía exactamente quién era, y ahora tenía la explicación de cómo Tyrande había llegado hasta allí en ese momento crítico.

En su contacto secreto, Ysera le había prometido que sus sirvientes le proporcionarían a Thura los medios por los que la orca, como parte del plan de Malfurion, pudiera llegar a ese lugar sin que el Señor de la Pesadilla lo supiese. Malfurion había asumido que sería un druida o un dragón de Ysera. Pero esta había encontrado a un humano muy especial.

La desarrapada figura se había arrastrado detrás de Thura. Era poco probable que hubiese podido conseguido sorprender a una guerrera experta de no haber sido por las constancias.

Para sorpresa de Malfurion, el único ataque del hombre parecía ser agarrar a Thura por la cintura. A qué propósito podía servir, quedó claro un momento después cuando ella y su atacante comenzaron a desvanecerse.

Y con ella se desvanecería el hacha… y la última esperanza de Malfurion.

Pero, en el último momento, Thura consiguió zafarse. Cayó de rodillas.

En ese momento, Malfurion sintió que la atención del Señor de la Pesadilla se volvía hacia lo que estaba pasando cerca de su preciado cautivo.

Era demasiado tarde para el Archidruida, pero intentó advertir a Tyrande y a los demás. Sus ramas se sacudieron y las afligidas hojas se estremecieron al dedicar toda su voluntad a alertarlos del peligro.

Demasiado tarde…, se burló el Señor de la Pesadilla. *Demasiado tarde…*

Las sombras cayeron sobre Malfurion, sombras esqueléticas que surgían de las ramas del invisible árbol.

Pero esas ramas no atacaban al Archidruida. Apuntaban hacia los otros.

Malfurion volvió a intentar advertirles, pero solo el humano pareció darse cuenta. El hombre miró la macabra forma de Malfurion y luego dejó escapar un grito ahogado. Empezó a decirles algo a las dos combatientes, lo que aumentó las esperanzas del Archidruida…

Una tremenda fuerza de color esmeralda barrió la zona.

La sombra del árbol se echó hacia atrás, pero mantuvo su posición. Sin embargo, la mayoría de la niebla desapareció, y el horror que solo Malfurion sabía que estaba esperando se desvaneció de igual modo, buscando la seguridad de aquellas zonas todavía cubiertas por la maldad.

Tyrande y Thura detuvieron su pelea para seguir con sus miradas el dedo del humano. Y, aunque Malfurion no podía ver el objeto de su interés, con sus otros sentidos entendió la enormidad de todo aquello quizá mejor que ellos.

El cielo estaba lleno de dragones, los dragones de Ysera. Todos aquellos que permanecían incorruptos habían llegado en este momento desesperado para atacar a la Pesadilla y a su siniestro amo.

Más aún, habían venido para rescatarlo a él.

Eso no era lo que Malfurion había querido. Los otros dragones se ponían en peligro. Pero no podía evitar animarse al ver como la Pesadilla se venía abajo ante ellos. Lo que había empezado como una distracción para que el plan del Archidruida tuviese éxito, ahora se había convertido en parte del rescate. El Gran Aspecto había entendido que no podía seguir confiando en que la orca siguiese comportándose como se esperaba. La intención de Tyrande casi provocó involuntariamente una catástrofe.

La niebla se retiró como si ardiese. Allí donde los sirvientes de Ysera lanzaban su poder, los siniestros tentáculos de niebla se retiraban y el Sueño quedaba restaurado. Los bichos carroñeros se fundían bajo el gran brillo esmeralda del poder de los dragones, desapareciendo. La hierba y los árboles volvían a crecer.

Y en ese momento Thura usó la batalla para cumplir con su misión. Abandonó a una distraída Tyrande y se zafó del desesperado agarrón del humano.

Malfurion la acuciaba. Observó mientras alzaba el hacha.

Tyrande la vio. La Suma sacerdotisa brilló, preparándose para detener a la orca.

La sombra del árbol se movió. Malfurion se dio cuenta de que Tyrande seguía sin creer que podía ser manipulada. Sin nada que perder, Malfurion

comenzó a maniobrar con otra raíz en la que había estado trabajando desde que había hecho crecer a la otra más allá de su prisión. Aquella había sido preparada para ayudar a Thura, no a Tyrande. Esta ahora tendría que distraer a la elfa de la noche, aunque solo fuese durante un crítico segundo.

Pero alguien más acudió de repente en socorro de Malfurion. Incluso transformado, el atrapado Archidruida lo reconoció. Broll Bearmantle, corriendo en forma felina, gruñó para llamar la atención de Tyrande. Que lo hiciese significaba que sabía cuáles eran las intenciones de Malfurion, lo que no era una sorpresa para este, dado que obviamente había llegado con la venida de los dragones verdes.

Su aparición cumplió su propósito. Sobresaltada, Tyrande perdió su oportunidad.

Thura atacó. La sombra del árbol que era el Señor de la Pesadilla reaccionó demasiado lentamente.

El hacha cortó justo como esperaba Malfurion. El dolor le recorrió el cuerpo, pero, tras la constante agonía que había sufrido por el capricho de su captor, era un dolor que podía suavizar fácilmente. Lo importante era que, al cortar el árbol, el hacha, forjada por Cenarius y con la fuerza vital de Azeroth alimentándola, también destruyó los hechizos que habían tomado por sorpresa a Malfurion y lo habían atrapado.

Con un grito que era de alivio, no de angustia, Malfurion se deshizo de sus infectas ataduras. Las puntiagudas hojas negras se fundieron. Las ramas que habían sido sus brazos y manos se encogieron y recuperaron sus formas. Las raíces se retiraron, se convirtieron en pies que su vez se volvieron a convertir en dos piernas separadas.

Y el oscuro y enfermizo verde que había sido su color desapareció ante el brillante esmeralda de su cuerpo astral.

No…, se oyó la voz del Señor de la Pesadilla. *No va a ser tan sencillo…*

Las sombras de varias ramas cruzaron el pecho de Malfurion. A pesar de que ni ellas ni él eran de materia sólida, o quizá debido a ello, el elfo de la noche sintió como si le aplastasen el pecho. La euforia de su fuga desapareció mientras sentía cómo su enemigo volvía a deslizarse en sus pensamientos y su misma alma.

—¡Mal! —gritó Tyrande.

Ella y Broll se lanzaron hacia el Archidruida. En su defensa, hay que decir que el humano los siguió.

Thura se quedó estupefacta. El resultado de su ataque no era el que había esperado. Su expresión era la de alguien que acababa de darse cuenta de que la habían engañado.

Más sombras de ramas descendieron, apartando con facilidad a quienes pretendían rescatar a Malfurion. Thura, percatándose de cuál era la mayor amenaza, atacó a una de las sombras que envolvían el pecho de su anterior objetivo.

Se oyó un siseo cuando la madera mágica tocó las sombras. Una de las ramas salió volando como si fuese de materia sólida. Aterrizó a cierta distancia, donde desapareció.

El Señor de la Pesadilla aulló, casi provocando que Malfurion se desmayase.

El suelo se abrió bajo los pies de Thura. Unas sombras de raíces agarraron sus piernas y la orca dejó escapar un grito. Una mano soltó el hacha, aferrando el aire. La otra se debilitó peligrosamente.

¡La Pesadilla quiere que suelte el hacha de Brox! Malfurion luchó por ayudarla, pero las sombras presionaron su pecho con más fuerza.

Ven…, oyó decir a su captor. *Ven…*

Pero el Archidruida no tenía ninguna intención de rendirse a la oscuridad. Forcejeó y al menos parecía poder evitar que lo aplastase.

A su alrededor los dragones verdes limpiaron la zona. El único tentáculo que todavía llegaba tan lejos estaba alrededor de Malfurion y de la sombra del árbol. Pero, a pesar de la obvia amenaza de la derrota, el amo de la Pesadilla no lo soltaba.

Malfurion entendía por qué. La Pesadilla lo necesitaba. Era la clave para que la Pesadilla se extendiese tanto por el Sueño como por Azeroth.

Pero otros también lo sabían. La sombra del árbol se vio repentinamente bañada por las energías puras de la naturaleza y de los sueños. El árbol se estremeció mientras al mismo tiempo el elfo de la noche experimentaba una sensación de euforia.

Solo un ser podía tener ese poder, así que, en su mente, y esforzándose por mirar hacia arriba, vio que ahora ella flotaba sobre él.

—¡En mis dominios no permanecerá ninguna mancha de sombra! —gritó Ysera.

Tenía los ojos cerrados, pero Malfurion sabía que veía con más claridad que cualquiera dónde era más vulnerable su enemigo.

—Ningún hijo mío quedará expuesto a la Pesadilla…

Ysera abrió los ojos. La mirada del Aspecto chisporroteaba y, aunque a Malfurion eso no le resultaba amenazador, pudo sentir la consternación y el miedo que le provocaba a su captor. Las sombras de las ramas soltaron al druida.

Otro de los dragones verdes bajó en picado justo por encima del grupo. El sirviente de Ysera usó la magia para recogerlos a todos, incluida Thrura. Ni siquiera importaba que Malfurion estuviese en su forma astral; la magia del dragón lo levantó como si fuese de carne y hueso.

Pero mientras lo transportaba por el aire, el Archidruida oyó surgir el grito de un dragón en otra zona de la niebla. Desde donde se encontraba, Malfurion pudo ver brevemente a un gran dragón de Ysera.

Eranikus.

Malfurion era consciente del atormentado pasado del consorte de Ysera y había notado su presencia recientemente. No había esperado que Eranikus se encontrase allí, pero tampoco le sorprendía mucho. Quizá buscando redimirse, el anteriormente corrompido dragón se había dirigido hacia la Pesadilla con demasiada confianza.

Y ahora lo había atrapado. Cientos de espantosas manos de niebla lo aferraban con fuerza. En unos momentos, lo único que quedaba visible de él era la cabeza, una pata delantera y un ala. Miró a Ysera con miedo.

El Aspecto reaccionó. Se volvió para rescatar a su consorte, desviando solo un momento su atención de la Pesadilla…

Y fue entonces cuando la sombra del árbol creció hasta un tamaño enorme y la atrapó a ella.

Las macabras ramas engulleron a Ysera. Antes de que pudiese reaccionar, la lanzaron hacia la niebla.

Mientras ocurría aquello, Eranikus dejó escapar una risotada salvaje. Su forma cambió… mostrando al insidioso Lethon. El espantoso rostro de Lethon se burló un momento de los asombrados defensores antes de que el corrompido dragón desapareciera tras el auténtico trofeo de la Pesadilla… Ysera.

Los otros dragones se dirigieron inmediatamente a rescatar a su señora, pero la Pesadilla avanzó de nuevo con una ferocidad que nadie, ni siquiera Malfurion, hubiese esperado. Como mil krakens, unos tentáculos de niebla se lanzaron para atrapar a los incautos. Se llevaron a dos más de los dragones verdes antes de que los que quedaban se retirasen de mala gana.

En cuanto a Malfurion, gritó de incredulidad ante lo que había ocurrido. De no ser porque Ysera se había lanzado a salvarlo, no la habrían perdido.

La Pesadilla avanzó, dirigiéndose hacia sus adversarios con la fuerza de un río enfurecido. Los tentáculos se movían por todas partes. La única opción que les quedaba era huir.

Pero, incluso sabiéndolo, el Archidruida luchó por liberarse de la seguridad de la magia del dragón verde. No podía, no aceptaría dejar a Ysera prisionera del terrible poder.

Entonces, aunque la niebla continuaba creciendo, también se disipaba algo más. Algunos de entre los dragones verdes lo tomaron como un signo de debilidad, de que quizá haber atrapado a la Señora del Sueño había hecho que la Pesadilla sobrepasara sus límites.

Era demasiado tarde para que Malfurion advirtiese a los más adelantados de aquellos impetuosos gigantes. El primer dragón que se lanzó ansiosamente contra la niebla solo consiguió que a los tentáculos les resultase más sencillo atraparlo. Como a los anteriores, se lo tragó.

El resto se retiró. De hecho, Malfurion sintió que aquellos que luchaban contra el mal en todas partes también se veían obligados a retirarse repentinamente. Era como si se enfrentasen a un adversario completamente nuevo y mucho más formidable. Dragones, ancianos, druidas… todos tenían que retirarse si no querían unirse a las filas de los que ya habían perdido.

Pero en la estela de su huida la niebla seguía disipándose. Lentamente, el distorsionado paisaje de lo que había sido el Sueño Esmeralda volvía a verse. Las antaño orgullosas colinas estaban ahora cubiertas de ennegrecidas depresiones, y sobre ellas se arrastraban las alimañas como si estuviesen en grandes nidos. Los árboles que quedaban estaban sin hojas y cubiertos de pequeños succionadores de color rojizo que se movían como bocas y tenían dientes. Las ramas se retorcían y giraban como si buscasen constantemente cualquier cosa desprevenida que cayese a su alcance.

El suelo estaba repleto no solo de toda clase de bichos, sino del enfermizo pus que brotaba de grietas que ahora se abrían por todas partes. El hedor de la podredumbre llenaba más que nunca el aire.

Y entonces la Pesadilla le reveló a los demás lo que Malfurion ya sabía, lo que más había mantenido oculto. Malfurion había esperado con su fuga que su maldad se viese al menos reducida, pero no era así. De hecho,

se había vuelto más horripilante de lo que le había mostrado anteriormente su captor.

Allí donde había niebla se amontonaban. Sus filas se extendían más allá de la vista y el Archidruida sabía que también más allá. Peor aún, se multiplicaban por segundos, y cada cara se parecía a las otras solo en su angustia y ansia.

Eran los durmientes a los que había pillado desprevenidos, pero eran muchos más. Malfurion había luchado contra demonios y contra la Plaga de no-muertos. Las espantosas parodias en que se habían convertido estos durmientes hacían que los mencionados pareciesen agradables en comparación. Los durmientes eran criaturas carentes de alma, y sus formas lo reflejaban. Cuando se movían era a la vez de modo fluido y con evidentes señas de insoportable dolor que hacía que las torturas que había padecido Malfurion se quedaran en nada.

Su carne arrugada cubría cráneos estirados. Sus bocas se abrían en constantes gritos más de lo que era físicamente posible. Tenían los ojos hundidos en el cráneo y miraban con odio a todo lo que no compartiese su sufrimiento.

Y seguían apareciendo más, más de los que podría haber en cien Azeroths. Eran todos los sueños horribles que sufría cada durmiente, lo que hacía que su número fuese potencialmente infinito. Lanzaban hacia delante sus manos como garras mientras se movían, avanzando… avanzando…

Malfurion sabía qué buscaban agarrar y cuál era su hambre. Su captor había estado encantado no solo de mostrarle su sufrimiento, sino de permitirle sentir lo que el Señor de la Pesadilla había hecho que pensaran que iba a ser su salvación. Para ellos el único respiro, aunque momentáneo, era robar y experimentar lo que aquellos que aún no habían caído presos de la Pesadilla todavía conservaban… la capacidad de dormir sin dolor, sin miedo.

Pero era un falso deseo, algo que nunca podrían alcanzar. Era solamente un plan para que siguieran adelante, para volverlos tan desesperados como para que atrapasen a sus amigos y seres queridos, todo para el provecho de la Pesadilla.

Y Malfurion sabía que, a pesar de lo buenas que fuesen la mayoría de estas personas… sus presencias de pesadilla no dudarían lo más mínimo en provocar la destrucción de Azeroth.

Su número continuaba creciendo, extendiéndose. Los miembros restantes del vuelo de Ysera no eran nada para ellos. Los dragones atacaban y atacaban, pero con el mismo resultado que unos granos de arena intentando evitar una inundación.

Malfurion supo por qué. También supo que el Señor de la Pesadilla había estado manipulándolo desde el principio. Con toda su astucia el Archidruida le había dado a la abyecta sombra lo que de verdad deseaba. El elfo de la noche había servido a su captor tan bien como si hubiese sido uno de los corrompidos…

—¡Debemos retirarnos de este lugar! —rugió al resto uno de los dragones verdes más ancianos—. ¡Debemos reagrupamos!

¿Reagrupamos? ¿Por qué?, se preguntó en silencio Malfurion, aún horrorizado por el papel que había jugado. *¿Qué esperanza hay?*

La Pesadilla nunca lo había querido a él. Oh, su señor sí, pero había sido un deseo personal empequeñecido por la necesidad definitiva.

Malfurion había sido el cebo. Sus poderes, su vínculo con Azeroth y el Sueño Esmeralda habían sido lo bastante fuertes como para instigar las intenciones de la Pesadilla, pero nunca para saciarlas. Para eso la sombra había necesitado al ser que más vinculado estaba al reino mágico.

A quien la Pesadilla había deseado desde el principio era a la Señora del Sueño Esmeralda.



CAPÍTULO DIECIOCHO
SUEÑOS PERDIDOS

En la Ciudad de Ventormenta, en Forjaz, Dalaran, Orgrimmar, en la Cima del Trueno y en todas las otras ciudades, pueblos y aldeas, la niebla empezó a moverse. Incluso en Entrañas, donde los no-muertos no deberían soñar, la niebla se hizo con las pesadillas ocultas de sus habitantes. Los Renegados se vieron malditos con sufrir sus vidas perdidas de nuevo, en sueños que les ofrecían alivio pero que no cumplían esa promesa.

Entrañas tenía el nombre adecuado por muchas razones, la menor de las cuales era que estaba enterrada bajo las ruinas de lo que había sido una de las mayores ciudades… la famosa Ciudad Capital de Lordaeron. Sin embargo, en la Tercera Guerra, el Príncipe Arthas, corrompido por el Rey Exánime, tomó la capital de su padre y mató al Rey Terenas en su propia sala del trono.

Pero el temible destino del Rey Exánime había atraído a Arthas al frío Rasganorte y durante ese tiempo los Renegados, los no-muertos que se habían liberado del yugo del Rey Exánime, tomaron las ruinas. Viendo sus ventajas defensivas, habían construido lo que se convertiría en su capital, excavando sus catacumbas a mayores profundidades y haciendo lo que para muchos de los vivos hubiera sido una terrible burla de las vidas perdidas de los no-muertos.

Por toda la ciudad se podía ver un siniestro emblema consistente en tres flechas cruzadas, una de ellas rota, cubiertas por una máscara blanca agrietada. Era la marca de los Renegados y, especialmente, de su reina. Entrañas era un lugar de colores oscuros y sombríos, pasajes y escaleras de piedra. Sin embargo, los no-muertos no dormían y, por lo tanto, tampoco la ciudad. Entrañas tenía posadas, forjas y negocios que trataban no solo con los no-muertos, sino con visitantes de la Horda, con quienes los no-muertos

se habían aliado. Había cierta iluminación en forma de lámparas mortecinas y débiles antorchas. No estaban ahí solo para servir a los vivos, aunque los no-muertos no tenían una necesidad auténtica de luz, era que nadie quería admitir que quizá les diese a sus habitantes una fachada de otra vida diferente.

Pero ahora… algo nuevo e inquietante incluso para aquellos que habían construido. Entrañas había llegado a la capital de los Renegados. Algo que parecía el sueño…

La líder de los Renegados, la temible Reina Alma en Pena Sylvanas Windrunner, había estudiado el extraño estado de aquellos de sus seguidores que ahora parecían muertos de verdad… pero no del todo. Era el más pequeño de los movimientos lo que demostraba que no lo estaban.

La Reina Alma en Pena era hermosa incluso en su estado de no-muerte. No solo había sido una elfa noble, sino también general de los Forestales de Lunargenta. E, incluso en su puesto actual, Sylvanas era única, pues no era fantasmal como solían serlo las almas en pena, sino que tenía forma sólida. Ágil, elegante y de piel marfileña, caminaba entre los cuerpos tumbados reunidos por sus sirvientes para ella. Todos estaban iguales. Ninguno le daba una respuesta, y eso solo servía para aumentar su frustración.

Vestida con una armadura de cuero ajustada diseñada para que pudiese moverse con facilidad y con una capa con capucha semejante a un sudario de color carmesí, Sylvanas parecía el heraldo de la muerte. Ni siquiera los cuatro guardias elfos nobles no-muertos que había presentes, con sus rostros putrefactos, las costillas marcadas y la mirada vacía, podían provocar tanto miedo como el alma en pena.

—¿Bien, Varimathras? —le preguntó a una presencia sombría que se hallaba en un rincón de la húmeda y fría sala bajo la ciudadela.

Su voz era seductora en el sentido en que para algunos lo es la oscuridad, pero también tenía algo que asemejaba un viento helado.

—¿Todavía no tienes nada que decirme?

La sombra se separó de la pared y mostró una figura gigantesca, un demonio. Llevaba una armadura de cuero y metal del color del ébano más oscuro. El tono de Sylvanas denotaba una tremenda desconfianza entre ellos. El demonio se colocó junto a ella apoyado en sus dos enormes pezuñas hendidas. Su piel era de un tono púrpura que recordaba a la sangre, y también el de las dos grandes alas membranosas que le surgían desde

cerca de los hombros. Tenía la cabeza larga y estrecha con una melena oscura que caía desde la base de un cráneo, por otra parte, completamente calvo. Dos cuernos negros retorcidos brotaban de sus sienes. Gemas verdes, de un color que imitaba al de sus inhumanos ojos, adornaban su armadura en los antebrazos y la cintura. Esos ojos se encontraron con otros relucientes de color plateado.

—He lanzado hechizo tras hechizo, me he metido dentro de cada uno de esos necios… y todos revelan lo mismo, Majestad… —replicó fríamente. El demonio ladeó la cabeza y, con interés analítico, observó cómo se retorcía la expresión de su reina.

—¡Nosotros… no… soñamos! —respondió Sylvanas con una voz tan aguda que el demonio tuvo que taparse las alargadas orejas puntiagudas. Incluso así, su cuerpo se vio afectado por un agudo dolor. El chillido de un alma en pena era un poder aterrador, y Sylvanas era la más letal de las almas en pena.

—Esa… distracción… está más allá de nosotros —añadió la Reina de los no-muertos más calmadamente—. No están soñando, Varimathras…

—¿Ni siquiera… Sharlindra?

Sylvanas no pudo evitar mirar a un cuerpo inmóvil. Al contrario que el resto, lo habían colocado cuidadosamente sobre una tarima de piedra. El cuerpo parecía más espejismo que sólido, una ilusión que se desvanecía. Radiaba un aura blanca con tintes azulados. En vida había sido una elfa muy querida, y su hermosura era todavía evidente incluso en la no-muerte. Sylvanas consideraba que la otra alma en pena era sabia y, al contrario que el demonio, podía confiar en su consejo.

Pero Sharlindra había sido la primera en caer. Y lo que era más inquietante, cuando Sylvanas vio el cuerpo se inclinó hacia ella y se dio cuenta de que Sharlindra estaba murmurando algo.

Todavía lo hacía. Todos lo hacían. Todas las pruebas sugerían que estaban, como había dicho el demonio antes, soñando.

—¡Es un truco! —Pero Sylvanas sabia por su propia y amarga experiencia que tal cosa no era posible—. Esto es un truco, igual que la niebla que flota sobre Entrañas…

Le dio la espalda a Sharlindra y también a Varimathras. Los ojos le relampagueaban mientras pensaba quién usaría esas tácticas.

Solo un nombre se le vino a la mente y, cuando lo pronunció, apenas susurrando, la furia de Sylvanas alimentó su poder e hizo que la piedra

misma temblase.

—Arthas… yo diría que esto es cosa del Rey Exánime… pero eso ya no es pos…

Con un grito ahogado, Sharlindra abrió de repente los ojos. Se quedó mirando hacia arriba, viendo algo que Sylvanas no podía ver.

El alma en pena sonrió. Levantó una mano delgada, etérea.

—Vida… vivo otra vez…

Cerró los ojos. Su mano cayó. De nuevo volvió a murmurar, aunque las palabras eran ininteligibles.

Los ojos de Sylvanas ardieron con más furia aún. Se inclinó sobre el cuerpo inmóvil.

—¿Qué retorcida broma es esta? ¡Tiene sueños imposibles con cosas que son aún más imposibles! ¿Sueña con vivir? ¡Una locura!

—No tan loca —dijo Varimathras detrás de ella—. Un hechizo sencillo, en realidad.

Sylvanas se giró, sorprendida por las increíbles palabras del demonio. Varimathras sabía que no debía burlarse de ella. Había aprendido rápidamente que los demonios no eran los únicos torturadores expertos.

—Estas cruzando una línea peligrosa…

Pero el demonio alado solo se encogió de hombros.

—Solo digo la verdad. La resurrección es un hechizo bastante sencillo para cualquier Señor del Terror.

—¡Querrás decir imposible! Te lo he advertido… —La ira de Sylvanas creció. Fijó su mirada en Varimathras.

Aún imperturbable, este hizo un gesto.

—Déjame que te lo muestre.

Una fuerza invisible semejante a la de toda Entrañas derrumbándose sobre ella lanzó a Sylvanas al suelo. Instintivamente, cambió de forma sólida a inmaterial, pero no pareció ocurrir nada, pues de todos modos sintió el fuerte choque. Sylvanas perdió brevemente la concentración, pero la fría y húmeda piedra contra su mejilla le devolvió la consciencia.

Y entonces se dio cuenta de que no debería haber sentido eso tan agudamente. De hecho, no se había sentido así desde que…

El incesante hedor a podredumbre llenó su olfato como nunca lo había hecho desde la fundación de la ciudad. Era tan intenso que tosió, un acto que la obligó a inspirar profundamente para calmarse.

Pero… ella no necesitaba respirar tampoco. Estaba muerta.

¿No?

Sylvanas se miró la mano. La blancura había dado paso a un rosa muy pálido.

—No. —Se asombró ante el sonido de su propia voz… de su voz antes de haberse transformado en alma en pena.

Varimathras se encontraba sobre ella. El demonio le dio un espejo grande que tenía una escritura dorada en el marco y el mango.

—¿Lo ves? No te he mentido… esta vez.

Sylvanas se miró a sí misma, a su antiguo ser, vivo, que respiraba. Se tocó las mejillas, la barbilla, la nariz...

—Estoy viva…

—Sí, lo estás. —Varimathras chasqueó sus dedos con garras.

Los cuatro elfos nobles no-muertos se movieron hacia ella y la sujetaron. Su hedor era horrible. Unas criaturas negras y pequeñas entraban y salían de partes en las que la carne había dado paso al hueso. Sylvanas quiso vomitar, y ese simple hecho hizo que se asombrase todavía más.

Luchó por volver a ponerse en pie. Había comandado a los elfos nobles, y ahora era Reina de los Renegados. Mirando con furia a los guardias, Sylvanas ordenó:

—¡Suéltenme!

Pero la sujetaron con más fuerza aún. Sylvanas miró las monstruosas cuencas de los ojos de uno de ellos y vio tal odio hacia ella que quedó sin habla.

—Puede que estén un poco celosos —comentó Varimathras, volviéndose más inmaterial—. La verdad no deberían estarlo. No permanecerás así mucho tiempo.

La elfa se vio atrapada entre el miedo y el arrepentimiento.

—¿No dura?

—Duraría si te diésemos la oportunidad.

El que hablaba no era el demonio, sino alguien que había entrado sin que Sylvanas lo supiera. Pero, aunque no podía verlo desde donde estaba, Sylvanas conocía bien la voz… y se estremeció por ello.

Varimathras hizo que los guardias la girasen para que viese al recién llegado.

Para que viese a una figura con una armadura negra cubierta de hielo.

Para que viese al Rey Exánime.

Forcejeó para liberarse, pero los guardias la sujetaban con mano de hierro. Peor aún, la arrastraron hacia el Rey Exánime.

Pero esto es imposible, recordó Sylvanas. *¡Fue derrotado! Fue…*

Arthas le sujetó la barbilla. Sus rasgos humanos se podían ver a través de las aberturas del casco. Un aliento helado salía de él cuando hablaba.

—Tan hermosa como elfa noble… y mucho más como alma en pena…

La colocaron sobre una plataforma de piedra y luego la encadenaron. Varimathras se unió al Rey Exánime, que de nuevo agarró a su cautiva por la barbilla.

—Esta vez… lo haré bien —le prometió Arthas. Su frío aliento corrió sobre el rostro de Sylvanas, pero no era su aliento lo que la dejó helada.

Arthas pensaba volver a convertirla en un alma en pena…

Sylvanas todavía recordaba las horribles agonías que la última fuerza vital que le quedaba había sufrido durante la temible transformación. Sabía que ahora pasaría por un terror mil veces peor.

—¡No! —gritó intentando usar sus poderes. Desafortunadamente, esos poderes no le pertenecían hasta que se hubiese completado el monstruoso hechizo.

Arthas alzó su larga y elegante espada, Agonía de Escarcha. La maldad de la espada era casi tan grande como la del Rey. Colocó la punta de la espada sobre ella de modo que él y su arma eran todo lo que Sylvanas podía ver.

—Sí, esta vez serás una sirviente obediente, mi querida Sylvanas… incluso aunque tenga que repetirlo una y otra y otra vez hasta que salga bien…

Sylvanas chilló…

* * *

—No va a despertarse —murmuró Sharlindra, sintiendo un miedo que no había experimentado desde justo antes de su muerte.

Miró a los otros Renegados a su alrededor y vio que también ellos pasaban por lo mismo.

—¡Menciona al traidor Varimathras, al que ella mató, y al Rey Exánime, que ya está derrotado! ¿Qué clase de sueño está teniendo… y por qué sueña?

Casi la mitad de los súbditos de Sylvanas estaban en un estado semejante al de su reina. Casi todos los representantes de las otras razas de

la Horda que se encontraban en Entrañas estaban igual, aunque en su caso aquello tenía más sentido.

Y lo que era peor, mucho peor… los Renegados estaban siendo atacados.

Atacados por sombras de sus seres queridos, que se habían convertido en algo incluso más espantoso de lo que los no-muertos habitantes de Entrañas eran ahora. Los Renegados sabían que no eran reales, pero tampoco eran imaginaciones. Lo que atacaba a los no-muertos, lo que les inquietaba como solo habían hecho sus muertes eran criaturas entre medias. Asolaban Entrañas de un modo que servía para que los asombrados Renegados entendiesen cómo debía de haber sido cuando los no-muertos, siendo parte de la Plaga, habían tomado el antaño efervescente reino.

Un chillido volvió a estremecer a Sharlindra. Esta vez no había salido de Sylvanas. Esta vez había llegado directamente desde arriba. Lo reconoció como el grito de otra alma en pena, pero no era una advertencia ni estaba siendo usado como arma.

Era un grito de miedo… el miedo de los no-muertos.

Sharlindra miro a los que estaban con ella. Por aterradores que fuesen para los forasteros, los Renegados ahora mostraban un patetismo que no tenía nada que ver con su existencia. Más bien los no-muertos a los que observó parecían inseguros, despistados. Más chillidos brotaron de los huecos superiores de Entrañas. El alma en pena miró a su rema, pero no podía esperar consejo de Sylvanas.

—La niebla… —advirtió una voz rasposa.

Quien lo dijo apenas tenía restos de carne, y solo las propiedades mágicas de su estado de no-muerte le permitían hablar, pues su mandíbula colgaba hacia un lado.

—Esta niebla… —repitió.

Sharlindra miró hacia la escalera que bajaban hasta donde estaban. La niebla verde oscura caía sobre los escalones de piedra como una criatura viva que se acercase lentamente a su presa.

Los Renegados se apartaron de ella. Pero, al hacerlo, en la niebla empezaron a formarse figuras.

El alma en pena retrocedió. Conocía a algunos. Por sus reacciones, había otros que también habían reconocido a su familia y amigos, los vivos que estaban más torturados que ellos.

El alma en pena dejó escapar un chillido que comenzó como un ataque desesperado y acabó en angustia…

La Pesadilla envolvió Entrañas.

* * *

En la Ciudad de Ventormenta, el Rey Varian observaba mientras la niebla y su espantoso ejército se acercaban al castillo. Oyó gritos que salían de varias partes del resto de la capital.

Nos están atacando… y no podemos luchar contra ellos… Habían intentado con las flechas. Flechas con puntas llameantes empapadas en aceite. No habían sido más efectivas que las espadas, lanzas y las demás armas. Los magos y otros hechiceros que todavía estaban conscientes hacían cuanto podían, pero su efectividad era limitada.

Los valerosos defensores del castillo esperaban las órdenes de su monarca. Varian vio a su hijo y esposa muerta, ambos multiplicados cientos de veces, atravesar la puerta como si estuviese hecha de aire. Nada les impedía el paso a esas pesadillas vivientes.

Y sabiéndolo, Varían encontró que no tenía órdenes que dar… mientras su ciudadela, su reino, comenzaba a caer ante él.

* * *

La Pesadilla apareció por casi todas las tierras conocidas de Azeroth. La niebla se desvanecía lo suficiente para que los que estaban despiertos viesen lo que había sido de sus víctimas… y cuál sería su propio destino. Pero, a pesar de eso, fueran los orcos de Orgrimmar, los enanos de Forjaz o cualquier otra raza de cualquier otro reino, los que quedaban para defenderse de ese terror en su mayoría no se rindieron. Sabían que no tenían más elección que seguir luchando… no importaba la poca esperanza que tuviesen en ello.

Pero había un reino extrañamente libre de la niebla. Era Teldrassil y, por lo tanto, también Darnassus. Eso no significaba que Shandris Feathermoon no supiera lo que estaba pasando en el continente y más allá. La general estaba bien informada mediante su red.

Una red que, sin embargo, se estaba viniendo abajo rápidamente.

Shandris dejó la última carta recibida de un agente cerca de Orgrimmar. Repetía lo que decían desde Ciudad de Ventormenta, la Cima del Trueno de los tauren y los otros lugares por donde Shandris había tejido su red.

La misteriosa niebla se movía. Peor aún para ella era que tampoco tenía información sobre dónde se encontraba su señora. Tyrande se había dirigido hacia Vallefresno… y entonces parecía haber desaparecido.

¡No está muerta!, insistía para sí la joven elfa de la noche.

Tirando el papiro, Shandris salió de sus aposentos. Podría haberse instalado en la residencia de la Suma sacerdotisa como insistía Tyrande cada vez que se ausentaba por cuestiones de estado, pero Shandris prefería su habitación espartana. No había decoraciones que honrasen a la naturaleza, solo armas y trofeos de guerra. Defender a su señora y a su pueblo se había convertido en toda la existencia de Shandris. De hecho, durante la ausencia de su señora había intentado más de una vez localizar alguna señal de Tyrande mediante las visiones de otras sacerdotisas.

Eso había fallado. En lugar de eso, Elune les había dado a todas las otras sacerdotisas otra visión, una visión que había confundido a la general.

Eran una visión de Teldrassil siendo devorado desde dentro. Una espantosa y putrefacta descomposición que se extendería no desde la raíz sino desde la copa. Rápidamente devoraría el Árbol del Mundo desde dentro. La visión siempre había sido corta, solo de tres o cuatro respiraciones. Shandris la había estudiado con cada sacerdotisa y seguía sin entenderla.

La visión la había inquietado tanto que Shandris no podía estarse quieta. Esperando despejar las ideas, había empezado a patrullar personalmente toda la capital, pasando por el bastión fortificado del Bancal de los Guerreros hacia las tiendas del Bancal de los Mercaderes y siguiendo por el místico Templo de la Luna, atravesando las isletas esculpidas y frondosas del jardín. También se había desviado hacia el Bancal de los Artesanos antes de regresar a sus aposentos en el Bancal de los Guerreros.

Eso dejaba solo el Enclave de Cenarion. A Shandris no le daba miedo entrar en la fortaleza de los druidas. Y tampoco era que respetase tanto a Fandral como para no ir allí por él; su lealtad se debía a Tyrande. Incluso ahora, la general habría pasado normalmente por el Enclave, pero hacía tiempo que Shandris había aprendido que para encontrar respuestas a menudo era mejor no buscar en la fuente obvia. Con la temible visión en mente, de repente se dio cuenta de que entre los druidas había uno que podría resultarle útil. Alguien que podría ser capaz de explicarle la visión sin tener que recurrir a Fandral.

Nunca dispuesta a pedirle a los Centinelas algo que no fuese a hacer ella misma, Shandris salió discretamente del Bancal de los Guerreros. Al pasar por las sobrias estructuras de madera, el constante ruido del entrenamiento militar le cantó al oído. Para Shandris ese sonido era mucho más dulce que la música de su pueblo. Desde que había perdido a sus padres en la Guerra de los Ancestros, la general no había vuelto a disfrutar de la música nunca más… excepto por las canciones y cantos que usaban las sacerdotisas durante la batalla al invocar el poder de Elune. Después de todo, aquellas servían a un propósito.

Empezó a darse la vuelta… y vio a una figura furtiva cruzar desde los Jardines del Templo hacia el norte. La capa lo señalaba como druida, pero no pudo identificarlo.

Shandris retomó su camino… y luego se volvió. No podía decir por qué, pero decidió seguir al druida.

La figura desapareció rápidamente en la espesa arboleda que formaba parte del Enclave. Shandris lo siguió con facilidad. La comandante de los Centinelas se movió como una sombra entre los altos árboles. Muchos le recordaban a versiones en miniatura de Teldrassil, lo que a su vez le volvió a recordar las visiones de las sacerdotisas.

El druida volvió a aparecer. Había algo raro en su modo de andar y en el hecho de que se tapase con la capa. Era casi como si no le gustase estar en el Enclave.

Entonces el druida se detuvo. El encapuchado miró a izquierda y derecha, como pensando en qué dirección ir.

La figura se decidió. Shandris sonrió porque lo había adivinado. Empezó a seguirlo…

O más bien intentó seguirlo. Su pie se tropezó en una raíz que la elfa de la noche estaba segura de haber esquivado. Cuando Shandris se movió hacia un lado, la raíz pareció estirarse desde el suelo, volviendo a atrapar su pie.

La Centinela se zafó ágilmente de la raíz… y una rama le alcanzó la cara. La fuerza del golpe hizo que Shandris cayese hacia atrás y chocase con el árbol más cercano.

Las raíces del árbol le sujetaron los pies. Shandris alargó el brazo para tomar el puñal que llevaba siempre, con la intención de cortar rápidamente las ramas y seguir adelante.

Otra rama la golpeó con fuerza en la cabeza. Aturdida, Shandris se quedó sin fuerzas momentáneamente.

Entonces, la irregular corteza se abrió. Incluso mareada, Shandris se sintió atraída dentro del tronco.

Se esforzó por recuperar la concentración, pero de nuevo la golpearon en la cabeza. El interior del gran roble la rodeaba. Con la visión borrosa, la General vio cómo la corteza volvía a cerrase.

Una oscuridad que ni siquiera su aguda vista podía penetrar la rodeaba. Peor aún, en su pecho crecía la presión. Shandris se dio cuenta vagamente de que el espacio en el que se encontraba era demasiado estrecho. No podía respirar…

La elfa de la noche se desmayó, consciente en el último instante de que la muerte se le acercaba.

Entonces la corteza volvió a abrirse. La presión se aflojó. El aire fresco despertó a Shandris, aunque no lo suficiente para evitar que se desplomase hacia delante.

Aterrizó en los brazos de una corpulenta figura. Shandris se esforzó por recuperarse, convencida de que su captor había ido a por ella.

Un olor almizcleño asaltó a la elfa de la noche, haciendo que recuperase la consciencia. Miró a quien la sostenía.

Era un tauren.

Hamuul Runetotem la miró con los ojos entrecerrados.

—Así que… eres tú…



CAPÍTULO DIECINUEVE
DESPIERTO EN LA PESADILLA

No había esperanza. En toda su larga vida, Malfurion solo había sentido tal desesperación una vez. Había sido durante la Guerra de los Ancestros.

El dragón verde que había enviado Ysera todavía los alejaba a él, Tyrande, Broll, Lucan e incluso a Thura de la catástrofe. Los dragones verdes no solo se estaban batiendo en retirada, sino que entre ellos reinaba la confusión. Su moral estaba tan baja como la de Malfurion, o quizá más. Sabían que habían estado perdiendo lentamente, pero ahora además sabían que todos sus esfuerzos no habían sido más que mentiras. La Pesadilla los había engañado y había esperado su oportunidad.

Con Ysera… ¡puede hacer cualquier cosa! ¿Por qué se ha puesto en peligro por mí? Cierto, la captura de Ysera se había debido al engaño de Lethon, pero no hubiera estado en peligro de no ser por su inexplicable interés en asegurarse la liberación de Malfurion.

—¡Nos gana terreno! —gritó Tyrande.

Y decía la temida verdad. En su mente Malfurion pudo ver la brillante figura del cuerpo astral de otro druida sujetado no solo por los tentáculos de la sombra del árbol, sino por las anteriores víctimas de la Pesadilla. Las garras destrozaban la forma astral como si el elfo de la noche estuviese hecho de tela finísima. Dio un grito cuando su mismo ser quedó hecho mil pedazos…

Apenas un momento después, Malfurion vio al mismo druida al frente de la monstruosa turba de la Pesadilla. Su cuerpo astral era ahora más oscuro y demacrado. Corrompido, estiraba sus retorcidos dedos hacia los defensores más cercanos con la intención de que se uniesen a él.

Pero, a pesar de lo terrible que fuese su fallo, a pesar de lo imposible que fuera, el Archidruida sabía que no podía rendirse a lo inevitable. No iba a permitir que otro más cayera ante la Pesadilla mientras él huía.

Pero mientras volvía a intentar zafarse, el dragón verde le gritó:

—¡Este no es el momento! ¡Ella no ha caído para que volvamos a perderte! ¡Mi reina insistió justo antes del ataque en que tú eres más valioso para Azeroth que ella misma y que, aunque nos costara creerlo, debíamos confiar en su palabra!

—¿Más valioso? —Malfurion dijo incrédulo—. ¡Sin duda haber contenido a la Pesadilla durante tanto tiempo le ha afectado a la mente!

Se removió con más fuerza y por fin sintió que la presa del dragón sobre su forma astral empezaba a aflojarse.

Tyrande notó lo que estaba haciendo. Se estiró hacia el druida.

—¡Malfurion! ¡No!

La mano de la Suma sacerdotisa resbaló por la forma astral de Malfurion. Este se esforzó por no prestarle atención. Una parte de él no deseaba más que quedarse con Tyrande, pero su deber estaba en otra parte.

Sin embargo, para su consternación, lo que lo rodeaba empezó a desvanecerse. Demasiado tarde, el Archidruida supo que, al buscar liberarse del hechizo del dragón verde, había empezado otra cosa.

—¡No! —Malfurion intentó detener lo inevitable…

* * *

—¡No!

El Archidruida se incorporó de un salto. Inmediatamente, el dolor sacudió su cuerpo. Se agarró el pecho y cayó.

Estaba de nuevo en su sagrario, resultado accidental de su intento. No debería haberse sorprendido, dado que el vínculo entre su cuerpo y su forma astral era fuerte por naturaleza.

Pero algo iba mal. Apretando los dientes, Malfurion luchó contra el dolor. ¿Era este el resultado de haber estado fuera de su cuerpo tanto tiempo?

El Archidruida dejó escapar un ruido gutural. Se dio cuenta de que no podía haber sobrevivido tanto tiempo sin la ayuda de otros.

En general, su cuerpo estaba en buen estado. Eso también lo notaba. Sintió la caricia de Elune, una fuerza que el elfo de la noche conocía bien a través de Tyrande. Malfurion no tenía ninguna duda de que su amor había sido la que había organizado todo para salvarlo.

Pero, a pesar del gruñido, ninguna sacerdotisa acudió a ayudarlo.

Lentamente, ganó la pelea. Justo entonces Malfurion notó algo que solo sus expertos y afinados talentos druídicos podrían haber descubierto.

La fuente de su sufrimiento, y lo que todavía buscaba matarlo, era una pequeña, muy pequeña pizca de polvo. Pronto identificó la hierba potenciada mágicamente que habían usado para fabricarlo. Mañagrana. Se rumoreaba que la mañagrana se usaba en ciertas maldiciones primitivas. Pero, aunque la hierba en sí misma era potente, alguien no se había contentado solo con eso. El sutil hechizo potenciador debería haber bastado para garantizar la lenta pero segura muerte de Malfurion.

Pero quien lo hubiese hecho había subestimado la luz sanadora de la Madre Luna. El trabajo de las sacerdotisas había bastado para mantener vivo el cuerpo vacío de Malfurion, aunque el veneno habría acabado por hacer su trabajo.

Malfurion se concentró en el polvo, juntándolo desde donde se había extendido por su cuerpo. Creó con él una bola purulenta…

En ese momento el druida vomitó.

No vio salir la diminuta esfera, pero sintió cómo se desvanecía su temible influencia. Malfurion buscó aire mientras lentamente volvía a intentar ponerse en pie.

Solo entonces vio a las dos sacerdotisas. Ambas estaban tendidas en el suelo de su túmulo. Estaban vivas, pero no conscientes. Peor aún se movían y, de vez en cuando, murmuraban en tono temeroso.

El túmulo estaba también lleno de tentáculos de una siniestra y muy conocida niebla.

Malfurion había tenido la intención de volver a meditar para regresar a su forma astral, pero, ahora sí, entró con cautela en la niebla en dirección a la entrada. No podía hacer nada por las sacerdotisas, al menos no por el momento. El Archidruida necesitaba saber la extensión de los daños provocados en el Claro de la Luna.

Pero el paisaje que lo recibió al salir le demostró cuan equivocado podía estar. El Claro de la Luna estaba cubierto por completo por la niebla, lo que le daba el aspecto de un cementerio. Lo más inquietante era que no se oía nada, ni siquiera un grillo.

Caminando cautelosamente entre la vegetación, el elfo de la noche llegó hasta otro túmulo. Se metió dentro.

Vio un cuerpo inmóvil con la conocida túnica de druida. La capucha oscurecía el rostro del durmiente. Arrodillándose junto al cuerpo, Malfurion le tocó la muñeca.

Estaba fría al tacto.

Rápidamente, Malfurion le apartó la capucha.

La boca abierta del cadáver estremeció al Archidruida. El ocupante del túmulo obviamente se había desprendido de su forma astral, pero no había sido capaz de regresar a tiempo. Malfurion se preguntó si el desafortunado druida había sido uno de los que estaban combatiendo a la Pesadilla o si había muerto antes de eso.

Incapaz por el momento de hacer nada por los restos del druida muerto, Malfurion salió del túmulo. Se preguntaba cuántos de los otros túmulos tenían también cadáveres dentro.

Sabiendo que le sería más sencillo ayudar a los vivos que a los muertos, Malfurion consideró sus opciones. Ya no pensaba en meditar; el Claro de la Luna estaba mancillado. Regresar a su forma astral sería demasiado peligroso. Tenía que ir a otra parte, encontrar a los otros defensores.

Sobre todo, tenía que averiguar lo que le había pasado a Tyrande y a los que estaban con ella. Habían entrado físicamente en el Sueño Esmeralda. Para Malfurion, eso significaba un portal, y el más cercano al Sueño y a la Pesadilla estaba en Vallefresno.

Apenas acababa de decidirse a ir allí, apenas había empezado a transformarse en cuervo de tormenta, cuando Malfurion se dio cuenta de que sus esfuerzos tenían que concentrarse en una dirección casi opuesta a la que en principio había pensado dirigirse. Aunque había estado mucho tempo apresado, Malfurion sabía que su pueblo había estado planeando un nuevo asentamiento en el oeste, en una isla en la costa. Incluso durante la Pesadilla, Malfurion había notado los poderosos esfuerzos de los otros druidas por hacer… algo. Desgraciadamente, al intentar mantener ocultos a su captor sus propios esfuerzos, no había podido descubrir los resultados de los de los otros. Tenía sus sospechas…

El elfo de la noche echó un vistazo por el claro apenas distinguible. No había siquiera rastro de Remulos. Sin duda el guardián del Claro de la Luna habría aparecido al notar el despertar de Malfurion. Malfurion intentó proyectar sus pensamientos, pero no pudo encontrar al hijo de Cenarius. ¿Acaso Remulos se había unido a los otros druidas?

La ironía de que estaba tan solo en Azeroth como lo había estado siendo prisionero del Señor de la Pesadilla no se le escapó al Archidruida. Empezó a pensar en ello y entonces se preguntó por qué estaba perdiendo más tiempo en lugar de actuar inmediatamente, como debería estar haciendo.

Malfurion se concentró. Inmediatamente, su entorno tembló… y solo entonces descubrió el auténtico peligro.

Había estado soñando despierto. No había sido cosa suya. La Pesadilla era tan poderosa que había saturado el Claro de la Luna.

Atrapado en su preocupación por los demás, el Archidruida no se había dado cuenta de cuándo había empezado a caer en ese estado de semivigilia. Probablemente había sido lo que había atacado a las sacerdotisas que protegían su cuerpo.

Pero la Pesadilla no estaba satisfecha con eso. Malfurion se agitó y se vio atacado por el propio claro.

La hierba se retorcía alrededor de sus piernas, su torso y sus brazos. Los árboles se doblaban para asfixiarlo. A todos los había alcanzado la conocida corrupción que había visto en el Sueño Esmeralda… pero ahora estaba en el mundo real. El Señor de la Pesadilla se había hecho con el gran poder de Ysera para romper la última barrera entre el sueño y la realidad.

Por un breve instante, Malfurion se planteó rendirse a su destino. Él era responsable de la caída del Aspecto y del peligro que Azeroth enfrentaba. Pero esa idea se disipó rápidamente cuando el rostro de Tyrande apareció en sus pensamientos.

El Archidruida se concentró. *Esta no es su naturaleza*, les recordó a la hierba y a los árboles. *Esto es una perversión de aquello de lo que forman parte…*

Sintió que la hierba empezaba a aflojar. Los árboles, sin embargo, todavía no respondían. Sus raíces empezaron a temblar, como si quisieran liberarse mientras todavía se esforzaban por alcanzar a Malfurion. Al mismo tiempo la corteza se movía, convirtiéndose en una burla del rostro barbudo del elfo de la noche.

—Esta no es su naturaleza —dijo Malfurion en voz alta ahora, concentrándose al mismo tiempo en sus milenios de experiencia con la flora —. Este es un lugar de paz, de tranquilidad… este lugar alcanza el corazón de Azeroth y a su vez es alcanzado por él…

La hierba lo soltó. Los árboles se envararon repentinamente. Las imágenes de su rostro desaparecieron de la corteza.

El Claro de la Luna estaba otra vez en calma, aunque seguía cubierto por la niebla.

Malfurion respiró hondo. Lo que había hecho no era poca cosa, no contra el poder que había notado que obraba en su contra. El Señor de la Pesadilla se había concentrado especialmente en él. Afortunadamente, el mal había subestimado al Archidruida precisamente en ese lugar.

Aquello hizo que Malfurion tomase una decisión. Tenía que volver al Sueño Esmeralda, a lo que quedaba de él, antes de que fuese demasiado tarde. El dragón verde que tenía que sacarlo de allí había dicho que Ysera lo creía más importante, lo bastante como para ponerse ella misma en peligro.

Malfurion dejó escapar un gruñido de frustración. ¡Él no podía ser más importante que la Señora del Sueño Esmeralda! Pero estaba en deuda con ella por su sacrificio y con Azeroth, por lo que su captura le había permitido hacer al Señor de la Pesadilla.

Se preguntaba por qué la Pesadilla no se había hecho con el mundo. Su dueño tenía a Ysera, ¿por qué esperar? ¿Había algo que evitaba que captor alcanzase la victoria definitiva?

¡Si la hay, no lo descubriré quedándome aquí!, se recordó a sí mismo. *Las respuestas están en otra parte…*

Sin más dudas, el Archidruida se transformó en un cuervo de tormenta. Despegando, Malfurion se alejó del Claro de la Luna. Batió con fuerza las alas mientras se elevaba más y más…

Pero entonces, en un lugar entre las nubes, se quedó quieto repentinamente. Su vista se quedó fija en una visión que hizo que el cuervo de tormenta lanzase un grito. Quizá su esperanza de que pudiera haber alguna posibilidad de conseguir la victoria solo había sido una última pesadilla que le había provocado un enemigo burlón.

La niebla no solo cubría el Claro de la Luna. Cubría la tierra que se encontraba más allá y aún más allá.

De hecho… cubría hasta donde alcanzaba la vista de Malfurion.

* * *

—¡Malfurion! —gritó Tyrande. Miró a Broll—. ¿Qué le ha pasado?

—¡Ha debido de regresar a su cuerpo! Debería estar bi…

El dragón verde que los llevaba tuvo que ladearse repentinamente pues, sin previo aviso, la niebla de la Pesadilla empezó a moverse a su

alrededor.

Una espantosa forma alada se materializó.

—El Señor de la Pesadilla desea a estos mortales… especialmente a la elfa de la noche… —susurró la corrompida dragona Emeriss. Su enfermo y descompuesto cuerpo llenaba el espacio que había ante ellos—. Acepten lo inevitable… Azeroth y la Pesadilla son ahora uno…

—¡No los tendrás! —respondió la otra dragona. Exhaló.

Parecía fuego, pero un fuego más fantasmagórico que real. Cuando alcanzó a Emeriss, la corrompida dragona aulló agónicamente y su cuerpo centelleó como si de repente estuviese cubierta por un millón de luciérnagas.

La sirviente de Ysera no esperó. Se lanzó hacia su enemiga herida. Pero un furioso rugido indicó que Emeriss ya se había sacudido el dolor. Un momento después, la corrompida leviatán se alzó hacia ellos.

—¡Vuela demasiado deprisa, y yo lucho contra fuerzas que no puedo ver y que me frenan! —les dijo la dragona a sus viajeros—. ¡Solo puedo hacer una cosa!

La magia que rodeaba a los mortales brilló con tanta fuerza que los elfos de la noche tuvieron que cubrirse los ojos.

—¡Encuentren a su Malfurion Stormrage! —les gritó su rescatadora —. ¡Mi señora no mentiría!

Y con eso los lanzó hacia delante.

Rodeados por su hechizo, estaban protegidos de todo daño. Broll vio sus intenciones antes que los demás.

—¡El portal! Nos ha enviado hacia…

Antes de que pudiese acabar, lo atravesaron.

La magia se disipó en el momento en que estuvieron de vuelta en Azeroth.

Pero la dragona no había querido que sufrieran daño al aterrizar. Surgieron del portal a apenas centímetros del suelo y, cuando el hechizo desapareció, los cuatro simplemente se detuvieron. Todos, excepto Lucan, se pusieron inmediatamente en pie. Sin embargo, cuando Broll se aproximaba hacia el portal, las energías interiores… se detuvieron.

—No es posible… —murmuró. El druida se lanzó y apoyó la mano contra el portal mágico.

Era como golpear una puerta de hierro. Broll hizo una mueca por el dolor que le había provocado su irreflexión.

La Suma sacerdotisa se le acercó.

—¿No podemos entrar?

—No… o lo ha sellado detrás de nosotros… o algo lo ha sellado para que ella no pueda seguirnos.

Tyrande sacudió la cabeza.

—Nos ha salvado, poniéndose ella en peligro… ¡y todo por Malfurion!

El druida miró por encima del hombro.

—No está tan claro que nos haya salvado del todo…

Se giraron para enfrentarse a Thura. La orca tenía el hacha de Brox en sus manos. Miraba a los tres con cautela…

—¿Dónde está? ¿Dónde está Malfurion Stormrage? —preguntó.

Su pregunta hizo que Tyrande se dirigiera hacia la corpulenta guerrera verde. Al acercarse, la Suma sacerdotisa brillaba con la luz de Elune.

—¡Está lejos de tu alcance, asesina!

Thura la miró a los ojos… y entonces ante la sorpresa de todos, la orca bajó el arma. Parecía extremadamente agotada

—Fue él quien me hizo perseguirlo… me engañó. ¿Por qué quería morir?

Los elfos de la noche se miraron.

—No buscaba la muerte, al menos no la auténtica muerte. —le dijo Tyrande—. Creo que necesitaba tu hacha para romper el hechizo…

La orca se desplomó.

—Entonces… mi propósito es falso… no soy nada.

—Disculpen —interrumpió Lucan, haciendo que todos se volviesen a mirarle—. ¿Se suponía que él tenía que venir con nosotros?

Los otros miraron hacia donde señalaba. Fue Broll quien primero reconoció a la gigantesca figura.

—¡Gnarl! —rugió de alegría—. Tú…

—¡Aléjate de él! —gritó Tyrande, apartando a Broll.

El anciano de guerra dejó escapar una risotada escandalosa. Al acercarse, los hongos que cubrían su cuerpo se hicieron evidentes. Sus hojas estaban llenas de podredumbre, y los ojos le relucían con un fulgor negro.

—Él quiere que vuelvas… —bufó el gigante.

Tenía la mirada fija sobre Tyrande.

—¡Atrás! —La Suma sacerdotisa empezó a rezar.

El gran brazo de Gnarl avanzó hacia ellos. Broll empujó a los demás hacia atrás, llevándose un golpe inclinado que tenía la suficiente tuerza como para hacer que cayera de rodillas.

El anciano se lanzó por el elfo de la noche. Tyrande se puso delante de Broll con expresión seria.

—Lo siento, Gnarl…

La luz de Elune alcanzó de lleno al corrompido anciano. Gnarl cayó hacia atrás… y luego se levantó.

—Esta vez es demasiado fuerte para ti —se burló Gnarl—. Azeroth es suyo… al fin…

Mientras hablaba, la niebla se espesaba. En ella se formaban figuras que rápidamente adquirían su forma. Ahora las manos, las bocas de gritos perennes y los ojos desesperados y hambrientos eran demasiado familiares.

Los esclavos de la Pesadilla los rodearon. Los cuatro se apretaron. Gnarl dejó escapar una risotada cruel.

Broll pestañeó. Estaba en medio de una batalla distinta, y en su mano había un objeto familiar. El ídolo de Remulos. El druida sacudió la cabeza. *¡Esto es otro sueño! ¡Esto es otro truco!*

Pero sus alrededores permanecían constantes. Peor aún, cerca oyó una voz que le pedía ayuda. Ignorando su buen juicio, el antiguo gladiador miró…

* * *

Tyrande estaba arrodillada junto a un hito de piedra. Estaba llorando, pero tardó un instante en darse cuenta de por qué.

Malfurion estaba enterrado ahí.

Estaba muerto, aunque la Suma sacerdotisa no recordaba la causa de su muerte. Solo sabía que lo echaba de menos, que echaba de menos la vida que nunca habían podido tener.

—¡No! —gritó furiosa Tyrande, levantándose al mismo tiempo—. ¡No me lo quitarán! ¡No nos lo quitarán!

Miró al cielo, donde la luna llena brillaba con fuerza. La Suma sacerdotisa levantó las manos hacia la luna, hacia Elune.

—¡Concédeme este deseo! Llename con tu luz como nunca lo has hecho antes…

Tyrande sabía que lo que esperaba hacer estaba mal. De hecho, todo lo que rodeaba a esa situación estaba mal, pero una temible determinación la poseía. ¡Recuperaría a Malfurion! ¡Lo haría!

La luz de la Madre Luna brotó de ella. Hizo un gesto hacia el hito. El resplandor lunar lo bañó.

Las piedras se movieron. Unas pocas cayeron.

Una mano esquelética salió.

Tyrande intentó detener su hechizo, pero la luz de Elune siguió iluminando el hito. La mano apartó más piedras. A pesar de la naturaleza plateada del don de la Madre Luna, los dedos del cadáver brillaban con un siniestro color verde.

Entonces, con un gran ruido, el hito se vino abajo. Las piedras llovieron sobre Tyrande.

Del destruido hito funerario surgió un monstruoso Malfurion…

* * *

Thura se encontraba rodeada por los ancianos de Orgrimmar. Ya se sentía lo bastante avergonzada ante ellos, pero al frente se encontraba el gran Thrall en persona. Parecía terriblemente decepcionado y furioso.

—Has avergonzado a tu familia —declaró Thrall—. ¡Se te dio una gran arma, e hiciste un juramento de sangre para vengar a Broxigar!

Se arrodilló.

—He fracasado. Lo sé. Pero el elfo de la noche…

—¡Vive para reírse de ti, mientras que los fluidos vitales de Broxigar siguen goteando de sus viles manos!

Thura no tenía respuesta.

El líder orco estiró un brazo.

—No eres digna de llevar la gloriosa hacha. Entrégala.

Con la cabeza gacha, Thura le ofreció el arma a Thrall. Un sentimiento de culpa la recorría cuando el hacha abandonó sus manos.

Thrall recogió el hacha, admirando su equilibrio y manufactura. Aferrándola, miró con furia a la orca.

—Y ahora pagarás por tu fracaso…

Levantó el hacha, preparándose para dar el golpe mortal…

* * *

Lucan se quedó mirando a sus compañeros. Estaban inmóviles como estatuas y con los ojos medio cerrados. Sus miradas parecían perdidas.

Estaban atrapados por la Pesadilla.

Por qué no lo estaba él era una pregunta para la que no tenía respuesta. Probablemente porque él era el menos amenazador para la Pesadilla. Incluso ahora, lo que el cartógrafo más deseaba era esconderse.

Y, en su desesperación, aquello le pareció a Lucan la decisión más acertada.

El humano agarró a sus tres compañeros lo mejor que pudo, esperando que tocarlos fuese suficiente. Ni siquiera entonces se movieron, pero Lucan no tenía tiempo para preocuparse en su estado.

Intentó hacer lo que antes parecía funcionar solo cuando no lo intentaba. Pero había habido un par de momentos recientes en los que su deseo consciente había hecho que su poder funcionase.

Los esclavos de la Pesadilla cayeron sobre el indefenso grupo…

Lucan y los demás se desvanecieron.

Se materializaron en el Sueño Esmeralda, el último lugar al que Lucan quería regresar. Estaba seguro de que la Pesadilla también los acosaría allí.

Los otros empezaron a despertar de sus pesadillas personales. Parecían cansados y momentáneamente desorientados.

Lucan fue el único que notó la sombra que los tapó de repente. Miró hacia arriba.

—¿Y qué quieres de mí ahora? —gruño Eranikus.



CAPÍTULO VEINTE
EL ENCLAVE

Hamuul Runetotem no estaba solo. Naralex, a quien Shandris conocía, estaba con el tauren.

Su presencia bastó para confirmar las sospechas de la general de que eran los responsables de su encarcelamiento. Se zafó de Hamuul y sacó un puñal.

Pero Hamuul se movió con rapidez y seguridad ante su ataque. Estiró una mano y desvió el puñal, pero no sin que su extremidad resultase herida.

Ignorando la sangre, el tauren se lanzó hacia ella. Y, al mismo tiempo, dijo en un susurro:

—¡Debes parar o sin duda él nos va a ver, Shandris Feathermoon!

—¿Quién? —preguntó ella quedamente.

—¡Un traidor entre nosotros! ¡Un traidor que amenaza a toda Darnassus y lo demás!

Se detuvo. Hamuul y Naralex se miraron con gran preocupación.

—Lo sabe… —murmuró el elfo de la noche.

—¡Deprisa! ¡Colócate entre nosotros! —le ordenó Hamuul a Shandris.

Hizo caso a su instinto, que la urgía a obedecer, mientras los druidas empezaban a transformarse en pájaros.

Del suelo brotaron largas lianas que querían atrapar al trío. Shandris cortó dos con su puñal y repelió a unas cuantas.

Hamuul habría querido salir volando, pero el tauren estaba atrapado por otras dos lianas. Mientras le agarraban las alas, de las puntas brotaron lo que en principio parecían capullos.

Los capullos se abrieron… mostrando unas púas retorcidas que actuaban como dientes.

Habrían mordido al tauren, pero Naralex usó el pico para cortar las lianas. Las puntas cayeron, pero el respiro fue solo momentáneo, pues igual que habían hecho las que había cortado Shandris, a estas les crecieron unas nuevas raíces.

Hamuul le graznó algo a Naralex. El elfo de la noche agarró inmediatamente a Shandris por los hombros y se la llevó volando. Pero cuando despegaron algo más cayó sobre ellos desde las ramas. Eran formas sombrías que parecían brotar de las mismas hojas. Naralex, decidido a llevar a su compañera a lugar seguro, se lanzó al centro.

Una de las criaturas lanzó una mano etérea hacia Shandris. Ella gritó como si su alma misma sufriera escalofríos. La comandante de los Centinelas soltó el puñal. Se estremeció.

Pero fuese cual fuese su sufrimiento, el de Naralex fue mucho peor. Las criaturas de sombra cayeron sobre él, hiriendo al cuervo de tormenta con salvaje placer.

El vuelo de Naralex se alteró. Intentó sacudirse a sus atacantes, pero, cuando eso falló, el druida se dirigió hacia el suelo más cercano, al sendero que salía del Enclave.

Soltó a Shandris de sus garras en cuanto estuvo lo bastante cerca como para evitar que saliese herida en el aterrizaje. Aún aturdida por el espantoso escalofrío, cayó de rodillas.

Un rugido resonó en sus oídos. Hamuul, en su auténtica forma, había agarrado varias lianas y con su gran fuerza las arrancó. Sin embargo, en lugar de tirarlas a un lado, las lanzó al aire.

Un brillo esmeralda las rodeó. Todos los tentáculos se encogieron rápidamente.

Un momento después, las semillas en que se habían convertido cayeron inofensivamente alrededor del tauren.

Desgraciadamente mientras esto ocurría, las criaturas de sombra también se lanzaron sobre Hamuul. El tauren metió una mano en la bolsa y lanzó sus contenidos a la que estaba más cerca.

Aunque sus atacantes parecían insustanciales, el polvo marrón que había lanzado el Archidruida cayó sobre ellos como si los demonios fuesen sólidos. Más aún, tuvo un efecto devastador. Las criaturas se retorcieron y sufrieron convulsiones. Empezaron a encogerse y a cambiar de forma. Su muerte estuvo acompañada por un coro de monstruosos siseos.

Hamuul abrió los ojos. Las sombras habían quedado reducidas a hojas. Esa no había sido la intención de su hechizo. El tauren solo podía inferir que las hojas representaban la verdadera naturaleza de sus atacantes.

—No… —gimió—. No ha podido llegar tan lejos…

Pero esa distracción le costó cara al tauren. Otra de las sombras atravesó su mano en la espalda del druida. Mientras el espantoso frío encapsulaba su alma, otra sombra clavó su mano en el pecho.

El tauren cayó de rodillas. Su mirada se tomó vidriosa.

Shandris lo vio caer, pero no pudo hacer nada. Empezó a arrojar su guja…

Unas ramas descendieron y la agarraron. Una le quitó el arma. El resto la sujetó con fuerza.

Otra rama más pesada golpeó a la Centinela en la nuca, dejándola inconsciente.

Naralex dejó escapar un graznido de dolor al chocar con el suelo. A primera vista, parecía que lo estaban despedazando, pero cada pedazo que arrancaban las sombras desaparecía cuando lo lanzaban a un lado.

El elfo de la noche recuperó su forma normal. Jadeando, cayó y quedó inmóvil.

De entre los árboles apareció tranquilamente otro druida, se quedó mirando al inmóvil tauren y luego a la inconsciente Centinela.

—Lo siento —les dijo con sinceridad Fandral Staghelm, aunque no podían oírlo—. Deben creerme cuando lo digo.

El Archidruida caminó entre las sombras, que se apartaban respetuosamente. Fandral se acercó a Naralex, que yacía inmóvil.

Inclinándose, Fandral tocó el cuello del elfo de la noche.

—Sigue vivo…

Al levantarse, Fandral miró a los tres con decepción.

—Algo habrá que hacer con ustedes —declaró mientras una sonrisa le aparecía en la cara—. ¡Valstann sabrá qué hacer! Mi hijo tendrá la respuesta…

Empezó a caminar de regreso a su sagrario sin volver a mirar a Shandris, el tauren o Naralex. Las criaturas de sombra rodeaban al trío, pero no los tocaban. En lugar de eso las ramas que sujetaban a la Centinela la elevaron hacia las oscuras y frondosas copas. Otras recogieron a Hamuul y Naralex, y los llevaron también.

Cuando hubieron acabado, las criaturas de sombra desaparecieron al unísono. Su esencia también ascendía hacia los árboles, donde recuperaron su forma latente… la de las hojas de Teldrassil.

* * *

La niebla se extendía incluso hacia más allá del mar. Malfurion no podía creer lo espesa que era. Batió las alas con más ímpetu al tiempo que el viento empezaba a soplar con fuerza. Se avecinaba una tormenta la cual, el Archidruida estaba seguro, solo se estaba formando por su presencia.

Malfurion no sabía qué planeaba, no del todo, pero cierto sentido común lo llevó a la isla donde su pueblo había decidido construir su nuevo hogar. Dentro de él estaba formándose una sensación creciente de urgencia que le decía que allí se encontraba al menos una de las claves de la catástrofe que estaba engullendo dos mundos.

Un huracán en toda regla lo azotó.

A pesar de saber que se estaba acercando, su intensidad asustó a Malfurion. Se vio arrojado hacia atrás como si fuese una hoja. Los relámpagos caían, algunos de ellos peligrosamente cerca. El Archidruida estaba siendo lanzado lejos de la isla aún cubierta por la niebla.

Más relámpagos cayeron cerca de él. Que no lo alcanzasen a él no fue cuestión de suerte. El poder que había forjado esa furia deseaba alcanzar a Malfurion, solo el instinto del elfo de la noche evitaba que eso ocurriera.

Su ansiedad creció a la par que la fuerza de la tempestad. Cada momento que pasaba acercaba a Azeroth y a todos aquellos a los que amaba, especialmente Tyrande, a su fin. Pero, por mucho que lo intentase, Malfurion apenas podía salvarse a sí mismo. De nuevo el Archidruida se maravillaba ante el aparentemente absurdo sacrificio de Ysera. Ella creía que él era más valioso para ambos reinos que ella…

Aunque Malfurion no compartía la creencia de Ysera, en ese momento reconoció una cosa. Había vuelto a caer en el juego de la Pesadilla. Sus inseguridades habían vuelto a alimentar sus propios sueños oscuros.

No se trataba de que la tormenta no fuese real, ya que el Señor de la Pesadilla tenía ahora un poder terrible, sino que su intensidad se magnificaba en la mente del elfo.

La furia disminuyó. Animado, Malfurion se concentró en su destino. Batió las alas más y más deprisa.

La tormenta no amainó; simplemente se detuvo. Malfurion volaba a través de la niebla, consciente de que había vencido una pequeña batalla. El

exceso de confianza era tan peligroso como el miedo.

Algo lo esperaba delante, algo tan grande que, incluso a la altura en que se encontraba, Malfurion no podía ver la parte de arriba. Sabía de qué se trataba, incluso aunque había estado prisionero desde antes de su creación. Fandral había hablado muy a menudo de la necesidad de crearlo, de devolverle la inmortalidad y la gloria a su raza.

El segundo Árbol del Mundo estaba ante su cautelosa mirada. Era impresionante. Era imponente.

Al fijarse más en él, Malfurion supo que también estaba mancillado por la Pesadilla, mucho más que cualquier otra cosa en todo Azeroth.

El Archidruida se inclinó a un lado, siempre con la mirada fija en el gigantesco árbol. Por fuera, lo que podía ver parecía normal, pero sus sentidos le decían que estaba infestado con el mal que se había extendido desde el otro reino.

¿Cómo han podido no verlo?, se preguntaba Malfurion refiriéndose a los otros druidas. *¿En qué estaban pensando? ¿Cómo ha podido Fandral dejar que pasara esto?*

Al acercarse a la isla, detectó mucha actividad abajo. Había muchos druidas y estaban lanzando una especie de hechizo coordinado.

Al principio, su esperanza creció; los otros se habían dado cuenta de la infección del Árbol y estaban luchando contra ello.

Pero no… un segundo después, Malfurion se dio cuenta de que era justo lo contrario. El hechizo era poderoso, pero, en lugar de limpiar el árbol, estaba alimentando involuntariamente la infección. Podía sentirlo y le asombraba que los demás no pudieran.

Sin dudarlo, Malfurion descendió. Al mismo tiempo, buscaba comunicase con los otros druidas y advertirles del terrible error que estaban cometiendo.

Pero algo bloqueó su intento de comunicarse con los druidas. A Malfurion no le sorprendió, pero significaba que tenía que llegar hasta ellos en cuanto pudiera. La enfermedad del Árbol del Mundo, combinada con la captura de Ysera, auguraba el triunfo de la Pesadilla.

De repente, una mente alcanzó la suya. Al principio creyó que se trataba de uno de los druidas que veía abajo, pero entonces se dio cuenta de que en realidad venía de arriba. Más importante aún, esa manera de pensar era tan singular, a pesar del entrecortado intento de comunicación, que supo exactamente de quién se trataba.

¿Hamuul Runetotem? En respuesta a la pregunta de Malfurion hubo una respuesta entrecortada. Era como si el tauren no estuviese totalmente consciente. Sin embargo, Malfurion notaba que del tauren emanaba urgencia y una advertencia.

Era una advertencia tan intensa que el Archidruida se dirigió de nuevo hacia arriba. Se elevó viendo al fin la copa del árbol.

Todo parecía estar como debería, pero Malfurion notaba que la mancha estaba tan extendida ahí como en el tronco. El Archidruida se acercó a las primeras ramas con ansiedad, pero con la rapidez necesaria.

Pasó entre las primeras ramas sin rastro de ninguna amenaza. Ciertamente, más adentro, incluso podía ver signos de fauna en forma de pájaros y ardillas. ¿Se equivocaba sobre la infección?

El cuervo de tormenta se elevó más y más. En cierto sentido Malfurion sabía lo que se iba a encontrar. Incluso antes de su desaparición, habían estado teniendo lugar conversaciones sobre la construcción de la nueva capital. Aún no habían decidido su localización, pero Malfurion no tenía ninguna duda de que encontraría a Darnassus en la copa del Árbol del Mundo.

Lo que significaba que había miles de vidas que ignoraban que su hogar se había convertido en algo siniestro.

Malfurion decidió que no tenía más elección que lanzarse sobre la copa del árbol y entrar en Darnassus desde abajo. Era el camino más directo a donde sentía que se encontraría al tauren… y posiblemente al secreto de la enfermedad del Árbol del Mundo.

A pesar del tamaño de su forma de cuervo de tormenta, Malfurion atravesó con facilidad la enorme copa. Miró al Árbol del Mundo con cierta tristeza, no solo debido a la enfermedad, sino también por los recuerdos de Nordrassil y lo que había sido. *¡Ojalá hubiesen esperado! Se podría haber reconstruido a Nordrassil… con tiempo…*

El follaje se espesaba cada vez más, lo que obligó al fin a frenar a Malfurion. Podía sentir que estaba cerca de su destino…

Su camino se volvió de repente un espeso revoltijo de ramas y hojas. Malfurion viró.

Las ramas se movieron, impidiéndole de nuevo el paso.

El Archidruida trató de evitarlas, pero era demasiado tarde. Chocó.

El follaje lo envolvió. Pretendía inmovilizarle las alas, sujetarle el pico y retorcerle el cuerpo hasta romperle los huesos.

Malfurion notó la familiar y temible presencia del Señor de la Pesadilla. No era directa, era como si la fuerza maligna hubiese dejado parte de ella en ese lugar.

Unas risotadas enloquecidas llenaron la mente de Malfurion. Las hojas parecían adoptar rostros, caras ensombrecidas que casi, aunque no del todo, se convertían en espantosas criaturas.

Que recuperase su propia forma pilló por sorpresa solo por un momento al follaje que lo asfixiaba. Las hojas comenzaron a cambiar inmediatamente, convirtiéndose en sombras con pezuñas deseosas de atrapar al elfo de la noche.

Recuperando el aliento, Malfurion se concentró. Un fuerte viento sopló cerca de él. Las enormes ramas se vieron barridas hacia atrás como si fuesen briznas de hierba, y las cambiantes criaturas de sombras salieron volando como las hojas de las que habían surgido.

El elfo de la noche se levantó y volvió a transformarse. Mientras la tormenta arreciaba, voló con todas sus fuerzas. Más hojas lo siguieron con la intención de atraparlo, pero eran demasiado lentas.

Malfurion entró en Darnassus.

Había dos cosas que notó al instante. Una era la propia ciudad. Se extendía orgullosa por las enormes ramas Sus hermanos y aquellos otros que habían ayudado a construir la nueva capital de los elfos de la noche habían creado una auténtica obra maestra.

Pero lo segundo que notó Malfurion fue que la ciudad parecía completamente ignorante, no solo de todo lo que afectaba a Teldrassil, sino también al resto de Azeroth. Vio movimiento en los edificios e incluso podía oír música que venía desde una dirección.

¿Cómo podían no saberlo? ¿Cómo podían seguir ignorándolo?

La respuesta era sencilla. Alguien quería que fuese así.

Aun así, era extraño que los Centinelas no estuviesen al menos informados hasta cierto punto. Malfurion conocía muy bien a Shandris Feathermoon; en un sentido lejano era casi como un segundo padre para ella. No habría dejado que la ciudad estuviese tan confiada.

Pero no tenía tiempo de descubrir qué sabían o qué ignoraban los Centinelas; el desesperado contacto de Hamuul había llegado de otra dirección.

Malfurion se abrió paso en esa dirección, evitando el contacto con otros elfos de la noche, incluso con los druidas. Por su propia seguridad, no

quería que ninguno supiese de su presencia. Por el motivo que fuese, el Señor de la Pesadilla no quería atacar todavía Darnassus. Era una situación precaria y a Malfurion no le gustaban las opciones que tenía, pero tendría que conformarse.

Supo incluso antes de llegar que estaba en el nuevo enclave Cenarion. Mucho se había hablado sobre ese lugar de meditación y reunión en las conversaciones sobre la ciudad propuesta. El propio Malfurion había sugerido muchos de los detalles que ahora veía florecer delante de él. Pero se le caía el alma a los pies al sentir que la mancha también era fuerte aquí.

Malfurion aterrizó cambiando de forma en el proceso. La zona estaba en silencio, demasiado para un lugar donde los pájaros y otra fauna deberían verse de día y de noche.

La única elección que tenía era evitar los árboles que rodeaban el Enclave. El Archidruida sabía que eran como las ramas que había luchado.

Una sospecha que llevaba tiempo creciendo en él se avivó. El ataque lo había confirmado, aunque Malfurion todavía quería negar esa posibilidad…

El pensamiento se vio interrumpido por un breve contacto de Hamuul. Era crudo en su necesidad de apremio. Malfurion intentó llegar al otro Archidruida, pero resultó inútil.

Sin embargo, sabía desde dónde le había llamado Hamuul. Malfurion se dirigió hacia el edificio que se encontraba en el centro del Enclave.

Era también donde aquel que ahora dirigía a los druidas desde la ausencia de Malfurion había escogido colocar su nuevo sagrario.

Malfurion se acercó al edificio… y se detuvo horrorizado.

Había tres figuras atadas por las lianas que cubrían el sagrario. Sus extremidades estaban estiradas y abiertas lo más posible. Uno era Hamuul Runetotem. El segundo era Naralex. La tercera no era otra que Shandris Feathermoon. Todos parecían inconscientes… o algo peor.

Lo que significaba que habían engañado a Malfurion para que fuese ahí.

—Así que el legendario shan'do vuelve para agraciamos con su inmerecida gloria —resonó la voz de Fandral Staghelm alrededor de Malfurion—. Siempre el único que puede salvar al mundo, porque se considera a sí mismo único. Te sentí venir hace tiempo y he preparado una bienvenida adecuada…

Malfurion no se giró para buscar a Fandral, consciente de que eso lo que el otro deseaba. En lugar de eso, habló en dirección al edificio.

—¿Qué está pasando aquí, Fandral? ¿Por qué estás haciendo esto?

—¿No es obvio? —replicó la voz—. ¡Esos tres son un peligro para nuestro pueblo! ¡Para todo Azeroth!

—¿Estos tres? —Malfurion buscaba sutilmente la auténtica localización de Fandral. Para él, obviamente el Señor de la Pesadilla había engañado al otro Archidruida. Si Malfurion podía enfrentarse a Fandral, sería capaz de sacar a su hermano druida del hechizo—. Shandris es una defensora a ultranza de nuestra raza, y Hamuul es un miembro sincero y digno de nuestro oficio, igual que Naralex…

—¡Mentiras, mentiras, mentiras! —Las palabras reverberaban en la cabeza de Malfurion—. ¡Quieren acabar con todo! ¡Quieres dividirnos! ¡Él me lo ha dicho!

—¿Quién, Fandral? ¿Quién?

Una parte de las lianas que no estaban agarrando al trío se curvaron de repente. Formaron una masa cada vez más gruesa y tan alta como Malfurion.

Las lianas se apartaron de repente.

Fandral Staghelm se quedó mirando a su antiguo shan'do.

—Ya te gustaría saberlo, ¿verdad? ¡A mí me resulta muy claro que tú también eres un traidor! —Su expresión era de dolor sincero, mezclado con locura—. ¡Pero también eres demasiado peligroso! La hembra, Naralex y la bestia… están confundidos. Pero ahora duermen y sueñan. ¡Despertarán renovados, como todos los demás!

Malfurion dio un paso hacia Fandral.

—¡Nadie despertará! ¡La Pesadilla ya se extiende más allá del Sueño Esmeralda! ¡Todo, excepto esto, está siendo asediado por su maldad, y esa maldad llena este Árbol del Mundo!

—¡Sigues rechazando que necesitemos a mi Teldrassil! —escupió el otro Archidruida, superado por una repentina ferocidad—. ¡Pero he hecho grandes cosas con él! ¡Ha ayudado a reformar no solo a nuestra raza, sino también a todo Azeroth!

—¡Teldrassil está corrompido, Fandral! ¡El Señor de la Pesadilla lo ha infectado! ¿No lo sientes? ¡Mira en tu interior y toca el corazón de Teldrassil!

Fandral lo miró con desprecio.

—¡Conozco el corazón de Teldrassil mejor que tú o que nadie! Yo le he dado mi corazón a cambio, y por ese sacrificio él me lo ha devuelto…

Solo entonces Malfurion notó una sombra flotando tras el hombro del otro elfo de la noche. Era una de las repugnantes criaturas que lo habían atacado cuando se dirigía hacia allí.

Pero, incluso aunque Fandral miraba a la sombra, no parecía inquieto por su obviamente siniestra presencia. En lugar de eso, Fandral sonrió al demonio con amor paternal.

—Teldrassil me ha devuelto a mi hijo, Malfurion. ¡Mi hijo! ¿No es Valstann tan orgulloso y hermoso como siempre?

Está consumido por su locura, notó Malfurion con tristeza. *Está más allá del alcance de nadie…*

Y eso significaba que a Malfurion solo le quedaba un recurso. Se concentró…

Fandral frunció el ceño, y la expresión que le dirigió a su shan'do era tan triste como la que este le había dirigido a él.

—Esperaba que fuese de otro modo. Esa era tu última oportunidad, maestro mío…

La sombra que fingía ser Valstann se rio siniestramente, aunque Malfurion parecía ser el único que lo oía.

Se oyó un terrible estruendo. Malfurion cayó al suelo. Solo el lugar donde se encontraba Fandral parecía estable.

El suelo se abrió, y los árboles se inclinaron como si quisieran desarraigarse. Un oscuro temor llenó a Malfurion al sentir cómo se expandía la corrupción dentro de Teldrassil.

—¡Le aconsejé que debíamos esperar! —gritó Fandral—. ¡Pero parece que Valstann decía la verdad! A ti, a Darnassus… todo… ¡hay que limpiarlo todo! ¡Valstann y yo le mostraremos el camino a nuestro pueblo, y serán mejores gracias a ello! ¡Teldrassil será el instrumento de un nuevo y glorioso Azeroth!

Continuó parloteando, ignorante de la espantosa verdad que rodeaba. Malfurion luchó por recuperar el equilibrio, pero el suelo quemaba como si fuese fuego. Se ennegreció ante sus ojos. Por todas partes brotaron unas hojas monstruosas oscuras como la noche y con enormes espinas.

Los árboles se movieron con mayor violencia, y algunos de ellos se libraron finalmente del suelo. Tenían una podredumbre que antes no había

sido evidente. De sus copas temblorosas caían cientos de pequeñas hojas con espinas.

Las hojas empezaron a transformarse en criaturas de sombra.

Por primera vez, Malfurion también oyó gritos y chillidos desde fuera del Enclave. Darnassus se había unido al fin al resto de Azeroth. El terror de la Pesadilla se había alzado, aunque fuese de un modo distinto y en cierto sentido más aterrador

El hogar de los elfos de la noche, Teldrassil, era su enemigo.



CAPÍTULO VEINTIUNO
TORMENTA SOBRE VENTORMENTA

Broll volvió en sí siendo consciente de que no podía recordar cuándo había caído presa de la Pesadilla. Se encontró junto a Tyrande, Lucan y la orca… delante de un muy enfadado Eranikus.

Peor aún, habían regresado al Sueño Esmeralda, o a lo que quedaba de él. El grupo se encontraba en un valle profundo que todavía conservaba la marchita gloria del antaño fabuloso reino. Unas altas colinas los rodeaban, pero, aunque parecían centinelas fuertes y severos, el druida era muy consciente de la poca protección que suponían en realidad.

El dragón verde miró a Lucan como si fuese una peste a quien convendría devorar. Es de rigor decir que el cartógrafo se enfrentó al gigante sin temblar.

—¡Por primera y última vez, vete y llévate a esos otros lejos de mí! ¡Estarías mejor cortando cualquier absurdo vínculo que nos ate, humano!

—Solo esperaba que nos fuéramos lejos de donde estábamos —respondió Lucan con algo más que cierta exasperación—. ¡No sabía que volveríamos aquí!

El dragón siseó.

—¡Si hubiese sabido que serías un dolor de cabeza tan grande, te habría dejado siendo bebé en el Sueño Esmeralda! ¡Que un humano pueda poseer un poder tan peligroso y aleatorio simplemente por haber nacido aquí! Sí, habría sido mejor dejarte al albur de los caprichos del destino…

A pesar de sus protestas, el tono de Eranikus le indicaba a Broll que en realidad su ira no se concentraba en Lucan. La furia del gigante estaba dirigida hacia sí mismo.

Pero esa era una cuestión que el propio Eranikus tendría que solucionar. A Broll le preocupaba más otra situación, una que Tyrande expresó por él.

—¿Puedes llevarnos hasta Malfurion? —le preguntó al dragón—. ¡Tenemos que encontrarlo! ¡Tengo que encontrarlo!

—¿Para qué? —se burló Eranikus—. ¡Todo va a acabar tristemente! ¡La Pesadilla se ha llevado a mi reina, a mi compañera! ¡Ya no hay esperanza! Le he vuelto a fallar…

Esto le ganó una mirada de desprecio por parte de la Suma sacerdotisa.

—¡Y por eso te regodeas en el fracaso! ¡Pues nosotros no!

Eranikus extendió sus alas. Miró alrededor, casi como si tuviese miedo de que la Pesadilla lo hubiese notado. Entonces, con su furia venciendo momentáneamente a su miedo, siseó:

—¡Pueden ir donde les plazca y hacer las tonterías que quieran mientras que a mí no me recuerden de nuevo lo que ha pasado!

Un ala se movió hacia las diminutas figuras. Broll empujó a Tyrande hacia Lucan y vio que, inteligentemente, Thura también había reconocido sus intenciones.

En cuanto a Lucan, hizo lo que Eranikus obviamente pretendía. Enfrentado a lo que parecía ser una amenaza… el humano salió involuntariamente del Sueño Esmeralda.

Con él se fueron los otros. En un momento, el gran dragón se encontraba ante ellos y, al siguiente, se encontraban ante los muros del gran castillo.

Y en medio de una frenética batalla.

A un lado, los espantosos cuerpos astrales de las víctimas de la Pesadilla pasaban por encima de las defensas y caían sobre el castillo. Sus retorcidas y agónicas formas, sus bocas aulladoras… todo en ellos provocaba los miedos más básicos, incluso entre los más duros del grupo. Unos ojos vacíos buscaban a cualquiera con el que pudiesen compartir su tortura.

En el otro, una banda de cada vez menos defensores vestidos con una armadura familiar intentaba contener lo que no podía contenerse. Su valor era tremendo, pues ninguno huía, aunque eran considerablemente inferiores en número. Mientras los cadavéricos demonios se acercaban, los defensores se mantenían firmes.

Para sorpresa de Broll, conocía el lugar.

—Esto es Ciudad de Ventormenta… ¡y el castillo real!

Un soldado los vio. Se tomó un momento para asimilar su extraña llegada y luego llamó a un par de compañeros. El trío cargó ansiosamente hacia los recién llegados, esgrimiendo espadas y antorchas al acercarse.

La orca se movió para luchar contra ellos, pero Tyrande le bloqueó el paso.

—¡Creen que somos parte de la Pesadilla! —le gritó la Suma sacerdotisa a Broll—. ¡Debemos convencerlos de lo contrario!

Antes de que los otros pudiesen evitarlo, Lucan se colocó al frente. Con los brazos estirados enseñando las palmas de las manos a los soldados, gritó:

—¡Esperen! ¡Somos amigos! ¡Soy Lucan Foxblood, tercer ayudante cartógrafo del rey! ¡Debemos verlo!

Los soldados dudaron, más de uno mirando a la orca con grandes sospechas. Broll adivinó lo que estaban pensando. ¿Qué clase de pesadilla tomaría una forma tan extraña?

Señalando a sus compañeros que se detuviesen, el primer soldado se acercó a distancia de espada de Lucan. Estiró la espada hacia el cartógrafo, que no se movió.

La punta tocó carne sólida. El soldado parecía más aliviado aun que Lucan. Sin embargo, volvió a mirar a Thura.

La Suma sacerdotisa se acercó a Lucan, tapando la vista de la orca.

—¡Soy Tyrande Whisperwind, líder de los elfos de la noche y conmigo viene Broll Bearmantle, camarada del rey Varian! La orca viene con nosotros. No les desea ningún mal…

—Broll Bearmantle… —Al menos ese nombre le resultó conocido al soldado. Asintió señalando a ambos elfos de la noche—. Mi señora, nos sentimos honrados…

—¡El Rey! —le recordó Lucan—. ¡Necesitamos ver al rey Varian inmediatamente!

—Entonces será mejor que vengan conmigo —replicó el soldado—. ¡Tenemos que retirarnos de aquí de todos modos!

No había terminado de hablar cuando se oyó un grito cercano. Se giraron y vieron a otro soldado a unos pocos metros detrás de ellos, luchando entre la niebla. Unas manos surgidas de la bruma lo agarraron, y las macabras caras de los esclavos de la Pesadilla cubrieron ansiosamente al indefenso soldado como si quisieran devorarlo.

Antes de que nadie pudiese ayudarlo, el hombre desapareció. Su propio grito seguía resonando, volviéndose más espantoso, más parte de la Pesadilla.

—¡Rápido! —ordenó el soldado que estaba con Broll y los demás.

Los guio a gran velocidad por una larga escalera de piedra y luego a través de un patio hacia otra parte de la muralla. Al llegar, Broll le dijo al guía:

—¡La ciudad! ¿Cómo está?

—¡En pedazos desperdigados por todas partes! El Distrito de los Mercaderes, el puerto, el Valle de los Héroes… ¡todo está oscuro! —le gritó el hombre—. Algo de ruido en el Casco Antiguo, la Plaza de la Catedral y el Distrito de los Enanos… ¡y el Barrio de los Magos sigue iluminado!

Hizo un gesto a su derecha, donde el druida vio un despliegue constante de colores que señalaban que se estaban lanzando hechizos. Había otras pocas zonas donde también aparecían otros despliegues de luz mucho más discretos.

—Era mucho más brillante hace una hora —continuó el soldado—. No estamos aguantando. Nadie está aguantando…

—¡Ya es asombroso aguantar! —intervino Tyrande—. ¿Qué dices tú, Broll?

El druida asintió.

—Por valientes y poderosos que sean los defensores de Ventormenta, tanto guerreros como magos ya deberían haberse visto tragados… —Pensó un poco más en el asunto y se le ocurrió una esperanza mínima—. ¡Puede sea cosa de Malfurion, pero creo que hasta ahora ha sido la Señora del Sueño!

—¡Pero Ysera ha sido capturada!

Broll se enorgulleció un poco en lo que dijo después.

—¡Ella es un Aspecto, una de los grandes dragones! ¡Más aún, es la protectora del Sueño Esmeralda! Incluso cautiva de la Pesadilla, creo que lucha por evitar que la utilicen contra el Sueño y contra nosotros…

Thura miró el tétrico paisaje que inexorablemente se les acercaba cada vez más.

—Ella lucha, pero esta ciudad… y quizá también Orgrimmar caerán.

Empezaron a subir por otro tramo de escaleras de piedra. Más de una vez su trayecto se veía acentuado por gritos de terror y consternación.

—¡Ysera se sacrificó para que Malfurion escapase! —añadió el druida —. ¡Debe de creer que mi shan'do puede hacer algo todavía!

—¿Y qué hay de nosotros? —preguntó Tyrande.

Broll no tenía respuesta para eso. No podía decirle lo que le reconcomía constantemente. La última pesadilla con su hija le había recordado su gran fracaso. Él no era Malfurion Stormrage. Ni siquiera era un Archidruida.

Solo era un antiguo gladiador y esclavo rebelde. Pero eso era también lo que hacía que Broll siguiese adelante. El soldado los llevó por fin hasta una figura conocida. Incluso con la armadura tapándolo, la postura solo podía ser de una persona.

—¡Lo'Gosh! —rugió Broll.

La figura blindada se giró. A través del visor del casco, Varian observó lo que tenía delante.

Desgraciadamente, en lo primero que se fijó en Thura.

—¡Una orca en Ventormenta!

El rey atacó inmediatamente con su legendaria espada, Shalamayne, preparada para matar. La gran hoja de Shalamayne, con su filo estrecho especial en la punta y el filo más ancho y en ángulo más abajo parecía capaz de partir en dos a la orca. La gema de la parte baja de la hoja brillaba como un sol enfurecido.

Thura maniobró para defenderse. Varian lo interpretó como una confirmación de sus sospechas. Sujetó con fuerza la larga y delgada empuñadura mientras el arco invertido de la parte baja de la hoja protegía sus dedos tirantes.

—¡Que tu sangre sea la primera de mil orcos que morirán esta noche por lo que está ocurriendo! Te…

Broll se puso delante.

—¡Estás perdiendo la vista, Lo'Gosh! ¡No es bueno para un rey, y no digamos para un triste remedo de gladiador!

—Broll Bearmantles. —A pesar de reconocer la presencia de su amigo, el Rey no bajó su espada—. ¡Apártate de ese maldito monstruo verde! Lo mataré….

—¡Está con nosotros! ¡Lo que está ocurriendo no es culpa suya, y tampoco de Thrall!

La desconfianza de Varian era patente, pero también lo era que para llegar hasta Thura, que estaba más que dispuesta a presentar batalla, el Rey

de Ventormenta tendría que pasar por encima de su viejo camarada.

—Ni siquiera sé si esto es real —gruñó Varian—. Dime que eres real, Broll.

El druida estiró un brazo. Tras una cuidadosa pausa, el Rey de Ventormenta le dio la mano. Su mirada se dulcificó ligeramente al responder al apretón.

—¡Eres tú! ¡De verdad…!, eso creo…

—¡Si puedes sentir esos huesos que estás haciendo polvo, sabrás que soy real!

—Broll y el Rey se soltaron. La alegría de su reunión se veía empañada por el temible momento—. ¡Valeera! Por casualidad no estará por aquí, ¿verdad?

—No he visto a esa picara elfa de sangre tuya desde hace semanas. ¡Ya sabes lo independiente que puede ser! —Varian hizo una mueca—. Créeme, Broll, ahora nos vendría bien su talento guerrero. Espero que no la vuelvan a pillar robando. No querría tener que verla luchar por alguien como Rehgar Earthfury o alguien peor.

Se refería al chamán orco para quién habían peleado siendo gladiadores y esclavos del Anillo Carmesí. Todas las peleas en el Anillo Carmesí eran a muerte e incluso Valeera había matado a unos cuantos.

El druida no ocultó su decepción, solo podía confiar en que, estuviese donde estuviese, la elfa de sangre estuviese en lugar seguro.

¿Pero cuál sería un lugar seguro dentro de poco?

—Te conozco —dijo Varian mirando hacia Lucan—. Foxblood, te creíamos perdido.

El cartógrafo asintió.

—Lo he estado.

Tyrande recibió un breve, pero muy educado gesto con la cabeza. Varian la había conocido justo antes de recuperar su trono.

—Majestad… —Y volvió su atención a Thura. Volvió a levantar la espada y se fijó con una mirada letal en la orca—. Pero ¿por qué traer esta basura a la Ciudad de Ventormenta, Broll? ¿En qué estabas pensando? ¡Su Jefe de Guerra ya usó antes una niebla para acercarse a nuestra muralla como un asesino sin honor cualquiera! Antes que enfrentarse a nosotros directamente, usó la peste para reducirnos; un arma repugnante que ningún guerrero auténtico usaría…

—¡Thrall no es un asesino que se oculte en la niebla ni un guerrero sin honor! —replicó la orca—. No puedes hablar de él…

Antes de que empeorase, Broll dijo:

—¡Lo'Gosh! ¡No hay tiempo para esta discusión eterna! ¡Ella está con nosotros! ¡Respondo por ella con mi vida! ¡Con mi vida!

—Entonces le das poco valor a tu existencia, Broll…

—¡Basta! ¡Hay asuntos más importantes! Dime la verdad, ¿cuánto tiempo crees que le queda a la ciudad?

—Yo diría que ya la hemos perdido, pero, aunque su avance es innegable, se mueven lentamente. Aun así, nuestras armas son básicamente inútiles contra ellos, y todas, excepto unas pocas barriadas, están en silencio. Para mañana, suponiendo que vaya a haber un mañana, puede que no quede nada que resista, excepto parte del castillo. Si tienes algo en mente que nos pueda salvar, aceptaré lo que sea. Ya lo sabes.

—Me alegra oírlo. Espero que sigas pensando lo mismo después de que te diga qué esperamos hacer.

El druida rápidamente le explicó sus ideas. Varian frunció profundamente el ceño mientras intentaba comprenderlo todo.

—Aceptaré tu palabra, Broll —dijo finalmente el monarca—. Pero la pregunta sigue en pie, ¿qué hacer al respecto?

—Mi shan'do es la clave… de algún modo. Creo que él es la clave. —Broll señaló a Lucan—. Tu hombre tiene un talento llamativo… pero tiene la tendencia de enviarnos por caminos erróneos. Tenemos que llegar deprisa a Darnassus… más deprisa de lo que yo pudiera viajar por mi cuenta….

—Aún nos quedan algunas monturas voladoras aquí, en el castillo —sugirió Varian—. Un par que podrían ser útiles…

Tyrande dio de repente un paso adelante.

—Rey Varian, si pudieras responderme a una pregunta, se me ocurre que podría haber otro modo en el que uno de nosotros pueda llegar a Damassus mucho más deprisa. Incluso más deprisa que con la montura más veloz que tengas.

—Si puedo responderte de un modo que ayude nuestra situación, por favor pregunta…

—¿Sabes dónde está ahora nuestra embajadora?

Varian frunció el ceño.

—Atrapada en su sueño como tantos otros… en sus aposentos, si recuerdo bien el informe.

—Necesitamos que alguien nos lleve con ella —insistió la Suma sacerdotisa.

—Yo no puedo dejar el mando.

El Rey miró a Tyrande y luego a Broll. Por fin dijo:

—¡Mayor Mattingly!

Era un veterano soldado de pelo cano ataviado con una brillante armadura dorada y roja con una sobrevesta azul marino y la orgullosa cabeza de león de Ventormenta. Tenía en la cara las marcas de la experiencia y llevaba una barba recortada. En la mano derecha llevaba una tizona.

—¡El druida! —dijo ásperamente cuando vio a Broll—. Yo te conozco…

—¡Y yo a ti! —replicó Broll—. Sirves con el general Marcus Jonathan…

El elfo de la noche se calló, recordando lo que había dicho el soldado que los había llevado hasta ahí. El Valle de los Héroes, donde el general y Mattingly deberían estar apostados, ya había caído.

Los ojos del mayor confirmaron la preocupación de Broll.

—El general pidió refuerzos cuando la niebla empezó a llevarse a nuestros hombres. Me envió para que los llevase. Antes de pudiese volver, la niebla cubría el valle…

—El maldito estúpido casi se mete de cabeza contra la niebla incluso entonces —añadió Varian sin ninguna ira—. Pero Mattingly sabía que necesitábamos a todos los hombres y ordenó a los soldados que había reunido que volviesen aquí…

Al mayor, el Rey de Ventormenta le dijo:

—Sabes dónde vivía… vive la embajadora de los elfos de la noche. Necesito a alguien de fiar, pero lo bastante cauteloso como para que los lleve allí… aunque no me han dicho exactamente por qué.

Tyrande no lo dudó.

—Tiene una piedra de hogar.

Los ojos de Varian no fueron los únicos que se abrieron como platos. Broll también sabía a qué se refería la Suma sacerdotisa, aunque él solo había visto un objeto como ese dos veces. Una piedra de hogar era un cristal del tamaño de una mano, de forma ovalada, que estaba vinculado mediante magia arcana no solo a su portador sino a un lugar concreto. Generalmente

estaban vinculados a grandes lugares como, aparentemente en este caso, Darnassus. La distancia no importaba.

—Creía que solo eran leyenda —dijo cauteloso Varían—. Cosas que solo se oían en historias de magos… o elfos.

—O elfos —repitió la Suma sacerdotisa con una breve sonrisa amarga.

—Es curioso que tu embajadora tenga una.

—Pero ahora quizá sea bueno para nosotros —respondió Tyrande con calma.

Asintiendo, el rey no dijo nada más. Miró al mayor, que lo saludó. Mattingly hizo gestos a los demás para que lo siguieran.

Varian no intentó evitar que la orca siguiese a los elfos de la noche, y ni Broll ni Tyrande se atrevían a dejarla con los humanos. La propia Thura parecía no tener muchas ganas de quedarse.

Pero un miembro de su grupo les dio una sorpresa. En lugar de quedarse con su Rey y compatriotas, Lucan Foxblood también los siguió.

—Estás en casa —murmuró Broll—. ¡Quédate aquí!

—Puede que me necesiten —repuso Lucan con los ojos llenos de una determinación imposible de frenar—. Puede que mi poder sea impredecible y peligroso, pero puede resultar útil… en caso de necesitar huir…

El druida no dijo nada más. Ya estaban en las puertas del castillo. El mayor gritó una orden y se abrieron, aunque los centinelas las cerraron rápidamente detrás de ellos. Cuando salieron, Tyrande dijo algo que todos los demás notaron inmediatamente.

—Aquí la niebla es espesa, pero no se ve por ninguna parte a esos pobres diablos…

—¿Por qué iban a estar aquí? —replicó sombrío Broll—. ¡Esta parte de Ventormenta ya está bajo el poder de su amo!

Ciertamente no se oía ningún ruido cercano, aunque en la distancia podían oír los gritos, chillidos y explosiones que señalaban a los menguantes defensores. El sobrenatural silencio era un cruel recordatorio de cuántas partes de Azeroth ya estaban así.

—Ella debe resistir —dijo el druida, refiriéndose a Ysera—. Debe…

—Y nosotros debemos rezar para que Malfurion esté bien y pueda ayudarnos —añadió Tyrande.

No dijo lo que quedaba claro por su tono, que temía por él por el amor que sentía hacia el Archidruida.

—Tu Embajadora tiene una casa en el Distrito de los Mercaderes —les informó el mayor—, aunque nunca he entendido por qué lo prefería al Parque, donde tu gente suele congregarse. —Cuando la Suma sacerdotisa no ofreció explicación alguna, Mattingly se tiró de la barba y cambió de tema—. Será mejor que evitemos la Plaza de la Catedral. Siguen defendiéndola, y podríamos caer atrapados en un hechizo. Además, tenemos que evitar los canales… allí la niebla es particularmente densa… allí sorprendió a muchos cuando apareció por primera vez en la ciudad.

Lucan hizo una mueca.

—Pero eso significa que tendremos que atravesar el Casco Antiguo.

Eso provocó una risa en Mattingly.

—¡En este momento no es muy distinta al resto de la capital, Foxblood!

Corrieron por una calle empedrada cuyo extremo norte estaba marcado como la entrada al Distrito de los Enanos. Desde allí salían más ruidos de lucha desesperada. Los enanos al menos seguían luchando.

Vigilando constantemente, el mayor los guio por una pasarela hacia el Casco Antiguo. Allí, a pesar del comentario de su guía, los demás entendieron por qué a Lucan le había preocupado tener que pasar por allí. El Casco Antiguo era una parte de Ciudad de Ventormenta que no había sido tan duramente castigada por los orcos y, por lo tanto, nunca había necesitado ser reconstruida. Sin embargo, eso también significaba que se le había prestado menos atención a su mantenimiento desde entonces y que, aunque se conservaba bien, no estaba ni mucho menos tan limpia como el resto de la capital. Cierto, el Salón de los Campeones estaba allí, y también las barracas del ejército, pero también se encontraban allí los pedigüeños, los ladrones y los pobres. Las calles estaban mucho más sucias que aquellas por las que habían pasado hasta entonces, y había presente un olor a podredumbre que no tenía nada que ver con la Pesadilla, excepto que esta lo acentuaba aún más.

—Cuerpos… —advirtió Mattingly.

Tres humanos desarrapados yacían tirados de cualquier manera. El primero tenía la mano en forma de garra y la boca abierta. Los otros dos parecía que habían estado apoyándose el uno en el otro para andar, pues cada uno tenía el brazo alrededor del otro. El mayor se separó de los otros el tiempo suficiente para tocarlos.

—El primero está muerto. De miedo, me parece a mí. Pero los otros dos duermen como los demás —les informó—. Sigamos.

Pronto les quedó claro que, sin su guía, era bastante probable que Broll y los otros se hubiesen perdido. Incluso Lucan, un cartógrafo, no parecía conocer bien esa parte de Ciudad de Ventormenta. Además de por la niebla, porque las calles tenían vueltas y revueltas que alimentaban la ya gran ansiedad del grupo.

Se encontraron con más cuerpos, pero el mayor Mattingly no se detuvo a examinarlos. Estaba claro que todos eran víctimas, que siguieran vivos o estuviesen muertos era indiferente.

Con mucho alivio, Broll vio que se acercaban a la entrada del Distrito de los Mercaderes. La niebla era allí tan densa como en el Casco Antiguo, pero no había rastro del ataque que estaba teniendo lugar en el castillo o en la catedral. Aun así, ninguno asumió que no los atacaría la Pesadilla.

—Giraremos a la izquierda cuando salgamos del pasaje —les informó el oficial.

Inclinándose hacia Tyrande, Broll murmuró:

—¿Por qué vive la embajadora en esta parte de la ciudad en lugar de en el parque?

En un susurro apenas audible, la Suma sacerdotisa le dijo:

—Porque hay algunos con quienes necesito que se reúna y que en el Parque serían demasiados llamativos.

Broll entrecerró los ojos y Tyrande añadió:

—No es ninguna amenaza para Varian o Ventormenta; los deberes de la embajadora consisten justo de lo contrario, Broll. Ahora, no me hagas más preguntas.

Él hizo lo que le pidió consciente de que, como líder de su pueblo, Tyrande se veía obligada a llevar cabo actos políticos que quizás hasta su leal Shandris ignoraba. No sería simplemente por el bien de la raza de los elfos de la noche, aunque eso sería lo más importante, sino por el beneficio de toda la Alianza.

El Distrito de los Mercaderes tenía el aspecto de estar mucho mejor cuidado, de ser un barrio más ecléctico. Broll habría estado contento de caminar por sus calles empedradas si hubiese estado en las condiciones habituales. La actividad incesante, las distintas razas y oficios… le recordaban la riqueza que había tenido Azeroth.

Pero ahora el Distrito de los Mercaderes se parecía demasiado al Casco Antiguo. La niebla flotaba por las tiendas, las posadas y otros edificios como si el barrio fuese una vasta e intrincada necrópolis. Peor aún, había un gran número de cuerpos caídos de cualquier manera como si muchos de sus habitantes simplemente se hubiesen caído mientras caminaban

—¿Están muertos o dormidos? —preguntó Thura de repente.

La orca había estado callada todo el trayecto. Su tono indicaba una inseguridad que probablemente había estado intentando ocultar. Esos no eran peligros a los que estuviera acostumbrada una guerrera.

—No hay tiempo para comprobarlo o para que nos importe —replicó Mattingly. Señalo un edificio ensombrecido a la derecha—. Es ahí.

Llegaron hasta el edificio, una posada, sin que surgiera ninguna amenaza. Broll y Tyrande intercambiaron miradas de preocupación; hasta ahora, habían tenido suerte.

—Será mejor que alguien vigile la puerta aquí abajo. —sugirió el mayor mirando la silenciosa calle. Los ruidos de pelea se iban amortiguando, como si las últimas defensas de Ciudad de Ventormenta estuviesen cayendo.

—Yo encontraré la habitación —decidió Tyrande.

—Y yo iré contigo —insistió Broll—. Mi shan'do nunca me perdonaría que te dejara ir sola… y tampoco yo.

Thura gruñó.

—Yo me quedo aquí, donde un hacha tiene espacio para abrir cabezas.

—Yo también me quedaré —dijo Lucan mirando a la orca y al mayor y colocándose entre ambos. Mattingly le dio una espada corta.

—Nos daremos prisa —prometió la Suma sacerdotisa. En realidad, había poco que esos tres pudiesen hacer para defender el edificio; eran más bien vigilantes.

El interior de la posada estaba marcado por el cuerpo de un corpulento humano que probablemente era un cliente del establecimiento. Estaba sentado en una silla con los brazos colgándole a los lados. Su expresión tenía tal rictus de horror que los elfos de la noche no pudieron evitar frenar en seco.

Broll se inclinó sobre el cuerpo. El humano murmuraba algo. La expresión del druida se endureció.

—Debemos seguir adelante.

Tyrande subió de dos en dos los escalones de madera.

Broll miró un instante más al hombre, puesto que encontraba a esta víctima especialmente interesante por algún motivo. Entonces, todavía descontento, el druida siguió a Tyrande.

Llegó al piso de arriba y vio varias puertas abiertas de par en par. Más adelante, Tyrande abrió otra más.

—Es aquí… —dijo la Suma sacerdotisa.

Pero cuando Broll se acercó a ella no vio más que una habitación vacía con varias plantas con flores, todavía frescas y bien cuidadas, y una cama cubierta con una manta de tejido verde.

—Se ha ido… —murmuró el druida—. Dijeron que estaba dormida como los demás.

Tyrande entró silenciosamente en el cuarto, dirigiéndose al armario de madera del fondo. Abrió de par en par una de las dos puertas, y el crujido resonó ominoso.

La Suma sacerdotisa rezó. La Luz de Elune apareció y se extendió por el interior… pero entonces se concentró más en un rincón vacío, Tyrande extendió un brazo en esa dirección.

Agarró algo invisible. Cuando la Suma sacerdotisa lo levantó, la luz devolvió la visibilidad al objeto.

Era la piedra de hogar.

—Parece antigua —comentó Broll.

—Traída de un superviviente de Zin-Azshari —dijo Tyrande con disgusto—. Yo la hubiese destruido solo por su vínculo original con aquel lugar maldito, pero crear una nueva piedra de hogar es una tarea incluso más monumental que cambiar los patrones de hechizo de una que ya existe…

Larga, ovalada y cristalina, estaba cubierta de runas de color azul claro que brillaban. Esas runas eran propias del lugar con el que estaba atada y de aquel a quien se le había dado la piedra de hogar. Con ella podrían viajar instantáneamente desde cualquier distancia al punto de origen de la piedra de hogar… en este caso, Darnassus.

—¿Por qué tiene esto la embajadora? —preguntó el druida.

—Para escapar de aquí, si fuese necesario.

—Mmmf. Pues sí que le ha funcionado bien, ¿no?

La Suma sacerdotisa no dijo nada, mirando fijamente el objeto. Originalmente había sido creada por medios arcanos, pero la Madre Luna le

había dado el poder de alterarla ya una vez. Agarró la piedra con las dos manos y empezó a rezar, esperando que la deidad le concediese la capacidad de hacerlo una segunda vez.

—Aquí hay algo que está mal —susurró Broll, mirando a su alrededor —. Algo que está muy mal…

Pero Tyrande no le prestó atención.

—La piedra de hogar se está resistiendo. La embajadora sigue viva, esté donde esté…

Del armario salió un terrible aullido.

Tyrande giró, pero no a tiempo de evitar que la agarrase una forma demacrada que de algún modo se había ocultado en un lugar donde ni siquiera la luz de Elune pudo penetrar. Tiró a la Suma sacerdotisa al suelo. La piedra de hogar cayó rodando.

La maníaca criatura se lanzó hacia Broll. Estaba vestida con los despojos de una túnica de elfo de la noche de alto rango, pero fue un colgante que llevaba enganchado a la ropa lo que definitivamente la marcó como la embajadora perdida.

—¡No se llevarán a mis hijos, monstruos! —gritó—. ¡No se los llevaran!

Sus ojos le llamaron la atención a Broll, pues no podía verlos. Los párpados de la Embajadora estaban firmemente cerrados.

—¡Está soñando! —advirtió.

Y, cuando el druida gritó, de fuera llegó una advertencia del mayor. También se oyeron otros gritos que a los elfos de la noche les recordaron demasiado a su atacante.

Tyrande rezó. Una luz plateada proveniente del cielo bañó a la elfa enloquecida. La embajadora pareció calmarse…

Pero entonces una sombra le recorrió el rostro. Torció la boca y comenzó a gritar de nuevo.

De cada uno de sus lados surgieron criaturas de sombra como las que habían atacado a la Suma sacerdotisa en su tienda. Se lanzaron hacia Tyrande, y la habrían agarrado de no ser por la luz de luna que seguía rodeándola. La luz se movió como si tuviese vida propia, interponiéndose entre la sirvienta de Elune y sus nuevos atacantes. Las dos sombras se retiraron.

Alejándose de la embajadora, Tyrande gritó:

—¡Broll! ¡La piedra de hogar! ¡Tómala!

Él lo hizo, pero, cuando se preparaba para lanzársela a Tyrande, esta sacudió la cabeza.

—¡Puedes usarla ahora! ¡Debería poder enviarte a Darnassus!

—¿Quieres que te abandone?

—¡No! ¡Quiero que nos ayudes a todos encontrando a Malfurion! ¡Ve! ¡Te lo ordeno!

Ella nunca le había ordenado nada al druida y este sabía que no le gustaba gobernar tiránicamente. Broll entendió la necesidad de lo que le pedía, aunque le dolía dejarla a ella y a los otros en tal apuro.

—¡Lo encontraré! ¡Detendremos esto!

Sujetó la piedra de hogar y se concentró. La piedra comenzó a brillar. Las criaturas de sombra se concentraron en él. El límite entre la Pesadilla y la realidad se desvanecía cada vez más y el druida no dudaba de que esos demonios podrían ahora resultar más letales. Broll sabía que tenía que mantener su concentración en la piedra de hogar y en el lugar al que estaba vinculada.

Una luz plateada se tragó al atacante más cercano. La sombra dejó escapar un siseo de dolor y se retorció sobre sí misma antes de desaparecer.

La secunda sombra se volvió hacia Tyrande, que luchaba contra la desgraciada embajadora. Broll casi se lanzó hacia la criatura, pero Tyrande miró con furia al druida.

La piedra de hogar relampagueó.

Broll desapareció de la habitación…

…y se materializó en Darnassus.

Una Darnassus que se encontraba en medio de su propio horror. Broll se vio lanzado de un sitio a otro. Perdió la piedra de hogar, que cayó rodando hasta que se perdió de vista.

Al principio el druida creyó que Darnassus estaba sufriendo un terremoto, pero eso era muy poco probable sobre Teldrassil. Entonces sus agudos sentidos le revelaron la temible verdad; era el propio Teldrassil el que atacaba a los elfos de la noche. Las ramas golpeaban todos los edificios. Las más grandes sobre las que la ciudad se había construido estaban temblando, que era lo que provocaba las sacudidas. Por todas partes unas hojas negras con púas caían sobre los habitantes, atravesando su carne o dejando largos y atroces cortes. Varios cuerpos yacían caídos de cualquier manera por todas partes del antaño hermoso paisaje.

Pero a los habitantes de la capital no les faltaban sus propios defensores, con las Hermanas de Elune en la vanguardia, protegiendo como mejor podían a los que estaban a su alrededor. Su luz entorpecía, aunque no contenía, al mal.

Pero la hierba bajo sus pies era un enemigo tan odioso como las hojas oscuras o las criaturas de sombras que se formaban a partir de las hojas. Cualquier cosa que fuese parte de Teldrassil ahora atacaba al pueblo de Broll.

Y solo ahora podía sentir Broll lo horriblemente infectado que estaba el Árbol del Mundo. Pero igual de desconcertante era una fuerza poderosa que no solo alimentaba a Teldrassil, sino que daba fuerza a la infección.

Los druidas estaban ayudando al horror. Sus hechizos se sumaban al Árbol del Mundo de un modo que Broll no podía creer que entendieran.

Broll se dirigió a toda prisa hacia el portal que lo llevaría hacia donde sentía que sus hermanos estaban trabajando. Tenía que advertirles y hacerlo deprisa.

Pero mientras corría las hojas se tomaron un interés especial en él. Broll lanzó un brillante fuego púrpura delante de él que hacía arder las hojas antes de que pudiesen caer al suelo. Con el paso momentáneamente despejado, cambió a forma felina para ser más rápido.

Vio el portal. Broll no dudó en lanzarse hacia él. Una vez que hubiese llegado hasta los demás, podrían ayudarlo a poner fin a ese horrible ataque.

El mundo giró a su alrededor. Era una sensación distinta a la que había sentido al usar la piedra de hogar. El druida se sintió como si lo empujasen.

Ciertamente, apenas un instante después, Broll salió del portal justo en la base de Teldrassil. El gran felino observó sus alrededores, y no le sorprendió no encontrar a nadie allí. Los druidas seguían reunidos algo más allá.

Con cuatro fuertes patas, Broll corrió por la base de Teldrassil buscando al cónclave. *¿Cómo han podido ser tan inconscientes?*, se preguntaba. *Como poco, Fandral y los otros archidruidas deberían haber notado lo que estaba ocurriendo…*

Fandral.

La aprensión cayó sobre Broll. Recordaba lo unido que Fandral estaba a Teldrassil. El Árbol del Mundo era como el propio hijo del Archidruida. Sin duda Fandral habría notado lo que estaba ocurriendo. A menos que…

Una lluvia de púas alcanzo al gran felino. Broll rugió de dolor, perdió pie y cayó hacia adelante. Se sintió mareado, un mareo inquietante que no podía ser normal.

Las espinas estaban drogadas. Su experta mente calculó rápidamente las hierbas con las que habían sido empapadas. Para su alivio, ninguna era venenosa. Estaban preparadas para incapacitar.

Broll podía sentir cómo los músculos se le paralizaban. Estaba semiconsciente pero incapaz de moverse. Broll notó que regresaba a su auténtica forma, pero eso no lo alivió.

Una mano lo agarró con fuerza del brazo. Lo giraron nada ceremoniosamente. Con la vista borrosa, vio al menos a cuatro druidas inclinándose sobre él, pero no distinguió los rasgos de sus caras.

—Alguien debería decírselo a Fandral —dijo uno de ellos—. Alguien debería decirle que tenemos al traidor…



CAPÍTULO VEINTIDÓS
LOS INFECTADOS

Las víctimas de la Ciudad de Ventormenta iban a por ellos. Lucan, Thura y el mayor estaban rodeados por las desaliñadas y dormidas figuras. Cada una de ellas gritaba algo terrible por lo que los culpaban a los tres. Y, peor aún, todos se movían directamente ellos con los ojos firmemente cerrados.

—¿Qué hacemos? —preguntó Lucan.

—¡Luchar contra ellos! —gruñó la orca, con el hacha preparada—. ¡O luchamos contra ellos o nos harán pedazos, idiota!

—¡Son inocentes! —respondió en tono reprobatorio el mayor Mattingly—. ¿Lo harías si fuesen de tu propia raza?

—Sí… porque hay que hacerlo.

La mirada del oficial cuando dijo eso era prueba suficiente de que Mattingly comprendía su lógica. Pero de todos modos sacudió la cabeza al pensarlo.

—¡Foxblood! ¡Llévatela a ver qué ha pasado con los elfos!

—Pero te quedarás solo…

Los dos humanos se miraron el uno al otro. Lucan entendió al fin. Mattingly estaba intentando salvar a los inocentes de Thura, que sin duda pagarían un alto precio incluso aunque acabase por ser vencida. Era obvio que el mayor también esperaba que surgiese algún milagro de los esfuerzos de Tyrande y Broll.

—¡Ven! —le ordenó el cartógrafo a la orca.

Por sorprendida que estuviera ante su tono, Thura le siguió con desgana, mientras el mayor movía su espada en el espacio cada vez más pequeño que lo separaba de los sonámbulos locales.

Pero en cuanto entraron en la posada una corpulenta figura blandiendo un hacha de trabajo se lanzó contra Lucan.

—¡Es mi granja! —gritó el hombre—. ¡No te dejaré que la quemes!

El hacha se habría hundido en el pecho de Lucan de no haber sido por Thura. Bloqueó el golpe con el mango de su arma. El sonámbulo se volvió para enfrentarse a ella, desconcertándola con sus ojos cerrados. La furia en su rostro era abrumadora.

Atacó a la orca. Ella bloqueó el ataque y luego atacó a su vez.

—¡No! —pero Lucan no pudo detenerla.

Su hacha encantada trazó una línea roja en el pecho del poseído. Este soltó su arma y luego cayó al suelo. El cartógrafo estaba furioso.

—¡No podía evitarlo!

Thura no parecía contenta con sus propios actos, pero le preguntó a Lucan:

—¿Qué habrías hecho tú?

Lucan no tenía respuesta. Desde arriba llegaban ruidos de pelea y más gritos. La pareja subió por las escaleras.

Arriba se encontraron con Tyrande, que luchaba contra una figura enloquecida que solo podía ser la embajadora de los elfos de la noche. Lucan corrió para ayudar a la Suma sacerdotisa, pero se topó con una criatura de sombra.

—¡Ve con ella! —rugió Thura.

La orca pasó por delante de Lucan. Aunque su hacha no alcanzo la sombra, esta retrocedió.

Con el camino despejado, el cartógrafo llegó hasta Tyrande. Agarro uno de los brazos de la otra elfa, permitiendo a Tyrande concentrarse mejor.

La Suma sacerdotisa le tocó el pecho a la sonámbula. Un débil brillo plateado cubrió la carne.

La sonámbula dejó escapar un grito ahogado y cayó en sus brazos. Lucan y Tyrande la dejaron en el suelo.

La orca avanzó. El hacha cortó la sombra, que siseó… y desapareció.

Pero, aunque hubo un momento de calma allí donde se encontraban ellos, no se podía decir lo mismo de fuera. Los gritos eran cada vez más altos, más aterradores. Uno se elevó brevemente por encima de los demás antes de cortarse bruscamente.

—¡Era el mayor! —dijo sobresaltado Lucan. Intentó acercarse a una ventana, pero Tyrande lo retuvo.

—Es demasiado tarde para él. —La Suma sacerdotisa miró a Lucan a los ojos—. Demasiado tarde para muchos. Pero aún hay esperanza para Azeroth y para nosotros… si nos sacas de aquí.

Lucan asintió.

—No puedo prometerte que no vayamos a acabar otra vez junto a ese dragón verde…

—Eranikus es el último de nuestros problemas… De hecho, Eranikus es su propio problema.

Lucan se concentró. Tyrande extendió una mano a Thura, que la tomó.

El mundo adquirió una tonalidad esmeralda.

Y luego una más oscura. Chillidos enloquecidos asaltaron sus oídos, y el paisaje estaba cubierto por la familiar y densa niebla en la que se movían grotescas figuras apenas adivinadas. El vértigo los sacudió a los tres, aumentando una sensación creciente de ansiedad y desorientación que sabían que estaba lejos de ser natural.

Estaban otra vez en la Pesadilla.

—No… —murmuró Lucan—. Déjenme…

La sombra de un gigantesco y esquelético árbol se alzaba sobre ellos. Su silueta era obvia a pesar de la oscuridad.

Bienvenidos…, en sus cabezas oyeron una temible voy. *Y especialmente tú, Tyrande Whisperwind…*

La Suma sacerdotisa se quedó pálida. Incluso la orca se estremeció ante el temible tono de la negación de la elfa.

—No… —Tyrande sacudió la cabeza—. No…

Sí… oh sí, respondió la voz.

* * *

—¡Piensa, Fandral, Piensa! —gritó Malfurion—. ¿De verdad quieres que sea así? ¿Creaste a Teldrassil para destruir a los tuyos?

—No nos estoy destruyendo, ¡nos estoy salvando de ti y de otros que han traicionado a nuestro mundo!

Mientras hablaba, Fandral inclinaba la cabeza hacia la sombra a la que creía su hijo. El enloquecido Archidruida asintió y luego le dijo a Malfurion:

—¡Tú hablaste contra el nacimiento de Teldrassil! ¡Sabías que le devolvería la gloria a nuestro pueblo y la inmortalidad que nos arrebataron!

Malfurion esquivó cuando una flor brotó delante de él. Era una lila negra y de ella surgió un polen blanco. No tenía ni idea de qué podría hacer

ese polen, pero cualquier planta manchada por la Pesadilla era sin duda una amenaza.

El polen cayó cerca. La zona sobre la que había estado Malfurion se quemó y marchitó.

Notó un intenso dolor en su mano izquierda. Un solo grano había caído cerca del pulgar. Ese único grano era suficiente para hacer que Malfurion apretase los dientes. Si le hubiesen alcanzado mil…

Notó una sensación de presión en el pecho. Malfurion cayó de rodillas. La presión aumentó. Se le hizo imposible respirar.

El Archidruida se tanteó el cuerpo rápidamente buscando qué lo había atacado. Resultó ser muy sencillo.

El polen había sido una trampa, aunque peligrosa. Malfurion se dio cuenta demasiado tarde de que Fandral había usado un ataque druídico más sutil. Mientras Malfurion esquivaba la flor, había inhalado las diminutas esporas de la planta infectada. Ahora llenaban sus pulmones.

Pero como había hecho con el veneno de la mañagrana, Malfurion expulsó las esporas de su cuerpo. No fue una acción tan sencilla y gradual como la que había usado en su túmulo. Después de todo, el tiempo no estaba de su parte. Malfurion expulsó las esporas con una feroz exhalación, enviándolas a quien se las había mandado.

El esfuerzo lo mareó brevemente, y en ese momento Fandral podría haberlo atacado de no ser porque el otro elfo de la noche tuvo que desviar todas las esporas prácticamente invisibles. Fandral hizo un gesto, y el viento desactivó el contraataque antes de que las esporas pudiesen llegar hasta él.

Pero, aunque Malfurion se había salvado esta vez, sabía que cada segundo que se viese obligado a combatir a Fandral solo beneficiaba a la Pesadilla. Fandral estaba perdido, su locura lo había consumido.

A menos que…

Con las palmas levantadas hacia el cielo, Malfurion se concentró.

Una calma cayó sobre el Enclave. Los árboles se detuvieron, y las otras plantas se calmaron. Malfurion sonrió sombríamente. Puede que la enfermedad infestase Teldrassil, pero no todo Teldrassil estaba consumido por ella. Había llamado a lo que todavía era puro para que lo escuchase, que recordase quién era.

Pero, un instante después, el terror regresó. Fandral estiró los brazos con la sombra a su lado.

—¡No te permitiré que me vuelvas a quitar a mi hijo! —gritó.

Malfurion ya no escuchaba las incoherencias de Fandral. Se volvió a concentrar en atraer lo que quedaba de bueno en Teldrassil. No era tanto como lo que ya estaba infectado, pero con su ayuda resistiría, al menos por el momento.

Y eso era cuanto Malfurion podía pedir.

Pero ya no afectaba solo al Enclave. Malfurion luchó por extender su hechizo para que comprendiese a toda Darnassus. Aún había gritos y chillidos de pelea, pero eran menos y notaba que era porque su plan estaba funcionando.

El cuerpo, el alma incluso, le dolían. Malfurion no luchaba contra un solo enemigo, sino contra dos. En alguna parte, en lo profundo del Árbol del Mundo, había un pedazo del Señor de la Pesadilla, una presencia física. Quería buscarlo para combatirlo, pero eso lo dejaría indefenso contra Fandral.

El esfuerzo crecía. Malfurion sintió su poder debilitarse. No era que Fandral fuese más fuerte; era que Malfurion estaba intentando proteger a los habitantes al mismo tiempo.

¡Debe ocurrir pronto! ¡Deben entenderlo!, pensó.

Entonces sintió la presencia de otros en el Enclave, y sus esperanzas crecieron a la vez que sus preocupaciones. Cómo reaccionaran marcaría la diferencia entre la victoria y la derrota.

Fandral redujo su ataque, manteniéndolo solo lo suficiente para mantener a raya a Malfurion. Este lo había supuesto. Él, a su vez, bajó las manos y cortó el hechizo.

Por un momento quedo en desventaja, pero luego Fandral hizo lo mismo. Ese no era el momento para que ninguno de ellos pareciese el agresor. Estaban a punto de ser juzgados.

Los otros Archidruidas y druidas se reunieron a su alrededor, la mayoría cautelosos e inseguros. Malfurion los miró a los ojos a todos, dejando que viesen su alma. No tenía nada que ocultar, mientras que Fandral sí.

Y una cosa que ocultaba Fandral era la criatura de sombra que creía que era Valstann que había vuelto con él. El otro Archidruida se presentó ante sus hermanos con una sonrisa beatífica, como si hubiese sido él quien los hubiese convocado. Sin embargo, esa responsabilidad estaba en dos figuras improbables, quizá tres, vio Malfurion, que ahora aparecieron en el centro del enclave.

Fandral no pudo evitar mirar detrás de él. Hamuul Runetotem y Shandris Feathermoon ya no eran sus prisioneros.

El ataque de Malfurion tenía muchas sutilezas. Además de luchar contra los esfuerzos del otro Archidruida, Malfurion había usado la distracción para manipular también las siniestras lianas que sujetaban al trío.

Malfurion intentó revivir a Naralex, pero el elfo de la noche permaneció inconsciente. Tuvo más éxito con Hamuul y Shandris. Poniendo a Naralex al cuidado de Hamuul, los envió hacia el portal, esperando mientras tanto que la locura de Fandral evitase que el Archidruida se diese cuenta de lo que estaba ocurriendo.

Malfurion lo había conseguido, pero seguía siendo cuestión de si esos dos habían venido a ayudarlo o a apoyar a Fandral. El tercer de miembro del grupo dio señas de esto último, pues les gruñó a varios druidas. Malfurion quería saber desesperadamente cómo había llegado hasta ahí Broll Bearmantle, pero la respuesta tendría que esperar.

—¡Muy bien! —exclamó Fandral hacia los recién llegados—. ¡Los traidores están reunidos! ¡Un trabajo excelente!

—Ellos dicen que el traidor eres tú, Maestro Fandral —dijo cautelosamente un druida.

Broll se dirigió a quien había hablado.

—¡Y lo es, aunque tardé en entender que los estaba obligando a alimentar aquello que corrompe Teldrassil en lugar de curar al Árbol del Mundo! —explicó a Malfurion—. ¡Cuando vine a advertirles, un grupo me capturó! Afortunadamente, antes de que pudiesen hacer mucho más, aparecieron Hamuul y Shandris y se las apañaron para hacerles entrar en razón…

—¡Hicimos lo que creíamos que era lo correcto! —contestó el druida aludido.

Algunos de los druidas parecían dispuestos a luchar contra Broll. Hamuul Runetotem se puso junto al elfo de la noche. Shandris se movió hacia ellos, pero luego miró a Malfurion.

Asintiendo, les dijo a los reunidos:

—Ya me conocen. A la mayoría los adiestré. Hagan examen de conciencia y vean si todavía tienen fe en mi palabra.

—¡La Pesadilla lo ha seducido! —interpuso Fandral—. ¡Ya saben cuánto tiempo ha estado perdido! ¡Por grande que fuese una vez nuestro

shan'do, ahora es un emisario de la oscuridad! ¡No escuchen sus palabras!

—¿Y por qué deberían escuchar las tuyas, Fandral? —respondió Broll —. ¡Prometiste que Teldrassil ayudaría a nuestro pueblo, pero ahora lo único que tienen que hacer es buscar con sus sentidos para ver en qué se ha convertido!

Malfurion miró a Broll con aprobación.

—Siempre te has subestimado. Sabes lo que acecha en el interior del Árbol del Mundo, ¿verdad, Broll? —Se giró hacia el tauren—. Y también tú, Hamuul…

—Lo sentí, pero no podía creerlo, Malfurion Stormrage. Vine aquí con Naralex, que sentía lo mismo, y encontramos a la general, que también buscaba la verdad…

—¿Naralex? —Malfurion miró a su alrededor, pero no había rastro del elfo de la noche.

—Sigue inconsciente —le aclaró amargamente el tauren—. Era el que estaba más gravemente herido. He hecho cuanto puedo por él… pero hace falta más…

Muchos de los druidas se movieron incómodos, obviamente disgustados por las revelaciones. Naralex era un poderoso druida querido por muchos. Miraron a Fandral con una nueva perspectiva… y con consternación.

Fandral miró desafiante a los reunidos que ahora estaban claramente contra él.

—¡Naralex es otro traidor! ¡No me dejó elección! ¡Son todos traidores!

Sus arrogantes palabras solo consiguieron ponerle más en contra a los druidas. Varios de los que quedaban se unieron a Broll y a los que ya habían tomado partido por Malfurion. Este avanzó, decidido a aceptar la responsabilidad por todos y cada uno de los actos de Fandral.

—¿Cuántos más deben sufrir o morir? —preguntó Malfurion—. ¡Todo Azeroth está cayendo, Fandral!

A los druidas reunidos, les explicó:

—Mientras los tenía aquí diciendo que curaban a Teldrassil, el resto del mundo estaba siendo atacado. Miren en su interior y sientan el dolor de Azeroth…

Hicieron lo que decía. Casi inmediatamente, varios druidas lanzaron gritos ahogados de horror.

—¡El Claro de la Luna! —dijo uno—. ¡Incluso el Claro de la Luna! ¿Pero dónde está el Guardián Remulos? ¿Sin duda no lo ha abandonado?

Era una pregunta excelente cuya respuesta inquietaba a Malfurion. Él sabía que el otro Archidruida no era ni lo bastante poderoso ni lo bastante astuto para haber apresado al guardián. Sin embargo, la malévola fuerza detrás del enloquecido elfo de la noche sin duda lo había sido.

—¿Bien, Fandral? ¿Dónde está Remulos?

—¡Él también es un traidor! ¡Seguirá preso hasta que vea la verdad! —El Archidruida loco les hizo gestos a todos los que estaban ante él—. ¡Los obligaré a todos a ver la verdad!

Abandonando toda pretensión de inocencia, Fandral hizo un gesto. Muchos de los druidas se agarraron el pecho repentinamente.

De uno de ellos brotó una larga liana que se movía hacia adelante y hacia atrás como una serpiente. A pesar de su terrible herida, el druida la agarró… y así los otros vieron que otras lianas malignas surgían de varias partes de sus manos, sus brazos, por todas partes.

—Me he preparado por si me traicionaran cualquiera de ustedes — explicó Fandral sin pestañear—. De un modo u otro… ¡todos servirán a Teldrassil y su propósito!

A la primera víctima se le unieron más y más. Malfurion reaccionó inmediatamente, buscando detener el crecimiento de las malévolas semillas de Fandral. Solo podía imaginar que las habían inhalado igual que las esporas que lo habían atacado recientemente. Fandral estaba dispuesto a matar a todos los druidas para sus propósitos.

Pero no todos estaban afectados. De hecho, eran aquellos que se habían unido a Fandral, druidas que se habían convertido en sus seguidores. Que su oficio se hubiese corrompido tanto entristecía a Malfurion, pero no tenía tiempo para preguntarse por qué alguien podría escoger ese camino. Lo que importaba era salvar a los heridos.

Sin embargo, ni Fandral ni el Señor de la Pesadilla estaban dispuestos a darle ese tiempo. La corrupción en Teldrassil volvió a surgir. Darnassus estaba de nuevo siendo atacada; más criaturas de sombra brotaron de las ennegrecidas hojas del Árbol del Mundo.

Malfurion tenía que vérselas con Fandral y su amo, pero hacerlo significaba sacrificar a sus hermanos. El primer druida ya estaba perdido. Lo que quedaba de su cuerpo había sido devorado por el explosivo crecimiento de las lianas parásitas.

Había una esperanza, otro con la fuerza… si creía.

—¡Broll! ¡Mírame! ¡Mira lo que hay que hacer!

—¡Estas no significan nada! —gritó Broll amargamente, indicando sus grandes astas—. ¡No soy como tú, shan'do!

—¡Lo eres! —insistió Malfurion, mostrando el esfuerzo en su voz—. ¡Siente tu vínculo con Azeroth! ¡Tú puedes detener esto! ¿O vas a dejar que todos mueran horriblemente?

Era una pregunta fría, y Malfurion se despreció por tener que preguntarla, pero no podía aguantar más. El resto de los elfos de la noche, el resto de Azeroth, tenían poco tiempo más que los druidas.

Malfurion se concentró en Fandral. Al mirar a su rival, vio a la criatura de sombra detrás de él que, sin embargo, a la vez formaba parte del Archidruida loco. Dirigía los pensamientos de Fandral para su auténtico amo.

Malfurion entendió lo que tenía que hacer, aunque arriesgaba mucho.

Se lanzó hacia Fandral, transformándose en felino. Fandral reaccionó como esperaba, sacando de una bolsa un puñado de diminutas espinas y lanzándoselas al gigantesco felino.

Malfurion volvió a cambiar, lanzando al mismo tiempo otro hechizo. Para la mayoría de los druidas, incluso para los que tenían el talento de Malfurion, las posibilidades de éxito habrían sido mínimas. Sin embargo, Malfurion había sido el primero en ser adiestrado por el semidiós Cenarius. También había aprendido su oficio con la primera invasión de la Legión Ardiente y había afinado bien su talento los últimos diez mil años.

El viento huracanado atrapó las espinas y las lanzó hacia Fandral, que lanzó su propio hechizo. Las lianas que habían retenido a Hamuul y Shandris escupieron cientos de gotas de savia pegajosa hacia las espinas, encapsulando los letales proyectiles y haciendo que cayesen al suelo sin llegar al enemigo de Malfurion.

—Apenas digno de… —empezó a decir Fandral.

Un fuego que brillaba como las estrellas, el auténtico ataque de Malfurion, golpeó a la criatura de sombra que estaba detrás de Fandral.

La turbia figura se retorció sobre sí misma cuando el fuego la engulló. Siseó y aulló. Pedazos de la sombra en llamas se desperdigaron en el viento.

—¡Valstann!

Fandral intentó desesperadamente agarrarse a la sombra. Intentó en vano apagar el fuego, pero solo consiguió verse envuelto en él. Ni siquiera

entonces le prestó atención el Archidruida al dolor mientras se aferraba al demonio que creía que era su hijo perdido.

Una mano hizo volverse a Fandral. Antes de que pudiese reaccionar, Malfurion lo golpeó en la mandíbula. Era el último ataque que se podía esperar que usara contra el Archidruida, y el que había escogido Malfurion por muchas razones.

Fandral cayó hacia atrás.

Quedaba poco de la criatura de sombra. Como antes había hecho Fandral, Malfurion se dirigió hacia los restos. El fuego también lo quemó a él, pero sabía cómo disminuir la sensación de dolor. Era vital que hiciese contacto con la sombra.

Solo quedaban fragmentos. Malfurion había intentado templar su ataque para conseguir ese momento necesario, pero casi había llegado demasiado tarde.

Una mano entró en la sombra. Al instante, un espantoso frío cubrió su alma. Malfurion se preparó y empujó su mente hacia la sombra.

Y lo que sintió confirmó el temor que había estado creciendo en él desde que lo capturó el Señor de la Pesadilla.

El último fragmento desapareció y, con él, el fuego. Malfurion tomó aliento mientras recuperaba el equilibrio. Se volvió hacia Fandral, pero el elfo de la noche yacía caído como lo había dejado. Los ojos de Fandral estaban abiertos, pero sin ver. La segunda pérdida de su «hijo» había sido demasiado.

Malfurion se volvió a Broll… y abrió los ojos como platos. Broll Bearmantle se encontraba entre los druidas heridos, levantando las manos sobre la cabeza con las energías de Azeroth girando a su alrededor. Sus ojos, antes plateados, brillaban ahora con un color casi tan dorado como el de Malfurion. De sus manos surgían tentáculos de energía que llegaban a los otros druidas.

Dos cuerpos agujereados yacían en el suelo, las primeras víctimas de Fandral, pero parecía haber esperanza para los otros druidas. Hamuul Runetotem estaba junto a Broll, ayudando en lo que podía, pero el esfuerzo era del elfo de la noche.

Eres lo que estás destinado a ser, pensó Malfurion con alivio y orgullo.

Tarde, se dio cuenta de que no había ni rastro de Shandris. Conociéndola como la conocía, Malfurion estaba seguro de que había ido a

dirigir a los defensores de Darnassus.

Malfurion se transformó. Tomando otra vez la forma del gran felino, corrió desde el Enclave hacia el centro de Darnassus. A su alrededor vio que la lucha continuaba. Incluso sin Fandral, Darnassus estaba en un grave peligro, pero Malfurion solo podía ayudar siguiendo delante.

Adelante.

Corrió hacia el bosque más allá de la capital. Inmediatamente las ramas y las hojas de los árboles cercanos intentaron entorpecer su paso. Malfurion las esquivaba ágilmente cuando podía o las rompía con sus garras y sus dientes cuando no. Su espeso pelaje evitaba que su cuerpo sufriese muchas heridas, pero aun así más de una docena de cortes ensangrentados lo marcaban antes de llegar al interior de la copa de Teldrassil.

Una salvaje y gigantesca figura surgió del árbol, tan parte de él que el Archidruida apenas lo distinguió a tiempo. El anciano se movió para adelantarse a la maniobra evasiva de Malfurion, así que este se lanzó directamente hacia él.

El corrompido guardián del bosque intentó recuperarse, pero Malfurion cayó sobre las piernas de la criatura. Más rápido y ágil, el felino esquivó al gigantesco anciano.

La copa del Árbol del Mundo se espesó y se oscureció. Por todas partes crecían espinas. Ningún felino del tamaño de Malfurion podría haber girado como lo hacía él; el elfo de la noche hacía uso de unos reflejos afinados siglo tras siglo.

Pero, justo cuando llegaba donde sentía que se encontraba su meta, un pequeño cuerpo peludo cayó sobre su hocico y le arañó los ojos. Era solo una ardilla, uno de los muchos habitantes del árbol, pero incluso ella había sido corrompida por el mal.

La ardilla era un enemigo que fácilmente podía eliminar moviendo la cabeza, pero ese no era el auténtico peligro. Malfurion intentó compensar por lo que fuera a llegar después. Cuando una rama más pequeña se le enganchó en una pata y casi le hizo caer, el Archidruida cambió inmediatamente a su forma normal y se detuvo antes de que lo atrapasen unas ramas de otros árboles cercanos que lo esperaban.

Unas criaturas de sombra cuyos perfiles reconoció cayeron de las ramas superiores. Los demonios se apilaron en el punto donde Malfurion había estado. Rasgaron el cuerpo y el alma de Malfurion…

Un rugido salvaje que le salió del interior hizo caer a las sombras. Unas enormes garras brillantes barrieron a las criaturas, dejando varias hechas pedazos. De nuevo en su forma felina, Malfurion usaba sus habilidades inherentes para diezmar a sus turbios atacantes.

Caían ante sus garras como la hierba ante el segador. En segundos solo quedaba Malfurion el felino, un vencedor que lanzó un último y poderoso rugido, y luego se lanzó los últimos metros hacia lo que buscaba.

Surgía del tronco del Árbol del Mundo y, aunque por una parte tenía la forma de una de las muchas ramas gigantescas que crecían por todo Teldrassil, el color lo marcaba claramente. Era un color que Malfurion asociaba con algo que no era un árbol, infectado o no. Y desde luego, cuando cambió a su forma de elfo nocturno, solo tenía que mirarse la mano para ver piel de un color semejante.

Incluso sin tocarlo, el Archidruida podía sentir lo expertamente que había sido injertado en lo que en su momento había sido seguramente un Teldrassil mucho menos maduro. Malfurion distinguía el trabajo de Fandral y supo que el otro Archidruida debía haber regresado varias veces para que su añadido completase su espantoso crecimiento. Ahora tenía más de dos metros de altura, sus ramas tenían al menos un metro o metro y medio y estaban cubiertas de docenas de esas hojas oscuras con pinchos. También había unas frutas pálidas que tenían una forma que recordaba vagamente a un cráneo.

Malfurion se acercó al injerto. Las frutas brillaban y una de ellas cayó cerca del elfo de la noche. Se abrió con el golpe que se dio contra la rama que sostenía al Archidruida. Una espesa sustancia blanca brotó de ella, y el hedor que acompañaba a la sustancia recordaba al de cadáveres en descomposición.

Malfurion se apartó, aunque eso lo alejó un paso del injerto. Sabía lo que el Señor de la Pesadilla tenía en mente, pero no podía hacer nada más.

Cayó otra fruta. Al abrirse, la sustancia blanquecina se convirtió en cientos de ciempiés de color hueso con cabezas semejantes a las de cráneos sin carne de elfos de la noche.

Malfurion Stormrage…, lo llamaban según se acercaban a él. *Malfurion Stormrage… es hora de que te unas a nosotros…*

Reconoció esas voces. Cada una era distinta, pero las conocía todas y cada una de ellas. Estaba Lord Ravencrest, que había dirigido a las fuerzas de los elfos de la noche hasta que fue asesinado por un agente de los

Altonato de la Reina Azshara; la Suma sacerdotisa Dejahna, la predecesora de Tyrande, el malvado Capitán Varo'then, el devoto sirviente de Azshara y muchos, muchos otros que habían habitado sus sueños y seguramente los de Tyrande durante milenios.

Malfurion… hemos esperado tanto… ven, únete a nosotros en nuestro largo descanso…

Se tambaleó sin hacer nada mientras los monstruosos ciempiés llegaban a sus pies. El primero trepó sobre su pie con las esqueléticas mandíbulas abiertas…

El Archidruida se agachó y lo agarró. Apretó con fuerza.

El ciempiés aulló como un elfo de la noche moribundo. Su fantasmagórica cáscara exterior se peló y reveló una hermosa rosa que brotaba hacia arriba.

Los otros ciempiés también empezaron a aullar. Todos sufrían como había sufrido el que sujetaba Malfurion.

—Que este sea su legado —le dijo al injerto mientras las rosas brotaban por todas partes—. Que honren a todos los que defendieron a Azeroth… a los que no cambiaron su mundo por poder…

La copa de Teldrassil se estremeció como sí un enorme viento soplase a través de ella. Las hojas de los cientos de árboles más pequeños sobre él crearon lo que a oídos de Malfurion era un rugido furioso y amargo.

Usó el momento de la furia del Señor de la Pesadilla para volver a cambiar de forma, pero esta vez se convirtió en un enorme oso, un oso temible. Con su tremenda fuerza Malfurion agarró el injerto y lo arrancó de Teldrassil. Hurgó en el tronco, arrancando incluso las «raíces».

El Árbol del Mundo tembló. Enormes árboles que estaban sobre él se soltaron. Malfurion el oso se agarró al tronco, y el movimiento arreció. Solo podía esperar que aquellos que se encontraban en Darnassus estuviesen protegiéndose.

El temblor pasó. El druida buscó inmediatamente con su mente hasta dónde había llegado el daño y se quedó asombrado. A pesar de la brevedad del temblor, la intensidad había sido suficiente para dejar en ruinas los bosques de Teldrassil. Poderosos robles enteros se habían partido por la mitad. Gran parte de la copa era una maraña de restos peligrosos.

Hay que abandonar Darnassus, decidió el Archidruida. Hasta que se supiese la extensión del daño provocado al Árbol del Mundo, todos estaban en peligro.

Mientras Malfurion pensaba en esto, una gran masa de árboles destrozados demostró de repente ser demasiado para las ramas que soportaban su peso. Con un ruido como el de un trueno repetido, las ramas crujieron, y toneladas de madera y polvo cayeron con un rotundo estrépito. Más abajo, la inercia provocó el destrozo de otros árboles gigantescos, y la asombrosa visión se repitió.

Entonces, a pesar de lo que ocurría en el Árbol del Mundo, el Archidruida miró la rama solitaria que había arrancado. Había palidecido mucho, y ahora algo goteaba de ella. Era una sustancia espesa que tenía la consistencia de la savia de un árbol, pero no era de ese color. De hecho, los sentidos de oso de Malfurion captaron un olor que agitó una increíble ira en su interior.

Era el origen del mal que se había extendido por Teldrassil. Malfurion lanzó un gruñido bestial. Sabía lo que era… y, por lo tanto, cómo había llegado a ser así.

Era sangre. Aunque espesa, era fresca y era exactamente igual a lo que fluía a través de su cuerpo o el de cualquier otro elfo de la noche.

Sangre… de un árbol.

El druida recuperó su verdadera forma cuando se dio cuenta de eso. Solo existía un árbol así. Malfurion, había provocado que ese árbol existiera, hacía milenios. Lo había hecho para poner fin a una maldad y había hecho algún bien… pero, evidentemente había puesto en movimiento una oscuridad más terrible.

La rama era del árbol que proyectaba la sombra del Señor de la Pesadilla. Un árbol que una vez había sido el temible consejero de la horrible Reina Azshara.

El nombre era como veneno en los labios de Malfurion.

Xavius…



CAPÍTULO VEINTITRÉS
TELDRASSIL REDIMIDO

Xavius. Qué bien recordaba todavía Malfurion al malvado confidente de la reina. Había sido Lord Xavius quien había alimentado el hechizo de los hechiceros Altonatos de Azshara que habían abierto el portal para la Legión Ardiente. En lugar de sentirse repugnado por lo que había descubierto, Xavius incluso ayudó a su insidiosa reina cuando esta les dio la bienvenida a los demonios.

Dos veces Malfurion lo había dado por derrotado. La primera vez fue durante una lucha desesperada sobre la misma torre donde habían abierto el portal para los demonios. Malfurion, con sus poderes druídicos en todo su esplendor, había invocado una tormenta que primero hizo arder a Xavius con un rayo, lo fundió con la lluvia y finalmente desató un rugido atronador que literalmente hizo pedazos al villano. Malfurion aún recordaba el rostro contrahecho de Xavius, especialmente los siniestros y negros ojos mágicos que tenían un fulgor de rubí en cada uno de ellos. El Archidruida recordaba especialmente el último y aterrador chillido del consejero.

Y, entonces, Xavius había dejado de existir.

Pero él y los defensores habían subestimado el poder del titán maléfico Sargeras. Tras llevarse lo poco que quedaba del espíritu incorpóreo de Xavius y torturarlo largamente por el fracaso del consejero, Sargeras lo había remodelado en algo más terrible. Xavius había renacido como sátiro, el primero de los monstruos con aspecto caprino que desde hacía tanto tiempo eran los enemigos de los elfos de la noche, y su maldad no había hecho más que crecer con ese nuevo aspecto espantoso.

Malfurion casi había perdido a Tyrande por culpa de Xavius y los corruptos Altonatos. Al final, incapaz de arriesgarse a que Xavius volviese a escapar de la muerte, Malfurion había invocado el poder de Azeroth para

transformar al sátiro. A pesar de la resistencia de Xavius, el joven druida había convertido a su enemigo en un inofensivo árbol.

O eso había creído estos últimos diez mil años. La maldad había estado infestando Azeroth todo ese tiempo, y Malfurion lo ignoraba.

En todo esto pensaba Malfurion furioso consigo mismo mientras, de nuevo en forma felina, con la rama entre los dientes, volvió corriendo a Darnassus. Se culpaba por lo que estaba pasando, pero también pensaba cómo había sobrevivido Xavius tanto tiempo para convertirse en el Señor de la Pesadilla.

Pero ignoró esos pensamientos al entrar en la capital y transformarse. Darnassus estaba en ruinas, y gran parte de eso se debía a la caída de otras ramas del enorme árbol. También yacían por todas partes víctimas de los sirvientes de la Pesadilla. Las Hermanas de Elune y los Centinelas estaban intentando ayudar a los que podían.

Vio a Shandris Feathermoon dando órdenes a ambos grupos. La general parecía agotada, pero en su elemento. Desgraciadamente, no se daba cuenta del peligro que todavía rodeaba a su pueblo.

—¡Shandris! —Al oír la voz de Malfurion, se giró.

—Malfurion… —dijo la general, saludándolo respetuosamente y aparentemente aliviada—. Menos mal que estás bien.

Se fijó en la inquietante rama que ahora él sujetaba con ambas manos y frunció el ceño.

—¡Por la Madre Luna! ¿Qué enfermedad aflige a esa rama?

—Esta es la corrupción que se extendía por Teldrassil —respondió apresuradamente el Archidruida—. ¡Por ahora no debemos preocupamos por eso! ¡Hay que evacuar Darnassus! El Árbol del Mundo ha sufrido mucho; ¡los árboles caídos que vez a tu alrededor son solo una parte! ¡Por la seguridad de todos deben irse!

Como acentuando sus palabras, otro atronador crujido resonó por Darnassus. La ciudad tembló. Teldrassil permanecía en pie, pero no se podía decir lo mismo de la capital.

—¡Me encargaré de que así se haga! —prometió Shandris.

—Iré a ver a los druidas —le dijo Malfurion al separarse—. Quizás podamos hacer algo para contenerlo… pero no puedo prometer nada…

—¡Entendido!

Por otra parte, se oyó un grito de agonía, una voz llena de dolor. No venía de ninguna de las víctimas a las que Malfurion estaba mirando, sino

de una dirección inesperada.

Se giró hacia el Enclave y vio a los otros druidas que salían de allí. Broll iba el primero, y Hamuul lo seguía de cerca, detrás de él.

El origen del interminable grito era Fandral. Con la vista perdida, el Archidruida gritaba una y otra vez el nombre de su hijo. Le rogaba a Valstann que volviese con él.

Dos druidas lo guiaban de la mano mientras él caminaba tropezando, llamando a su hijo. Detrás de ellos, otros druidas vigilaban a un pequeño grupo… aquellos que habían escogido la locura de Fandral por encima de todo lo demás. A Malfurion le resultaba obvio qué habría que hacer con ellos. El Claro de la Luna tenía lugares que podían albergar a los enfermos o a los corruptos. Había una esperanza de redención para aquellos que habían seguido a Fandral.

Pero, al observar al padre de Valstann, Malfurion se preguntaba si se lo podría curar alguna vez. Entre la Pesadilla y su pérdida personal, el Archidruida loco parecía haberse perdido para siempre.

Malfurion se reunió con Broll, dándole el mismo aviso que le había dado a Shandris. Broll asintió comprendiendo, pero sus ojos se movían constantemente hacia la macabra rama. Malfurion acabó por contarle lo que había averiguado.

—Xavius… —Broll no conocía el nombre, pero había sentido la inmensa furia y temor en la voz de su shan'do cuando Malfurion lo había pronunciado.

—Los druidas deben ayudar a evacuar a la gente y luego estar preparados para cuando sepan de mí. ¡Será pronto así que deben apresurarse!

—¿Qué pretendes hacer?

Malfurion agarró una rama más pequeña que sobresalía de la parte de arriba. La rompió. El mismo líquido espeso y repugnante brotó de ella.

—Lo que debo. Lo que debemos.

Dicho eso, Malfurion pidió rápidamente una antorcha. Guardándose la pequeña rama, el Archidruida le prendió fuego a la más grande. En un parpadeo se hizo cenizas, que fueron arrastradas por el viento.

—Prepárate —le dijo a Broll.

—¡Por supuesto, shan'do! Yo…

Pero Malfurion ya se había transformado y había echado a volar.

* * *

Tyrande sabía quién hablaba, aunque había estado inconsciente durante su anterior encuentro. Lo sabía porque Malfurion le había contado después la aterradora experiencia… y lo que le había hecho a su captor.

—No puedes ser… —protestó.

La sombra del gigantesco árbol esquelético se retorció alrededor del trío. La Suma sacerdotisa sintió cómo algo le apretaba el pecho, aunque, cuando se llevó la mano al cuerpo, no había nada que quitar. Tyrande notó que Lucan y Thura hacían lo mismo.

Puedo y siempre existiré… Tyrande Whisperwind… Yo soy la Pesadilla, y la Pesadilla soy yo… Somos eternos… y pronto Azeroth será solo una parte de nosotros…

—¡Nunca! —Tyrande le rezó a Elune, y la luz de la Madre Luna la llenó. Inmediatamente, Tyrande concentró esa luz en la sombra.

En la luz, el árbol se desvaneció. Tyrande notó que la presión sobre su pecho se aflojaba.

Luego la sombra volvió a oscurecerse, volviéndose más visible que antes. La Suma sacerdotisa no podía respirar. Luchó por mantenerse en pie. Los otros también sufrían.

La luz se desvaneció, dejando solo la horrible luz verde de la Pesadilla… y la sombra del árbol que era Xavius, el elfo de la noche.

Ahora estoy más allá de tu triste deidad… La Señora de los Sueños es mía, y también su hermana, la Vinculadora de Vida… Míralas a ambas y tiembla ante su perdida esperanza…

La niebla se abrió y tras la sombra se veía a la Señora del Sueño Esmeralda. Estaba atrapada en los tentáculos de sombra que también parecían venir de su captor. La cabeza de Ysera apuntaba hacia arriba como si estuviese mirando algo, pero sus ojos estaban cerrados. Sus alas y miembros estaban separados en lo que sin duda era una postura dolorosísima.

Un aura esmeralda emanaba de Ysera, pero a apenas unos centímetros de ella se convertía en el espantoso y putrefacto color verde de la Pesadilla. Estaba muy claro que el poder del Aspecto estaba siendo manipulado para cumplir los deseos de Xavius.

Y detrás de ella, casi doblada por la mitad, flotaba Alexstrasza Los ojos miraban sin ver, y tenía la boca abierta. Parecía marchita, más muerta que viva. Su vibrante color rojo se había descolorido, y apenas parecía estar respirando.

La niebla volvió a envolver a las dos enormes dragonas. Tyrande se quedó desolada al verlas. Recordaba que Alexstrasza había estado en un peligro terrible la última vez que la había visto, pero creía que de algún modo el Aspecto había evitado que la capturasen.

Oyó un batir de alas. Una enorme forma verde se materializó en la niebla. Al principio Tyrande creyó que Eranikus había acudido a su rescate, pero luego el dragón que aterrizó entre el Señor de la Pesadilla y el trío resultó ser una temible criatura cuya misma expresión bastaba para revelar la profundidad de su corrupción.

Lethon inclinó la cabeza en dirección al árbol.

—He venido como me has ordenado…

—Prepáralos… pronto llegará… y con su venida… el poder de la Pesadilla estará completo…

El gran dragón sonrió maliciosamente al trío.

—Vengan, mis pequeñas mascotas… Emeriss nos espera…

La magia del dragón se los llevó a los tres.

* * *

Malfurion volaba por el aire, que estaba ahora tan cubierto por la niebla que rodeaba la isla como a todo lo demás. El Señor de la Pesadilla ya no tenía motivo para mantener ignorante a Darnassus de la extensión del peligro ahora que Fandral había caído.

El Archidruida se inclinó a un lado. Teldrassil se extendía por debajo de él. No lo podía ver en su totalidad, pero veía la parte central, que era donde estaba concentrándose.

Para entonces, los otros druidas tenían que estar preparados. Tenían que estar preparados.

Hamuul… Broll… Aunque nombró a los dos, Malfurion alcanzó a todos y cada uno de los druidas en o cerca del Árbol del Mundo. Le respondieron rápidamente.

Vamos a curar a Teldrassil, les informó.

Muchos se asombraron, especialmente después de la traición de Fandral, pero no dudaron en seguir sus instrucciones, dado que se trataba de Malfurion.

Malfurion descendió y aterrizó en lo que sabía que era el punto central del árbol. Allí se transformó. El aire era helado, pues se encontraba incluso por encima de los bosques que crecían en lo alto del árbol. Pero lo único que le importaba en ese momento era su plan.

Estirando las manos hacia delante como para abarcar la vasta copa, el Archidruida reforzó su vínculo con los otros.

Que lo que es la vida de Azeroth nos guíe para erradicar la corrupción…

En su mente podía ver a los otros druidas imitando sus movimientos. Malfurion se puso en contacto con Teldrassil. El Árbol del Mundo estaba lleno de corrupción, pero no estaba más allá de toda salvación. Buscó el núcleo de lo que quedaba sano, un lugar enterrado no en su gigantesco tronco, sino en la profundidad de sus raíces.

Malfurion animó a esas raíces a crecer, a excavar más profundamente. Se hundieron más, alcanzando las partes más primitivas de Azeroth… y las más puras.

Aliméntate y sánate…, le dijo al Árbol del Mundo. *Aliméntate y sánate…*

La reacción fue lenta, tal como esperaba. Malfurion siguió insistiendo. Habiendo estado enfermo tanto tiempo, Teldrassil necesitaba que lo forzasen.

Al fin notó que Teldrassil empezaba a moverse. Con los druidas ayudándolo, el Árbol del Mundo empezó a alimentarse. Azeroth le proporcionaba la sustancia, como hacía con todas las formas de vida que había en él. Teldrassil se robusteció.

El esfuerzo era agotador para los druidas. Malfurion sudaba a pesar del aire frío y sabía que sus seguidores también estaban sufriendo. Sin embargo, nadie daba señales de abandonar, lo que lo llenaba de orgullo por cada uno de ellos.

Lo que hubiese llevado muchos años, lo que incluso ellos habían creído que era imposible para el Árbol de Mundo original, Nordrassil, estaba ahora teniendo lugar en Teldrassil. De repente surgió una maravillosa corriente de vida…

De la copa llegó una cacofonía de crujidos ensordecedores. Malfurion se temió al principio que los esfuerzos de los druidas hubiesen sido demasiado para el agotado árbol y que todas las ramas enfermas estuviesen a punto de caer. Pero no cayó ninguna. De hecho, aquellas que podía ver, incluso las más dañadas, empezaron a curarse. Las grietas se sellaban sin dejar rastro. Lo que Malfurion había oído eran las ramas recolocándose en su sitio.

Y, allí donde sanaban las ramas, aparecían al instante nuevos brotes. Por todas partes brotaban capullos que, sin dudarlo, se convertían en hermosas hojas.

Sin embargo, la curación no se daba solo en la superficie. El Archidruida sintió una oleada de energía a través de Teldrassil que venía de las raíces, y se elevaba hasta la copa y hacia cada una de las ramas. El Árbol del Mundo, a su vez, alimentaba a los muchos árboles más pequeños y a las otras plantas que crecían sobre él… hasta que todo estuvo curado.

Todo parecía haber terminado, pero los druidas no frenaron sus esfuerzos, pues Malfurion no se los había dicho. Aunque él y el resto ya estaban agotados, Malfurion registró el Árbol del Mundo con sus agudos sentidos.

No encontró ningún rastro del mal. Con alivio, les dio permiso a los otros druidas para que dejasen el hechizo.

Malfurion deshizo el vínculo tras decirles a los demás que se tomasen un momento de descanso. A pesar de todo lo que estaba ocurriendo, los druidas resultarían inútiles si no se recuperaban. Incluso él se atrevió a respirar profundamente antes de transformarse en cuervo de tormenta y volver a echar a volar.

El rápido y maravilloso éxito de su labor también le dio nuevas fuerzas. El Archidruida se elevó para ver mejor cuanto podía del renovado árbol… y luego dudó cuando una gran forma reptilesca surgió de la densa niebla. Por un momento, pensó que quizá Ysera había escapado y venía hasta él.

Pero, aunque era un dragón de inmensas proporciones, inmediatamente vio que no era verde… sino carmesí.

Solo había un dragón rojo tan enorme…

—¡Archidruida! —El leviatán hembra rugió—. ¡Te reconozco a pesar de esa forma que llevas! ¡Eres Malfurion Stormrage!

La dragona inclinó la cabeza.

—¡Te creía perdido!

El Archidruida bajo hasta la copa del Árbol del Mundo y aterrizó. Volviéndose a transformarse en un elfo de la noche; Malfurion gritó:

—¡Alexstrasza! ¡Gran Vinculadora de Vida! ¡Hermana de Ysera! ¿Traes noticias de la fuga de Ysera?

Su deslumbrante rostro se torció en una mueca de tristeza.

—¡No, mortal, no! ¡Que lucha aun estando cautiva es todo lo que tengo para mantener el ánimo! ¡Vengo porque he notado un gran crecimiento de vida en un momento de peligro! Era tal que no pude evitar venir a verlo… ¡y parece que tú eres la fuente! —Alexstrasza miró a Teldrassil—. ¡Y qué hazaña, Malfurion Stormrage!

—¡Teldrassil tenía que ser curado, Vinculadora de Vida! ¡Incluso aunque lo plantasen contra nuestros deseos, ahora es una de las fuerzas más poderosas que le quedan a Azeroth!

—Así es… así es… —La expresión del Aspecto era de cautela. Obviamente muchos pensamientos cruzaban por su mente—. Incluso aunque se hizo sin la bendición de ningún Aspecto, es una visión hermosa y orgullosa, lo admito…

En ese momento, el Archidruida se sintió un poco mareado. Tuvo que esforzarse para no caer.

El gran dragón miró de cerca a la diminuta figura.

—Malfurion Stormrage, mientras estabas ayudando a todo el mundo, ¿no has descansado?

—No… no hay tiempo suficiente…

La dragona roja pasó la mirada de él al árbol y luego volvió a mirarlo a él. Tras un momento, dijo:

—Debe haber tiempo para esto.

Alexstrasza estiró la mano y tomó al Archidruida en la palma. Luego se alzó cada vez más, tanto que al fin era visible toda la copa del árbol. Malfurion, aún agarrando la pequeña rama, sacudió la cabeza, incrédulo al estar a tal altura. Él no podría haber volado tan alto.

—He tomado una decisión —declaró el Aspecto con una voz atronadora—. ¡Aunque ni yo ni los otros bendijimos este árbol en sus comienzos, ahora se necesita una bendición!

Extendió las alas, y un glorioso y cálido resplandor irradió de ella. La Vinculadora de Vida sonrió hacia Teldrassil como habría lecho hacia cualquiera de sus hijos.

—¡Que esta bendición alcance a Teldrassil y todo lo que hay sobre él! —ordenó la dragona roja—. ¡Y que también cree una nueva esperanza y un nuevo comienzo para nosotros!

El fulgor color rojo dorado se extendió de Alexstrasza hacia la copa. Con una asombrosa velocidad, bajó por el tronco y más allá de la vista de Malfurion.

Y con eso… estaba hecho. Teldrassil no estaba solo curado… ahora también estaba bendecido, aunque solo por la Vinculadora de Vida. Pero esa sola bendición significaba mucho.

Alexstrasza voló en círculos alrededor del Árbol del Mundo. La transformación era completa. El glorioso fulgor se apagó, pero no desapareció de Teldrassil.

—Hecho… —declaró—, ¡y en el momento justo!

—¿Por qué? ¿Qué está pasando ahora?

—¿No lo has notado? ¡La Pesadilla está cerrando todos los caminos que conducen a ella! ¡Ahora que puede llegar hasta Azeroth, está evitando que nadie pueda llegar físicamente hasta ella! ¡Como druida, deberías poder notarlo! ¡Los portales se están cerrando uno detrás de otro!

—Los portales… —Malfurion cerró los ojos por un instante y notó que aquello era cierto. Eso le hizo pensar en otra cosa—. ¿Qué hay de los dragones verdes? ¿Los dragones de Ysera no pueden evitar que ocurra eso?

—¡Siguen luchando en la Pesadilla, pero sus posibilidades disminuyen, igual que las de los pocos que quedan luchando a su lado! No tienen ni tiempo ni fuerzas para enfrentarse a eso…

El elfo de la noche jadeó.

—¡Darnassus!

El Aspecto lo miró.

—¿Darnassus?

—¡El portal que hay ahí! ¡Estaba abierto cuando me fui! Quizás…

Sin decir otra palabra, la Vinculadora de Vida se dirigió hacia la capital. Su velocidad era tal que en un momento vieron la ciudad. Alexstrasza viró a la izquierda y luego se dirigió a lo que quedaba de los Jardines del Templo.

Aterrizó y soltó al Archidruida. Mirando rápidamente a su alrededor, Malfurion vio a Broll, Hamuul y a algunos de los otros druidas que corrían hacia él. Además de ellos un puñado de centinelas, incluida Shandris, también estaban allí. Miraban asombrados a la dragona.

—¡Shan'do! —gritó Broll mientras corría—. Teldrassil está… ¡entero!

—Ojalá se pudiese decir lo mismo de Darnassus —murmuró Shandris uniéndose a los que se arremolinaban alrededor de Malfurion—. O del resto de Azeroth.

El Archidruida frenó más comentarios.

—¿El portal? ¿Están todos a salvo? ¿Sigue funcio…?

Mientras hablaba, Malfurion volvió a sentirse mareado. La oleada de adrenalina desaparecía. Broll y Hamuul tuvieron que sujetarlo.

Pero, mientras Malfurion se esforzaba por recuperarse, sintió de repente una presencia reconfortante, una que no había sentido nunca. Era semejante a algo que el Archidruida había creído perdido para siempre… que fue lo que le permitió identificarlo.

Teldrassil se estaba poniendo en contacto con él. Del mismo modo que había curado al árbol, ahora el árbol se ofrecía a Malfurion. No solo había desaparecido el mal sino también el toque de Fandral. El Árbol del Mundo estaba casi como hubiese sido si Malfurion hubiese guiado su creación.

—¿Lo sabes, entonces? —oyó gruñir a Shandris—. ¡Se selló en cuanto el árbol estuvo curado! Al principio creíamos que era cosa tuya, pero…

—La Pesadilla está sellando todos los caminos físicos hacia el Sueño —les informó la dragona roja—. Así que aquí también es demasiado tarde.

Malfurion, mientras se le despejaba la cabeza, no dijo nada. Al tocarlo, Teldrassil también le había revelado al Archidruida algo muy interesante.

Malfurion se estiró.

—El Enclave…debemos ir allí.

Sin esperar, el Aspecto lo tomó no solo a él, sino a los que estaban con él, Broll y Hamuul. Para ella era fácil transportarlos la corta distancia hacia el Enclave y volver a aterrizar.

El sagrario de Fandral yacía en ruinas, y las lianas que protegían su morada estaban muertas. No había nada en ellas que pudiera haberse salvado; habían sido el resultado de la obra del enloquecido Archidruida combinada con la maldad de la Pesadilla.

—¿Es aquí donde Fandral ha vivido siempre?

—No —replicó Broll—. Al principio, escogió la cámara superior del árbol más grande. Aquél de ahí.

El elfo de la noche señaló una zona no lejos, hacia la derecha.

—Pero, hace poco tiempo, creó esto de repente.

Malfurion asintió.

—Eso confirma lo que sospechaba. Solo necesitaré un momento. —Le dio la ramita a Broll—. Cuida un momento de esto, pero ten cuidado.

—Entiendo, Shan'do —murmuró Broll.

Malfurion elevó los brazos en mitad del enclave. El tiempo era esencial, y rezó para que lo que iba a intentar no le llevase mucho. También rezó por no equivocarse en sus suposiciones.

Aunque estaba en pie, el elfo de la noche entró en trance de meditación. Su larga experiencia le permitía alcanzar rápidamente el estado que deseaba, un lugar entre los mundos físico y onírico. Se arriesgaba a quedar vulnerable a la Pesadilla y a Xavius, pero también se abría a lo que le ofrecía Teldrassil.

Se comunicó en mente y alma con el Árbol del Mundo… y el árbol le dio la bienvenida. Sentir su gentil caricia emocionó y entristeció por igual al Archidruida. Rezó por la recuperación de Teldrassil, por la de todo Azeroth, si el mundo sobrevivía a ese ataque.

Teldrassil rezó con él.

El elfo de la noche abrió sus defensas para el árbol. Si aún quedaba algún rastro oculto de la maldad de Xavius, Malfurion también se había abierto a su enemigo.

Pero lo único que sintió fue el maravilloso calor de Teldrassil. Todo el sufrimiento, la falta de alimento y descanso, comenzaron a disminuir. Malfurion sonrió.

Una parte primitiva de Malfurion quería escapar hacia Teldrassil, convertirse en parte de él y abandonar su existencia mortal. Ese era un riesgo que corrían siempre los druidas, imbuirse de tal modo en la gloria de la naturaleza que su propia existencia palidecía en comparación.

Pero el rostro que siempre emocionaba al corazón y al alma de Malfurion más que su deseo lo devolvió a la cruda realidad.

—Tyrande… —susurró para sí.

Teldrassil pareció hacerse eco de ese sentimiento, pues sus hojas se sacudieron aunque no soplaba el viento y Malfurion habría jurado que el ruido que hacían era parecido al nombre de la Suma sacerdotisa.

Malfurion no sabía cómo podría salvar a Tyrande. Solo se le ocurría una posibilidad.

La Vinculadora de Vida era la única que quedaba con él. Malfurion nunca se atrevería a pedirle a un Aspecto que se fuese. Pero Alexstrasza permanecía pacientemente en silencio, habiendo decidido aparentemente que las acciones que importaban ahora eran las del elfo de la noche.

Se agachó, colocando una mano en el suelo ante el sagrario. Malfurion habló con Teldrassil y le pidió que lo ayudase a revelar la verdad.

El poder fluía tanto del Archidruida como del árbol. El dañado edificio tembló. Las anteriormente letales lianas se volvieron ceniza, y todo lo que

había dispuesto Fandral se vino abajo. El sagrario tomó una nueva forma, convirtiéndose en algo familiar pero a la vez asombroso.

—¡Imposible! —murmuró Broll.

Levantándose, Malfurion se acercó hacia su descubrimiento. Había notado su presencia. Sabía que estaría ahí, a pesar de que no debería estar.

En secreto, Fandral había creado su propio portal al Sueño Esmeralda.

Era sencillo, y su forma redonda estaba enmarcada por ramas sinuosas y piedras. Unos poderosos hechizos se lo habían ocultado a los demás.

—Sigue abierto… —dijo Alexstrasza.

Malfurion asintió y luego llamó con su mente a los otros druidas. *Amigos míos… vengan al Enclave.*

Los druidas llegaron un instante después. Todos se asombraron por lo que había hecho Fandral, pero Malfurion no podía darles tiempo para que asimilasen su presencia.

—Todo depende de nosotros —les dijo Malfurion a los demás—. Debemos lanzar el último ataque contra la Pesadilla, para esto es para lo que nos ha preparado nuestro oficio. Un mal busca a Azeroth; siendo los que cuidamos de los bosques, las llanuras y las demás tierras que son sus jardines y alentamos el don de la vida que es su fruto… debemos acabar con esta plaga…

Los druidas reunidos se pusieron rodilla en tierra ante él e, incluso cuando les hizo gestos de que se levantasen, permanecieron en esa respetuosa posición.

—¿Qué quieres que hagamos? —preguntó solemnemente Broll, que parecía ser el portavoz de los demás.

—Lo que no debería pedirles. Los necesito… y sí, a todos aquellos que aún podamos reunir, sean druidas o no… para marchar hacia la Pesadilla a través del que posiblemente sea el último portal abierto en Azeroth…



CAPÍTULO VEINTICUATRO
REUNIENDO A LAS HUESTES

Tyrande, Lucan y Thura se vieron depositados en un valle oscuro. A su alrededor oían los incesantes chillidos y gritos de las víctimas de la Pesadilla que al mismo tiempo sufrían y servían a Xavius. El suelo se movía con las oscuras alimañas de la Pesadilla.

—Mira lo que te he traído… —le dijo Lethon a la niebla.

Un gran jirón de niebla se fundió para convertirse en la putrefacta figura de Emeriss. El otro dragón sonrió ante los prisioneros que le mostraba.

—Tan enteros… tan impolutos… —susurró Emeriss—. ¿No será divertido jugar con ellos?

—Ya sabes lo que desea el amo.

A Emeriss no le gustó que la regañasen.

—¡Por supuesto que sí!

Tyrande escuchaba esto con creciente consternación. Pero estaba más preocupada por los otros y por Malfurion, allá donde estuviese. Estaba segura de que estaba haciendo lo que podía para luchar contra la Pesadilla, aunque, ahora que Alexstrasza era también esclava de Xavius, las posibilidades de victoria eran inexistentes.

¿O la Vinculadora de Vida no era en realidad su esclava? Tyrande recordaba la imagen y también la malicia de la Pesadilla. La visión había sido demasiado fugaz. ¿Por qué ocultársela a ellos? ¿Por qué esconder rápidamente a Alexstrasza de su vista?

A menos que la imagen de la dragona roja prisionera hubiese sido una ilusión planeada para quitarles la esperanza.

La Suma sacerdotisa apretó los puños. No era la primera vez que había caído presa de la Pesadilla.

—El hacha primero —ordenó Lethon.

Las palabras del dragón corrompido le llamaron la atención a Tyrande, y se preguntó por qué el arma había estada hasta ahora en las manos de la orca. Y, más importante aún, sin duda Xavius debería habérsela quitado a Thura en cuanto el grupo estuvo ante su sombra. Después de todo, siendo lo que era ahora, el Señor de la Pesadilla sin duda no desearía que ninguno de sus enemigos la tuviese delante de él.

De nuevo Tyrande pensó en la visión de Alexstrasza. Todo estaba planeado para crear la desesperación en los defensores del Sueño… quizás en gran parte por esa misma arma.

Emeriss miró fijamente a la orca. Thura agarró con fuerza el hacha, obviamente nada dispuesta a soltarla. La esgrimió ante la dragona que, notó Tyrande con interés, se aseguró de no acercarse demasiado a ella.

¡Tiene que ser eso!, decidió la Suma sacerdotisa.

—¡Ese juguetito no te va a ayudar! —siseó Emeriss. La dragona siguió mirando a Thura, a quien empezaban a temblarle las manos.

—¡El hacha es mía! —gruñó la orca.

—Ya no… —interpuso Lethon, mirando a Thura.

A la orca se le cerraron los ojos. Temblando, cayó sobre una rodilla. Las manos le temblaban violentamente, pero seguía sin soltar el hacha.

La Suma sacerdotisa sabía lo que le estaban haciendo a Thura. La atacaban con los poderes oníricos de su raza. Thura estaba sufriendo pesadillas personales una y otra vez, todo para que soltase el arma.

El arma.

—Lucan… el hacha… —le urgió quedamente Tyrande.

Él la miró, vio hacia dónde miraba ella y, a pesar de un dejo de inseguridad, se movió.

Tyrande miró en su corazón y le rezó a Elune, alcanzando lo que le había hecho desear convertirse en una de las acólitas de la Madre Luna. Recordó la palidez, la belleza de la luz de la luna sobre ella y cómo sabía que con ella podría ayudar a otros.

El brillo plateado se materializó sobre ella.

—¡Pequeña necia! —escupió Emeriss. Lethon gruñó y también se volvió hacia la elfa de la noche.

Lucan agarró a Thura. La orca entendió inmediatamente lo que pretendía el humano.

Hombre y orca se desvanecieron cuando Lucan los sacó de la Pesadilla hacia Azeroth. Pero antes de hacerlo la sombra de una rama pasó sobre ellos. Nadie, ni siquiera la Suma sacerdotisa, se dio cuenta.

Tyrande seguía allí. No se le había pasado por la cabeza huir con los otros. Los dragones se habían confiado demasiado con su poder y se habían concentrado en arrebatarle el hacha a Thura. Ambas cosas habían jugado a su favor a la hora de conseguir la libertad de la orca y de Lucan.

Pero una fuerza terrible la golpeó. Tyrande cayó entre los bichos, que rápidamente se echaron sobre ella. Se los quitó de encima y se encontró con la cabeza cubierta de pus de Emeriss delante de ella.

—Gracias por cumplir tu parte… —rio la monstruosa gigante.

Lethon se unió a ella en su siniestra risa. Mientras Tyrande se levantaba, vio que, aunque sus compañeros habían logrado huir, habían dejado algo atrás.

—¡Tu esfuerzo ha sido valiosísimo! —se burló Lethon—. La distracción quebró la concentración de la orca y le hizo abrir la mano el tiempo suficiente en el momento adecuado… cuando ella y el humano estaban entre los dos reinos…

A unos metros delante de Tyrande y medio abierta por las hambrientas alimañas, se encontraba el hacha que había pertenecido a Brox. Y sobre ella colgaba la sombra de una esquelética rama.

* * *

Nadie protestó la decisión de Malfurion. Todos confiaban en él. En lo que no confiaban tanto era en lo que se había construido delante de ellos sin que lo supieran.

El portal se alzaba en lo que había sido la parte trasera de la guarida de Fandral. No era ni tan grande, ni tan adornado como los otros creados para llegar al Sueño Esmeralda, pero las fantásticas energías que giraban dentro de él decían que estaba abierto… un rayo de esperanza por lo que concernía a Malfurion.

—¿Cómo pudo construir esto sin que lo supiéramos? —preguntó un druida.

—Había muchas cosas que los distrajeron —dijo Malfurion, disculpándose, pensando en todo lo que había provocado su búsqueda en el Sueño Esmeralda—. Pero estemos agradecidos por una: el portal sigue abierto…

Broll lo miró con cautela.

—¿Pero seguirá abierto para lo que pretendes?

—Yo… me encargaré de que sí.

Incluso Malfurion se sorprendió de oír decir esto a la Vinculadora de Vida. Más sorprendente aún era el aspecto que tenía ahora Alexstrasza. Caminó entre los druidas con su forma élfica, y pequeñas llamas brotaban de su larga melena carmesí. Caminaba como una reina y una madre, mirando con confianza y fe a los druidas mientras pasaba entre ellos. Aunque Ysera era su patrona, Malfurion y los demás reconocieron sin titubeos su respeto por Alexstrasza.

—Gran Vinculadora de Vida, esto no es… —empezó a decir Malfurion.

—No lo cuestiones. —La ardiente figura se acercó hasta el portal—. En este momento, la Pesadilla está notando que se ha descubierto el portal de su peón.

Alexstrasza no se detuvo hasta que llegó delante de las energías que giraban. La Vinculadora de Vida miró dentro del portal.

El llameante fulgor que rodeaba su cuerpo se intensificó. Se adentró en el portal. Hubo un destello de llamas dentro, y todos fueron conscientes de que, si había habido algo al otro lado, habría quedado completamente incinerado.

—Nada lo atravesará y nada podrá sellar este portal desde el otro lado —declaró en un tono que no admitía dudas—. El portal permanecerá abierto, Malfurion Stormrage… Yo me encargare de ello.

El Archidruida asintió sombríamente.

—¡Entonces no hay más motivos para dudar! Hamuul, creo que necesitaré tu ayuda… y también la tuya, Broll. En cuanto a los demás; ya saben qué tienen que hacer…

Los druidas comenzaron a dividirse para llevar a cabo las tareas asignadas. Muchos se reunieron cerca del portal. Otros tomaron cuerpos más veloces y salieron rápidamente del Enclave.

Malfurion se sentó en medio de los druidas, con Hamuul y Broll arrodillados a cada lado de él. Malfurion cerró los ojos, pero, antes de empezar su meditación, les dijo:

—Necesitaré toda su fuerza y su cautela. Me disculpo por el peligro que pueda hacerlos pasar.

El tauren resopló, y Broll gruñó.

—¡He luchado como gladiador durante años, pero prefiero luchar a tu lado de este modo!

Agradecido por su lealtad y sacrificio, Malfurion se retiró a su interior. Necesitaba alcanzar a algunos de los otros, los que pudieran estar a su lado… suponiendo que quedase alguno. Exigiría un tremendo sacrificio a cada uno de ellos y posiblemente solo serviría para que la victoria de la Pesadilla fuese mucho más completa.

Pero ya no quedaban otras opciones.

A Malfurion no le resultaba difícil alcanzar el estado que necesitaba a pesar de la presión que lo rodeaba. El Archidruida sintió que los vínculos entre su forma astral y su cuerpo físico se deshacían. No resultó un gran esfuerzo deshacerse de su forma mortal y elevarse sobre Broll y Hamuul.

Aunque no podían verlo, ambos miraron hacia arriba por instinto. Malfurion se puso en contacto con ellos mediante el pensamiento, informándoles de sus intenciones y buscando la ayuda que pudieran ofrecerle al respecto de ciertas cosas.

Entonces Malfurion intentó algo que no había hecho antes. Era su mejor probabilidad de alcanzar de los que aún podían ayudar a Azeroth. El Archidruida llegó hasta Teldrassil y, a través de Teldrassil, hasta Azeroth, aprovechando el hecho que, sin importar dónde estuviera, sería parte del mundo.

Y Teldrassil y Azeroth le dieron lo que buscaba.

Malfurion dejó escapar un grito ahogado cuando de repente vio todo el mundo al mismo tiempo. Era casi demasiado. Malfurion entendió que, de haber sido cualquier otro mortal, se habría vuelto loco al fragmentarse su mente en un millón de pedazos y más. Había cosas que ni sabía que existían y cosas en la periferia que lo llenaron de temor, males antiguos encerrados en el mundo que tenían algo familiar, pero que ignoró mientras miles de otros asuntos pedían su atención. Con tantas cosas, desde las grandes a las diminutas, asaltándolo, hasta él tenía que esforzarse por mantener tanto la concentración como la cordura.

De nuevo, extrajo sus fuerzas del Árbol del Mundo y de Azeroth El peligro de perderse para siempre desapareció. Malfurion miró su mundo asediado y encontró a aquellos a los que buscaba.

No eran tantos como esperaba, pero entre ellos encontró a aquellos que eran esenciales para su plan.

* * *

Varian miró a sus sitiadas tropas. Sabía que aún había partes aquí y allá por la capital y quizá más allá que todavía resistían, pero cada vez eran menos. Eso no le sorprendió, pues las armas eran inútiles. Básicamente, él y sus hombres tenían que huir, un acto innoble, aunque necesario.

El fuego parecía ralentizar a las horribles hordas, al menos en parte. La nueva oleada de terror, los sonámbulos, suponían por una parte un impacto mucho mayor, pero también eran un enemigo contra el que se podía luchar físicamente. El único problema eran las dudas por hacerle daño a un inocente, incluso aunque ese inocente te estuviese atacando con saña.

Pero la desesperación había provocado que más de un soldado de las decrecientes tropas de Varian hubiese derramado sangre, y él mismo había tenido que repartir fuertes golpes.

Varian… Rey de Ventormenta…

Solo debido al tono calmado y reconfortante de la voz supo Varían que no estaba cayendo ante el poder de la Pesadilla. Esta no ofrecía calma; parecía arrastrar inmediatamente a sus víctimas a sus miedos.

Varian… camarada de Broll Bearmantle… Soy Malfurion Stormrage.

Inmediatamente se detuvo. Aunque Varian no conocía al famoso Archidruida, como muchos líderes de la Alianza y la Horda, conocía el papel de Malfurion como líder de los druidas; los esfuerzos de los druidas habían sido críticos para vencer la batalla del monte Hyjal y, por lo tanto, la Tercera Guerra. Varian no había estado entonces en Kalimdor, pero había oído la historia con muchos detalles.

Que el Archidruida ahora hablase en la cabeza del rey no era sorprendente. Sin embargo, por bienvenida que fuese en ciertos aspectos la presentía de Malfurion. Varian tenía poco tiempo que dedicarle. Todo se estaba volviendo aún más desesperado.

—Quieras lo que quieras, será mejor que hables deprisa… —murmuró en voz baja el Rey de Ventormenta para que sus soldados no se preocupasen de que les estuviese hablando a las sombras.

Varian, necesito que dirijas a los que van a atacar a la Pesadilla allí donde es más vulnerable… dentro del Sueño Esmeralda…

—¡No dejaré Ventormenta!

Sin darse cuenta. Varian había elevado la voz. Algunos de sus soldados lo miraron y volvieron a su frenética lucha.

Todos deben abandonar lo que aman si esperan poder salvarlo…

Varian apretó los dientes.

—Maldito seas… pero ¿cómo salimos de aquí y dónde vamos, incluso aunque consigamos salir?

No hay necesidad de irse… lo único que tienes que hacer es seguir mis instrucciones…

Un sonámbulo aullante se lanzó contra el Rey. Era uno de sus sirvientes personales. Los ojos del hombre estaban cerrados, y su cara estaba contorsionada por un grito tan terrible que parecía que se le había desencajado la mandíbula. Varian no le prestó atención a lo que gritaba. Todos los sonámbulos sufrían pesadillas en las que intentaban atacar a quienes los atormentaban… que siempre eran los defensores de la ciudad.

Varian intentó golpear al enloquecido hombre en la sien con la parte plana de la espada. A los sonámbulos se los podía noquear así. Aunque generalmente hacía falta mucho más que un golpe.

Pero el sirviente cambió de posición repentinamente. En lugar de con lo plano, Varian cortó profundamente con el filo.

De la herida brotó sangre. El sonámbulo herido cayó sobre el Rey. Uno de los soldados le quitó inmediatamente de encima al moribundo, pero el Rey de Ventormenta no se percató. Lo único que sabía es que al fin había matado a uno de sus súbditos, otra pesadilla a añadir a las que ya sufría.

—¡Sea lo que sea lo que hagas, hazlo, entonces! —le gruñó al invisible Malfurion—. ¡Y hazlo deprisa!

El Archidruida le dijo qué hacer. Varían parecía incrédulo, pero luego se rindió a las indicaciones de Malfurion.

—¡Suelten las armas! —les gritó a los otros—. ¡Da la señal de no combatir!

Tendré que usar cierta fuerza…, añadió Malfurion. *Necesitaré empezar contigo, será mejor para que alcances a los demás*

—¡Espero que sepas lo que estás haciendo! Hemos estado tomando una poción para evitar…

Eso no importará. Mi hechizo lo anulará todo…

El Rey gruñó. Mientras sus aturdidos soldados miraban, Varian cerró los ojos con desgana…

E inmediatamente se quedó dormido.

* * *

Por encima del resto del norte de Mulgore, situada en los altos acantilados cerca de la Sierra Espolón, se encuentra la ciudad de los tauren. Hasta la construcción de Cima del Trueno, todos los tauren llevaban una

vida nómada. Solo recientemente, tras la expulsión de los centauros merodeadores de sus tierras, el pueblo de Hamuul había establecido por fin un asentamiento comparable a Orgrimmar, Ciudad de Ventormenta y las otras capitales de Azeroth.

Cuatro colinas componían Cima del Trueno, la mayor y más populosa en el centro. Los grandes tótems de los tauren se veían sobre estructuras que recordaban mucho el pasado de la raza como nómadas perpetuos. Incluso las grandes casas estaban construidas como las largas estructuras de madera que usaban las tribus para las estaciones invernales, mientras que los domicilios más pequeños tenían la forma de las puntiagudas tiendas de madera y pieles de animales que durante generaciones habían servido diariamente a los nómadas.

Los tauren habían escogido la localización por motivos estratégicos. Las colinas les proporcionaban una gran defensa contra la mayoría de los enemigos. Sin embargo, ni siquiera los acantilados ofrecían protección alguna contra un enemigo que era parte de ellos mismos…

Baine Bloodhoof, hijo del gran cabecilla tauren Cairne, esto lo sabía muy bien… ahora. Con un hacha en una mano y una lanza corta en la otra, se encontraba en la vanguardia de una banda de guerreros que bloqueaban el puente que llevaba a Alto Mediano, donde hasta hacía poco los mercaderes habían prosperado. Alto Mediano era todo lo que quedaba defendido en las partes norte y este de Cima de Trueno. Los horrores se habían apoderado de lo demás, aunque quedaban diminutos puntos de resistencia.

El hijo de Cairne atacó con la lanza a una figura tambaleante que se encontraba unos pocos metros delante de él, intentando contenerlo sin matarlo. Baine conocía al otro tauren, un antiguo camarada llamado Gam. Habían luchado juntos contra los centauros. Ahora Gam, con los ojos cerrados y farfullando algo sobre los merodeadores cuadrúpedos, intentaba matar al hijo de Cairne como si él fuese un centauro.

Gam seguía atacando. Al final, Baine no tuvo elección y le clavó la lanza a Gam en el pecho. Su abrigo marrón oscuro y su melena negra ya estaban salpicados de sangre a pesar de la guarda de piel que llevaba sobre los hombros, giba y brazos.

Con un gruñido, el tauren sonámbulo soltó el arma y cayó del puente de cuerda. Su cuerpo se desplomó hacia las llanuras de abajo.

Afortunadamente, desapareció en la maldita niebla y le ahorró a Baine ver cómo se destrozaba el cadáver de su amigo.

Los elevadores no estaban lejos, pero descender no tenía sentido, Los exploradores que había enviado Baine antes no habían vuelto, aunque deberían haberlo hecho hacía tiempo. Eso probablemente significaba que los habían derrotado y ahora eran parte de la amenaza.

El puente se movió al paso de más sonámbulos.

—¿Qué hacemos? —preguntó uno de sus guerreros.

Los tauren eran de naturaleza estoica, pero esta batalla los tenía preocupados y con los ojos de par en par… lo que hacía que se viese mejor el rojo en sus ojos por la falta de sueño.

Ojalá me guiases en esto, padre, pensó Baine. Pero el anciano Cairne se encontraba entre los primeros durmientes, y Baine no podía evitar pensar que eso había ocurrido por algún motivo. La mayoría de los tauren no se podían imaginar la vida sin su venerable cabecilla, especialmente Baine.

Resoplando, el hijo de Cairne tomó una decisión. Solo le conseguiría un poco de tiempo, pero no había otra elección. Rezó por los inocentes a los que estaba a punto de enviar a la muerte.

—¡Corten las cuerdas! —ordenó Baine.

—¿Las cuerdas? —El otro tauren parecía consternado.

—¡Córtenlas! —repitió Baine, levantando su hacha por encima de la cuerda que tenía más cerca.

En ese momento, oyó una voz en su cabeza.

Baine Bloodhoof… soy el Archidruida Malfurion Stormrage, amigo de Hamuul Runetotem… Te ofrezco una esperanza… para nosotros…

Baine les dio las gracias a sus ancestros y, sin importarle lo que pensaran los otros, dijo:

—Cuéntamela… y deprisa…

* * *

Una pregunta que hacía tiempo que inquietaba a Malfurion fue respondida durante sus visitas a los sitios más lejanos de Azeroth. Qué estaba pasando en Dalaran. Su primer vistazo al reino de los magos lo sobresaltó, pues todo el reino de Dalaran no estaba donde debería haber estado. Ahora flotaba en el aire.

En general, los elfos de la noche no tienen una gran consideración por los magos y otros hechiceros arcanos, pero Malfurion, que conocía a los magos mejor que muchos de su raza, había actuado junto a ellos en el

pasado con cautelosa confianza. Animado por el despliegue de sus increíbles habilidades, buscó llegar a ellos, especialmente a Rhonin, a quien había conocido hacía diez mil años, pero descubrió que incluso Dalaran había caído presa de la Pesadilla.

De hecho, Dalaran había caído especialmente. Los primeros vistazos de Malfurion no revelaron más que el vacío envuelto en la niebla. Al entrar en algunos de los edificios de extrañas formas, se topó con los primeros durmientes. Yacían allí por docenas, algunos en sus camas, otros donde los había llevado el agotamiento.

Y en una de esas camas encontró no solo a Rhonin, sino a la compañera del Archidruida, la elfa noble Vereesa. Aunque Malfurion no la conocía, sabia de ella por las palabras de Rhonin. Estaban atrapados durmiendo. Sus caras mostraban que su sueño estaba, como el de todas las demás víctimas, atrapado en los horrores de la Pesadilla.

No había sonámbulos, aunque Malfurion sentía que muchas de las víctimas estaban a punto de convertirse en uno. Pero un hechizo las contenía allí donde se encontraban… y finalmente descubrió su fuente en la Ciudadela Violeta.

El poderoso edificio se elevaba sobre todo lo demás. Su forma básica era la de una enorme torre con añadidos en forma de cono flanqueando la base. Mucho más arriba del resto de la ciudad, el puntiagudo extremo estaba rodeado por una formación circular que mantenían en su lugar unos poderosos hechizos.

Ignorando esto y las incontables agujas de punta púrpura de debajo, Malfurion tocó a los que se encontraban dentro. Un nombre se le vino inmediatamente a la mente, una maga anciana llamada Modera. La imagen de una mujer de fuerte carácter con pelo cano corto y un ligero y perpetuo ceño se le apareció a Malfurion. Llevaba no los elaborados ropajes azul y violeta que señalaban al comité de gobierno, los Kirin Tor, sino una armadura gris y azul.

El Archidruida…, respondió ella con gran agotamiento. *Bueno, no todo Azeroth ha caído…*

Su sorpresa porque lo hubiera reconocido al instante quedó apagada por su segunda frase. Los magos de la cámara estaban completamente aislados del mundo exterior.

Es todo lo que podemos hacer para evitar que nuestros hermanos vuelvan a alzarse… apenas nos dimos cuenta a tiempo… perdimos a los

que quedaban en nuestro bando cuando aparecieron los primeros sonámbulos…

Ella había respondido su pregunta antes de que él pudiese formularla. Los magos que quedaban en Dalaran no se unirían a su plan. Hacían cuanto podían por evitar que los mejores de ellos se uniesen al ejército de las tinieblas de la Pesadilla.

Malfurion le contó a Modera lo que le había contado a Varian. Modera asintió, aunque no parecía confiar demasiado en él. *¿Has hablado con otros magos más allá de Dalaran?*

Sí.

Ella asintió. Modera estaba obviamente agotada, como la docena de hechiceros que estaban con ella en otras partes de la ciudadela. *Que ellos puedan ayudarte… Y que la buena suerte guíe tus esfuerzos… Me temo que lo que planeas es nuestra última oportunidad…*

Malfurion rompió el contacto con ella. Esperaba no haberse traicionado. Puede que Modera hubiese puesto en duda su orgullo si hubiese sabido lo que de verdad intentaba hacer con los otros magos y los de más a los que estaba reuniendo…

Y mientras Malfurion hablaba con Varian, Baine y Modera también habló con docenas más. Habló con el chamán orco Zor Lonetree en Orgrimmar, con el consejero del rey Magni en Forjaz, con el explorador trol Rokhan, ahora obligado a llevar a lugar seguro a una banda de su pueblo atrapada fuera de la capital orca… y a muchos, muchos más. Como los trols, varios eran de razas enemigas de la raza de Malfurion, pero intentó convencerlos de todos modos. Con algunos tuvo éxito, con otros no.

No podía culpar a aquellos que rechazaban su oferta de ayuda. Les pedía que se quedaran indefensos ante la Pesadilla.

Y, entre los que aceptaron, Malfurion sentía cautela y preocupación… hasta que descubrieron que lo que muchos creían sus espíritus pero que en realidad eran sus formas astrales se materializaron en un lugar que la mayoría no podía ni imaginar.

El Sueño Esmeralda.

¿Qué es este lugar?, preguntó Varian por todos.

También en forma astral, Malfurion les explicó. *Es el lugar donde se encuentran el sueño y la vigilia… Fue un lugar de gentil comunión, pero ahora ha sido poseído por la Pesadilla…*

Entonces… ¿de qué sirve habernos traído aquí? ¿No deberíamos al menos caer en nuestras propias tierras? Muchos estuvieron de acuerdo.

Porque solo aquí podrán marcar la diferencia… solo aquí podrán usar sus armas…

Aquello era todo el ánimo que necesitaban. Pero incluso entonces empezaron a dividirse por raza y facción. Eso no funcionaría. Malfurion los necesitaba como si fuesen uno, no muchos.

Varian los liderará, declaró rotundamente.

Pero el Rey parecía escandalizado ante la presencia de los orcos.

¡No lideraré a esta basura! ¡Que la Pesadilla se los lleve y los condene!

¿Como se llevó a tu hijo y a tantos otros en Ciudad de Ventormenta? Solo derrotando a la Pesadilla puedes esperar recuperar a Anduin… Y eso solo ocurrirá si trabajamos juntos…

Yo… Varian estaba visiblemente desgarrado entre su odio y su amor.

El amor venció. *Muy bien… Adelante…*

Pero ahora muchos de los miembros de la Horda parecían no tener muchas ganas de unirse a ningún ejército liderado por Varian. Pero entonces el líder tauren Baine se puso al lado del humano. *Confío en que el elegido por un amigo de mi pueblo actúe con honor hacia todos…*

La declaración del tauren acabó con la resistencia. Malfurion le dio las gracias y luego se concentró. Encontró a los que desde el principio estaban intentando contener a la Pesadilla. Su número era todavía más escaso, lo que le preocupó. Se comunicó con el espíritu de Zaetar.

¿Malfurion Stormrage?, preguntó el hermano de Remulos con sorpresa y esperanza.

El elfo de la noche le permitió ver sus recuerdos, dándole instantáneamente al espíritu todo lo que necesitaba saber. La esperanza de Zaetar aumentó y luego se desinfló. *¿Mi hermano?*

No tengo noticias de él.

Zaetar lo dejó pasar, aunque obviamente la falta de noticias lo inquietaba. Aceptó el plan de Malfurion tal como el Archidruida se lo revelaba, pero hizo una última pregunta. *¿Y todos estos que has traído… no sospechan nada de tus verdaderas intenciones?*

No… y, si ellos no lo sospechan, puede que el Señor de la Pesadilla tampoco…

El espíritu no dijo más sobre el tema. Zaetar se comunicó con Varian. El rey hizo bien en ocultar su sorpresa cuando sintió la distante presencia de Zaetar.

Ya vamos, le prometió al hermano de Remulos.

El rey de Ventormenta levantó su espada, que en realidad era parte de su forma astral, y guió a su hueste hacia delante.

El Archidruida miró fijamente a Varian mientras el Rey avanzaba. Solo por un momento, el rostro de Varian parecía haberse transformado en otra cosa. El de un lobo. Un nombre se le apareció en mente, un espíritu antiguo reverenciado por muchas razas, incluyendo a los elfos de la noche.

Goldrinn…, pensó Malfurion, recordando al legendario Ancestro. El lobo blanco había matado a cientos de demonios durante la Guerra de los Ancestros antes de caer ante su gigantesco número. Pero se decía que su espíritu seguía vivo, cuidando de aquellos a los que apreciaba.

Ojalá tú seas uno de ellos, concluyó el Archidruida, consciente de que probablemente lo que había visto era imaginación suya. *Que Goldrinn te proteja a ti y a quienes marchan contigo para enfrentarse a nuestro enemigo…*

Y, mientras el ejército de formas astrales se dirigía hacia la Pesadilla, otros llamados por Malfurion y ayudados en su viaje por los otros druidas comenzaron a unirse a ellos. Desde su múltiple punto de vista, Malfurion vio la llegada no solo de aquellos ancianos cuyo oficio era la guerra, sino la de otros. Sus formas eran tan numerosas como las de las especies de árboles de Azeroth y, aunque muchos tendían a seguir el camino del estudio, todos eran feroces defensores del mundo natural. Algunos eran alados, otros tenían garras y, aunque su número no era muy grande, cada uno representaba una fuerza poderosa.

Pero no estaban ni mucho menos solos. Con ellos llegaron los antárboles. Se parecían cada vez más a los bosques que guardaban Eran más pequeños y menos poderosos que los ancianos, pero no eran ni mucho menos una presencia inútil. Más numerosos que los ancianos, eran una fuerza a la que Malfurion daba la bienvenida, igual que las dríades, también protectoras de bosques y poderosas hijas del desaparecido Remulos.

Hipogrifos voladores llegaron por docenas, uniéndose en el aire a otros habitantes del cielo, como grifos, polillas gigantescas, aves carroñeras, dracohalcones y, sobre todo, los dragones de los vuelos rojo, verde e incluso azul. Aunque liderados por otros que no eran sus respectivos Aspectos, los

dragones estaban bien versados en combate. Los tres vuelos volaban separados unos de otros, pues cada uno tenía su propio método de batalla además de sus poderosas mandíbulas y garras. El azul usaba hechizos de increíble poder, el rojo respiraba un fuego abrasador y el verde, por supuesto, usaba sus poderes oníricos.

Kóbolds y otras criaturas que sentían gran enemistad hacia todas las demás razas también habían accedido, al menos, a unirse a la poderosa hueste Temibles fúrbolgs osunos, más cómodos entre los animales salvajes que como parte del ejército de Varian, lanzaban aullidos de ansiedad ante el combate final. Panteras gigantes, jabalíes con colmillos, temibles basiliscos, crocoliscos, hienas y otros animales, muchos de ellos pastoreados por los más inteligentes raptores, eran solo una parte de las legiones animales que los seguían. Los druidas y otros también guiaban a las bestias que, aunque no supieran la razón de esta batalla, sabían que sus vidas y las de su progenie estaban en peligro. Malfurion les dio las gracias a todos, dándose cuenta cada vez más de que todos tenían un papel crucial, que los necesitaba tanto como ellos a él.

Aunque en menor número que nunca y entre los últimos en sumarse a la hueste, los Renegados estaban dispuestos a ayudar con su monstruoso poder. Permanecieron con sus aliados de la Horda, esperando su oportunidad de atacar.

Malfurion observaba cómo ocurría todo esto con gratitud y remordimiento. Solo Zaetar entendía la verdad. Solo Zaetar entendía toda esa fuerza no serviría de nada si lo que intentaba el Archidruida fracasaba.

Pensar en el espíritu hizo que el elfo de la noche pensara también en Remulos. El hijo de Cenarius no estaba por ninguna parte. Malfurion esperaba haber encontrado a Remulos durante su hechizo, y que no lo hubiese encontrado no era buen presagio. Las cosas solo se le ocultaban al Archidruida allí donde la Pesadilla se encontraba victoriosa, en el Sueño… y, si Remulos estaba allí…

Malfurion no podía preocuparse del guardián perdido, por mucho que su poder hubiese aumentado sus posibilidades. Ciertamente, el hijo de Cenarius no era la mayor de sus preocupaciones. Esa era y siempre sería Tyrande, a quien había vuelto a decepcionar.

Tyrande…

En cuanto hubo pensado en ella, una breve, muy breve presencia alcanzó su mente. Sabía sin dudarlo que era ella, que solo podía ser ella.

Igual que hacía unos diez mil años, Tyrande siempre se había puesto de su parte. Lo había hecho incluso cuando él la había abandonado una y otra vez. Si ella moría ahora… los años que habían perdido se le quedarían clavados en el alma. Él era la principal, y en su mente la única, causa de sus separaciones.

Malfurion no pudo evitar estremecerse ante tales ideas, pues también sabía que ella se encontraba a la sombra del árbol que era su némesis… y que los dones de la Madre Luna no eran el motivo de que ella hubiese podido comunicarse momentáneamente con él.

El Señor de la Pesadilla lo estaba invitando.

El Archidruida regresó a su cuerpo. Sintió el inmenso alivio de Broll y Hamuul ante su regreso.

También sintió a otro cerca de ellos… alguien que no debería estar ahí.

Malfurion se puso en pie de un salto en el momento en que recuperó el control. Broll y el tauren se echaron hacia atrás sorprendidos.

—¿Estás bien, shan'do? ¿Ha ocurrido algo?

Pero Malfurion no les contestó, preparándose para enfrentarse a un peligro inesperado para todos ellos.

La figura eclipsó al trío. No sonrió, sino que asintió sombríamente en dirección a Malfurion. En una mano llevaba una larga lanza hecha de una sola rama. En la otra…

La otra mano… y el brazo al que estaba unida… eran una masa retorcida y marchita que ahora se parecía más a una rama de árbol putrefacta.

Ante ellos estaba Remulos, el guardián de bosque, el hijo de Cenarius, avanzando sobre sus cuatro pezuñas. Allí donde la sensación de la primavera era una constante de su ser, ahora era como si el guardián del bosque llevase un manto de invierno helado. Su piel era más gris, y las hojas de su pelo estaban marrones y secas.

—Me alegro de encontrarte aquí, Malfurion. —Remulos mostró la extremidad mutilada y luego gruñó—. He estado en el corazón de la Pesadilla… y, si tienes la fuerza y el ánimo, tú y yo debemos regresar inmediatamente… o todo estará perdido…



CAPÍTULO VEINTICINCO
UNA DECISIÓN

Estaban de nuevo en Azeroth, aunque no en una parte que Lucan reconociese. Lo único familiar era lo que ahora todo el mundo parecía tener en común… la pegajosa niebla de la Pesadilla.

Una poderosa mano le agarró el cuello. Thura se acercó a él, y el aliento de la enfurecida orca era cálido y oloroso.

—¡El hacha! ¿Qué has hecho con el hacha?

—¡No sé de qué me estás hablando!

Thura le mostró la otra mano, que ahora formaba un amenazador puño.

—¡El hacha de Broxigar! ¡No ha venido con nosotros! Estaba en mi mano… ¡y ya no está!

—¿Estás segura de que no la has soltado? —La expresión con que le miró la orca le hizo retractarse rápidamente de la pregunta—. ¡Entonces debería haber seguido contigo! ¡Ya lo había hecho antes!

Soltándolo, la guerrera miró con furia a su alrededor.

—¿Entonces dónde está, humano?

Lucan no sabía dónde se encontraban. El montañoso paisaje estaba lleno de peligrosos barrancos y terreno desolado. Había algunos arbustos y, sobre una colina, un enorme y feo árbol…

El cartógrafo tragó saliva. El árbol no encajaba con la falta de vida a su alrededor. De hecho, de toda la vegetación que había parecía ser el único que crecía, aunque apenas tenía hojas.

Pero eso no era lo que inquietaba del árbol a Lucan. Era la silueta que proyectaba incluso entre la niebla.

Era como una gigantesca mano esquelética.

Ahora parecía comprender cómo y por qué el hacha había quedado atrás. Algo había querido que se quedase, algo que tenía el poder de cumplirlo.

—¡Tenemos que irnos! —dijo.

—¡Tengo que recuperar el hacha! —insistió Thura, ignorante de lo que había descubierto Lucan.

El crujido que resonó a su alrededor hizo que ambos se detuviesen.

El suelo bajo sus pies empezó a moverse como si algo enorme estuviese excavando y abriéndose paso hacia arriba. Mientras ocurría eso, unas sombras que parecían medio elfo de la noche, medio cabra, se formaron en la niebla.

Una raíz salió disparada de una de las grietas, buscando el tobillo de Lucan. Sin embargo, Thura la agarró primero, rompiendo una gran parte del puntiagudo extremo. Lo que parecía sangre coagulada brotó de ambos extremos rotos.

La raíz se echó atrás, pero brotaron otras. La orca esgrimió la raíz contra los sátiros de sombra que se acercaban.

Uno se lanzó. Thura clavó la punta en la oscura forma.

La sombra siseó y se fundió.

Pero acudían más y más. Thura miró a Lucan.

—¡Son demasiados! Si tuviese el hacha…

Se detuvo al ver la expresión del humano. Lucan miraba una de las fisuras creadas por las raíces. Su rostro estaba, si era posible, más pálido que nunca.

La orca lo agarró del brazo, lo que pareció romper la fascinación que el cartógrafo tuviese por la fisura. Lucan la agarró a ella.

—¡No puedo prometer en qué parte de la Pesadilla acabaremos!

Thura apuñaló a otra sombra, observando sin satisfacción alguna cómo desaparecía.

—¡Tú llévanos!

Desaparecieron y reaparecieron en un muy familiar entorno de color esmeralda.

Pero no estaban solos.

—¿Otra vez? —rugió Eranikus. Su furia provocó que su entorno, una cueva, temblase. El dragón verde desplegó sus alas, destrozando varias estalactitas.

—¡No quiero saber nada de esta locura! ¡Ya les advertí!

—¡No he podido evitarlo! —respondió Lucan—. Teníamos que huir de ellos… ¡y yo quería ir a un lugar seguro! ¡No sabía que me traería contigo una y otra vez!

—¡Cerca de mí, a duras penas estás a salvo, bocadito! —La cabeza de Eranikus bajó hasta los dos—. Y tampoco tú, orca, ni siquiera con tu arma mágica…

—Ya no tengo el hacha —gruñó Thura, mostrando las manos abiertas a la enorme cabeza—. ¡Parece que la perdí cuando la Suma sacerdotisa se sacrificó valientemente para permitirnos escapar de los corrompidos!

—¿Corrompidos? ¿Hablas de Lethon y Emeriss? La elfa de la noche con esa odiosa pareja… ¿y también tienen el hacha?

—No lo pudimos evitar… —empezó a decir Lucan, pero el consorte de Ysera ya no le escuchaba.

—No terminará… hasta que… pero no puedo… —El leviatán verde siseó mientras murmuraba para sí—. No puedo dormir… no puedo olvidar… ella estaba perdida…

Un rugido de dolor escapó del angustiado dragón. Thura y Lucan buscaron refugio mientras Eranikus liberaba la frustración que sentía consigo mismo.

Cuando los últimos ecos de su grito dejaron de reverberar, el dragón volvió su atención a la diminuta pareja. Su expresión era ignota.

—Parece que solo hay una manera de deshacerme permanentemente de sus intrusiones…

Eranikus estiró un brazo hacia ellos.

* * *

—Tu brazo… —dijo Malfurion quedamente—. ¿Qué le ha pasado a tu brazo?

Remulos lo miró. Se le nubló la vista.

—La menor de mis heridas, créeme.

—Apareció de repente justo antes de que despertaras —le explicó Broll—. Casi perdimos la concentración de la sorpresa que nos dio.

—El que no lo hicieras demuestra las buenas enseñanzas que recibiste. —El hijo de Cenarius señaló a Malfurion con su lanza—. Pero no tenemos tiempo para hablar más de eso, thero'shan favorito de mi padre… ¡su mejor alumno! ¡Existe una posibilidad de darle la vuelta, pero necesitamos salir ahora mismo!

Malfurion miró a los otros.

—Ahora no puedo irme…

—Archidruida, sabes que la Pesadilla tiene a tu Tyrande…

—Lo sé muy bien…

—Y sabes el verdadero nombre del Señor de la Pesadilla —Remulos pronunció el título con todo el temor que Malfurion tenía oculto en su alma —. ¡Una criatura diabólica que una vez se llamó Xavius! El mismo Xavius, como me contaste después, que sirvió a tu reina Azshara para ayudarla a que la Legión Ardiente viniese a Azeroth, tomando parte en lo que le provocó mucho dolor a mi familia…

Incluso milenios después, Malfurion recordaba demasiado bien lo cerca que estuvo Cenarius de morir en la batalla que también le había costado la vida a Malorne, el Ciervo Blanco, a manos del demonio Archimonde. Malorne era el padre de Cenarius y, por tanto, el abuelo de Remulos.

—Xavius tiene a Tyrande… —continuó Remulos—, y también el hacha que mi padre construyó para el valiente orco Broxigar…

La noticia sacudió a Malfurion con más fuerza de lo que Broll o Hamuul probablemente habían notado. Sabía lo que tenía que hacer, aunque lo ponía todo en peligro.

Volviéndose a Broll, el Archidruida ordenó:

—Broll, debo pedirte que ayudes a guiar a los druidas y a los demás mientras estoy ausente. Hamuul, te he dado mucho que hacer, pero tú también debes ayudarlo si puedes. ¿Puedo confiar en ustedes dos?

Cuando ambos inclinaron la cabeza asintiendo, Malfurion le dijo a Remulos:

—¿Tyrande y el hacha están en el mismo sitio? ¿Estás seguro?

—Lo estoy. En las profundidades de la Pesadilla.

—Entonces tenemos que entrar por el portal de Fandral

El guardián del bosque sacudió su gran ornamenta.

—No, tengo otro método.

Malfurion levantó las cejas.

—¿Cuál?

—El mismo por el que he venido aquí.

Remulos describió un gran círculo con la punta de la lanza. Al completarlo, el círculo cobró vida, y el borde era de un agudo verde oscuro.

El Señor del Bosque murmuró algo que Malfurion no pudo entender. El círculo creció, alcanzando el tamaño suficiente para que ambos entraran

en él.

—¡Ven! —insistió Remulos.

Un preocupado Broll se dirigió a Malfurion.

—Shan'do…

—Todo irá bien. —El Archidruida señaló el portal de Fandral—. Haz lo que hay que hacer.

Dicho eso, se unió a Remulos en el círculo del Señor del Bosque.

Un escalofrío lo recorrió cuando entraron en la Pesadilla. Malfurion sentía que estaban cerca de donde la siniestra sombra había apresado y torturado a su forma astral. El pensamiento de lo que Xavius podría hacerle a Tyrande le provocó una indignación al elfo de la noche que le ocultó a su compañero.

—Cuidado… —susurró Remulos—. Uno de los dragones está cerca… Creo que es Emeriss…

Malfurion notó algo cerca y confiaba en que el hijo de Cenarius hubiese identificado correctamente el peligro. Pero entonces el elfo de la noche sintió algo más. Había alguien cerca además del dragón. El corazón se le desbocó al darse cuenta de quién era esa presencia.

Tyrande…

Sin embargo, Remulos no se dirigía en aquella dirección.

—El hacha de Broxigar está por aquí. ¡Debemos darnos prisa! Si la Pesadilla consigue el poder del hacha, se convertirá en una amenaza más, pero, si la recuperamos nosotros, quizá podamos usarla para liberar a Ysera antes de que ella ya no sea capaz de evitar que la Pesadilla utilice su poder de dragón…

Malfurion frunció el ceño.

—¿No has sido capaz de tomarla tú mismo?

—Esta mano es el resultado de mi último intento. Haremos falta los dos para enfrentarnos al dragón y tomar el hacha… y para rescatar a tu Tyrande, amigo mío…

Asintiendo solemnemente, el Archidruida dejó que el guardián del bosque lo guiase. Malfurion observó su entorno, o la falta de él, mientras avanzaban.

—Hay mucho silencio… ¿por qué?

—Es probable que el Señor de la Pesadilla esté más preocupado ahora por tu valiente ejército —replicó Remulos sin mirar atrás—. Y, con Emeriss para vigilar el arma y a la Suma Sacerdotisa… ¿qué puede preocuparle?

—Si el hacha es tan importante para la Pesadilla, debería haber más de un dragón para vigilarla a ella y a Tyrande —comentó Malfurion—. Yo no las dejaría tan poco vigiladas, especialmente a ella…

—¡Tu fe en tu amor es loable, pero no subestimes el poder que tiene la dragona corrompida! Además, la Pesadilla tiene muchos planes en marcha, y sus sirvientes también tienen que estar pendientes de ellos…

El Archidruida no respondió, pues en ese momento oyó una respiración pesada. Los latidos de Malfurion empezaron a acompañar la siniestra respiración, que sabía que debía de ser la de Emeriss.

—¡Estate preparado! —murmuró Remulos—. Entre los dos deberíamos poder, al menos, contenerla…

La oscura silueta de un enorme cuerpo alado empezó a formarse delante de ellos. Emeriss parecía tener la mirada fija en algo que había en el suelo, cerca de sus patas anteriores… muy probablemente el hacha mágica.

Malfurion escogió ese momento para mirar detrás de él, pero casi inmediatamente Remulos le pidió su atención.

—¡Mira a su lado! ¡No lejos de la dragona! ¡La Suma sacerdotisa!

Y, ciertamente, la sombría silueta que se veía más allá era la de una elfa de la noche vestida de un modo muy parecido a como estaba vestida Tyrande. Malfurion apretó los dientes ante la aparición; Tyrande colgaba a algunos metros del suelo, como si estuviese atada a un poste invisible. O quizá un árbol. Sus brazos y piernas estaban fuertemente atados por detrás. Y, peor aún había más de una docena de sátiros de sombra arañando el aire delante de ella. Sus garras no la alcanzaban por muy poco.

—Ahuyenta a Emeriss y los perros huirán —le aseguró el hijo de Cenarius—. Prepárate.

Remulos alzó la lanza. La punta brilló con un color verde.

Un fulgor parecido rodeó a la dragona. En su luz, el cuerpo devastado por la enfermedad de Emeriss tenía un aspecto aún más repugnante.

Mientras su compañero atacaba, Malfurion hizo un gesto hacia el suelo. El Sueño Esmeralda estaba muy corrompido, pero, al contrario que el repulsivo gigante, todavía le quedaba algo inherente a su verdadera naturaleza.

Unos nuevos tentáculos, lianas, crecieron inmediatamente bajo Emeriss. En el momento en que hicieron contacto, la dragona reaccionó como si la hubiesen quemado. Algunos intentaron atraparle las patas y la cola. Ella siseó y aulló, golpeando con sus patas la vegetación y el brillo.

En lo que era una aparente desesperación, Emeriss exhaló sobre los tentáculos. Las lianas amarillearon y luego se marchitaron.

Malfurion pensó en la destrozada extremidad de Remulos y sintió un pinchazo de remordimiento. Luego fortaleció su hechizo.

Los tentáculos crecieron, con sus hojas más afiladas. Emeriss volvió a aullar. El brillo también se intensificó.

Con un rugido de furia, la dragona se elevó en el cielo y voló. El hechizo de Remulos todavía la rodeaba.

Cuando la dragona se desvaneció en el aire, los sátiros de sombra se volvieron hacia Malfurion y Remulos. Sin embargo, este les apuntó con su lanza, y un fulgor parecido rodeó a los demonios. Pero, al contrario que Emeriss, estos simplemente se disolvieron hasta que no quedó nada de ellos.

Malfurion empezó a dirigirse hacia Tyrande, pero Remulos se colocó delante de él.

—¡El hacha! ¡Tómala deprisa!

El arma yacía como si la hubiesen abandonado, aunque Malfurion sabía que Thura nunca la cedería voluntariamente. Lo que había ocurrido y si estaba muerta o viva eran preguntas para las que al Archidruida le hubiese gustado tener una respuesta inmediata.

El enfermizo color verde de la Pesadilla rodeaba el arma de Brox, pero también había otra aura de un verde más claro entre medias que parecía irradiar del hacha.

—Hemos llegado a tiempo. —dijo Remulos muy aliviado—. No han corrompido el hacha.

—No… —Malfurion se arrodilló delante del arma. Colocando las palmas sobre el hacha intentó sentir qué estaba ocurriendo. El Archidruida pudo sentir la magia usada hacía tanto tiempo por Cenarius, una magia que venía de las energías más primarias de Azeroth.

—¿Qué deberíamos hacer?

—Debes extraer las energías del hacha. Reformarlas para que tomen su estado original.

Mirando hacia arriba, el elfo de la noche comentó:

—Eso podría debilitar el hacha, o incluso provocar que se desintegrase.

—Yo estaré preparado para reconducir las energías y encargarme de que tomen la forma necesaria.

Frunciendo el ceño, Malfurion se levantó.

—Quizás sería mejor si tú hicieras lo primero, y yo lo segundo. Me temo que podría fallarte.

La pezuña de Remulos arañó con impaciencia el suelo.

—¡No fallarás, Malfurion! ¡Ahora date prisa! Tyrande sigue ahí, ¿recuerdas?

—Nunca lo he olvidado. —El Archidruida empezó a girarse hacia donde colgaba la figura envuelta en sombras—. Primero me encargaré de ella.

—¡Harás lo que te ordeno!

Puesto que ya se esperaba lo que estaba a punto de ocurrir, Malfurion saltó. El fulgor verde que había usado Remulos con la dragona y los sátiros cayó donde había estado. Sin embargo, ahora tenía un tinte verde oscuro muy parecido al del aura maligna que rodeaba al hacha.

Malfurion se enfrentó a Remulos… pero no al Remulos que conocía. Sí, el brazo seguía marchito, sin duda como había dicho el guardián del bosque, como resultado de haberse enfrentado antes con Emeriss… pero el hijo de Cenarius era ahora una versión vil y deformada de sí mismo. El follaje de su barba y pelo consistía en cardos y hierbas negras. Su rostro y cuerpo tenían un aspecto esquelético. Su piel ahora era del blanco de la muerte, sus ojos de los macabros y cambiantes colores de la Pesadilla.

Había sido corrompido. Su nuevo amo se había esforzado mucho en ocultar la transformación del guardián y, por unos breves segundos, tras hablar con Remulos en el Enclave, Malfurion había creído que su viejo amigo había regresado herido, pero con la mente intacta.

Pero Remulos se había mostrado demasiado deseoso de separarlo de sus compañeros, demasiado deseoso de concentrarse solo en el hacha y no tanto en Tyrande.

El Remulos que Malfurion conocía habría estado preocupado por ella, incluso más que por recuperar el hacha.

Corrompido, parecía que Remulos, igual que su amo, tampoco podía tocar el hacha. La Pesadilla era todo lo que era antinatural, lo contrario a la creación de Cenarius. Por eso había necesitado a Malfurion y por eso Emeriss y los sátiros eran los únicos que guardaban el arma junto a Tyrande.

En cuanto a esta, había sido el cebo para asegurarse de que el Archidruida llegara hasta ahí, por si el hacha demostraba no ser suficiente.

Malfurion había comprendido la verdad poco después de llegar. Había demasiadas cosas que parecían demasiado convenientes. Xavius y la Pesadilla lo habían subestimado esta vez.

También habían subestimado su profundo vínculo con su amada. Todo esto pasó por su cabeza en un instante. Al mismo tiempo, el Archidruida se preparó para luchar contra su antiguo amigo. El semidiós cargó contra Malfurion, que se convirtió en un oso. Zarpas chocaron con garras. Las energías naturales fluían alrededor del Archidruida, pero la repugnancia de la Pesadilla alimentaba a Remulos. Su batalla se convirtió en unas tablas que Malfurion no podía permitirse.

Entonces la expresión de Remulos cambió. Su voz cambió. Y, peor aún, sus ojos se convirtieron en los hundidos ojos negros con un relámpago de color rubí que, después de diez milenios, todavía le resultaban familiares a Malfurion.

—Esta vez no hay esperanza para tu lucha…

La voz hizo que Malfurion sintiese un escalofrío. La conocía muy, muy bien. Casi sin pensar, el Archidruida recuperó su auténtica forma.

—Fui demasiado bueno contigo, Xavius…

—¿Bueno? ¡He vivido atrapado, torturado, más de diez milenios! —Xavius/Remulos rugió, escupiéndole a su enemigo—. ¡Observando, esperando para que me liberasen! ¡Me quemaba cuando se quemaba la tierra, mi corteza se curaba y mis ramas volvían a crecer! ¡Lo que tú has sufrido, no es nada más que la mínima expresión de lo que yo he vivido una y otra vez!

—Entonces lo lamento… —replicó Malfurion con sinceridad.

Había hecho su trabajo demasiado bien. Xavius el Señor de la Pesadilla era su creación tanto como la del consejero.

—Iría atrás en el tiempo y lo cambiaría si pudiera…

Xavius/Remulos rio cruelmente.

—¡Pero ya no quiero que lo cambies! Todo ese sufrimiento, toda esa espera… ¡ahora han merecido la pena! ¡Reconstruiré Azeroth, y todos sufrirán agonías que solo podría concebir alguien que hubiese sufrido mi largo e interminable tormento! ¡Será glorioso!

Las garras arañaron el pecho de Malfurion. El elfo de la noche gritó de dolor, pero no cejó en su empeño. Buscó a Remulos en su enemigo.

Pero no quedaba nada del guardián dentro de la amenazante figura que tenía Malfurion delante. El hijo de Cenarius o bien había sido consumido

totalmente por la Pesadilla o estaba tan profundamente enterrado dentro de su alma que no había esperanza de liberarlo.

—Lo siento —murmuró Malfurion.

—¡Sigues siendo un idiota sentimental! —se burló Xavius a través del cuerpo que ocupaba.

Pero el Archidruida no se estaba disculpando ante él. Metiendo la mano en una bolsa, Malfurion sacó lo que buscaba. Inmediatamente frotó lo que llevaba en la mano contra el cuerpo de Remulos.

El hijo de Cenarius rugió, su piel empezó a endurecerse, a tomar el aspecto de una gruesa corteza.

Era una variación única de un hechizo usado para fortalecer la piel de un druida contra los ataques. Malfurion la había inventado para usarla contra la Legión Ardiente hace mucho, se había dado cuenta de que el hechizo podía tener una reacción inversa y, en este caso, adversa, a la que provocaba originalmente. El polvo había sido molido de la corteza más dura que existía.

Remulos se tensó. Ahora era más estatua que ser vivo. La ira que todavía le quedaba en los ojos era claramente la del Señor de la Pesadilla. La ironía del hechizo no se le escapó a Malfurion; había transformado a Xavius en un árbol, y ahora estaba haciendo lo mismo con el pobre Remulos. Parte del Archidruida quería lo que estaba haciendo, pero un entristecido Malfurion sabía que no tenía más elección que elección que completar el terrible hechizo.

Un grito sin palabras escapó de Remulos antes de que su boca dejara de funcionar. Una mano buscó arrojar la lanza, pero falló.

Tambaleándose, Malfurion ignoró su obra. Echó un vistazo rápido al hacha, supo que sus enemigos no podían tocarla y se dirigió a toda velocidad hacia la figura de su amor, pero al lugar donde la había sentido al principio.

Eso, más que nada, era lo que había confirmado sus sospechas sobre la «búsqueda» de Remulos. Se había dado cuenta de que lo alejaba de ella, que la falsa imagen existía solamente para dirigirlo hacia el hacha.

Unos sátiros de sombra surgieron de entre la niebla, lanzándose hacia él. Malfurion cambió a forma felina y los desgarró.

Por fin llegó hasta Tyrande. Una gran emoción y una agitación provocada por el tremendo miedo lo llenaron al mirarla. Colgaba en una postura idéntica a la que le había mostrado la falsa imagen. Tenía los ojos

cerrados. Sabía que estaba viva; pero, si estaba corrompida, eso no podía saberlo aún el Archidruida.

Todavía en forma felina, Malfurion saltó. Aunque Tyrande colgaba a cierta distancia, solo era un pequeño salto para su poderoso cuerpo. Al acercarse a ella, el Archidruida tomó su verdadera forma. Al mismo tiempo, vio que su cuerpo brillaba con un ligero, pero consistente fulgor plateado. No había duda de la pureza del poder de Elune que la cubría. Sí, la habían capturado, pero todavía no habían tenido la ocasión de corromperla.

Quedó libre en cuanto él la tocó. Malfurion cambió brevemente a su forma de oso, cogiendo a la Suma sacerdotisa en sus poderosos brazos al aterrizar.

Recuperando su forma, Malfurion lloró abiertamente mientras le acariciaba la mejilla y la mano de tan agradecido como estaba por saber que seguía viva y pura…

Pero acabó por notar también que seguía inmóvil, casi tan paralizada como había dejado a Remulos.

El ruido de pezuñas hizo que se tensara. Peor aún, Malfurion también había oído un batir de alas.

No había conseguido detener al corrompido guardián… y ahora Malfurion sospechaba que Emeriss, consciente de que la trampa no había funcionado, también estaba volviendo.

Remulos se puso ante él. Partes de su cuerpo seguían encapsuladas por la corteza, pero se movía de todos modos con gran rapidez. Miró al elfo de la noche y tiró la lanza.

Malfurion lanzó rápidamente un hechizo, pero dirigido a sí mismo. No solo sintió cómo sus defensas crecían, sino que también aumentaron su fuerza y su agilidad. Los druidas lo llamaban la marca de la naturaleza, y Malfurion lo había aprendido de Cenarius. Ahora se veía obligado a usarlo contra el hijo de su shan'do.

Aunque también hizo lo que pudo para esquivar la lanza, solo tuvo éxito en parte. El arma física solo lo rozó, pero eso bastó para que su potente energía abrasase al Archidruida hasta el hueso a pesar de su hechizo. Pero de todos modos se las arregló para usar su propio poder y lanzar la lanza al suelo a su lado.

Luchando con el dolor, Malfurion cayó de rodillas. Eso fue lo que lo salvó de las veloces pezuñas de Remulos. El filo de una golpeó la punta de una de las astas de Malfurion. Esta se rompió y salió volando.

El elfo de la noche miró el rostro enfurecido. Ya no sentía dentro a Xavius, pero tampoco pudo encontrar al auténtico Remulos.

De nuevo las pezuñas se abalanzaron sobre él. Igual que la lanza, despedían una tremenda energía oscura. Malfurion se giró para esquivarlas y vio que la punta rota de su asta era ahora una masa retorcida. Se podía imaginar lo que ocurriría si esas pezuñas lo golpeaban directamente.

Metiendo la mano en otro bolso, Malfurion buscó un polvo en concreto. Rezó al espíritu de Cenarius para que lo perdonase por lo que iba hacer.

Con gran puntería lanzó el polvo a la cara del guardián.

La mano de Remulos se dirigió hacia el polvo que se acercaba a él. La mayor parte ardió y luego desapareció. Unos pocos granos consiguieron atravesar sus defensas.

El guardián estornudó.

—Un último y desesperado intento…

Pero la arrogante frase de Remulos se trasformó en un aullido de dolor. Miró hacia su pecho, donde ahora Malfurion empujaba la lanza mágica que había sido del guardián. El elfo de la noche solo quería distraerlo para coger la lanza de donde la había tirado.

El arma le quemó las palmas de las manos incluso pesar de sus protecciones, pero Malfurion no la soltó. Clavó la lanza más profundamente.

Remulos movió las manos hacia él y hacia la lanza. El pecho le ardía con crepitantes venas de energía.

Luego, el corrompido guardián dejó escapar un grito ahogado… y cayó.

Malfurion desclavó la lanza. Remulos todavía respiraba, pero que se fuese a recuperar era otra historia.

—Lo siento… —susurró el Archidruida—. Lo…

Una tremenda fuerza lo interrumpió. Un monstruoso rugido llenó sus oídos.

Emeriss lo agarró con su zarpa como si fuese un diminuto juguete. La corrompida gigante echó a volar.

—De un modo u otro… ¡nos servirás! —siseó—. Quitarás el hechizo del hacha y nos la darás…

Una cegadora luz plateada que se materializó desde el cielo los envolvió a ambos. Malfurion experimentó una maravillosa sensación de

rejuvenecimiento. Todas sus heridas y dolores, excepto el daño emocional de haber tenido que luchar contra Remulos, desaparecieron.

Pero para Emeriss parecía hacer justo lo contrario. Rugió. Su cuerpo se contorsionó violentamente.

Obviamente entre grandes sufrimientos, la dragona soltó a Malfurion. Inmediatamente el Archidruida se transformó en cuervo de tormenta. Con las alas extendidas por completo, descendió.

Y allí vio a Tyrande. Las muecas de su cara mostraban su gran concentración. A la Suma sacerdotisa le temblaban las piernas, pero resistía con toda determinación mientras la luz de Elune rodeaba a la enorme bestia.

Emeriss giró. La corrompida dragona verde exhaló en dirección a Tyrande, pero la luz hizo que su aliento letal se disipase. Una mirada de incomprensión se dibujó en el fantasmagórico rostro de la dragona.

—¿Qué estás haciendo? ¿Qué estás haciendo? —le chilló a Tyrande —. Siento… Siento…

Su cuerpo se volvió traslúcido e indefinido. Emeriss se convirtió en algo apenas visible, casi como si se hubiese convertido en parte de la niebla.

Malfurion aterrizó cerca de Tyrande. Cambiando de forma, corrió hacia ella. Cuando las rodillas de la elfa cedieron al fin, el Archidruida se abalanzó para sostenerla. Se quedó sin habla, aliviado por no haberla perdido otra vez.

Sobre ellos, Emeriss dejó escapar un grito ahogado. Apenas se la podía identificar como dragón. Ante la vista de Malfurion, los últimos restos de la gigante desaparecieron.

Dejando escapar un suspiro, la Suma sacerdotisa dejó caer las manos.

—No sabía si funciona… funcionaría… y, desde luego no… no así…

—¿Si funcionaría qué, Tyrande?

Ella se recompuso.

—Pensé en lo corrompida que estaba y quise intentar algo distinto; forcé el poder sanador de Elune hasta el máximo con la intención de quitarle la maldad.

Malfurion miró hacia donde estado volando Emeriss.

—Entiendo.

—Sí… lo único que quedaba de ella era corrupción… y, cuando quise curar eso… solo quedó el vacío…

El Archidruida habría contestado, pero sintió un nuevo peligro.

—Las sombras de Xavius se acercan. Demasiadas, sospecho. Tengo que sacarte de aquí.

—¡Pero el hacha! —Tyrande le agarró del brazo—. Thura perdió el hacha aquí…

—No podemos preocupamos por eso —respondió él de modo cortante.

Corrió hacia donde estaba la lanza y la recogió a pesar del dolor que sabía que le causaría. Entonces, con Tyrande cerca y el inmóvil Remulos entre ellos, Malfurion hizo lo que había hecho el corrompido guardián del bosque.

Un portal se abrió ante ellos. Transformándose en oso, el Archidruida siguió sujetando la lanza mientras agarraba al pesado Remulos.

—¡Mal, piensa lo que estás haciendo! ¡Tenemos que recuperar el hacha! ¡Ahora lo sé! Sé qué…

Malfurion le rugió para que atravesase el portal. A regañadientes, ella lo obedeció.

Arrastrando a Remulos con él, Malfurion la siguió. El hueco desapareció.

Los sátiros de sombra desaparecieron en el momento en que lo hizo el portal. Por un momento, no se oyó nada. Luego la sombra del árbol se estiró hasta la zona donde se encontraba el hacha.

Las siluetas de las esqueléticas ramas cubrían el arma, pero no podían sujetarla. Sin embargo, no había ni rastro de frustración por parte del Señor de la Pesadilla. Xavius no podía tocarla, pero allí donde estaba tampoco podía hacerle daño.

La ronca risa del Señor de la Pesadilla resonó por la neblinosa región. La sombra del árbol se retiró… y la niebla cubrió el hacha.



CAPÍTULO VEINTISÉIS
PESADILLA DENTRO DE LA PESADILLA

El Rey Varían permanecía con la hueste, observando mientras la Pesadilla avanzaba. Dentro de su espesa niebla había cosas tanto definidas como indefinidas, algunas reconocibles, otras no.

La hueste aguardaba ahora no solo su señal, sino la de Broll. Varian no era tan vanidoso como para creer que su mando era absoluto; de hecho, pensaba justo lo contrario. Como todos los demás, había esperado que Malfurion Stormrage fuese quien, mediante los druidas y sus aliados, coordinase sus esfuerzos con los de su ejército.

Pero cuando Broll entró por un momento en su mente, diciéndole que era él el que iba a ser el contacto de Varian, al Señor de Ventormenta no le importó demasiado. Los dos habían compartido una vida salvaje como gladiadores y se conocían bien. Así, cuando Broll le avisó de que al fin había llegado el momento, ambos recuperaron sus viejos papeles de camaradas de guerra.

El ejército de cuerpos astrales avanzó para encontrarse con la oscuridad. Mientras la Pesadilla se acercaba a ellos, se formaban multitudes de sátiros de sombras, con garras de más de treinta centímetros.

Pero, justo antes de que el primero de esos demonios pudiese atacar, los druidas y otros hechiceros reunidos comenzaron su propio asalto. Los druidas lideraban el ataque, pues eran los que mejor conocían el Sueño y la Pesadilla. Un fuego plateado iluminó el paisaje barriendo las filas infernales. Por docenas los sátiros de sombra ardieron hasta la desaparición.

En el caos atacaron los seguidores de Varian. Sus espadas astrales atravesaban a un sátiro tras otro, pero, al contrario que el mundo mortal, no

volvían a formarse. Más bien, como cintas de seda cortada, caían hechos pedazos que acababan pisoteados por los pies, pezuñas y patas de los animosos soldados.

Los druidas trabajaban con lo que aún crecía en la pequeña parte del Sueño que quedaba. Las semillas de los árboles se convirtieron en una lluvia de furiosos proyectiles que caían sobre la Pesadilla y luego brotaban. En segundos, unos árboles moldeados por los esfuerzos de Broll y los druidas crecieron entre los sátiros.

Un sátiro cortó el tronco más cercano. Del árbol brotó una espesa savia. El sombrío demonio se echó atrás con un siseo cuando la savia lo regó, a pesar de la supuesta inmaterialidad del sátiro.

Pero no quedó ahí, pues las zonas que habían tocado las gotas se extendieron y, al hacerlo, quemaron al sátiro. La sombra quiso escapar, pero no pudo. En pocos segundos, la savia lo había deshecho por completo.

Los árboles empezaron a expulsar savia por todas partes, especialmente de las ramas más altas. Una lluvia de ardientes gotas de savia guiada por los druidas cayó sobre un vasto pedazo de terreno. Los sátiros de sombra ardieron.

La caída de las primeras líneas de la Pesadilla animó a los defensores. Aunque sufrían bajas, parecía haber esperanza después de todo. Enemigos enconados luchaban codo con codo, incluso escudando a aquellos que habían quedado al descubierto. Desde la Guerra de los Ancestros no se veía a fuerzas tan distintas unidas. De hecho, con el añadido de las criaturas llamadas por Malfurion y el resto de los druidas, se podía decir que Azeroth estaba mejor representado que nunca en ese momento.

Pero a Varian y Broll les preocupaba lo que parecía ser una simple batalla. Unidos por los esfuerzos de Broll, comentaron sus sospechas de que a la Pesadilla no se la vencería tan fácilmente.

Y momentos después su aprensión se vio confirmada. De la niebla surgieron las formas de la Pesadilla, como Broll había empezado a llamarlas… los espantosos y malditos cuerpos astrales de los miles de víctimas de la Pesadilla multiplicado por mil. Sacados del subconsciente de los durmientes, eran versiones macabras de los inocentes, lo que hacía que a los defensores les resultasen mucho más horribles.

¡No podemos permitir que su apariencia nos frene!, le exhortó Broll a Varian. *¡Son solo sueños!*

Lo sé…, replicó sombríamente el Rey, viendo múltiples versiones de su hijo y de la pesadilla de su esposa muerta. Varian avanzó con su espada y lideró el camino, ensartando a la primera imagen de su hijo. Aunque las visiones de su esposa le recordaban que aquello no era el auténtico Anduin, seguía sufriendo mientras Shalamayne lo atravesaba y la figura desaparecía.

Y eso, todos lo sabían, era también parte de las insidiosas intenciones de la Pesadilla. Minar la moral de los defensores.

Pero, bajo la dirección del Rey, las legiones de formas astrales continuaban avanzando. Por el camino hubo dudas que resultaron caras, pero no se podía evitar. Varian y Broll solo podían rezar para que el ver a un ser querido atacándolos furiosamente una y otra vez no agotase a los bravos soldados.

Entonces uno de los defensores soltó un grito confuso. Varian miró a su lado a tiempo de ver a uno de sus propios soldados de Ventormenta, cuyo cuerpo astral era de un verde pálido, agarrarse el cuello. El soldado atacado soltó su arma que, siendo también una representación astral, desapareció. Con el último jadeo, el soldado se derrumbó.

Un segundo luchador, un bronco guerrero orco, se agarró el estómago y entonces, como el humano, cayó y desapareció.

Un tercero murió, y Varian buscaba en Broll. Sin embargo, para su sorpresa, una voz distinta, una criatura distinta contestó a sus pensamientos.

Soy Hamuul, rey Varian Wrynn… Debes tener cuidado… Ahora la pesadilla vuelve a atacarnos en Azeroth de un modo que no debería ser posible…

¿Qué quieres decir?, preguntó el Rey de Ventormenta. Dos más de sus soldados cayeron. Los otros empezaban a darse cuenta de la misteriosa y debilitadora amenaza que se encontraba entre ellos.

Los sonámbulos están atacando los cuerpos dormidos de aquellos que forman tu hueste… Y de algún modo hacen que las formas astrales de tus guerreros perezcan al mismo tiempo que sus cuerpos físicos… ¡Te repito, no debería ser así! Las formas astrales deberían seguir «vivas».

El Rey recordaba amargamente las figuras de pesadilla que atacaban a sus hombres antes de la invocación de Malfurion Stormrage. Había temido que se volviesen contra los inmóviles e indefensos cuerpos de los soldados, y ahora esa pesadilla estaba teniendo lugar, con resultados aún más terribles de los que había imaginado.

¿Qué sugieres?

Debemos seguir luchando…, replicó Hamuul. *Debemos seguir luchando…*

¿Dónde está Broll?, preguntó Varian… pero el tauren no se lo dijo.

Otro guerrero orco se desplomó y desapareció. Varian dejó escapar un gruñido de exasperación e hizo lo que le había dicho Hamuul. No tenía elección. Ninguno de ellos tenía elección.

¿Dónde está Broll?, siguió preguntándose mientras desesperadamente volvía a usar su espada contra su hijo y su esposa. *¿Y dónde está Malfurion Stormrage?*

* * *

Entraron en lo que claramente no era ninguna tierra que estuviese cerca de Teldrassil y Darnassus. Un corrompido Remulos había usado el poder de su nuevo maestro para arrastrarse a sí mismo y a Malfurion lejos del Sueño/Pesadilla.

Tyrande miró a su alrededor, asombrada.

—Mal, ¿dónde estamos? ¿Dónde se encuentra este sitio desolado?

El Archidruida no respondió en el momento, mirando primero al inconsciente Remulos. Cuando estuvo seguro de que el guardián del bosque estaba aún inconsciente, Malfurion retomó su auténtica forma y observó el entorno. La niebla de la Pesadilla era densa allí, pero había algo vagamente familiar en el paisaje. No lo sorprendió verse allí, considerando que coincidía con la zona a la Remulos lo había traído y quería alcanzar… pero, como a Tyrande, la desolación le dejó afectado.

—Cerca de donde debemos estar, desgraciadamente —replicó crípticamente el Archidruida.

Y sí, ese era el momento que había estado esperando, pero no todos a los que necesitaba, quisieran o no formar parte de su plan, estaban donde tenían que estar.

Miró de nuevo a Remulos. La presencia del inconsciente hijo de Cenarius era algo que no había planeado.

—Tyrande, ¿puedes encargarte de que esté protegido? Quizás tengamos que dejarlo aquí un tiempo…

Malfurion no añadió que eso se basaba en la suposición de que sobrevivirían a lo que iba a ocurrir. De no ser así… no importaría dónde estuviera Remulos.

La Suma sacerdotisa inclinó la cabeza y rezó. Un momento después, apareció la suave luz de Elune atravesando la niebla. Se detuvo en Remulos,

envolviéndolo como una manta protectora. El guardián del bosque quedó completamente cubierto.

—Esto le vendrá tan bien como cualquier otra cosa —prometió solemnemente.

En ese momento una voz que Malfurion estaba esperando ansiosamente oír alcanzó brevemente su conciencia. *Tengo a un par de necios errantes para ti…*

No son necios… No más que tú, Eranikus

El tono del dragón verde irradiaba su desacuerdo con Malfurion.

¡Yo era un necio mucho antes que me llamases en secreto mientras el cartógrafo montaba sobre mi espalda! Fui un necio por acceder a cualquier plan… Y, sin embargo, no podía negarme… si existe aunque sea la más minina posibilidad de poder rescatarla…

El Archidruida tenía que ignorar los autoreproches de Eranikus, y deprisa. Cada momento corría el riesgo de que Xavius adivinase su plan. *Tienes a Lucan y a Thura contigo… Mira dónde necesito que vayan…*

Tras un momento, Eranikus respondió con un gruñido burlón. *¡Ah, qué ironía! Estaban muy cerca de donde quieres… Ciertamente, el humano sigue farfullando algo sobre la «cosa» en una fisura.*

¡Calla!, le advirtió Malfurion. *Yo hablaré con ellos…*

El Archidruida se comunicó con ambos a la vez. Ambos se sobresaltaron, aunque Thura solo momentáneamente En su mente había mucha amargura por cómo la había utilizado Malfurion. Aunque no había tenido elección, el Archidruida irradiaba sus disculpas no solo por haberlo hecho, sino por verse obligado a pedirles algo más ahora. Les explicó rápidamente lo que deseaba, incorporando factores buenos y malos que no contenía su plan original.

Aceptaron su palabra, en parte por el mismo motivo por el que lo había hecho Eranikus… porque no hacerlo era darle la bienvenida a la victoria de la Pesadilla. Aun así, detrás de esa aceptación se encontraba el valor por el que Malfurion se sentía agradecido.

Solo el dragón verde le resultaba una incógnita al Archidruida. Pero Eranikus había prometido cumplir su parte… mientras el elfo de la noche demostrase ser capaz de hacer lo propio.

Solo quedaba Broll. La conversación entre Malfurion y los otros solo llevó unos segundos. Ahora buscó a Broll, sacándolo de la batalla y dejando a Hamuul en su puesto de guía, entre los elementos de la Alianza y la Horda

que componían el ejército liderado por el rey Varian y los druidas defensores de Azeroth.

Te oigo, mi shan'do…, replicó Broll.

Ya estás muy lejos de ser mi alumno, lo reprendió. *¡No me atrevería a pedirle a ningún alumno lo que debo pedirte ahora!*

Haré lo que tú me digas.

Que hubiese otro que creyese tanto en Malfurion entristeció al Archidruida. Ya habían muerto muchos a causa de lo que era necesario hacer, y probablemente morirían muchos más.

Le explicó lo que necesitaba, y recibió la confirmación inmediata de Broll. Se podía confiar en Hamuul para que coordinase el ataque con el rey Varian y los demás. El tauren se aseguraría de que los esfuerzos de los defensores no flaqueasen.

No se atrevían… Ni aunque fuese muy probable que, solos, todos aquellos a los que había reunido Malfurion demostrasen no bastar para detener la maligna oleada.

Y entonces, confiando en que los otros estuviesen pronto donde los necesitaba, Malfurion al fin supo que tenía que decirle a Tyrande donde estaban.

—Esta región está ahora muy distinta, pero debes recordarla.

La Suma sacerdotisa había estado observando el paisaje durante el breve contacto de Malfurion con los otros. Su expresión se había vuelto cada vez más preocupada.

—No puedo evitar la sensación… —Tyrande lo miró a los ojos y abrió los suyos como platos—. Malfurion, esto no es donde… Pero Suramar fue tomada…

—Sí —murmuró el Archidruida—. Estamos en Azshara… en el límite de lo que fue Zin-Azshari.

La Suma sacerdotisa se estremeció, luego su ánimo se fortaleció.

—¿Dónde vamos?

El Archidruida señaló hacia su derecha. Allí, apenas se podían distinguir entre la niebla unas montañas irregulares. El olor del mar, el Mar de Coral, como ambos sabían, impregnaba el aire, y en la distancia podían oír el choque de las olas contra los grandes acantilados que se asomaban a la oscura extensión de agua. Aguas donde en el pasado lejano se encontraban la legendaria capital de los elfos de la noche y el Pozo de la Eternidad.

Tyrande asintió y luego frunció el ceño.

—Debería haber sido arrastrado al mar con todo lo demás, Malfurion.

El Archidruida entrecerró los ojos, pensativo.

—Sí… así debería haber sido.

Con una expresión sombría, la elfa comenzó a caminar hacia las montañas. Sin embargo, Malfurion la agarró del brazo.

—No, Tyrande… esto hay que hacerlo de otro modo.

Puso lejos la lanza. Entonces, de su cinturón, el elfo de la noche sacó lo poco que quedaba de la rama que había arrancado. Malfurion la había colocado ahí antes de seguir a Remulos.

Para sorpresa de la Suma sacerdotisa, se sentó.

—¡Mal! ¿Te has vuelto loco?

—Escúchame —la exhorto él—. Obsérvame atentamente. Debo hacer algo que puede que me ponga en un gran peligro, pero hay que hacerlo si quiero que los demás cumplan su parte. Ten cuidado… fácilmente podría escoger este momento para atacarnos.

Ella miró a la niebla.

—Esto está muy silencioso.

—Y es entonces cuando el peligro es mayor.

Colocándose en la postura de meditación, Malfurion cerró los ojos.

—Si hago esto bien, solo tardaré un instante.

Exhalando, el Archidruida se concentró. A pesar de sus preocupaciones, empezó rápidamente a entrar en el estado que necesitaba.

Lo que había sido una vez el glorioso Sueño Esmeralda lo recibió. Malfurion saltó hacia delante. Su meta estaba justo ahí.

Una sombra se movió. Pero no era uno de los sátiros, sino la sombra del enorme y maligno árbol de las ramas esqueléticas.

He estado esperando tu regreso…

Malfurion no le dijo nada al Señor de la Pesadilla. Solo le faltaban unos metros…

El suelo se abrió. La forma astral de Malfurion cayó hacia atrás. Mantuvo una mano firmemente cerrada mientras intentaba recuperar el equilibrio.

Las extremidades de sombra se lanzaron hacia él. Al mismo tiempo, del suelo brotaron cuatro grotescas figuras, todas las cuales reconoció el Archidruida por haberlos conocido durante la Guerra de los Ancestros.

Únete a nosotros… únete a nosotros…, resonaban las voces en su cabeza.

Aunque sabía que eran fantasmas, tal era el poder de su adversario que Malfurion tuvo que luchar para recordarlo. Esas visiones habían sido lo que en un principio habían hecho que el elfo de la noche bajase sus defensas el tiempo suficiente para que Xavius lo capturase.

—Esta vez no —murmuró Malfurion. El Archidruida unió ambas manos y moldeó lo que sostenía en las palmas.

De las manos de Malfurion brotó un largo bastón plateado. El árbol de sombra se retorcía. Pero no solo era el bastón lo que había pillado desprevenido al enemigo del Archidruida, era que el bastón estaba formado de la misma esencia del árbol auténtico que era Xavius, el Señor de la Pesadilla. Malfurion, mediante su conocimiento arcano y su larga experiencia, había traído con él una parte del mundo físico cuando había entrado en forma astral. Había hecho falta un gran esfuerzo, pero era necesario.

Levantando el bastón sobre su cabeza, Malfurion lo giró una y otra vez. Líneas de energía esmeraldas y doradas brotaron de los extremos. Las líneas devoraban la niebla.

—¡De lo que ha robado el Sueño llegará su salvación! —proclamó el Archidruida.

Las macabras ramas del árbol de sombra se retiraron más hacia la niebla. Malfurion siguió avanzando.

Las visiones macabras de su pasado giraban a su alrededor, pero el bastón los atravesaba como si fuesen de aire. Desaparecieron con terribles suspiros.

Vio el hacha, pero no se acercó a ella. Malfurion continuó persiguiendo la sombra del árbol.

Pero el Señor de la Pesadilla ya no se retiraba. Quizás Xavius sentía lo que Malfurion había sabido desde el principio.

Una larga y huesuda sombra saltó del árbol. La extremidad buscó el pecho del Archidruida. Malfurion no tuvo más opción que defenderse. El bastón y la sombra chocaron en un breve y oscuro destello.

Un diminuto pedazo de la sombra cayó de la rama, disipándose inmediatamente. Pero en la mente del elfo de la noche, Xavius se rio. El Señor de la Pesadilla sabía que no podía destruir lo que había sido extraído de su esencia física, pero tampoco era suficiente para causarle daño.

Se acerca el final de este pequeño drama, se burló Xavius. *Y lo único que sabes hacer es fracasar y fracasar, Malfurion Stormrage…*

De repente la sombra se alargó ante el Archidruida. Las siluetas de sus ramas esqueléticas volvieron a atacar a Malfurion. Una se acercó al pecho del elfo de la noche.

Malfurion tomó el bastón y lo empujó, con la punta por delante, hacia la sombra. Sin embargo, su golpe falló y, en lugar de alcanzarla, enterró la punta en el suelo.

Las ramas querían aplastarlo con su abrazo. Fracasaron, pero Malfurion soltó el bastón.

La risa de Xavius llegó desde todas partes. Las sombras rodearon al Archidruida.

Malfurion desapareció… y se despertó.

Pero descubrió que la situación en Azeroth era poco mejor

—¡Mal! ¡Alabada sea Elune! —gritó Tyrande.

A su alrededor unos oscuros y enormes tentáculos brotaban del parcheado terreno, dirigiéndose hacia donde Tyrande había estado observando al meditativo Malfurion. Atacaron al Archidruida y a la Suma sacerdotisa como sanguijuelas hambrientas. Malfurion contó más de una docena, y más se sumaban a ellas desde las grandes fisuras que ahora se abrían.

Tyrande las rechazó lo mejor que pudo. La luz de Elune tenía ahora la forma de un arma que se parecía a una guja. La ágil guerrera saltó entre los tentáculos, algunos tan gruesos como troncos de robles, y lanzó el arma mortal. Cortaba todo aquello que se acercaba demasiado a ella y a Malfurion, y luego volvía a ella para que la volviese a lanzar. En segundos había varias piezas cortadas desperdigadas a su alrededor, pero el Archidruida notó que ninguno de los tentáculos principales parecía anulado.

Vio por qué un momento después, cuando ella consiguió cortar otro pedazo. El tentáculo selló inmediatamente la herida y le volvió a crecer el extremo.

—¡Atrás! —le gritó Malfurion a Tyrande.

Pero en su decisión de protegerlos a ambos, la Suma sacerdotisa acabó por dar un mal paso. Uno de los tentáculos la agarró de la pierna e intentó arrastrarla hacia una fisura humeante.

Malfurion se lanzó a su lado, pero el tentáculo resultó ser más fuerte que los dos juntos. Las piernas de Tyrande se resbalaban por la fisura. Se

agarró a Malfurion mientras este intentaba evitar que la arrastrasen a las oscuras profundidades.

Colocando una mano sobre el tentáculo agresor, el Archidruida descubrió que, aunque formaba parte del mundo vegetal, también era algo más. No pudo evitar mirar hacia lo que creía que era su verdadero origen. Incluso ahora era imposible ver desde dónde venían lo que no eran tentáculos, sino raíces.

Cuando Malfurion había sido prisionero del Señor de la Pesadilla, había usado su cautiverio para crear raíces que habían crecido lo suficiente como para servir a su propósito. Evidentemente, Xavius, atrapado como árbol durante diez mil años, había hecho lo mismo, solo que en una escala mucho mayor.

Sus raíces se extendían por kilómetros. Además, su movilidad le daba a Malfurion una pista de cómo podía el árbol estar donde estaba, en lugar de en el fondo del mar, que era donde debía estar.

No había tiempo para lanzar un hechizo adecuado ni para empujar a Xavius desde la distancia. Malfurion buscó ayuda en el mismo Azeroth, pero al principio solo encontró terreno muerto. No había nada en él, ni insectos, ni vida vegetal… nada. Xavius se había alimentado de todo lo vivo para crecer más fuerte y letal. Pero la parte final, la más visible de la devastación, solo había podido tener lugar hacía poco, pues alguien hubiese notado esa tierra muerta. El Señor de la Pesadilla había sido inteligente, probablemente comiendo de abajo mediante sus letales raíces, y luego acabando con el resto cuando ya estuvo preparado para atacar.

Y Xavius había podido hacer todo esto en gran parte por ser aquello en lo que lo había convertido Malfurion.

Él y Tyrande luchaban no solo para evitar que ella fuese arrastrada a las profundidades, sino para que no los atacasen más raíces. Malfurion consiguió desviarlas, pero sabía que el Señor de la Pesadilla tiraba inexorablemente cada vez más hacia adentro a la Suma sacerdotisa.

El Archidruida profundizó con su mente, buscando la vida que tenía que haber por alguna parte. Se negaba a creer que Xavius hubiese convertido toda la región en un erial, especialmente habiéndolo hecho tan lentamente y en secreto.

Pero lo que encontró Malfurion fue algo incluso aún más sorprendente que lo que Xavius le había hecho al entorno. Era un mal tan intenso, tan monstruoso, que casi hizo que soltase a Tyrande. Solo su amor por ella

evitó que el Archidruida se cayera. Otra pieza más del rompecabezas se colocaba en su lugar. Ahora estaba claro como había podido cambiar la localización de Xavius.

Algo se hinchó dentro de Malfurion. Buscó de nuevo las fuerzas vitales de Azeroth y al fin las encontró. El Archidruida absorbió energía de ellas.

Estalló un trueno. El suelo volvió a temblar.

De repente apareció un relámpago más adelante, en la dirección donde se encontraba realmente el Señor de la Pesadilla.

Las raíces liberaron a Tyrande. Sin embargo, el suelo empezó a cerrarse. Malfurion pudo sacarla apenas a tiempo antes de que el cierre de la grieta aplastase las piernas de la elfa.

La pareja se arrastró fuera de la zona del temblor. El suelo se movió, y se formaron unas colinas en el choque de las rocas con el suelo.

—¿Qué está ocurriendo? —gritó Tyrande.

—¡Hay dos fuerzas luchando entre sí! ¡Una viene de la Pesadilla!

—¿Y la otra?

Malfurion no respondió, aunque sabía la verdad. De algún modo, el Archidruida había agitado a Azeroth como nunca antes. Estaba luchando contra la maldad de Xavius.

No… El Archidruida frunció el ceño. Había algo más que Xavius.

Corrieron hasta que no pudieron seguir corriendo. Detrás de ellos seguían teniendo lugar gigantescos movimientos de tierra. Ahora no era solo la niebla lo que oscurecía mucho de lo que tenían delante, sino también unas inmensas nubes de polvo y vapor.

Y continuaba.

Pero, aunque Malfurion había provocado una fuerza que lo asombraba incluso a él, no sentía ninguna esperanza. Al profundizar en las fisuras, Malfurion había ido más allá de lo que había pensado. No solo había alcanzado el núcleo de Azeroth, sino que también había tocado el lugar de donde Xavius extraía su siniestro poder. Un lugar más allá del mundo mortal y del Sueño Esmeralda, pero que los infectaba a ambos.

Y en ese repugnante lugar sintió algo increíblemente antiguo… y de algún modo familiar. El veterano Archidruida se estremeció.

Había otra tuerza aún más oscura detrás del Señor de la Pesadilla…



CAPÍTULO VEINTISIETE
EN EL OJO

Humanos, elfos de distintas naturalezas, orcos, enanos, trols, taurens, gnomos, draeneis, no-muertos y demás continuaron enfrentándose a esa marea de enemigos que avanzaba de manera implacable. Guerreros, druidas, magos, sacerdotes, así como otros seres, contribuyeron con sus propios poderes y esfuerzo a que la fuerza defensora pudiera plantar cara mejor a aquel ejército invasor.

El ejército astral de Varian siguió sacrificándose en la vanguardia, batallando contra aquel innumerable enemigo y pereciendo no solo ante las garras de los sátiros sino también, cada vez más, por culpa de la muerte de sus receptáculos físicos. Hamuul, quien estaba observando todo aquello, meditó profundamente sobre por qué las formas astrales no sobrevivían a las muertes de sus cuerpos físicos (tal y como ocurría con los druidas). La única hipótesis que se le ocurrió fue que la terrible magia de la Pesadilla fluía de esos golpes mortales que se producían en Azeroth hacia los cuerpos astrales a través del vínculo inherente que unía a ambas partes de la víctima.

Los druidas se sumaron a la masacre con sus conjuros. Aquí, las semillas explotaban en un fuego purificador plateado. Allá otros druidas que portaban formas de oso, felino u otras tanto o más temibles utilizaban sus garras, dientes e incluso sus rugídos imbuidos de magia para desatar el caos entre los siervos de la oscuridad.

Poco a poco aquella marea fue perdiendo impulso, se estancó..., y cambió de sentido.

Entonces, tanto aquellos que permanecían en Azeroth como aquellos que luchaban en el otro reino descubrieron cuál era la siguiente oleada de fuerzas del mal que los aguardaba. De las tinieblas de cada plano surgieron

unos ejércitos compuestos de dracónidos poseídos por las sombras, dracos menores... y dragones corrompidos por el mal.

Entonces... entonces ocurrió algo que ningún druida, ni siquiera Malfurion, podría haber esperado.

La barrera entre el Sueño/Pesadilla Esmeralda y Azeroth se quebró... y ambos se fueron fusionando lentamente.

* * *

La aparentemente imposible fusión entre ambos planos cogió por sorpresa a Eranikus. Perdió el control brevemente, y, acto seguido, luchó para recuperarlo y mantener a Thura y Lucan junto a él.

Pero, mientras el dragón se resistía como podía, Lucan escuchó una voz que llamaba a alguien. No parecía dirigirse necesariamente a él, sino a quienquiera que quisiera escucharla. Había algo familiar en ella, algo que le recordó a esos días perdidos en que sus sueños habían sido un remanso de paz. Se sintió atraído hacia ella...

Sin pensárselo dos veces, se dejó caer de la espalda de Eranikus, deslizándose por ella. Pero Lucan no se golpeó contra el suelo, sino que se quedó flotando en el aire a medio metro de este, y, a continuación, sintió cómo algo invisible tiraba de él. Eranikus y Thura se desvanecieron y...

Un momento después, el cartógrafo reapareció en una zona que sin duda alguna formaba parte de la Pesadilla. Al instante, una serie de chillidos y balbuceos asaltaron sus oídos. Unas horrendas siluetas se movieron bajo el abrigo de la niebla que lo rodeaba... sin embargo, no molestaron ni inquietaron a Lucan lo más mínimo. Se levantó de aquel suelo infestado de alimañas... un suelo que debería haber estado a decenas de metros por debajo de aquel dragón y sus jinetes, pero no lo estaba.

Entonces... Lucan se dio cuenta que había algo ahí delante, oculto entre la niebla; algo que pesar de hallarse escondido en la Pesadilla, le infundió esperanza de una manera inexplicable.

Corrió hacia aquella visión, menospreciando los evidentes peligros de la Pesadilla. Mientras se acercaba a su hallazgo, una sensación de asombro fue invadiéndolo. Aquellas estructuras (un conjunto de vastas cúpulas) no habían sido construidas por seres humanos. Eran demasiado perfectas. Aunque no podía afirmarlo con rotundidad desde el lugar donde se hallaba, las cúpulas «más pequeñas» parecían flanquear o rodear una más grande que, a pesar de que la Pesadilla también las había corrompido en parte,

conservaban un maravilloso color dorado que lo reconfortaba de un modo muy extraño.

El cartógrafo se veía atraído por aquella cúpula dorada. Pese a que se había sentido muy fatigado con anterioridad, reunió fuerzas para acelerar el paso. Lucan se concentró tanto en aquella cúpula que apenas era capaz ya de percibir que se hallaba inmerso en la Pesadilla. El único pensamiento que había en su mente era que tenía que llegar a esa estructura.

No obstante, el cartógrafo ignoraba cuánto tiempo iba a tardar en llegar hasta ahí; ni lo sabía ni le importaba. Quizá tardara solo unos minutos o tal vez horas... pero el tiempo carecía ya de significado para él. Lo único que le importaba era que ya había alcanzado la entrada... la cual halló sellada por una oscuridad que pertenecía a la Pesadilla.

Aquel terrible descubrimiento le hizo recordar en qué circunstancias se encontraba realmente, de tal modo que Lucan estuvo a punto de darse la vuelta y salir corriendo... pero, entonces, intuyó que lo que lo había arrastrado hasta aquel lugar etéreo se hallaba dentro de aquella estructura.

Y, fuera lo que fuese lo que lo aguardaba ahí dentro... necesitaba su ayuda.

De repente, escuchó el batir de unas poderosas alas y, rápidamente, dobló una de las esquinas de aquella estructura para ocultarse en uno de sus laterales. Nada más esconderse ahí, una enorme silueta cubrió el cielo.

Pese a que Lucan había creído hasta entonces que le resultaría imposible identificar a un dragón con solo verle la cara, en ese momento estuvo seguro de que aquel dragón era el llamado Lethon. Aquel leviatán de escamas oscuras, cuya forma espectral relucía con el mismo fulgor verde y perverso de la Pesadilla, observó todo cuanto lo rodeaba con aire de sospecha.

Los ojos de Lethon, que eran unas fosas sin fondo, se volvieron en dirección al lugar donde se hallaba Lucan. Pero, entonces, el dragón apartó la mirada poco antes de llegar al punto exacto donde el humano se ocultaba.

Lethon resopló y, acto seguido, abandonó aquel lugar.

El dragón se desvaneció en la lontananza y, entonces, el agobiado cartógrafo, que se hallaba pegado lo más posible a la pared, profirió un suspiro.

De improviso, aquella pared brilló.

Y la atravesó.

No obstante, no acabó en una habitación, sino en medio de un torbellino de fuerzas mágicas que giraban alrededor de él y que, a su vez, lo hicieron girar sobre sí mismo de manera descontrolada mientras volaba a través del tornado. Y lo que es aún peor, Lucan sintió que las fuerzas lo abandonaban. Sabía que pronto ni siquiera sería capaz de mantenerse despierto y consciente.

Calma, joven Lucan... anularé los efectos durante el tiempo necesario... o al menos eso espero...

Conocía aquella voz, sabía a quién pertenecía incluso antes de que su cuerpo girara para dirigirse a la fuente de aquellas palabras.

Al igual que el humano, la gran dragona Ysera flotaba en medio de aquel remolino de intensas energías mágicas; no obstante, esas fuerzas la atacaban con mucha más intensidad a ella, como cabía esperar. Tenía las alas extendidas de par en par y se encontraba rodeada por un aura muy fina de color gris esmeralda que centelleaba constantemente, como si pretendiera desvanecerse. Aunque aquella dragona tenía sus largos y lustrosos párpados totalmente cerrados, daba la sensación de que era capaz de verlo.

Lucan intuyó que aquella dragona no estaba indefensa ante aquellas caóticas energías mágicas, ni mucho menos a pesar de hallarse cautiva. Seguía plantando cara a sus enemigos...

Pero eso era imposible. La había visto totalmente derrotada. La Pesadilla la había vencido, la había doblegado a su voluntad...

La Pesadilla y su señor solo saben contar mentiras, afirmó Ysera, respondiendo así a la pregunta que el cartógrafo no había formulado. *Sí, me han hecho prisionera, pero aún me resisto... aunque he de admitir que mis fuerzas menguan...*

¿Qué es este sitio?, inquirió Lucan sin pronunciar palabra alguna.

La dragona giró la cabeza a un lado y respondió:

Hace mucho tiempo, cuando Azeroth acababa de nacer y fuimos enviados a proteger sus tierras, así como el Sueño Esmeralda, unos cuantos dragones de mi vuelo me honraron al darle a este campo y a todo lo que contiene el nombre del Ojo de Ysera... Este lugar se convirtió en la atalaya desde la cual lo observaba todo... En ese instante, la expresión de su temblante se tornó sombría. *Pero, ahora, tras la traición de Lethon... se ha convertido en mi prisión...*

De repente, aquel Gran Aspecto bramó presa de un intenso dolor. Se estremeció y, durante un fugaz instante, se volvió tan insustancial como un fantasma.

A pesar de que sabía que sería un esfuerzo en vano, Lucan extendió una mano para intentar reconfortar a Ysera.

¡La frontera que separa el asediado reino del Sueño y Azeroth se está difuminando!, exclamó la dragona, presa de una terrible preocupación. *¡Aunque sigo luchando, ellos son cada vez más rápidos a la hora de absorber mis poderes en contra de mi voluntad con el único fin de destruirlo todo!*

¿Y qué podemos hacer?, inquirió el cartógrafo de manera suplicante.

Haciendo acopio de las pocas fuerzas que todavía le quedaban, Ysera respondió:

Debes saber la verdad, Lucan Foxblood... Desde que Eranikus te encontró cuando eras un tierno infante, siempre te he vigilado de cerca... Quería ver en qué te convertirías al alcanzar la madurez... ya que tus orígenes son únicos... y muy peculiares... Ni siquiera Eranikus lo sabía... él simplemente actuó siguiendo los dictados de su corazón como supuse desde un principio...

Lucan se quedó boquiabierto. Creía que el Aspecto iba a solucionarle sus problemas, que iba a poder impedir que pudiera volver a hacer uso de sus peculiares poderes.

No pude hacer nada para que las circunstancias en que se produjo tu nacimiento fueran distintos, aunque tal vez... actué con cierta arrogancia y falta de previsión al no procurarte... algún tipo de protección desde el principio..., aseveró Ysera, quien jadeó de nuevo, y acto seguido, prosiguió. *Pero de nada sirve arrepentirse de lo hecho en el pasado... He estado intentando... contactar con otro... y ya prácticamente había abandonado la esperanza de lograrlo... pero eres un ser único, y quizá tu peculiaridad pueda ayudarme a contactarme con él...*

Ah, ¿sí? Dime, ¿qué puedo hacer por ti?

Una vez más, aquella dragona sufrió una tremenda agonía y estuvo a punto de desvanecerse en la nada.

¡Estamos... llegando a un punto sin retorno!, alcanzó a decir la dragona al fin. *Tal vez seas el medio de sortear los hechizos de la Pesadilla que impiden que pueda comunicarme con Malfurion Stormrage...*

¿Con Malfurion? ¡Haré todo cuanto haga falta, siempre que te sea de ayuda, aunque eso me cueste la vida!, respondió el cartógrafo. Lo decía muy en serio, ya que, si todo caía ante el avance implacable de la Pesadilla, ¿qué sentido tendría seguir vivo?

Espero que no tengamos que llegar a hacer tales sacrificios, comentó el Aspecto, que una vez más le dio la impresión de que le leía los pensamientos. Entonces, con los ojos todavía cerrados, la dragona añadió: *¿Estás seguro de que lo vas a hacer, Lucan Foxblood? ¿Seguro que comprendes el riesgo que corres?*

El cartógrafo asintió.

Intentaré ser lo más delicada posible.

Tras pronunciar esas palabras, Ysera abrió los ojos. Y su mirada se encontró con la del humano. Para él fue como si todos los sueños que hubiera tenido jamás volvieran a desfilar ante sus ojos. La mirada de Ysera traía consigo un caleidoscopio de imágenes, todas ellas relacionadas con Lucan... y con cualquier otra criatura capaz de soñar. El cartógrafo se convirtió en una parte de cada uno de esos sueños y, de este modo, reveló los rincones más recónditos de su subconsciente a aquella dragona...

Lucan Foxblood observó asombrado y sobrecogido cómo la fuerza de voluntad de aquel Aspecto se adueñaba de su ser.

* * *

Debemos regresar a Azeroth, le advirtió Varian a Hamuul. *¡Dile a Malfurion Stormrage que hay que volver! ¡Van a acabar con nuestros cuerpos mientras luchamos contra ellos en este plano!*

Pese a que el tauren escuchó aquellas palabras, no respondió. No obstante, buscó de inmediato a Malfurion para advertirle del inminente desastre.

* * *

La advertencia de Hamuul llegó a oídos de Malfurion al mismo tiempo que el elfo de la noche afrontaba la verdad que se ocultaba tras el asombroso poder de Xavius. Había sentido ese antiguo y malévolo poder con anterioridad y nunca podría olvidarlo. Por eso no era de extrañar que Xavius hubiera logrado tanto, puesto que contaba con ese enorme poder; no obstante, una oscuridad mucho mayor actuaba a través de él.

A pesar de todo, Malfurion seguía dispuesto a detener aquel caos como fuera, ya que era consciente de que si cedía a la desesperanza todo estaría perdido. La exigencia de Varian llegó a sus oídos a través de

Hamuul. El Archidruida entendía los deseos del Rey y por qué quería hacer lo que quería hacer. Entonces, Malfurion se maldijo a sí mismo por haber permitido que llegase a producirse esa situación, puesto que temía desde hace tiempo que Xavius hiciera lo que había acabado haciendo: atacar las formas mortales, que carecían de toda protección de los defensores.

Obligó a Tyrande a retroceder hasta el lugar donde él se hallaba para contarle qué estaba ocurriendo y qué era lo que iba a tener que hacer. La Suma sacerdotisa asintió, ya que lo comprendía perfectamente; no obstante, el espanto se adueñó de su rostro por lo que iban a sufrir todos y, al mismo tiempo, sintió lástima por Malfurion, quien había asumido una pesada carga sobre sus hombros.

—Entonces, ¿estamos perdidos? —preguntó súbitamente la Suma sacerdotisa, quien, sin duda alguna, había sopesado la situación tanto como él—. ¿Acaso Azeroth está perdida?

Antes de que el elfo de la noche pudiera contestar, escuchó otra voz en su mente; había rezado constantemente para poder escuchar aquella voz antes de que fuera demasiado tarde.

Malfurion Stormrage..., ¿puedes escuchar mis palabras?

¿Mi señora?

Sí, soy Ysera... escúchame... mírame...

De repente, una imagen irrumpió en la mente del elfo de la noche. Vio a Ysera en su prisión, donde aquel Aspecto se resistía a entregar sus poderes que estaban siendo utilizados por Xavius y su desconocido amo para sus propios fines.

Tras ver aquella imagen, Malfurion se dio cuenta de quiénes eran realmente sus enemigos y cuál era su naturaleza. Comprendió que había estado a punto de cometer un error crucial.

Al fin ves la verdad...

Y así fue... Malfurion también percibió que no estaba manteniendo esa conversación con la dragona a solas. Otros dos seres más la escuchaban. Uno era el humano Lucan, quien de algún modo era el instrumento a través del cual la mente de Ysera había logrado sortear los muros de su prisión para poder comunicarse con el resto del mundo.

Pero el otro... el otro no debería estar escuchando sus palabras; sin embargo, había logrado interceptar esa comunicación... y lo que había descubierto gracias a ella había prendido la mecha de su furia.

¡Te he encontrado al fin! ¡He intuido que eras tú al instante! ¡Te tienen encerrada en el Ojo! ¡Debería habérmelo imaginado! Reconozco que son audaces... pero, al final, eso será su perdición..., afirmó Eranikus.

Malfurion percibió que el dragón acababa de dejar a Thura cerca de un lugar donde Broll se encontraría. Y ahora, tras haber interceptado el desesperado intento de contacto con el Archidruida que había realizado su reina, solo había un pensamiento en la mente de aquel dragón que lo obsesionaba... liberarla.

Préstame atención mi amor, le rogó Ysera, que intentaba así detenerlo. *Será mejor que centres tus esfuerzos en ayudar a Malfurion...*

¡No! ¡Voy a salvarte!, le espetó Eranikus interrumpiéndola bruscamente. Aquellas palabras resonaron con tanta fuerza en sus mentes que provocaron un fuerte dolor de cabeza a Malfurion y Lucan. *¡Lo juro!*

Ysera intentó disuadirlo, pero Eranikus se negaba a escucharla. Malfurion, quien entendía ambas posturas y podía mantener cierta equidistancia, decidió hablar primero con Eranikus. Sin embargo, antes de que pudiera decir nada, alguien lo zarandeó violentamente, lo cual provocó que se cortara la comunicación.

—¡Mal! ¡Cuidado! —exclamó Tyrande.

Al instante, el elfo de la noche se centró en su entorno físico más inmediato.

Y enseguida comprobó que estaban rodeados por sátiros de sombra por todas partes.

No... Aquellos sátiros no estaban hechos de sombras, sino que eran muy sólidos, muy reales. Se trataba de genuinos sátiros, entre cuyas filas se encontraban los siervos Altonatos de la reina Azshara que habían seguido a Xavius hasta las simas de la condenación. El poder que poseía el renacido Xavius los había seducido de tal modo que habían renunciado a sus apuestos rasgos y bellos cuerpos para adoptar unos físicos monstruosos, y todo para servir a la causa del Señor de la Legión Ardiente, de Sargeras.

Además, daba la impresión de que contaba con un número infinito de tropas. Malfurion se encontraba perplejo. Sin duda alguna, durante todo ese tiempo, los sátiros habían ocultado sus verdaderas intenciones mientras se reunían para preparar aquellos funestos planes con mucha anticipación.

¡Mis niños han estado aguardando a que se les presentara la oportunidad de alcanzar la gloria!, exclamó de modo burlón el señor de la Pesadilla. *Y me he dignado a garantizarles que así será...*

Aquellos sátiros poseían cuernos y, aunque sus rostros todavía conservaban casi todos los rasgos originales que poseían antes de ser corrompidos, ahora había un sesgo salvaje y brutal en la expresión de aquellos demonios. Ahora, tras sus sonrisas despiadadas había varias hileras de dientes afilados. Un pelaje marrón tosco y burdo les cubría los brazos, las espaldas y las piernas. Poseían unas melenas greñudas y unas barbas hirsutas que les proporcionaban un aspecto más grotesco si cabe. Y sus ojos relucían con un nauseabundo brillo verdoso.

¡Sí, es él, en efecto!, comentó Xavius a los sátiros que se aproximaban. *El maldito Malfurion Stormrage.*

Al instante, varios sátiros profirieron aullidos teñidos de anticipación al mismo tiempo que arremetían contra aquellos dos enemigos.

Tyrande se colocó delante del Archidruida y, a continuación, lanzó la guja de luz de luna.

—¡Vete, debes concentrarte en la verdadera batalla! —gritó la Suma sacerdotisa al mismo tiempo que aquella arma que giraba en el aire atravesaba al sátiro que encabezaba el ataque.

Aquellas tres hojas afiladas alcanzaron a otras dos más de aquellas criaturas antes de que regresara a manos de su dueña. Entonces, las víctimas de la guja cayeron al suelo; la parte superior de sus torsos había quedado prácticamente seccionada y separada de la parte inferior.

Aquel ataque inmisericorde y eficaz provocó que los sátiros titubearan un poco mientras intentaban dar con la manera de sortear a Tyrande y a sus mortíferas hojas.

Pero Malfurion no quería abandonarla a su suerte, no quería que se enfrentara al enemigo sola.

—¡No podrás contenerlos a todos!

—¡Si las demás me ayudan, tal vez pueda demorarlos el tiempo necesario!

Antes de que Malfurion pudiera preguntarle qué quería decir con esas palabras, Tyrande alzó la guja hacia el cielo a modo de saludo y murmuró algo en la lengua secreta de la Hermandad. En ese momento, los sátiros recobraron el valor y se abalanzaron sobre ellos de nuevo.

Súbitamente la luz de la Madre Luna brilló ante Malfurion. Mientras el Archidruida contemplaba asombrado aquella escena, una hilera de figuras relucientes, que recordaban un poco a unas sacerdotisas ataviadas para la

batalla, cobraron forma junto a Tyrande y se prepararon para combatir. Además, todas ellas se parecían bastante a la Suma sacerdotisa.

Tyrande había rezado a Elune para que le concediera su ayuda, y se la había dado cuando más la necesitaba bajo la forma de unas guardianas creadas a partir de la luz de la luna. Con gujas, arcos, espadas, lanzas, mazas, bastones y otras armas, aquella reluciente formación diezmó a los sátiros de la vanguardia. No obstante, muchos más continuaron arremetiendo contra ellas.

Malfurion no permaneció ocioso mientras Tyrande y aquellas figuras que había invocado lo defendían. Como era consciente de que la Suma sacerdotisa tenía razón al afirmar que tenía que centrarse en la verdadera batalla, Malfurion centró su atención en dos cosas.

En primer lugar, argumentó su decisión ante Varian y Hamuul para convencerlos.

¡La Pesadilla debe ser combatida en el Sueño!, insistió. *¡La base del poder de la Pesadilla se encuentra en las energías que extrae de los durmientes, así como de Ysera! ¡Hay que obligarla a centrar su poder en este plano, debemos obligarla a defenderse en este reino!*

Ambos aceptaron la decisión del Archidruida. No obstante, Malfurion se sentía culpable porque era bastante probable que muchos perecieran por culpa de la estrategia que iba a adoptar a pesar de que, probablemente, aquel plan era su única esperanza de vencer a la Pesadilla. A continuación, el elfo de la noche contactó con Broll.

¿Has encontrado ya a Thura?

Broll Bearmantle respondió de inmediato.

¡Sí, Shan'do! ¡Pero aquí no puede luchar de manera eficaz! Deberíamos llevarla de vuelta a Azeroth para que...

No..., ya sabes que necesito que haga una cosa.

Al igual que había sucedido con Hamuul y el rey Varian, Broll accedió a sus planes.

Acto seguido, Malfurion volvió a posar la mirada sobre Tyrande, quien se mostraba desafiante a pesar de tenerlo todo en contra; era la misma actitud que había mostrado mucho tiempo atrás en la Guerra de los Ancestros. Su rostro había adquirido un tono muy oscuro (eso era lo que les pasaba a los elfos de la noche cuando se ruborizaban) debido al esfuerzo. Lanzó su guja una y otra vez, y aquella arma reluciente cercenó miembros, abrió profundas heridas en varios torsos y decapitó a un sátiro.

Sin embargo, el Archidruida se dio cuenta de que la luz de luna que la rodeaba había menguado ligeramente, lo cual había provocado que las guardianas de Elune que combatían con ella perdieran consistencia. No obstante, la Suma sacerdotisa no solo batallaba contra aquellos adversarios, sino también contra Xavius, quien estaba desviando parte del poder que había acumulado hacia aquellos sátiros, reforzando así sobre todo a aquellos que combatían a Tyrande. Por otro lado, la Suma sacerdotisa era la fuente de poder del que aquellas guardianas extraían su sustancia. Si ella caía, ellas se disiparían al instante.

Entonces, Malfurion se centró en el problema que ocupaba el segundo lugar en su lista de prioridades. Con suma rapidez, busco entrar en contacto con la mente del dragón.

¡Eranikus! ¡Piénsalo bien!

¡No! ¡No pienso abandonar el Ojo sin ella!

De inmediato, el elfo de la noche vio el mundo desde otro punto de vista. Malfurion vio lo mismo que veía Eranikus a través de sus ojos y pudo comprobar que el dragón se encontraba ya muy cerca de su destino.

El Ojo ya no era como el Archidruida lo recordaba. Mientras Eranikus se aproximaba a él, su aspecto cambió. Y aquellas estructuras se transformaron en unas construcciones repletas de irregularidades y afilados salientes que parecían dispuestas a empalar a aquel dragón. De improviso, aquellos edificios intercambiaron su sitio con otros.

¡No van a poder engañarme!, le dijo Eranikus con vehemencia. *¡Por mucho que intenten ocultarla en mil sitios distintos, la encontraré! ¡El vínculo que había entre ella y yo se ha restablecido, y esta vez nadie va a volver a cercenarlo! ¡Juro que daré con ella!*

¡Ten cuidado!, exclamó Malfurion en vano.

Eranikus se lanzó en picado sobre la estructura menos impresionante, que de repente aumentó su tamaño.

¿Lo ves?, dijo el dragón con tono triunfal. *Ysera está en ese gran edificio, aunque se han esforzado mucho para lograr que esa construcción tuviera un aspecto muy distin...*

Malfurion, que estaba prestando atención a otras cosas que estaban sucediendo en el Ojo y que no estaban centradas en Ysera, tuvo la sensación de que se producía un cambio en la Pesadilla.

Eranikus...

Al instante, Lethon se materializó por encima del obsesionado dragón y, acto seguido, cayó sobre él.

¡Bienvenido, hermano Eranikus!, exclamó irónicamente al mismo tiempo que clavaba sus garras en el cuerpo del otro leviatán. De inmediato, brotaron de aquel corrupto dragón unos tentáculos de energía de color verde oscuro que se adentraron en el consorte de Ysera.

Al instante, Eranikus gritó y se estremeció terriblemente. Sus escamas se retorcieron y convulsionaron; era como si un enorme gusano se desplazara a través de su cuerpo e intentara salir de él violentamente...

Tu mayor pesadilla se hace realidad..., le susurró Lethon. *Bienvenido al redil...*

Malfurion hizo todo lo posible por mantener el contacto mental con Eranikus, y lo consiguió, pero este se había debilitado tanto que no podía percibir qué pensaba el dragón. Además, por mucho que lo había intentado, no había logrado hacerle entender a Eranikus la situación. El Archidruida temía que Lethon estuviera diciendo la verdad; Malfurion sabía perfectamente que uno de los grandes temores de Eranikus era que algún día pudiera engrosar las filas de los seres corrompidos por aquella maldad.

De hecho, aquel dragón gimió intensamente en cuanto aquellas nauseabundas energías de la Pesadilla se adentraron en él. Aunque siguió flotando en el aire, Eranikus se hizo un ovillo.

Entonces, lanzó un rugido iracundo, y atacó con todo su poder y toda su fuerza a Lethon.

El ataque sorprendió al coloso corrupto, que se había dejado llevar por un exceso de confianza y salió despedido hacia atrás a gran velocidad. De inmediato, Lethon bramó presa de un intenso dolor y se alejó flotando sobre sí mismo del Ojo de Ysera.

Una vez más y sin titubeo alguno, Eranikus centró su atención en el lugar donde se encontraba encerrada su reina. Y, a continuación, hundió sus cuatro garras en aquella estructura.

Entonces, la prisión titiló súbitamente. La Pesadilla volvió a intentar infectar con su maldad al dragón verde. Eranikus se retorció, su cuerpo adoptó un aspecto perverso en cuanto aquel poder capaz de corromperlo intentó apoderarse de su ser. Sin embargo, resistió el ataque con suma tenacidad, y se lanzó contra aquel edificio con todas sus ganas y un fuerte impulso.

Malfurion poco podía hacer por poder ayudarlo en aquellos momentos, puesto que su atención estaba centrada en demasiados frentes; no obstante, estaba dispuesto a apoyar al consorte de Ysera en todo lo posible. Aunando esfuerzos, lograron que esa maldad dejara de extenderse por el cuerpo y esencia de aquel dragón.

En ese instante, la prisión se estremeció. Eranikus concluyó su ataque de manera abrupta. Acto seguido, el leviatán lanzó un gruñido triunfal.

Pero, entonces, una fuerza muy poderosa lo alejó de manera extremadamente violenta de la prisión de Ysera. Lethon, que brillaba intensamente bajo el fulgor de las horrendas energías de la Pesadilla, descendió en picado con la intención de destrozar a su adversario.

A pesar de que Malfurion intentó ayudar a Eranikus a recuperar la iniciativa en aquel combate, el dragón rechazó su apoyo y gritó mentalmente al Archidruida:

¡No! ¡Ya falta muy poco para que podamos liberarla! ¡Yo lo mantendré a raya mientras tú acabas lo que yo he empezado!

El elfo de la noche no tuvo nada que objetar. Liberar a Ysera era lo más prioritario en aquellos momentos, ya que era la dueña y señora del Sueño Esmeralda, estaba ligada a él y dominaba su misma esencia. La Pesadilla la necesitaba para reforzar su vínculo con el Sueño Esmeralda y así poder valerse mejor de la magia de aquel reino. Por muy alto que fuera el precio que pagar, había que librar a Ysera; de ese modo, la influencia de la Pesadilla sobre aquel reino seguramente menguaría y, por lo tanto, la posibilidad de alcanzar la victoria por parte de los defensores se multiplicaría. De hecho, Malfurion pudo percibir cómo aquel Aspecto intentaba forzar los límites de su debilitada celda. Eranikus estaba en lo cierto, si la liberaban, tendrían muchas más posibilidades de triunfar.

El Archidruida se concentró e intentó extraer toda la energía, todo el poder posible tanto de Azeroth como del asolado Sueño Esmeralda. Le sorprendió la facilidad con la que aquellas fuerzas, sobre todo las de ese último reino, respondieron a su petición. Malfurion supuso que eso no podía ser solo cosa suya; Ysera debía de estar ayudándolo de alguna manera.

Mientras aunaba esfuerzos con aquel Aspecto para sacarla de aquella prisión, Malfurion pudo percibir que la batalla que estaba librando Eranikus proseguía. Los dos dragones forcejearon al mismo tiempo que las energías mágicas de uno arremetían contra el otro. Si bien ninguno de los dos parecía llevar ventaja, el elfo de la noche temía que, en breve, aquel entorno que le

era más propicio a aquella bestia corrupta acabara decantando el combate en favor de esta última.

El Archidruida notó cómo Ysera empujaba los muros de su prisión con más fuerza si cabe desde dentro. Sin embargo, se encontraba más preocupada por su consorte, Malfurion y Lucan que por ella misma.

Sálvalo primero a él, puesto que no se encuentra atrapado por los hechizos de la Pesadilla como me ocurre a mí, le ordenó la dragona a Malfurion; se refería al humano Lucan.

Aunque el cartógrafo había logrado entrar en esa cúpula dorada, daba la impresión de que se hallaba demasiado exhausto como para poder hacer uso de sus extrañas habilidades. Malfurion lo rescató con suma facilidad, e incluso fue capaz de hacerlo volver a Azeroth y dejarlo muy cerca del lugar donde se hallaba Hamuul.

Ysera redobló sus esfuerzos. La barrera que la mantenía prisionera se debilitó. Malfurion pudo sentir cómo la tensión se acumulaba y...

No... ¡Ni lo sueñes!, exclamó Lethon, quien, haciendo uso de los poderes de su amo, estuvo a punto de anular tolo lo que habían conseguido hasta ahora la dragona y el elfo de la noche. Al instante la mente de Malfurion se vio invadida por una serie de aterradoras imágenes en las que se podía contemplar cómo sus actos tenían unas consecuencias desastrosas para todos aquellos a quienes pretendía proteger. Pese a que el Archidruida era consciente de que solo eran pesadillas invocadas por la oscuridad, tuvo que realizar un tremendo esfuerzo para no dejarse arrastrar por ellas al mismo tiempo que continuaban atacando los muros de la celda del Aspecto.

Lethon profirió un grito súbitamente. De inmediato, Malfurion pudo ver en su mente unas imágenes en las que un Eranikus cubierto de heridas y con un aspecto distorsionado por culpa de la maldad que pretendía apoderarse de él combatía contra su corrupto adversario tanto con sus garras como su magia. Pese a que Eranikus se encontraba malherido, su férrea voluntad estaba decantando la batalla en su favor momentáneamente.

No obstante, era consciente de que no iba a durar mucho; por lo tanto, Malfurion se vio obligado, muy a su pesar, a dejar de intentar ayudar a Ysera a salir de su prisión.

¡¡NO!!, exclamó Eranikus, cuya voz retumbó de manera atronadora en la mente del Archidruida. *¡Debes salvarla! ¡Yo acabaré con Lethon!*

Al parecer, Lethon fue capaz de captar esa conversación, ya que se rio de la arrogante actitud de la que había hecho gala Eranikus. En esos

momentos, el coloso corrupto se hallaba totalmente henchido de poder extraído de la Pesadilla y era ya más grande que el consorte de Ysera.

¡Tú sí estás acabado, Eranikus! ¡Ríndete ante la Pesadilla! ¡Deja que se adueñe de tu esencia! ¡Los muros que separan Azeroth de este lugar se están debilitando! Muy pronto, yo y otros que son como yo podremos volar por el cielo de Azeroth sin traba alguna...

El cielo de Azeroth..., repitió Eranikus.

De repente, un fulgor rodeó al consorte de Ysera por entero. El semblante de aquel dragón se tomó torvo y sombrío. Al mismo tiempo, la incertidumbre se apoderó del rostro de Lethon.

¿Pero qué haces?, exigió saber Lethon.

Sin embargo, el otro dragón no respondió, sino que hizo acopio de sus fuerzas absorbiendo otro tipo de energías. Malfurion fue capaz de percibir lo que estaba sucediendo y fue entonces cuando el Archidruida al fin comprendió cuál era la estratagema de Eranikus.

Y, en cuanto ambas figuras titánicas se fueron desvaneciendo, Lethon también supo qué tramaba su rival... pero era ya demasiado tarde como para hacer algo al respecto.

¡No puedes hacerlo! ¡Si lo haces tú también perecerás! ¡Juro que así será! ¡La inestabilidad que estás provocando acabará con ambos!

Que así sea, escuchó Malfurion replicar a Eranikus.

¡Mi amor!, exclamó Ysera... pero era ya demasiado tarde.

La Pesadilla pretendía fusionar aquel reino con Azeroth. Si lograba, surgiría un nuevo reino cuyo poder sería incomparable, un nuevo reino que sería invencible.

Pero la fusión no se había completado aún... y ahí mismo, en los alrededores del Ojo, del centro neurálgico del Sueño Esmeralda, Malfurion pudo comprobar que las devastadas barreras que separaban ambos reinos se habían vuelto tan inestables que colocarse justo en la frontera que dividía a ambos era un suicidio.

Eranikus no hizo el más mínimo ademán de soltar a aquella criatura corrupta. Ambos se adentraron en aquella frontera inestable, de tal modo que, de repente, coexistieron en ambos reinos.

Tal y como Lethon le había advertido, y tal y como temían Malfurion e Ysera, el villano, presa de la desesperación, intentó absorber todo el poder posible de su amo en su fuero interno en un vano intento por evitar lo inevitable, pero era ya demasiado tarde.

Aquel monstruo aulló al ser despedazado. Y las temibles fuerzas que había acumulado en su interior se desataron.

Una terrible vorágine de energías surgió de repente en el mismo espacio que Lethon había ocupado hasta hacía una fracción de segundo. Aquel torbellino mágico engulló a Eranikus, quien no hizo nada por escapar.

Aquellas descontroladas fuerzas amenazaban con arrasarlo todo. Malfurion sintió que Ysera lo urgía a hacer algo para contenerlas. Si bien no estaba muy seguro de qué era lo que pretendía que hiciera, el Archidruida intentó hacer todo lo posible para contener aquel terrible maremoto de energías destructivas.

Entonces, se le ocurrió un plan a la desesperada. Haciendo un ímprobo esfuerzo, logró desviar aquellas energías hacia un objetivo muy concreto: la prisión de Ysera.

De ese modo, arrasó toda la parte central del Ojo, que quedó reducido a vapor... al mismo tiempo que lograba liberar por fin a Ysera.

La Señora del Sueño Esmeralda rugió de alivio al sentiré libre al fin, acto seguido, se alzó sobre los restos de aquel lugar donde había estado confinada. Un aura esmeralda rodeaba toda su silueta, un aura que fugazmente iluminó el Ojo por entero.

Pero entonces, una niebla se fue arremolinando en torno a la dragona, una niebla que pretendía capturarla otra vez. Súbitamente Ysera profirió otro rugido y su aura se expandió. De inmediato, todo cuanto esa aura tocó recuperó repentinamente la vitalidad, esplendor y belleza que habían hecho tan famoso al Sueño Esmeralda. Al instante, aquellas nieblas se retiraron...

Y en ese impagable momento, el Aspecto desapareció.

Malfurion ya no la percibía en aquel reino. Ysera se había refugiado en Azeroth. La dragona, que sabía mejor que nadie cómo funcionaban las fronteras y los vínculos que había entre ambos reinos, decidió materializarse cerca de los druidas que peleaban en Darnassus.

Gracias... Malfurion Stormrage..., dijo la dragona con un tono de voz plagado de tristeza. *Tú... y Eranikus...*

Tu consorte hizo lo que tenía que hacer, replicó con suma rapidez el Archidruida, reconociendo así el sacrificio de aquel dragón; no obstante, también era consciente de que muchos otros sacrificios estaban teniendo lugar en esos mismos momentos. Aun así, albergaba muchas esperanzas de que se alzaran con la victoria ahora que la Señora del Sueño Esmeralda ya

había sido liberada, ahora que Xavius ya no contaba con esa prisionera tan poderosa de la que extraer energías con las que poder alcanzar sus metas. Ahora que contaba con el poder y la guía de Ysera...

No... Malfurion... me temo... me temo que no puedo ser de gran ayuda... el esfuerzo que he tenido que realizar para evitar que la Pesadilla pudiera acceder a todo mi poder me ha dejado más exhausta de lo que... me... imaginaba...

Aquellas palabras desconcertaron tanto a Malfurion que el vínculo que le permitía comunicarse con los demás estuvo a punto de cortarse. ¡Había depositado tantas esperanzas en ella! ¡No había nadie más poderoso que ella en todo el Sueño Esmeralda! ¡Nadie podría enfrentarse a aquella maldad que se extendía por aquel reino, salvo ella! Si no había sido capaz de derrotar antes a la Pesadilla, era porque había sido capturada de manera muy necia. Si no hubiera sido por Xavius, que había sido capaz de aprovechar al máximo su escaso poder, el caos en el que ahora se hallaban sumidos nunca se habría desatado...

¡Eso no es cierto, Malfurion!, exclamó Ysera, quien se esforzaba por seguir consciente. *¡Conoces perfectamente qué fuerzas han maquinado esta estrategia y cuánto tiempo han estado tramando este plan!*

¿Y eso qué importa?, replicó el elfo de la noche. *¡Si ni siquiera tú eres capaz de poner punto final a este caos, estamos perdidos!*

El Aspecto iba cayendo poco a poco en las redes de la inconsciencia. Lo único que podía hacer en aquellos momentos era defenderse, nada más.

Todavía hay esperanza... yo estoy... yo estoy ligada al Sueño Esmeralda... pero tú... tú estás ligado al Sueño Esmeralda... ¡y a Azeroth también! Eso... tal vez permita que...

¿Qué quieres de...?

De repente, se interrumpió la comunicación. El Aspecto había perdido la batalla por permanecer consciente. La tensión que había vivido le había acabado pasando factura.

Mientras los pensamientos de Ysera se desvanecían en la mente de Malfurion, la risa del Señor de la Pesadilla parecía retumbar en su cabeza.

Ysera acababa de dejar el destino de ambos reinos en manos Malfurion... quien no tenía ni idea de qué podía hacer.



CAPÍTULO VEINTIOCHO
ANTE EL ÁRBOL

Broll Bearmantle intentaba evitar a toda costa que Thura lo adelantara. Sin embargo, la orca insistía en que tenían que seguir avanzando lo más deprisa posible, pese a que se hallaban probablemente en uno de los peores lugares que cabía imaginar.

El elfo de la noche se encontraba en aquel sitio porque Malfurion necesitaba que estuviera ahí precisamente. Aunque el Archidruida no le había explicado exactamente por qué, Broll confiaba en su shan'do. Aun así, le habría gustado saber por qué aquella orca debía acompañarlo. Thura no contaba con ninguna arma útil y su testarudez iba a acabar provocando que acabara en las garras de la Pesadilla.

—¡Es por aquí! —exclamó la orca, aunque no era la primera que lo hacía—. ¡Por aquí!

Hasta entonces, habían avanzado sin hallar ningún obstáculo, salvo por la niebla que se arremolinaba en torno a ellos de manera nauseabunda. Broll creía que eso era un mal presagio. Con casi toda seguridad la pesadilla no los consideraba una gran amenaza por sí solos; una opinión con la que el druida habría estado bastante de acuerdo.

¿Qué estás tramando Malfurion?, quería saber Broll. *¿Qué?*

Por delante, la niebla de repente hizo algo muy perturbador: retrocedió. Si bien no toda la niebla se apartó, sí una parte sustancial de ella; lo suficiente como para que se abriera en ella un camino lo bastante ancho para que ambos pudieran caminar a la misma altura.

Thura, por supuesto, se dirigió directamente hacia allí.

—¡Espera! —gritó el druida.

Sin embargo, la orca lo ignoró y aceleró el paso.

—¡Oh, mira, ahí está!

Broll, que en esos momentos estaba más preocupado por la supervivencia de ambos que de cualquier otra cosa (tanto en el plano físico como el espiritual, donde se hallaba la amenaza de la Pesadilla), no entendió en un principio qué quería hasta que vio aquella hacha.

Se trataba del hacha mágica, así que no era de extrañar que Thura quisiera hacerse con ella. Con aquella arma, podría enfrentarse a las sombras y las pesadillas...

No obstante, el druida sospechaba que para recuperar aquella hacha no iba a bastar con recogerla simplemente del suelo.

Thura hizo ademán de ir a recogerla... y, súbitamente, el hacha centelleó con un fulgor verde esmeralda.

Al mismo tiempo, escuchó un alarido iracundo. Broll giró sobre sí mismo, aquel grito furioso provenía de todas direcciones. Al principio, temió que se tratara de una nueva manifestación de su vieja ira, de esa furia descarnada contra la que tanto había luchado, a la que había derrotado tras mucho esfuerzo en un viaje anterior al Sueño Esmeralda. Sin embargo, prácticamente de inmediato, el druida se percató de que aquella ira tenía un origen distinto, mucho más terrible. El Señor de la Pesadilla estaba furioso.

Además, no entendía por qué ahora la orca parecía incapaz de tocar esa hacha o no parecía estar dispuesta a hacerlo, lo cual, sin duda alguna, beneficiaba a aquella maldad invisible.

—¿Qué sucede, Thura? —masculló Broll—. ¿No puedes recogerla o acaso no quieres?

La orca hizo un gesto de negación con la cabeza. Miró hacia atrás, en dirección al elfo de la noche, con un semblante poseído por la confusión más absoluta.

—N-no lo sé, druida... No lo sé...

Mientras Thura le revelaba que ignoraba qué le sucedía, aquella niebla se fue cerrando a su alrededor. Broll pudo percibir que la ira del Señor de la Pesadilla estaba centrada en ellos dos. Si bien había sido capaz de arrebatarle el hacha a Thura, resultaba evidente que era incapaz de manejarla. Por tanto, había aguardado a que aparecerá alguien que fuera capaz de blandirla.

—Vas a empuñar esa hacha, orca —se oyó decir a una voz que estremeció al druida, ya que sabía perfectamente a quién pertenecía—. Gracias a ti, esta hacha se convertirá en nuestra arma...

Entonces un enorme puño se materializó en aquella niebla, una cosa purulenta recubierta de corteza de árbol por la que unas chinches carroñeras se arrastraban tanto por dentro como por fuera. Golpeó a Broll con suma fuerza en un costado, lo que provocó que cayera al suelo y se alejara de la orca.

Súbitamente, Gnarl emergió de aquella ansiosa niebla. El anciano corrompido por el mal esbozó una amplia sonrisa. Sus ojos mostraban los colores demencialmente cambiantes de la Pesadilla, y unas ramas espinosas sobresalían por todo su cuerpo. En ese instante, Broll comprobó que las horrendas hojas que había visto en sus visiones (que, en realidad, eran la consecuencia de los intentos que estaba haciendo Malfurion para ponerse en contacto con él) cubrían ahora por entero a aquella criatura.

—¡No pienso utilizar esa arma para defender tus fines! —exclamó Thura de manera desafiante.

—Lo harás... —respondió Gnarl, con un tono de voz que mezclaba la voz del Señor de la Pesadilla y la de aquel anciano.

Acto seguido, se acercó a la orca. Thura intentó apartarse, pero, como el suelo volvía a estar cubierto de chinches carroñeros, perdió el equilibrio. Mientras caía, se percató de que lo que en un principio le había parecido que era simplemente un conjunto de gusanos negros que emergían de aquel suelo destrozado eran, en realidad, las sombras de unas raíces.

Las raíces de un árbol esquelético.

No obstante, aunque solo fueran sombras, intentaban inmovilizar a la orca, que se resistía como podía, como si fueran unas cuerdas muy resistentes.

Broll se levantó. Si bien había esperado que se produjera ese ataque en cualquier momento y estaba listo para defenderse, no esperaba que el atacante fuera Gnarl. Aun así, el golpe que había recibido lo había dejado momentáneamente sin aire.

Entonces, se abalanzó sobre aquel anciano y se transformó en pleno salto en felino. Sin embargo, no era rival para Gnarl.

Aquel anciano corrompido por el mal intentó golpearlo nuevamente, pero Broll esta vez fue mucho más hábil. Mientras se aproximaba su adversario, se retorció de tal modo que aquel descomunal puño no le acertó. Al mismo tiempo, el druida aprovechó la oportunidad para arañar la pierna más cercana de su rival.

Gnarl rugió presa de un intenso dolor y una terrible furia. Se olvidó de Thura y se volvió hacia el lugar donde había aterrizado el felino.

—El Sueño y Azeroth pronto pertenecerán a la Pesadilla... —bramó Gnarl/el Señor de la Pesadilla—. Para ti, elfo de la noche, tengo reservado un tormento muy especial y eterno...

En ese instante, unas siluetas sombrías rodearon al felino y estrecharon el círculo que habían formado a su alrededor. Broll miró en dirección a Thura, quien tenía aún una mano libre, una mano que tenía aquella hacha a su alcance. Si pudiera cogerla...

¡No!, pensó Broll, quien se habría dado cuenta de lo que realmente sucedía incluso si no hubiera sido testigo de cómo una de aquellas raíces sombra evitaba acercarse a la mano libre de la orca. *¡La Pesadilla quiere que tome el hacha sin pensar!*

Como ni la Pesadilla, ni tampoco sus siervos corruptos, podían, por alguna razón, blandir esa arma, esta pretendía valerse de Thura como un simple instrumento con el que poder esgrimir esa hacha para satisfacer sus propios fines.

Pese a que el druida intentó advertirle, no pudo porque aquellas sombras se transformaron en unos sátiros que se abalanzaron sobre él. De ese modo, Broll acabó enterrado bajo el peso de la maldad de aquellos seres corruptos. Lo último que alcanzó a ver fue a Gnarl girándose para observar qué iba a hacer Thura.

¡Shan'do!, gritó el druida mentalmente. *¡Malfurion!*

Pero no obtuvo respuesta.

* * *

Malfurion escuchó el grito de Broll e intentó responder; sin embargo, su contestación se topó con un terrible vacío. Al principio, temió que Broll hubiera muerto... o hubiera sufrido un destino aún peor... pero entonces el Archidruida comprendió que el Señor de la Pesadilla pretendía cortar la comunicación entre ellos dos. Eso solo podía significar que Xavius ya había deducido en qué consistía el plan original de Malfurion, lo cual ponía en grave peligro al plan definitivo que había trazado el elfo de la noche.

Aun así, Malfurion tampoco estaba seguro de que el resto del plan que todavía tenían que llevar a cabo fuera a tener éxito. Su culminación dependía en parte de poder contar con Ysera para coordinar la estrategia. Como estudiante de las enseñanzas druídicas y explorador del Sueño Esmeralda, Malfurion, al igual que el resto de sus hermanos, consideraban a

la Señora de los Sueños como la fuerza definitiva que servía de guía en todo lo relacionado con ambos reinos, cuyas esencias se hallaban unidas y entrelazadas.

Pero Ysera seguía inconsciente, y Malfurion sabía que no se encontraba en ese estado porque ella quisiera precisamente.

Entretanto, Tyrande y las guardianas seguían siendo una barrera infranqueable para los sátiros; sus cadáveres yacían amontonados de tres en tres en algunos lugares. No obstante, tanto la Suma sacerdotisa como las guardianas brillaban menos ahora que antes, y algunas de aquellas sacerdotisas etéreas se habían tornado bastante transparentes.

Tyrande confiaba en que él los salvara. Todos confiaban en que él los salvara. Y, aunque les resultara imposible de concebir, él también tenía depositada toda su confianza en ellos. Si quería triunfar frente a aquel mal, si quería salvar a Azeroth, iba a necesitar la ayuda de todos. Entones, Malfurion apretó los dientes con fuerza y se aferró a su última esperanza como a un clavo ardiendo.

Intentó contactar mentalmente con Alexstrasza; sin embargo, tuvo que descartar su colaboración de inmediato, ya que la dragona se encontraba en una situación muy apurada. Unas aterradoras energías arremetían contra el portal desde el otro lado, y, por un breve instante, una parte de él se cerró, pero de inmediato volvió a abrirse ante los denodados esfuerzos de la fatigada dragona que contraatacaba de esta manera a la ofensiva que acababa de realizar el Señor de la Pesadilla.

Malfurion se preguntaba por qué intentar sellar aquel último portal seguía siendo una cuestión de vital importancia para Xavius, puesto que, en aquellos momentos, no parecía un elemento clave que pudiera decantar el resultado de aquella batalla...

Entonces, la Protectora contestó telepáticamente al elfo de la noche.

¡Nos atacan cada vez con más y más furia! ¡El Señor de la Pesadilla quiere sellar este portal! ¡Necesito concentrar todo mi poder en este frente para evitar que lo logre! ¡No puedo hacer más por ti!

A pesar de que el Archidruida todavía no le había planteado ninguna pregunta, Alexstrasza había supuesto acertadamente por qué había intentado contactar con ella. La determinación de Malfurion flaqueó al tener que enfrentarse a un nuevo contratiempo.

Aunque la dragona roja dijo algo más, no le prestó atención, puesto que estaba escuchando otras voces en su mente que exigían también ser

escuchadas. El rey Varian y su ejército se hallaban en una situación desesperada; sus formas físicas caían cada vez en mayor número ante los envites de los esclavos de la Pesadilla en Azeroth. Asimismo, la suerte que había corrido Broll seguía siendo un misterio, y Hamuul únicamente había logrado advertirle fugazmente de que los corruptos siervos de la naturaleza (ancestros, dríades y demás) estaban sometiendo a una gran presión a los druidas y Lucan, quienes luchaban valientemente bajo la guía del tauren.

Xavius (y el verdadero Señor de la Pesadilla) se encontraban en las puertas de la victoria.

Un ejemplo claro y cercano de que esa horrenda posibilidad podía hacerse realidad muy pronto era el caso de Tyrande, quien se hallaba en la situación más apurada en la que se había encontrado jamás por intentar proteger al ser que tanto amaba y cuya supervivencia creía que era clave para garantizar el futuro de Azeroth. La Suma sacerdotisa tuvo que hincar una rodilla en tierra mientras seguía combatiendo para evitar que tres sátiros la destrozaran. Entonces, dos de aquellas guardianas hechas de luz de la Luna se desvanecieron sucesivamente al igual que muchas de las esperanzas que albergaba Malfurion.

Haciendo gala de una tremenda ferocidad, los sátiros arremetieron contra Tyrande y Malfurion con intención de acabar con ellos de una vez por todas.

Por un instante, el Archidruida se olvidó de que la sombra de una catástrofe inminente planeaba sobre Azeroth y el Sueño Esmeralda. Malfurion se centró en Tyrande, cuyo destino estaba sellado a menos que él hiciera algo al respecto. Nada más importaba en aquellos momentos. De hecho, en aquel instante, Azeroth le importaba un bledo, ya que, si su amada perecía, poco le importaría que el mundo sobreviviera o no a aquel conflicto.

Una terrible sensación de culpa lo invadió, una culpa como nunca había sentido. Entonces, Malfurion recordó, como había hecho tantas veces en otras ocasiones, todas las tribulaciones y penalidades que le había hecho sufrir a Tyrande y cómo una y otra vez siempre había estado a su lado, nunca le había dado la espalda. También se acordó de esos tiempos tan escasos y valiosos en que habían conocido la paz y se habían aislado del resto del mundo. Malfurion recordaba con especial agrado la época en que levantaron la primera capital nueva de los elfos de la noche tras la Guerra de los Ancestros. Gracias a sus habilidades como druida y a las oraciones de

Tyrande a Elune, habían logrado crear una gran pérgola en el corazón de la capital que, si bien conmemoraba el hecho de que su pueblo iniciaba una nueva era, también celebraba el amor que se profesaban mutuamente, aunque esto último solo lo sabían ellos dos. Había empujado a crecer a los robles de tal modo que se entrelazaron con las florecientes enredaderas; después, el poder de Elune, a través de la Suma sacerdotisa, les había otorgado un suave fulgor de un blanco azulado que hacía que la pérgola irradiara una sensación de paz y calma que cualquiera que pasaba bajo ella podía percibir.

Era algo insignificante, de muy poca importancia si se comparaba con las luchas titánicas que habían librado a lo largo del tiempo; sin embargo, por eso mismo, Malfurion le tenía un especial cariño. Porque era algo que habían hecho ambos por unas razones muy sencillas y puras. Lo cierto es que podrían haber hecho muchas cosas más juntos, pero no había podido ser por su culpa. Ella podría haberle negado su amor para siempre tras tantas largas y crueles ausencias que él había protagonizado a lo largo de muchos milenios... pero no lo había hecho. A pesar de que ella también tenía muchas obligaciones que atender (algunas de una importancia extraordinaria), la Suma sacerdotisa siempre lo había esperado.

Y ahora Tyrande iba a morir porque una vez más él había antepuesto sus obligaciones a ella.

—Esta vez no... —afirmó el Archidruida con voz sumamente grave—. ¡Jamás volveré a dejarte en un segundo plano!

Acto seguido, Malfurion apretó los puños e invocó como pudo todas las fuerzas innatas que tanto él como Ysera habían reunido para ayudarla a escapar de su prisión. De inmediato, un torbellino de energías se alzó del mismo suelo, mientras otra serie de fuerzas descendían del cielo que permanecía oculto tras unas densas nubes.

De improviso, la tierra se hinchó, y un bosque frondoso emergió de ella, llevándose por delante tanto a la vanguardia de los sátiros como a Tyrande. Sin embargo, mientras sus enemigos eran engullidos, la Suma sacerdotisa era transportada gentilmente sobre aquella vegetación que había brotado del suelo súbitamente, y, a continuación, unas ramas la guiaron hasta su amor.

Tras arrasar con todo cuanto había encontrado en las tierras que lo rodeaban, Xavius se había dejado algunas semillitas que habían pertenecido a sus muchas víctimas, tan insignificantes para el Señor de la Pesadilla que

ni siquiera había reparado en ellas. Sin embargo, Malfurion las había hallado gracias a sus poderes druídicos, sin que importara a qué profundidad estuvieran enterradas o cuánto tiempo llevaran bajo tierra. Después, el Archidruida no solo les había insuflado nueva vida, sino que había liberado todo su potencial.

Si bien el bosque había tratado a Tyrande de manera sumamente gentil, a muchos sátiros les había dado muerte de forma cruel y violenta. Decenas de ellos pendían de las ramas de los árboles empalados, ya que Malfurion no tenía tiempo para andarse con remilgos. Al menos, habían perecido con gran celeridad; esa era toda la misericordia que había podido ofrecerles.

No obstante, aparecieron más sátiros para reemplazar a los que habían caído. Entonces, temerosos de que pudieran alcanzar a su amada, pidió a Azeroth que le entregara más poder. Contactó mentalmente con Teldrassil, e incluso Nordrassil, y, para su alivio y eterno agradecimiento le dieron lo que necesitaba... a pesar de que Nordrassil todavía se estaba recuperando de la última guerra contra la Legión Ardiente.

El viento ululó con fuerza por largo tiempo y aumentó exponencialmente su intensidad. Al instante, una veintena de sátiros fueron empujados por el viento hacia el letal bosque, donde compartieron el destino de sus compañeros. Entonces, por fin, las tropas enemigas titubearon. No se enfrentaba a una víctima fácil, tal y como su «dios» les había prometido, sino que aquella maldita presa poseía un poder inimaginable.

Pero desde el punto de vista de Malfurion, no bastaba con que vacilaran, ya que habían amenazado a Tyrande. El Archidruida los obligó a retroceder y logró que Tyrande se aproximara a él.

Entonces, en ese momento, la Suma sacerdotisa le gritó:

—¡No te preocupes por mí! ¡Los demás te necesitan mucho más!

Si bien Malfurion no cejó en su empeño de seguir protegiéndola, entendió perfectamente qué había querido decir su amada. De hecho, se sentía muy orgulloso de haber antepuesto la vida de su amada a todo lo demás; sentía que acababa de dar inicio una nueva vida para él, una muy distinta a la que hasta entonces había dedicado por entero a defender al resto del mundo. La decisión de proteger por encima de todo lo que más le importaba en el mundo a Malfurion Stormrage el elfo de la noche, no el legendario Archidruida, había renovado sus fuerzas.

Entonces, Malfurion se armó de valor y extendió su voluntad por todo el Sueño Esmeralda, tal y como había hecho con Azeroth, con la intención de extraer más energías de su esencia para poder contribuir a la derrota definitiva de la Pesadilla. En cuanto el Sueño Esmeralda le entregó lo que le había pedido, se sintió realmente aliviado. Gracias a estas nuevas energías el Archidruida disipó la niebla que rodeaba al ejército astral de Varian. De inmediato, unos campos rebosantes de verdor volvieron a surgir en aquel lugar.

Asimismo, y aún más importante, no solo se desvanecieron las criaturas sombra que combatían contra las tropas de Varian, sino también los esclavos astrales. Los defensores ya tampoco tenían que batallar contra las imágenes de sus antiguos camaradas y seres queridos. Al igual que las sombras, desaparecieron como si nunca hubieran existido.

En cuanto esto último sucedió, una sensación de completa calma invadió a Malfurion. Sabía cuál era el origen de esa paz que sentía, sabía que Tyrande había rezado a Elune para que permitiera que el amor de la Suma sacerdotisa actuara no solo a modo de escudo para Malfurion, sino para que le insuflara aún más determinación. Esa calma y ese amor con los que Tyrande conmovió su corazón proporcionaron a Malfurion el ímpetu necesario para ir más allá de lo que hasta ahora había creído que eran sus límites. Esta vez, el Archidruida logró que su voluntad se extendiera por Azeroth y el Sueño Esmeralda simultáneamente.

Su plan funcionó a la perfección. La presencia de Tyrande junto a él le proporcionaba una gran paz interior que ayudó a que el elfo de la noche no se sintiera abrumado por esas nuevas energías que estaba absorbiendo, sino que se encontrara en realidad más fuerte, recuperado y con ánimos renovados a medida que ambos reinos añadían más y más fuerza y poder a su ataque.

Al final, no pudo evitar que sus pensamientos se centraran en Ysera, puesto que seguía estando seguro de que era un elemento clave en el plan que le permitiría manejar tal poder debidamente. Pero para su sorpresa, la colosal dragona permanecía aún sumida en un peligroso estado de agotamiento en el que sufría un intenso dolor y, por tanto, no estaba en condiciones de ser de ninguna ayuda.

Ese descubrimiento sobresaltó a Malfurion, puesto que significaba que solo Tyrande y él estaban manteniendo a raya a la Pesadilla. Lo cual debería haber sido imposible...

Dejó de pensar en ello en cuanto el suelo que se hallaba bajo su bosque se estremeció. Acto seguido, la tierra engulló a los nuevos árboles y el resto de plantas extraordinarias que había instado a germinar.

Unas descomunales raíces rojas devastaron toda aquella zona, lanzando por los aires tanto árboles como sátiros. Algunos de esos árboles volaron en dirección al Archidruida.

De inmediato, Malfurion se transformó en felino y saltó ágilmente para evitar aquella lluvia letal. En cuanto pasó junto a Tyrande, ella se subió de un salto a su lomo. A pesar de que la Suma sacerdotisa se sentía muy cansada, siguió valiéndose del poder de Elune para proteger a su amado y a ella misma lo mejor posible de los envites del enemigo. La luz de luna cegó a los innumerables sátiros que surgían de los agujeros abiertos en el suelo por las raíces al mismo tiempo que impedía acercarse a las raíces más cercanas, aunque solo fuera por unos meros instantes realmente críticos.

El Archidruida la llevó a un lugar donde estaría a salvo temporalmente y recobró su forma original.

—Debes marcharte.

—¡Entra en razón de una vez! ¿Adónde voy a ir? ¡Toda Azeroth está siendo atacada! ¡Si este es el fin, entonces, por Elune, estaré a tu lado hasta el último aliento! ¡Además, por desgracia, ya hemos permanecido demasiado tiempo separados el uno del otro a lo largo de nuestra existencia por culpa de las circunstancias!

—Sí, por mi culpa —reconoció Malfurion.

—No quería insi...

La tierra volvió a estremecerse. Más y más raíces salieron disparadas del suelo muy cerca de sus pies. Tyrande lanzó su guja con suma rapidez, la cual cercenó la raíz más cercana. Aunque ese esfuerzo la dejó sin aliento, no flaqueó.

Malfurion rebuscó entre las pocas hierbas y demás sustancias pulverizadas que le quedaban. A continuación, roció con una fina capa de esporas verdes a esas raíces que invadían el suelo.

En cuanto las esporas entraron en contacto con aquellas raíces, el Archidruida potenció su desarrollo. Al instante unos tentáculos de pequeño tamaño brotaron de cada una de ellas dispuestas a escarbar todo cuanto hallaran a su paso. Acto seguido, esos tentáculos taladraron las raíces, que se retorcieron de agonía en cuanto se abrieron cientos de agujeros en ellas.

Entonces, una raíz cayó al suelo seccionada y de varios de aquellos agujeros brotó un fluido espeso similar a la sangre.

Pero, entonces, ese mismo fluido se dirigió a los agujeros abiertos en el resto de las raíces y los rellenó. Asimismo, acabó con aquellas diminutas plantas parásitas que habían surgido de las esporas al lograr que se marchitaran.

Es en vano... todo cuanto haces es en vano..., escuchó Malfurion decir a Xavius dentro de su mente. *Todo se está convirtiendo en la Pesadilla.*

Y era cierto. Por mucho que Malfurion buscara esperanza o ayuda, no iba a hallar ninguna. El ejército del rey Varian estaba perdiendo la batalla. No era capaz de dar con Broll ni con la orca que lo acompañaba. Ysera seguía inconsciente, y Alexstrasza iba perdiendo poco a poco el control del portal. La Pesadilla se hallaba presente en todas partes, tanto en el Sueño Esmeralda como en Azeroth. Todo estaba perdido...

Súbitamente, Malfurion profirió un rugido... pero no estaba teñido ni de ira ni de desesperación.

—¡Ha faltado muy poco para que me la volvieras a jugar, Xavius! —le gritó a su artero enemigo.

El miedo y la desesperación eran las mejores armas de la Pesadilla. Sin duda alguna, Xavius había avivado las llamas de las inseguridades de Malfurion con maestría, así como con la ayuda del poder de aquella antigua maldad que reforzaba el tremendo poder de su voluntad.

—¡Pero no volverás a engañarme! —exclamó el elfo de la noche.

Tyrande apoyó una de sus manos sobre el hombro de su amado. Su amor aumentaba el poder que Elune otorgaba a Malfurion. Entonces, el Archidruida lanzó una mirada iracunda a su invisible enemigo e imploró a ambos reinos que le permitieran acceder a un poco más de su poder.

Al instante, sintió como una nueva oleada de energía fluía a través de él. Malfurion se concentró para ejercer su voluntad como nunca lo había hecho.

De improviso, multitud de relámpagos rasgaron el cielo e impactaron contra aquella devastada tierra. De inmediato, aquellas raíces se arrastraron de regreso a los agujeros de los que habían salido...

Al mismo tiempo, en la ciudad de Ventormenta, Orgrimmar y el resto de las capitales que se encontraban sumadas en la batalla, el viento arreció con fuerza, guiado por una mano invisible, de tal modo que atacó a aquellos que suponían una amenaza y sorteó a los guerreros durmientes que se

encontraban ahí indefensos por culpa de Malfurion, quien les había pedido que lo ayudaran a combatir en el Sueño Esmeralda. No obstante, el Archidruida hizo todo cuanto pudo por proteger a todas las víctimas de la Pesadilla que ahora la servían sin ser conscientes de ello, a las que juntó en base a repetidas ráfagas de viento y apretó tanto unas contra otras que ya no pudieron hacerse daño mutuamente.

Sin embargo, los sátiros sombras, la niebla y demás seres corrompidos por aquella maldad seguían atacando a los defensores, quienes cada vez eran menores en número. Y, pese a que habían logrado que los seres vivos a los que la Pesadilla había utilizado como títeres retrocedieran, sus pesadillas habían adquirido sustancia en el Sueño Esmeralda e incluso en el plano mortal. El poder de Xavius había alcanzado unas cuotas terribles.

Malfurion se vio obligado a combatir a su adversario en todos esos frentes mientras sudaba copiosamente por culpa del terrible esfuerzo que estaba haciendo. El viento arreciaba con fuerza por doquier, incluso en el Sueño Esmeralda y, gracias a él, los siervos de la Pesadilla, ya fueran sombras o seres corruptos, no pudieron avanzar más.

Pero eso no bastaba.

—¡Esto nunca acabará a menos que me presente ante él! —le explicó Malfurion a Tyrande—. He de atacar el mismo corazón de las tinieblas... Xavius es la clave... sin él incluso la antigua maldad que se halla tras sus nauseabundos actos no podrá mantener la Pesadilla cohesionada...

La Suma sacerdotisa contempló a los sátiros y las raíces que no habían cejado en su empeño de alcanzarlos en ningún momento. Únicamente Malfurion los mantenía a raya gracias a sus constantes esfuerzos. En ese instante Tyrande alzó su arma de luz de luna.

—Muy bien... empecemos...

—Tú no me vas a acompa...

—Entonces, te seguiré. No puedes hacer esto solo y lo sabes. Esto te supera.

Estaba en lo cierto. La responsabilidad de salvar al mundo no le correspondía únicamente a él. Al final, Malfurion dio su brazo a torcer y se volvió para encararse con sus enemigos.

—No te merezco.

—Ya lo sé —replicó Tyrande, lanzando una risita ahogada tanto forzada.

A continuación, el Archidruida respiró hondo y estiró uno solo de sus brazos.

Al instante, el viento sopló y los relámpagos cayeron del cielo. Y la lluvia se sumó a ellos.

Los sátiros se batieron en retirada. Las raíces intentaron en vano esquivar los relámpagos y tres de ellas quedaron reducidas a un montón de restos enormes en llamas.

De repente, se abrió ante ellos un camino despejado.

—¡Ahora! —exclamó Malfurion al mismo tiempo que se transformaba de nuevo en un felino.

Tyrande se montó sobre él y, de inmediato, el Archidruida echó a correr a una velocidad inusitada por aquel entorno en ruinas. Si bien un buen número de sátiros arremetieron contra ellos, se encontraron con la guja voladora de la consumada sacerdotisa que les cercenó garras, extremidades e incluso la cabeza a alguno. Malfurion aplastó a otros que intentaron interponerse en su camino, destrozó con sus garras a aquellos que no quisieron apartarse y desgarró a mordiscos los torsos de unos cuantos más.

A su vez, las raíces intentaban constantemente agarrar de las patas a Malfurion u obligar a Tyrande a descabalgar. Sin embargo, el Archidruida los esquivó y la Suma sacerdotisa cortó más de una punta de raíz que intentaba agarrarla. A pesar de que aquel sendero se volvió muy resbaladizo, eso no supuso un gran problema para él, ya que sus garras le permitían agarrarse al suelo mucho mejor que los sátiros, cuyas pezuñas poseían una menor adherencia. Malfurion siguió corriendo como alma que lleva el diablo bajo su forma felina.

Por fin, una silueta terriblemente familiar emergió entre la niebla delante de ellos. Aunque todavía se hallaba lejos de ambos, daba la impresión de ser un árbol gigantesco sumido en sombras. De hecho, Malfurion se percató de que era mucho más alto que gran parte de los árboles normales y que sus ramas, que parecían desprovistas de vida en la lontananza, se extendían por todo el horizonte. Pero no se trataba de Teldrassil ni de ninguno de los otros grandes árboles... aunque sí era un árbol de proporciones titánicas.

Por otro lado, aunque aquella retorcida sombra los había impresionado, descubrieron que la majestuosidad de aquel árbol era aún más espantosa y sobrecogedora en cuanto se hallaron más cerca y pudieron contemplarlo mejor. Contaba con cientos, miles de ramas pequeñas, tan

retorcidas como las grandes, y a medida que se aproximaban pudieron comprobar que también contaba con hojas. No obstante, al contrario de lo que sucedía con las hojas corrompidas por el mal del Árbol del Mundo, estas eran largas y arqueadas; asimismo, Malfurion pudo comprobar con su aguda vista que tenían una forma que recordaba a una hoz afilada. Además, a medida que se iban acercando aún más, fue evidente tanto para el Archidruida como para la Suma sacerdotisa que tanto las hojas como el árbol no eran de color negro, como les había parecido en un principio... sino del mismo color rojo intenso de la «savia» que fluía por él.

No era el árbol en el que había transformado a su adversario miles de años atrás. Aquel era un símbolo de renovación, de algo que celebraba la vida, justo lo contrario que buscaba Xavius, quien solo pretendía extender la muerte. Pese a que Malfurion había tenido la intención de volver a aquel árbol después de la guerra para supervisar su crecimiento, no lo hizo porque creyó que había sido destruido cuando Zin-Azshari cayó.

¿Cómo es posible que esta abominación haya permanecido oculta?, se peguntó Malfurion. Entonces pensó en esa antigua maldad que se escondía tras Xavius, la cual seguramente había extendido su poder hasta Azeroth para impedir que nadie pudiera percibirlo.

La tenebrosa fuerza que respaldaba al Señor de la Pesadilla debía de haber contactado con Xavius poco después de que Malfurion hubiera abandonado aquel árbol, ya que seguramente sus planes habían ido cobrando forma y desarrollándose a lo largo de muchos milenios. Aquello era una muestra más de la insidiosa paciencia del exconsejero y de su monstruoso amo. Sin embargo, cuando aquel árbol ya era lo bastante poderoso, lo bastante pavoroso, habían dejado de molestarse en ocultar su existencia.

Entonces, como si un tremendo viento las impulsara, aquellas ramas se movieron repentinamente al unísono hacia el lugar al que se dirigían a gran velocidad el Archidruida y su amada. Pese a que todavía los separaba una gran distancia de aquel árbol, aquellas ramas se fueron estirando y acercando más y más...

Hasta que se encontraron prácticamente encima de ellos.

Malfurion notó cómo la tierra temblaba de nuevo. Masculló una advertencia a Tyrande y se apartó a un lado bruscamente. De inmediato, unas raíces brotaron justo en el lugar que acababan de abandonar y se

elevaron tan alto que estuvieron a punto de chocar con las ramas situadas arriba y que seguían acercándose.

Al instante, se escuchó un siniestro restallido, y el Archidruida se retorció en pleno salto para poder esquivar más de una decena de ramas pequeñas, cada una de ellas repleta de unas largas hojas con forma de hoz, que no los alcanzaron por solo unos centímetros. Si bien Malfurion hizo todo lo posible por esquivar todas aquellas ramas, al final, dos lo alcanzaron.

Sus hojas le rasgaron la piel, y pudo escuchar cómo Tyrande profería un grito ahogado.

Giró manteniendo su forma de felino en todo momento y comprobó que la parte del sendero que ya habían recorrido se encontraba ahora bloqueado por un muro de raíces que cortaba la vía de escape a ambos. Asimismo, un buen número de sátiros estaban atravesando aquel muro con sumo entusiasmo por el único hueco que había en él.

Sin duda alguna, Xavius quería que ambos se presentaran ante él.

—¡Cuidado! —gritó Tyrande, y, acto seguido, su guja atravesó tres ramas antes de que sus letales hojas pudieran siquiera rozarlos.

Entonces, Malfurion tomó una decisión. A pesar de que el Archidruida estaba haciendo lo posible para seguir todavía en contacto con los demás con el fin de guiarlos, era consciente de que iba a tener que redoblar sus esfuerzos en ese sentido.

A continuación, advirtió a Tyrande con un gruñido de que debía cambiar de forma de nuevo. Al instante, la Suma sacerdotisa desmontó con suma destreza mientras seguía haciendo buen uso de su guja con el fin de cercenar toda rama que se abalanzara sobre ellos.

En cuanto volvió a adoptar su verdadera forma. Malfurion se concentró tanto en el reino de Azeroth como en el Sueño Esmeralda. Esta vez, tuvo que rebuscar más, tuvo que adentrarse en las simas más profundas de su fuero interno y de ambos reinos.

El cielo bramó. Y no rugió solo por encima de ellos, sino por toda Azeroth, por todo el Sueño/Pesadilla Esmeralda. No obstante, como Malfurion se hallaba sometido a una gran tensión, no prestó mucha atención a este hecho.

Su nuevo ataque no estaba centrado en el enemigo, al menos no directamente, sino que más bien optó por concentrarse en aquellos a los que más necesitaba en esos momentos cruciales.

Broll... Thura...

Y, esta vez, pudo percibirlos. Esta vez, pudo sentir cómo el otro druida luchaba denodadamente para evitar que la Pesadilla se adueñara de todo.

Shan... do..., escuchó como respuesta. Aquella voz resonó en su mente tenuemente, pero con firmeza.

Ha llegado el momento... las piezas están en su sitio... Ahora te voy a explicar el verdadero origen de la rama que te di, así como qué debemos hacer...

Acto seguido, Malfurion se lo explicó todo detalladamente.

Broll asimiló las instrucciones con suma celeridad y demostró, una vez más, que confiaba plenamente en el Archidruida. Terminada la explicación, Broll dijo:

Estoy... listo...

Eso era lo único que Malfurion necesitaba oír. De inmediato vociferó las siguientes órdenes sobre el fragor de la tormenta a Tyrande:

—¡Márchate de aquí! ¡He de poner punto a final a todo esto aquí y ahora! No puedo prometerte...

—¡No! ¡Sobreviviremos o moriremos juntos!

Como el Archidruida sabía que discutir con su amada era inútil, rebuscó una vez más en su fuero interno.

Y, de improviso... la tormenta rugió con renovada furia.



CAPÍTULO VEINTINUEVE
LOS DOS ÁRBOLES

Broll esperaba perecer en aquel ataque, pero de alguna manera había logrado repeler aquel insidioso asalto dirigido no solo contra su cuerpo sino también contra su mente. La Pesadilla lo buscaba, porque era consciente de que Malfurion lo tenía en alta estima. Su mente se vio asaltada por unos gritos y unas visiones en las que vio a su hija moribunda y en las que sintió cómo recaía la pesada culpa de su muerte sobre su conciencia. Había sido un ataque muy bien calculado, ya que Anessa siempre había sido su punto flaco.

No obstante, había logrado sobrevivir a aquel ataque. Pese a que Broll había sido testigo de los horrores de la Pesadilla y conocía su forma de actuar, pese a que había visto cómo utilizaba contra otra gente la honda tristeza que estos sentían por el vacío que habían dejado en sus vidas esos seres queridos que habían fallecido, había estado a punto de convertirse en una presa fácil de esa fuerza. Había utilizado la misma estrategia con él, se había valido de la muerte de su hija para intentar doblegarlo. Se maldijo a sí mismo. Así no iba a honrar su memoria. La Pesadilla era especialmente hábil a la hora de manipular la mente de sus víctimas y convertir el amor en un instrumento de tortura.

Entonces, el druida lanzó un polvo a sus enemigos que estaba compuesto de una mezcla de diversas plantas famosas por ser capaces desencadenar grandes incendios. En cuanto aquel polvo alcanzó a sus tenebrosos adversarios, crepitó. Al instante, esas sombras se consumieron entre un mar de llamas y desaparecieron, profiriendo unos atormentados siseos. Broll buscó a Thura, esperando lo peor, pero entonces comprobó que la orca se hallaba agachada junto a él, con los ojos cerrados, pero en perfecto estado.

—Tengo una promesa que cumplir —afirmó con rotundidad—. Y pienso cumplirla...

A continuación, Broll disipó la niebla que los rodeaba y, de repente, comprobó que no solo el hacha se encontraba cerca de ellos, sino también otro objeto mucho más extraño. Se trataba de algo que en su día había estado vivo, de algo que había sido plantado ahí con sumo cuidado por alguien desconocido, pero no porque quisiera verlo florecer.

Era una rama. Un objeto nauseabundo que Broll reconoció al instante. El druida también comprendió enseguida por qué la habían dejado. El plan que habían urdido aún tenía una oportunidad de llegar a buen puerto.

Mientras reflexionaba acerca de todo aquello, una tormenta asoló aquella zona. Sin embargo, Broll no sintió ningún temor ni preocupación, ya que conocía cuál era su origen y su fin: protegerlos tanto a él como a los demás.

Entonces, el druida tomó aquella rama. Para el ser del que había sido arrancada con el fin de ser injertada en Teldrassil, la rama no significaba nada. Estaba muerta.

No obstante, todavía albergaba en su interior la esencia del Señor de la Pesadilla.

—¡Thura! ¡Toma el hacha en el mismo momento que yo golpee!

La guerrera orca comprendió aquella orden de inmediato. Acto seguido, Broll se dispuso a realizar un conjuro muy desagradable. Cualquier druida poderoso era capaz de extraer un hálito de vida de plantas, e incluso árboles, aparentemente muertos; no obstante, Broll conocía perfectamente cuáles eran sus límites. Por otro lado, no habría tenido ningún reparo en intentar resucitar a cualquier otra planta, pero la rama que tenía ante sí era harina de otro costal.

Ahora, sin embargo, pretendía revivir algo tremendamente montuoso. Su shan'do le había revelado todo cuanto había que saber sobre aquella rama, así como sobre el árbol del que había sido arrancada. Broll pudo percibir la tremenda maldad de la esencia demoníaca que anidaba incluso en un fragmento tan pequeño. Aquella ya no era una criatura de la naturaleza, sino una auténtica atrocidad.

Pero, en cuanto comenzó a realizar aquel hechizo, Broll también percibió la presencia otra maldad mucho más antigua sobre la cual también le había advertido Malfurion; ese horror ancestral que había contribuido con su poder infernal a forjar al Señor de la Pesadilla.

Pasado un tiempo, halló la chispa vital que buscaba en aquella rama. Broll la avivó, a pesar de que eso provocó que su maldad se intensificara.

De improviso, aquella rama tembló en sus manos. Se resistía al druida.

—¡Ahora! —gritó el druida al mismo tiempo que alzaba la rama.

Thura se lanzó a por el hacha, que todavía relucía con un aura en la que se mezclaba su poder con las fuerzas malévolas de la Pesadilla.

La mano de la orca y la rama tocaron aquel fulgor en el mismo instante, lo cual era justo lo que necesitaban, ya que acabó con la influencia que la Pesadilla tenía sobre aquella arma; una influencia que era lo bastante poderosa como para mantener el hacha en aquel lugar, pero no lo bastante como para poder llegar a corromper aquella reliquia encantada. Cenarius había forjado esa hacha inmaculada para Brox, quien con sus hazañas la había dotado de aún más pureza.

Thura, quien había sido elegida en parte por Malfurion, era una sucesora digna de ambos.

La orca alzó aquella arma y Broll tiró al suelo la rama, la cual ya no podía sobrevivir una vez concluido el conjuro. Entonces el druida cambió de forma y se transformó en felino.

Thura se montó en él y, acto seguido, el druida inició su marcha. Pese a que la sombra de aquel árbol se estiraba con la pérfida intención de atraparlos, la tormenta arreciaba con tanta fuerza que doblaba hacia atrás esas ramas humeantes y disipaba aquella nauseabunda niebla. Los relámpagos achicharraron a las criaturas sombra e incluso llegaron a prender fuego a algunas de esas ramas intangibles.

Lo que estaba presenciando maravilló a Broll. En otras ocasiones, había sido testigo de cómo habían aunado esfuerzos un gran número de druidas para provocar alguna tormenta cuando hacía mucho tiempo que escaseaba la lluvia, pero nunca había sido testigo de una tempestad tan poderosa provocada y guiada mediante la magia.

¡Seguro que Malfurion ha contado con la ayuda de todos los demás druidas para provocar y mantener esta tormenta!, pensó.

No obstante, daba igual cómo su shan'do había desatado aquella furiosa tormenta, ahora Broll y Thura debían cumplir con su parte del plan: tenían que llegar al árbol sombra, cuya espeluznante silueta se alzaba ante ellos...

De repente, una mano descomunal los golpeó a ambos, apartándolos a un lado. De inmediato, Gnarl agarró a una aturdida Thura, quien aún

aferraba con fuerza aquella hacha.

—Todo formará parte de la Pesadilla... —afirmó el corrupto anciano con un tono de voz chirriante.

Mientras rodaba por el suelo, Broll recuperó su forma de elfo de la noche. En cuanto logró detenerse, apretó los dientes con fuerza para aguantar el dolor y consiguió lanzar un sortilegio.

Aquel anciano seguía siendo una planta en su esencia. A pesar de haber sido corrompido, estaba cubierto por una tremenda vegetación que ahora estaba impregnada de maldad. Aun así, esa flora todavía podía ser manipulada para satisfacer sus propios fines por un astuto estudiante de las artes druídicas.

Súbitamente, esa atrofiada vegetación se transformó en unas gruesas enredaderas que, en solo unos segundos, inmovilizaron al anciano. Las que se encontraban más cerca de la mano con la que agarraba a Thura se la apretaron con tal fuerza que obligaron a Gnarl a soltar a la orca. Al instante, la orca cayó al suelo de pie. En un principio se tambaleó, pero enseguida recuperó el equilibrio.

Gnarl se resistía como podía. Al final, logró quebrar algunas de las enredaderas que le impedían mover las piernas y uno de sus brazos y se liberó. De inmediato, volvió a abalanzarse sobre Thura y...

Entonces, Broll soltó un gruñido y redobló sus esfuerzos. Al instante, las enredaderas se tornaron más fuertes y gruesas. Justo antes de que aquella mano colosal pudiera agarrar de nuevo a la orca, las enredaderas apretaron al corrupto anciano con tanta fuerza que ya no pudo moverse más. Broll no aflojó en ningún momento. Se concentró, y las enredaderas siguieron creciendo, siguieron apretando cada vez más y más.

Al final, el anciano se cayó al suelo, sin poder mover ni un solo músculo. El elfo de la noche se maravilló ante la proeza que acababa de realizar, puesto que era consciente de que, muy poco tiempo atrás, no había creído poseer un poder suficiente como para capturar a una criatura como Gnarl sin matarla.

Thura, entretanto, no había perdido el tiempo y se encontraba ya junto al árbol sombra. Entonces, alzó el hacha y...

La tormenta flaqueó. El viento amainó. Y el árbol se movió. De improviso, una rama sombra atravesó el pecho de la orca. A pesar de que carecía de sustancia, la empaló. Thura permaneció inmóvil, con el hacha en alto.

Mientras, las demás ramas se dirigieron hacia Broll...

* * *

Eres demasiado débil... y nosotros demasiado fuertes... Has fracasado, mi estimado Malfurion...

El elfo de la noche no quería escuchar esas palabras, a pesar de que encerraban un cierto grado de verdad. Era consciente de que, aunque contara con la ayuda de Tyrande, se hallaba muy cerca de alcanzar, rápida y peligrosamente, sus límites mentales y físicos.

Mira cómo todos caen, le conminó el Señor de la Pesadilla.

Entonces el Archidruida tuvo unas visiones en las que pudo contemplar a todos aquellos que dependían de él. Vio a Thura empalada. Vio al rey Varian liderando unas tropas menguantes. A los demás druidas (a los que Hamuul todavía espoleaba) intentando hacer todo lo posible contra aquel imparable adversario que pretendía transformar y fusionar para siempre ambos reinos...

Aunque había visto todo aquello antes, aunque había sentido esas emociones con anterioridad, en esta ocasión la terrible decepción que suponía haber estado tan cerca del triunfo para acabar fracasando una vez más fue más de lo que pudo soportar. Quizá si hubiera contado con el poder de un centenar de Malfuriones, o de un millar, habría triunfado sobre la Pesadilla... pero solo había un Malfurion.

Déjate llevar por la desesperación... y sé consciente de que solo te he mostrado lo que realmente está sucediendo... esta vez, acepta tus flaquezas...

A continuación, Xavius estalló en carcajadas.

La tormenta amainó. Lo que acababa de decir su adversario era cierto. Xavius no estaba haciendo nada en absoluto; simplemente le había mostrado a Malfurion lo que este ya sabía... que había decepcionado a todo el mundo, que los había dejado en la estacada.

Entonces, justo cuando parecía que las tinieblas se iban a adueñar totalmente de su corazón, una luz fría y reconfortante brilló intensamente en su interior. El Archidruida supo al instante cuál era el origen de aquella luz.

—¡Malfurion! —le espetó Tyrande al oído, con un tono de voz que indicaba que estaba exhausta pero que, al mismo tiempo, iba a resistir aquel sufrimiento todo cuanto fuera posible—. ¡Por favor! No... ¡No te rindas! Está jugando con tu mente...

De repente, el Archidruida se estremeció y salió de su ensimismamiento... Al instante, se percató de que tanto su amada como él se encontraban atrapados entre aquellas malévolas ramas. Resultaba obvio que seguían juntos porque Tyrande se había aferrado con fuerza a él cuando aquellas ramas los capturaron.

¡Todo se convierte en la Pesadilla!, exclamó Xavius el árbol. *Tú... Ella... Todos... Cuánto he aguardado este momento... He permanecido atrapado tanto tiempo en la oscuridad bajo las olas, esperando y creciendo sano y fuerte gracias a su guía... ¡He aguardado hasta que ha llegado el momento adecuado, y entonces me he alzado desde las profundidades para echar raíces en los precipicios desde los que en su día se podía contemplar la ciudad de Zin-Azshari! Alcanzaré la victoria aquí, donde una vez mi reina gobernó el mundo, donde una vez encarné el poder absoluto. No puede haber un lugar más adecuado para que caigan derrotados y la Pesadilla lo engulla todo... ¡no, no la hay!*

Todo... Esa palabra hizo reaccionar a Malfurion.

He cometido un terrible error, pensó.

Entonces, supo al fin qué tenía que hacer. La victoria o la derrota no dependían solo de él y Tyrande, a pesar de que juntos habían logrado detener el avance de la Pesadilla; sino que dependía de que todos, absolutamente todos, actuaran coordinados y al mismo tiempo como nunca lo habían hecho.

Gracias a esta revelación, Malfurion recuperó el ánimo y las fuerzas. Acto seguido, el Archidruida guio un relámpago hasta la rama más cercana que los aferraba con gran fuerza. El rayo impacto contra ella y, al instante, ambos elfos nocturnos salieron volando por los aires. De inmediato, Malfurion se transformó en un cuervo de tormenta y cogió a Tyrande en el aire con sus garras. A continuación, la dejó en el suelo más allá de aquellas ramas y, acto seguido, volvió a ser él mismo.

—¡He cometido un error! —exclamó el Archidruida—. ¡Ahora, al fin, ya sé qué hay que hacer!

La Suma sacerdotisa asintió; sabía perfectamente qué era lo que su amado esperaba que hiciera. Sin más dilación, Tyrande rezó a Elune.

Malfurion intentó contactar con los demás druidas... con todos aquellos que aún quedaban vivos en cualquiera de ambos reinos, salvo Broll.

Dejen que les muestre lo que juntos podríamos conseguir...

Para lograr su objetivo, Malfurion tenía que pedir al resto de druidas que bajaran sus defensas. Se sintió sorprendido y sobrecogido al comprobar que todos ellos aceptaban sus instrucciones sin titubear.

Les explicó lo que ya sabían, pero que todavía no llegaban a comprender del todo. Eran druidas. Eran los cuidadores y guardianes de Azeroth y también desempeñaban el mismo papel en el Sueño Esmeralda. Aun así, pese a que entendían que estaban unidos a la esencia de ambos reinos por un vínculo muy poderoso, no se daban cuenta de que todos juntos poseían un poder mucho mayor del que habían imaginado.

No obstante, ambos reinos estaban interrelacionados de una manera tan compleja que ni siquiera los druidas habían llegado jamás a entender del todo cómo se relacionaban. Por tanto, el vínculo entre ambos reinos y el vínculo de los druidas con ellos era mucho más complejo de lo que imaginaban y, en consecuencia, con casi toda seguridad, mucho más poderoso de lo que creían. Los druidas se maravillaron ante lo que el shan'do les había revelado, pero Malfurion no podía permitirse el lujo de que se distrajeran con ese asombroso descubrimiento. Tenían que centrarse en que aquel conjuro alcanzara el objetivo pretendido por el Archidruida.

La tormenta. Su tormenta. Si bien los demás druidas habían jugado un papel clave en su creación y desarrollo, gracias a Malfurion (y a las plegarias de Tyrande a la Madre Luna que habían logrado que la Pesadilla no pudiera influenciar su voluntad ni controlar su mente) había crecido hasta alcanzar las proporciones épicas que eran realmente necesarias para llevar a buen puerto su plan.

Entonces, se escuchó un tremendo estruendo que hizo temblar tanto Azeroth como el Sueño Esmeralda. El rey Varian mantuvo el orden entre sus filas, puesto que era consciente de que no podían dar por sentado que aquello fuera una señal de que podían albergar nuevas esperanzas de triunfo. A veces, cuando el Rey de Ventormenta lideraba la lucha, la imagen de un lobo se superponía sobre su rostro; ese fenómeno insuflaba ánimos renovados a aquellos que conocían el poder de aquel espíritu.

Entretanto, la Vinculadora de Vida, que se hallaba ante el único portal que mantenía a raya a la Pesadilla, sonrió de manera sonta al percatarse de qué era lo que estaba haciendo Malfurion. Al instante, decidió emplear sus últimas fuerzas en cerciorarse de que iba a cumplir con la misión que tenía encomendada y no iba a fracasar.

Malfurion percibió cómo todas las piezas encajaban en su sitio. Se percató de que los druidas actuaban como si fueran un solo ser bajo su liderazgo. Asimismo, fue consciente de que, al fin, comprendía su mundo y el Sueño Esmeralda con mucha más claridad que jamás habría imaginado. No obstante, pudo aprovechar ese nuevo entendimiento, ese nuevo conocimiento gracias en gran parte al fuerte vínculo amoroso que mantenía con Tyrande.

La tormenta se desató con fuerza inusitada.

Poseía una furia que ninguna tempestad había poseído jamás. Azeroth tembló. El Sueño Esmeralda titiló. Aquellos dos reinos eran uno solo, pero no del modo que Xavius había deseado. Él soñaba con pervertir uno de ellos para que fuera un espejo de su propia maldad y de la perfidia de la fuerza malévola que actuaba a través de él.

Sin embargo, Malfurion traía consigo la pureza y el vigor de la naturaleza.

El viento rugió e hizo jirones la niebla. Su terrible fuerza provocó que las figuras de pesadilla y sátiros sombra fluctuaran y se disiparan como polvo arrastrado por un ciclón. Ventormenta, Orgrimmar... todo aquel lugar de Azeroth donde estaba teniendo lugar aquel conflicto se vio liberada de la tenebrosa influencia de la Pesadilla.

Diluviaba, y los ríos se extendieron por toda la tierra donde la maldad se había extendido. Aquellas prístinas aguas no solo se llevaron por delante a las sombras de la Pesadilla y a sus horrendos siervos, sino que insuflaron nueva vida a la vegetación, allá donde la Pesadilla la había atrofiado y manipulado.

Los insectos carroñeros se desintegraron bajo la lluvia, su perfidia fue incapaz de soportar la tremenda fuerza de sus gotas. No obstante, aquellos a los que la Pesadilla había corrompido tanto que ya no podían ser salvados, huyeron de las aguas purificadoras y se batieron en retirada junto a la niebla que se disipaba, la cual representaba el poder menguante de la oscuridad.

Sin embargo, la Pesadilla todavía mantenía su férreo yugo sobre muchas de sus víctimas y el poder que extraía de sus miedos aún era tremendo. Los sonámbulos se alzaron en gran número, impulsados por sus aterradores sueños para atacar a los vivos.

No obstante, Malfurion sabía que eso tenía que suceder. Entonces invocó al trueno, al que hizo bramar.

Jamás se había escuchado un rugido similar en toda Azeroth. Ni siquiera la erupción de un centenar de volcanes habría sido capaz de rivalizar con aquel estruendo. Todas las tormentas de la historia juntas palidecían ante la inconcebible furia de esta.

Y ninguna criatura, por muy profundamente dormida que estuviera, por muy escondida que se hallara en las profundidades más recónditas de cualquier cueva o en las cimas más altas de cualquier montaña o tras el muro de piedra más voluminoso, pudo evitar escuchar aquel trueno.

El trueno bramó iracundo.

Los durmientes se despertaron.

El yugo de la Pesadilla se resquebrajó.

Un momento después, Xavius gritó furioso en la mente de Malfurion, pero su rabia resultaba patética si se la comparaba con la majestuosidad de aquella tormenta. Sin embargo, el Archidruida no dio por sentada la victoria, ni creyó que esta fuera a producirse de manera inminente. Entonces, Malfurion extendió los brazos, apretó los puños y arremetió con el conjuro confeccionado por él mismo y el resto de los druidas contra el Señor de la Pesadilla.

La tempestad expresó su ira.

Allá donde la maldad se resistía a ser eliminada, los relámpagos centelleaban con gran intensidad, quemando así la oscuridad. Aquellos rayos no eran ni blancos ni amarillentos, como solía ser normal, sino del brillante color verde de la naturaleza en su versión más exuberante. La tierra sobre la que impactaban no quedaba abrasada, sino que florecía.

Malfurion no aminoró la intensidad de sus ataques en ambos reinos, puesto que era consciente de que, si lo hacía, podría dar la oportunidad a la Pesadilla a recuperar el terreno perdido. De hecho, cuanto más obligaba a retroceder a aquella maldad, cuanto más la presionaba, su resistencia era mayor. Malfurion percibió que algunos druidas flaqueaban y tuvo que asumir parte de sus funciones. Tyrande se hallaba continuamente revigorizándolo y su determinación estaba a la par de la del Archidruida. El conflicto iba a terminar aquí y ahora...

Pero entonces Malfurion pudo sentir cómo la maldad que se ocultaba tras Xavius tenía que emplearse a fondo por primera vez... y conseguía contraatacar con éxito.

Al Archidruida le costó un momento darse cuenta de por qué había sucedido eso. La respuesta se hallaba en los durmientes. Si bien ahora se

encontraban despiertos, sus espantosas y horrorosas pesadillas seguían vivas en ellos. Su miedo seguía alimentando a la Pesadilla.

Malfurion y Tyrande intuyeron al mismo tiempo qué era lo que había que hacer. El Archidruida arqueó la mano izquierda y, de inmediato, la lluvia que diluviaba sobre Azeroth cambió, se tornó más tenue y cálida. Incluso adquirió un tono rojizo, como el de una rosa. Mientras esto ocurría, Tyrande imploró ayuda a Elune. Al instante, la luz plateada de la Madre Luna descendió del cielo y se sumó en perfecta armonía a la lluvia.

En cuanto aquella asombrosa lluvia cayó sobre las víctimas de la Pesadilla, una sensación de calma las invadió al instante. Se olvidaron de lo mucho que habían sufrido o habían hecho a otros sufrir al actuar como esclavos de Xavius.

La resistencia que aquella maldad plantaba al conjuro de Malfurion menguó. Envalentonado, el Archidruida siguió presionando... más y más hasta que llegó al árbol y su sombra.

Hasta que llegó a Xavius y ya no pudo avanzar más.

Siempre estaré contigo, afirmó burlonamente el Señor de la Pesadilla. *Porque soy tú, Malfurion Stormrage...*

El Archidruida no respondió a aquella bravata, sino que invocó a las energías de Azeroth y el Sueño Esmeralda, y arremetió con ellas contra aquel enorme y terrible árbol.

Pero no sirvió de nada.

Malfurion centró su mente en el Sueño Esmeralda y en la sombra de Xavius. Y vio a Thura empalada y a Broll luchando para que aquellas ramas humeantes no lo atraparan.

Las energías que había reunido golpearon a la sombra... con el mismo resultado decepcionante que habían obtenido al impactar contra el verdadero árbol.

Así que esto es lo quieren de mí..., pensó Malfurion para que lo oyeran sus enemigos. *Muy bien...*

Acto segundo, el Archidruida se concentró en su fuero interno y, haciendo uso de las tremendas fuerzas que había absorbido de ambos reinos, separó su forma astral de su cuerpo de un modo que ni siquiera él habría creído posible. Malfurion era ahora dos seres distintos, aunque seguía siendo la misma persona. Además, su cuerpo en el plano físico no yacía dormido. Se encontraba y actuaba tanto en el Sueño Esmeralda como

en Azeroth; era una proeza que ningún druida había logrado realizar jamás y que debería haber sido imposible de lograr.

De hecho, Malfurion había logrado realizar tal hazaña por culpa, en parte, de todo lo que la Pesadilla había hecho para intentar fusionar ambos reinos.

Era la única manera de conseguir que su ataque se centrara justo en el mismo instante preciso tanto en el árbol como en la sombra. Tenía que atacarlos con idéntica fuerza y con la potencia suficiente como para que sufrieran daño.

Sin embargo, siguiendo el mismo razonamiento, eso era justo lo que Xavius también deseaba, ya que Malfurion ahora se hallaba expuesto por partida doble a las amenazas de ambos reinos. Las ramas sombras atacaban a su forma astral mientras que aquel malévolo árbol atacaba con renovado brío su cuerpo en el plano físico.

Entonces, mientras el Señor de la Pesadilla lo atacaba, Malfurion entró en contacto con la mente de un druida que hasta entonces había mantenido al margen de la batalla principal.

Broll... debemos lanzar el ataque ya...

El druida asintió sutilmente. Como el enemigo lo consideraba a esas alturas del conflicto como un incordio insignificante, aprovechó esa ventaja en su beneficio.

Al instante, Broll se transformó en felino y agarró con la boca a Thura, a quien liberó de la sombra. Si bien tenía la piel fría, en cuanto la sombra dejó de hallarse en contacto con ella, su cuerpo volvió a entrar en calor.

La orca se estremeció.

En ese momento, un millar de ramas sombrías arremetieron contra la forma astral de Malfurion. Entretanto, en Azeroth, Tyrande se aferraba con fuerza al Archidruida, quien estaba sufriendo una agonía como nunca había experimentado. La Suma sacerdotisa gritó al asumir el dolor de su amado como suyo propio para que Malfurion pudiera concentrarse mejor en lanzar su ataque.

El elfo de la noche apretó los dientes con fuerza y, acto seguido, concentró la descomunal furia de aquella tormenta en solo dos lugares muy concretos: uno situado en Azeroth, y el otro, en el Sueño Esmeralda. Entonces, el árbol del Señor de la Pesadilla y su sombra se doblaron ante el renovado ataque. Las ramas que la forma astral de Malfurion tenía clavadas en el pecho fueron arrancadas por el viento. Mientras, las hojas del

verdadero árbol quedaron reducidas a cenizas por los relámpagos. Aunque brotaron unas nuevas para ocupar su lugar, ya que el Señor de la Pesadilla quería capturar a su enemigo, el hechizo de Malfurion resistió.

Al mismo tiempo, en el Sueño Esmeralda, Thura alcanzó el tronco sombrío de aquel árbol. Alzó el hacha, que brilló con toda la gloria de las energías que el semidiós Cenarius había imbuido en ella diez mil años antes para Broxigar.

¡Dale justo ahí!, le ordenó Malfurion a la orca, mientras le mostraba mentalmente una imagen del punto crucial donde debía golpear con aquella hacha.

Thura esbozó una sonrisa torva y, a continuación, golpeó a la sombra con su hacha en ese lugar.

Al instante, un chillido retumbó por todo el Sueño Esmeralda, al mismo tiempo que otro grito reverberó por toda Azeroth. El hacha quedó enterrada profundamente en aquella sombra como si hubiera impactado contra algo sólido.

La sombra flaqueó y fluctuó.

Mientras Thura atacaba en el plano onírico, Malfurion redobló su ataque sobre el árbol en el plano físico. Su ofensiva fue mil veces más potente que la anterior. De repente, unos relámpagos esmeraldas alcanzaron una y otra vez aquel árbol, prendiendo fuego a una rama tras otra.

¡Mi señor!, exclamó Xavius abruptamente. *¡Escúchame!*

Entonces Malfurion pudo percibir cómo aquella oscuridad tan antigua abandonaba a su suerte a su vil sirviente. Aunque le sorprendió que su enemigo actuara de esa forma, el Archidruida no aflojó su ataque contra Xavius. Era perfectamente consciente de que, si todavía quedaba alguna chispa de esa oscuridad, el fuego de la maldad de Xavius volvería a avivarse... tal vez se encarnara en una forma aún más terrible. Y entonces tendrían que volver a sufrir un tormento como el que ahora estaban sufriendo.

Thura golpeó la sombra con el hacha por segunda vez y, de pronto, parte de su contorno se desvaneció. Malfurion prosiguió su asalto sobre el árbol en el plano físico lanzando innumerables relámpagos con los que desató un auténtico infierno.

Sin embargo, Xavius consiguió desviar esas llamas hacia sus adversarios. A pesar de que Tyrande hizo todo cuanto pudo para proteger a Malfurion, el Archidruida se quemó.

Thura clavó su legendaria hacha en el árbol por tercera vez. Esta vez, la hoja se hundió tanto en la sombra que se desvaneció fugazmente.

Y, entonces... arrancó aquella arma mágica del tronco... y el árbol sombra simplemente se esfumó en el aire.

Al instante, el Señor de la Pesadilla chilló.

Al mismo tiempo, en Azeroth, el verdadero árbol se estremeció y se fue marchitando con suma celeridad. Sus ramas se desplomaron. Sus grandes raíces se marchitaron.

Súbitamente, la voz teñida de amargura de Xavius, del Señor de la Pesadilla, retumbó atronadoramente en la mente del Archidruida.

¡Malfurion Stormrage! ¡Nunca te librarás de mí! ¡Seré siempre tu Pesadilla! ¡Te...!

De repente, la copa de aquel espantoso árbol se vino abajo.

Unas cenizas negras presagiaron su caída. Las ramas más bajas se astillaron, pulverizándose al impactar contra el duro suelo. Incluso el tronco se derrumbaba, de tal modo que unos enormes fragmentos salieron volando en todas direcciones. Malfurion desvió los trozos que se dirigían tanto hacia él como hacia Tyrande. La corteza ennegrecida se pudrió rápidamente.

Al final, solo quedó un tronco podrido (que daba la sensación de llevar siglos muerto) cuando el polvo se asentó.

Xavius, quien en su día fue consejero de la reina Azshara, quien en su día fue el líder de los sátiros, quien llegó a ser el Señor de la Pesadilla... había pasado a mejor vida.

Malfurion no se regodeó en su victoria, sino que, más bien, siguió con su ofensiva para aplastar los pocos restos que quedaban ya de la Pesadilla, procurando así erradicarla completamente. La rama del árbol de Xavius que Fandral había injertado en Teldrassil había permitido a Xavius establecer un vínculo con ambos reinos, lo cual había permitido al mal que se hallaba tras el Señor de la Pesadilla acceder tanto a Azeroth como al Sueño Esmeralda simultáneamente con la intención de corromperlos. Sin embargo, la forma física de Xavius había sido la predominante en Azeroth y, como ya no contaba con el árbol para mantener aquel vínculo, los restos de la Pesadilla ya no podían aferrarse a ese plano.

Y cuando Azeroth se vio libre de su maldad, Malfurion (asistido por Tyrande a lo largo de todo el proceso) se centró totalmente en el Sueño Esmeralda, dispuesto a purificarlo completamente. La Pesadilla menguó, retrocedió...

Aunque en un pequeño rincón recóndito del Sueño Esmeralda, en una vasta y profunda grieta a la que los druidas llamaban la Falla de Aln, de donde se creía que había surgido aquel reino mágico, ni siquiera los esfuerzos combinados del Archidruida y la Suma sacerdotisa iban a poder poner punto final al conflicto.

La Pesadilla resistía con firmeza en aquel lugar, que aquellos que eran druidas como Malfurion creían que iba a dar al Vacío Abisal y a la Gran Oscuridad del Más Allá. Malfurion observó detenidamente aquel abismo insondable que irradiaba energías primordiales que ni siquiera él se habría atrevido a investigar. De hecho, la misma falla parecía estar hecha de sueño en parte, ya que había algo de onírico en ella, e incluso, de vez en cuando, le dio la sensación al Archidruida de que fluctuaba como si estuviera a punto de desvanecerse o de cambiar de forma.

Lo más curioso es que fue entonces cuando Malfurion percibió de verdad y con claridad a aquella maldad tan antigua que había utilizado a Xavius como instrumento. Aunque se resistía a abandonar aquel lugar, realmente se encontraba en las profundidades de los mares de Azeroth. Pese a que el vínculo que había mantenido con el reino de los sueños gracias a Xavius ya se encontraba roto, era lo bastante poderosa como para mantener aquel lugar bajo su espantoso dominio.

Al final, el elfo de la noche tuvo claro que por mucho que siguiera presionando a aquel aterrador enemigo no iba a conseguir nada, así que cesó su ataque. Como sabía que debía atender a aquellos que aún lo necesitaban, Malfurion selló la zona que circundaba la fisura. Tyrande y él acordaron, sin necesidad siquiera de hablarlo, que la batalla había concluido y habían salvado ambos reinos... Esa otra guerra tendría que esperar, sería librada en otro momento más propicio.

Una vez pasado el peligro, el elfo de la noche pudo sentir cómo lo abandonaban aquellas increíbles energías que había absorbido, pero no le importó. No obstante, todavía tenía que resolver ciertos asuntos con esos poderes antes de que se desvanecieran totalmente. Escrutó ambos reinos en busca de alguna criatura corrupta que hubiera sido capaz de sobrevivir. Dio con unas pocas, y de esas pocas solo pudo salvar a un puñado. Gnarl fue uno de esos pocos privilegiados, ya que había sido corrompido hacía muy poco. Remulos, por su parte, ya había sido purificado. Sin embargo, muchos otros, lamentablemente, como sucedía con Lethon y Emeriss, eran incapaces de sobrevivir sin la presencia de la Pesadilla; se desintegraron tal

y como les había sucedido a los sátiros sombra. Malfurion lamentó su muerte y honró la memoria de quienes habían sido y homenajeó todo cuanto habían hecho antes de ser corrompidos.

A continuación, devolvió a sus cuerpos a los supervivientes del ejército astral de Varian, sin importar de dónde hubieran sido invocados. En verdad, tanto los elfos de la noche, por supuesto, como los orcos, trols, draeneis, elfos de sangre, taurens, enanos, gnomos, goblins y humanos... todos habían aportado su granito de arena, incluso algunos no-muertos también. Disfrutó especialmente al ser testigo fugaz de cómo el rey corría hacia su hijo y de cómo ambos se unían en un fuerte abrazo. Con los defensores que no contaban con un cuerpo al que volver en el plano físico, el Archidruida intentó armonizar sus esencias lo mejor posible con el Sueño Esmeralda, con el fin de que pudieran llevar unas vidas lo más plenas posibles.

No obstante, dedicó más tiempo y atención a aquellos que habían sido sus aliados más cercanos en aquella lucha. Devolvió a Thura con su pueblo, e informó a su líder, Thrall, del papel clave que había desempeñado aquella orca en el conflicto. Lucan Foxblood, el humano que poseía esas habilidades únicas, pasó a estar bajo la tutela de Hamuul Runetotem. El tauren había aceptado quedarse en el Claro de la Luna por un tiempo para enseñar al cartógrafo a controlar sus peculiares poderes. Ambos conformaban una extraña pareja bien avenida, y Malfurion tenía depositadas grandes esperanzas en que ese adiestramiento diera frutos.

Mientras Malfurion hacía todo esto, percibió que Tyrande había invocado a las Hermanas de Elune para que se adentraran en las tierras de la Alianza e hicieran todo lo posible para imponer el orden y llevar la calma y la paz a las víctimas del conflicto. Los chamanes y druidas también colaboraron con toda su sabiduría y capacidad en favor de los otrora esclavos de la Pesadilla, atendiendo a aquellos con quien su raza en particular tenía afinidad para evitar posibles conflictos. Ni siquiera aquellas tremendas fuerzas que el Archidruida guiaba eran capaces de sanar todas aquellas heridas. Por otro lado, habían muerto demasiados seres como para que nadie fuera capaz de borrar los recuerdos de aquel conflicto. Aunque aquella maldad había quedado arrinconada en la Fisura de Aln (donde Malfurion esperaba que se quedase), el legado de la Pesadilla atormentaría al mundo durante muchos años.

Malfurion también vio muchas otras cosas que le hubiera gustado arreglar haciendo uso de los poderes que le habían concedido Azeroth y el Sueño Esmeralda, pero era consciente de que había llegado el momento de despedirse de esos poderes. Con suma gratitud, dejó que los demás druidas se desvincularan de aquel gran conjuro en primer lugar. Habían dado todo, mucho más de lo que debería haberles exigido. Se sentía muy orgullosos de todos ellos.

Por último, Malfurion se desvinculó a regañadientes de aquel hechizo y devolvió a ambos reinos el poder que le habían otorgado. Entonces, el Archidruida se volvió a concentrar en el mundo real, y su mirada se posó en su amada, quien había estado junto a él desde el principio de aquella lucha hasta el final, a pesar de los tremendos errores que él había cometido y que habían llevado a su captura y tortura, y a pesar de las tribulaciones y penalidades que ella había tenido que sufrir por culpa de su amado. Malfurion pudo ver el amor que anidaba en el corazón de su amada y, aunque sabía que no era digno de él, estaba más que dispuesto a no separarse nunca más de ella.

Acto seguido, acarició la mejilla de Tyrande con suma ternura.

Y el agotamiento al fin pudo con él.

Malfurion perdió el conocimiento en los brazos de su amada.



CAPÍTULO TREINTA
UN CÓNCLAVE DE ESPERANZA

Broll Bearmantle se tomó la noticia del despertar de Malfurion con una exuberancia rara vez vista en la mayoría de los elfos de la noche, y mucho menos en un druida. Dejó escapar un sonoro grito que resonó por todo el Enclave y se dirigió a toda prisa al Templo de la Luna. Se adelantó a aquellos que se acercaban más solemnemente al hogar de la Hermandad, ya que solo le importaba que su shan'do parecía estar bien.

Dos Hermanas armadas le bloquearon brevemente el camino hasta que una lo reconoció.

—Tenemos órdenes de dejar pasar solo a unos pocos elegidos —le explicó—, de lo contrario el templo estaría lleno de los que están preocupados por la salud del Archidruida.

Broll asintió, agradecido de ser uno de aquellos a los que Tyrande permitía la entrada. Sabía dónde habían llevado a Malfurion, así que Broll no necesitaba guía. Atravesó el templo corriendo, rindiendo homenaje y dando las gracias a la imagen de la Madre Luna más de una vez por el camino.

Habían organizado un lugar para Malfurion bajo la gran estatua, donde la luz de la luna brillaba siempre. La Suma sacerdotisa había insistido en que lo llevasen al templo, aunque la primera idea de los druidas había sido llevar a su shan'do al Claro de la Luna. Sin embargo, Tyrande se había negado a que la hiciesen cambiar de idea y, dado que no solo era la gobernante de los elfos de la noche, sino también la amada de Malfurion, al final nadie pudo negarse a sus deseos.

Con los ojos cerrados, Malfurion yacía sobre una alfombrilla de hojas tejidas y hierbas... una ofrenda de los druidas. Tyrande estaba arrodillada a su lado con un paño suave y húmedo en la mano. Había estado cuidando de

él como si fuera una novicia, no la dirigente de una orden. Detrás de ella, vigilante, estaba también una silenciosa Shandris Feathermoon. La general tenía una mirada que Broll hubiese esperado más de una hija preocupada por sus padres que de una experimentada guerrera.

—Mi señora —le dijo Broll a Tyrande al acercarse.

Shandris lo miró someramente; había notado su presencia mucho antes y no estaba preocupada.

—Había oído que estaba... que estaba despierto...

—Y lo... y lo estoy... —respondió Malfurion abriendo lentamente los ojos. Los ojos del Archidruida todavía brillaban como el sol... y parecía que siempre lo harían. Le dedicó una breve sonrisa al otro elfo.

»Pero ella... insiste en que descanse más... —Con su mirada indicó a Tyrande—. Una orden con la que, después de un fallido... fallido intento de levantarme... debo estar de acuerdo.

La sonrisa de Malfurion se hizo más grande.

—Pero estoy siendo negligente. Veo que la lucha también te ha cambiado a ti, Broll...

A lo que se refería el Archidruida era a los ojos de Broll que, aunque no eran tan resplandecientes como los de su shan'do, ahora también tenían un brillo dorado. Al llegar hasta su interior y el de Azeroth, Broll había roto la última barrera, una barrera autoimpuesta, para convertirse en el gran druida que tantos creían que era. La falta de seguridad de Broll había desaparecido; al fin sabía que era lo que siempre tenía que haber sido, y cada uno de sus movimientos irradiaba una gran confianza en su oficio.

Pero eso no le interesaba por el momento. Solo importaba una cosa.

—Pero... ¿estás bien de verdad?

La Suma sacerdotisa detuvo sus cuidados para mirar a Broll como si este estuviese loco.

—Está en la casa de Elune, y yo soy su mano en este mundo... ¿crees que estaría de otra manera?

—Perdóname —respondió el druida con una risita—, obviamente no estaba pensando.

Malfurion puso una mano en la rodilla a la Suma sacerdotisa. La expresión de Tyrande se dulcificó. A Broll, el Archidruida le dijo:

—Es muy protectora. Le he hecho una promesa que tiene toda la intención de que cumpla.

—¿Promesa?

—Es una suerte que estés aquí, Broll, porque no se me ocurre nadie más a quien quisiera conmigo cuando Tyrande y yo tomemos nuestros votos.

Broll tardó un momento en asimilar lo que le decía. Shandris se rio ligeramente ante su lenta reacción.

—¿Ustedes dos... se van a casar?

—Por favor, no te sorprendas tanto —sonrió la Suma sacerdotisa—. Creo que le he esperado lo suficiente para que demuestre sentido común.

—Y yo creo que hace tiempo que deberías haber encontrado a alguien con más sentido común que yo —replicó Malfurion, más recuperado. Sujetando la mano libre de Tyrande, le dijo a Broll—: Bueno, Broll Bearmantle, ¿estarás a mi lado?

—Sin duda hay otros que...

—Muy buenas personas, pero te escojo a ti.

El druida inclinó la cabeza.

—Entonces, me siento honrado. Solo rezo para no cometer ningún error.

Su shan'do se rio.

—No puedes cometer un error más grande que el mío abandonándola tan a menudo todos estos milenios, amigo mío.

—¿Cuándo tendrá lugar la ceremonia?

Sin pretenderlo, Malfurion y Tyrande contestaron a la vez:

—Tan pronto como sea posible.

* * *

Aunque en ciertos aspectos Darnassus no era el lugar más práctico para celebrar una ceremonia así, ningún otro lugar hubiese sido más apropiado. Dado que Malfurion Stormrage era el líder de los druidas y Tyrande Whisperwind era no solo la Suma sacerdotisa de Elune sino también monarca de los elfos de la noche, solo podían escoger la capital.

Mucho antes de la víspera de la ceremonia, los dos ya habían arreglado cualquier duda que se pudiese plantear sobre sus papeles... o, más bien, Tyrande lo había hecho. Malfurion sabía que Tyrande era la mejor líder que su pueblo podía tener y no alegó nada en ese sentido. Sin embargo, ella insistió en que la única elección era que los dos gobernasen juntos, iguales en todo lo que concernía a su raza. Ella seguiría siendo Suma sacerdotisa del Templo de Elune, y él, el principal Archidruida; pero ahora

esos dos puestos estarían más vinculados, lo que beneficiaría a los elfos de la noche en general.

La ceremonia tuvo lugar en el Templo de Elune, por supuesto. Cierto, eso significaba que para colocar a los asistentes hubo que hacer unas cuantas maniobras, pero la general Shandris demostró ser tan hábil organizando a los invitados como lo era en la batalla. Había quien decía, no cerca de ella, claro, que parecía disfrutarlo más que sus deberes habituales.

Pero, además de las Hermanas, los Centinelas también asistían, asegurándose de que nadie provocase problemas... una precaución necesaria dado que, además de a su propio pueblo, Malfurion y Tyrande habían invitado al rey Varian, al archimago Rhonin y a otros líderes. Naturalmente, cada uno vino con sus asistentes y guardias personales. Incluso con la gran recuperación que estaba teniendo lugar por todo Azeroth, Varian y los demás habían entendido que era una prioridad absoluta reconocer este suceso fundamental en la vida de uno de los seres que más participación había tenido en que siguieran todavía en Azeroth. Incluso los independientes enanos del clan Martillo Salvaje, los afamados jinetes de grifos de Pico Nidal, habían acudido, liderados por su señor feudal Falstad.

Thrall, representante de la Horda, les envió a Malfurion y Tyrande sus buenos deseos. La frágil amistad entre la Horda y la Alianza ya se estaba viniendo abajo debido a que los odios personales estaban reflotando ahora que el peligro principal había pasado. Era todo cuanto la pareja podía esperar, conscientes de lo deprisa que podía desvanecerse la paz. El único beneficio del mensaje fue que la portadora no era otra más que Thura, que le había pedido a su Jefe de Guerra ser quien la llevase. Para ella, el Archidruida, la Suma sacerdotisa y aquellos junto a los que había luchado eran camaradas de sangre.

Aunque el momento de la ceremonia se había fijado para cuando la Dama Blanca, la gran luna plateada que para los elfos de la noche era la propia Elune, estaba en su cénit, existía otra luz que a la vez añadía fastuosidad y calmaba los ánimos de los invitados que no eran de naturaleza nocturna. Miles de luciérnagas decoraban los árboles, y pequeños globos de color azul plateado de luz de luna flotaban sobre los asistentes. Guiados por Rhonin, que en un sentido peculiar conocía a la pareja desde hacía más tiempo que casi todos los presentes, los magos crearon una serie de magníficos arco iris que, en contraste con el cielo oscuro, marcaron la relación de diez milenios de Malfurion y Tyrande.

Cerca de Rhonin se encontraba su mujer, Vereesa Windrunner, líder de los elfos nobles del Pacto de Plata (creado para oponerse a la inclusión de elfos de sangre en los Kirin Tor) y sus dos gemelos. Los dos niños tenían un aspecto tranquilo. Tenían el pelo carmesí y el marcado mentón de su padre, pero de algún modo parecían más estilizados y tenían las orejas ligeramente más largas. La mezcla de elfo y humano podía ser desafortunada, pero ambos eran niños hermosos.

Unos cuernos triunfantes anunciaron la entrada de los novios. Una guardia de honor de Centinelas con lanzas rematadas alternativamente por la bandera lunar de la Hermandad y por la divisa del Círculo de Cenarion (una gran hoja de la que brotaban majestuosas astas) abría el camino. A la guardia de honor la seguía una majestuosa procesión de druidas y miembros de la Hermandad. Detrás de ellos marchaban solemnemente los oficiales de los Centinelas escogidos personalmente por la general Shandris.

Y entonces... llegaron Malfurion y Tyrande.

Malfurion, con la barbilla alta y las astas apuntando al cielo, llevaba una larga capa de hojas del bosque y una coraza hecha de madera caída. En ella aparecía el Árbol del Mundo con la divisa del Círculo de Cenarion sobre él. Además, el Archidruida llevaba una falda verde hasta la rodilla y sandalias.

Tyrande fulgía del amor de Elune. Era obvio que la Madre Luna bendecía esa unión. Al pasar, muchos elfos de la noche se arrodillaron instintivamente. Tyrande iba vestida con las prendas de la Suma sacerdotisa. También la adornaba una gran capa de luz azul plateada que ondeaba más allá de donde acababa su montura. Llevaba el pelo azul medianoche suelto y largo y, aunque parecía tan sabia como todos creían que era su gobernante, también tenía una cierta juventud añadida a su tremenda belleza que muchos atribuyeron a la felicidad del momento.

Shandris y Broll caminaban detrás de la pareja, los dos también con largas capas semejantes a las del Archidruida y la Suma sacerdotisa, pero no tan espectaculares. Su tarea era ser testigos y dar fuerza a sus respectivos compañeros, una tarea de la que obviamente estaban orgullosos.

El grupo se detuvo en el centro de la gran sala. Malfurion y Tyrande se tomaron de la mano y continuaron caminando solemnemente. Broll y Shandris se colocaron a un lado y detrás de la pareja, con el druida cerca de su mentor y la general cerca de su gobernante.

La guardia de honor, los druidas y las Hermanas se dividieron en dos columnas que marcharon en direcciones opuestas.

Se había conjeturado mucho sobre quién celebraría la ceremonia. Si las cosas hubiesen sido distintas, muchos creían que lo habría hecho Remulos. Sin embargo, el guardián del bosque, ahora recuperado pero débil, se encontraba entre los asistentes igual que otros como Elerethe Renferal, que ayudaba a Naralex, que se encontraba a su lado. Incluso en ese momento solo la Suma sacerdotisa y el Archidruida sabían quién sería. Ni siquiera Broll y Shandris conocían la verdad.

Malfurion y Tyrande estaban preparados. Juntos, miraron hacia arriba.

La luz de Elune brilló más de repente sobre la pareja. Pero eso no era lo que parecía llamar su atención.

Un gran batir de alas resonó en el cielo. Los asistentes, que entre sus miembros contaban con Lucan, Hamuul y Thura, siguieron la complacida mirada de Malfurion y Tyrande. El tauren miró hacia arriba con unos ojos que no solo brillaban con un fuerte color dorado, sino que también tenían un especial tinte de color verde esmeralda en los bordes; él también había dado tanto de sí para ayudar a guiar los esfuerzos de Malfurion que había quedado marcado. Lucan, que ahora no era solo el alumno de Hamuul sino que había sido nombrado recientemente cartógrafo jefe del Rey Varian de Ventormenta (a quien Malfurion y Broll le habían contado muchas cosas sobre el papel de su súbdito en la batalla), irradiaba placer ante la fantástica visión. Aunque provocó algunas miradas horrorizadas, saludó con la mano como si viese a un amigo entre los gigantes que volaban en círculos.

Dragones verdes y rojos llenaban el cielo sobre Darnassus.

—Tranquilos —dijo Malfurion con calma antes de que se provocase el caos—. Han venido como amigos e invitados...

La mayoría de los dragones se quedaron sobrevolando, pero los cuatro más grandes descendieron. Los dos más pequeños y obviamente machos aterrizaron sobre algunas de las ramas más grandes.

Una risita se le escapó al archimago Rhonin, que, junto con la pareja, reconoció al dragón rojo. Su nombre era Korialstrasz y era el consorte jefe de Alexstrasza. Despertado con el resto de los durmientes, había estado activo al restablecer la calma en Azeroth.

Pero para el trío y la compañera de Rhonin, Vereesa, también era el misterioso mago Krasus. En cuanto a Rhonin, estaba muy claro por la

expresión de Korialstrasz que el dragón no hubiese querido perderse este importante momento por nada.

Y, naturalmente, Korialstrasz había llegado en compañía de su reina. Alexstrasza estaba suspendida en el aire justo por encima de las columnas y, a su lado, no estaba otra más que Ysera.

La dragona verde parecía cansada y más delgada. Su titánica tarea le había exigido mucho. Pero también ella exhibía una tremenda expresión de orgullo, un orgullo dirigido a Malfurion Stormrage.

Las dragonas se quedaron suspendidas en el aire un momento más y luego, ante los asombrados ojos de los presentes, las dos leviatanes aterrizaron y se transformaron. Las alas se encogieron, y sus cuerpos cambiaron. Las dragonas encogieron hasta tomar el tamaño de elfos de la noche y formas semejantes a las suyas.

Alexstrasza se convirtió en una figura gloriosa llameante, tal como la habían conocido Broll y los otros. Ysera no era menos asombrosa, aunque de un modo etéreo. Con un delicado vestido de esmeralda, el rostro de la dragona era prácticamente el gemelo del de la anterior, excepto que su piel era de un verde pálido y, como de costumbre tenía los ojos cerrados.

Los dos Aspectos sonrieron a la Suma sacerdotisa y al Archidruida. Ysera tomó un puesto cerca de Malfurion mientras que Alexstrasza se colocó junto a Tyrande.

—Nos sentimos honradas de que nos hayan pedido ser las que celebren la unión de dos espíritus —entonaron al unísono—. Pero en realidad estos espíritus han sido uno desde el principio...

Las dos hembras unieron las manos de la pareja y luego colocaron las suyas por encima y debajo.

—Aunque esta ceremonia será breve, marcará para siempre la culminación de diez mil años de amor, de destino —continuaron Alexstrasza e Ysera—. Que haya paz para esta pareja que la ha traído para todos, que se han sacrificado por todos...

La luz de la luna que caía sobre los novios brilló con más fuerza. Al mismo tiempo, una hermosa aura carmesí brotó alrededor de Alexstrasza mientras que una de color esmeralda lo hizo alrededor de Ysera.

Las auras se fundieron con la luz de la luna, bañando a la Suma sacerdotisa y al Archidruida.

—Que nuestra bendición caiga sobre ti, Tyrande Whisperwind, Suma sacerdotisa de Elune y gobernante de los elfos de la noche, y sobre ti,

Malfurion Stormrage, Archidruida y líder del Círculo Cenarion...

Ahora Malfurion y Tyrande brillaban espectacularmente. Su resplandor hubiese sido cegador de no haber sido relajante para los presentes.

—¡Este es un día que quedará marcado en Azeroth! —Los Aspectos retiraron las manos. La fantástica mezcla de auras y luz de luna siguió rodeando a los recién casados—. ¡Pero, sobre todo, es un día que esta pareja se ha ganado merecidamente! Tyrande Whisperwind... Malfurion Stormrage… bendecimos esta unión y, como presente, también haremos algo más en este glorioso día...

Las expresiones de los dos elfos de la noche indicaban que desconocían el significado de esas palabras igual que el resto de los invitados. En respuesta, Ysera y Alexstrasza hicieron un gesto en dirección a la vasta copa de Teldrassil.

—Este árbol nació sin nuestra bendición... Ha sido purificado por los druidas y bendecido por una de nosotras, pero ahora celebraremos una bendición más especial... Que ahora reciba a través de nosotras dos nuestras esperanzas para un mundo y un futuro del que todos podamos enorgullecemos...

Siguiendo sus instrucciones, la pareja miró al centro de Teldrassil. Cada uno de los Aspectos estiró un brazo en esa dirección. Malfurion y Tyrande sonrieron al entenderlo.

Desde las dos dragonas transformadas brotó una maravillosa luz que fluyó hacia el Archidruida y la Suma sacerdotisa, y luego hacia el árbol.

Bañó toda la copa en un instante, se extendió a través de las ramas hacia el tronco y rápidamente se perdió de vista. Lo que los asistentes podían ver se había fortalecido y crecido. Nadie podía negar que Teldrassil era más fuerte y más vivo.

El momento emocionó a Malfurion. Su pueblo, su mundo, estaban a salvo. Teldrassil estaba purificado.

Sobre todo, al fin estaba con su amada.

Dentro de él creció una sensación de deber cumplido, el Archidruida sonrió.

Muchos de los presentes lanzaron gritos ahogados.

—¡Mal! —dijo Tyrande—. ¿Qué estás haciendo?

De repente se dio cuenta de que estaba brillando y de que este resplandor ahora tocaba a Teldrassil de un modo semejante al de la

bendición de las dragonas.

Los invitados miraban con asombro al ver cómo incluso el suelo bajo sus pies se transformaba.

El fulgor que rodeaba a Malfurion se desvaneció, pero Teldrassil continuó iluminado. En esa luz, sus hojas eran aún más frondosas que cuando Malfurion lo había limpiado de la mancha de la Pesadilla. Unas enormes frutas multicolores crecían en las ramas y, tras alcanzar un grosor semejante al de una manzana grande, empezaron a caer suavemente. Los reunidos rieron con alegría al recoger la fruta y atreverse a probarla.

—¡Es como el néctar más dulce! —dijo Elerethe Renferal.

—Debo admitir que no hay nada como esto en Pico Nidal —rugió Falstad mientras prácticamente se tragaba una de las dos que había recogido.

Tyrande probó una y también sonrió.

—Mal… esto es increíble...

Él la miró a los ojos.

—Esto se debe a ti...

Ella se sonrojó.

—Que su vida esté tan llena de vida como lo está Teldrassil ahora —les murmuró Alexstrasza a los novios mientras ella e Ysera se apartaban.

—Nuestra presencia en esta celebración ha terminado. Felicidades, hijo mío —dijo la señora del Sueño Esmeralda a Malfurion—. Sé digno de ella...

—Intentaré serlo siempre.

Ysera se puso más seria.

—Esto es solo el principio para ustedes... pero tú sobre todo, mi Malfurion, has alcanzado una nueva etapa. Cuando haya tiempo... y digo cuando... tendrás que empezar un complejo adiestramiento, uno con el que nadie más ha tenido que enfrentarse nunca.

—Estoy deseando empezar tus enseñanzas, oh magna...

El Aspecto ladeó la cabeza.

—Esto no es algo que yo pueda enseñarte... es algo que tienes que aprender tú mismo. Has hecho lo que nadie, ni siquiera yo, puede hacer. —Tras una pausa, la dragona añadió—: Pero estaré dispuesta a aconsejarte, aunque, si yo fuese Malfurion Stormrage, le haría más caso a quien tengo a lado...

Malfurion le apretó la mano a Tyrande.

—Oh, lo haré.

Alexstrasza Ysera asintieron y sin más palabras se transformaron. Se elevaron en el aire, de nuevo convertidas en grandes gigantes.

Los dos elfos de la noche se miraron el uno al otro. Tyrande asintió rápidamente.

A Ysera, el Archidruida le grito:

—Ysera... Oh, magna... ¡Te damos nuestras condolencias por el valiente Eranikus!

—Y se agradecen... —La Señora del Sueño inclinó la cabeza. La tristeza y la gratitud se adivinaban en su tono—. ¡Desde este lugar feliz parto hacia mi duelo! Honraré eternamente su sacrificio...

—Como haremos todos —añadió Alexstrasza.

Con eso, ambas se elevaron en el cielo. Korialstrasz y el macho verde se unieron a ellas, y el dragón rojo inclinó la cabeza ante los elfos de la noche.

—Gracias, mis buenos amigos... —rugió antes de marchar.

El grupo de dragones trazó un círculo sobre Darnassus. La mayoría esperaban que simplemente se marchasen, pero entonces, al unísono, las enormes bestias lanzaron un rugido triunfal... su último homenaje a Malfurion y su esposa.

Y mientras Ysera y Alexstrasza partían, el Archidruida y la Suma sacerdotisa se giraron hacia aquellos que habían ido a honrarlos. Malfurion miró a los presentes y se preguntó si Azeroth tenía alguna posibilidad no solo de recuperarse completamente de la Pesadilla, sino incluso de ir más allá, hacia un futuro esperanzador.

Entonces Malfurion recordó lo que todavía dominaba sobre la Falla de Aln y se preocupó. No era una amenaza que podía quedar sin controlar durante mucho tiempo. El Archidruida empezó a preguntarse qué tendrían que hacer...

Sintió que Tyrande le apretaba la mano, ella se inclinó y lo besó.

—Disfruta del día de hoy, Mal... Es cuanto podemos pedir... Hoy juntos... —Lo volvió a besar y añadió con más fuerza—: Y entonces empezaremos a enfrentarnos seriamente con el mal que guiaba la vileza de Xavius...

El Archidruida asintió, aceptando su sabiduría. Disfrutaría del día de hoy... y de todo su tiempo con Tyrande... y supo que no podía pedir más que

eso. Pero ninguno de los dos podía evitar sentir cierta esperanza por el futuro...

Y Malfurion Stormrage sabía bien que se habían hecho grandes cosas a partir de mucho menos que eso...

SOBRE EL AUTOR

Richard A. Knaak es un escritor superventas de la lista del New York Times, autor de unas cuarenta novelas y numerosos relatos cortos para series como Warcraft, Diablo, Dragonlance, Age of Conan y su propio Dragonrealm. Ha escrito varios mangas con la editorial Tokyopop, incluyendo la trilogia superventas Sunwell y la trilogía de próxima aparición Dragons of Outland. También ha escrito material de referencia para juegos. Sus obras se han publicado por todo el mundo en muchos idiomas.

Entre sus obras recientes se incluyen Legends of the Dragonrealm, una recopilación de las primeras tres novelas de su propia serie de fantasía épica Beastmaster; Myth, un relato heroico que devuelve a sus raíces al personaje clásico del cine y la televisión en una nueva aventura y The Gargoyle King, el tercero en su trilogía de Ogre Titans para Dragonlance. Actualmente está trabajando en varios proyectos.

Divide su tiempo entre Chicago y Arkansas. Lo pueden visitar en su página web: http://www.richardaknaak.com. Aunque no pueda responder a todos los correos electrónicos, los lee. Únanse a su lista de correo para recibir anuncios de nuevas obras y apariciones en público.

OceanofPDF.com